

Capitán de Navio  
CESÁREO FERNÁNDEZ DURO  
(1830-1908)

ARMADA  
ESPAÑOLA  
desde la unión de los reinos de  
Castilla y de Aragón



MUSEO NAVAL  
MADRID  
1972



# ARMADA ESPAÑOLA

DESDE LA UNIÓN DE LOS  
REINOS DE CASTILLA Y DE ARAGÓN

POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

DE LAS REALES ACADEMIAS  
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

~~~~~  
TOMO III  
~~~~~







## I.

## RECAPITULACIÓN DE CARGOS CONTRA INGLATERRA.

1569-1588.

Correspondencia de los Embajadores.—Aconsejan al Rey la declaración de guerra.—Lo resiste.—Alianza con el papa Sixto V.—Preparativos.—Drake entra en Cádiz.—Destruye el convoy.—Apresa la carraca de la India.—Corre la costa.—El Marqués de Santa Crúz encargado de ir á su encuentro.—Regresa con la escuadra malparada de los temporales.—La rehace en Lisboa.—Reconvéniese injustamente el Rey.—Ocurre su fallecimiento.—Es nombrado sucesor el Duque de Medina Sidonia.—Presentimientos y avisos de Alejandro Farnesio.

De la guerra que entre D. Felipe de España é Isabel de Inglaterra estalló en 1588 publiqué estudio especial, procurando suplir el silencio de los historiadores de aquellos reinados, reunir documentos de prueba y rectificar ideas erróneas acerca de una jornada digna de seria consideración por muchos conceptos. Posteriormente he podido acopiar caudal mayor de datos esparcidos, y no me parece ocioso utilizarlos, sin repetir lo escrito <sup>1</sup>, en lo que amplian el conocimiento de las ocurrencias y de las personas, aunque no alteren ni modifiquen el juicio principal. Además, si con razón celebró la nación inglesa el centenario tercero del desastre acaecido á la grande armada dispuesta para invadir su territorio; si con patriótico entusiasmo ha erigido un monumento que per-

<sup>1</sup> *La Armada Invencible*, Madrid, 1884, dos tomos, con documentos inéditos y amplia referencia de autores que han tratado del suceso. Véase, en el presente volumen, el apéndice núm. I.



petuamente ofrezca á la memoria de los vivos el suceso en que, estando á la vuelta de un dado su perdición, por favor de la Providencia se vió libre <sup>1</sup> y empezó la era de prosperidad que goza, razón habrá también para que los descendientes de los presuntos invasores conmemoren tristemente, que pocas empresas se premeditaron más tiempo, pocas se dispusieron con mayor aparato, y ninguna por ventura se ejecutó con más infelicidad. Tan engañosos son de ordinario los designios entre los mortales <sup>2</sup>.

En los aprestos militares, instrucciones y comienzo de navegación de la armada, eran las noticias publicadas suficientes al conocimiento de la gran máquina y de los efectos calculados; ahora, la correspondencia epistolar del rey Don Felipe con el Duque de Parma; con el Conde de Olivares, su embajador en Roma; con D. Bernardino de Mendoza, que lo era en Francia, y mantenía agentes en Inglaterra, Escocia é Irlanda, descubren los secretos de la política á que obedecía el pensamiento principal; aclaran pormenores de la travesía y combates; la suerte adversa de algunos bajeles cuyo paradero se ignoraba; el fin oculto de personas de cuenta.

Sirve mucho también á la apreciación de los orígenes de la guerra, á que contra su voluntad fué provocado el Rey de España, la estampación reciente de despachos de sus Embajadores en Inglaterra <sup>3</sup>. Comparada con obra semejante dada á luz en Londres <sup>4</sup>, esclarece lo que en breves conceptos hubo de servir de preliminar á la historia de la jornada <sup>5</sup>.

Inglaterra era nido de piratas formado por la Reina, como participe en las presas y en las ganancias obtenidas en feria pública de los objetos robados <sup>6</sup>. A ejemplo de la Soberana

<sup>1</sup> Watson: *The History of Philip the Second*.—Dargaud: *Histoire d'Elisabeth d'Angleterre*.

<sup>2</sup> Bentivoglio: *Guerras de Flandes*.

<sup>3</sup> Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. LXXXIX y xc.

<sup>4</sup> Calendar of State papers, repetidamente citado en el tomo anterior á éste.

<sup>5</sup> La Armada Invencible, t. I.

<sup>6</sup> Froude: *History of England*.—Calendar.



espumaban la mar los grandes señores <sup>1</sup>, puesto el norte de la aspiración en la riqueza, sin reparo en los medios de adquirirla, que todos parecían buenos por aquellos tiempos en la corte inmoral y pervertida de Isabel, la Virgen <sup>2</sup>, y cualquiera de esos señores, John Hawkins, hábil en el empleo del soborno, la astucia ó la fuerza para trocar por oro en las Indias á los negros de Guinea; lo mismo que el afortunado Stuckle; al igual del caballeroso Raleigh, amante de Isabel, cantor de sus atractivos sexagenarios, no sentían empacho en aspirar á las liberalidades del Rey Católico <sup>3</sup>.

Discurriendo D. Felipe los medios de corregir desmanes, consultando en el particular al Embajador en Londres, ya desde 1569, catorce años antes que lo hiciera el insigne don Alvaro de Bazán, le informaba D. Guerau de Espés que el remedio consistía en armar bajeles que destruyeran el comercio y marina naciente de los ingleses, en dominar la mar y, en caso de querer extremar el castigo, enviando á la isla una buena armada, en la inteligencia de que sin gran dificultad

<sup>1</sup> Dargaud: *Histoire d'Élisabeth d'Angleterre*.—Campbell: *Lives of the British admirals*.

<sup>2</sup>

«Vierge, non; femme, peut-être; reine, et grande reine, assurément.»

#### CATALINA II.

<sup>3</sup> El referido *Calendar*, en Abril de 1585 y en Diciembre de 1587, registra las personas que en Inglaterra, Escocia é Irlanda recibían pensión del rey D. Felipe II. Mr. Dargaud (*Histoire d'Élisabeth*) bosqueja la corte de Inglaterra diciendo: «Era un tiempo desordenado aquel en que no tenía fijeza la moral. La Reina extirnaba á su heredera, reina también, y se asociaba con piratas; los Ministros hacían tráfico del poder; el genio iba en busca del dinero. Era tiempo primitivo, oscuro y luminoso á la vez, ardiente sobre todo; tiempo en que la juventud rebosaba, la ciencia se mantenía envuelta en el caos, el amor rayaba en frenesí; el deseo no conocía freno, el heroísmo retaba á la muerte, la curiosidad quería penetrar en el cielo y en el infierno. El impulso era incalculable, el movimiento convulsivo, la voluntad inflexible, el odio implacable, la ambición sanguinaria. Tiempo en que el alma, rompiendo la prisión intelectual, se apoderaba del mundo por la imaginación, por la acción, por la filosofía, por la hechicería, por todas las facultades verdaderas ó químéricas de nuestra naturaleza. Shakspeare era el poeta impetuoso ó soñador; Bacon, el metafísico infamado mientras en el género humano haya fibra para castigar al genio envilecido; Raleigh, el soldado, el historiador, el explorador de lo desconocido y el cantor de la vejez cortesana; Drake, el almirante y el corsario en una pieza; Hawkins el negrero; Essex el adulador; Antonio Pérez el parricida, perverso, infatigable, intrigante siempre y en todas partes.»



la rendiría, falta como se hallaba de gente de guerra y discorde entre sí el vecindario <sup>1</sup>.

El Marqués de Santa Cruz, sin asomo de jactancia, antes con sólido razonamiento, se ofrecía «á hacerle señor de aquel reino», teniendo en cuenta la corta población, su pobreza, la carencia de plazas fuertes, de soldados, de artillería, de armas; la división de los partidos por creencias religiosas, la endeblez de los barcos, que no con el valor de los capitanes sino por el descuido de los españoles hacían estragos en Ultramar; por último, la consideración de que la guerra, en el sentido económico, había de serle menos costosa que el armamento de tantas flotas y escuadras á que le obligaba la defensiva de las Indias.

Tal era, con escasa diferencia de apreciaciones, el parecer del maese de campo D. Juan del Águila, pensando que, en vez de gastar tanto en los años que duraba la guerra de Flandes, «debia gastallo en dos y hacerse señor de la mar y tomar pie en Inglaterra» <sup>2</sup>; lo mismo aconsejado por D. García de Toledo, por el Duque de Alba, D. Luis de Requesens, Juan Andrea Doria, el coronel escocés Semple, y más que todos por el secretario de Estado Antonio Pérez, que, andando el tiempo, había de ejercitar contra su señor y su patria el medio no acogido por el Rey <sup>3</sup>.

Sufría D. Felipe agravio sobre agravio de la mujer que se había hecho cabeza de la herejía, satisfaciéndole en apariencia las protestas de su cordialidad y la explicación de que los auxilios que enviaba por cargo de conciencia á los de su religión, en modo alguno habían de estimarse actos de hostilidad, ni tampoco las fechorías de corsarios que tenía entregados á la acción de la justicia; desdeñaba el proceder de los Reyes de la dinastía enriqueña que, sin los elementos con que él contaba, tuvieron en constante guerra y quebranto á las islas Británicas, siendo su tolerancia y la impunidad en que dejaba las ofensas, causa para que los ingleses ganaran repu-

<sup>1</sup> Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. xc, pág. 237.

<sup>2</sup> Archivo de Simancas. Estado: Flandes. Leg. 591, fol. 46.

<sup>3</sup> Antonio Pérez: *Relaciones y Norte de Príncipes*.



tación, y enriqueciéndose á sus expensas fomentaran las industrias marítimas que no tenían; acogieran á los flamencos laboriosos que en número crecido buscaron allí refugio; establecieran astilleros, fundiciones, fábricas; sacaran á sus construcciones navales de la inferioridad en que estaban y se hicieran marineros.

Hasta el año de 1586 no le ocurrió consultar con el Duque de Parma las propuestas de los otros Consejeros. Farnesio respondió como todos: que convenía hacer la jornada de Inglaterra, guardando tal reserva en los despachos que no llegaran á penetrar el contenido los más próximos á la real persona, si bien le parecía haber pasado la oportunidad que tuviera tres años antes. Consideraba que en la empresa estribaba el único remedio de Flandes; pero también que no debía intentarse sin la seguridad de tener revueltos á los franceses, y de guardar absoluto secreto, evitando alianzas, sobre todo con Roma, en cuya corte, decía, el secreto no cabe. Pretextando intenciones de ganar las islas de Holanda, se había de enviar golpe de gente á los Países Bajos, pasar el canal en diez horas con naves chatas que pusieran en tierra 30.000 infantes y 500 jinetes, sin caballos, cerca de Londres. Á todo evento, y la mira en las Indias, sería prudente hacer una buena armada en España, que en caso necesario acudiría á guardar el paso de la escuadrilla. Si el Rey se inclinaba á las alianzas, no queriendo acometer solo la empresa, había de ser la armada de tal pujanza que no encontrara quien la resistiera<sup>1</sup>. Repetía adelante su discurso, agregando que por ser el dinero alma del suceso, sin aprontar y reunir de antemano suma capaz de cubrir con exceso las necesidades, no había que pensar en el asunto. Una diversión en Irlanda serviría, á su juicio, más para dificultar que favorecer el objeto principal<sup>2</sup>.

Discurrir y ejecutar son cosas distintas. Sin duda quisiera el Rey juntar con presteza y secreto tesoro, ejército y arma-

<sup>1</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 590, fol. 124.

<sup>2</sup> Idem id. Estado, Flandes. Leg. 592, fol. 135.



da, sin desatender las necesidades de su grande Imperio; la cuestión consistía en conciliar con la voluntad los recursos; y como no alcanzaran éstos al inmenso gasto que la jornada exigía, no es maravilla que la idea de un auxilio eficaz le inclinara á sacrificar la libertad de acción.

Empresa encaminada á herir en la cabeza al luteranismo, no podía menos de encontrar en el Pontifice romano aprobación y ayuda material. Las cajas del papa Sixto V rebosaban, por efecto de la severidad con que recaudaba tributos y de la parsimonia política con que los empleaba, por sendas apartadas de la munificencia de sus antecesores en la Santa Sede. Máxima suya ejercitada era; que para gobernar son necesarios vigor y dinero.

Espantado de los progresos del protestantismo á favor del impulso de una mujer, cuyas dotes admiraba tanto como aborrecia—aparte las absurdas fábulas de Leti<sup>1</sup>,—el mismo Sixto insinuó al Rey Católico la precisión de que, en su calidad de brazo y paladín de la fe, acudiera á poner coto á los males que en el Norte se amasaban. Don Felipe no dejó pasar la oportunidad que la indicación le ofrecía, planteando negociaciones que favorecieran al pensamiento acariciado.

Era embajador en Roma D. Juan Enríquez de Guzmán, conde de Olivares, noble, acaudalado, enérgico. Había servido en los ejércitos del emperador Carlos V, quedando cojo por resultas de herida que recibió en San Quintín; había visitado las más de las cortes de Europa y conocía á Roma. Una escuadra de galeras le transportó con su casa, desde Barcelona, á Civitavecchia en 1582; desembarcó con grandes honores; verificó la entrada solemne en Roma con pompa extraordinaria, ocupando aún el solio pontificio Gregorio XIII; se alojó en el Corso, ocupando el palacio Urbino, y á poco, frío, desdeñoso, diplomático de primer orden, tuvo puesto culminante entre los delegados extranjeros, habiendo sabido ganarse á la mayoría de los cardenales.

En manos de tal ministro puso el Rey el negocio de la

<sup>1</sup> Gregorio Leti: *La vie d'Élisabeth d'Angleterre, traduit de l'Italien*. Londres, 1743.



expedición con instrucciones encaminadas á obtener para la infanta Isabel Clara Eugenia la investidura de la corona de Inglaterra, y el empréstito de un millón, sobre él que por donativo gracioso estaba ya convenido<sup>1</sup>. Firmóse el compromiso secreto el 14 de Marzo de 1587, exigiendo el Papa la salida de las naves sin pérdida de tiempo<sup>2</sup>.

Llegando á poco nueva del lastimoso fin de la reina de Escocia, se exacerbó la impaciencia de Sixto V, dictándole censuras contra la inacción de D. Felipe, no obstante las legítimas razones con que el Embajador de España la excusaba. Ni la necesidad de acudir al reparo de los daños causados por Drake en las Indias, ni las ventajas conseguidas en Flandes, ni la certeza de la actividad con que los aprestos se llevaban en España, Portugal, Nápoles, Sicilia y Milán, calmaban la irascibilidad del anciano Papa, insufrible en tales momentos<sup>3</sup>.

A la verdad, la tardanza de los preparativos, y sobre todo la de la remesa de dinero que para los de su ejército era preciso, traía también angustiado al Duque de Parma, persuadiéndole de la imposibilidad de compensar el tiempo perdido y de obviar las consecuencias de los rumores, que obligaban forzosamente al aumento de las fuerzas de desembarco primitivamente calculadas y, sobre todo, á las de la armada, ahora necesariamente fuerte para afrontar juntas á las de Inglaterra, Holanda y Zelanda. Complaciale, no obstante, la idea de dirigir la empresa, correspondiendo á la confianza que en él depositaba el Soberano, y confiaba en el buen suceso siempre que, según estaba convenido, quedara á cargo de la armada franquearle el paso del canal.

Contrariedad mayor que las pasadas había de acarrear funestas consecuencias.

Con fecha 19 de Abril tenía avisada D. Bernardino de Mendoza la reunión en la isla de Wight de escuadras considerables regidas por Drake y Winter. Decíase estaban destina-

<sup>1</sup> Instrucciones del Rey al Conde de Olivares, con fecha 11 de Febrero de 1587. Archivo de Simancas. Estado, Roma. Leg. 949.

<sup>2</sup> Idem id., el mismo legajo.

<sup>3</sup> Carta del Conde de Olivares. Archivo de Simancas, Estado, Roma. Leg. 950.



das al ataque de las flotas de Indias. Dos días después daba cuenta el mismo D. Bernardino de la salida de 34 velas con pormenores de su fuerza, advirtiendo que si hallaban comodidad procurarían entrar en Cádiz, destruir las naves surtas y apoderarse del puente de Tierra Firme (Suazo), creyendo encontrar desprevenidos á los de la ciudad <sup>1</sup>.

Por distinto conducto fué á manos del Rey carta de confidente inglés, en que con toda claridad se explicaba el plan concebido por Drake de dar sobre Cádiz, incendiar la ciudad y las naves, correr luego la costa hacia el Norte y repetir el golpe en Lisboa y otros puertos, acabando la campaña con el ataque de las flotas de Indias. ¿Llegaron á tiempo los avisos? ¿Se desatendieron?

Lo cierto es que ninguna prevención se hizo en el puerto ni en la ciudad aludida, y que, conforme á lo proyectado, apareció el almirante inglés en la bahía y ejecutó por completo su propósito, logrando con la osadía victoriosa la cima de la reputación sentada en las empresas anteriores. El 29 de Abril entró por sorpresa, quemó 18 naves grandes que allí se aprestaban; apresó otras seis; corrió la costa de Algarve, haciendo desembarcos, quemando el monasterio del cabo de San Vicente y asaltando los castillos de Sagres, Valiere y Udiche; se presentó á la boca del Tajo, en insulto á la armada del Marqués de Santa Cruz, y retrocediendo al cabo de San Vicente se mantuvo en crucero todo el mes de Junio, así por impedir la reunión de los galeones españoles, diseminados en los puertos, como en espera de las flotas, que ordinariamente recalaban al dicho cabo <sup>2</sup>.

Hay de esta acometida pormenores que no es ocioso recoger. Negó siempre la reina Isabel que su Almirante recibiera órdenes para otra cosa que observar los armamentos que se hacían en España: las instrucciones ostensibles publicadas oportunamente <sup>3</sup> le vedaban, en efecto, entrar en puerto al-

<sup>1</sup> París. Archivo Nacional, K, 1565 y 1566.

<sup>2</sup> Relación de los navios que Drake quemó y echó á fondo y se llevó en la bahía de Cádiz, y en lo que todo se estima. La Armada Invencible, t. I, págs. 29 y 334.

<sup>3</sup> Calendar o State papers, 9 de Abril de 1587.



guno, así como intentar acto de hostilidad en tierra, debiendo limitar las operaciones á la captura de buques en la mar. Aun más: desaprobó la Reina su conducta, ofreciendo castigarle y satisfaciendo al Duque de Parma con declaración de que, acto verificado contra su voluntad, no había de influir en las negociaciones seguidas por los comisarios de Inglaterra <sup>1</sup>; documentos y ofertas de valor entendido en la hipócrita pauta de la política que seguía. El golpe estaba hábilmente calculado, y con mayor habilidad, fortuna y fuerza puesto en el blanco del deseo.

Drake llevó 30 velas, las mayores de 400 á 600 toneladas y 40 á 50 cañones: llegado á la boca de la bahía reunió consejo de capitanes, y el segundo jefe de la escuadra, Borroughs, fué de opinión contraria al ataque. Decidiólo, no obstante, Drake, acrediitando ser algo más que corsario ó pirata; hombre capaz de pelear con otros más alentados que los colonos americanos: con los soldados de D. Felipe en su propia casa. Si en verdad le estaba prohibida la hostilidad, tanto más realza el acto la desobediencia á las órdenes de su Soberana.

Como se dirigiera sin vacilar al galeón único de guerra que se hallaba en el surtidero, y éste rompiera el fuego, acertando sus balas al *Lión*, donde iba la insignia de Borroughs, acobardado éste se salió á la mar <sup>2</sup>, mientras las demás naves atacaban simultáneamente al galeón, echándolo á fondo. Las galeras, que se encontraban en las inmediaciones, se retiraron por los caños á los primeros disparos; las tripulaciones de los transportes huyeron á tierra, abandonándolos, y quedaron los ingleses dueños de la bahía y del gran convoy de provisiones preparadas para la armada de Lisboa sin resistencia apenas. En la ciudad ninguna se hizo, y aun se susurraba que el General de las galeras de España envió á Drake refrescos y dulces <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Carta de 11 de Marzo remitida al Rey. Archivo de Simancas. Estado, Roma. Leg. 949.

<sup>2</sup> Froud: *History of England*.

<sup>3</sup> Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey. Paris, Archivo Nacional, K, 1565 y 1566.



Embarcaron los ingleses la vitualla; quemaron la que no podían llevarse, así como las naves, causando grandísimo daño, no sin recibirlo en la salud de la gente por el abuso del vino de las presas, que desarrolló, con el calor de la estación, epidemia en la escuadra.

Concluidas tranquilamente las operaciones del transbordo, salió Drake de Cádiz á últimos de Abril, barajando la costa de Portugal. En Faro hizo desembarco y asaltó los fuertes, con protesta del almirante Borroughs, que extremó la disidencia entre ambos jefes en términos de separarse y marchar á Inglaterra éste<sup>1</sup>. En Cintra y en la Coruña incendió el primero las embarcaciones, presentándose luego á la vista de Lisboa en reto al Marqués de Santa Cruz<sup>2</sup>. Se mantuvo á seguida sobre el cabo de San Vicente, pretendiendo canje de prisioneros; y como se le dijera no haberlos ingleses, determinó que todo español que se tomara fuera vendido á los moros y empleado el producto en la redención de cautivos ingleses<sup>3</sup>. Desde entonces empezó el martirio de los prisioneros, tratados, en verdad, mucho más cruelmente que por los mahometanos berberiscos.

La fortuna deparó á poco á la escuadra inglesa el encuentro sobre las Azores de la carraca portuguesa *San Felipe*, en camino desde la India Oriental con rico cargamento de aquellas regiones. Sola, atacada por nueve naos, hubo de rendirla el capitán Juan Trigueros tras defensa honrosa de la bandera<sup>4</sup>.

El efecto moral de esta campaña excedió con mucho á su importancia efectiva. Exagerados los daños y los beneficios, no menos que las entradas por la costa, causaba general admiración la osadía con que se acometió.

La reina de Francia, María de Médicis, expresaba, sin di-

<sup>1</sup> Froud le califica de cobarde y traidor, afirmando que Drake le depuso del cargo y le arrestó. El capitán Fenner escribió relación del desembarco en Cabo de San Vicente.

<sup>2</sup> Al decir del mismo Froud y de otros historiadores, envió reto formal al Marqués; no hay dato que lo acredite, y no era Drake hombre que callara estas cosas.

<sup>3</sup> Froud, Historia citada.

<sup>4</sup> Costa Quintella: *Annaes da marinha portugueza*.



simulo de alegría, que era patente ser ficticia y sólo de reputación la fuerza del Rey de España<sup>1</sup>.

No dejaba por su parte el papa Sixto V de censurar á don Felipe, atribuyendo el suceso á la tardanza de los armamentos, y aun en Flandes, y en España misma, produjo el golpe doloroso asombro. Las consecuencias fueron maravillosas en Inglaterra; al respeto temeroso en que se tenian los galeones españoles sucedió la lisonjera confianza de sobrepujarlos, sirviendo las riquezas de la carraca india de cebo para buscar otras y de ideal en hacer la guerra con dinero ajeno. Sin el arrojo de Drake; sin la campaña de Cádiz, los ministros de la Gran Bretaña hubiéranse acomodado á la paz, sacrificando á los Países Bajos<sup>2</sup>; tras ella todo cambió. Con razón asientan los historiadores que no hay en los anales de Inglaterra expedición comparable, pues que sirvió de alma y origen á las sucesivas.

Tarde, no obstante los estímulos que pueden imaginarse, salió de Lisboa el Marqués de Santa Cruz con poderosa escuadra en persecución de la inglesa y amparo de las flotas de Indias que por momentos se aguardaban<sup>3</sup>; pero sirvieron en junto las ocurrencias para acabar con las vacilaciones del Rey, haciéndole adoptar definitivamente los planes de Alejandro Farnesio, según manifiesta cédula suscrita en El Escorial á 4 de Septiembre<sup>4</sup>.

Así que llegara de vuelta D. Álvaro de Bazán al cabo de San Vicente y entregara las flotas á la guarda de las galeras, según prevención que allí encontraría, recogiendo en Lisboa los refuerzos disponibles, iría derecho al Canal de Inglaterra hasta fondear sobre cabo Margat; cubriría el paso de la escuadrilla ligera, conductora del ejército de Flandes, y puesto en tierra, haría cada jefe, por su parte, lo conducente al logro de la empresa, procediendo de acuerdo. Recomendaba, en consecuencia, al Duque de Parma lo tuviera todo preve-

<sup>1</sup> Carta de D. Bernardino de Mendoza.

<sup>2</sup> Froud, Historia citada.

<sup>3</sup> *La Armada Invencible*, t. I. pág. 30.

<sup>4</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 5.



nido y en orden, importando no hubiera la menor dilación y se hiciera la jornada en el año, á fin de no perder lo gastado y errarlo todo.

El Duque respondió prestamente ofreciendo diligencia no obstante el atraso en que tenía la preparación por no haberle enviado dinero. Indicó entonces por vez primera la pretensión de que el jefe de la escuadra le estuviera subordinado.

«Mucho será menester mirar lo que en esto se habrá de ordenar y hacer, que lo veo mal encaminado», escribió el Rey de su mano al margen del despacho <sup>1</sup>. Era realmente asunto espinoso que había de traer graves consecuencias. Por lo demás, ofrecía Farnesio hacer cuanto cupiera en su entendimiento, gratitud y obligación siempre que se le diera plazo hasta fines de Noviembre, demorando hasta entonces el arribo de la escuadra. Por más que el secreto se hubiera divulgado, y era de esperar que la Reina de Inglaterra estaría prevenida, confiaba en la victoria, así tuviera que aventurar la vida.

En cumplimiento de la oferta y prueba de buen deseo, fomentó en Flandes la actividad por mar y tierra, avanzando prodigiosamente la fábrica de bajales, organización de tropas y acopio de toda especie de municiones <sup>2</sup>. El 24 de Diciembre, algo después del término presupuesto, anunciaba estar listas, entre Dunquerque y Newport, 74 embarcaciones de mar, 150 pleytas y 70 huyas de ribera, bastantes en conjunto al transporte del ejército y pertrechos <sup>3</sup>. Únicamente la llegada de la escuadra hacia falta para romper la marcha <sup>4</sup>.

Sin la contrariedad de los temporales que destrozaron á la armada de D. Álvaro de Bazán durante el crucero sobre las Azores, el plan se hubiera realizado, y acaso con resultado distinto del que más adelante tuvo. La entidad de las fuerzas; la pericia, prestigio y autoridad del caudillo de mar; la buena disposición de Alejandro Farnesio, formados á su gusto los

<sup>1</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 592, fol. 117.

<sup>2</sup> *La Armada Invencible*, t. 1, pág. 35.

<sup>3</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 592.

<sup>4</sup> Idem, id. Folios 141, 149 y 152.



elementos de invasión, y el temor y escasez de recursos defensivos con que contaba la Reina de Inglaterra, tuvieron en gravísimo peligro su corona.

Habiase cambiado en D. Felipe la parsimonia, la vacilación con que estuvo considerando el negocio durante diez y ocho años, en impaciencia que no toleraba demora de minuto, y al volver á Lisboa el Marqués de Santa Cruz hubo de sufrir los efectos juntos con los de la malevolencia de envidiosos de la Corte<sup>1</sup>, y los de las indicaciones de primacía en el mando, hechas por el Duque de Parma, contrastando el proceder del Rey relativamente á capitán á quien debía tantas victorias, con el que le mereció, á poco, otro jefe sin historia y sin merecimientos, así por los despachos apremiantes, la fiscalización injustificada de los actos, las intimaciones mortificantes por segunda mano, como por la prevención final enviada al Cardenal Archiduque, á la par de las instrucciones de la jornada, expresando: «Que, entendida la desgracia con que tomó el Marqués la torina de la traza á la hora que vió la parte que de ella había de caber al Duque de Parma, no le admitiera modificación ni aun observación, haciéndole saber no era ya tiempo para otra cosa que declarar *si quería ir de aquella manera ó quedarse, porque también en este caso había orden de proveer lo conveniente*»<sup>2</sup>.

Este documento, que no ha llegado á noticia de los biógrafos de D. Alvaro, acredita el rumor que corrió de haberle causado la muerte más bien el disgusto y puntillo de la honra que los efectos de enfermedad natural<sup>3</sup>, y persuade que no estimó el sesudo Soberano la magnitud de la pérdida de tal caudillo, aunque universalmente se comprendiera por entonces, como se ha juzgado por la posteridad<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *La Armada Invencible*, t. I, pág. 36.

<sup>2</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 3.

<sup>3</sup> *La Armada Invencible*, t. I, págs. 37 y 160.

<sup>4</sup> Froud.—Reinhold Baumstark.—El año 1888 se solemnizó en Madrid el tercer centenario de la muerte del insigne marino, uno de los más brillantes modelos de la Armada española. Acordóse entonces la erección en la plazuela de la Villa de estatua á su memoria, que inauguró S. M. la Reina Regente, y se fundió medallón artístico de cobre de 0<sup>m</sup>,12, presentando en el anverso la figura sobre fondo de



Consintiendo al Duque de Medina Sidonia dilaciones censuradas á su antecesor, estuvo parada la máquina desde Febrero á Junio de 1588, primero, y casi hasta Agosto luego, en cuyo tiempo, consumidas las provisiones y el dinero del ejército de Flandes, mermadas las tropas por la deserción y las enfermedades ocasionadas por acampar en playas; desilusionado el capitán organizador, cambió de medio á medio la perspectiva risueña de la expedición.

La primera y más natural consecuencia de la tardanza, despejado el misterio de los armamentos, fué la prevención defensiva que con verdadera actividad se comenzó á la vez en Inglaterra y Holanda. Por otro lado, la mutación en las disposiciones del papa Sixto V, arrepentido ó pesaroso de haberse mezclado en asunto que pudiera aumentar el prestigio y autoridad del Rey de España. Servíale la demora de la armada de pretexto para mortificar al Conde de Olivares, embajador que le merecía tan significada aversión como antipatía su amo<sup>1</sup>, tratando sin rebozo con otros representantes de materias que no tardaban ellos en dar á los vientos de la publicidad. Ya, en conversación con el enviado de Venecia, Gritti, se dejaba decir que las naves españolas no servían para nada, y que en Flandes, patente la cólera divina, por una plaza ganada se perdían dos<sup>2</sup>. Ya, más expansivo, declaraba estar haciéndose ridículo Felipe con su famosa armada, mientras una mujer movía á los príncipes de Ale-

mar con bajeles y leyenda: III CENTENARIO DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MUDELA.—INAUGURADO MDCCXCII. Se premió en concurso público un *Estudio histórico-biográfico* escrito por D. Ángel de Altolaguirre, con copia de documentos y apéndice de la *Bibliografía del Centenario de D. Álvaro de Bazán*, comprensiva de sesenta y seis publicaciones en prosa y verso. Entre las primeras ofrece permanente interés la descripción del *Palacio del Marqués de Santa Cruz, en el Viso*, hecha por D. Pelayo Alcalá Galiano con reproducción de los retratos allí pintados, y de los fanales y otros trofeos conservados por la familia. Copia también el libro, de los frescos de las paredes, los combates navales del cabo de Aguer, Navarino, Terceras, Ceuta, Marbella y Túnez. El testamento de D. Álvaro, otorgado en Lisboa á 8 de Febrero de 1588, dió á luz D. Cristóbal Pérez Pastor en el *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1896, t. xxviii, págs. 5-27.

<sup>1</sup> El barón Hübner: *Sixte Quint.* París, 1882.—Carta del Conde de Olivares al Rey. Archivo de Simancas. Estado, Roma. Leg. 950.

<sup>2</sup> El barón Hübner, obra citada.



mania y al Rey de Navarra, encontrando recursos para poner en el mundo lo de arriba abajo<sup>1</sup>.

En ocasiones, de mal humor, decía al Embajador de Francia que en la escuadra de Lisboa habían muerto más de 20.000 hombres y dado al través 28 naves por mala dirección; que los italianos enviados á Flandes habían desaparecido. Elogiaba sin tasa la condiciones de la reina Isabel; desprestigiaba las de Felipe; lamentábase del dinero que había ofrecido sin soltarlo, y anticipaba tener malos presentimientos de la jornada por no haberse empezado en Septiembre de 1587, acabando con el juicio, no desacertado, de tener al Duque de Medina Sidonia por hombre sin experiencia y sin ventura<sup>2</sup>.

Un despacho fechado en Gante á 20 de Marzo<sup>3</sup> hace patente el cambio de impresiones en Farnesio. Vista la publicidad que tenía el negocio, pensaba acertado impulsar las negociaciones de paz con Inglaterra en el concepto de aprovechar el temor que producía el ser de la armada, sin arriesgarla á un desastre, y conseguir el fin de las miserias y calamidades de Flandes con el afianzamiento de la religión católica y antiguo dominio. Determinábase, decía, á comunicarlo á S. M., creyendo convenir á su servicio, no menos que la apreciación de ser ya aventurado el desembarco en Inglaterra.

No habiendo surtido efecto las consideraciones en el ánimo de D. Felipe, volvió á advertirle el Duque que no reparara en gastos, previniéndose para un descalabro<sup>4</sup>. Seguía, por su parte, dispuesto á cumplir las órdenes, si bien repitiendo siempre, con motivo de los avisos que le enviaba el Duque de Medina Sidonia, que la armada había de desembarazar el canal antes de que él saliera de los puertos con la escuadrilla de las tropas<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> El barón Hübner, obra citada.

<sup>2</sup> Idem, id.

<sup>3</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, folios 27 y 28.

<sup>4</sup> Idem, id., id., fol. 51.

<sup>5</sup> Idem, id., id., fol. 79.



Ya era tarde para retroceder; ni las razonadas indicaciones de un capitán de tan alto concepto, ni el cambio de actitud de Isabel de Inglaterra, arrepentida de haber levantado la tempestad rugiente, ni las pruebas de irresolución y de incapacidad suministradas por el de Medina Sidonia en la travesía desde Lisboa á la Coruña, alteraron en un ápice la resolución meditada en la celda de El Escorial.



## II.

### LA GRANDE ARMADA.

1588-1589.

Apellidala el vulgo *La Invencible*.—Sale de la Coruña.—Orden de marcha.—Encuentro con la escuadra inglesa.—Desacuerdo.—Desorden.—Abandono de naves.—Llegada á Cales.—Naves incendiarias.—Combate en los bancos de Flandes.—Navega por el Norte de Escocia.—Nausfragios en la costa de Irlanda.—Conformidad del Rey.—Ineptitud del Duque de Medina Sidonia.—Efectos del desastre.—Episodios.



OR fin salió del Tajo la armada más potente que hubiera pesado sobre el Océano, componiéndola 130 naves que median 57.868 toneladas, con 2.431 piezas de artillería y más de 30.000 hombres de mar y guerra. El vulgo la apellidó *La Invencible*, teniéndose en referir en prosa y verso su composición, y en especificar los nombres ilustres de capitanes, caballeros ó simples voluntarios que conducía <sup>1</sup>. Detenida en la Coruña por la contrariedad de los tiempos, volvió á salir definitivamente el 22 de Julio de 1588, enderezando el rumbo á la costa de Inglaterra con viento próspero. El orden de marcha, no encontrado hasta ahora entre los documentos oficiales, se conoce por relación de un escritor italiano <sup>2</sup>, y era así:

<sup>1</sup> En *La Armada Invencible*, obra citada, constan las relaciones, órdenes, diálogos, etc.

<sup>2</sup> *Discorso di Filippo Pigafetta sopra l'ordinanza dell'armata cattolica. All' illustrissimo et reverendiss. signore il Cardenale di Consenza.* In Roma. Apresso il Santi. Con licenza de 'superiori, 1588. 7 fojas, 4º.



Dos millas por delante habian de ir las naves ligeras para descubrir y tomar lengua, comunicando las noticias, de dia, por medio de ahumadas y cañonazos; de noche, con cañonazos y faroles.

A distancia de las dos millas seguia la vanguardia, compuesta de 12 naos en tres divisiones; en la primera, á la banda derecha, iba la nao *Rata* con D. Alonso de Leyva y el Príncipe de Ascoli, y á la banda izquierda la *Ragazzona*. Esta vanguardia navegaba en fila de frente, conservando entre nao y nao la distancia necesaria para otras dos, ó sea unos 42 pasos.

Detrás, á media milla, marchaban las cuatro galeazas mandadas por D. Hugo de Moncada, con proporcionada distancia de una á otra.

Seguia el tercer cuerpo, galeones de Portugal, llevando el *San Martín* la persona é insignia del Duque de Medina Sidonia. En la marcha ocupaba este galeón el segundo puesto, empezando por la derecha; entre galeón y galeón la distancia antedicha, y en caso de combate formaban los tres cuerpos una sola fila de frente con el General en el centro.

El cuerno derecho constaba de dos partes: la una de 15 naos gruesas mezcladas con galeones; la otra de 13 naos menores, en todo 28. La primera tenía por cabeza al galeón *San Juan*, que marchaba á la derecha, y el jefe del cuerno era el almirante general Juan Martínez de Recalde. Cien pasos por la popa marchaban siete zabras ó pataches; detrás seis urcas con otros cuatro pataches, constituyendo una reserva que regía Juan Gómez de Medina.

La segunda parte del cuerno derecho, distante cien pasos de la primera, llevaba por cabeza al galeón del Gran Duque de Toscana, del cual era capitán Gaspar de Sosa: componiase de 12 naos, llevando seis en cada flanco, y á retaguardia cinco zabras. Debía de ocupar este cuerno un espacio calculado de 1.068 pasos; esto es, una milla y 68 pasos.

El cuerpo de batalla iba, después del cuerno derecho, á 300 pasos, constando de 30 naos, en tres divisiones: la primera de 18, que ocupaban 1.002 pasos, con el galeón *San*



*Mateo* en el centro; á la derecha de éste la capitana de Ber- tendona, y el último, á la izquierda, el galeón *San Luis*. Por la popa, á distancia conveniente, las cuatro galeras del capi- tán Medrano, siguiendo ocho galeones grandes del cargo de D. Pedro de Valdés. En esta forma era el cuerpo de batalla muy fuerte, y aun llevaba por la popa 20 carabelas para avi- sos y socorros.

El cuerno izquierdo, gobernado por el galeón *San Marcos*, en que iba D. Francisco de Bobadilla, se sujetaba á un orden semejante al del otro; su segunda parte tenía por jefe á Hurtado de Mendoza, general de los pataches, y en la reserva iban seis urcas y nueve zabras<sup>1</sup>.

Por los despachos de D. Bernardino de Mendoza<sup>2</sup> vienen á conocerse asimismo algunos pormenores de la armada in- glesa. El Embajador de esta nación publicó en París relacio- nes, acaso un tanto abultadas, como lo eran las españolas, pero con el importante dato de la artillería que no contienen las otras conocidas<sup>3</sup>. El ilustre historiador Froud ha recogido muchas especies interesantes de construcción, costo, fortá-

<sup>1</sup> El autor del discurso citado, Pigafetta, expone consideraciones propias suyas acerca de los órdenes de marcha y combate, comparándolos con los de la táctica de los griegos y con los movimientos de Jerjes y Temistocles en la batalla de Salamina; describe las condiciones hidrográficas del canal y costas de Inglaterra; indica las prevenciones comunicadas para el caso de tener que fondear, y por resultado del examen crítico que hace de las disposiciones adoptadas opina que el Rey Católico, mediando el favor divino, alcanzaría felicísima victoria sobre los herejes. El *Discurso* parece confirmar las presunciones que tengo explanadas (en *La Armada Invencible*, t. I, pág. 50-53) de haber salido de Italia, y no de España, ese dictado de *Invencible*, por el que se hicieron á nuestra nación cargos de vanidad y de arro- gancia. Por fin, entre las noticias varias del opúsculo hay la siguiente acerca de las banderas, que también conforman con las mías (en dicha obra, t. I, pág. 45, y t. II, páginas 41, 220 y 374): «En los estandartes, banderas, flámulas y gallar- detes no va otra figura que el crucifijo con el mote *Domine discerne causam tuam*, para poder poner el estandarte en la iglesia, sobre el altar, donde no há mucho fué bendecido, y la imagen de la Virgen, madre de Dios, con leyenda *Demonstra te esse Malrem.*»

<sup>2</sup> Como los anteriormente citados, se hallan en el Archivo Nacional de París procedentes de los legajos sustraídos del de Simancas durante la invasión francesa de principios del siglo. Estos tienen signatura K, 1588, B. 61, pieza 83, y K, 1567, B. 60, piezas 21 y 22.

<sup>3</sup> Pueden verse en *La Armada Invencible*, t. I, págs. 55, 70 y 77, y t. II, pági- nas 479 y 486.



teza, sueldos de la gente, raciones, etc. Juzga que tenía que luchar la armada española con el gravísimo inconveniente de hablarse en ella seis lenguas, con el no pequeño del antagonismo entre castellanos y portugueses, sin contar con las exigencias de los ingleses y escoceses católicos. Reconoce que, no habiendo podido procurarse los españoles suficiente número de pilotos prácticos del Canal, era comprometida la situación de las naves, escasas además de víveres y municiones; y apartándose del camino seguido por otros de su nación, no tiene inconveniente en reconocer que las barras, grillos, instrumentos inquisitoriales de que tanto partido se sacó para levantar el espíritu del pueblo <sup>1</sup>, eran sencillamente los hierros ordinarios usados para la seguridad de los forzados remeros de galeras y galeazas <sup>2</sup>.

No es de omitir una referencia del Presidente francés De Thou <sup>3</sup>, por más que aparezca entre muchas procedentes de la invención disparatada de Gregorio Leti <sup>4</sup>, acaso origen de las noticias propaladas en la época, de contar la armada con una escuadra de mujeres. El hecho fué, sin duda, que, habiéndose cumplido con rigor la prohibición de embarco en las naos, las cortesanas fletaron por su cuenta barcas que seguían á la expedición, y algunas fueron á parar á las costas de Francia.

Desde el momento en que la vanguardia llegó á la altura del puerto de Plymouth y empezaron á verse á larga distancia velas inglesas, al parecer recelosas, en actitud de marchar en la misma dirección, pudieron advertir, desde el primero al último, en aquel conjunto asombroso para la gente de las islas, que no era D. Alonso Pérez de Guzmán hombre capaz de gobernarlo. Mayor desacuerdo, desorden mayor, decisión más clara de evitar la pelea navegando á toda vela sin cui-

<sup>1</sup> *La Armada Invencible*, t. I, pág. 54.

<sup>2</sup> Con gusto aprovecho la oportunidad de la cita para dar testimonio público de gratitud y consideración á este escritor, Mr. James Anthony Froud, por los juicios que ha emitido de mi obra en la suya, *The Spanish story of the Armada*. London, 1891.

<sup>3</sup> *Histoire universelle, traduite sur l'édition latine de Londres*. Londres, 1734.

<sup>4</sup> *La Armada Invencible*, t. I, pág. 71 y 191.



darse de rezagados, no cabía concebir, ni podía encubrirse á los enemigos, atemorizados en un principio. Toda nave que por entorpecimiento ó avería quedaba atrás, era abandonada, como si nada importara entregarla voluntariamente á aquellos á quienes iba á combatir. Primero tocó esta suerte á las galeas que no podían soportar la mar gruesa del canal, y hubieron de arribar á la costa de Francia donde una se salvó, apor tando á Blavet, en Bretaña, sin más quebranto que las provi siones, arrojadas al agua para aligerarse; en las otras se alzaron los remeros y pasaron á cuchillo á los oficiales y soldados, embarrancando los vasos en las inmediaciones de Bayona <sup>1</sup>.

A este siniestro siguió la pérdida del galeón *Nuestra Señora del Rosario*, desarbolado en choque con otro de los compañeros, el 31 de Julio. Rodeándolo los ingleses, sacaronle á toda priesa la pólvora para repartirla entre sus naves, muy escasas de este elemento de guerra, y lo mismo hicieron con los nombrados *Nuestra Señora de la Rosa* y *San Salvador*, abandonados sucesivamente por el Duque, llevándolos á los puertos de Portland, Weymouth y Darmouth <sup>2</sup>.

El pío pío del de Medina Sidonia, aturrullado, llegando á sus oídos las censuras é inculpaciones de que sus propios criados no se recataban, por no atacar á las naves inglesas, que por su parte esquivaban el encuentro con los invasores, era que el Duque de Parma saliese á la mar á librarle de aquella situación, ó le mandara por lo menos 40 ó 50 buques ligeros, pólvora y balas, pareciéndole poco <sup>1</sup>o que tenía á su

<sup>1</sup> Mr. de Thou, obra citada. D. Bernardino de Mendoza, en despachos de 10, 12 y 20 de Agosto, confirmó la noticia de la pérdida, añadiendo haber obtenido del Rey de Francia órdenes para la entrega de artillería y pertrechos que se hubieran salvado. París, Archivo Nacional, K, 1567, B. 60, pieza 121, especialmente.

<sup>2</sup> El reparto de los cuarenta mil ducados del tesoro real que llevaba á bordo la nao de D. Pedro de Valdés originó habilllas contra la buena fama de Drake, que, al decir de su compañero Frobisher, saqueó en su provecho. (*Calendar of State papers*, 10 de Agosto.) En el primer momento trataron los ingleses de desembarazarse de los prisioneros que no ofrecían rescate y que de manera tan impensada habían hecho; prevaleció después la decisión de presentarlos al pueblo como demostración de victoria en aquellos momentos de expectación temerosa, y los conservaron en larga tortura suministrándoles de las raciones de sus propios galeones las que estaban podridas. (Despachos de D. Bernardino de Mendoza de 20 y 29 de Agosto. París. Archivo Nacional, K, 1568.)



disposición, y para lograrlo enviaba uno tras otro los pataches<sup>1</sup>. Cuando la armada llegó á fondear en Cales en 6 de Agosto insistió en las peticiones, sin más idea que estimular al general del ejército á que sacara en su ayuda la escuadrilla de transporte no dispuesta para combatir; empeño obstinado que resistía naturalmente Farnesio.

Pero si había inquietud en el estado mayor de nuestra armada, no reinaba la tranquilidad, ni mucho menos, en el de la inglesa. Dos pilotos flamencos se les desertaron, pasándose á nuestros barcos; cinco de los suyos garraron, abordándose, aunque sin gruesa avería; los generales se reunieron en consejo, acordando preparar naves incendiarias para lanzarlas á favor de la marea de la noche, sin gran confianza en obtener resultado. ¿Cómo habían de presumir que mandara el Duque picar los cables, y ocasionara en el aturdimiento y el pánico un daño mil veces mayor que los efectos del recurso?

Pereció de resultas D. Hugo de Moncada con la galeaza capitana, el más hermoso bajel de la Armada<sup>2</sup>. Habiendo tocado en la barra de Calés, inclinándose sobre un costado, la atacaron inmediatamente las embarcaciones menores inglesas, sin impedirselo Mr. Gurdain, gobernador de la plaza, atento sólo á participar en el despojo. La artillería, palos y pertrechos se entregaron adelante por reclamación de don Bernardino de Mendoza; no así los remeros, declarados libres por alegar el Rey de Francia el tratado de amistad y liga que tenía suscrito con Turquía<sup>3</sup>.

Piensa Mr. Froud que no merece nombre de batalla, sino más bien de escaramuza, la que siguió sobre los bancos de Flandes. Así es; desmoralizados los españoles como no podía menos de suceder teniendo por caudillo á hombre dispuesto á irse en un batel á la tierra próxima y abandonarlos, pelearon aisladamente mal impresionados y mal dispuestos, rene-

<sup>1</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fols. 113, 117, 118, 122 y 123.

<sup>2</sup> *La Invencible*, t. 1, pág. 101.

<sup>3</sup> Despachos de D. Jorge Manrique, de D. Bernardino de Mendoza y del Duque de Parma. Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fols. 123 y 177.—París. Archivo Nacional. K, 1567, B. 60, piezas 115, 117 y 121.



gando de quien en aquella situación los había colocado. Pudo observarse, y ésta es la enseñanza principal que la jornada suministra, que mientras nuestra gente continuaba apegada á las prácticas del batallar en galeras, desdeñando el empleo de la artillería, confiada en el esfuerzo personal mano á mano, los ingleses, habiendo tomado lección de los rebeldes en las guerras de Flandes, se habían aplicado á manejar rápidamente los cañones y evitaban el abordaje, manteniéndose á competente distancia. No solamente lo consignan los escritores extranjeros; dicenlo los que, entre los nuestros, eran expertos en milicia, como el capitán Alonso Vázquez <sup>1</sup>, al observar que los enemigos disparaban su artillería con tanta rapidez como los nuestros sus mosqueteros; como el almirante Juan de Escalante, notando que nunca como en esta ocasión se hizo peor en las naos, desperdiciando con mucho ruido las balas, al paso que los ingleses las aprovechaban. Es bueno transcribir, de un memorial dirigido al Rey encareciendo la necesidad de corregir lo dañado, el consejo de aplicar atención á la artillería, «imitando á nuestros enemigos, que con ella ejecutan y hacen lo principal de la guerra marítima, batiendo de fuera sin arrimarse al contrario ni abordar hasta haberle rendido á fuerza de fuego y pelotas. Bien lo dió á entender (dice) el infiel discreto y gran marinero Francisco Drake, porque no se hallará que jamás haya hecho cosa por fuerza de armas, sino con valor, mañas é industria, y así, con todo cuanto ha hecho en el mar del Sur, ni antes en Tierra Firme, ni después en el robo de Santo Domingo, ni en el de Cartagena, ni en la entrada de Cádiz, ni en ninguna otra suerte de las que sabemos que ha tenido, su nao ni armada haya abordado con otra, ni hecho fuerza de armas, sino arredrádose sin se allegar hasta después de rendidos con golpes de pelotas, ni sabemos que haya hecho instancia donde haya hallado verdadera resistencia..... Muy casualmente se han visto en el mar dos armadas contrarias de alto bordo revolverse la una con la otra sino son conformes en el acometerse, y así lo vimos por expe-

<sup>1</sup> En *Los sucesos de Flandes del tiempo de Farnesio*.



riencia en la jornada del Duque de Medina, que nunca pudo obligar á la enemiga á batalla abordada.»

No hay, sin embargo, quien no reconozca la heroica bizarria con que singularmente combatieron los españoles, sin dirección ni cabeza. Los ingleses no pudieron rendir ni apresar uno sola nave entre tantas.

Cuando el galeón *San Felipe* se sumergía, un oficial enemigo pasó á su bordo, y cumplimentando á D. Francisco de Toledo en lengua castellana, propuso salvar las vidas de tan valiente tripulación si se entregaba honrosamente: *¡Largo, gallinas luteranas!*, respondieron<sup>1</sup>.

La defensa de D. Diego Pimentel en el *San Mateo* contra 30 naves holandesas, causó admiración, demostrada en las honras que se hicieron á los jefes prisioneros<sup>2</sup>. Todos los otros bajeles, maltrechos cual estaban, desaparecieron de la vista por el Norte de Escocia, en la navegación desatinada, pero homérica, á que el Duque de Medina Sidonia los llevó, entrándose en la región polar avanzado el mes de Septiembre, sin víveres, sin cartas, por no volver á encontrarse con los enemigos, dejando todavía por mucho tiempo en zozobra á Inglaterra y en expectación á Europa.

El Duque de Parma comunicó al Rey la mala nueva del desastre con fecha 10 de Agosto<sup>3</sup>; mas las cartas que el mismo día y seguidos despachó desde París D. Bernardino de Mendoza hubieron de llegar antes, dando origen á una ilusión que hiciera más amargo el desengaño. Publicáronse en España relaciones de la victoria, por la que hubo fiestas y luminarias, sin que por ello quepa culpar de ligereza al Embajador en Francia. Él recibió la noticia por diferentes conductos, al parecer autorizados, y lo mismo que en Madrid, en París, en Roma, en Venecia, en Tolosa, circuló impresa una carta de Dieppe asegurando el triunfo. En Inglaterra

<sup>1</sup> Froud, obra citada. *La Armada Invencible*, t. I, pág. 100.

<sup>2</sup> Despachos de D. Bernardino de Mendoza de 30 de Agosto. Mr. de Thou dice que los holandeses enviaron la bandera á la catedral de Leyde, y era tan grande que desde la bóveda llegaba al pavimento.

<sup>3</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 123.



misma corrieron especies siniestras mientras no llegó á saberse la verdad <sup>1</sup>. No tardó en extenderse ésta por sucesivas informaciones, agravadas, en contraste, por la ignorancia en que mucho tiempo se estuvo del paradero de la Armada.

Admíranse la sangre fría y la conformidad del Rey, aun cuando hay quien dice que no pudo disimular el dolor, con ser tan disimulado, pues se encerró con el confesor, hizo nuevo testamento y jamás se repuso ni recobró la salud <sup>2</sup>; un papel nuevo acredita que no por ello desatendió á los dolientes ni dejó de cuidarse de la reorganización de la flota, encomendándola muy especialmente á D. Juan de Cardona, mayordomo mayor del Príncipe <sup>3</sup>.

El efecto que las noticias produjeron en Roma se sabe por las cartas del embajador Conde de Olivares. Habiendo comunicado al Papa los despachos recibidos de Francia y pedidole el millón, que por compromiso debía, encareciendo los sacrificios hechos por D. Felipe, se encolerizó, afirmando ser hombre de palabra, pero necesitar datos ciertos de la Armada para consultar con ellos al Sacro Colegio. «Lo encuentro tibio en manifestar satisfacción cuando hay buenas nuevas (escribía), y no le afligen poco ni mucho las malas. La envidia por la grandeza de V. M., y el pesar que siente en soltar el dinero, pesan más en él que el bien de la Iglesia ó el celo por exterminar la herejía. Ahora que los negocios van mal, se hacen insopportables su orgullo y arrogancia: me pone el cuchillo en la garganta, y no quiere comprender que el daño de V. M. va de rechazo á la Santa Sede y á la causa de Dios. Su mal natural ha estallado más de una vez: no obstante, me mantengo firme..... El sacar el dinero es cosa tan de las entrañas de Su Santidad, que no aprovecha nada.»

Más grande juzga á D. Felipe un escritor <sup>4</sup> por estas contrariedades, conocida la forma en que las afrontó, que por el

<sup>1</sup> Despacho del Duque de Parma de 29 de Agosto. Archivo de Simancas. Legajo 594, fol. 130, y de D. Bernardino de Mendoza. Paris, K, 1567.

<sup>2</sup> El barón Hübner, *Sixte Quint.*

<sup>3</sup> Real cédula dada á 29 de Octubre. Academia de la Historia. Ms. *Colección Salazar*, E. 80, fol. 1.

<sup>4</sup> Dumesnil: *Histoire de Philippe II.*



sufrimiento de la adversidad. Hizo saber á Sixto V que la desgracia debía de ser sensible á la Iglesia, cuya seguridad tenía por objeto la empresa, y que él se consolaba considerando que la pérdida de una Armada que había combatido gloriosamente por la fe en nada comprometía á la integridad de sus estados. Con esto y con no volver á hablar de los subsidios ofrecidos, manifestó su indiferencia á las proposiciones posteriores de alianza.

Habían transcurrido catorce meses desde que la Armada salió de la Coruña, al aparecer en Laredo, Santander, San Sebastián y algunos otros puertos del Cantábrico el resto de las naves que seguían al General, habiendo sufrido en el rodeo de las islas Británicas, en la costa occidental de Irlanda, sobre todo, hambre, peste, naufragio entre salvajes, borrascas continuas, trabajos increíbles. Hechas cuentas, faltaban 63 naves y de ocho á nueve mil hombres, de ellos muchos nobles y caballeros principales. Mayor desastre naval no se conocía, porque si bien en las cifras y aun en la causa vergonzosa era comparable con el de los Gelves en 1560, allí contribuyó la acometida valerosa de los turcos, y aquí no había otro motivo que la pusilanimidad del capitán del Rey de España. Allí, cierto es, quedaban dueños de la mar los otomanos y entregadas á su estrago las costas de Italia y de España; acá se hundía la reputación, el prestigio, la confianza del soldado en sí mismo, todo aquello que en medio siglo habían levantado trabajosamente D. García de Toledo y D. Álvaro de Bazán. Lo de los Gelves pudo remediarself; lo de Inglaterra é Irlanda no tuvo remedio, siendo herida mortal de las que interiormente labran, aunque en apariencia se cicatricen <sup>1</sup>.

El pueblo español descargó el peso de su enojo sobre el Duque de Medina Sidonia. Disculpara en él la mala ventura, la incapacidad, la derrota: no podía perdonar la mancha que en el simple soldado es imperdonable. Algo participó de

<sup>1</sup> Perdióse la reputación de España porque quedamos hechos risa de nuestros enemigos viéndonos huir casi sin que nadie fuese tras nosotros. Sigüenza: *Historia de la Orden de San Jerónimo. La Armada Invencible*, t. I, pág. 117.



la impopularidad Alejandro Farnesio, suponiéndole malas disposiciones, no disimuladas en los despachos de D. Bernardino de Mendoza<sup>1</sup>; y tanto crecieron los rumores, que juzgó necesario el de Parma sincerarse con el Monarca<sup>2</sup> y encargar al secretario D. Juan de Idiáquez la defensa de los actos puestos en tela de juicio<sup>3</sup>, sin alcanzar, con todo, «que no quedara su crédito pendiente de opiniones»<sup>4</sup>.

Don Felipe, á pesar de ello, se mostró acomodaticio, conservándole su estimación y confianza<sup>5</sup>, dijeron lo que dijeron<sup>6</sup>. Para el Duque de Medina Sidonia no fué tampoco el Soberano de proverbial severidad<sup>7</sup>.

Los nuevos documentos registrados descubren la suerte de algunos bajeles, que apunto por complemento de lo dicho.

NAO SANTA ANA<sup>8</sup>.—Desarbolada la capitana de Oquendo en el primer encuentro con los ingleses en el canal de la Mancha, habiendo pasado á otra nave el Almirante, quedó

<sup>1</sup> Censuró abiertamente su proceder en los de 12, 20 y 30 de Agosto. Paris. Archivo Nacional, K, 1567.

<sup>2</sup> Carta á S. M., de Bruselas, á 16 de Septiembre. Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594.

<sup>3</sup> Carta cifrada, de Vergas, á 1.<sup>o</sup> de Octubre. Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 146.

<sup>4</sup> Bartolomé Leonardo de Argensola: *Conquista de las islas Molucas*, 1609, página 172.

<sup>5</sup> Carta del Duque de Parma á D. Juan de Idiáquez, de Bruselas, á 30 de Diciembre, manifestándose complacido.

<sup>6</sup> Á D. Martín de Idiáquez enviaron desde Paris una canción satírica escrita en términos náuticos, que empieza:

«Astrosa naveccilla miserable,  
á quien el tiempo tiene consumida,  
y los luengos viajes tan cascada  
que estás por las más partes toda hendida,  
abierta en los costados, deféznable,  
la tablazón y quilla quebrantada  
de puro maltratada.

Por no ser de provecho te han varado,  
habiéndote dejado  
fueras del mar, tendida en el arena,  
sin mástiles ni antena,  
al agua descubierta, al sol, al viento,  
sirviendo á la carcoma de alimento.\*

.....

Paris. Archivo Nacional, K, 1569, B. 62, pieza 19.

<sup>7</sup> *La Armada Invencible*, t. I, págs. 135 y 219.

<sup>8</sup> *La Armada Invencible*, t. I, pág. 170.



en la *Santa Ana* el maestre de campo Nicolás de Isla, gobernando la gente. Navegó sola veintidós días sin poder incorporarse á la Armada, y habiendo consumido la vitualla, sin quedarle más que pan, fondeó en la rada de la Hogue, escribiendo desde allí el Maese de Campo al Duque de Parma<sup>1</sup>; y como éste le ordenara regresar á España, tocó en el Havre de Gracia en busca de provisiones. Faltóle tiempo á Mr. de Montpensier, hugonote, que allí estaba, para dar aviso á Inglaterra, recomendando el envio de fuerzas que rindieran á la descalabrada nave; y sin esto, sabiendo que conducía una parte del tesoro de la Armada, se despertó la codicia de los franceses, discurriendo medios de embargar la suma. Acudió á impedirlo con representaciones el Embajador de España, consiguiendo del Rey la observación de los derechos de asilo y de neutralidad. La gestión fué oportunísima, porque el 9 de Septiembre se presentaron en la rada tres naves inglesas de 500 y 300 toneladas y un patache, que nada menos creyeron necesario para atacar á la española, á cañonazos. Requirióles el Gobernador francés de la plaza, sin que le atendieran, visto lo cual, mandó poner dos piezas de artillería en la playa y les hizo disparos, favoreciendo á la *Santa Ana*.

En ésta dió una bala inglesa en la driza de la verga mayor, y al venir abajo cogió al Maestre de Campo, que armado estaba al pie del árbol. Otra mató á cinco hombres, y una tercera cortó los cables, con lo cual la marea llevó la nao á varar en la playa. Procedióse en el acto á sacar la artillería y municiones y á meter el casco en la dársena librándole del enemigo, reforzado aquella noche con cuatro naos más. Nicolás de Isla fué conducido á tierra sin conocimiento, falleciendo á poco rato. Era buen soldado. La nao se entregó á su dueño descargada, y á pesar de las precauciones, dió en la costa con temporal; 31.000 escudos de oro se depositaron en manos seguras, sirviendo en parte para poner en camino de

<sup>1</sup> Carta á S. M., fecha á 29 de Agosto. Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Legajo 594.



Abandono del galeón Nuestra Señora del Rosario.





Flandes á los soldados, y en el de España á los marineros. Trajeron consigo el estandarte real <sup>1</sup>.

GALEAZA ZÚÑIGA.—Siguió á la Armada por el Norte de Escocia y costa de Irlanda hasta el 11 de Agosto, en que rompió un macho del timón, quedando sin gobierno. El capitán, D. Juan de Saavedra, pidió al Duque de Medina-Sidonia auxilio, que dijo no poder darle, y se vió, por tanto, en la necesidad de arribar sobre la costa con recelo de perecer en ella. Tuvieron los tripulantes la fortuna de entrar en Puerto Tue, cerca de Cabo Clara, sin conocerlo; compusieron el timón y procuraron adquirir algunos víveres por haber reducido tanto las raciones, que habían muerto ya de privación 80 hombres. Los habitantes del país se las negaron, y á duras penas y fuerza de armas tomaron algunas. Con este solo refresco volvieron á la mar; sufrieron un temporal que les echó otra vez al Canal de la Mancha, si bien lograron fondear en el Havre de Gracia el 4 de Octubre. Varada en seco, se procedió á repararla con mil dificultades; escapó una parte de la chusma remera, y hubo hurtos y deserciones por falta de ropa y socorros á la gente. Reparada que estuvo, salió del puerto el 2 de Marzo de 1589, para volver de arribada el 4, amotinados los infantes y descoinedidos los capitanes en actitud que obligó á D. Bernardino de Mendoza á disolver las compañías. Se hizo á la mar otra vez el 15 de Abril con tan mala estrella, que estuvo para perderse en la costa de Inglaterra. Con lo mucho que padeció, se abrieron las cubiertas y destrozó el aparejo; arrojaron al agua 12 piezas de artillería, los remos, el vino, con más objetos, dándose por satisfecha la gente con conservar las vidas y volver á los doce días al mismo puerto del Havre, con necesidad de nueva carena. A la tercera dió la vela el 3 de Agosto, dejando en tierra 30 soldados. Al resto puso nota de indómitos y desobedientes el Embajador, harto severo con hombres que habían pasado más de dos años peligros, trabajos y privaciones para contadas <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Despachos de D. Bernardino de Mendoza.

<sup>2</sup> Idem id.—París. Archivo Nacional.



URCA SAN PEDRO EL MENOR.—No se sabe cómo llegó al puerto de Morvian, en Bretaña, el 20 de Septiembre de 1588, por extravío del parte que daria sin duda el capitán D. Juan de Monsalve. Tenía el casco las costuras abiertas y hacia mucha agua. Una parte de la gente, agobiada por el trabajo, la abandonó, y el resto no pudo asegurarla. Dió en tierra, abriéndose más; se sacó la artillería y algunos pertrechos, sin poder impedir que los franceses hurtaran los más. Fletada una embarcación en Nantes, con la marinería y efectos salvados dió la vela para la Coruña el 27 de Noviembre <sup>1</sup>.

NAO TRINIDAD VALENCERA.—Las noticias suministradas por los náufragos son contradictorias. El Maestre, que llegó en salvamento á Escocia, creía hubieran tenido la misma fortuna casi todos los tripulantes, mientras, al parecer de algunos soldados, los más habían sido muertos. Juan de Novoa, uno de ellos, dió relación más amplia <sup>2</sup>, en algo conforme con la del fraile carmelita fray Angelo de San Pablo <sup>3</sup>. La nao conducía á más de 500 soldados, por haber recogido 100 de la *Barca de Amburg* en los momentos de sumergirse cerca de Cabo Clara. El 14 de Septiembre, teniendo abierta la proa y con recelo de igual suerte, atracaron á la costa y desembarcaron, no dando tiempo el vaso á terminar la operación, que aun se llevó al fondo unos 40 hombres. No fué, por tanto, posible sacar víveres ni las armas que hubieran querido. Sabiendo el maestre de campo D. Alonso de Luzzón que residía no lejos un obispo católico en el castillo de Duhort <sup>4</sup>, se internó caminando tres días. En el camino encontró tropa de ingleses, que tendría 200 caballos y otros tantos infantes, con los que trataron escaramuza, capitulando tras ella con honrosas condiciones, que no fueron cumplidas.

<sup>1</sup> Despachos de D. Bernardino de Mendoza. París. Archivo Nacional. K, 1567.

<sup>2</sup> Idem id. K, 1569. B. 62, pieza 40.

<sup>3</sup> *Chronica de los Carmelitas descalzos, particular de Portugal*, por Fr. Belchor de Santa Ana. Lisboa, 1657.

<sup>4</sup> El Obispo de Killaloc, según Froud; Juan de Noguera le nombra el obispo Cornelio.



Al contrario; los ingleses despojaron á los españoles, dejándolos desnudos y acuchillando á unos 300<sup>1</sup>.

Escaparon del degüello á sangre fría otros 150 á través de un pantano, muchos de ellos heridos, y hallaron acogida del referido Obispo, que los curó y atendió en el castillo. Avisó, además, á un caballero católico irlandés, que se llamaba *Ocana* (O'Neil), é indignado éste con el salvajismo de los ingleses, sus enemigos, acopió mantenimientos, y con guia seguro encaminó á los naufragos á Escocia, desde donde pasaron á Flandes, no sin peligros y trabajos.

URCA SAN PEDRO EL MAYOR.—Dió al través el 6 de Noviembre en una playa llamada por los naufragos *Opa* (Hope Bay), donde gobernaba Sir William Curtiney, el cual pidió á la Reina aquella presa, y fuéreronle concedidos 15 prisioneros á su elección. Reclamó por rescate 20.000 escudos, negociándolos con el Duque de Parma. La relación escrita por el capitán Francisco de Cuéllar, de lo que sufrió con los compañeros en este naufragio<sup>2</sup>, ha causado impresión en Inglaterra, siendo objeto de estudio y de comprobación, singularmente por el Lord Ducie y por Mr. M. Brophy. Juzgan estos investigadores que el siniestro ocurrió en una playa cercana á *Giant's causeway*, que aun se nombra en el país *Port-na Spagna*, en Erris Head; identificaron al protector de los desvalidos *Ruerque* con Bryan O'Rourke; en *Manglana* descubren al jefe Mac Glanahie; en el príncipe *Ocan* al magnate O'Cahan, que solia residir entre Lough Foyle y Bann. El castillo, defendido por Cuéllar, era, sin duda, Rossclagher Castle, situado en la isla Innishkeen, en Lough Mélvin, de que existen ruinas, y el gran Gobernador que lo atacó con los *sasanas* (sajones), Sir William Fitzwilliam, lord Diputado de Irlanda. El Sr. Brophy ha estudiado, por su parte, el origen y vicisitudes de las familias nobles que dieron amparo á los españoles, y lo que por su humanidad tuvieron que sufrir, y considera que con la publicidad de esta relación del

<sup>1</sup> *La Armada Invencible*, t. I, pág. 123, y t. II, pág. 337.

<sup>2</sup> Idem id., t. I, pág. 203.



capitán Cuéllar, se ha hecho servicio á la historia de su patria<sup>1</sup>.

NAO RATA, NAO SANTA ANA, GALEAZA GIRONA.—D. Alonso de Leyva, embarcado en la nao *Rata*, salvó á la gente de la *Santa Ana*, que se iba al fondo, y sirviéndole acaso de práctico Maurice Fitzgerald, que iba á bordo<sup>2</sup>, entró en Blacsod Bay en muy mal estado; no tenía más que un ancla, que faltó al fondearla, y amarraron á las peñas un calabrote, que también se partió, encallando la nave. Desembarcó entonces toda la gente, sacando el poco bastimento que tenían, una pieza de campaña y algunas municiones. Pusieron en estado de defensa un castillo antiguo que había en las inmediaciones, y allí murió Sir James Fitzgerald, el católico, constante enemigo de la Reina, que inspiró la expedición pontifícia en 1579, y en ésta iba confiado de alcanzar la independencia de su patria. Ésta no le dió siquiera sepultura; los españoles enterraron su cadáver en caja de madera de ciprés y lo arrojaron con ceremonia al fondo del mar<sup>3</sup>. Sabiendo que la galeaza *Girona* estaba más arriba fondeada, encamináronse á ella, llevando en silla á D. Alonso, que estaba herido en una pierna. Embarcaron, procurando remediar el timón averiado, y con apariencias de buen tiempo creyó el piloto la pondría en España en cuatro días. Dieron la vela, saliendo del paso peligroso de Rossan Point y Lough Foyle; mas cambiando el viento, con el mal gobierno del timón chocaron en la roca Dunluce, donde la galeaza se hizo pedazos. Las olas cubrieron la playa de cadáveres. De más de 1.500 hombres salváronse 9, quedando en el fondo el más querido y popular entre los jefes de la gran Armada, D. Alonso de Leyva<sup>4</sup>.

De otras naves hay noticias más concisas. La SAN JUAN BAUTISTA, en que iba D. Diego Manrique, entró en el puerto

<sup>1</sup> Michael Brophi: *Carlow Past and Present*. Carlow, 1888. «Duro (dice) may have no knowledge of the historical importance of his discovery.»

<sup>2</sup> Froud, obra citada.

<sup>3</sup> Froud, obra citada.

<sup>4</sup> Era alto, delgado, con el cabello largo; hablaba bien y en tono moderado; todos le respetaban, según declaración de uno de los que se salvaron. (Véase *La Armada Invencible*, t. I, páginas 120 y 200.)



de Fobermory de la isla Mull, en Escocia: los naturales la incendiaron sin que escaparan más de quince personas <sup>1</sup>. El Conde de Argyll, almirante de la costa occidental, que tenía por el cargo derecho de naufragio, hizo asiento el año 1640 con un sueco para reconocer el fondo del puerto con campanas de buzo; se ignora el resultado de las pesquisas. Se repitieron en 1680 con igual reserva, y por tercera vez en 1740. En esta última se extrajo un cañón de bronce de calibre de 18, que tenía esculpida por ornamento una F y una flor de lis, indicación de ser pieza francesa, tomada probablemente en las guerras de Carlos V con Francisco I. Se conserva en la casa de campo del Conde de Argyll. Al levar el ancla en el puerto de Fobermory un buque noruego, el año 1873, sacó pegado al fango un escudo de oro español, que dió motivo á nuevos reconocimientos sin resultado <sup>2</sup>.

La NAO JULIANA zozobró en la mar á vista de otras, sin escapar persona. La BARCA DE AMBURG tuvo igual desdicha, si bien parte de los tripulantes transbordó. Una zabra con 24 hombres, entre los que iban dos criados del Duque de Medina-Sidonia, entró en Tralee falta de víveres y en situación desesperada; se entregaron ofreciendo rescate por las vidas que ni aun así preservaron.

Mr. Froud, en la historia repetidamente citada, refiere, por datos ingleses, que el galeón NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, de 1.000 toneladas, naufragó en Blasket Sand, salvándose un solo hombre, hijo del piloto <sup>3</sup>. El 10 de Septiembre, agrega, aparecieron siete naves en la boca del Shanon, y enviaron, embarcación con bandera blanca á Kilrush solicitando agua; ofrecían por cada pipa otra de vino, ó dinero á discreción, y aun una de las naves. Se les negó la transacción, y la necesidad les obligó á desembarcar con armas para tomarla por fuerza. Abandonaron y quemaron una de las naves que no podía aguantar la mar; dieron la vela las otras seis, y á pocos

<sup>1</sup> Correspondencia de D. Bernardino de Mendoza. París. Archivo Nacional.

<sup>2</sup> Noticias que se ha servido comunicarme Lord Ducie en 3 de Diciembre de 1887.

<sup>3</sup> La misma indicación hace el *Calendar of State papers*, pero el nombre de este galeón no se halla en la lista de los que salieron de la Coruña.



días naufragaron en las rocas de Clare. Unos 150 hombres salvados á nado se llevaron á Galway.

De dos galeones que se aproximaron á la isla de Arran, uno zozobró; el segundo, mandado por D. Luis de Córdova, fué sobre Galway y desembarcó gente armada; mas, falta de recursos, hubo de capitular con condiciones, no obstante las cuales sólo dejaron los ingleses al jefe vivo por ahorrarse el trabajo de custodiar los prisioneros.

A Clew Bay arribó, anegándose, el galeón de D. Pedro de Mendoza, que pudo desembarcar en Clare Island cosa de 100 hombres. Éstos, lo mismo que los tripulantes de otra nave embarrancada en Burrishoole, y de las que se hicieron pedazos en la costa de Connaught, fueron degollados por orden del gobernador Mr. Richard Bingham. Aun los caballeros de calidad que en principio se reservaban para rescate, se sacrificaron por orden expresa enviada de Dublin. Hacían por allí subir los muertos á 11.000, cuenta un poco exagerada<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La celebración en Inglaterra del tercer Centenario de la Armada, solemnidad á que en un principio he aludido, sirvió para sacar á luz muchas Memorias olvidadas; porque la prensa, singularmente las revistas ilustradas, contribuyeron con su contingente, acopiendo en los museos y colecciones particulares todo aquello que pudiera ofrecer curiosidad. Naturalmente, componen la mayor suma de recuerdos los relacionados con las naves y los capitanes de su nación, pero no dejan de interesar á los nuestros. Se ve, por ejemplo, que el *Ark Royal*, nave de la insignia del Almirante de Inglaterra, Lord Howard of Effingham, de porte de 800 toneladas, montaba cañones de á 60, de á 32 y de á 18, con 425 hombres de tripulación; de modo que era muy superior en artillería á los mayores galeones, y no inferior en el ornato de esculturas, escudos, banderas y pinturas en las velas. El puerto de Plymouth, como cuna de la marina inglesa, punto de partida de las expediciones de Drake, y desde el que éste y el gran Almirante salieron tras la *Babel flotante*, tomó la iniciativa de las fiestas, y allí se verificaron las más notables. El 19 de Julio de 1888, día en que se avistaron desde la costa las naos españolas, se colocó la piedra fundamental de un monumento conmemorativo, con asistencia de fuerzas y comisiones de mar y tierra, salvas, discursos, seguidos de procesión, banquete y todo aquello discurrido en semejantes casos. El proyecto del monumento, ideado por el arquitecto Mr. Herbert A. Gribble y elegido en concurso, consiste en un pedestal de 35 pies de altura que sostiene á la estatua de la Gran Bretaña, simbolizada por una matrona armada, sosteniendo la bandera nacional acoplada al tridente de Neptuno. En el pedestal un medallón con retratos de los principales capitanes, láureas y relieves en que se desarrolla el proceso de destrucción de la Armada. Por leyenda *HE BLEW WITH HIS WIND AND THEY WERE SATTERED*, atribuyendo á Dios la liberación. Formó parte de los festejos una exposición de objetos exclusivamente de la marina de la época, y llegaron á reunirse 400; retratos con-



temporáneos, armas, instrumentos, cartas, manuscritos, medallas. Para nuestro aprecio ofrecían preferencia la caja de caudales del galeón de D. Pedro de Valdés, arcón de madera fuerte cruzada por todos lados con fleje de hierro, y cerrada con barras y candados, y una cuchara de plata de forma elegantísima, figurando hoja de árbol, extraída del fondo del mar en la costa de Irlanda, que hubo de pertenecer á alguno de los caballeros que allí finaron. Acaso por el mucho peso y dificultad consiguiente de transporte, dejaron de llevarse otros recuerdos: en Withe hall Yard hay un ancla extraída también en la costa de Donegal, que ha perdido ya la forma primitiva por desprendimiento sucesivo y desigual de capas de hierro, y en el castillo de Dublin se guarda un cañón, á más del que posee el conde de Argyll en Escocia. Se debe á la previsión del grabador Juan Pine recuerdo más estimable que todos éstos, por haberle ocurrido publicar el año 1739 una obra en que reprodujo fielmente retratos, cartas náuticas y medallas, con la colección de diez tapices, representando episodios de la Armada, que decoraban el palacio del Parlamento. Sábase que por encargo del almirante, Conde de Nottingham, dibujó los cartones para esta colección el pintor flamenco de marinas, Enrique Cornelio Vroom, por precio de 100 piezas de oro, y que los tejió Francisco Spiernig, recibiendo 1.628 libras. El Almirante los vendió al rey Jacobo I; fueron colocados en el palacio del Parlamento en 1650; y como el edificio se incendió el 16 de Octubre de 1834, no quedara idea de la tapicería sin la obra de Pine, que es muy rara, pero que ha proporcionado al Centenario excelente matriz. Se reprodujeron con tal ocasión: 1. Carta con la derrota de la Armada rodeando las islas Británicas.—2. La Armada, vista por vez primera desde Cabo Lizard.—3. Encuentro de la Armada con la escuadra inglesa.—4. Captura del galeón de D. Pedro de Valdés.—5. Captura de la nao de Oquendo.—6. Combate sobre la isla de Wight.—7. Efecto de las naves incendiarias en Cales. Lo que no ocurrió á los escritores ingleses fué la formación de bibliografía especial de la Armada, por lo que me ha sido difícil aumentar la que ensayé en *La Armada Invencible* con los títulos que ahora pongo en el apéndice número 1.





### III.

#### ATAQUES Á LA CORUÑA Y Á LISBOA.

1589.

Dispersa la grande Armada, toman los ingleses la ofensiva.—Preparan expedición con auxilio de holandeses.—Intentan restaurar á D. Antonio de Crato en Portugal mediante tratado oneroso.—Atacan á la Coruña.—Son rechazados.—Acometen á Lisboa.—Reciben segunda derrota.—Vuelven á Inglaterra con enorme pérdida.—Hácenles cargos.—Peste y descontento.—Tres expediciones al Magallanes fracasan.—Muere Cavendish.—Crucero de Cumberland en las Azores.—Ensayo comercial en el Mediterráneo.—Turcos y argelinos.—Presa hecha á éstos en los Alfaques.



INMENSO júbilo embargaba á los protestantes de Inglaterra desde la hora en que tuvieron certeza de haberse alejado de sus mares la flota que tan temerosos los había tenido. Podían respirar libremente; el peligro de invasión había pasado; gozaban la satisfacción de haber visto huir, por vez primera, naves españolas, y con dificultad resistían á la tentación de creerse autores de tamaña ventura. La reina Isabel, más que todos ellos ensoberbecida, pero también más cauta y prevísora, desecharon las pretensiones de los rebeldes de Flandes instándola á utilizar las fuerzas que tenía reunidas y el efecto moral de las circunstancias para poner sitio y tomar la plaza de Dunquerque, pensó en evitar segunda acometida de las escuadras de España buscando á D. Felipe ocupación en sus Estados y alejando del propio país el teatro de la guerra, para lo cual servíale á maravilla D. Antonio, el prior de Crato,



pretendiente incansable, lleno de ilusiones, empezando por la de que bastaría ligero apoyo para que los portugueses á una voz se alzaran proclamándole.

Como no duelen prendas en el ofrecimiento de lo que no se tiene, se mostraba dispuesto á pagar á la Reina 5 millones de oro por gastos de la expedición que se dedicara á su servicio, dos meses después de hallarse asegurado en el solio; 3.000 ducados anuales á perpetuidad; tres pagas de gracia á las tropas, amén del saco de las poblaciones, sin exceptuar á la capital. Independientemente suscribiría tratados de alianza y comercio en Portugal y sus Indias; autorización para hacer armadas en Lisboa contra el Rey Católico, quedando en los fuertes de la ciudad y puerto guarnición inglesa á perpetuidad. Creábales, pues, en la península ibérica colonia, y á esto llamaba, y han llamado en otras épocas, independencia de su patria.

Al Gobierno inglés acomodaban las condiciones, aunque no se consiguiera por entero con la empresa la desmembración del territorio occidental, mal soldado todavía á la Corona de Castilla; lo esencial en aquel entonces era la diversión á que había de contribuir el rey de Fez con ataque por la costa de Andalucía.

Dispuesto lo necesario con actividad que contrastaba con la parsimonia de los armamentos castellanos, salió la expedición de Inglaterra, el 13 de Abril de 1589, con unas 150 velas y efectivo de 23.375 hombres, el mando de la escuadra confiado al almirante Drake y el del ejército al coronel John Norreys ó Norris. En la instrucción real se les encargaba destruir las naves que hallaran en los puertos y apoderarse de alguna de las islas Azores para interceptar los tesoros de las Indias que pasaban por ellas. En segundo término prestarían asistencia al de Crato para recobrar el reino de Portugal si la opinión pública le era favorable. Al efecto iban en la escuadra armas y monturas con que poner en pie de guerra á sus partidarios <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Calendar of State papers.*



Don Antonio, poseído de su papel, escribió cartas á los soberanos, ofreciendo al de Francia concurso para sacarle de apuros, como si estuviera realmente en el caso de brindar protección <sup>1</sup>.

Dirigiéronse las naves á la Coruña en la creencia errónea de reunirse allí 200 naves con viveres, municiones, cables y pertrechos en preparación de segunda jornada á Inglaterra, y de guardarse en la plaza, mal prevenida, 5 millones en oro. Se había ordenado, con efecto, reconcentrar en aquel puerto vitualla, y había ya reunida cantidad de bizcocho con otros artículos; en todo lo demás no tenían visos de verdad los informes que los ingleses traían. La ciudad, defendida por antiguos muros, sin terraplén, reunió cinco compañías, que con los caballeros particulares y milicia de los pueblos vecinos llegarían á 1.500 hombres. En el puerto hacía papel el castillejo de San Antón; se hallaban al ancla el galeón *San José*, de Bertendona, la nao *San Bartolomé* y las dos galeras de Pantoja. Carenando y sin artillería, el galeón *San Bernardo*.

Entraron las naves inglesas en el puerto el 4 de Mayo, después de mediodía, cañoneándolas el castillo y los buques, y en el acto empezaron á desembarcar gente con 14 lanchones que al propósito llevaban prevenidos, poniéndola en escuadrones sobre los caminos de Betanzos y de Santiago, y las alturas contiguas, no sin escaramuzas.

El dia 5 desembarcaron tres piezas gruesas de artillería á fin de batir á los galeones, que les hacían daño. Fué preciso entonces incendiar al *San Juan* y dar barreno al otro; las galeras se retiraron por la ría de Betanzos dejando en la ciudad los soldados que tenían. Durante la noche abrieron los ingleses trincheras, y acercaron las naves al fuerte de San Antonio, recibiendo de sus cañones averías bastantes para desistir del ataque por entonces y en todo el tiempo de su permanencia. En el barrio bajo de la Pescadería, extramuros, estuvieron más afortunados, ganándolo con muerte de unos 70 de los defensores y toma de la artillería del galeón *San*

<sup>1</sup> París. Archivo Nacional, K, 1569. B, 62, pieza 45.



*Bernardo*, tendida en el muelle por estar, como antes se ha dicho, tumbado, carenando.

Ganaron el dia 6 el monasterio de Santo Domingo, también fuera de murallas; establecieron baterías á cubierto, y antes de romper el fuego enviaron parlamento al Marqués de Cerralbo, gobernador, diciendo «que los Generales pedian la ciudad para la reina de Inglaterra, y que entregándosela usarian de clemencia, *no mirando á la afrenta que el año pasado le había querido hacer nuestra armada; que no lo haciendo se usaría el rigor de la guerra, y que, aunque estuviese dentro todo el poder de España, la habían de tomar dentro de dos días.*» Contestóseles que hicieran lo que tuvieran por conveniente, respondiendo á la batería con las de la plaza y rechazando el primer asalto, dado por la punta llamada del Mercado.

El 12 volaron una mina, abriendo brecha considerable, y otra el 14, lanzándose de nuevo al asalto, repetido el 15 y el 16. Defendieronlos con los soldados las mujeres del pueblo, señalándose Mayor Fernández de la Cámara y Pita. Por último, el 18 se reembarcaron, dejando dos de sus naves perdidas, y salieron el dia siguiente del puerto.

Existe un diario con pormenores del sitio y varias relaciones que difieren poco<sup>1</sup>; sin embargo, ni con ellas, ni menos con las de los enemigos, se forma juicio cabal del ataque, á que ni unos ni otros concedieron gran importancia. Entre los historiadores ingleses no hay dos que estén conformes en el plan, disposiciones, composición de las fuerzas de mar y tierra que salieron de Plymouth, y ni uno sólo que suministre datos de los que regresaron ni de las pérdidas sufridas en hombres y bajeles. Es penosa al orgullo nacional la confesión de las derrotas, y aun la simple indicación de error ó desacuerdo en los caudillos populares.

Mientras algunos de estos historiadores<sup>2</sup> titulan *Gran ex-*

<sup>1</sup> Las he citado en el *Bosquejo encomiástico del Conde de Fuentes, Memorias de la Academia de la Historia*, t. x.

<sup>2</sup> Monson, Camdem, Stow, Speed, Harris, Hackluyt, Lediard, Echard, Colomna-rostrata.



pedición á la que había de invadir los estados de D. Felipe, pretenden otros rebajarla hasta el extremo de asegurar que nada tenían que ver con ella la Reina ni el Gobierno de Inglaterra, afirmando era empresa particular tolerada y dirigida al fin de embolsar escudos españoles. En la especificación de naves y soldados hay discrepancia mayor: quién limita las fuerzas á 4.000 soldados y otros tantos marineros; quién refiere que los estados de Holanda contribuyeron con bajeles y hombres, al paso que se ven afirmaciones de haberse hecho perdedizos los primeros sin pasar de Cabo Ushant; quién asegura, en fin, que á la flota salida de Inglaterra se fueron agregando el Conde Essex, Roger Williams, Felipe Butler y Eduardo Wingfield<sup>1</sup>.

Lediard, que como más moderno procuró concertar las noticias añejas, hace desembarcar en la Coruña 1.200 hombres, con la buena suerte de ocupar de seguida la parte baja

<sup>1</sup> Mr. Martin A. S. Hume ha publicado en Londres, en Septiembre de 1896, es decir, después de escrito el presente capítulo, un libro titulado *The year after the armada, and other historical studies*, habiendo examinado la correspondencia del Embajador de Venecia en Madrid y dos relaciones contemporáneas que yo no he visto; una castellana que posee D. Pascual de Gayangos, *Relación de lo subcedido del Armada enemiga del reyno de Inglaterra á este de Portugal, con la retirada á su tierra, este año de 1589*; otra portuguesa, existente en la Biblioteca Nacional de Lisboa, *Memoria do suceso da vinda dos Ingresos a o reino de Portugal*. Registrados también los documentos ingleses y las historias de aquellos días, halla Mr. Hume que la expedición fué inspirada y propuesta á la reina Isabel por Sir John Norris, habiendo de formarse compañía que suscribiera capital de 40.000 libras esterlinas, por lo menos, con objeto de merodear en los dominios de España. En un principio resistió la Soberana á la instigación de abrir su bolsillo, mas al fin contribuyó con 20.000 libras y siete naves de las mejores de la Armada real. El Prior de Crato empleó el resto de sus recursos; poco á poco habían ido pasando de sus manos á las de los usureros, ó á las de personas de las cortes de Inglaterra y Francia, las joyas de la Corona de Portugal, que sustrajo al salir del reino; pero le quedaba todavía un diamante, el octavo en tamaño de los mayores del mundo, que actualmente adorna á la Corona Imperial de Rusia, y lo empeñó para levantar fondos. El resto necesario lo facilitaron mercaderes ó particulares persuadidos de que la empresa proporcionaría ganancias enormes.

Juntáronse con las siete naves dichas de la Reina otras veinte de guerra, las mayores de á 300 toneladas, y transportes menores hasta la suma de 200 velas. Embarcaron en ellas 16.000 soldados, 2.500 marineros y 1.200 nobles de aventura; pero en el Canal se desaparecieron sobre 20 embarcaciones con 3.000 hombres. El Conde de Essex, Williams y compañeros, salieron de Inglaterra posteriormente, con gran indignación de la Reina virgen, que se lo había prohibido.



de la ciudad, cogiendo prisionero al gobernador *D. Juan de Luna* (*sic*), de incendiar gran cantidad de provisiones, degollando de paso 500 soldados. Mientras se atacaba la población alta tuvieron (dice) nueva de aproximarse *el Conde de Andrada* con ejército de 8.000 hombres apostados en puente del Burgo, debiendo reunirse con mayores fuerzas, capitaneadas por el Conde de Altamira, y á impedirlo salieron nueve regimientos, quedando otros cinco con Drake en guarda de la artillería de sitio.

Aquí se distrae un tanto el escritor, ó eran muy pequeños los tales regimientos, puesto que compone catorce con los 1.200 hombres desembarcados; pero suplían, por lo visto, el número con la habilidad, toda vez que deshicieron en el acto al ejército español, matando en la persecución 3.200 hombres, sin dar cuartel á los cuitados que se escondían en las viñas. Tomaron (sigue diciendo) de contado el estandarte real y el campamento, con muchas municiones, dinero y viualla; incendiaron los pueblos, talando los campos dos leguas á la redonda, todo ello sin más pérdida que el capitán Eduardo Norris y *un soldado*. Más singular, verdaderamente asombroso, es que, dando vuelta á la Coruña la tropa victoriosa, con mucho ganado recogido al paso, juzgara oportunuo el reembarque sin proseguir el sitio, y se hiciera «sin haber perdido un solo hombre». Murieron, sí, muchos soldados, mas fué de enfermedad, por abuso del vino de que estaban colmadas las bodegas. Historia convencional.

Continuando Drake la jornada llegó á Peniche, cuya guarnición abandonó la plaza; desembarcó, pues, sin dificultad 12.000 hombres y algunos caballos; y mientras Norris avanzaba á Torres Vedras, donde fué proclamado *D. Antonio*, se situó el Almirante en Cascaes sin determinarse á forzar la entrada del Tajo, defendida por *D. Alonso de Bazán* con 18 galeras. El primero caminó hasta los arrabales de Lisboa, retirándose ante él en escaramuza algunas compañías castellanas; Drake no juzgó necesario moverse, máxime habiéndosele rendido con engaño el castillo. Aquél tuvo en el primer ataque 300 muertos, pareciéndole desde entonces que la



entrada no era tan fácil como decía el Pretendiente. Hostigábale de continuo el Conde de Fuentes con la caballería; cañoneábale de flanco desde el río D. Alonso de Bazán, y cada día llegaban refuerzos por un lado ú otro á los españoles, habiéndolos introducido por el Tajo el adelantado mayor de Castilla, D. Martín de Padilla, con nueve gáleras.

Á todo esto, si bien el clero regular y, por coincidencia notable, los hebreos en masa acudieron á recibir á D. Antonio, proveyeron de víveres al ejército inglés y cuidaron de sus comunicaciones prestando el servicio de espionaje, el país permanecía tranquilo, sin que las proclamas del Pretendiente hicieran efecto, y el Moro se estaba en su tierra; considerado lo cual, á pesar de los ruegos y protestas del de Crato, decidió Norris al tercer día volver á sus naves y marchar hacia Cascaes, abandonando los caballos y objetos de mayor embarazo, seguido por las tropas del Conde de Fuentes, que no le hostigó demasiado, ni llegó á ponerse bajo los fuegos de la escuadra, contentándose con verles tomar el *puente de plata*, como suele decirse, persuadido de no ser prudente arriesgar batalla, teniendo á sus órdenes solas cuatro compañías de españoles, entre 4.000 portugueses, mientras no vino á juntársele D. Francisco de Toledo con refuerzo. Anduvo, pues, contenido el ardor de las compañías de jinetes y de arcabuceros á caballo que picaban la retaguardia, y aun así fué tan aprieta y desordenado el rembarco, contribuyendo los clérigos y frailes comprometidos, con el afán de tomar los esquifes, que se dejaron olvidada una parte del equipaje de D. Antonio, y, lo que fué peor para ellos, las cartas y listas de personas que le favorecían.

La escuadra dió en seguida la vela, volviendo á Inglaterra con gran número de enfermos y de descontentos, prontos á propalar sus impresiones. Vanamente quisieron Drake y Norris prevenir la opinión con cartas satisfactorias; la Reina les significó desagrado por la falta de cumplimiento de sus instrucciones; por haber aventurado las fuerzas ante plaza sin importancia como la Coruña, sin destruir naves, sin hacer



nada en las Terceras; sin favorecer de veras la causa del Prior de Crato <sup>1</sup>.

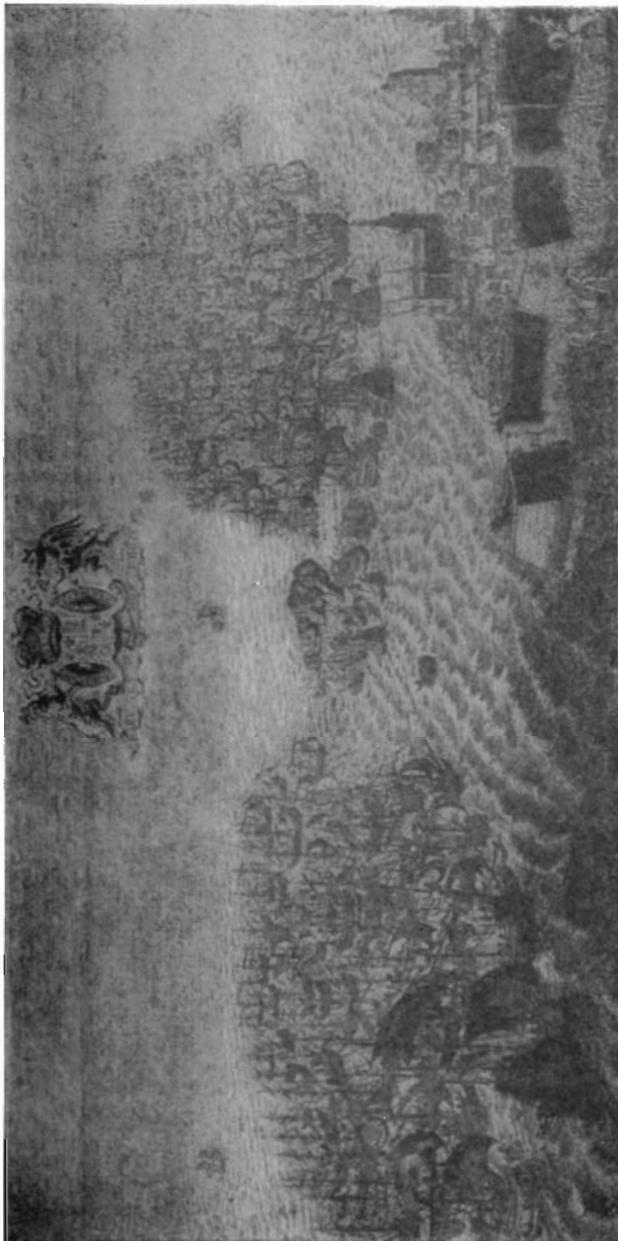
Tuvieron ellos buenos abogados, diligentes en esparrir noticias de descargo, como, por ejemplo, la de que, si antes de volver hubieran saqueado los arrabales de Lisboa, se llevaran botín considerable, por estar los almacenes de los muelles llenos de mercancías; pero que D. Antonio miró por los intereses de sus vasallos (que así los llamaba) y privó á los británicos de la mayor ventaja de la expedición. Aseguraban haber destruido mucha vitualla preparada para otra expedición y obligado á los castellanos á quemar por su mano mayor cantidad. Que tomaron en Cascaes 15 naves con provisiones; apresaron después otras 60 de las ciudades anseáticas, que transportaban trigo «contra la prohibición de la Reina», y escarmentaron á 20 galeras que se atrevían á atacar la retaguardia. Por último, que habían quemado *la ciudad* de Vigo, talando su territorio y llevándose 150 cañones.

Todas estas especies copiaron los historiadores, insertando las relaciones de Drake y Norris <sup>2</sup>; sin embargo, aunque no confesara ninguno que perdieron por enfermedades y combates al pie de 10.000 hombres, ó sea la mitad de la gente; dos navíos en la Coruña, cuatro que echó á fondo el Adelantado de Castilla, tres que incendió D. Alonso de Bazán en la persecución de la retaguardia, algunos más que tuvieron incidencias fortuitas, no faltó escritor, como Echard, sincero en expresar que si la expedición mortificó nuestro orgullo é hizo temibles á los ingleses, costóles muy cerca de 6.000 soldados ó marineros muertos, «no tanto por las manos de los enemigos, como por las enfermedades causadas por el clima, el vino y las frutas que comían»; concepto repetido por el holandés Larrey, historiador poco escrupuloso, como se sabe, y mucho más apasionado que los ingleses tratándose de España ó del Catolicismo, que para él venían á ser una misma cosa.

William Monson, menos condescendiente, estimó que si

<sup>1</sup> *Calendar of State papers.*

<sup>2</sup> Hakluyt, t. II, pág. 134.—Lodge, t. II, pág. 389.



La armada en la rada de Calés.





las pérdidas sufridas por España en la jornada del año anterior, daban á entender á la Reina y al país que habían de hallarla indefensa, y que sería sencillo sentar el pie en la Península, haciéndose dueños de su comercio y del de las Indias, que éste era el objetivo de la expedición, poco diestros anduvieron los jefes en no ir derechos á Lisboa, en vez de exponerse al fracaso de la Coruña. Otras muchas faltas cometieron, á su juicio; y si omite la de no haberse atrevido Drake á forzar la boca del Tajo, que es á lo que otros atribuyen principalmente el mal suceso, no pretende excusarle por la falta de palabra que empeñó de hacerlo.

Los escritos españoles del tiempo no se recomiendan tampoco, en general, por la reflexión ó la templaza de apreciaciones, fijándose más en los incidentes que en el fondo de lo que la invasión significaba <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En el referido *Elogio del Conde de Fuentes* he recopilado las noticias, haciendo distinción de narraciones serias, cual las de Herrera, Cabrera de Córdoba y Bavia, y de las más movidas, que es útil, sin embargo, conocer. El portugués Faria y Sousa, cuya inclinación al Prior de Crato nunca ocultó, decía que por no haber entrado Drake por el Tajo «Norris y D. Antonio le llamaron abiertamente cobarde, y á la verdad (añadía), él en todas las acciones antecedentes por nuestras marinas, pudo conseguir nombre de valeroso, pues en las que salió pujante no fué resistido; en la Coruña, donde lo fué, salió avergonzado..... De las enfermedades contraídas por la falta de lo necesario para sustentarse fueron (los ingleses) arrojando muchos cadáveres al mar y perdiendo navíos; y convertido el mal en pestilencia, la sembraron en Plemua, de donde se transmitió por toda Inglaterra con grave daño, en que se mantuvo largos días. Éstas fueron las ganancias llevadas de Portugal á aquel reino, que tan grande las esperaba, con que apareció agora más pena en aquella isla por haber enviado una armada á España, que en España antes por la que había enviado allí.» (*Europa portuguesa*, t. III, part. I<sup>a</sup>, cap. IV, pág. 96.)

La peste y luto de Inglaterra mencionan de un modo parecido Juan de Arquillada (*Sumario de proezas y casos de guerra*), y Fr. Juan de Victoria (*Sucesos del reinado de Felipe II*) aumentando éste en su manuscrito los datos con el desembarco en Vigo, á la sazón pueblo de 150 vecinos, que despechado entregó Drake á las llamas, dando ocasión á que dijieran «iba hecho milán y no osaba acometer sino á lagartijas». Agrega que allí acudió D. Luis Sarmiento, señor de Salvatierra, mató al invasor 500 hombres y le hizo 200 prisioneros, y varios más las zbras que siguieron la retaguardia hasta la costa misma de Inglaterra, utilizando la desmorilización en que iba la escuadra.

En lo último no hay exageración: D. Bernardino de Mendoza dió cuenta al Rey de haberse amotinado en Londres la soldadesca, reclamando las pagas en tan mala forma que fué necesario hacer escarmiento ahorcando á cuatro de los alborotadores, y relativamente á enfermedades hacen fe las cartas de Thos. Fenner (*Calendar of State papers*, 14 Julio), expresando que casi toda la gente de la armada iba do-



No sin alguna razon se estimó en España, y fuera de ella, desquite del mal suceso en Inglaterra, y victoria doble la conseguida en Galicia y en Portugal <sup>1</sup>; nada lo prueba mejor

liente. En su navío, de 300 hombres de tripulación, sólo tres se libraron del contagio, y murieron 114; casi la mitad. Aun entre los historiadores ingleses, John Lingard no se muestra entusiasta ni panegirista. Drake y Norris, dice, eran dientes en el arte de componer despachos oficiales, mas como correctivo existen las cartas de lord Talbot á su padre, contando que al caer la muralla de la Coruña perecieron por torpeza 300 ingleses. «Hemos perdido más gente que ellos, escribía, sin otra ventaja que la de acostumbrar á los nuestros á las armas.» En Lisboa, sigue refiriendo, la persecución del Adelantado de Castilla hizo mucho daño á la armada, aunque eran muy escasas sus galeras. Fenner juzgó *acción miserable* á la resistencia que se las opuso. Don José de Santiago y Gómez, en la *Historia de Vigo y su comarca*, impresa en Madrid en 1896, da por averiguado que el 29 de Junio de 1589 entró Drake en el puerto con *doscientas trece velas*: desembarcó de 7 á 8.000 hombres, entró á saco en la villa, que contaba por entonces unas 600 casas; las incendió, así como también las de la villa de Bouzas y el convento de la isla de San Simón, costándole estos hechos pérdida de 700 hombres.

Mr. Hume, en *The year after the Armada*, libro anteriormente citado y el último que trata de la jornada, hace buena pintura del tristísimo papel desempeñado por el pretendiente D. Antonio, considerado entre los expedicionarios como mero instrumento, aunque hubiera extendido las ofertas y compromisos al reconocimiento de vasallaje á Inglaterra en caso de salir airoso. La situación de las autoridades españolas, dice, llegó á suma gravedad por la escasez de los soldados con que contaban y la actitud de los portugueses, que en gran masa miraban á los ingleses como libertadores. Disculpa el proceder de Drake con la disidencia de Norris: el primero quiso embocar el Tajo con toda la armada, cual iba; el Coronel prefirió el desembarco en Peniche; y como quedaran los navíos sin soldados, y aun sin gente bastante al servicio de la artillería, no creyó prudente el Almirante arriesgarse en estas condiciones.

Al salir de Cascaes de regreso, iban arrojando al agua por cientos los muertos de epidemia. Las galeras españolas atacaron la retaguardia; apresaron ó echaron á fondo tres naves y otra incendió su Comandante, viéndose reducido al extremo. Sin embargo, Drake entró en Vigo, incendió la población que estaba abandonada y sin defensa, taló los campos, hizo el mayor daño que pudo.

Á Inglaterra no volvieron más de 5.000 hombres de los que habían salido, y fueron licenciados, dándoles á razón de cinco chelines por persona, que no era poco, á juicio de los armadores, porque habían estado mantenidos todo el tiempo.

<sup>1</sup> He visto, como muestras de publicaciones de neutrales, estas dos:

*Brief discours de tout ce qui c'est passé en l'armée d'Angleterre aux costez d'Espagne & Portugal depuis le quatriesme de May iusques a la desroute de la dicte Armée. Traduit d'italien en françois sur la copie imprimée a Millan. A Lyon. Par Iehan Parrasson, 1589, 8.<sup>o</sup>, 7 fojas.*

*Avis de la victoire du Roy Catholique contre l'Anglois en Espagne. Contenant la deffaite de quince mil hommes & quarante Naüres des plus grandes. Suyuant les Mémoires qu'en a receu l'Illustrissime Ambassadeur d'Espagne Don Bernardin Mendoza. A Paris. Chez Robert le Fizelier. Auec permission, 8.<sup>o</sup>, 7 fojas.*

En la esencia difieren poco estas relaciones. Extremán los actos de impiedad



que las cartas de los católicos de las islas Británicas, especialmente la del Primado de Irlanda, suplicando, en nombre de la fe católica, al rey de España, que después de Dios era la única esperanza, enviara un socorro de 12 ó 14.000 hombres á la nobleza y al pueblo, que combatían ya contra los opresores <sup>1</sup>; nada mejor que los temores de Isabel y la premura con que envió las fuerzas todas de que podía disponer, antes de que el fuego de la insurrección tomara incremento; mas si reflexivamente se comparan las dos acometidas, hay en favor de la inglesa resultados, moral y material, no conseguidos por el poderoso monarca católico; hollar el territorio enemigo, amenguar la reputación de su fortaleza, mostrarlo vulnerable, y esto con el vigor y la rapidez de quien tiene aprendidas las ventajas de la guerra ofensiva y allega elementos con que hacerla.

Con éstos procuraron diversiones al punto principal de sus planes, organizándolas, sobre todo, en las Indias, donde buscaban los recursos, restándolos al adversario. Un navio, encomendado al capitán Andrés Merik, salió de Portsmouth con idea de repetir en el mar del Sur las correrías de Drake y Cavendish, sólo que no lució para él tan limpia estrella; en el estrecho de Magallanes desaparejaron las borrascas al bajel y tuvo que retroceder á Inglaterra destrozado. Juan Chidley, que siguió la misma senda con escuadra, no logró que entrara en el peligroso pasaje más que una de las naves, y tras muchos contratiempos, dando vuelta también hacia Europa, naufragó en la costa de Normandía. El mismo Ca-

cometidos por los luteranos contra los objetos del culto católico en *todas* partes donde estuvieron, subiendo las pérdidas de los ingleses á 15.000 hombres y 40 navíos, por combates, temporales y hambre. El Adelantado de Castilla, picando la retaguardia de la escuadra, desfondó á los buques rezagados con 700 hombres, sin tener por su parte más que dos muertos y 10 heridos. Algo de esto se comprueba por los partes de D. Martín de Padilla (*Colección Sans de Barutell*) y de la acción terrestre por la información que hizo el capitán de caballos D. Sancho Bravo de Acuña, de haber cargado á los ingleses en Cascaes y tomado dos banderas que depositó en la capilla de su propiedad en la catedral de Sigüenza.

<sup>1</sup> Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 596, fol. 106.—La carta, escrita en latín con fecha 27 de Diciembre, firma Milerus O'Huigin, Tuanensis, in Hibernia Archiepiscopus.



vendish les siguió con seis navíos sin tomar por agüero la pérdida de uno de los pataches al salir, ahogándose 42 hombres, principio de la serie de desdichas que diferenció este viaje del anterior. Tardó más de cuarenta días en llegar á la Linea; enfermó casi toda la gente, teniendo que detenerse en el Brasil porque convaleciera del cuerpo, sin sospecha de agravamiento en dolencias latentes del espíritu. Habiendo entrado en el estrecho y surgido en el puerto del Hambre, la padecieron todos, amén de los frios y trabajos con que acabó de manifestarse el descontento, no sólo de los marineros, sino también de los capitanes, que se trataban entre sí, al decir de cronista suyo, *como judíos y turcos*. Esto no era más que preludio de la insubordinación y del motín abierto con que al fin obligaron al jefe á volver al Brasil. En esta travesía se perdieron dos barcos, y al llegar á San Vicente se desertó el que quedaba, dejando á Cavendish los heridos y enfermos y llevándose los cirujanos. Después de muchas aventuras, nuevos motines por insistencia en volver al estrecho contra la voluntad de la mayoría de la gente, escaramuzas con los portugueses, que mataron ó hicieron prisionera á la que desembarcó en la isla de San Sebastián á procurarse viveres. Todavía sin ellos, sin agua, sin los brazos necesarios á la maniobra, repugnaba tanto que le vieran llegar á Inglaterra en aquel estado, como á sus marineros continuar la jornada, cuyo fin se ignora. El recuerdo de la nao *Santa Ana*, de la sedería con que la otra vez forró las velas, y de los lingotes de oro estivados por lastre, amargarian el desdichado fin del aventurero entre las ondas <sup>1</sup>.

Entre tantos desastres acarició el año 1589 á Jorge Clifford, conde de Cumberland, hasta entonces desgraciado en las empresas marítimas, con crucero fructuoso en las Azores, adonde fué con 13 naves, la capitana de 900 toneladas y 450

<sup>1</sup> Vargas Ponce: *Relación del último viaje al estrecho de Magallanes*. — *The last and disasterous Voyage of that famous navigator Mr. Tho-Candish*. — *Navigantium at Itinerantium Bibliotheca*, t. 1, lib. v, cap. iii. — Los tres últimos cantos del poema de Barco Centenera, *La Argentina*, están dedicados á la infeliz expedición de Cavendish.



hombres. Llegando el 6 de Septiembre á la isla de Fayal, apresó siete navios surtos en el puerto, uno de ellos de la India, con riqueza. Volvió el día 14 contra la población, que saqueó, y se mantuvo por allí hasta principios de Octubre, haciendo otras adquisiciones de naves del Brasil y una de Nueva España, aunque le mataron 80 hombres<sup>1</sup>.

Señal de vitalidad y desarrollo de las industrias navales dieron además los ingleses, ensayando este año expediciones mercantiles al Mediterráneo con objeto de abrir camino al tráfico directo. Enviaron un grupo de 10 navios armados, con prevención de pasar el estrecho de Gibraltar á la ida y vuelta con tiempos hechos, en que las galeras de España no pudieran aguantar la mar, y les salió muy bien la experiencia, hallando acogida en Génova y Venecia<sup>2</sup>. Verdad es que tuvieron en favor el entretenimiento de las dichas galeras, dispuestas á resistir á la armada turca que había hecho movimiento hacia Trípoli, gobernada por Asán Bajá, y á defender la costa de las continuas algaradas de argelinos, castigados en el mes de Abril con la presa de nueve fragatas y 246 moros y turcos, que se les hizo en los Alfaques<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Carta do capitão Gaspar Gonçalvez Dutra a Lopo Gil Fagundes, em Lisboa sobre o que aconteceo na Ilha do Fayal. *Archivo dos Açores*, t. II, pág. 304.—Barrows: *Memoirs of the naval worthies.—Cumberland*.—Correspondencia de D. Bernardino de Mendoza. París. Archivo Nacional.

<sup>2</sup> Reales cédulas. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.<sup>º</sup>, núm. 563.

<sup>3</sup> Ídem id., art. 6.<sup>º</sup>, núm. 114.





## IV.

### ISLAS FILIPINAS

1573-1589.

Invasión de chinos en Manila.—Son rechazados.—Se fortifican en Pangasinán.—Sítianlos los españoles.—Escapan.—Establécense relaciones comerciales con China.—Progresos de la navegación.—Exploraciones.—Jornada á Borneo, Mindanao y Molucas.—Otra invasión de japoneses.—Abandonan su intento castigados.—Nueva expedición á las Molucas.—Fracaso.

**C**UIDO de Lavazares, sucesor en el mando de las islas Filipinas al ocurrir la muerte de Legazpi, se ocupó con acierto en ensanchar el círculo de la dominación española con arreglo á los pocos elementos de que disponía, procurando preferentemente la sumisión de los habitantes de Luzón, cuya capital, Manila, pensó mudar á Cagayán como punto de más fácil acceso. La empresa interrumpió un suceso extraordinario, que estuvo para cambiar el curso de la obra comenzada.

Habiase alzado en China contra el Emperador un noble de genio guerrero, capaz de hacer frente á las considerables fuerzas enviadas contra él. Dueño de bastante número de embarcaciones y teniendo refugio en la isla Pe-hon, que había fortificado, corría las costas, ponía á contribución á las provincias y á los barcos que andaban por la mar, habiendo vencido más de una vez á las escuadras despachadas en su busca ó escapádose entre ellas usando de ingeniosos recursos. Llegó, no obstante, á persuadirse de que uno ú otro día ten-



dría que sucumbir, y procediendo con prudencia, ya que contaba con naves y gente decidida, determinó apartarse de la esfera de acción de su soberano y campar por sus respetos en cualquiera otra; en las islas Filipinas por principio, donde sabía se hallaban gentes de lejanas tierras, si valientes y dientes en el uso de las armas de fuego, pocas y repartidas en el archipiélago, de modo que en Manila, la capital, habría á lo más 20 españoles, bien descuidados.

En lo último no engañaron á Li-ma-hon (que así se llamaba el pirata chino) los compatriotas suyos que comerciaban en las islas; en el número algo mintieron, siendo en realidad unos 150 castellanos los que Lavazares tenía consigo. De todos modos, hacían poco bulto frente á la armada de 60 chamepanes bien artillados y á los 2.000 ó más hombres de guerra que pensaba poner en la playa <sup>1</sup>, dejando el grueso de sus fuerzas en la isla de Banzan.

Deparóle la suerte en la mar una galeota de guerra con 14 españoles, que puso á cuestión de tormento para conocer las entradas, fortificaciones, distribución de gente y cuanto podía serle de utilidad, tras lo cual los degolló, satisfaciendo á los instintos feroces que, como la generalidad de los aventureros de su especie y tiempo, tenía. Costeó la isla de Luzón, pasando á la vista de Vigán, donde se hallaba Juan de Salcedo con destacamento, y largó las anclas al abrigo de la isla de Mariveles, en la boca de la bahía de Manila, el 23 de Noviembre de 1574. Durante la noche embarcó en los batales 600 hombres, despachándolos á la orden del capitán japonés Sioco con instrucción de sorprender y tomar la ciudad.

Faltos de práctico, efectuaron el desembarco en Parañaque engañados por el caserío: de modo que tuvieron que caminar por la playa, y era día claro cuando se acercaron; pero los soldados de guardia no dieron crédito á los indios que á la carrera llevaban nueva de la aparición de gente extraña,

<sup>1</sup> De 60 á 70 chamepanes de 150 á 200 toneladas, y de 2.000 á 4.000 hombres, cuentan con variedad los historiadores. Hay relación manuscrita del suceso en la *colección Navarrete*, t. xvii.



ni quiso admitirla el maestre de campo Martín de Goyti al saltar de la cama, despertado por la gritería de los asaltantes, para pasar de esta vida á sus manos. Fueron, pues, sorprendidos los españoles y muertos ocho ó diez de la guardia; mas con el disparo de los arcabuces pusieron en arma al gobernador Lavazares, dándole tiempo de reunir á su gente y de atacar briamente á los asaltantes, una parte de los cuales andaban ya desordenados robando é incendiando las casas, y así pudo obligarles á reembarcarse con bastante pérdida.

En esto iba entrando por la bahía la armada de Li-ma-hon, camino del puerto de Cavite, adonde acudió Sioco á darle cuenta del fracaso. Lo atribuía al cansancio de su tropa en la caminata nocturna, y prometía resarcirse en segundo asalto, decisivo tal vez si inmediatamente lo diera sin dejarlo para tercer día, porque en este respiro formó Lavazares atrincheramiento con pipas ó barriles, sacos y cajones, y llegó desde Vigán Juan de Salcedo, con refuerzo de 50 soldados, á los que fueron incorporándose algunos más de los dispersos en los pueblos inmediatos. Al presentarse la armada china estaban, pues, esperándola apercibidos, y la recibieron con disparo de artillería.

Desembarcaron esta vez 1.500 hombres, divididos en tres cuerpos: uno que entró por el mismo sitio de antes, ocupando las casas; los otros dos en ataque del fuerte por lados distintos y con igual empuje, yendo al asalto de seguida sin reparar en los claros que les hacían los cañones y arcabuces. La escena era horrorosa; ardían el caserío y el convento de madera, atrayendo á los indios y moros al merodeo, juntos con los chinos y en contra de los españoles, y éstos, como fieras acorraladas, hacían con el esfuerzo, del débil reparo de las barricadas, insuperable barrera. Por una punta llegaron á salvarla los chinos, pero ninguno quedó vivo dentro, siendo fuera los muertos tantos, que sin oír á sus capitanes, dieron á huir los supervivientes hacia la playa seguidos de los vencedores. Cayó el valiente japonés Sioco; muchos cayeron de los suyos, y más murieran á no acudir Li-ma-hon con 400 hombres de refresco, amagando por modo que constriñó



á los españoles á encerrarse en las trincheras de nuevo; mas, sin repetir el ataque, de noche se hizo á la mar, dejando convertidas en cenizas las casas de Manila y de los pueblos de la bahía, lo mismo que una galera y un navio que estaban en astillero.

El pirata, no con esto escarmentado, llegó en pocos días á un hermoso río de la provincia de Pangasinán, donde se instaló, fortificando cierta isla de buenas condiciones estratégicas. Dió á entender á los indios habida vencido á los españoles, destruido su ciudad y muerto al Gobernador, con cuya relación, unida al aparato de fuerza, movió el ánimo de los que por allí habitaban, se hizo reconocer por rey y empezó la construcción de un pueblo cercado, con fortaleza capaz en que resguardarse.

Lavazarés procedió á levantar en Manila otra que tuviera condiciones de defensa, mientras llegaban los encomenderos y soldados á reunirse, urgiéndole procurar remedio al mal chino antes que levantara contra él á los naturales, propensos á sacudir la dependencia en que habían caído, aceptando otra cualquiera; mas con ser mucha la actividad, hasta el mes de Marzo de 1575 no estuvo en disposición de marchar la expedición, componiéndola 250 españoles y 2.000 indios amigos, de forma que Li-ma-hon dispuso de cuatro meses para establecerse en el asiento de Pangasinán y hacer correrías por la costa.

Iba por cabeza de los españoles Juan de Salcedo, el nieto de Legazpi, á quien tanto debía ya la colonia desde su principio. Avanzó con precaución, sirviéndose de confidentes, consiguiendo sorprender á su vez al chino astuto, incendiárselo casi todos los champanes, fondeados en el río sin guardia, y penetrar en el primer recinto del fuerte momentáneamente. De allí tuvo que retroceder bajo el fuego de más de mil arcabuces que, por fortuna, no hacían fina puntería, aplicándose á las operaciones de un sitio en regla, visto no ser el enemigo despreciable ni mucho menos, que bien podía aprenderse de Li-ma-hon en expedientes y recursos de guerra, como de capitán nada vulgar.



Cerrado el río con fuerte estacada; establecidas baterías y trincheras, cuidó Salcedo de estrechar el cerco, dejando hinciera el hambre lo que para las armas aparecía dudoso y arriesgado, contentándose con escaramuzar á diario, rechazando las salidas. El chino había construído, en tanto, hasta 33 embarcaciones dentro del fuerte, y abierto un canal disimulado por donde pudieran salir directamente al mar, lo cual verificó escapando con toda su tropa en la noche del 3 de Agosto, á los cuatro meses de cerco, dejando burlados á los españoles, aunque satisfechos de haberse sobrepuesto á la crisis<sup>1</sup>.

Durante el sitio había llegado á Pangasinán directamente, y de allí á Manila, un emisario del emperador de China con ofertas de amistad y petición de entrega del pirata, vivo ó muerto, dando á conocer el gran interés del monarca celeste por haberle á las manos. Recibido el Embajador con agasajo y deferencia, designó el gobernador Lavazares al padre fray Martín de Rada, con objeto de devolver el cumplido, llevando cartas de creencia para los virreyes de Fokien y Chincheu, y con este motivo, y desde entonces, quedaron establecidas relaciones comerciales muy beneficiosas e influyentes en la regularidad de las comunicaciones de Nuëva España<sup>2</sup>. El capitán Juan de la Isla quedó encargado de

<sup>1</sup> Desde entonces, en conmemoración del acontecimiento, se celebra anualmente en Manila, el día de San Andrés, 30 de Noviembre, una fiesta cívico-religiosa á que asisten las autoridades y personas más notables de la población.

<sup>2</sup> Fray Gaspar de San Agustín publicó las instrucciones y cartas de creencia, así como las que contestaron las autoridades de China, en sus *Conquistas de las islas Filipinas*, pág. 304, acompañando relación del viaje, escrita por Fr. Martín de Rada. De otras relaciones primitivas, manuscritas ó impresas, me parece de interés la noticia.

Manuscritas:

*Relacion del reino de la China con las cosas más notables de allá, hechas por Miguel de Loarza, soldado, uno de los que fueron allá desde las islas de Luzon, que ahora llaman Filipinas, año 1575.—(Colección Navarrete, t. II, núm. 9.)*

*Relacion del viaje que hicieron á China Fr. Pedro de Alfaro y otros tres religiosos de San Francisco, el año 1579, escrita por Fr. Agustín de Tordesillas, seguida de otra relacion del alférez Francisco Dueñas, que fué en el mismo viaje.—(Academia de la Historia, Colección Velázquez, t. XXXVI, est. 22, gr. 4, núm. 75.)*

*Relacion del viaje que hizo D. Juan de Mendoza desde la ciudad de Lima, en el Perú,*



reconocer las costas asiáticas hasta los 60° de latitud Norte, así como de informar de las poblaciones, calidad y modo de vivir de la gente, costumbres, religión, gobierno, artículos de comercio, mantenimientos y armas, después de abrir pláticas corteses con las autoridades <sup>1</sup>.

A favor de las buenas relaciones se introdujeron misioneros en la misma China, en las islas del Japón ó *Platareas*, en la India, Java, Molucas, Borneo, aprovechando la experiencia de Gregorio González, vicario, que llevaba muchos años catequizando entre todos estos pueblos <sup>2</sup>, y la del almirante Juan Pablo de Carrión, instigador de la mayor actividad comercial en que, á su juicio, estribaba la prosperidad y la importancia de Manila <sup>3</sup>.

á la de Manila en las Filipinas y á la China, año de 1583.—(Academia de la Historia. Colección Salazar, F. 18, fol. 88.)

Relacion del segundo viaje que el P. Alonso Sanchez hizo de las Filipinas á China el año 1584.—(Academia de la Historia. Colección de Jesuitas, t. iv, fol. 265.)

Memorial que en nombre de todos los estados de las islas Filipinas y como su procurador presentó á la majestad del rey Phelipe II, el P. Alonso Sanchez, de la Compañía de Jesús, que trata de.... comercio, navegacion, etc. Año de 1588.—(Dirección de Hidrografia. Colección Navarrete, t. xviii, núm. 42.)

Discurso dirigido á S. M. sobre el estado del comercio de las islas Filipinas con la China y Nueva España, etc. Año de 1586.—(Colección Navarrete, t. xviii, núm. 35.)

Consulta al Rey por el Consejo de las Indias en 2 de Julio de 1590, sobre el trato y comercio de las islas Filipinas con la China.—(Colección Navarrete, t. xviii, núm. 47.)

#### Impresas:

Discurso de la navegacion que los portugueses hacen á los reynos y provincias de Oriente, y de la noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China. Autor, Bernardino de Escalante, clérigo, Comisario del Santo Oficio de la Inquisicion del reino de Galicia y Beneficiado en la villa de Laredo, (Al fin): Fue impreso en Sevilla.... en casa de la bivida de Alonso Escrivano, que sancta gloria aya. Año de 1577, 8.<sup>o</sup>, 100 foj.

Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China, sa- bidas así por los libros de los mismos chinos, como por relacion de religiosos y otras per- sonas que an estado en el dicho reino. Con el itinerario del Nuevo Mundo de Fray Mar- tin Ignacio de Loyola, por Fray Juan Gonzalez de Mendoza.

Se imprimió por primera vez en Roma en 1585; después, varias en España y en Amberes.

En el presente que se envió al emperador de la China el año 1580, fueron cuatro pinturas de Alonso Sánchez, pintor del Rey, que costaron 400 ducados. Una de Nuestra Señora de la Concepción; un retrato del Emperador á caballo y otros dos retratos del Rey, uno á caballo y otro á pie; cinco relojes y otras cosas.

<sup>1</sup> Instrucción dada por el virrey de Méjico, D. Martín Enriquez, en 1.<sup>o</sup> de Febrero de 1572. Colección Navarrete, t. xvii.

<sup>2</sup> Relación del año 1573. Colección Navarrete, t. xviii.

<sup>3</sup> Memorial enviado al Rey el mismo año 1573. Colección Navarrete, t. xviii, nú.



Por el lado opuesto se ensayaron derrotas bajando hasta Nueva Guinea, desde donde tuvieron que arribar las naves sin lograr el propósito, pereciendo en el empeño la nombrada *San Juanillo*, al mando de Juan de Rivera, de que nada ha vuelto á saberse. Era el siniestro contingencia probable en empresas tan arriesgadas, que se proseguian, sin embargo, en beneficio de los navegantes, procurando despejar incógnitas. A este mismo fin se dieron instrucciones al piloto mayor Francisco Gali y á su acompañante Jaime Juan, para que en la remontada exploraran la costa de Alta California<sup>1</sup>.

El doctor Francisco de Sande, gobernador letrado que sustituyó á Lavazares por nombramiento real, organizó una expedición importante á la isla de Borneo, cuyo dominio se disputaban los régulos del país en guerra intestina, marchando en persona con 30 embarcaciones de remo, 400 españoles y más de 1.500 indios flecheros, en el mes de Marzo de 1578. Deshecha fácilmente en combate naval la armada de los naturales, que intentó cerrar el paso, subió la nuestra por el río grande y se apoderó del pueblo y residencia real,

meros 5 y 7. Se titula el otro documento *Relacion del Vicario de la China, escrita á D. Juan de Borja, sobre el yerro de la navegacion que hacian los castellanos para las islas Platareas, y la forma cómo quedarian señores de muchos reinos y de la navegacion para la Nueva España y para la China haciéndolo por la isla de los Luzones, con otras muchas advertencias y noticias muy curiosas e interesantes. Año de 1573.*

<sup>1</sup> *Colección Navarrete*, t. xix. El Marqués de Villamanrique, virrey de Nueva España, dando cuenta al Rey de haber enviado á Francisco Gali á descubrir tierra del Japón é islas del mar del Sur en el navío *San Juan*, con fecha 10 de Mayo de 1585, informaba ser el hombre más aventajado y de crédito que había en las Indias, y que en materia de cosmografía y arte de navegar podía competir con los escogidos. Reconoció, en efecto, varias islas desconocidas del mar del Sur (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. xi, pág. 9) y escribió en 1585: *Viaje, descubrimientos y observaciones desde Acapulco á Filipinas, desde Filipinas á Macao y desde Macao á Acapulco*, que dió á luz Linschot en Amsterdam el año 1638 (Beristain, *Biblioteca hispano-americana*). Jaime Juan, á más de los indicados viajes, hizo otro con dos fragatas construidas en Acapulco, y escribió relación que se conserva manuscrita en el Archivo de Indias. Propuso un instrumento para utilizar la variación de la aguja. (Beristain: *Biblioteca dicha*.) Sin nombre de autor se guardan manuscritos en la Academia de la Historia: *Fragmento de un viaje desde Acapulco á las islas Filipinas, con descripción de las de los Ladrones y otras, costumbres de los habitantes, etcétera. (Colección Velázquez, «Papeles varios», t. xxxvi.) Fragmento de un viaje á las islas Filipinas en el siglo xvi, con dos mapas de mano. (Est. 22, gr. 4, núm. 75.)*



de 30 embarcaciones, artillería y efectos, alzando el triunfo el prestigio de la bandera española. Sande, satisfecho con dar posesión del reino á un jefe que se reconocía dependiente y tributario, dejó apresuradamente aquella tierra en que las enfermedades castigaban á su gente, siendo uno de los que murieron, con pena general, el astrólogo Fr. Martín de Rada, compañero de Urdaneta, que tan buenos servicios había hecho á la instalación de Legazpi.

Se utilizó la armada en el viaje de regreso para someter á las islas de Joló y de Mindanao, en los puertos y residencias de principales, sin quedar ninguno de importancia que por de pronto no se reconociera vasallo del Rey de España, con lo cual se informó á éste que á los nueve años de empezada la conquista se acataba su autoridad en todo el Archipiélago, habiéndose impuesto más por la persuasión de los misioneros que por las armas de los soldados<sup>1</sup>.

Corriendo el año 1579 hizo asiento en la Corte D. Gonzalo Ronquillo, sobrino del famoso Alcalde de Casa y Corte, Alguacil mayor él de la Audiencia de Méjico, brindándose á llevar á Filipinas por su cuenta 600 hombres solteros ó casados, con las respectivas familias, que embarcó en Sanlúcar para hacer el viaje por la vía de Panamá. Llegó á Manila por Abril de 1580, encargándose al punto del gobierno con aplicación, en que no le faltaron entretenimientos, habiendo de

<sup>1</sup> El P. Francisco Colín: *Labor evangélica de la Compañía de Jesús en las islas Filipinas*. Madrid, 1663.

Hay además en la Dirección de Hidrografía papeles inéditos, á saber:

*Relacion de las jornadas que los años pasados de 1578 y 79 se hicieron por mandado del gobernador Francisco de Sande á las islas de Burney, Soloc y Mindanao. (Colección Sans de Barutell. Simancas, art. 4, números 492, 498 y 550.)*

*Tratado de las islas Philipinas, en que se contiene todas las islas y poblaciones que están reducidas al servicio de S. M. Real del Rey D. Phelipe nuestro señor, y las poblaciones que están fundadas de españoles y la manera del gobierno de españoles y naturales, con algunas condiciones de los Indios y Moros de estas islas. Año de 1579. (Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 16.)*

*Relacion del descubrimiento y conquista de Luzon y Mindoro, de las cosas más señaladas que en ellas sucedieron. Trátase sumariamente de la manera que se conquistó y ganó lo que hasta hoy está ganado y conquistado en la dicha isla: ansimismo de la calidad de la gente della, y su manera de vivir, y las armas que usan y tienen y fuertes que hacen para defenderse de los enemigos. (Colección Navarrete, t. XVII, núm. 43.)*



cuidarse de las posesiones indicas de la Corona de Portugal incorporadas á la de Castilla.

En la colonia china de Macao encontró escasas dificultades aparentes; enviado el P. Alonso Sánchez, de la Compañía de Jesús, se reconoció y juró por Rey á D. Felipe, sin que la fórmula impidiera á los portugueses poner toda especie de obstáculos y entorpecimientos al comercio de los que, para ellos, no dejaban de ser émulos y rivales castellanos. En las Molucas era cosa distinta, porque andaban tan malparados y de capa caída que les venía bien el amparo, y lo solicitaban desde el momento de la incorporación como servicio debido.

El primer socorro enviado al capitán mayor portugués Diego de Azambuja condujo D. Juan Ronquillo, deudo del Gobernador, presentándose en la isla de Terrenate con tres galeones, y 50 caracoas que llevaban 300 españoles y 1.500 indios, fuerzas de consideración en aquellas tierras, que no consiguió satisfactorio resultado; á los pocos días se redujo en una tercera parte <sup>1</sup> por causa de enfermedades y combates, y el resto regresó á Manila llamado para atenciones preferentes. Habíanse aparecido en la costa de Cagayán, parte septentrional de Luzón, embarcaciones extrañas, desembarcando gente dispuesta, al parecer, á establecerse de firme.

Tratábase, por lo que las indagaciones enseñaron, de ouro pirata japonés nombrado Tayzufu <sup>2</sup>, hombre de energía y de condiciones parecidas á las del chino Li-ma-hon, sirviéndose de las cuales había infestado los mares del Japón, Corea, China, Camboja y Tonkín, y héchose poderoso y temido. En este estado no se satisfacía ya con la presa de las naves, ni con el robo de los pueblos marítimos, estimando tener disposición de soberano de alguna isla en que fundar dinastía, y ninguna le pareció tan á propósito como la de Luzón, donde pensaba se le juntarían muchos fugitivos de su país. Llegado al litoral con 27 juncos, que son embarcaciones grandes, eli-

<sup>1</sup> Fray Juan Ferrando: *Historia de los PP. Dominicos en las islas Filipinas*. Madrid, 1870.

<sup>2</sup> Tayzafu y Tayfusa, en variante.



gió puerto de buen abrigo y condiciones de defensa, procediendo desde luego á instalarse, como hiciera, sin la priesa con que D. Gonzalo Ronquillo despachó á impedirlo al capitán Juan Pablo de Carrión con una galera y 14 bergantines tripulados por 90 españoles, sin contar los indios, mientras por tierra caminaba otro cuerpo de menos fuerza.

Encontró la escuadrilla sobre el cabo Bojeador á uno de los juncos enemigos que merodeaba, y cañoneando con el acierto de partírle el árbol, le embistió la galera capitana, encontrando resistencia que asombró á los soldados tan distinta á la disposición de las gentes de Asia y Polinesia era la mostrada por los japoneses, fieros y diestros en el manejo de las armas, obstinados en el combate, que dudosó estuvo por largo rato. Con la experiencia adquirida se guardó muy bien Carrión de atacar á los que estaban en tierra, teniendo por prudente construir un fortín en las inmediaciones, artillado con piezas menudas y esperar la llegada de los compañeros, á que no dió tiempo la impetuosidad de los invasores, y fortuna fué llegaran cuando estaban los españoles en disposición de resistir los asaltos sucesivos en que los japoneses tuvieron pérdida enorme, vista la cual reembarcaron y se fueron, abandonando á sus heridos.

Acabada con felicidad la represión de los extraños, volvió á ocuparse la atención en las Molucas, respondiendo á las peticiones de Azambuja, apretado en la isla de Tidor por las de Terrenate con dirección de ingleses que se iban introduciendo desde que Drake visitó el Archipiélago. Por el mes de Febrero de 1584 se aprestó buena armada á cargo de Juan de Morones y Pedro Sarmiento <sup>1</sup>, juntando 300 españoles con tropa de indios auxiliares, que embarcaron en la nao *Santa Elena* y en 24 embarcaciones del país, llevando artillería de sitio y material de operaciones tales, que se perdió completamente en naufragio de la nao capitana. No obstante la desgracia, batieron las embarcaciones restantes á 40 caracoas de Terrenate, y pusieron cerco á la fortaleza prin-

<sup>1</sup> No ha de confundirse á este capitán, que prestó muy buenos servicios en Filipinas, con Pedro Sarmiento de Gamboa, el poblador del estrecho de Magallanes.



**Navegación de la armada al rededor de las Islas Británicas.**





cipal de la isla, sosteniéndolo con frecuentes escaramuzas y aún con batalla campal en que sirvió al amor propio la victoria, no al objetivo de la campaña, abandonada con regreso á Manila sin más ventajas que la vez anterior.

No merecen detención las jornadas que se repitieron á Borneo y Mindanao <sup>1</sup>, cubriendo atenciones perentorias ó procurando la seguridad de los presidios establecidos. Lo digno de observación es el crecimiento rápido de las poblaciones españolas y de su correspondencia con Nueva España, aunque ordinariamente hacían las naos un solo viaje anual de ida y vuelta á Acapulco, de donde llegaba el situado; es decir, el importe de los sueldos de funcionarios públicos, con el refuerzo continuo de pobladores y soldados.

Algún viaje directo se hizo al Perú con mercancías de China, sin que el éxito mercantil distrajera la atención del camino trillado.

Mucho progresó también la construcción naval, gracias á la abundancia de maderas de excelente calidad y á la habilidad de los indios en la carpintería. Hiciéronse en varios astilleros naves de la carrera del Pacífico, pero las más, de poco porte y construidas por los planos de las galeras y galeotas de España, se destinaban al servicio de las islas.

El año 1590, en que llegó á Manila Gómez Pérez Das Ma-riñas con mucho acompañamiento, se señaló por el naufragio de su nao almirante sobre la isla de Marinduque, si bien no hubo que sentir desgracia personal por embarrancar el buque en escollo próximo á la playa.

<sup>1</sup> Se detallan en las historias particulares del Archipiélago, distinguiendo las de Esteban Rodríguez de Figueroa, capitán y piloto mayor, natural de Huelva, uno de los que acompañaron á Legazpi, que redujo la isla de Joló y prestó excelentes servicios en la de Mindanao, donde murió en 1596, habiendo hecho previamente asiento para someter la isla á sus expensas, con título de Gobernador. Ha dilucidado varios puntos de las expediciones D. Vicente Barrantes, *Estudios sobre la conquista de Filipinas. Revista de España*, año 1870, tomo XVII, pág. 397 y tomo XVIII, página 73, y *Guerras piráticas de Filipinas contra mindanaos y joloanos*. Madrid, 1878.





## V.

### EN BRETAÑA.

1589-1592.

Convenio con el Duque de Mercoeur.—Auxilio á los católicos.—Expedición organizada en la Coruña.—Viaje y desembarco.—Miserable estado de la tropa.—Don Juan del Águila, su jefe.—Lucha contra la penuria.—Gallardia.—Levanta el fuerte de Blavet.—Cruceros.—Presas.—Llega D. Diego Brochero con galeas.—Combate con un convoy de Holanda.—Captura capitana y almiranta.—Cruceros.—Presas.—Combate de la isla de Flores.



EMENTANDO en Francia las pasiones al tiempo en que España é Inglaterra rompian las hostilidades, el asesinato del Duque de Guisa, jefe de la Liga católica, seguido del de su hermano el Cardenal; el del rey Enrique III, ocurrido á poco sin dejar sucesor directo, perturbaron á la nación, pidiendo los calvinistas la corona para su jefe y cabeza Enrique de Navarra; poniendo enfrente los católicos, divididos, varios candidatos, aunque por principio encumbraran con nombre de Carlos X al cardenal de Borbón, anciano pacífico y manejable.

Aplicóse desde luego la política del rey de España á contrariar los planes del Hugonote, activísimo en procurarse auxilio de hombres y dinero de Isabel de Inglaterra, alianza con los príncipes alemanes, amistad del turco Amurates y de la República de Venecia, y hasta buenas palabras y ofertas del papa Sixto V; aplicóse, digo, D. Felipe, poniendo en movimiento hacia Francia al ejército de Flandes, con protesta



de no ir guiado por espíritu de hostilidad ni miras ulteriores, sino por el sostén sólo de la fe católica.

A las observaciones del Duque de Parma, razonando la inconveniencia de abandonar lo propio por atender á lo ajeno, cuando sometidas las provincias rebeldes de Flandes sólo faltaba hacerlo con las islas, se sobrepusieron las opiniones de los consejeros de Estado, y aun las de los que no estaban obligados á manifestarlas<sup>1</sup>, haciendo eco de la del Rey, ó respondiendo á la idea persistente del Monarca de buscár digna situación á *la niña de sus ojos*, la infanta Isabel Clara Eugenia<sup>2</sup>.

Independientemente se entendió con Felipe Manuel de Lorena, duque de Mercoeur, ó de *Mercurio*, como nuestras historias por mala pronunciación le nombran, jefe de la Liga católica en el Mediodía de Francia, gobernador de Bretaña por Enrique III; pues si bien alegaba los derechos de su mujer, María de Luxemburgo, al ducado, y los pretendía D. Felipe á beneficio de la referida Infanta, habían convenido en emprender unidos la conquista á reserva de dilucidar más tarde la preferencia.

Concilióse también el Rey católico con el Duque de Saboya para guerrear por el Languedoc, ayudándole con el ejército italiano desde Milán, con el cuerpo de 5.000 alemanes del Conde de Lodrón desde el Rosellón, y con las galeras de don Diego Brochero, el marqués de Torrilla, D. Pedro Cardona, D. Pedro de Acuña y D. García de Toledo, es decir, con las de España, Génova, Nápoles y Sicilia, en número de más de cuarenta.

A Bretaña iría un cuerpo de 4 á 5.000 hombres, á condi-

<sup>1</sup> Don Ginés de Rocamora, procurador en Cortes por Murcia, pidió ante el reino se continuase con gran rigor y á toda costa la guerra de Francia en amparo de los católicos, pues colocando en el vecino solio un rey amigo se facilitaría grandemente la conquista de aquel perverso seminario de herejías, reino de Inglaterra y Escocia, y destrucción de la llamada Reina virgen, papisa y maligna.—*Actas de las Cortes de Castilla*, t. xii, pág. 462.

<sup>2</sup> Instrucciones á Juan Bautista Tasis y á D. Bernardino de Mendoza. Archivo de Simancas. Estado, Flandes, leg. 2.220. Según carta del Conde de Olivares, ofrecía Mayenne (Humena) á España, en caso de ser elegido, las provincias de Borgoña, Provenza, Delfinado y Bretaña. Idem. Estado, Roma, leg. 955.



ción de poner en su posesión el puerto de Blavet (Port Louis) para abrigo de la escuadra auxiliar, debiendo remitir Don Felipe desde luego 20.000 escudos y 200 quintales de pólvora<sup>1</sup>.

Ordenados los aprestos de la expedición á D. Alonso de Bazán, que en Ferrol cuidaba de reorganizar las reliquias de la armada vuelta de Inglaterra, agregando las naves recientemente construidas en los astilleros de Cantabria, procedía con la calma tradicional censurada por Sixto V, agria, pero razonadamente<sup>2</sup>, de modo que hasta Septiembre de 1590 no dió cuenta de tener á punto la escuadra mandada por Sancho Pardo Osorio, compuesta de siete naos, cuatro galeazas, dos galeras, 27 pataches y zabras con 1.812 hombres de mar y 4.578 de guerra; en total, 37 naves y 6.470 individuos<sup>3</sup>, y todavía, habiendo salido de la Coruña á principios del mes y arribado dos veces por vientos contrarios, no enderezó el rumbo hasta Octubre entrado.

Las instrucciones del general de mar<sup>4</sup> ordenaban embarcar el tercio de D. Juan del Aguila, conducirlo sin pérdida de hora al puerto de Blavet, rompiendo á la escuadra inglesa si se interponía, como era de presumir por las noticias de los exploradores, y verificado el desembarco de tropa y municiones, dejando en el puerto dos galeazas, tres galeras y algunos bajeles ligeros, á cargo del capitán Perucho Morán, volver con la escuadra.

Don Juan del Aguila, jefe designado, maestre de campo de buena reputación, ahora capitán general de tierra y mar, era natural de Barraco ó Berraco, en la provincia de Avila, sol-

<sup>1</sup> He consultado, principalmente para lo que atañe á la campaña, los documentos oficiales que fueron de Simancas y están actualmente en el Archivo Nacional de París, K, 1569 y K, 1572, amén de las obras cuyos títulos anoto en el Apéndice número 2.

<sup>2</sup> Recordándole el Conde de Olivares la oferta de ayuda monetaria, escribió al Rey: «El Embajador de V. M. me ha propuesto anticipar la paga, y respondí que no, porque V. M. consume tanto tiempo en consultar sus empresas, que cuando llega la hora de ejecutarlas se ha pasado el tiempo y consumido el dinero.» Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 356.

<sup>3</sup> Dirección de Hidrografía. *Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.065.

<sup>4</sup> Dirección de Hidrografía, idem, art. 3.<sup>o</sup>, núm. 599.



dado viejo de los anfibios formados en la escuela de D. García de Toledo. Hallóse en las jornadas del Peñón, Córcega y Malta; pasó á Flandes como capitán de arcabuceros y gobernador de varias plazas; en la batalla de Maestrich sorprendió al enemigo de noche; en el Vilborde, ya maese de campo, derrotó á Mansfelt é hizo maravillas en los sitios de Amberes y de la Esclusa. Vuelto á España, acudió al socorro de la Coruña cuando la atacaron los ingleses, y hallábase en Galicia al recibir la comisión.

El capitán de mar Perucho (Perochio) Morán, puesto á sus órdenes, era napolitano, estuvo con D. Alvaro de Sande en el fuerte de los Gelves mientras se sostuvo, y militó después á las órdenes de D. García de Toledo y D. Juan de Austria hasta la ruina de la Goleta.

Tuvieron navegación muy trabajosa, sufriendo de las berracas y mucho más de las raciones, malas y escasas, por llevarlas contadas para veinte días, sin tener en cambio que recelar de enemigos, toda vez que la avanzada de siete naves inglesas que salió á su encuentro retrocedió hacia las islas á toda vela, dejando franco el paso. Desde el fuerte de Belle Isle les cañonearon, contestando la capitana, que por acercarse encalló, aunque sin consecuencias; volvió á ponerse á flote con la marea. Se hallaba el puerto de Blavet, de su destino, fortificado por los hugonotes, de forma que hubieron de dirigirse á Saint-Nazaire con objeto de tomar lengua y atenerse á las determinaciones del Duque de Mercoeur, poniendo en tierra á la infantería<sup>1</sup>.

La manera con que llegaba á guerrear lejos de su patria á título de ejército auxiliar, y á la vista, por tanto, de los católicos de Francia, uno de los tercios de la milicia española, con representación unida de su marina, merece indicación antes de condensar las de los hechos, no inferiores á los realizados en todo el mundo con idénticos elementos.

«No cabe positiva y duradera grandeza militar y nacional

<sup>1</sup> Relación manuscrita de la Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. 116. folio 20.—Correspondencia de D. Juan del Águila y de D. Diego Maldonado. París, Archivo Nacional, K, 1572, y B, 65.



(ha dicho un profundo hombre de Estado)<sup>1</sup> donde hay pobreza é impotencia económica. Toda la historia de España está en este hecho al parecer insignificante..... Los soldados que el Gran Capitán llevó de Málaga para conquistar á Nápoles iban ya descalzos y hambrientos.....»

Página lastimosa de esa historia, la de Bretaña, empieza con la impresión de los que, esperando un cuerpo lucido y numeroso que les librara de la dependencia de los reyes franceses, sintieron, al ver de cerca hambrientos, descalzos y pocos á los soldados de fama universal que tan distintos se figuraban. Comunicábala al Rey D. Diego Maldonado, Comisario que hacía veces de Embajador en Nantes, al mismo tiempo que D. Juan del Aguila daba cuenta del arribo y despedida de la escuadra conductora. En la muestra aparecieron 2.100 hombres sanos, ó que lo aparentaban; 600 enfermos, que á los pocos días aumentaron en un tercio, desnudos todos, armados con espadas sin vaina, acreedores á seis pagas de atraso, tan rotos, flacos y demacrados, que, excitada la caridad de las damas bretonas al verlos desembarcar en brazos, concurrieron á una con camisas, jergones y alimentos en su alivio. El Maestre de Campo pedía desde el momento á su señor socorro con que pudieran siquiera comprarse zapatos, pólvora y cuerda, raciones para las dos galeazas y cuatro pataches que allí quedaban en tan mal estado como todo lo demás; y no obstante, á renglón seguido, indicaba la conveniencia de apoderarse de los puertos principales de Normandía, sobre todo del de Brest, á fin de «dar en Inglaterra y en Flandes».

Sin un día de descanso al mareo, tomaron aquellos hombres la herramienta, trabajando día y noche para atrincherarse, mientras las galeazas, acudiendo al puerto ofrecido de Blavet, desalojaron á los hugonotes y se acomodaron en aquel lugar excelente como base de operaciones.

El Príncipe de Dombes, jefe de los calvinistas por Enrique IV, tenía puesto sitio á Dola, y con 300 caballos y 1.800

<sup>1</sup> Don Antonio Cánovas del Castillo: *El Solitario y su tiempo*, t. II, pág. 128.



infantes hizo reconocimiento, sabedor de la llegada de los españoles, ofreciendo á éstos la primera ocasión de darse á conocer en el país; pues con tal presteza y desenfado escudronaron marchando á su encuentro, que de todo punto cambió el juicio en la población, admirada de sus condiciones.

De resultas levantaron los hugonotes el sitio de la referida plaza y se apartaron de la ribera, consintiendo al Duque de Mercoeur la unión con sus auxiliares y el comienzo de la acción común iniciada con el sitio de Hennebont, adonde los nuestros arrastraron seis cañones gruesos de las galeazas, abriendo brecha suficiente para obligar á capitulación á los cercados, entregando la plaza con 20.000 escudos de talla por la ciudad, con que algo se remediaron las necesidades.

Antes de concluir el año 1590 se había trocado la situación del país, sobreponiéndose el partido católico, hasta entonces deprimido. Aguila cuidó de restaurar las fortificaciones de la plaza ganada; guarneció la de Vannes, redujo á la villa de Crevisque y se aplicó preferentemente á resguardar á Blavet, no sin sentimiento de los naturales y oposición del Duque, que, pensando tener en D. Juan del Aguila un instrumento sumiso, descubría iniciativas contrarias á su autoridad y aun á su amor propio. De todos modos no pasaron muchos días sin cerrar el ámbito con trinchera y traveses que aseguraban el cuartel, dando abrigo para construir las defensas permanentes con despacio.

¿Quieren significar estos adelantos que las gentes supieran hacer milagros por aquel entonces?

Comparando las operaciones y los recursos con los de las guerras modernas, cualquiera lo diría; porque es de advertir que, si todo escaseaba en Bretaña, de armonía no se hacía cosecha; descontento el Duque de Mercoeur y contemporizando por no exceder sus fuerzas propias de 1.700 caballos y 2.000 infantes; mal avenido además D. Juan del Aguila con D. Mendo Rodríguez de Ledesma, enviado con carácter diplomático; con el jefe de Marina, cuyas atribuciones coar-



taba; con los capitanes y soldados de su tercio, con todo el mundo lastimado de la dureza, de la severidad, del despotismo con que gobernaba sin tolerar asomo de licencia. El mismo andaba poco satisfecho, y muchas veces envió al Rey la petición de relevo, angustiado de la miseria de la tropa más que de las dificultades y complicaciones.

Por efecto de las instancias repetidas fué recibiendo de vez en vez algún socorro de dinero, vestidos, artillería de campaña, lanzas de ristre con que organizar una compañía de caballos, y al fin, en Abril de 1591, refuerzo de 2.000 hombres para llenar los claros causados por las enfermedades y deserciones; relleno oportuno, en razón á que Enrique de Bearne, para quien era cuestión vital atajar los progresos de los españoles en región tan considerable, pidió á Isabel de Inglaterra auxilios defensivos, acordados con su cuenta y razón, ó sea á condición de ocupar el puerto de Brest, que en sus manos había de crear nuevos obstáculos al implacable enemigo católico. Así, después de aparentes vacilaciones y de asegurar como entendida negociante el cobro de los servicios, despachó un cuerpo de 3.000 hombres á las órdenes de John Norris, el jefe en la expugnación de la Coruña y de Lisboa, que desembarcó 500 en Dieppe y el resto en Paimpol para guerrear á una con las tropas del Príncipe de Dombes.

Con el último refuerzo de españoles llegó á Blavet el ingeniero Cristóbal de Rojas, encargado de las obras que se pusieron en ejecución inmediatamente, fabricando dos fuertes reales á la entrada del puerto con fosos abiertos en la peña y toda especie de defensas por la parte de tierra, sin olvidar la prevención de contraminas, y todo ello sin perjuicio de la ciudadela ó fortaleza principal, emprendida sin gasto de un real por el Erario. Los trabajos se hacían por los soldados y marineros, relevándose; los materiales se tomaban donde los hubiera<sup>1</sup>; pero aun á principios de Julio, cuando llegó noti-

<sup>1</sup> Trabajó en esta obra más de dos años, asistiendo á las junciones de guerra, y ganando, por confesión propia, honra y provecho, el autor de *El viaje entretenido*,



cia del desembarco de ingleses, estaba en forma en que no lo tomara nadie sino por hambre <sup>1</sup>.

En esta disposición, artillado con piezas gruesas de las galeras, constituía el puerto refugio seguro, no sólo para la escuadra, sino también para los buques ligeros despachados con buen acuerdo, como desde un principio debió hacerse, á inquietar las costas de Inglaterra y Escocia y destruir el comercio.

Andaban en el ejercicio, destacados desde los puertos cantábricos, varios capitanes prácticos del Canal de la Mancha, entre los que se distinguieron por la osadía de los ataques y desembarcos, aun en la inmediación de los puertos principales, Marcial de Arriaga, Juan y Miguel Escalante, Juan de Mérida, Martín de Oleaga, Joanes de Villaviciosa, y más que todos, Pedro de Zubiaur, cabo ó jefe de la escuadra de pataches y zabras que mantenía las comunicaciones de Bretaña con la Península y conducía los socorros. Todos ellos utilizaban la situación intermedia de Blavet, y conducían allí las presas, que hicieron muchas, burlando la persecución de los buques mayores de guerra, al paso que destruían los de cabotaje.

No dejaba D. Juan del Aguila, por el avance de los trabajos, de escaramuzar con los enemigos, ya hacia el interior, donde se habían juntado alemanes, franceses, bretones y normandos, ya hacia la costa, donde los ingleses pretendían asentar. Con ataques rápidos tomó á Rosbiene, al castillo de

Agustín de Rojas Villandrando, que, habiéndose alistado en Castilleja y embarcado en Sanlúcar, pasó con el refuerzo á Bretaña,

Por su gusto y ser soldado,  
Porque sin él no lo hiciera.

Don Cayetano Alberto de la Barrera, *Catálogo del Teatro antiguo español*, Madrid, 1860, pág. 336.

<sup>1</sup> Despacho de D. Juan del Águila. París. Archivo Nacional, K, 1576. Decía al mismo tiempo no tener con qué proveerlo ni tampoco de raciones á la armada, ni de pagas, y todos estaban desnudos y descalzos; la gente se iba por no tener con qué sustentársela. Enviaba al capitán Francisco de Chavarri á dar cuenta de todo á S. M.; y escrito lo que conviene á su real servicio, «si se sirve enviar otra persona que pueda cumplir en todo con más asistencia, D. Juan del Águila quedará muy complacido».



Brotera y al más importante de Blain, situado á siete leguas de Nantes<sup>1</sup>; entró en Saint-Malo, lamentando no tener fuerzas para ocuparlo ni para emprender acción alguna de importancia. Su pesadilla seguía siendo el puerto de Brest, á pesar de la necesidad extrema en que estaban los soldados, y de la escasa voluntad con que el Duque de Mercoeur y su tropa concurrian á cualquiera acción que él propusiera<sup>2</sup>.

Hacia este tiempo vinieron á España las galeazas del cargo de Perucho Morán, por ser bajeles de poco servicio en la costa, reemplazándolas cuatro galeras gobernadas por don Diego Brochero, hombre de resolución e iniciativa.

Natural de Salamanca, caballero de San Juan de Jerusalén, navegaba en las galeras de Malta el año 1570 al ocurrir el desastroso combate sobre la costa de Sicilia, en que Uluch Ali apresó la nombrada *Santa Ana*, con muerte ó heridas de casi todos los defensores<sup>3</sup>. Brochero fué puesto al remo, sufriendo las durezas del cautiverio mucho tiempo. Habiéndose rescatado, propuso al Gran Maestre de la religión hacer el corso con un galeón de su propiedad, ayudándole con artillería y otras cosas que le faltaban; y saliendo á la mar con 100 hombres voluntarios, fué á cruzar el golfo de Salónica, donde hizo capturas afortunadas, aunque le costaron la pérdida de la mitad de sus tripulantes. Tuvo que arribar forzosamente á Cérigo, donde siete galeras venecianas le hallaron fondeado con las presas, y como violador de la neutralidad del puerto le prendieron, sometiéndole á proceso. Reclamó

<sup>1</sup> El sitio duró siete días y valió á los españoles cien mil escudos, según dice Mr. Moreau.

<sup>2</sup> Descargando su mal humor, envió á D. Mendo R. de Ledesma autógrafo curioso, conservado entre su correspondencia (París. K, 1577, pieza 119), que á la letra dice:

«Por q. Por hotras escrito largo a V. m. no lo hare aoras mas den dezir que lleuel diablo El honbre de a pie ni de cauallo frances le qda al duq si no es qual o qual i nosotros tanpoco nosaumentamos. dios lo remedie todo y a V. m. le de mucha vida. a diº maldonado de V. m. mis besamanos. de jugoa i agosto 23, 1591. Don juº del aguila.»

Al pie, de mano del rey D. Felipe, se lee: «Esta se quedó acá, y creo que se debió de caer, porque la he hallado agora en el bufete.»

<sup>3</sup> Véase t. II, cap. VIII, pág. 121.



en Venecia su muerte el Embajador de Turquía, y mostrábase dispuesto á complacerle el Senado, como lo hiciera, á no intervenir el Embajador de España, dando tiempo á que el Rey, el Papa y el Maestre de San Juan interpusieran su respectiva influencia. Recobró por ellas la libertad, sin conseguir la restitución de la nave ni de su gente por más que protestó de la injusticia. De regreso en Malta recibió nombramiento de Teniente general de las galeras, que cuadraba con su intención de satisfacerse del agravio, y lo hizo con la primera galera veneciana con que tropezó en la mar, batiéndola y llevándose la Malta, con escándalo y ruido que amenazaba tomar proporciones. Mediaron, como antes, el Pontífice y el Conde de Olivares, llegando á un arreglo, por el que quedó estipulada la entrega recíproca de la galera y el galeón, empezando los venecianos por soltar la gente; mas no lo hicieron con la nave ni la hacienda, faltando en lo ofrecido; y como de seguir Brochero rigiendo las galeras había de buscar otra ocasión, diéronle licencia para venir á España, y tuvo destino en las escuádras de Italia. Hallábase auxiliando á las operaciones de la Liga católica en la costa de Provenza al ser designado para igual comisión en Bretaña, adonde llegó en Agosto.

Tardó muy poco en imponerse de la situación de las cosas y de las condiciones de D. Juan del Aguila, con el cual entabló cuestiones de competencia, empezando por resistir los trabajos de la fortificación de Blavet, á que el jefe quería destinar á los marineros y forzados, razonando tener empleo mejor en la mar, que les dió efectivamente.

A la boca del río Salazar rindió á dos corsarios de la Rochela, espumadores de la costa, y á tres naves inglesas comerciantes. Desembarcó en Morlaix 200 hombres, corriendo y saqueando lugares enemigos; reconoció el puerto de Brest, tomando traza el ingeniero Rojas; por último, avistando sobre Conquet un convoy de 24 naves holandesas, atacó con las cuatro galeras, abordando resueltamente á la *Capitana* y *Almiranta*, naves grandes y bien armadas. Por el resultado del encuentro, en que tuvo 50 muertos, 150 heridos y un ba-



lazo á flor de agua en su galera, cabe juzgar de la importancia de la pelea y del triunfo conseguido con la captura de siete navíos, no ascendiendo á más por falta de gente con que marinarlos <sup>1</sup>.

- Pero esto emprendía mientras duró la buena estación, en que todo ayudaba; entrado el invierno, las cartas de Brocherro, al unísono con las de D. Juan del Aguila, no contenían más que lástimas de ver morir de frío y de miseria á los esclavos de la disciplina, sin vestidos, sin zapatos, atenidos á merimada ración de mazamorra, sin vino ni otra cosa, cual si estuvieran en prolongado viaje á Filipinas. Cosa dolorosísima era contemplar cómo, perdido el ánimo, dejaban los mosqueteros los soldados y huían de sus banderas, obligados por la necesidad, cayendo en la tentación de los hugonotes, que les brindaban con comodidades, vestido á su gusto y cien escudos en mano. «Jamás, escribía D. Diego, me he visto en necesidad parecida <sup>2</sup>.»

Así habremos de dejar por el momento á los expedicionarios, mientras indagamos lo que por otras partes ocurría.

Andaba preocupado el rey D. Felipe con el incremento de la marina británica, no atenida ya sólo á la rapiña, sino procurándose recursos naturales con el envío de convoyes comerciales al Mediterráneo. Desde que tuvo aviso del primero, ordenó al príncipe Doria, como Capitán general de aquel mar, acudiera con empeño á interceptarlos, lo cual no fué posible por la táctica astuta que adoptaron, de pasar el estrecho de Gibraltar con temporales de uno ú otro lado, que imposibilitaban á las galeras. El intento se repitió en Mayo de 1590, saliendo del puerto D. Pedro de Acuña con 12 galeras, sin hacer presa, aunque cañoneó á lo largo á las naves que iban hacia Poniente <sup>3</sup>; mas en la siguiente travesía, durante el mes

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup> núm. 1.123. (Correspondencia citada de don Juan del Águila.)

<sup>2</sup> París. Archivo Nacional, K, 1581, pieza 29. (Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, número 1.118.)

<sup>3</sup> De aquí sin duda han deducido autores ingleses, copiados por Mr. Jurien de La Gravière, que Juan Andrea Doria sufrió derrota en el Estrecho de mercaderes britanos.



de Agosto, tomó una y voló otra <sup>1</sup>, poniéndolas más sobre aviso de lo que estaban, sin embargo de lo cual tres más y 20 holandesas cayeron en poder del Adelantado de Castilla en aguas de Almería, cuando regresaban de Venecia con efectos de Oriente de mucho valor <sup>2</sup>.

Cambiábase el régimen de los transportes, hechos hasta entonces por las embarcaciones italianas ó españolas, vieniendo las del Norte enumeradas y las alemanas y dinamarquesas á buscar directamente los cambios, en tan presurosa concurrencia, que hubo dia de contarse desde los vigías 125 embarcaciones, asemejando armada.

Don Martín de Padilla, herido en la cara de astillazo en la refriega, tuvo la suerte de limpiar también la costa de tres fustas corsarias con 85 moros, contribuyendo en algún modo á la presentación en Barcelona de Muley Faxad, renegado genovés, que por despecho entregó las dos galeras argelinas de su mando, con 400 esclavos cristianos y 200.000 ducados del sultán, muertos 300 turcos de la custodia <sup>3</sup>.

No cuentan los escritores sucesos de más importancia en el mar interior, por entonces, separado el del viaje del Duque de Saboya, que desde Barcelona también volvió á sus estados en la escuadra de galeras de Génova, gobernando la Real el Marqués de Torrilla, hijo de Juan Andrea Doria, que por cierto interceptó un cargamento de armas destinado á los hugonotes de Provenza <sup>4</sup>.

En el Atlántico se significaron los moros con un golpe de mano á la villa de Lepe (Agosto de 1590), al hacer los cruceros acostumbrados sobre el cabo de San Vicente, menos productivos cada vez gracias á la vigilancia de las escuadras de la guarda.

Tampoco lo fueron para los ingleses este año los de las Azores é Indias: Hawkins y Frobisher, llevando cinco naves cada uno, perdieron su tiempo, volviendo á Inglaterra con

<sup>1</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.060.

<sup>2</sup> Idem, art. 4.<sup>o</sup>, números 1.103 y 1.104.

<sup>3</sup> Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 447.

<sup>4</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>o</sup> París. Archivo Nacional.



las manos vacías; uno de los corsarios sueltos, de oscuro nombre, fué preso; Greenville sufrió en Virginia considerable pérdida de gente, y siete navíos escoteros cayeron en poder de la escuadrilla de Zubiaur hacia el cabo de Finisterre <sup>1</sup>.

Por rareza, en verdad, se vió mayor actividad en nuestros puertos, tratando de reparar las pérdidas de la jornada de Inglaterra. Construíanse por extraordinario galeones en Santander; se carenaban en Ferrol los necesitados de reparo; se juntaban en la Coruña, Lisboa, Cádiz, Sevilla, Pasajes los expeditos, en diez escuadras, denominadas: de la Capitana general; de galeones de Castilla; de Guipúzcoa; de Vizcaya; de Sancho Pardo; de Bartolomé de Villavicencio; de felipotes de Pedro de Zubiaur; de felipotes de Garibay; de pataches y zabras de Avendaño, y de zabras, sumando 100 naves con 48.200 toneladas y 981 piezas de artillería <sup>2</sup>. De estas escuadras eran independientes las flotas y armadas de Indias, así como los barcos sueltos destinados al aviso, y las galeras, una de las cuales se envió á Bretaña, como se ha visto, y otra á las islas de Barlovento.

Al apuntar la primavera de 1591 se presentó la escuadra inglesa del Conde de Cumberland en acecho de las flotas de Indias, cuya llegada protegía en el cabo de San Vicente con cinco galeras el general D. Francisco Coloma. Encontrando á los descubridores sobre las islas Berlingas, rindió una nave con 14 piezas y 150 hombres, una zabra grande y una carabela, sin tener de su parte más que dos muertos <sup>3</sup>.

Peor librado escapó de las Azores Tomás Howard, conde de Suffolk, habiéndole dado vista D. Alonso de Bazán con fuerzas muy superiores, pues llevaba las escuadras de Marcos de Aramburu, Antonio de Urquiola, Sancho Pardo, Martín de Bertendona, con suma de 55 navíos y 7.200 hombres de mar y guerra, y á última hora se le incorporó D. Luis

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 6.<sup>o</sup>, núm. 134.

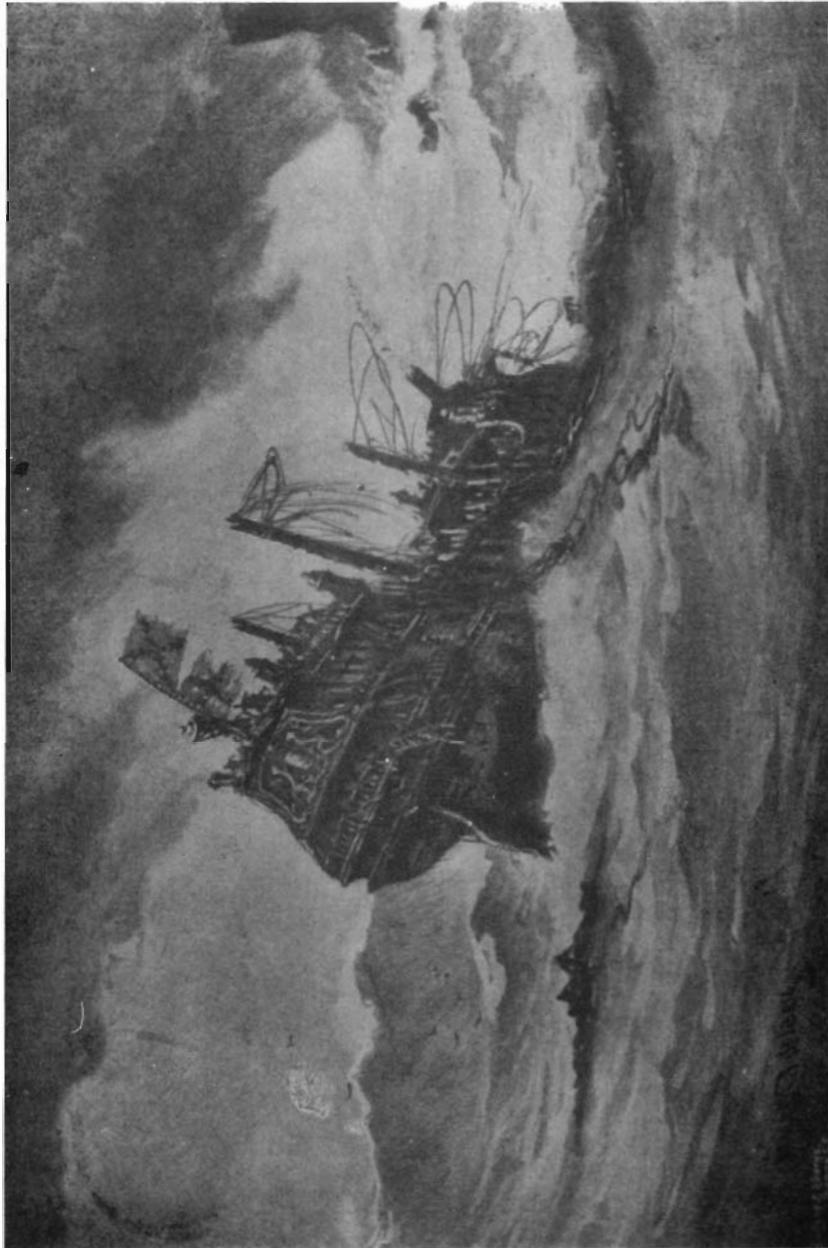
<sup>2</sup> Faltaban 1.539 para el completo armamento, por no haberlas. — Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, números 988, 990 y 1.058.

<sup>3</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.110.



Coutiño, con ocho felipotes de Portugal<sup>1</sup>. Los ingleses no reunían más que 22 navíos, de ellos seis galeones grandes, estando apostados entre las islas Cuervo y Flores, canal por donde las flotas habían de venir. Bazán trató de sorprenderlos al ancla, calculando la marcha, á fin de recalcar de amanecida; pero ocurrió contingencia de desarbolo del bauprés en la capitana de Sancho Pardo y algunas más semejantes: retardóse, por tanto, la marcha, no llegando á reconocerse hasta las cinco de la tarde, hora en que, prevenido Howard, estaba á la vela con su escuadra, procurando situarse á barlovento de la enemiga. Empezó el tiroteo por ambas, maniobrando los ingleses como de costumbre con cuidado de evitar el abordaje, sin más excepción que la almiranta, bajel de los mejores de la armada británica, llamado *Revenge*. Era el mismo que llevó Drake á la expedición de Indias, y luego á la de la Coruña, armado con 43 piezas de bronce; las 20 de la cubierta baja, de 40 á 60 quintales de peso; las demás de 30 y de 20: mandábala Ricardo Greenville (Campoverde), el cual, gallardeando, avanzó, bien ajeno de que sus compañeros le abandonaran, huyendo en dispersión á toda vela, en espera de la obscuridad próxima. La nave de D. Claudio de Beamonte aferró la primera á la inglesa, con la desgracia de que se le rompiera el arpeo cuando habían saltado 10 hombres. Atracó seguidamente Bertendona, y por la popa lo hizo Aramburu cuando ya anochecía, tomando á los ingleses la bandera y entrando en la cubierta hasta el palo mayor; pero se retiraron, tanto obligados por las descargas de mosquetería que les hacían desde el interior del castillo, como por haberse deshecho la proa hasta el agua y tener que acudir á lo más urgente. Nada se perdió por ello; D. Antonio Manrique y D. Luis Coutiño atacaron á la vez, siendo, por tanto, cinco navíos los que sucesivamente, y dos y tres á la vez, hostigaron al de Greenville, que admiró por la bizarra defensa, prolongada con la artillería, mosquetería y artificios de

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 3.<sup>o</sup>, núm. 621, y art. 4.<sup>o</sup>, números 1.066, 1.112 y 1.121.



El navio inglés *Revenge*, rendido sobre la isla de Flores.





fuego bien entrada la noche, hasta que, herido gravemente, deshecho el casco del navío, sin árboles, con 150 hombres fuera de combate, se rindió. Greenville fué llevado á la capitana de Bazán, honrándole como su valor merecía; mas la herida, que era de arcabuz, en la cabeza, le causó la muerte.

No se supo qué daño recibieron los fugitivos, conjeturando debió de ser mucho, porque estando á sotavento, con el que soplaba fresco, *descubrían los navíos el sebo*, es decir, mostraban fuera del agua los fondos, y en ellos recibieron balas á corta distancia. Por nuestra parte, se pagó la victoria algo cara, habiéndose dañado las naves de Manrique y de Couatiño, que abordaron juntas, con el choque, en extremo de irse á fondo durante la noche, con lo que entre muertos y ahogados llegaron á 100 las bajas.

Fué de todos modos importante y de oportunidad el combate, por venir las flotas divididas y maltratadas de un huracán, en que había perecido el general Diego de la Rivera. Antonio Navarro, que lo era de la de Nueva España, traía 11 naves; Aparicio de Arteaga 48, y difícilmente hubieran podido resistir á los enemigos en tan mal estado, por el cual, pocos días después, en otra borrasca, fondeadas en la isla Tercera, se perdieron 16, salvándose la gente y efectos.

Entre los ingleses no se estimó batalla (que en realidad no lo fué) la de la isla de Flores: haciendo caso omiso de Howard ó sincerando el proceder, pintáronla como combate de una nave suya contra 50 españolas. Walter Raleigh publicó á propósito una descripción á su manera, sin escasear baladronadas ó frases de dudoso gusto, que otros escritores imitaron<sup>1</sup>, lo que no es de extrañar, viéndolas estampadas en España contra D. Alonso de Bazán por no haber destruído á Howard sin que un solo navío se escapase, teniendo tantos á sus órdenes<sup>2</sup>. Gracias á que recibiera aplauso en Portugal

<sup>1</sup> Edward Wright: *A Report of the truth of fight about the isles of Acores, this last summer, betwixt the RAVENGE, one of her majesties shippes, and an armada of the king of Spaine*. London, 1591.—El poeta Tennyson se inspiró en el asunto, cantándolo en balada.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 502. «No de todos se tuvo por victoria, sino por vituperio, el no haber tomado toda la armada enemiga, como pudiera....»



por la parte señalada que en la acción tuvo el jefe de la escuadra de felipotes D. Luis Coutiño <sup>1</sup>.

Volvieron al crucero de las islas el año 1592 nada menos que cuatro escuadras, gobernadas por Walter Raleigh, Hawkins, Frobisher y el Conde de Cumberland; tanto acariciaban á la plata de las Indias. Raleigh sufrió un temporal sobre el cabo Finisterre que dispersó los navíos, de los cuales rindió y aprehendió seis Pedro de Zubiaur; los otros almirantes, con sir John Burgh, se mantuvieron en la mar, consiguiendo compensación á los trabajos con el apresamiento de la nao portuguesa, capitana de la India, nombrada *Madre de Dios*, que después de incendiada se llevaron, habiéndola defendido un día y una noche el capitán Fernández de Mendoza contra toda la escuadra <sup>2</sup>. Estimóse la carga en medio millón de libras esterlinas, siendo, por tanto, la presa de más valor hecha hasta entonces, y la tuvo el utilitario pueblo inglés por mejor lograda que cualquier victoria <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Andrés Falcón de Resende escribió en Lisboa un soneto y un romance á don Alonso, y una oda á su mujer, D.<sup>a</sup> María de Figueroa, poesías que estuvieron ignoradas en el archivo de la Universidad de Coimbra hasta el año 1885, en que el señor D. Domingo García Pérez las envió al *Archivo dos Açores*, donde se publicaron, haciendo tirada aparte de 36 ejemplares. El romance descubre los incidentes del combate y naufragio, dándose el autor por presente. El soneto empieza:

Columna firme y sólida Bazana,  
De antigua casa estable fundamento,  
No sólo del muy firme y fiel sustento,  
Mas de la universal Armada hispana.

<sup>2</sup> Carta de Manoel de Gonoca al Rey. *Archivo dos Açores*, t. II, pág. 311.

<sup>3</sup> Campbell-Barrow-St. John-Frazer. Obras citadas.

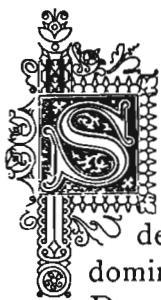


## VI.

### CONTINÚA LA GUERRA EN BRETAÑA.

1592-1595.

Cruceros y presas.—Batalla de Craon.—Socorro á Blaye.—Combate en el Gironda.—Gallardía de Zubiaur y Villaviciosa.—Salvan á la plaza sitiada.—Llegada de D. Juan del Aguila á Brest.—Construye el fuerte del León.—Lo sitian los calvinistas.—Defensa heroica.—Sucumbe.—Elogio de los enemigos.—Carlos de Amezola en Cornuailles.—Incendio de pueblos ingleses.



IN ser óbice la miserable situación de los buques y de los soldados en Bretaña, de tarde en tarde socorridos gracias á las lamentaciones incesantes de D. Juan del Aguila y D. Diego Brochero, ellos dominaban el pais, supliendo á las dotes escasas del Duque de Mercoeur, ocupado en descubrir por las veletas de dónde soplaría el viento de su conveniencia, inclinándose unas veces á Enrique y otras á Felipe, ó lo que es lo mismo, á sus ministros y generales, huéspedes molestos y enojosos de todos modos.

Se remediaban los expedicionarios de las necesidades teniendo en constante crucero navíos pequeños que hacían muchas presas en los del comercio, franceses, ingleses, flamencos y corsarios de la Rochela, no sin las naturales consecuencias, entre las que fué una el alzamiento de la galera patrona, donde se habían concentrado los prisioneros, y otra peor, la mala voluntad con que iban siendo mirados los in-



fantes, por permitirles ir á *la pecorex* á falta de otro medio de alimentarlos.

El Maestre de Campo alcanzó, no sin trabajo mucho, que Mercoeur acudiera con él al socorro de Craon, plaza sitiada por los Príncipes de Dombes y de Conti y por Norris con toda la nobleza y los ejércitos auxiliares inglés y alemán, sumando 6.500 infantes, 1.000 caballos y 12 piezas de artillería, mientras que de parte de los católicos no había más que 2.000 españoles, 800 caballos y menos de 500 bretones de á pie. Sin embargo, sirvió tanto la experiencia de D. Juan del Aguila con la bizarra de sus mosqueteros, que, traídos á batalla los enemigos, se alcanzó victoria señaladísima, haciendoles 1.500 muertos, muchos prisioneros, entre ellos 200 caballeros de rescate, tomando la artillería completa, carros de munición, banderas, equipajes y provisiones, y esto sin tener más de 12 muertos y otros tantos heridos españoles. No fué mayor la mortandad por estar muy altos los centenos y ocultarse en ellos los fugitivos, buscados con gana por nuestros soldados, principalmente los ingleses, á los que no daban cuartel en represalia de la inhumanidad que tuvieron con los naufragos de la *Armada Invencible* en Irlanda, y así lo decían al matarlos.

Rara vez se había visto pánico y dispersión semejante á la del ejército hugonote<sup>ç</sup>, del que no quedó grupo de consideración unido, teniendo la victoria tanta resonancia que estuvo para entregarse la ciudad de Rennes, siguiendo el ejemplo del castillo de Rostrenen, que lo había hecho en seguida con otras villas menos fuertes<sup>1</sup>.

Conocida la ventaja, decidió el Rey la ocupación de Brest, sueño de los jefes de tierra y mar, enviando con las naves de Pedro de Zubiaur un refuerzo de 2.000 hombres, corto para la empresa por haberse apresurado Isabel de Inglaterra á poner otros 3.000 á la defensa por tierra, con 12 navíos por la mar, á tiempo que se voló la galera capitana de Brochero, y

<sup>1</sup> El ingeniero Cristóbal de Rojas envió al Rey descripción y plano de la batalla de Craon, que originales se hallan en París, Archivo Nacional, K, 1575, y K, 1576, pieza 9. El parte de D. Juan del Aguila, K, 1583, pieza 121.



pereció en naufragio la nao almiranta, tratando de socorrer á los católicos de Burdeos (Enero de 1593).

Esta función independiente, emprendida con arrojo en perjuicio de la principal, se verificó por orden expresa del rey D. Felipe, solicitado por emisarios eficaces. Hacia tiempo que Mr. de Lüssaut había ganado á los hugonotes por sorpresa el castillo de Blaye, y se mantenía en la ciudad molestando á la navegación del Gironda con daño de Burdeos. Monsieur de Matignon, gobernador de la región por el de Bearne, bloqueaba á aquélla por tierra y agua, auxiliado por seis navíos ingleses, que eran á los que más convenía tener expedito el acceso, y hallábanse ya apretados los defensores cuando llegaron desde Pasajes Pedro de Zubiaur y Joanes de Villaviciosa con 16 filipotes y zabras á la ligera. Entrando río arriba de noche, desembarcaron las compañías de socorro, y al día siguiente (19 de Mayo), porque no pareciera que se volvian á España sin dar alguna muestra de energía, acometieron á los ingleses bloqueadores. Villaviciosa abordó á uno de los grandes; Zubiaur lo hizo con la capitana, que se incendió, abrasándose casi todos sus tripulantes. Huyeron los demás ingleses con bastante pérdida, quemándose dos de nuestros filipotes, cuya gente pudo recogerse á excepción de Adrián Brancaccio, valiente capitán italiano que cayó al agua y se ahogó por el peso de las armas.

Al ruido de la artillería bajaron de Burdeos 19 navíos con otros menores de Broage, que llegaban en suma á 60 velas, tratando de cerrar el paso y envolver á los españoles, para lo que mucho hicieron seis galeazas de la Rochela apoyando al capitán Lallmiraille, jefe superior. Hubo, por tanto, segundo y desigual encuentro, en que tuvieron los filipotes muchos heridos de la mosquetería; se sostuvieron, no obstante, hasta la hora de la bajamar, con cuya fuerza y la del viento rompieron la línea enemiga saliendo á la mar, y se volvieron á España, apresando en la navegación de ida y vuelta á siete naves mercantes inglesas.

El 14 de Julio volvió á salir de Castro-Urdiales Villaviciosa, con seis pinazas y 120 soldados á cargo del capitán don



Antonio Manrique de Vargas. La compañía con la gente de mar hacia 300 hombres. Aguardaron á la noche para acercarse á Blaye, habiendo enviado aviso á Mr. de Lussaut del propósito que realizaron, desembarcando á espaldas del ejército sitiador al tiempo mismo que la guarnición verificaba una salida. Acometieron entonces los españoles á las trincheras por cinco partes con éxito felicísimo, aturdidos los hugonotes en la creencia de estar cortados y vendidos. En el campo dejaron 800 muertos y muchos heridos, huyendo el resto desbandado.

Con esta brillantísima acción se levantó el sitio, que duraba ya siete meses, quedando las pinazas al abrigo de los cañones del fuerte hasta el 4 de Agosto en la noche, aprovechada por Villaviciosa para dar otro golpe audaz. Subió hasta Burdeos, embistió de sorpresa á una de las galeotas de guerra de la ciudad, y con muerte de los que la guardaban se la llevó sin recibir daño, dejando al pueblo en gran alboroto al venirse con la presa á España<sup>1</sup>.

Al empezar el año 1594, viéndose D. Juan del Aguila con más fuerza y recursos que nunca, por haberle llevado las escuadras ligeras de Bertendona, Zubiaur y Villaviciosa hasta

<sup>1</sup> Herrera: *Tercera parte de la historia general del mundo*, Madrid, 1612.—*Histoire curieuse et remarquable de la ville et province de Bordeaux*. A Bruxelles, 1760.—«Carta del capitán Pedro Saravia al Rey», Paris, Archivo Nacional, K, 1586, piezas 81, 85, 115.—Martínez de Isasti, *Historial de Guipúzcoa*, San Sebastián, 1850, pág. 432, escribió noticia del suceso en estos términos:

«Pedro de Zubiaurre, general de dos escuadras de navios del mar Océano por S. M., alcanzó muchas victorias de los enemigos, y una muy señalada en compañía de Joanes de Villaviciosa Lizarza, en el río de Burdeos, cuando el socorro de Blaya, que con 15 felipotes peleó contra 83 bajeles de Francia é Inglaterra, y con solo pérdida de uno se defendió y venció á muchos de los por milagro del Santísimo Crucifijo de Lezo, á quien se encomendaron con una misa solemne y una lámpara de plata, que fueron á cumplirlo con hacimiento de gracias: dijose la misa con mucho regocijo y salva de los tiros de arcabuces y mosqueteros, y colgaron la lámpara de plata con su letrero abajo con la memoria de este notable hecho. A toda esta fiesta me hallé presente en Lezo el año 1593, y por diligencia que hicimos ante el obispo Fr. D. Pedro de Burgos, se calificó por milagro y lo pusimos pintado en un lienzo. Este capitán vizcaíno fué terror de los enemigos y muy nombrado en su tiempo por las victorias y buenos sucesos. Fué casado en la villa de Rentería.»

Hay en término de Cestona antigua casa solariega de Zubiaurre, palabra compuesta de las vascuences *Zubi*, puente, y *aurre*, delante, adelante. El marino firmaba *Pedro de Zubiaur*, y era natural de Irún.



el completo de 5.500 hombres, dejando en buena disposición el fuerte de Blavet, nombrado ya *del Águila*, escaramuzó con las tropas del mariscal d'Aumont, sucesor del Príncipe de Dombes en el mando de los hugonotes, avanzando por la costa, expugnando puntos fortificados ó haciendo contramarchas con que disimular el objetivo de Brest, no sólo á los enemigos, que el Duque de Mercoeur con aviesa conducta y en secreta negociación con el Príncipe de Bearne lo contrariaba, muy disgustado con el acrecentamiento del ejército español y la influencia que iba ganando en el país<sup>1</sup>. A pesar de todo ocupó la península de Kélern; es decir, la punta que forma el *goulet* ó entrada del puerto, y en la extremidad oriental de esta península, que es de roca acantilada, comenzó con prodigiosa actividad las obras de un fuerte trazado por el ingeniero Rojas. La tierra, la fagina y el césped ó tepe tenían que llevar los soldados de lejos, alternando las compañías en esta faena, en la de aserrar madera, forjar clavos y construir barracones, con el servicio de guardia y el de buscar que comer en la tierra enemiga. En los primeros días sólo les hostilizaban los vecinos de Brest; mas no tardaron en ir llegando tropas, que los hallaron atrincherados y ya en disposición de defensa, utilizando un cañón enterrado en la arena, que afortunadamente descubrieron, lo mismo que un manantial ignorado de los del país. La llegada de Zubiaur con 12 filipotes conduciendo material consintió la celeridad de la fábrica en la parte en que la península se une con la tierra firme, levantando en veintiséis días dos medios baluartes de tierra en forma de tenaza, y en medio de ellos la puerta con puente levadizo<sup>2</sup>.

En cuanto lo supo el Duque de Mercoeur escribió enojado, mandando deshacer la fortificación, á lo que opuso Aguila observaciones fundadas en la presencia de las naves inglesas que habían acudido, si bien tarde, teniendo ya mon-

<sup>1</sup> Correspondencia de D. Juan del Águila y de D. Mendo de Ledesma. París, Archivo Nacional.

<sup>2</sup> Cartas de D. Juan del Águila y de Cristóbal de Rojas, con inclusión del plano. París, Archivo Nacional, K, 1591, piezas 56 á 60.



tadas el fuerte del *León* dos culebrinas de á 18 y dos de 6, facilitadas por las escuadras de Bertendona y de Zubiaur, con la dotación correspondiente de municiones.

Don Juan volvió á Blavet, dejando por gobernador del fuerte nuevo al capitán Tomé Paredes <sup>1</sup> con su compañía, y las de Diego de Aller y Pedro Ortiz Dogaleño, que reunían 300 hombres, con encargo de proseguir la fortificación. Si les hubieran dejado terminarla montando baterías en la parte opuesta, que cerraran la boca del puerto, según proyectaban, hubiera sido la península de Kélern el Gibraltar del Océano, según pensó andando el tiempo Vauban, autoridad en la materia <sup>2</sup>; pero mientras D. Juan del Aguila andaba por Rosporden, Concarneau, Eliant y Beuzec viviendo sobre el país y desavenido con Mercoeur, dejaba á los hugonotes tomar la plaza de Morlaix, sitiada. Aprovechando d'Aumont las disensiones, se presentó ante el fuerte del León con 3.000 franceses, al mando del Barón de Molac, otros tantos ingleses de Norris, 300 arcabuceros á caballo, 400 caballeros voluntarios, á los que se unieron René de Rieux, señor de Sourdeac, gobernador de Brest, con la gente del país y la artillería del castillo.

Abrió las trincheras el 11 de Octubre, apoyado desde la mar por los marinos de Inglaterra y Holanda, que disparaban sin intermisión; mas teniendo que hacer uso de gaviones, mientras los rellenaban sufrieron gran mortandad por el fuego de la artillería menuda, y las salidas que hacían los españoles, ya de un baluarte, ya de otro, de día ó de noche, mientras no estuvo formalizado el ataque y puestas en batería doce piezas gruesas. Cuando el fuego continuo de éstas rompió las faginas y empezó á desmoronarse la tierra contenida por ellas, llenando el foso, dió el barón de Molac el primer asalto con los franceses al baluarte de la derecha,

<sup>1</sup> Enrico Caterino Davila, su traductor el P. Varen, y por ellos algunos escritores españoles, nombran al gobernador Tomás Prassede ó Pujades: los de Francia escriben Tomás Praxede ó Parade; hace fe el nombramiento expedido por D. Juan del Águila y sus cartas.

<sup>2</sup> *Histoire de la ville et du port de Brest*, par P. Levot. Brest, 1864-1866.



haciéndolo los ingleses al opuesto, en competencia imprecisa que duró tres horas, acabando iguales, con enorme pérdida, aumentada al retirarse por haberseles incendiado el depósito de pólvora de la batería.

Hubieron de esperar á que llegara otro convoy de Brest, dando á los sitiados pausa, durante la que hicieron palizada y la rellanaron, restaurando los baluartes. Con esto causaron mayor pérdida á los calvinistas en el segundo asalto; saliendo tras ellos con furia hasta la batería, clavaron tres piezas, y antes que el Barón de Molac se repusiera volvieron al foso, sin haber perdido más que 11 hombres.

Fué, por consiguiente, desde entonces la batería más lenta, tratando de suplirla las naves, con poco efecto, por las condiciones de la roca hacia la parte del mar; no obstante, empezando á escasear en el fuerte la pólvora y plomo, enviaron emisarios con petición de socorro, que de buena gana les diera D. Juan del Aguila á no estorbárselo Mercoeur, enemigo secreto, más peligroso que los del campo opuesto, deseoso de ver por el suelo el padrastro de Brest, y obstáculo para entretener al Maese de Campo, que, sin caballería ni raciones, no podía prudentemente meterse solo en abierta campaña. Arrostrando, no obstante, por todo antes que dejar perder á su gente, avanzó con 4.000 infantes y dos piezas de campaña; y como le cerrara el paso M. de Membarotte con toda la caballería enemiga, tuvo que dar un gran rodeo, en que consistió la suerte de la fortaleza.

El 18 de Noviembre volvió á ser asaltada desde el alba hasta la puesta del sol, relevándose las columnas, entre las que actuaba una de marineros ingleses dirigida por el almirante Frobisher. Hallábase D. Juan á cuatro leguas de distancia; un dia más pondría á los sitiadores entre dos fuegos, no siendo entonces dudoso lo que sucedería; así, procuraron el supremo esfuerzo con tres nuevos asaltos, en el último de los cuales una bala de cañón mató á Paredes, que en la brecha estaba con una pica en la mano. Todavía los repitieron, volando una mina que les allanó el acceso, cuando empezaba á anochecer, el 19 de Noviembre.



Mejor que por las relaciones de los españoles es de apreciar la heroica defensa del fuerte del León por las que escribieron los enemigos, admirados de que la sostuvieran tan pocos hombres, sin tener al final balas que disparar con los cañones ni arcabuces<sup>1</sup>, y eso que no cuentan que más que su valor acabó de vencerlos la estratagema de una bandera de parlamento con que consiguieron aproximarse después de la anochecida al baluarte, donde estaba un Alférez, único oficial vivo<sup>2</sup>. Los ingleses, primeros en la entrada, pasaron á cuchillo á cuantos hallaron dentro, habiendo tantas mujeres y niños como soldados<sup>3</sup>, sin salvarse más que nueve de éstos que se tendieron entre los muertos, y cuatro descolgándose por las rocas hacia la mar.

Enfermedades causadas por las aguas y fríos causaron á los sitiadores más de 3.000 bajas, independientemente de las ocurridas en los asaltos, que por confesión irrecusable fueron otras tantas<sup>4</sup>.

Los ingleses perdieron al célebre almirante Frobisher, á Walter y á Daudels; los franceses al mariscal de campo señor de Liscoet y al Sr. de Romégon, muerto en la brecha al lado de Paredes; á los capitanes Lesurau, de Kerdunau y Lestregat, saliendo heridos varios caballeros principales.

Refiere Mr. Moreau, contemporáneo, en la obra indicada, que queriendo el mariscal d'Aumont honrar al valor, ordenó que el cuerpo del capitán español Paredes fuera enterrado en la iglesia de Brest en el mismo sepulcro que el Sr. de Romégon, haciendo á ambos honras militares pomposas y poniéndoles epitafios que copia<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Mr. Moreau: *Histoire de ce qui s'est passé en Bretagne durante les guerres de la Ligue*.—De Freminville: *Antiquités de la Bretagne*.—Levot: *Histoire de la ville de Brest*.—Enrico Caterino Davila: *Storia delle guerre civili di Francia*.

<sup>2</sup> Carta de D. Juan del Águila al Rey. París, Archivo Nacional, K, 1591, pieza 152. Herrera: *Historia de los sucesos de Francia desde que comenzó la Liga católica*.—Ídem, *Tercera parte de la Historia del Mundo*.—Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. iv, página 106.

<sup>3</sup> Mr. Moreau, obra citada.

<sup>4</sup> Mr. Levot, obra citada.

<sup>5</sup> Praxède, ejouis-toi, mourant de voir mourir  
Romégon enterré sur le haut de ta brèche.



Dice más: que los ingleses degollaban á los prisioneros á cuenta de la derrota de Craon, y que á los pocos que se libraron despachó el Mariscal con carta para D. Juan del Aguila testimoniando lo que habian hecho. El Maestre de Campo había dejado la artillería en el camino para marchar con más rapidez, y hallábase á distancia de dos leguas cuando se rindió el fuerte; los de la carta llegaron por tanto á incorporarse muy pronto, y al verlos llegar preguntó: «¿De dónde venís, miserables?»—«De entre los muertos», contestó uno. —«Con ellos debisteis quedar, replicó, que esa orden teníais;» y quiso ahorcarlos incontinenti.

Importa el juicio de otro escritor militar <sup>1</sup>, al decir que la resistencia de los españoles rayó en lo prodigioso, dando motivo en el fuerte del Leon á que se manifestaran los rasgos caracteristicos de cada nación. «El español frio, paciente, intrépido y testarudo; el inglés de valor brutal, abusando de la victoria con crueldad; el francés impetuoso, bravo, generoso con el enemigo vencido, cuyo valor admira y cuyo infortunio honra.»

Don Juan del Aguila manifestaba al Rey, al darle cuenta del suceso, que no era de monta para apesadumbrarse, reducida la pérdida á 300 hombres, y que con soldados y dinero

Paris éternisa par Achille sa flèche;  
Par Romégon tu vis ton honneur refleurir.  
Romégon ne veut point, ô Praxède, souffrir  
Que ton nom soi éteint dans les lis de la France,  
Praxède, avise-toi, et fais en récompense  
Que Romégon ne puisse en Castille mourir,  
Troie vante son Hector, la Grèce son Achille,  
La France Romégon, son Praxède Castille:  
Moi, dans mes tristes vers, de ces deux cavaliers  
Je chanterai le los, l'honneur et la victoire,  
Un autre les peindra au temple de mémoire,  
Donnant à Romégon les myrtes, les lauriers.

El fuerte fué arrasado porque pretendian los ingleses guarñecerlo; mas desde entonces se llama en Brest, al lugar en que estuvo, *Punta de los españoles*, y en el lenguaje bretón se ha conservado la palabra *real* para designar á las monedas pequeñas, por haberlas disparado los defensores á falta de plomo, así como clavos, pedernal y otros cuerpos duros, de qué hicieron uso. Dícelo el mismo autor.

<sup>1</sup> Le chevalier de Freminville, capitaine des frégates du Roi.



volveria á hacer el fuerte, acabándolo de manera que daria que pensar en Inglaterra y en Holanda, poniéndole complemento en Saint-Nazaire, con la cual haria S. M. lo que quisiere; pero otras atenciones preferentes lo impedian.

Aunque el de Mercoeur hizo reconocimiento jurado de los derechos de la infanta Isabel á suceder en el ducado, conservarlo y defenderlo <sup>1</sup>, desde la función de Brest decayó el interés de la guerra en Bretaña, manteniéndolo únicamente en la mar las naves estacionadas en el puerto de Blavet á las órdenes de D. Diego Brochero y Pedro de Zubiaur.

Tenia el primero cuatro galeras, de poca utilidad en los rigores del invierno por lo que sufrian los remeros sin abrigo; Zubiaur gobernaba seis filibotes y cuatro zabras con 680 hombres de mar y guerra <sup>2</sup>; Villaviciosa y Bertendona regian escuadrillas ligeras semejantes, atendiendo á la comunicación del ejército con la Península y al crucero, en que consiguieron muchas presas, atacando á los convoyes de ingleses y holandeses <sup>3</sup>. Pareciendo poco todo esto á D. Diego, lo mismo que los daños que hacían los buques sueltos <sup>4</sup>, propuso la organización de galeras y filibotes combinados para estragar las costas de Inglaterra, razonando que, pues en el reino de Nápoles con tanta infantería, caballería, galeras y torres vigías no se podian impedir las correrías de los berberiscos, menos lo harian con las nuestras en tierra donde no había ninguna prevención.

Hizo ensayo autorizado el capitán Carlos de Amézola, saliendo de Blavet con cuatro galeras reforzadas en Julio de 1595, y después de proveerse de víveres y dinero en Normandía á costa de los pueblos de hugonotes, atravesó el Canal abordando á la ribera de Cornuaille, en término de Mouse-Hole. Puestos en tierra 400 arcabuceros con algunas

<sup>1</sup> Hállase el acta entre los papeles mencionados. Paris, Archivo Nacional, K, 1596, piezas 83 á 86.

<sup>2</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.147.

<sup>3</sup> Idem, id., números 1.173 á 1.183.

<sup>4</sup> Relación de las presas que han hecho las zabras despachadas al canal de Inglaterra por mandado de S. M. y de lo que han valido.—Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>º</sup>, número 1.250.



picas, incendiaron el pueblo, abandonado por los vecinos, taldando los alrededores. Repitieron la obra destructora en las villas mayores de Pensans y Newlin, aunque hicieron demostración de defenderlas unos 1.200 hombres. Tomóse el fuerte que tenían en la marina, con una pieza de artillería y tres naves cargadas. Al regreso atacaron las galeras á una flota de 46 naves holandesas, que se defendieron bien, dejando afondar á dos antes que entregarlas y causando á los asaltantes baja de 20 muertos y algunos heridos, amén de avería en la arboladura de la capitana <sup>1</sup>.

La incursión escoció mucho en Inglaterra, temiendo la repetían y volvieran los tiempos en que Pero Niño y Fernande de Tovar tenían en alarma perpetua á sus puertos <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Relación de lo subcedido en el viaje que por orden de V. M. ha hecho el capitán Carlos de Amézola con las cuatro galeras de su cargo en la costa del reino de Inglaterra.—Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.242.—Larrey: *Historia de Inglaterra*.—John Payne, *The naval history of Great Britain*, atribuye el hecho á D. Diego Brochero, y lo mismo el autor de la *Histoire des descentes qui ont eu lieu en Angleterre*, Paris, 1798, que lo cuenta equivocadamente el año 1594.

<sup>2</sup> Relación del desembarco que hizo en Inglaterra el capitán Martín de Oleaga, y buques que incendiò con los dos pataches de su cargo.—Colección Sans de Barutell, art. 6.<sup>º</sup>, número 142.





## VII.

### EXPEDICIONES Á ULTRAMAR.

1593.—1596.

Cruceros ingleses en las Azores.—Argelinos en Fuerteventura.—Entra en el mar del Sur Ricardo Hawkins.—Le combate y rinde D. Beltrán de Castro.—Incidentes de su prisión.—Más rebusca en las Terceras.—Encuentros.—La ilusión del Dorado.—Persiguela Walter Raleigh.—Incendia á Santiago de Caracas.—Escribe un libro fantástico.—Consecuencias.—Expedición de Drake.—Es derrotado en Canarias, en Puerto Rico y en el istmo de Panamá.—Muere de pesadumbre después de su compañero Juan Hawkins.—Desastre de su Armada.—Persiguela D. Bernardino de Avellaneda.

 A del Norte es ciertamente fortuna de neblies y lance de gerifaltes; es fecunda aquella región de aves de rapiña», según parecer del P. Fr. José Torrubia, emitido al considerar los armamentos hechos en Inglaterra, no con fines de hostilidad, que naturales habían de considerarse una vez declarada la guerra, sino con el de enriquecerse los particulares, prosiguiendo las asechanzas á los lingotes de la plata de Indias, que en guerra ó en paz consideraban lícitas, ya que solían serles provechosas <sup>1</sup>. No siempre les favorecía la dicha, sin embargo, como se vió en las empresas del año 1593, por varios lugares intentadas.

El incansable Conde de Cumberland dirigió en persona la sexta de las suyas á las islas Azores, llevando doce naves

<sup>1</sup> *Chronica de la Seraphica religion.* Novena parte. Roma, 1756.



que cruzaron infructuosamente, y por no volverse á Inglaterra con todas de vacío, despachó á las Antillas tres, no más afortunadas; tomaron algunas embarcaciones de la pesca de perlas en la Margarita; bloquearon á Santo Domingo sin intentar el desembarco; entretuvieron el año, acabando por perder en naufragio una de las mayores, armada con 31 piezas de artillería de que los isleños se apoderaron en gran parte <sup>1</sup>.

Con mayor fracaso tropezó otro, de instinto y educación corsario, que queriendo imitar á Drake y á Cavendish en viaje de circunnavegación, proporcionó á nuestros poetas asunto para hablar de la mar complacientes <sup>2</sup>.

Ricardo Hawkins, hijo del vencido por Luján en Veracruz, y adiestrado en sus campañas, aprestó en Plymouth tres naves, de 250 á 300 toneladas la mayor y capitana *Dainty*, armada con 20 piezas de artillería, de 100 la almiranta con ocho cañones, y de 60 un patache nombrado *Fantasia*, llevando entre todos 200 hombres. Dió la vela el 22 de Junio con rumbo á Canarias, experimentando malos tiempos que no le consintieron arrimarse á las islas, y fué suerte de éstas, castigadas el mismo año 1593 por el arráez argelino Xavan que pilló en Fuerteventura, quemando y destruyendo cuanto quiso después de derrotar á un cuerpo de 200 hombres enviado desde la Gran Canaria <sup>3</sup>.

Hawkins luchó cuatro meses con las contrariedades en las

<sup>1</sup> Mr. Barrow refiere haber batido dos de ellas á siete españolas en la costa de Honduras, con el resultado de incendiar á seis y llevarse á la restante. De tal acción no hay constancia en nuestros documentos, siendo de pensar que no ocurriera, ó que contaron como enemigos vencidos á los negros pescadores. Del bloqueo de Santo Domingo y naufragio dió cuenta al Rey Lope de Vega Portocarrero con fecha 30 de Enero de 1594. Hállase la carta en la *Colección Navarrete*, t. 25, núm. 63.

<sup>2</sup> Lope de Vega dedicó á esta expedición los cantos II, III y IV de su poema *Dragonete*, sin apartarse de la verdad histórica; Oviedo y Herrera, Conde de la Granja, la narró con alguna fantasía en el canto X de la *Vida de Santa Rosa de Lima*, impresa en Madrid en 1711, y en Méjico en 1729, y con la amplitud que consentia la consulta de documentos oficiales, el Dr. Suárez de Figueroa en los *Hechos del Marqués de Cañete*. Madrid, 1613.

<sup>3</sup> Galindo y de Vera.



islas de Cabo Verde y costa de Guinea, antes de llegar á la del Brasil, con la mayor parte de su gente atacada de escorbuto. Faltabanle brazos con que reemplazar los de los muertos, por lo que se deshizo de la almiranta' después de transbordar los pertrechos, y se encaminó hacia el Magallanes con las otras dos naves. La *Fantasia* le abandonó antes de llegar al estrecho, desapareciendo. Con la *Dainty* sola embocó, resistiendo á las borrascas, perdiendo anclas y cables, estando á punto de perecer entre las peñas; mas saliendo por fin al mar del Sur, se apareció de sorpresa en el puerto de Valparaíso, donde se hallaban surtas cinco naves costeras con bastimentos. Cuatro puso á rescate, por empezar el botín con cosa de veinticinco mil ducados sacados al pueblo, desacuerdo que pagó caro, porque una de aquellas naves, mandada por Juan Martínez de Leyva, con rapidísimo viaje de quince días, llevó nueva de la presencia del enemigo al Virrey del Perú, adelantándosele. La quinta retuvo Hawkins llevándola consigo, así como al piloto Alonso Pérez Bueno.

El Perú contaba por entonces con cuatro galeones de Su Majestad, bastante descuidados y de no buenas condiciones, y con dos galeras desarmadas y sin remeros; pero había en el Callao cien soldados de presidio y no faltaban armas.

Desde que D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se encargó del virreinato, se había aplicado á ordenar la hacienda y la milicia; de modo que, sabida la noticia de Valparaíso, despachando en el acto pataches que la circulaban por la costa hasta Panamá, con orden de apercibirse en todas partes, mandó levantar compañías y aprestar los galeones, lo que se hizo en término de ocho días, con actividad sin ejemplo anterior.

Fueron tres los navíos: capitana y almiranta, armadas con 60 piezas entre las dos, y galeón *San Juan* con 14; se tripularon con 300 hombres puestos á las órdenes de D. Beltrán de Castro y de la Cueva, hijo del Conde de Lemos, cuñado del Virrey, que había militado en Milán como general. Puestos á la vela cruzaron á la espera del inglés, que había remontado sin atreverse á desembarcar en ningún surgidero vista la dis-



posición en que todos estaban. Ni en los navíos pudo hacer presa, salvo alguna barca de pescadores ó de caboteros, hasta llegar á la altura de Chircha, donde descubrió á la armada de D. Beltrán en su demanda. Reconocida la fuerza, barloventeó, saliendo fácilmente de su alcance con ayuda del viento frescachón reinante y la escasa práctica marinera de los perseguidores: en breve espacio rompieron palos, vergas ó velas los tres galeones, viéndose en la necesidad de volver al puerto del Callao, mientras Hawkins, burlándose de la aventura, continuaba su rumbo.

Recibieron en Lima á los derrotados por el temporal con grita y vayas, en que se significaron principalmente las mujeres con la vehemencia á que suele conducirlas cualquiera impresión; mas sirvió el contratiempo para que luciera la previsión del Virrey, por haber alistado después de la marcha de los galeones una galizabra, bajel pequeño, pero fuerte y ligero, y un bergantín á propósito para reconocer calas y bajos fondos. Aprovechados estos elementos, relegada la capitana de D. Beltrán y cambiadas las vergas de la almiranta, con ésta, la galizabra y el bergantín se hizo á la mar de nuevo al tercer día, llevando por almirante á Lorenzo de Heredia, y á Miguel Filipón por piloto mayor.

Iban con precaución mirando en las calas y recodos con recelo de que en alguno de éstos se les escondiera, y en la tarde del 1.<sup>o</sup> de Julio descubrieron la bahía de Atacames, en el reino de Quito, donde Hawkins se encontraba al ancla en compañía de una lancha capturada. Creyendo fueran de mercantes las dos velas avistándolas de lejos, destacó esta lancha armada, que no tardó en retroceder, avisándole del peligro.

Picó entonces el cable, tratando de ponerse á barlovento con todas sus velas, sin conseguirlo; la nave de D. Beltrán le disparó andanada, segundando la galizabra con acierto de echarle abajo la vela de mesana. Heredia fué entonces resueltamente al abordaje, sucediéndole mal por llevarle una bala el palo mayor y 14 hombres, quedando apartado, mientras con furia se cañoneaban su General y Hawkins en lo que duró el día.



En la obscuridad atendieron á los heridos y remediaron las averías, cuidando mucho de que el inglés no se escurriera con los cambios de dirección y velamen que ensayaba. Renovaron al amanecer la pelea, padeciendo la nao de Castro de los certeros tiros con que los enemigos le partieron el espolón y el bauprés, hasta ponerse bordo á bordo ejercitando los mosquetes y armas blancas. Entonces fué muy obstinada la refriega, defendiendo los ingleses palmo á palmo la cubierta y atrincherándose en la cámara de popa por último recurso.

Escribió Hawkins que, estando malamente herido, el barco destrozado y sin esperanza de remedio, se rindió á condición de que serían respetadas las vidas por los vencedores, y que D. Beltrán de Castro, caballero de noble condición, lo otorgó, dándole en prenda un guante. Varios escritores del tiempo lo confirman<sup>1</sup>, ocupándose de esta brillante acción militar en que se mostraron los contendientes dignos unos de otros.

Eran los ingleses superiores en el manejo de su nave como artilleros y marineros ejercitados; tenían los españoles en su favor el número, rebajado por la inexperience del mar y por la falta de cohesión, embarcados, como fueron, la víspera, viendo cada cual de su casa. Tuvieron aquéllos 27 muertos, 17 heridos y 93 prisioneros; de nuestra parte 28 de los primeros y 22 heridos ó chamuscados con las alcancías y harpones

<sup>1</sup> Los ya citados Suárez de Figueroa y Oviedo y Herrera, conde de la Granja. Antonio de Herrera, *Tercera parte de la historia general del mundo*, que relató con extensión lo ocurrido en la navegación y combate. De éste se publicó en Lima una *Relación de lo sucedido desde el dia 17 de Mayo de 1594, que el Marqués de Cañete tuvo aviso de haber embocado por el estrecho y entrado por esta mar del Sur Richarte Aquines, etc.* En la *Colección Navarrete*, t. xxvi, núm. 36, se guarda manuscrita *Confesión del general inglés Richarte Aquines, que le fué tomada en 10 de Julio de 1594, de la navegación que hizo.* En la de Jesuitas de la Academia de la Historia, manuscrito igualmente, *Traslado de una carta de Richardo Hauquines, escripta en el puerto de Perico en 6 de Agosto de 1594, para enviar á su padre Jhoa Hauquines á Londres; Traducida de lengua inglesa en la nuestra é enviada del dicho puerto al Cardenal de Sevilla, D. Rodrigo de Castro.* La publicó con notas aclaratorias D. Marcos Jiménez de la Espada y por sus noticias, Peralta, en *Lima fundada*, expone que, habiendo sentenciado á muerte la Audiencia á Hawkins, apeló al Consejo Supremo, que hizo buena la palabra de D. Beltrán y envió al prisionero libre á Inglaterra.



de fuego que arrojaron. El buque *Dainty* estaba destrozado, inútiles los palos, bombas, obras muertas y con 14 balazos bajo la linea de flotación. En Panamá, adonde le llevaron, hubo que darle lado, ponerle árboles nuevos, carenarlo de firme, con todo lo cual se conservó, prestando largos servicios en la Armada con nombre de *La Inglesa*<sup>1</sup>, por ser bajel fuerte adornado con gusto, teniendo en la popa esculpida una negra con guarnición dorada<sup>2</sup>.

Los prisioneros dieron origen á cuestiones complicadas y enojosas por la ingerencia de la Inquisición y su empeño en juzgarlos, alegando jurisdicción y debatiendo si debía ó no respetarse palabra dada en la guerra, y por la enteréza con que D. Beltrán de la Cueva mantuvo el cumplimiento de la-suya acudiendo al Rey, poco deseoso de inclinarse á uno ú otro lado<sup>3</sup>. Casi todos se destinaron á las galeras de Cartagena, dejando 13, por manera de transacción, entregados al Santo Oficio de Lima. Ricardo Hawkins tuvo alojamiento en casa de D. Beltrán de Castro, que le hizo curar y asistir con esmero, recibiendo en la ciudad las marcas de simpatía merecida por su juventud, valor y comportamiento<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> El P. Rosales: *Historia de Chile*, t. I, pág. 49.

<sup>2</sup> Sin duda por las armas que adoptó John Hawkins al ser armado caballero por la reina Isabel.

<sup>3</sup> Real cédula dada en Madrid á 17 de Diciembre de 1595, publicada por Suárez de Figueroa, pág. 220.

<sup>4</sup> Pedro de Oña, en el canto XVIII de su poema *Arauco domado*, escribía entonces:

«Richarte el pirata se decía,  
Y Aquines por blasón, de clara gente.  
Mozo gallardo, próspero, valiente,  
De proceder hidalgo en cuanto hacía,  
Y acá, según moral filosofía  
(Dejando lo que allá su ley consiente),  
Afable, generoso, noble, humano,  
No siendo riguroso ni tirano.»

D. J. T. Medina, en la *Historia de la Inquisición en Chile*, ha dado á luz documentos del proceso. En la Biblioteca Nacional existen manuscritas dos relaciones del combate: una, P. 33, pág. 203, titulada *Relación de cómo se derrotó en el mar del Sur al pirata inglés Richarte Aquines, año 1594*; otra, *Victoria naval perunita que consiguió contra los ingleses en el golfo de la Gorgona D. Beltrán de Castro, M. 1*. —En la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CLV, fol. 44: *Alegación por Ricardo Aquines, inglés, pidiendo la libertad, en el pleito que tenía con el fiscal de S. M.* Impresa en dos hojas.



Así mostró gratitud al escribir la relación de su viaje, aunque sin referir los pormenores de la prisión, por no alcanzarle la vida al término de la obra <sup>1</sup>.

Antes, con mucho, que llegaran á Europa noticias de aquellas lejanas tierras, en el verano de 1594, enviando el Conde de Cumberland el acostumbrado crucero á las Azores, dió con la nao portuguesa de la India, *Cinco Chagas*, y la combatió con tres de las suyas, dejándola que se quemara y perecieran los tripulantes, colérico el jefe por la bizarra defensa que hicieron, matándole al almirante William Anthony, al vicealmirante Jorge Cave, con 90 hombres más y 150 heridos. A los pocos portugueses que, nadando, pedían misericordia, echaban los britanos al fondo, sin recoger más que á 13, por tomarles las cadenas de oro que se habían puesto al cuello visiblemente. Mandaba la nao Francisco de Melo, que hizo proezas, lo mismo que D. Rodrigo de Córdoba, español, á quien llevó una bala las dos piernas <sup>2</sup>.

A cometieron después al galeón *San Felipe*, intimándole la rendición; y contestó su comandante, D. Luis Coutiño, que no era hombre dispuesto á entregarse sin probar primero las armas, como podrían saber por su navío *Revenge*, el de Grenville. Probándolas, maltrató á los arrogantes de manera que tuvieron que retirarse <sup>3</sup>.

Amargado con los desengaños, acudió en persona el año siguiente, 1595, sin hallar otra cosa que tempestades en la Naturaleza y á sus capitanes disgustados. William Monson se le separó con objeto de corsear por su cuenta; Laugton, el que había bloqueado á Santo Domingo en 1593, se adelantó hacia el Oeste, encontrando á la almiranta española separada de la flota por su mal, pues recibió en el ataque escarmiento <sup>4</sup>. Desastre sobre desastre, iban preparando á los marinos ingle-

<sup>1</sup> *The Observations of Sir R. Hawkins Kinght, in his voiage into the South Sea, 1593*, London, 1692.

<sup>2</sup> Costa Quintella: *Annaes da marinha portuguesa*.—Barrow, refiriendo el combate (*Memoirs of naval worthies*), reconoce que en esta ocasión no son los comentarios favorables á la humanidad inglesa.

<sup>3</sup> El mismo Barrow y Costa Quintella.

<sup>4</sup> Barrow, obra citada.



ses para sufrir el más doloroso, antes del cual acariciaron esperanzas de resarcirse abundantemente.

En origen se las inspiró D. Antonio de Berrio y Oruña<sup>1</sup>, soldado viejo curtido en las guerras de Italia, Africa, Alemania y Flandes, que, por estar casado con la sobrina del Adelantado, conquistador de Nueva Granada, D. Gonzalo Jiménez de Quesada, se vió, sin pensarlo, heredero de sus bienes. Pasó á las Indias, con este motivo, en 1580; organizó á su costa una expedición desdichadísima, vagando diez y siete meses por pantanos, entre los ríos Orinoco y Marañón; hizo una segunda que duró dos años, consumiendo su caudal, mas no sus bríos: antes bien acometió la tercera, empeñándose; reconoció los grandes afluentes del Orinoco, pobló en la isla Trinidad, fundando la ciudad de San José de Oruña con otra nombrada Santo Tomé, en Guayana, y echando á volar la fama del Dorado, un tanto olvidada después de las desventuras de Orellana, escribió relaciones, solicitó licencias, puso andantes en corte y ganchos en Andalucía, abriendo el apetito de riquezas con las muestras del oro exhibidas<sup>2</sup>.

En Inglaterra excitaron el de Walter Raleigh, de suyo excelente, animándole al envío del capitán Jacob Whiddon en un navío, con el fin de procurar informaciones que distaban mucho de las que corrían entre el vulgo, pero que no le convencieron, alucinado como estaba con las fábulas del Rey de Manoa. Justamente se encontraba por entonces en situación crítica, habiendo perdido el favor de la Reina: nada como una aventura de mar extraordinaria, donde se habían estrellado, uno en pos de otro, los capitanes españoles tentándolas, contribuiría á elevarle sobre sus rivales y á reconquistar las deferencias de la soberana y de la mujer desdeñosa. Pensó guardara el sino para su persona el en-

<sup>1</sup> Berrio, casa ilustre, cuyo solar está en el Señorío de Vizcaya. Tratan de ella: Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*; Fernández de Mendoza, *Libro de blasones*; Téllez de Meneses, *Lucero de nobleza*; Morales, *Historia de Córdoba*; Salazar y Castro, *Catálogo genealógico de los Condes de Fernán-Núñez*; Ocáriz, *Genealogías del nuevo reino de Granada*.

<sup>2</sup> Tres relaciones y cartas manuscritas comprende la *Colección Navarrete*, t. XIII, números 25, 28 y 29 del año 1593.



cuento del indio rebozado con los polvos de oro deslumbradores del deseo, sintiendo la fascinación del pajarillo que revolotea alrededor de la serpiente.

Del puerto de Plymouth salió en Febrero de 1595 con cinco navíos y otras tantas pinazas, llegando á la isla de la Trinidad á principios de Abril. Antonio de Berrio, el gobernador, avisado de la presencia de los bajeles en el puerto de España, envió á su sobrino Rodrigo de la Hoz con ocho soldados desde San José, y acudiendo á las playas un batel con bandera blanca, le rogaron pasara á la capitana á tratar sobre provisión de refrescos, que pagarian, presentándose como contrabandistas de los que hacían negocios. A los soldados, que se negaron á embarcar, obsequiaron con comida en tierra, lo mismo que á otros ocho que Berrio, impaciente, destacó después, y estando descuidados los mataron á todos, entrando en tierra 120 ingleses. Desde Puerto España cayeron al cuarto del alba sobre San José, que dista tres leguas, donde Berrio tenía 25 castellanos; huyeron 17 de ellos con un fraile y alguñas mujeres al bosque, defendiéndose hasta morir el resto, con lo que el pueblo, el gobernador y el capitán Antonio Jorge quedaron en poder de los asaltantes el breve tiempo necesario para registrar las barracas é incendiárlas. Trasladándose á la punta del Gallo, cortaron madera para un fortín, en que pusieron tres piezas como preparación á la entrada por el Orinoco con las embarcaciones menores. Para ello amenazaron de muerte á Berrio, preguntándole los secretos de la tierra y obligándole á servir de guía sin consideración á su ancianidad <sup>1</sup>.

Dentro del río atraía Raleigh á los jefes caribes, presentándose como servidor de una reina virgen, que contaba más súbditos que allí había hojas en los árboles, y que, odiando á los castellanos por su tiranía y opresión, había ya libertado de sus manos á los habitantes del Norte del mundo, y le enviaba para libertarlos también y defenderlos <sup>2</sup>. Los indios, á cambio de caricias y regalos, justa recompensa á los trabajos

<sup>1</sup> Contaba entonces más de setenta años.

<sup>2</sup> Fraser Tytler: *Life of sir Walter Raleigh*.



de remontada, le mostraron una mina, de la que mandó arrancar piedra, aurífera al parecer, en cantidad suficiente para cargar los bateles. Con esto y haber hecho tratados de amistad con los caciques referidos, conviniendo en que les dejaría dos ingleses <sup>1</sup> para aprender la lengua é irían con él dos muchachos guayanos, regresó á la isla de la Trinidad muy fatigado, subidas más de cien leguas hasta oír el rumor de los raudales, reconocido un afluente que nombraron *Red Cross*, una montaña de cristal y muchas otras cosas peregrinas.

Sir Walter se dirigió seguidamente á la isla Margarita, reconociéndola por dos puntos en que estaba la gente apercibida; pasó, por tanto, de largo, hasta Cabo la Vela, donde le hicieron tres prisioneros; torció á Cumaná y le mataron siete hombres; en todas partes había noticia de próxima llegada de ingleses y los esperaban armados. Allí puso en tierra á Antonio de Berrio, pensando acabar la expedición, como lo hiciera, á no encontrar en un mulato de nombre Villalpando guía inesperada.

Hallábase en el puerto de Guaicamacuto, media legua á barlovento del de la Guaira, donde sin ninguna dificultad desembarcó, abandonando el pueblo por los indios que lo habitaban. Sabido el caso en Santiago de Caracas, salió toda la gente de armas, atrincherándose en posición fuerte del camino de la

<sup>1</sup> Antonio de Herrera refiere la expedición en su *Historia del Mundo*, con noticia de que uno de los ingleses dejados en Guayana fué entregado por los indios y traído á las cárceles de Madrid; del otro dijeron los indígenas había sido comido por los tigres; pero se sospechó que hubiera servido en algún festín de los de la tierra, con cuyo motivo recordó el P. Torrubia el pensamiento de Góngora, diciendo quedó

«Donde la crueldad y el vicio  
del bárbaro cafibano,  
sacrificó el cuerpo humano  
y se comió el sacrificio.»

Saint John, biógrafo de Walter Raleigh, escribió á propósito de la jornada del Orinoco: «La narración de lo que hizo y sufrió entristece, por no faltarle más que el éxito. Esto emprendía Raleigh, agrega, mientras, á ejemplo de la Reina, la más cínica inmoralidad distingüía á los de su corte; eran los hombres amarrados á la picota, cortándoles las orejas ó metiéndolos en sacos; los nobles se acuchillaban en las calles; los sacerdotes pendían de la horca, y los católicos eran cazados por los celosos protestantes con la buena intención de heredálos.»



marina, donde seguramente hubiera castigado al invasor; mas éste, bien porque amenazara á Villalpando, ó porque el mulato por maldad lo hiciera (que ambas especies corren), condujo á Raleigh con 500 soldados por una vereda oculta, ó por mejor decir, trocha mal formada, que subía desde la misma población de Guaicamacuto hasta encumbrar la serranía, y de allí bajaba al valle. Halló, pues, á la ciudad desocupada; sólo un anciano, Alonso Andrea de Ledesma, porque no se olvide su memoria, montó á caballo y se dejó matar alanceando al enemigo.

Sir Walter envió parlamento á los vecinos, pidiendo rescate de los edificios, á que los propietarios se sentían inclinados; no lo consintió el gobernador Garci González de Silva, y los ingleses pusieron fuego á todos, retirándose á los navíos sin ganancia, pero no sin dejar colgado de un árbol á Villalpando para ejemplar de iscariotes<sup>1</sup>.

El caudillo de la expedición, á fuer de historiador y poeta, escribió á su regreso en Inglaterra un libro de hazañas y maravillas que hizo mucho ruido en el mundo<sup>2</sup>; en España mismo andaba la gente espantada con la lectura, por no haber sabido antes las cosas estupendas no vistas por ninguno de los exploradores, empezando por Ordax y Sedeño, avivándose con ello los agentes de Berrio, de forma que se aprestó en Sanlúcar otra expedición de 400 familias, y con el maese de campo Domingo de Vera fueron á perecer por hambre, enfermedades y flechas de caribes, al mismo tiempo que el fundador de Santo Tomé de Guayana<sup>3</sup>.

Poca cosa merece contarse de Annías Preston, que anduvo

<sup>1</sup> Herrera: *Historia del Mundo*.—Oviedo y Baños, en su *Historia de la conquista y población de Venezuela*, t. II, lib. VII, cap. x, atribuye á Drake la acometida de Raleigh á Santiago de Caracas, y hay quien asegura que tam poco fué él, sino el capitán Annías Preston, que se le había separado, el que realizó la sorpresa. Véase *Histoire de l'île de La Trinidad*, par M. Pierre-Gustave-Louis Borda. París, 1876.

<sup>2</sup> Alcanzando la honra de ser comentado por Falstaff en *The Merry Wives of Windsor*.—En opinión de Hume, *History of England*, la relación del viaje al Orinoco está plagada de groseros embustes.

<sup>3</sup> Fray José Torrubia: *Crónica citada*.—Fray Antonio Caulin: *Historia de la nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y Vertientes del río Orinoco*, año 1779.—*Colección Navarrete*, t. XII, año 1596.



el mismo año 1595 por las costas del Brasil, y de Anthony Shirly, destacado en la de Jamaica<sup>1</sup>, sin distraer la atención reconcentrada en el gran armamento, en la expedición real puesta por Isabel á cargo de los capitanes más populares de la Gran Bretaña, Drake y Hawkins, por su razón de Estado, para buscar en las costas y flotas de las Indias con qué guerra á costa de D. Felipe.

Esta vez no iba *el Draque* (él mismo lo hizo saber á su gente) «como ladrón de noche, sino como general de dia, con desembarcación pomposa, al que habían de ofrécerse rendidos los españoles, reconociéndole por señor, y pidiendo merced de las vidas, que tal decoro se debia guardar á la armada de su Reina y señora, y en las casas de la Audiencia había de levantar un trono y hacer actos de soberanía, poner sus armas y su efígie por eterno blasón y padrón á los venideros»<sup>2</sup>. Esta vez gobernaba naves y soldados tan superiores á los de la flota con que saqueó á Santo Domingo y á Cartagena, que ni pueblos, ni barcos, ni nada podría resistir á su voluntad. ¡Soberbia presunción humana, desde Jerges acá tantas veces desengañada!

Era el 6 de Octubre cuando se avistaron desde la ciudad de las Palmas, en Gran Canaria, 28 naves en marcado ade-mán de hostilidad. Quince se situaron frente al castillo de Santa Catalina; las restantes batieron al fuerte de Santa Ana, protegiendo unas y otras el desembarco de gente, iniciado con 47 lanchas grandes. A impedirlo acudieron con el gober-nador Alonso de Alvarado los hombres de armas, sin excepción del Obispo y clerecía. Manejaban seis piezas pequeñas de campo, con que maltrataron á cuatro de las embarcacio-nes, y ante su actitud ordenó la retirada Drake, no siendo su propósito el de refir allí batalla sin tener ganancia que la justificara. Se corrió á la rada de Arganequin á llenar la aguada, y halló-también resistencia inesperada, por la que no insistió, continuando el viaje<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Payne: *The naval history of Great Britain*.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. IV, pág. 152.

<sup>3</sup> Carta de Próspero Casola al Rey, *Colección Sans de Barutell*, art. 6.<sup>o</sup>, núm. 163.



Lo más importante de la acción, celebrada como victoria que libraba á las islas de la calamidad amenazadora, fué la ocasión que ofreció para enviar aviso anticipado á las Antillas, y de éstas á toda la Tierra Firme, de la proximidad de flota enemiga rechazada; aviso doblemente útil á la preventión y á la moral de los pueblos indianos, sobre todo al de San Juan de Puerto Rico, custodio en el momento de un tesoro llamativo.

Habiendo salido de la Habana, á principios de Marzo, las flotas de Nueva España y de Tierra Firme juntas, desembocado el canal de Bahama, tuvieron que aguantar temporal, durante el que perdió el timón y los árboles la nao capitana de Sancho Pardo, quedando sola por haber ocurrido de noche la avería; sin advertirla los demás navios. Imposibilitada para continuar el viaje, tratando el General de asegurar, no tan sólo la vida á los 300 hombres de la tripulación, sino la carga de tres millones de pesos perteneciente por mitad al Rey y á particulares, preparando alguna vela, con cables por la popa para gobernar, llegó con dificultad á Puerto Rico y puso la plata en la fortaleza antes de proceder á la carena del bajel. Dió cuenta de la ocurrencia á España<sup>1</sup>; y como el Gobierno tuviera noticia de los armamentos que en Inglaterra se hacían, despachó con urgencia cinco fragatas ligeras al mando de D. Pedro Tello de Guzmán, ordenándole embarcarse en ellas al general Sancho Pardo y al tesoro, y sin pérdida de día diera la vuelta.

El jefe de las fragatas recaló sobre la isla de Guadalupe, y descubriendo hasta nueve velas en crucero, las dió caza, consiguiendo apresar una con 25 tripulantes ingleses, por los que averiguó hallarse la armada suya en puerto de la isla. Drake tenía noticia de la arribada de Sancho Pardo á Puerto Rico; y considerando la suma de los tres millones aliciente que valiera la pena, había decidido el ataque del puerto, y

—Viera y Clavijo: *Historia de Canarias*.—Lope de Vega: *Dragontea*.—Parécenme exageradas las bajas que suponen en la armada inglesa. No excedieron de treinta muertos.

<sup>1</sup> Carta fecha 22 de Mayo, *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 98.



para ello estaba armando las lanchas grandes, conducidas en piezas á bordo de sus navíos. Con la nueva forzó de vela Tello de Guzmán, llegando á comunicarla el 13 de Noviembre, en la seguridad que daban las instrucciones tomadas al capitán inglés.

Deliberaron las autoridades lo que más conviniera determinar, que fué por unánime opinión la defensa, ya que, á los 700 hombres que figuraban en el alarde de la población, sumaba la casualidad 800 de la capitana de Tierra Firme, y las cinco fragatas, la artillería de todos estos buques, y la experiencia de sus generales y capitanes.

El coronel Pedro Juárez, gobernador, utilizó estos elementos, estableciendo baterías en la boca del puerto y lugares culminantes; los marinos echaron á fondo en el canal la referida capitana y otra nave mercantil, á fin de que no pudiera forzarlo la escuadra enemiga de golpe; situaron á las fragatas, en línea, detrás, destacaron compañías en las caletas y playas accesibles al desembarco, y esperaron confiados la acometida, recibiendo segundo aviso por un barco que había visto á las velas enemigas en las cercanías de la isla de San Martín.

Miércoles 22 del mes aparecieron 23 naves grandes en grupo, precedidas de una carabela y 40 lanchas, de las que algunas se arrimaron al puerto con bandera blanca. Disparando contra ellas desde el Morrillo y el Boquerón, se alejaron hechos sus reconocimientos; la armada, por consecuencia, se dirigió á la caleta del Cabró, donde dejó caer las anclas, sin saber hubiera allí montada una batería, que la obligó á ponerse otra vez á la vela y á mantenerse de una y otra vuelta.

Varias relaciones españolas aseguran que una de las balas de cañón dió muerte á Hawkins; las de los ingleses sostienen haber ocurrido el fallecimiento por enfermedad natural, sin negar que la armada perdiera con él uno de los jefes de prestigio.

Como quiera que fuese, empleada la noche por las lanchas en sonar y reconocer, el dia 23, á las ocho de la mañana, fondearon los navíos al socaire de un islote próximo al puerto, siéndoles el tiempo favorable con bonanza, y desde allí



continuaron registrando las calas y playas donde se pudiera desembarcar, distraiendo á los defensores y haciéndoles marchar de uno á otro de los sitios amagados. A las diez de la noche entraron por el puerto 25 lanchas, metiéndose bajo la plataforma del Morro para no ser ofendidas de la artillería, y acometieron á las fragatas aplicando artificios de fuego, de que iban provistas. En tres de ellas se extinguió el incendio sin daño; en la nombrada *Magdalena* tomó incremento avasallador; y como las llamas iluminaron el espacio, se dirigió la puntería de cañones y mosqueteros á las embarcaciones, durando una hora la refriega, antes que se retiraran con pérdida de nueve ó diez de las lanchas, echadas á fondo, y unos 400 hombres en ellas. En las fragatas hubo 40 muertos ó quemados, y varios heridos, portándose con bizarria todos.

El 24 volvió á darse á la vela la armada, bordeando para ponerse á barlovento del puerto, maniobra que dió á sospechar quisiera forzarlo, por lo que se acabaron de cerrar los pasos del canal, echando á pique otras dos naos, y se levantaron más trincheras, trabajando el vecindario sin descanso. Las fragatas se retiraron al fondo del puerto después de anochecer para que no vieran los enemigos el cambio de suradero; pero no repitieron el ataque. Aguardaron al ancla el día 25; pasaron éste en amagos, y desaparecieron por la noche, yendo hacia San Germán, á la otra banda de la isla, donde desembarcaron para tomar ganado, agua y leña. Drake puso en libertad á cinco prisioneros que tenía, enviando con ellos atenta carta dirigida al Gobernador, pidiendo tuviera igual consideración con los ingleses.

Algunos días más estuvieron con recelo en la ciudad, por si la Armada volvía, hasta que, despachando un pataje, se adquirió certeza de haberse alejado con rumbo al Sur. Entonces aderezaron las fragatas, y con ellas, embarcados los tres millones de pesos, vino á España en salvamento Sancho Pardo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sancho Pardo Osorio escribió á D. Juan de Idiáquez, en 1590, rogándole intercediera con el Rey para que le fuera concedido el hábito de Santiago; alegaba haber servido treinta y siete años sin recibir ninguna merced; que dos hermanos que tuvo murieron sirviendo honradamente, y de tres hijos, uno servía en Italia y dos



Drake se dirigió desde Puerto Rico á la costa firme, y dió fondo en Río del Hacha, pueblo abierto, dedicado á la pesquería de perlas. Los vecinos le abandonaron, acogiéndose al monte con el gobernador Francisco Manso de Contreras, persona de mucho entendimiento, que, no pudiendo resistir la entrada, propuso conferencias para tratar del rescate del pueblo, con objeto de entretenér á los invasores y dar tiempo á que llegaran los avisos enviados por la costa. Prolongó con habilidad los tratos quince días, siendo objeto, el más ó el menos que habían de pagar por las casas, y pasado el término manifestó á Drake que los propietarios no querían desprenderse de sus perlas, con lo cual, despechado el inglés, quemó las casas y rancherías, y lo mismo en Santa Marta, llevándose las canoas y negros que pudo.

Continuó navegando hasta el puerto de Cartagena, que hizo reconocer sin acercarse, informado de las defensas preventivas por el gobernador D. Pedro de Acuña, más imponentes que las de Puerto Rico, y llegó á vista de Nombre de Dios el 6 de Enero de 1586. Era este puerto el objetivo real de la expedición; lo conocía desde la mocedad por inteligencias con los negros cimarrones, cuando interceptó la recua del tesoro Real, y siempre abrigó la idea de saltar en aquel lugar desguarnecido, apoderarse de Panamá, y, señoreado del istmo, dominar en ambos mares del Norte y del Sur, cerrando el camino á los ingresos de Felipe II.

Viéndole llegar, se retiró la gente como en los ataques anteriores, no habiendo en el lugar manera de hacer frente al enemigo, replegándose hacia la venta de la Quebrada, camino de Panamá, donde estaba acordada la resistencia por decisión de D. Alonso de Sotomayor, capitán general que había sido de Chile, enviado desde el Perú por el Marqués

con él en la Armada, el mayor de los cuales cayó prisionero en Inglaterra con don Pedro de Valdés, y lo estuvo más de cinco años. Sancho Pardo mandó la escuadra de transportes, que fué en pos de la llamada Invencible, el año 1588. Condujo á la primera expedición de Bretaña, en 1590, y rigió después flotas de Indias. En las inmediaciones de la isla de Cuba descubrió un escollo que conserva su nombre. Fué gobernador de la Habana en 1572.



de Cañete, con seis piezas de artillería, pólvora y arcabuces. A su lado estaba el ingeniero Antonelli<sup>1</sup>, al cual encomendó la fortificación del río Chagre, con reducto y trincheras en la vuelta de Tornabellaco. Lo natural parecía que entraran los ingleses por aquella vía, estando, como estaban, provistos de lanchas y barcas chatas, según los avisos recibidos; sin embargo, para el caso en que eligieran el camino más penoso de tierra, hicieron en la loma de Capirilla un fortín de madera, con foso, encomendando la guarda al capitán Juan Enríquez, con 70 arcabuceros.

Por las dos rutas calculadas proyectaba atacar el almirante inglés, enviando por la de tierra á la infantería real, con su coronel, y guiando en persona las lanchas por el Chagre. Aquél avanzó primero guiado por un mulato del país, donde la semilla de la traición fué siempre fructífera; llegó sin tropiezo hasta el fortín por atajos del arcabuco, y habiendo pasado la noche al raso, al amanecer el dia 8 asaltó con furia á la estacada. Como los nuestros estaban á cubierto, y no desperdiciaban tiro, les causaron muchas bajas, resistiendo el empuje hasta mediodía, hora en que unos y otros estaban fatigados.

Con aviso del ataque llegado á las ventas de Chagre, donde Sotomayor se hallaba, marchó de refuerzo á la ligera el capitán Hernando de Liermo Agüero con 50 soldados, y se aproximó sonando trompetas y clarines, que hicieron creer á los ingleses viniera sobre ellos cuerpo numeroso, decidiéndolos á retirarse á Nombre de Dios con apresuramiento, que pagaron caro por irlos siguiendo negros, que se cebaban en los rezagados para despojarlos. Posible es que haya alguna exageración en las relaciones, como de ordinario; acusan destrozo de más de 500 ingleses entre muertos y heridos en los asaltos, y despeñados en la retirada. Lo cierto de todo punto es que, estando embarcada la tropa de Drake en las lanchas, al recibir noticia del suceso, la hizo desembarcar y acudir al

<sup>1</sup> Bautista Antonelli. Fué en la expedición de Flores de Valdés encargado de la construcción de los fuertes del Magallanes, y pasó después á Indias. Tiene extenso artículo en la Biblioteca marítima de Navarrete, t. 1, pág. 222.



socorro de la primera columna, amparándola hasta volver juntas á la playa, y que en aquel punto desistió de la subida por el río, al menos en apariencia, incendiando las casas de Nombre de Dios, en señal de despedida, al hacerse á la mar el 15 de Enero.

En todo el resto del mes no se supo nada de su paradero, y se mantuvieron los puestos militares recelando fuera el alejamiento estudiado con intención de volver de improviso; después, por prisioneros tomados de las lanchas, pudo averi-guarse que estaban las naves en el Escudo de Veragua, ape-nado el caudillo y mohina su gente. Los vecinos de Santiago del Príncipe le mataron en el río Fator 37 hombres en el acto de proveerse de agua; los de las estancias y caseríos alanceaban á cuantos descendían á tierra en busca de ganado ó refresco, perdido el temor de un enemigo derrotado, idea que, con la de las censuras de la Reina y del pueblo, que le pondrían la culpa sin memoria de los sucesos pasados, afectó el ánimo de Drake, produciéndole fiebre maligna, de que vino á morir, recibiendo sepultura en la mar, donde se decía haber nacido.

Primero en honrar sus merecimientos fué D. Alonso de Sotomayor, el custodio del itsmo, proclamándole «uno de los señalados hombres que ha habido en el mundo de su profesión; cortés y discreto con los vencidos, afable con los adversarios, virtudes que no pueden dejar de ser loadas, aun-que sea en los enemigos»; dando á conocer por las frases, tanto como por las disposiciones de pelea contra sus ataques, la razón del Conde de la Granja al escribir :

«Era Sotomayor un gran soldado».

Á Drake pertenecen, sin género de duda, la iniciatiya, el ejemplo, el espíritu con que empezó á formarse y se desarro-lló rápidamente la marina inglesa. Excelente marinero, de penetrante reflexión, osado cual ninguno, fundó la carrera de

<sup>4</sup> El Ldo. Francisco Caro de Torres, *Relación de los servicios de Sotomayor*. Madrid, 1620. El autor, testigo de vista, vino á Madrid á dar cuenta al Rey.



**Sir Francis Drake.**





sus empresas venturosa en el conocimiento adquirido del abandono y descuido integrantes en el carácter español, así como de los puntos vulnerables que necesariamente había de tener un Imperio tan vasto. Siempre se valió de la sorpresa más que de la fuerza, y así se le vió dar la vuelta al mundo con un navío mediano y menos de cien hombres; henchir la bodega de oro, incendiar bajales, saquear poblaciones, sin disparar un arcabuz. Viósele embarcar en Santo Domingo, en Cartagena, en la Florida, doscientos cañones, en prueba de tenerlos por adorno aquellas ciudades, gobernadas en paz y tranquilidad por licenciados y bachilleres. En el ataque de Cádiz, la más atrevida de todas sus acciones, alcanzó el lauro la penetración con que adquirió seguridades de no hallar resistencia donde la opinión universal sólo veía el nombre y reputación del rey D. Felipe. Eran todas ellas empresas de corsario inteligentísimo y de salteador afortunado; mas desde el punto en que la declaración de guerra puso en guardia á los pueblos y á las naves, se eclipsaron las buenas condiciones de marino, apareciendo la flaqueza de las de soldado. Tímido e irresoluto anduvo en el Canal de la Mancha y en los bancos de Flandes, sin atreverse á poner el costado de su capitana frente al de los galeones, tan desacertadamente regidos por el Duque de Medina-Sidonia; débil, dejándose llevar de la tentación de sitiar plaza de tan corta importancia como la Coruña; equívoco de proceder no forzando la barra de Lisboa, defendida de pocas galeras, y consintiendo que éstas le cañonearan en la retirada, tanto como arrogante y presuntuoso en las cartas con que pretendía disimular sus fracasos. Cabeza de la flota poderosa de 28 naves y 4.000 hombres, en Canarias, en Puerto Rico, en las Cruces, pocos defensores, resguardados en trincheras de momento, le detuvieron y escarmentaron, haciendo evidente por qué pasó de largo por la Habana y Cartagena sabiendo que le esperaban. Empleó fuerza de tanto empeño en quemar pueblos abiertos con casas de madera, como eran los de Río del Hacha, Santa Marta y Madre de Dios; y, por último, se dejó abatir, porque no le entregaran su riqueza los templos y las audiencias,



como lo hicieron sobre cogidos en tiempo de paz. Pirata, ó corsario, si se prefiere la palabra con la significación que en su época tenia, eminentе fué; almirante y general, no es de aquéllos que envanezcan á Inglaterra.

Acaso mayor fama se le adjudicó en España que en el propio país <sup>1</sup>.

Hubo en la armada contradicciones y disputas antes de reconocer por jefe al hermano del difunto, Juan Drake, que se entró en Portobelo con objeto de carenar los navíos y reorganizar la gente, desanimada con la pérdida de los dos generales, 15 capitanes y 22 oficiales. Las naves redujo á 18, quemando ó destruyendo las peores, á fin de hacer sin tanto cuidado el viaje de vuelta á las islas Británicas.

Durante el desarrollo de los sucesos referidos, así que en España se tuvo noticia del ataque de Gran Canaria y marcha hacia las Indias, se aprestaron ocho galeones con 13 naves, y hacia allá navegaron con 3.000 hombres de mar y guerra, guiados por D. Bernardino de Avellaneda, capitán general <sup>2</sup>, llevando por almirante á Juan Gutiérrez de Garibay y al bravo Joanes de Villaviciosa por capitán de bandera. Esta escuadra recaló á Cartagena muy quebrantada por un temporal; la capitana había quedado de resultas abierta como canasta; mas como tuvo noticia circunstanciada de ocurrencias, no quiso el General detenerse una hora, sino caminar, funcionando las bombas, hacia la isla de Cuba, que podría estar en peligro. Llegando el 11 de Marzo á vista de la isla de Pinos, descubrió á los navíos ingleses haciendo aguada, y los siguió sin consideración del número, arbolando banderas y

<sup>1</sup> Es mucho lo que se ha escrito de Drake en esta nación enemiga, como expuesto queda en el tomo II.

<sup>2</sup> Don Bernardino Delgadillo de Avellaneda, caballero de Calatrava, señor de Castrillo y Valverde, natural de Sevilla, se halló en 1563 en el socorro de Orán; asistió á la jornada del Peñón, con su tío D. Sancho de Leyva, como capitán de la galera patrona; sirvió en las de Nápoles con el cargo de teniente general; recibió dos heridas en la guerra de los moriscos de Granada, quedando estropeado en el asalto del fuerte de Galera. Pasó cuatralvo á Portugal; tuvo el mando de las galeazas; concurrió á la primera expedición de Bretaña, y fué designado capitán general de la armada de la guarda de Indias, con instrucción para defenderlas del ataque de los ingleses.



disparando cañonazos de reto; mas los derrotados en Panamá no se mostraron dispuestos á aceptarlo; antes bien, abandonando las lanchas que llevaban á remolque, arrojando al agua impedimentos y mojando sin cesar las velas, huyeron, tratando de montar el cabo de San Antonio; y acabados de carenar, con los fondos limpios como iban, ganaron á los otros. Solamente la almiranta de Garibay se metió entre ellos intentando detenerlos, y sufrió los disparos de todos, contestando á los suyos. Uno de los navíos grandes, rezagado, con 300 hombres, y un patache con 25, quedaron en poder de los españoles, á costa de uno de los suyos, volado en la escaramuza, y de 80 muertos ó heridos. La caza continuó hasta el canal de Bahama, abandonándola allí Avellaneda para entrar en la Habana; y por sarcasmo de la suerte, á poco de entrar en los puertos de Inglaterra ocho de los 28 navíos que salieron, lo hacia en Sanlúcar la flota española, conduciendo 20 millones, una de las mayores remesas que de Indias vinieron.





## VIII

### TOMA Y SAQURO DE CÁDIZ

1596

Incita á la comisión el despecho de Antonio Pérez.—La acelera la conquista de Calés.—Armada anglo-holandesa.—Sus jefes.—Manifiesto publicado.—Reconocen la boca del Tajo.—Siguen á la bahía de Cádiz.—Disposiciones defensivas.—Ausencia de los generales de marina.—Indecisión.—Ataque.—Incendian á la armada y á la flota.—Pánico y abandono en la ciudad.—Entran los ingleses sin resistencia.—Horrores del saco.—Márchanse dejando reducida á cenizas la población.—El Duque de Medina-Sidonia.—Desembarcan en Faro.—Episodio curioso.—Se presentan ante la Coruña.—Alarma.—Proceso y sentencia de los encargados de la defensa de Cádiz.—Llegada de las flotas.—Armada contra Inglaterra.—Gobiérnala D. Martín de Padilla.—Terrible temporal la destruye.—Holandeses.—Su rápido crecimiento naval.—Petición de las Cortes en apoyo del corso.



NDABA expatriado, de Londres á París y de París á Londres, viviendo á costa de humillaciones y bajezas, el vanidoso secretario que fué del rey de España Felipe II, el revolvedor de Aragón, Antonio Pérez, en maquinación perpetua, entretenido el amor propio más aun que la maligna inteligencia, por suscitar desagrados á su anterior amo y señor, así padecieran, con tal de procurárselos, personas de todo punto ajena á la razón del resentimiento, intereses sagrados, la patria misma, confundida por el perverso encono vengativo con la entidad que la regía.

Poseedor de los secretos de Estado, se complacía en des-



cubrirlos á los enemigos del catolicismo y de la preponderancia española, incitándoles á destruirla y acabarla, minándola por el lado del mar en razón á ser el más descuidado del Monarca, que tenía sin defensa los puertos, flacas y necesitadas las armadas, desatendidos los marineros, incapaces, por el número, de cubrir el vasto imperio de las Indias Orientales y Occidentales, y de asegurar la venida de los tesoros, en que consistía el secreto de su poder. El dia que esos tesoros faltaran (decía á los ministros de Inglaterra) faltaría necesariamente el nervio de la guerra; pues aun con ellos, el Erario estaba en situación próxima á la bancarrota, pagando intereses de intereses de la deuda<sup>1</sup>. Á impedir la llegada de las flotas había de dirigirse, por consiguiente, el cálculo del enemigo inteligente y activo<sup>2</sup>.

Ni Bacón, ni Cecil, ni el Conde de Essex, principales confidentes del emigrado, ignoraban del todo estas cosas; mas su penetración no llegara nunca al conocimiento cabal de los números, ni de los lugares endebles, sin la declaración oficial que eternamente pesará sobre su memoria<sup>3</sup>. Por medios tales, solamente podrían divulgarse documentos como la cédula Real que sigue, dictada con objeto de obtener mayores recursos de las colonias:

«Considerando los grandes daños que, de algunos años á esta parte, han hecho y hacen los enemigos y cosarios en el mar Océano, y particularmente en la carrera de las Indias, no sólo robando lo que se lleva y trae dellas con navios y personas, pero infestando algunos de sus puertos, y junto saqueando las ciudades y quemando los templos, y que si esto no se ataja y previene con muy eficaz remedio se podrían temer los mismos y otros mayores inconvenientes; como quiera que de mi parte he hecho el esfuerzo posible para tener

<sup>1</sup> Se pagaba á Juan Andrea Doria, y á otros, 15 por 100 de los atrasos de asiento de galeras.

<sup>2</sup> Fernández Duro: *Antonio Pérez en Inglaterra y Francia. Colección de escritores castellanos*, t. LXXXIV. Madrid, 1890.

<sup>3</sup> Juzgándolo Mr. Dargaud, en su *Histoire d'Elisabeth d'Angleterre*, escribió: «Antonio Pérez, tenaz, perverso, infatigable, intrigante, dando á conocer los puntos vulnerables de su patria, hizo en la historia el papel del parricida.»



segura la mar; como mi hacienda está tan empeñada y consumida con los grandes gastos que he hecho los años pasados y éste sustentando ejércitos y armadas tan gruesas, y las ocasiones presentes sean tantas, y tan precisas, y tan forzoso acudir á ellas, por estar á mi cargo la defensa de toda la Cristiandad demás de la de mis reinos, en ninguna manera se ha podido sustentar una gruesa armada, que conviene ande de ordinario navegando; para obviar los dichos daños y conseguir otros muy grandes efectos que de su conservación pueden resultar, serán principalmente interesados los vecinos y naturales de las Indias, á los cuales siempre he procurado relevar de la contribución de semejantes gastos....'»

Á pesar de todo, no salieron afortunadas, ya se ha visto, las empresas de Drake y Hawkins en las Indias, ni las encaminadas á poner el pie en cualquiera de las Azores, siguiendo el consejo é instrucción de Antonio Pérez, por lo cual perdiera tal vez el crédito, á no ocurrir impensado suceso, de importancia bastante para cambiar el curso de la política inglesa. El 16 de Abril de 1596 escalaron los españoles los muros de Calés tras un sitio de corta duración, en que suplieron, como antaño en Flandes, la falta de embarcaciones con que contrarrestar las muchas de los enemigos <sup>4</sup>. Ganaban para su Rey el puerto que tanto había deseado, á pocas millas de los de Isabel. ¿Qué no osaría Felipe teniéndolo?

La consideración alarmante inclinó desde luego á los consejeros circunspectos á ceder el campo á los partidarios de la guerra activa, en estrecha alianza con Francia, ya que no con Marruecos también, como el español renegado insinuaba á su gran amigo y protector el Conde de Essex, favorito á la sazón de la Reina y sin superior en la influencia.

<sup>4</sup> Suárez de Figueroa: *Hechos del Marqués de Cañete*, pág. 160.

<sup>2</sup> Á propósito escribía Cabrera de Córbova (*Felipe II*, t. iv, pág. 185): «Las barcas vinieron al alba á reconocer; y vistos los españoles en el agua, se volvieron al mar temerosos y espantados: y comenzando á menguar se retiraron, hecha una memorable hazaña, en la determinación de sufrir el frío, el batir de las olas, el estar mojados y azotados todo el tiempo que duró el creciente, esperando pelear con navíos, hechos navíos también ellos: hecho animoso de españoles, siempre de admirar, siempre de loar, inmemorable siempre.»



Joven, animoso, ávido de distinciones, dió oídos al discurso con que el poseedor de los secretos de gabinete le incitaba á un golpe dirigido contra la reputación de poderío del Rey Católico, golpe que resultaría tanto más sensible y ruidoso cuanto más cerca se diera de su residencia; no en Flandes, no en las Indias; en cualquiera de las ciudades de la Península. Don Felipe había erigido y restaurado fortificaciones imponentes, formando plazas de primer orden en Italia y en los Países Bajos, enlazadas con vías y canales militares; para España no las había estimado indispensables, aunque otra cosa le informaran los consejeros, singularmente D. García de Toledo, insistente en proponer que, cuando menos, tuviera en Cádiz, en Gibraltar y en Cartagena defensas con que detener á cualquier enemigo <sup>1</sup>. Ni muelles, ni caminos, ni cuarteles había. En Flandes, en Italia, en los estados lejanos, se hallaba la gente de guerra; la famosa infantería, de todo el mundo respetada; en España sólo se contaba con milicia forzosa, sin armas, sin organización, sin jefes, ni paga. El secreto de la debilidad de la Península, sospechado tras las jornadas de Drake, descubría por entero el emigrado Secretario, asegurando con datos seguros ser temidos los españoles por no conocerlos <sup>2</sup>.

Cádiz, ciudad situada en una isla que forma con el continente espaciosa bahía, y que por la inmediación á la entrada del Mediterráneo, y por sus condiciones naturales defensivas, tiene inapreciable valor, ya se considere bajo el punto de vista militar, ya por el de las facilidades que ofrece al comercio marítimo de ambos mundos, servía de demostración á la verdad del adagio: «lo que se posee no se estima»; en tal descuido y abandono estaba.

Allí, por gobernador y capitán general, como plaza incluída en la costa de Andalucía, tenía el Rey, con general maravilla, al jefe inepto de «la Armada invencible», al Duque de Medina-Sidonia, tras los testimonios de incapacidad espontá-

<sup>1</sup> Correspondencia de D. García de Toledo, año 1575. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxviii, y *Colección Navarrete*.

<sup>2</sup> Fraser Tytler: *Walter Raleigh*.



neamente exhibidos, el desprecio de sus soldados y la befa de la opinión pública <sup>1</sup>; y tanto daba interés Antonio Pérez á esta circunstancia y á la de la proximidad de los moros, de que podía sacarse partido, que presentaba como preferente el intento de Cádiz al de Lisboa, aunque en la capital portuguesa ayudaran los descontentos y los partidarios del régimen caido, teniendo convencida su elocuencia al Conde de Essex, y el valimiento del favorito dominadas las objeciones de los prudentes como los obstáculos de los temerosos.

Aprestóse en sigilo la armada con elementos que no es fácil poner en claro: tanta es la diversidad de los historiadores que los cuentan. En promedio aparecen de 150 á 160 naives; de ellas 40 bien artilladas, el resto urcas, pataches y embarcaciones de comercio de 200 toneladas abajo, y 80 lanchas, propias para reconocimientos y desembarco. Los holandeses contribuían con 20 de las naos, urcas y charrúas, y con 1.000 soldados veteranos, los mejores de la infantería, computada en 15.000 hombres en algunas relaciones, al paso que otros comprenden en la cifra á los 10.000 marineros de la flota, oscilando por tanto en esta diferencia las versiones. Llevaban cañones de batir, caballos para arrastrarlos, carros de munición y víveres para tres meses, teniendo el mando de la escuadra el almirante de Inglaterra Lord Charles Howard of Effingham; el del ejército Roberto Devereux, conde de Essex, y á las órdenes de ambos Tomás Howard, conde de Suffolk, Sir Walter Raleigh, Sir Francis Vere, con los subalternos. Puestos á la vela el 1.<sup>º</sup> de Junio de 1596, recalaron á la boca del Tajo con propósito de reconocerla y tentar el ánimo de los portugueses, que al efecto iba á bordo el hijo de D. Antonio de Crato; mas como fueran apresadas las dos embarcaciones exploradoras, y se vieran dentro de la barra 18 navíos en disposición de defenderla <sup>2</sup>, continuó la

<sup>1</sup> Góngora le había titulado *Dios de los atunes* en un verso satírico, pareciéndole poco significativa la designación común de *gallina*, aplicada por el vulgo. Véase *La Armada Invencible*, t. I.

<sup>2</sup> Los mandaba D. Diego Brochero, nombrado almirante general del Océano desde el año anterior. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.<sup>º</sup>, núm. 685.



armada navegando hacia el Sur á vista del Algarve, desde cuyas poblaciones fué aviso anticipado á Cádiz<sup>1</sup>.

Surtos en la bahía estaban ocho galeones de armada de la guarda de Indias, las tres fragatas en que trajo Sancho Pardo los caudales de Puerto Rico, la flota de Tierra Firme, lista para darse á la vela, escoltada por capitana y almiranta, que hacían en todo de 43 á 50 naves, y 18 galeras de la escuadra de España, fuerza, en suma, respetable y apta para cualquiera acción de mar ó guerra teniendo jefes para regirla, que era precisamente de lo que estaba falta, ausentes D. Francisco Coloma, general de los galeones; Sancho Pardo, que entregó las fragatas con el tesoro conducido en ellas, y el Adelantado de Castilla, capitán general propietario de las citadas gale- ras. En estas mandaba interinamente D. Juan Portocarrero; en los galeones, con igual condición, el almirante Diego de Sotomayor; únicamente la flota, lista, según va escrito, para salir del puerto, reunía los jefes naturales y propietarios, general Luis Alfonso Flores y almirante Sebastián de Arancibia, sometidos en cierto modo á la autoridad del presidente de la Casa de Contratación, D. Pedro Gutiérrez Flores, clé- rigo, presente en el puerto para ultimar el despacho de do- cumentos.

No reconociendo superior jerárquico ninguno de los ge- nerales, juntáronse al recibir noticias de aproximación de la armada inglesa, acordando defender la entrada de la bahía con una línea que cerrase la canal, apoyada en el baluarte de

<sup>1</sup> Al salir de Inglaterra imprimieron y publicaron los caudillos un manifiesto, de que he visto traducción, con título de *Declaration des causes qui ont meu la Royne d'Angleterre a declarer la guerre au Roy d'Espagne*. A Paris. Iouxte la copie imprimé à Londres, 1596, 6 fojas en 12.—Roberto, conde de Essex y Carlos Howard, barón de Effingham, como jefes de la armada, hacían saber estar destinada á oponerse contra los preparativos que hacia D. Felipe para invadir los estados de su Señora, prosiguiendo el intento del año 1588, con la mayor armada que jamás se vió, la cual, por la gracia de Dios y el valor y honradez de los ingleses, fué destruida; y considerando que la Reina estaba en buena inteligencia con todos los potentados de la Cristiandad, si no es con el rey de España, que hacia años se hallaba en abierta é injusta enemistad, los referidos jefes habían recibido orden expresa de no molestar más que á sus súbditos y á los que le asistieran de cualquier modo, y para general inteligencia lo firmaban, sellaban y publicaban.



San Felipe, buen flanco, aunque tenía poca y ruin artillería, sosteniendo el centro el galeón del mismo nombre, bajel armado con 50 piezas y 500 hombres, y cubriendo los claros las naos más fuertes de la flota, artilladas como estaban todas con arreglo á ordenanza. Las galeras se habían de situar avanzadas entre los bajos de las Puercas y el Diamante, y las naos menos fuertes en segunda linea á retaguardia.

El día 30 de Junio, en que se presentaron las naves británicas á la entrada de la bahía, vista la disposición de las líneas, tomaron la vuelta de afuera mostrando indecisión. Se observó que acudían los bateles á la capitana, para celebrar consejo sin duda; que fondeaban en el placer de Rota para pasar la noche; que algo les contrariaba y detenía. Debió juzgarse que no les parecía fácil ó llana la acometida, y ahora es de creer que, á no haber ocurrido cambio, hicieran lo propio que en Lisboa; esto es, alejarse sin arriesgar su fuerza, torciendo el rumbo hacia las islas Azores con objeto de interceptar las flotas, fin primordial de la expedición; mas como la indecisión se significara también entre los españoles, faltos de autoridad y dirección fija, influyó el interés de los armadores de la flota, cuyo cargamento se estimaba en más de cuatro millones, para retirar las naos al Puntal, ó Puntales que ahora se dice, descomponiendo la línea, para reformar la cual siguieron el movimiento los galeones, dejando franca y expedita la bahía. Los ingleses lo interpretaron por indicación temerosa, con que subía su aliento, decidiéndose á entrar por medio de las galeras.

El baluarte de San Felipe los dejó deslizarse sin daño; los galeones los recibieron cual correspondía, con certero fuego secundándolo por retaguardia las galeras, de manera que dos navíos echaron á fondo é incendiaron otro, causando entre las bajas la de Sir Walter Raleigh, herido de astillazo en una pierna. Duró el combate sostenido de cuatro á cinco horas, á cuyo término trataron de dejar el campo los galeones, dando la vela en demanda del caño ó canal del puente de Suazo, de entrada difícil aun en circunstancias favorables de marea y de serenidad, cuanto más en las de precipitación de



la batalla. Sucedió, pues, que vararon en los cantiles, en cuyo momento los abandonaron las tripulaciones; la del *San Felipe* lo incendió previamente; las del *San Matías* y el *San Andrés* no se entretuvieron en aplicar este recurso destructor, dejando al enemigo apoderarse de los dos vasos, únicos que aprovechó, porque las llamas del primero sirvieron de señal á la imitación en la flota, cuyas naves todas iluminaron con siniestro resplandor las aguas tres noches seguidas antes de consumirse. Quedaban las galeras manteniendo solas el puesto mientras tuvieran esperanza de volver á flote á los galones con el esfuerzo de los remeros; y no consiguiéndolo, entraron por el caño, y cortando el tramo de madera del puente fuéreronse á la mar por la boca de Sancti Petri, dando vuelta á la isla.

En tanto, á favor del desconcierto y confusión, echó en tierra el Conde de Essex 600 hombres de primera barcada, suficientes para franquearle la plaza de guerra; porque si bien halló al desembarcar á su frente 500 infantes y 300 jinetes llegados de Jerez y de otros pueblos, apocados ante el espectáculo de destrucción de la armada, sin cabeza ni dirección como ella, tornaron las espaldas, corriendo á refugiarse en Cádiz.

No pienso que la historia se haya de escribir desfigurando los hechos cuando parezcan vergonzosos, como en algunas de las que tengo á la mano se hace, ni se me alcanza que el rubor se evite volviendo la cara á la pared. Lo que el hecho por sí manifiesta, mal se disimula cubriendo á los actores con velos que han de traspantarse por tupidos que sean. Vergonzoso ciertamente es lo que aconteció en Cádiz; remedio no tiene; sirva de lección al menos.

En vano los fugitivos del Puntal llamaron azorados á las puertas de la ciudad; más temerosos y alborotados que ellos los vecinos, les intimaron el alejamiento, á que no se acomodaron; antes bien, soltando á los caballos, ayudándose de las lanzas y de un montón de escombros que al pie de la muralla había, entraron por encima de ella enseñando el camino á los ingleses, que lo siguieron, no habiendo persona determi-



nada á estorbarlo. Los cañones emplazados, al segundo disparo habían caído á tierra, podridos los montajes; los hombres que tenían arcabuces pedían pólvora y munición, sin encontrar quien se la diera; ¿quién se la había de dar habiéndose encerrado en el castillo el corregidor y capitán á guerra D. Antonio <sup>1</sup> Girón, guardia de la plaza, abandonando con la honra cuanto estaba á su cargo?

Así se hicieron dueños del pueblo los enemigos sin disparar apenas un mosquete, espantados de su misma fortuna inconcebible, haciendo sufrir los horrores del saqueo á los que lo tenían merecido. Los del castillo, donde no había cosa que comer, se entregaron al dia siguiente, admitida la suma de 120.000 ducados que ofrecieron por las vidas y vestidos puestos, respondiendo como rehenes 50 caballeros principales, prebendados de la Iglesia y mercaderes.

Desde Cádiz avanzaron por el Arrecife 2.000 de los invasores hasta el castillo del León, que acabó por rendirse, autorizado el Alcaide para verificarlo por su señor, el Duque de Arcos, no dispuesto á socorrerlo, con lo que fueron los ingleses dueños de la isla y del puente que la pone en comunicación con el interior; y á juzgar por el miedo y los dichos de las gentes del contorno, dueños serían, queriéndolo, del Puerto de Santa María, de Jerez y aun de Sevilla, sin que esto quiera decir que se tuvieran por ovejas mansas, ni faltaran caballeros y hombres buenos que espontáneamente escaramuzaban molestando sin cesar al enemigo. El pavor, como las profecías, engendraba el conocimiento de la autoridad á que estaban sometidos, el Duque de Medina-Sidonia.

Escribió al Rey, cuando avistó las velas inglesas, que ningún efecto harían en Cádiz por estar todo *muy en orden*: volvió á escribir al día siguiente no serle posible acudir á la ciudad por mar ni tierra, ocupados cual estaban los pasos por enemigos, y que á Jerez se iba á formar plaza de armas; guardóse muy bien de comunicar que, habiéndole propuesto, si facilitaba cuatro ó cinco mil hombres, desembarcarlos con

<sup>1</sup> Agustín le nombra Cabrera de Córdoba.



las galeras en sitio adecuado con probabilidad de recuperar la plaza perdida, por saberse con seguridad por los prisioneros y las escaramuzas lo que la tropa del asalto era; que, habiéndole instado para ensayar en la bahía algún medio destructor de las naves, á todo se opuso, á nadie consintió hacer lo que él no hacía. Escribiendo, por último, no quedar armada, flota, ciudad, ni nada, le pareció momento oportuno para representar «lo poco remunerados que habían sido siempre sus servicios<sup>1</sup>».

En Cádiz permanecieron quince días los ingleses, registrado escondrijos, embarcando las mercancías almacenadas, ropas, muebles ú objeto de valor, y á lo último la artillería de los galeones y de la plaza, las campanas, rejas y aun puertas y ventanas. Deliberaron los jefes en consejo si convendría alguna incursión á cualquiera de los pueblos importantes, siendo contrario el acuerdo por entender encontrarían fuerza considerable reunida en los días transcurridos y podían comprometer el éxito alcanzado. Opuesto fué el acuerdo asimismo á la propuesta formulada por el Conde de Essex, de conservar la plaza conquistada, ofreciéndose á quedar en ella con 400 ó 500 soldados que obtendrían mantenimientos de Berbería; la mayoría deseaba poner en cobro el botín estimado en veinte á veintidós millones de ducados, una vez abierta á la reputación del rey Felipe y al poderio de España la herida de que difícilmente había de convalecer.

Esto resuelto, embarcados los rehenes con las tropas, arrimaron la tea á las iglesias y caseríos, ardiendo la ciudad por todos lados é iluminando la bahía cuando la dejaban, antes de amanecer el 16 de Julio. No se molestaron en demoler los muros y baluartes; tales eran ellos; pero se llevaban los dos galeones apresados, que entre los suyos descollaban y se distinguían por la grandeza y hermosura.

Al perderse de vista las velas, entró en Cádiz el Duque de

<sup>1</sup> *Documentos relativos á la toma y saco de Cádiz Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXXVI.



Medina-Sidonia con acompañamiento de muchas compañías que alojar sobre los escombros<sup>1</sup>.

Las galeras siguieron á distancia la retaguardia sin tomar más que un navío de 120 toneladas, por el orden y cuidado con que navegaban. En cambio Pedro de Zubiaur batió en su crucero del Norte á seis que venían de Inglaterra trayendo á la Armada municiones, apresando á cuatro y echando á fondo las otras dos.

Sobre si habían de desembarcar en Portugal hubo diferencias entre el Almirante y el Conde de Essex, defiriendo esta vez á los deseos del favorito de la Reina. Las naos surgieron en Faro, y desembarcó su gente sin oposición, porque los vecinos, lo mismo que los de San Blas, puebló tres leguas distante, lo habían abandonado; fué, por tanto, de corto valor lo que hallaron, si no se cuenta la librería de Osorio, que debía de tener notoriedad cuando los historiadores

<sup>1</sup> Conocido es el soneto satírico de Cervantes que acaba diciendo:

«Tronó la tierra, obscurecióse el cielo  
Amenazando una total ruina,  
Y al cabo en Cadiz, con medida harta.  
Ido ya el Conde, sin ningún recelo,  
Triunfando entró el gran Duque de Medina.»

Tratan del suceso relaciones de la época, algunas insertas en la *Colección de documentos* citada: otra que escribió el Corregidor del Puerto de Santa María se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional. Debió conocerlas Fr. Pedro Abreu al redactar su *Historia del saqueo de Cádiz en 1596*, reimpressa en 1866. D. Adolfo de Castro las ha dulcificado en el resumen con que compuso el capítulo I, libro VI, de la *Historia de Cádiz y su provincia*. (Cádiz, 1858.) El dicho Cervantes se inspiró también en las escenas del saqueo al discurrir las de la novela *La española inglesa*. Puede agregarse á las narraciones españolas, *Nouveau Advis envoyez de Madrid et Seville en Espagne: Touchant tout ce qui s'est passé en la prise de l'isle et ville de Calix en Andalousie, par l'armée naval d'Angleterre et autres confederes*. Lyon, 1596-8.<sup>9</sup> — Item. *Copie d'une missive écrite de Seville en Espagne contenant les executions de l'armée Angloise de 29 & 30 Juin 1596 en la prise des Haures & ville de Calix en Espagne*. [Viñeta.] A París, 1596. 6 fojas 8.<sup>9</sup> Según esta relación, el Corregidor de Cádiz, D. Antonio Girón, era mas á propósito para manejar una ruleta que una espada. Item. *Nowelles de ce qui s'est passé en Espagne depuis la descente de l'armée Angloise à Calix avec autres particularitez de ce qui se passe à Bayonne & en Bretagne*. [Viñeta.] A París, 1596. 7 fol. 8.<sup>9</sup> Relación escrita por un partidario del príncipe de Béarne, propalando tantas falsedades como párrafos, entre ellas la toma de Jerez por los ingleses, evacuación de Bretaña y presa de sesenta navíos españoles con muerte de diez mil hombres.



ingleses la mencionan por trofeo entre las reses y hortalizas<sup>1</sup>. Siguieron desde allí hacia el Norte, aproximándose á la Coruña con objeto de poner en tierra á uno de los caballeros regidores de Cádiz que les servían de rehenes para el pago de los 120.000 ducados convenidos, gravemente enfermo, y dieron motivo para comparaciones poco favorables al distrito gobernado por el Duque de Medina-Sidonia. En cuanto se esparció la alarma, acudieron voluntarios á defender la ciudad 5.000 hombres armados; y como se diera orden para internar á las mujeres, se negaron á ello, alegando haber probado anteriormente que podían ser útiles en las murallas. Mas no hubo necesidad de poner á prueba las voluntades por haberse perdido de vista la armada enemiga con rumbo á Inglaterra.

Sonaba con la hora de su marcha la de averiguación de los culpados en la pérdida de Cádiz, acontecimiento recibido en la opinión por menos desgraciado que ignominioso, abriendo el proceso, por orden del Rey, D. Luis Fajardo y el licenciado Armenteros. Treinta personas fueron diversamente condenadas, y con rigor mayor los jefes de la marina, don Juan Portocarrero, general de las galeras; Luis Alfonso Flores, que lo era de la flota, y Diego de Sotomayor, almirante

<sup>1</sup> En la Biblioteca Nacional, signatura G 51, fol. 205, hay manuscritos *Relação da desembarcaçao dos Ingresos na cidade de Faro, e de todo o mais suceso*. Otra en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. LXXXVIII, fol. 241, contiene declaraciones de D. Bartolomé de Villavicencio, regidor de Cádiz, que iba en la *Capitana* de Howard, y fué el que por enfermo dejaron en la torre de Hércules. Refiere un incidente curioso de 60 castellanos á caballo que, sin jefe ni mandato de nadie, acudieron á Faro, y hallando á los ingleses posesionados, hicieron alto al otro lado del río y enviaron reto, diciendo llegaban voluntarios á probar las armas tantos á tantos, como los britanos quisieran. Envíaron éstos un hombre solo; salió otro de los españoles, y de una y otra parte presenciaron el combate, en que venció el último. Entonces los ingleses, faltando á lo pactado, se echaron sobre el vencedor, haciéndole pedazos, y los compañeros se alejaron, manteniéndose á la vista hasta la hora del embarco, en que cargaron á la retaguardia, consiguiendo tomar 27 prisioneros. Á éstos cortaron las narices, las orejas y las manos, dejándolos en libertad de irse á las naves; y al verlos el Almirante, declaró indignado que, si averiguaba quiénes fueron los de la traición hecha á los españoles, los ahorcaría. Dijo otro declarante, prisionero de los ingleses en la mar, que lord Howard le interrogó dentro de su cámara, echado en un lecho de brocado, vestido de raso blanco, rodeado de caballeros.



de los galeones <sup>1</sup>. El Duque de Medina-Sidonia acreditó sin duda la bondad de sus providencias ante S. M., pues que las aprobó, agradeciendo el celo <sup>2</sup>.

La inmediata disposición se encaminó á la salida de don Luis Fajardo, con 36 urcas armadas que había en el río de Sevilla, para asegurar las flotas, orden oportuna por estar sitiado, como de costumbre anua, el conde de Cumberland en las islas Terceras, y con el encuentro de estas fuerzas hubo de volverse á Inglaterra con 20 muertos y algunas averías <sup>3</sup>. En los mismos días se apresaron en la costa de Galicia cuatro corsarios de los menudos, que andaban al merodeo <sup>4</sup>. Las flotas llegaron sin accidente á Sanlúcar, siendo la plata que conducían lenitivo á los sinsabores.

Doliente, afligido de la gota y de la fiebre como el rey don Felipe estaba, trató de repararse de los golpes dándolos en Irlanda con arreglo al plan formulado por D. Diego Brochero, que consistía en favorecer y ayudar al Conde de Tyrone, jefe de la insurrección contra la reina Isabel, levantando la bandera de independencia de la isla. Con tal objeto se ordenaron aprestos en Cádiz, en Lisboa y en Ferrol, recomendando urgencia que mal se avenía con la falta de recursos, ó más bien con el laberinto administrativo que los anulaba. Marcos de Aramburu, general de 11 galeones y cuatro patanes, salió de Cádiz conduciendo pertrechos para armar otros 11 galeones construidos en Guipúzcoa; mas como los vientos contrarios lo detuvieran, no le esperó el Adelantado de Castilla <sup>5</sup>, nombrado jefe de la expedición, considerando ser harto

<sup>1</sup> Andrés de León: *Historia del Huérano*, ms. en la Academia de la Historia, *colección Muñoz*, t. XLIII.—Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. IV, pág. 211.

<sup>2</sup> Real cédula dada en Toledo á 31 de Julio de 1596. *Colección de documentos inéditos*, t. XXXVI, pág. 433. Sin embargo, el juicio de la posteridad, sobre todo el de los militares, no absuelve al principal en el proceso «formado para escarmiento de incapaces y cobardes, pues de ambas cosas, desgraciadamente, se puede acusar á los que no impidieron catástrofe semejante». D. Eduardo de Mariátegui: *El capitán Cristóbal de Rojas, ingeniero militar del siglo XVI*. Madrid, 1880, pág. 48.

<sup>3</sup> Barrow, obra citada.

<sup>4</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 6, núm. 165.

<sup>5</sup> Don Martín de Padilla y Manrique, adelantado mayor de Castilla, nacido en Calatañazor, empezó á servir militarmente en Flandes en 1558, y diez años des-



tarde ya para navegar hacia el Norte; y tanto era como temía, que, alcanzándole la sacudida equinoccial en el paraje de Viana el 28 de Octubre, dieron al través entre Corcubión y el cabo Finisterre 32 navíos, sin contar carabelas ni embarcaciones menores, pereciendo cerca de 2.000 hombres, y salvándose á duras penas los bajeles restantes en diversos puertos del golfo de Cantabria<sup>1</sup>. El general de mar, escribía

pués lo hizo en la marina como cuatralvo. Con este cargo asistió á la batalla de Lepanto, distinguiéndose con la rendición y apresamiento de cuatro galeras turcas, una por cada una de las suyas. En 1585 servía el alto puesto de Capitán general de las galeras de España; hizo bastantes presas á los argelinos, atendió al socorro de los presidios de Berbería, cuidó del orden y organización de su escuadra, dictando órdenes e instrucciones. Obtuvo por sus servicios título de primer Conde de Santa Gadea en 24 de Julio de 1587, teniendo por la casa los de Conde de Buendia y grande de España. En 1589 defendió la entrada del Tajo á la armada de Draque, y al retirarse picó su retaguardia, haciéndole presa. Por último, fué nombrado en 1596 capitán general de la Armada del mar Océano.

<sup>1</sup> Con fecha 14 de Diciembre daba cuenta de ocurrencias el Adelantado al Rey, expresando haber sido la pérdida en el cabo de Finisterre menos de lo que se creyó. El tanteo arrojaba los siguientes datos:

Salieron de Lisboa 81 navíos; y habiéndose juntado 19 de Sevilla, eran...	100
Había en Ferrol y otros puertos.....	75
Por manera que faltaban .....	25
de los cuales 20 conocidamente se habían perdido, y eran los que siguen:	

	To- neladas.	Sol- dados.	Ma- rineros.	Gente salvada.	La que falta.
<b>DE SU MAJESTAD.</b>					
Galeón <i>Santiago</i> .....	900	239	91	23	307
<i>Esperanza</i> .....	120	48	28	70	6
<i>San Felipe y Santiago</i> .....	500	140	60	200	»
<i>Galizabra de Portugal</i> .....	350	120	60	180	»
<b>DE PARTICULARES.</b>					
Nao <i>Anunciada de Portugal</i> .....	1.000	160	90	7	243
Galeón <i>Capitana de Ivelia</i> .....	1.100	406	118	384	140
Galizabra <i>Santa Cruz</i> .....	80	30	20	40	10
<b>URCAS.</b>					
Ángel de Jacumbelum .....	200	122	22	90	54
<i>Morión</i> .....	300	104	24	124	4
<i>Jondís el grande</i> .....	300	110	25	25	110
<i>David</i> .....	400	187	26	50	163
<i>Charrúa de Ocar</i> .....	80	31	14	21	24



Herrera<sup>1</sup>, ha de ser dichoso, como el médico. Dichoso no era el Adelantado, aunque por tal se considerara recogiendo en el Ferrol las reliquias de la flota puesta á su cargo con propósitos una vez más desbaratados.

No debe pasar sin observación, entre las ocurrencias del año 1596, la actitud ofensiva de las Provincias unidas, ó sea de las rebeladas en los Países Bajos, concurriendo con 20 de sus navíos y un regimiento de soldados veteranos al ataque de Cádiz. Habían combatido á la armada española en los Bajos de Flandes durante la jornada de 1588; habían contribuído también, con ingleses y franceses, al sitio del León, en Brest; mas todo ello entraba y podía considerarse defensa de su territorio, mientras que ahora, por vez primera, se atrevían á romper las hostilidades en las tierras y puertos de su antiguo señor, adonde, por raro que parezca, continuaban viniendo de paz y comerciando sus navíos, lo mismo que si nada hubiera cambiado en el modo de ser de los pueblos

	To- neladas	Sol- dados.	Ma- ritineros.	Gente salvada.	La que falta.
<i>Saetia marselesa</i> .....	90	40	20	40	20
<i>Ángel</i> .....	200	85	19	47	57
<i>Sansón el Chico</i> .....	300	137	25	160	2
<i>Santiago de Pedro Linés</i> .....	160	137	25	160	2
<i>San Pedro de Sevilla</i> .....	250	120	20	133	7
<i>Santiago de la Tercera</i> .....	200	71	15	30	56
<i>Mezmau</i> .....	200	106	20	12	114
<i>Domingo</i> , irlandés.....	60	26	14	21	19
CUÉNTANSE POR PERDIDAS.					
<i>Ángel Gabriel</i> .....	350	150	24	»	174
<i>Urca de Pedro Juan</i> .....	130	41	14	»	55
<i>Jonás el Chico</i> .....	80	30	12	»	42
<i>Francés de Olona</i> .....	50	20	12	»	32
<i>Delfín de Olona</i> .....	50	22	12	»	32
	25 .....	7.450	2.603	797	1.694
					1.706

Entre los muertos, ocho capitanes, tres caballeros irlandeses y siete oficiales.

Según cuenta posterior, las naves perdidas subieron á 32.

*Colección Sans de Barutell*, art. 4, números 1.262, 1.267 y 1.263. — *Collección de Jesuitas*, t. LXXXVIII, fol. 242.

<sup>1</sup> *Historia general del mundo*.



desde los tiempos de Carlos de Gante. Venian y comerciaban los bajeles holandeses, favorecidos de los mercaderes castellanos, mediando para ello recomendación e informaciones de Guipúzcoa, Vizcaya, Cuatro Villas, por intermedio del secretario D. Juan Idiáquez <sup>1</sup>. El Rey embargaba ó fletaba naves holandesas y zelandesas, sirviéndose de ellas y de los marineros y artilleros en sus escuadras, verificándolo el mismo año 1596 de la hostilidad, en que no pocas urcas vinieron á embarcar vinos de Canarias con diversas mercancías. Al exponerse á perder la benevolencia con que eran tratados siéndoles tan provechosas, daban señal de la vitalidad adquirida desde los principios de la insurrección; vitalidad á nuestras expensas lograda con el desarrollo de las industrias de mar, la pesca y la navegación. Tenian en la data anotada 70.000 marineros; habian constituido Compañías de armadores que ensayaron expediciones á las Indias orientales y occidentales, sin desanimarse por los primeros infructuosos resultados, y despachaban ya convoyes de 200 velas con cargamento de trigo para el fondo del Mediterráneo <sup>2</sup>.

Asimismo es de reparar por este tiempo la petición que dirigieron las Cortes al Rey para que se concedieran licencias de armar en corso á particulares y se sacara provecho de un recurso tan ejercitado por los enemigos, origen de la orden general circulada concediendo á cuantos quisieran hacerlo el beneficio del quinto de presas perteneciente á la Corona, que únicamente reservó para si la artillería de bronce y los prisioneros flamencos.

Dos de las concesiones tenian realmente alguna similitud con las de los grandes señores de Inglaterra: la de D. Tiburcio de Gonzaga para armar dos navios contra rebeldes <sup>3</sup>, y la del bailío Luis Álvarez de Tavora, en que la facultad se extendía á la formación de armada de diez navíos, nombramiento de personas que los gobernara y amplitud del radio

<sup>1</sup> Colección Vargas Ponce, leg. 7, núm. 158.

<sup>2</sup> M. Le Clerc: *Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas*. Amsterdam, 1723.

<sup>3</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.261.



de acción contra todos los enemigos en los mares de Europa é Indias<sup>1</sup>; mas en el resultado no podian asemejarse; el aliciente del corso entre los extraños era el tesoro de metales del Nuevo Mundo, entendiendo que la captura de una sola nave resarcía los gastos del armador de escuadra conteniendo á los tripulantes.

<sup>1</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 2.<sup>º</sup>, núm. 87.





## IX.

### CAMBOJA, SIAM, JAPÓN

1593-1598.

Arrogancia de los japoneses.—Embajada de éstos y del Rey de Camboja.—Preparativos contra el Maluco.—Asesinato de Das Mariñas.—Proezas en los reinos de Siam.—Taico-Sama.—Despojo del galeón *San Felipe* y crucifixión de misioneros.—Reconocimiento de la isla Formosa.



ENTRE los chinos establecidos en Manila con barrio especial y casas de banca, sostenedores del comercio activo extendido hasta Nueva España, habíanse introducido algunos japoneses industriosos, que hacían venir de su país harinas y otros artículos á cambio de los productos del suelo. Por gestión de estos mercaderes llegó embajada del Emperador, designado en los escritos de la época con el título de Tayco-Sama, pretendiendo nada menos que el reconocimiento de su autoridad y pago de tributos por los que habitaban en las islas Filipinas. Si se calcula la acogida que tendría el industrial extraño que se apareciera en Albacete con propósito de venta de navajas, podrá formarse idea de la recepción que un Gobernador español del siglo xvi había de hacer á los portadores de comisión que promovía su risa. Dijoles en el acto, con seriedad, que su señor no entendía lo que era pago de tributos, acostumbrado como estaba á cobrarlos; pero se reservó la contestación de la carta, ofreciendo enviarla por manos de em-



bajadores suyos; y desentendiéndose, hábil político, de la insinuación estrafalaria, designó á cuatro frailes de la Orden de San Francisco para devolver la visita, encargándoles afirmaran de viva voz la conveniencia mutua que resultaría del establecimiento de relaciones de amistad y comercio, así como de la navegación directa y cambio entre las islas. El Tayco-Sama recibió á los religiosos sin acordarse de los fieros de la carta; consintiéndoles fundar casa y predicar la fe, é hízoles honra, promoviendo desde entonces la comunicación<sup>1</sup>.

Ocurría esto en el año 1593, y casi al mismo tiempo arribaban á Manila también comisarios del rey de Camboja; portugués uno, castellano otro, trayendo de regalo elefantes, los primeros que se vieron en las islas, en gracia de la solicitud de amistad y alianza contra el rey de Siam, su vecino. El gobernador Das Mariñas devolvió los regalos y despachó á los embajadores con buenas esperanzas y propuestas análogas á las del japonés en lo relativo á transacciones mercantiles, que en lo demás no se sentía inclinado á las aventuras, por más que le agradara la opinión divulgada del poderío español.

Más urgente juzgaba, como empresa recomendada por el rey D. Felipe, acudir al remedio del azaroso estado del Maluco, para lo que venía disponiendo recursos y armada, construída expresamente una galera capitana de veintiocho bancos, dispuestas tres más y hasta cien velas entre galeotas, fragatas y embarcaciones del país<sup>2</sup>, embarcando casi 1.000 españoles, 400 pampangos arcabuceros, 1.000 visayas, aparte de los remeros y gastadores. Nunca se había visto en las aguas de Oriente armamento parecido, capaz de romper cualquier obstáculo. Mas habíase tomado por mira el Ma-

<sup>1</sup> Acaso sean de entonces dos relaciones manuscritas incluidas en la *Colección Navarrete: Descripción del Japón por un español que estuvo allí el siglo XVI*, t. xviii, número 72; *Discurso sobre la población de las islas Filipinas y su contratación, así con la Nueva España como con la China, Japón y demás islas, sus comarcas*, t. xviii, número 46.

<sup>2</sup> Doscientas velas anota Morga, diferenciando á otros historiadores.



lucu, como dicho queda, y el Maluco fué siempre para los españoles lugar malhadado, no quedando de él otra memoria grata que la historia que escribió con maestría Bartolomé Leonardo de Argensola.

Das Mariñas dió la vela del puerto de Cavite el 17 de Octubre de 1593, destacando á vanguardia á su hijo D. Luis con orden de esperar en las islas de los Pintados ó Visayas. Había enganchado para remeros de la capitana 200 chinos voluntarios <sup>1</sup>, creyéndolos de más esfuerzo que los indios y confiando en la buena paga y halago que les hacia, por lo que no llevaba más de 40 españoles de guarnición en custodia de su persona y de la caja de caudales. Esta despertó desde el instante la codicia de los celestes, que la marcaron por suya; y como la galera fondeara á la segunda noche en compañía de algunas fragatas, en la hora del sueño se alzaron los chinos y asesinaron al General y compañía, sin que escaparan á la matanza más que dos españoles por no verlos. En el acto dieron la vela, yendo á parar á Cochinchina, donde el Rey les tomó lo que llevaban de valor, así como dos piezas de artillería gruesa y el estandarte, dejando perder el buque en la costa y que los asesinos se dispersaran huyendo por tierra.

La armada, falta de cabeza, volvió á Manila, aguándose la conquista de Terrenate, que se tenía por cierta, mas no sin compensación que pareció providencial, porque á principios del año siguiente de 1594 entraron en la bahía champanes chinos sin mercancía, con mucha gente de guerra y mandarines que, á vista de la armada, procuraron explicar su presencia ante el Gobernador, alegando fútiles pretextos contra presunción de haberlos conducido la noticia de estar las islas desguarnecidas.

También llegó por entonces al puerto una embarcación procedente del reino de Camboja, conducida por Blas Ruiz de Hernán González, aventurero manchego, y por Pantaleón

<sup>1</sup> Doscientos cincuenta según Fr. Gaspar de San Agustín; mas parecen muchos, porque, aun á siete por remo, sumarian 196.



Carnero y Antonio Machado, portugueses, con nueva de discordias y guerras en la región de que habían escapado. Contaban que el rey de Siam había invadido las tierras de su vecino el de Camboja, apoderándose de la capital Chordemuco y preso á los extranjeros que estaban al servicio de Prauncar Langara y defendían sus intereses, mientras él buscaba refugio en la corte de Laos. Uno de los referidos extranjeros, Diego Belloso, portugués, fué llevado por los vencedores en su regreso á Siam; Blas Ruiz, Carnero y Machado, de que se ha hecho mención, embarcados en un juncos de guerra con destino á la ciudad de Odia, adonde iba lo más rico del botín cogido.

Conociendo la rapacidad de los chinos que formaban parte de la tripulación, les insinuó Ruiz el buen negocio que podrían hacer alzándose con el navío y llevándolo á cualquier puerto del Celeste Imperio; insistió secretamente en la tentación, dando traza y seguridad del resultado si á él y á los dos compañeros soltaban las prisiones; en una palabra, fueron atacados de noche y por sorpresa los siameses, sucumbiendo los más; y como al distribuir la presa estuvieran advertidos los chinos de que tanto mayor sería la parte cuantos menos se la repartieran, vinieron á las manos unos con otros con tal saña, que, muertos muchos, llegaron á hacerse dueños de la embarcación los tres españoles, como desde el principio habían pensado; y alcanzando sin otro accidente la bahía de Manila al mando de Blas Ruiz, les fué adjudicada la presa.

El rey de Siam juzgó por la tardanza que algo siniestro debía haber ocurrido al juncos; y como la riqueza que portaba valía la pena de tomar informes, envió á reconocer la costa, buscando persona conocedora de los mares inmediatos. Esta ocasión aprovechó el prisionero Diego Belloso, haciendo valer su pericia marinera, y embarcándose bajo la vigilancia de un mandarín y guardia de confianza; pero también halló expediente para quitar de en medio á los custodios y entrar en Manila dueño del barco.

<sup>1</sup> *Cho-da-mukha*: significa residencia de mandarines.



Por estas circunstancias volvieron á encontrarse Blas Ruiz y Diego Bellos, compañeros y émulos toda su vida. De acuerdo para inclinar el ánimo del Gobernador accidental, D. Luis Das Mariñas, á disponer una expedición que favoreciera en Camboja al rey destronado Langara, pintando muy fácil la restauración, de que no podría esperarse menos de un buen puerto de escala, cuya posesión serviría de base de operaciones á la conveniencia de España en lo futuro, contra la opinión de personas sensatas de la capital, incluso los capitanes de guerra, alcanzaron la autorización, armando tres bajeles; uno de mediano porte, al mando del sargento mayor D. Juan Juárez Gallinato, jefe superior, y dos menores, gobernados por Ruiz y Bellos, llevando entre todos 120 españoles, algunos japoneses cristianos y pocos indios filipinos.

Hiciéronse á la mar á principios del año 1596, empezando una serie de aventuras y de hazañas que hicieran brillar entre los héroes á los ejecutores á depararles la suerte época distinta y teatro menos lejano al centro de la cultura europea. Tomáranse sus hechos por invención de libros de caballerías si tantos y tan respetables autores no los hubieran recogido, apoyándose en el testimonio de documentos subsistentes en los archivos<sup>1</sup>.

Separados los navíos con temporal, el de Gallinato, en que iba la mayor parte de los españoles, arribó al estrecho de Singapore, donde se detuvo muchos días; el de Blas Ruiz primero, después el de Bellos, alcanzaron con trabajo la costa de Camboja y subieron por el río Mecon ó Mekong, hasta la ciudad de Chordemuco. Allí supieron que los man-

<sup>1</sup> He publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, año 1893, tomo XXXV, pág. 201, compilación de estos sucesos en artículo que lleva por título «Españoles en Camboja y Siam corriendo el siglo XVI». En la *Colección Navarrete* se contienen: *Relación y sumario de lo que ha sucedido y se ha proveido y ordenado en el Gobierno de las islas Filipinas desde que entró en él D. Luis Pérez das Mariñas hasta Junio 1594.* (T. XVIII, números 53 y 54.)—*Relación y descripción de los reinos de Champa y Siam, y de otros sus comarcas de la India Oriental, muy circunstanciada, hecha en Manila por Diego Bellos, Blas Ruiz de Fernán González, Gregorio de Vargas Machuca, Francisco de Sagredo, Diego de Chaves Cañizares y Panteón Carnero. Año 1595.* (T. XVIII, núm. 56.)



darines, alzados contra los invasores siameses, los habían arrojado del país y estaban bajo la férula de uno de ellos, hábil en hacerse proclamar rey sin consentimiento de los otros.

No podían soñar coyuntura mejor los expedicionarios, hallando el reino dividido en tantas fracciones como mandarines pospuestos tenía, en guerra interior y exterior á la vez, revuelto y enconado. Empezando por anunciar á Anacaparán (que así se llamaba el Rey intruso) la próxima llegada de Gallinato con fuerzas formidables, procuraron con ahínco unir contra él á los descontentos, á reserva del mejor derecho de cada cual á suplantarle, propósitos que no se ocultaron al astuto usurpador, por más que contemporizara con los extranjeros, temiendo que interceptaran seis chamanes chinos que tenía en el río con valioso cargamento, aunque, á precaución, había reforzado su guarda y marchado á la ciudad de Sistor, distante 27 millas del puerto.

Sea porque los chinos se insolentaran, como los españoles dijeron, ó porque éstos no sufrieran con paciencia la inacción, no tardaron en hacer una sonada, tomando al abordaje los seis chamanes, con muerte de mucha gente, alborotando á toda la población de la misma naturaleza, que era muy numerosa, y en la que principalmente se apoyaba Anacaparán. Arrepintiéronse, por consiguiente, de una victoria que les colocaba en situación gravísima á no llegar de seguida Gallinato ó encontrar medio de apaciguar la cólera del Rey.

Blas Ruiz y Diego Belloso, en consulta con el dominico Fr. Alonso Jiménez, decidieron como lo más prudente subir los tres por el río con escolta de 50 hombres, pedir audiencia á Anacaparán y darle cumplida satisfacción de la refriega ocurrida por agresión de los chinos; mas apenas desembarcaron de los bateles les rodeó la multitud armada, negándose sus jefes á escuchar razones, y amenazándoles con la muerte si inmediatamente no devolvían los chamanes con el contenido.

Desesperada fuera la situación de aquellos pocos extranjeros á no ser los caudillos de los que aman el peligro. Lejos de desmayar, se mantuvieron en actitud expectante mientras



duró el día; en la obscuridad buscaron sitio á propósito para atravesar un brazo del río que los separaba de la ciudad; entraron sin ser esperados ni sentidos; pusieron fuego al palacio y á los almacenes; sembraron el espanto entre los pobladores, haciendo matanza horrible, que duró hasta muy entrado el día siguiente, y en la que pereció el mismo Rey; mas no por el éxito de tan audaz empresa se hicieron la ilusión de volver sin riesgo á las embarcaciones al emprender la retirada. Por rápida que fuera su marcha, cansados como estaban y faltos de conocimiento del terreno, dieron tiempo á que el enemigo se reuniera y los atacara por la espalda, si bien fué para sufrir nueva derrota con no escasa pérdida. Los españoles, maravilloso parece, no tuvieron un solo muerto, y volvieron á sus bajeles.

Llegó en esto Gallinato, colmando de alegría su vista á los vencedores. Contáronle lo ocurrido, explicando el cambio que en la situación del país iba á producir la muerte del usurpador, toda vez que, animados los mandarines, levantarían la bandera de Langara, el rey legítimo; y, en efecto, muchos cambojanos de suposición llegaron á visitar la escuadra, refiriendo pormenores de la muerte de Anacaparán y confirmando el juicio de Ruiz y Beloso. No obstante, Gallinato no quiso dar crédito á nada de lo que se le decía, ni menos seguir el consejo de empezar la campaña; al contrario, censuró agriamente el proceder de sus subordinados por no haber esperado su llegada, tomó para si, como en castigo, todo el botín que se había sustraído á los chinos y cambojanos, y sin más dispuso dar la vela para Manila.

Por más que la determinación echara por tierra los planes de nuestros dos aventureros, no admitiendo réplica, ni siendo Gallinato hombre que admitiera reflexiones, no se desanimaron ni desistieron, pensando si algún rodeo les conduciría al fin cuyo camino directo se cerraba, y con idea de ir por tierra á Laos, donde residía el rey destronado de Camboja, propusieron al jefe de la escuadrilla, porque no fuera del todo estéril la expedición, hacer escala en la costa de Cochinchina para reclamar la galera en que fué asesinado el gobernador



anterior de Filipinas, Gómez Pérez Das Mariñas, refugiada en aquel reino, ó por lo menos el estandarte y la artillería.

Accedió Gallinato, no hallando pretexto con que negarse á tan razonable demanda, si bien pensando utilizar en su provecho la terquedad de los subordinados, porque el viaje al interior, que autorizó también, le desembarazaba de dos personas cuyo testimonio, al regresar á Manila, podría dar á su alejamiento de Camboja aspecto muy distinto del que se proponía pintar.

El rey de Tonkín, lejos de acceder á la entrega de los efectos reclamados, trató de apresar la nao de Gallinato, por lo que se salió del puerto, echando á fondo algunas de las embarcaciones que le acometieron.

Ruiz y Bellos, obtenida licencia del rey de Sinna para atravesar sus estados, emprendieron solos el viaje, llegando sin obstáculo á la ciudad de Alanchán<sup>1</sup>, capital de Laos, cuyo soberano les recibió muy bien, pero con tristes nuevas. Prauncar Langara y sus dos hijos mayores habían fallecido, quedando de la familia el joven Prauncar bajo la tutela de mujeres que formaban el Consejo de regencia. Lo que hablaron para persuadirlas á marchar sin dilación no es decible, estrellándose su persuasivo razonamiento en el recelo mujerial, que estimaba más seguro el refugio de Laos que la perspectiva de campaña empezada con ejército compuesto de dos hombres, hasta que la llegada del mandarín Acuña Chu con diez paraos bien artillados, y la seguridad que daba de estar el reino más dividido desde la muerte de Anacaparán, resistiendo á Chupinanón, su hijo, reforzó los argumentos de los españoles, acabando su energía por vencer á la vacilación. Bellos y Ruiz emprendieron, por fin, el viaje á Camboja con la familia real.

Nombrados caudillos y directores de la guerra los dos iberos, la empezaron con los de los jefes malayos musulmanes, atraídos al bando, procediendo con tacto político tan acertado, como grande energía y desusada actividad en aquellas

<sup>1</sup> *Lant-chang.*



regiones. Dijérase que tenian sujeta á la fortuna y aliada á la victoria, observando de qué modo progresaron hasta concluir con las resistencias y proclamar rey á Prauncar.

La Regencia significó agradecimiento á los restauradores, nombrándoles *Grandes Chofas*, dando á cada cual una provincia en feudo, con otras mercedes, aunque no tantas como se les había ofrecido en el asilo de Laos, ya porque en Camboja, como en otras partes, exista diferencia entre el dicho y el hecho, ya porque Asia no sea excepcional en el dominio de las pasiones que por acá llamamos envidia y celos. Los jefes malayos no veían de buen talante la influencia de extranjeros de otra raza. Mientras duró la guerra guardaron encerrado el despecho; mas cuando el reino estuvo sosegado dejaron conocer su mala voluntad suscitándoles dificultades de toda especie aun en la misma Corte.

Así las cosas, instigó Blas Ruiz al Rey á firmar carta dirigida al Gobernador de Filipinas pidiendo envío de misioneros, con promesa de completa seguridad para sus personas y las de los cristianos cambojanos. Con ella fué otra de aquel Capitán, datada á 20 de Julio de 1598, relatando los sucesos, guerras, conspiraciones, ejecuciones y asesinatos; tratando de la producción natural del suelo, y refiriendo, por último, la rivalidad de los mandarines. Estimaba que, á ser otro el proceder de Gallinato, pertenecería á España, si no todo, lo más del reino, estando gobernadas por castellanos las provincias, y teniendo en los puntos estratégicos castillos y fortalezas, al paso que la situación era de presente difícil y exigía el envío de una expedición si no se quería perder lo adelantado.

Los asuntos iban, efectivamente, de mal en peor. Un fraile que accidentalmente llegó con 14 españoles aumentó por de pronto el prestigio de Ruiz sin contrarrestar el de los malayos, que aprovechaban la proximidad de su país para engrosar continuamente las filas de sus servidores. Además alcanzaron del rey de Laos un ejército auxiliar de 5 á 6.000 hombres, cuyos jefes quisieron también intervenir en el gobierno: la misma pretensión abrigaban ciertos japoneses, apoyados en los buques de guerra en que servían, y, por remate, ha-



biendo llegado un portugués que dejó en tierra algunos hombres de la tripulación, se cansó Beloso del papel secundario que había hecho hasta entonces, queriendo anteponerse á Ruiz en el mando.

El Rey, de carácter débil, se había abandonado al vicio de la embriaguez desde que se vió en el trono, entregándose en manos de las mujeres, que, celosas del español, tejían madeja de intrigas, de que con dificultad conseguía desenredarse. Se concibe que semejante conducta no fuera la más á propósito para sujetar los espíritus turbulentos y mal avenidos que rodeaban á la Corte. Más de una vez vinieron los mandarines á las manos casi en presencia del desprestigiado soberano, alentándose al poste la insurrección vencida, y volviendo á rebelarse á la vez varias provincias.

Blas Ruiz se alió con los japoneses en sostén de los intereses mutuos; pocos eran en número; no obstante, en las revueltas ó batallas formales en que tomaban parte, cuando el Rey en apuro los solicitaba, el triunfo era seguro, manteniendo el prestigio y reputación del Capitán, pero creciendo también sin límites el odio de los demás partidos.

En ocasión de una de las marchas, no habiendo quedado en el cuartel más que los enfermos y heridos, lo atacaron las tropas de Laos y mataron al fraile con algunos otros españoles y japoneses. La venganza fué terrible: á falta de justicia del Rey, se la hicieron por si mismos; los jefes malayos y los principales mandarines fueron sucesivamente muertos, encerrándose tras esto en su cuartel, sin querer continuar la guerra contra los rebeldes, que se envalentonaron, y ganando una batalla importante, vinieron con el pretendiente á las puertas de la capital. Entonces fueron los ruegos, las promesas del Rey, las lágrimas de las princesas, tan altivas poco antes; entonces pareció poco cuanto la Corte poseía para atraer al hombre de hierro, al español, única esperanza en la fatal extremidad; y entonces Ruiz se hizo valer, retardando la acción porque fuera más señalada, como lo fué, con la destrucción del indisciplinado ejército rebelde y el considerable botín que produjo.



En Manila hicieron escaso efecto las excitaciones de nuestro Capitán; harto tenían que hacer por allí con los moros y piratas de Joló y de Mindanao, lanzados á la ofensiva con daño, y no era terreno lo que hacia falta, al decir de los hombres de arraigo; además, había pintado Gallinato las cosas á su modo, dando fuerza á la argumentación de los enemigos de aventuras. Con todo, fray Alonso Jiménez, que, como es dicho, estuvo en la anterior expedición, tomó á su cargo la cruzada, abogando por otro armamento; y ya que no pudiera obtenerlo del Gobierno, estimuló á D. Luis Das Mariñas, que acababa de dejarlo, á acometer la empresa por su cuenta y riesgo. Pretexto para entrar en armas en el país no había de faltar: no falta nunca al más fuerte. Ibábase á consolidar el trono de Prauncar con el favor de la justicia y el derecho. Después, con su permiso, se pasaría al inmediato estado de Champan<sup>1</sup>, de que podía tomarse posesión sin dificultad, toda vez que estaba usurpado, y su reyezuelo insultaba á la cristiandad con una fortaleza en la costa, nido de embarcaciones que, sin distinguir de banderas, desvalijaban á las europeas empleadas en el comercio de China y Japón, cometiendo asesinatos y otros crímenes en la impunidad. Con estos antecedentes, informaron los teólogos y jurisconsultos que la guerra y conquista de aquel país, cuya situación, con respecto á los intereses de España, no era de menos importancia que la de Camboja, estaban justificadas. Don Luis Das Mariñas obtuvo, por tanto, autorización de levantar gente voluntaria y emprender con su bolsillo las operaciones que tuviera por buenas. Armó dos buques medianos y una galeota, embarcando 200 hombres con abundancia de bastimentos, y se hizo á la mar el mismo año de 1598.

La suerte no le fué propicia; luchando con tormentosos tiempos naufragaron los dos barcos mayores en la costa de China, sufriendo muchas vicisitudes<sup>2</sup>; únicamente la galeota,

<sup>1</sup> Ó Chiampa: los naturales lo nombran *Xiem-La*.

<sup>2</sup> Constan en la *Relación de los sucesos de D. Luis Pérez Das Mariñas, en la jornada que se ofreció hacer á su costa para la empresa de Camboja, en la tierra firme de*



mandada por el alférez Luis Ortiz, conduciendo 25 españoles, llegó á Chordemuco. Así y todo, pareció á Ruiz considerable el refuerzo que le arribaba, aunque con él no sumara su ejército 100 hombres. Dos meses más tarde se le agregó una fragata con el capitán Juan de Mendoza Gainboa y el dominico fray Juan Maldonado, persona de mucha ilustración; y estando por entonces reconciliado con Beloso y su tropa portuguesa, contó más fuerza que nunca.

Sirviéndole de garantía, manifestó al Rey ser llegado el tiempo de recibir la remuneración debida á sus servicios, que fijaba en la concesión de terrenos donde construir una fortaleza. La petición irritó á lo sumo á las princesas de la Regencia, lo mismo que á los malayos, que dilataban la respuesta convocando á conferencias interminables, sistema de la diplomacia oriental, que obligaba á los jefes españoles á separarse del campo atrincherado á orilla del río. En su ausencia hubo más de una riña con los malayos, que de intento iban á provocarlos; empezaban individualmente, pero solían hacerse generales, resultando muertos y heridos de cada parte, dando motivo después á nuevas conferencias y arreglos, consumo inútil de tiempo y preparación del complot que se fraguaba.

El alférez Luis de Villafaña, que solía mandar el campo mientras se hallaban en la ciudad Beloso y Ruiz, se exaltó en una de las riñas en que fué gravemente herido su compañero Luis Ortiz, al extremo de olvidar las instrucciones recibidas y aun los consejos de la prudencia, sin los que entró á degüello y sacamano con los malayos. En vano Ruiz y Fr. Juan Maldonado acudieron á remediar el conflicto; las mujeres levantaron al pueblo en masa, lanzándolo sobre los extranjeros; y como no estuvieran reunidos ni con prevención del peligro, españoles, portugueses y japoneses fueron acorralados por la muchedumbre; y aunque la defensa fuera como es de suponer en tan aguerridos soldados, allí quedaron todos, á excepción de Juan de Mendoza, bien afortunado en dar la

*la China. Ms. Colección Navarrete, t. xviii, núm. 60. En la Biblioteca de S. M. el Rey se conserva otro ms. Carta á fray Diego de Soria, Obispo de Nueva Segovia, sobre el mal suceso de la jornada de Camboja.*



vela precipitadamente en el último trance, y escapar de los paraos, que le persiguieron largo espacio.

Blas Ruiz de Hernán González y Diego Bellosio terminaron juntos los sobrehumanos hechos de su carrera; sucumbieron como habían vivido, haciendo prodigios de valor y teniendo enfrente miles de enemigos. Con ellos concluyó por entonces la ingerencia de España en aquellas regiones del Asia, si á España es de adjudicar la obra privativa y espontánea de estos sus hijos; y como si fueran sostén del reino de Camboja, después de ellos cayó en la más espantosa anarquía y fraccionamiento, asesinado el Rey por los que habían de disputarse sus despojos, que al fin tuvieron la misma desdichada suerte.

Me he extendido en la exposición de sucesos ocurridos en el Extremo Oriente por ser dignos de recordación y no verlos indicados en las historias generales, siendo así que marcan los pasos dados con objeto de relacionar la entidad vigorosa de los españoles arraigados en las Filipinas con los imperios inmediatos. Con este objeto se cambiaron embajadas con China, alcanzando la concesión del puerto de Pinal, próximo á Cantón, para fundar factorías comerciales en las mismas y mejores condiciones acordadas á los portugueses en la de Macao, aunque ellos procuraron impedirlo usando de toda especie de artes malas y buenas, y llegaron á hacer armas contra las naves de D. Luis Das Mariñas <sup>1</sup>; ellos, súbditos del rey D. Felipe. Hiciéronse á la vez intentos en el Japón, interrumpidos algún espacio por ocurrencia que es de contar <sup>2</sup>.

En el mes de Julio de 1596 salió de Cavite la nao *San Felipe* con destino á Acapulco, dirigiéndola D. Matías de Landecho, general de la Carrera. Luchó desde el principio de la navegación con tiempos borrascosos en tan grave estado el buque, que los tripulantes lo creyeron perdido, habiendo

<sup>1</sup> Carta de D. Fernando de los Ríos Coronel al Dr. Antonio de Morga, publicada en la obra de éste, *Sucesos de Filipinas*, fol. 55 vto.

<sup>2</sup> Lo hice con alguna amplitud en *La España Moderna* (Madrid, Mayo de 1894), en artículo encabezado: «Cómo han ido civilizándose los japoneses».



desarbolado de todos los palos y rendido el timón. Muchas veces lo vieron cubierto por las olas, atravesado á sus golpes y casi zozobrado, hasta que pasó el huracán ó vaguio en que estuvo envuelto horas mortales.

Averiguada la situación por observaciones astronómicas, resultó hallarse en 37° de latitud, á seiscientas leguas de las islas Filipinas y á ciento cincuenta de las del Japón. La vuelta á las primeras, sobre ser más larga, ofrecía, con la contrariedad de los vientos reinantes, dificultades casi insuperables, sirviéndose de las *bandolas* ó palos improvisados con las piezas de arboladura de respeto; el camino que conducía al Japón no era tampoco breve; tenía por término costa muy peligrosa, completamente desconocida á los oficiales del *San Felipe*, y dado caso que salvaran los arrecifes, quedaba en duda el recibimiento de los naturales. La Junta de jefes no creyó, por tanto, que debía adoptarse resolución sin meditarla mucho, divididas como andaban las opiniones. Una parte se inclinaba á volver á Manila á todo evento, en la creencia de que los peligros de la mar no eran tanto de temer como la mala fe de los japoneses; mas la mayoría combatió la aserción razonando que las relaciones comerciales de la plaza de Manila con la de Nangasaki y la acogida en esta de misioneros españoles, eran garantías suficientes para contar con buena acogida, y de hecho con los recursos necesarios para reparar las averías y continuar la navegación. Formadas que fueron las *bandolas*, se hizo, pues, rumbo á las islas como consecuencia del acuerdo, avistando al sexto día la costa de una provincia llamada Toza.

Muchos juncos del país se aproximaron inmediatamente al galeón, indicando puerto inmediato que ofrecía completa seguridad para cuanto desearan. La autoridad local ofreció toda especie de servicios al General, que, por prudencia, hizo sonar la entrada de dicho puerto, nombrado Hurando; y como se cerciorara de que, en efecto, era capaz y hondable, aceptó el remolque brindado por las embarcaciones prácticas, sin poder sospechar la perversa intención que realizaron, de embarrancarlo en un bajío dentro del mismo puerto.



Aparentaron los japoneses el mayor sentimiento por el accidente, que achacaban al mucho calado del buque, representando con tal perfección la comedia que tenían estudiada, y que tal vez no ejecutaban por primera vez, que nadie en el galeón dudó de sus propósitos. El ofrecimiento de los auxilios aparecía inteligente y desinteresado: de los mismos prácticos del puerto partió la indicación de alijar el buque sin pérdida de momento para volverlo á flote, y la facilidad de embarcaciones con que verificar la faena, así como de almacenes cercados y seguros, próximos á la ciudad, donde podrían depositarse cargamento y pertrechos con debida custodia.

Todo marchó á maravilla mientras no estuvieron en tierra los efectos: así que se trató de dar principio á las reparaciones del buque cambió la farsa, manifestando el Gobernador que para hacer carenas era de todo punto indispensable la autorización expresa de Taico-Sama, señor del Japón, que residía en su corte de Miaco, á cien leguas del puerto.

El general Landecho, receloso ya de tantas formalidades, no desesperó, sin embargo, de dominar la situación, confiando el resultado á una embajada. Despachó al efecto á uno de los jefes, dos frailes pasajeros y algunos oficiales portadores de un presente para el soberano, compuesto con los objetos de más valor que llevaba el *San Felipe*. Recomendó el General á estos sus mensajeros que se valieran desde luego de los PP. Franciscanos autorizados para residir en Miaco, donde tenían fundaciones de convento y hospital.

Las noticias que Taico-Sama tenía acerca del valor del cargamento y los presentes de la embajada que aceptó, sin recibirla, despertaron su codicia, decidiéndole á apropiárselo todo. En vano procuró evitarlo el prelado de los misioneros, Fr. Pedro Bautista, poniendo en juego las buenas relaciones de la Corte; el Emperador comisionó á uno de sus favoritos para ejecutar el despojo, é hizo lo con todo rigor, poniendo presos á los españoles y amenazándoles de muerte si ocultaban el menor objeto, fundando la resolución en ser el *San Felipe* navío naufrago y pertenecerle por las leyes del país.



Intentó todavía el general Landecho algún remedio á la tropelía pasando en persona á la capital, con lo que empeoró la situación, irritando las observaciones de los misioneros en términos de declararlos Taico-Sama peligrosos en su reino, condenarlos á muerte y decretar la persecución de los cristianos que habían doctrinado. Por consecuencia, fueron crucificados en Nangasaki <sup>1</sup> los religiosos con algunos neófitos <sup>2</sup>, dejando á los tripulantes del galeón en libertad de embarcarse para Manila en chamaranes chinos, desnudos, en la mayor miseria.

Sabida en Filipinas la historia lastimosa, se envió al Japón embajada reclamando los cuerpos de los frailes á favor de un presente valioso, y solicitando no sufrieran interrupción, por lo ocurrido, las transacciones, extremos á que defirió Taico-Sama, dando espontáneamente explicación de lo ocurrido en el concepto de haber observado las leyes de sus estados; pero la gestión le hizo formar pobre idea de las autoridades españolas, tomando por humillación el acto, y maduró desde entonces el proyecto de señorear aquellas islas, como de atrás pensaba, teniendo con cuidado á los vecinos hasta acabar su vida (16 de Septiembre de 1598).

Con este motivo hizo D. Juan de Zamudio reconocimiento hidrográfico de la isla Formosa, por si llegaba el caso de tener que ocuparla, extendiendo luego los estudios al puerto del Pinal y río de Cantón en China.

<sup>1</sup> El 5 de Febrero de 1597.

<sup>2</sup> Canonizados por Su Santidad Pio IX con el nombre de mártires del Japón, el 8 de Junio de 1862.



## X.

### ISLAS MARQUESAS Y DE SANTA CRUZ.

1595-1598.

Segunda expedición de Álvaro de Mendaña.—Composición de la Armada.—Salida de Paita.—Islas encontradas.—Ceremonias de posesión.—Vista de un volcán.—Zozobra la almiranta.—La bahía *Graciosa*.—Deciden los expedicionarios formar pueblo.—Trabajos, motines, enfermedades.—Muere el Adelantado.—Gobierna la escuadra su viuda.—Condiciones poco comunes en su sexo.—Abandonan la colonia navegando hacia Filipinas.—Viaje penosísimo.—Llegan por maravilla á Manila los menos.—La nao *San Jerónimo* vuelve á Acapulco.—Información de ocurrencias.

**A**DIE parecía acordarse en el Perú del asiento y capitulación firmada en la Corte por Álvaro de Mendaña el año 1574, ofreciéndose á conquistar y pacificar á su costa las islas de Salomón, descubiertas en la expedición de 1567 con Pedro Sarmiento de Gamboa, á cambio de los títulos de Adelantado, Gobernador y Capitán general de la colonia, con las demás mercedes de costumbre. Fuera porque los muchos descontentos de la jornada crearan atmósfera perjudicial á su concepto de caudillo, ó por mala voluntad del virrey don Francisco de Toledo, á quien la confianza de Sarmiento tenía al tanto de lo que podía esperarse de sus dotes escasas, la empresa tropezó con obstáculos insuperables cada vez que se trató de emprenderla. Transcurridos veinte años desde la fecha del asiento; relevado el Virrey por D. García Hurtado de Mendoza; faltando de Lima los enemigos ó agraviados por



Mendaña y por aquel su piloto y consejero, Hernán Gallego, fué cuando cesaron los inconvenientes, y se dieron al descubridor facilidades para el armamento de navios y recluta de gente, con cuyo alejamiento ganara la tranquilidad del Perú<sup>1</sup>.

Las naves elegidas eran cuatro: dos nombradas *San Jerónimo* y *Santa Isabel*, de mediano porte, destinadas para capitana y almiranta; una galeota, *San Felipe*, y una fragata, *Santa Catalina*, dispuestas al reconocimiento de puertos y bajos, como embarcaciones de remo de escaso calado. En las cuatro se distribuyeron 378 personas, los 280 hombres de mar y guerra; el resto pobladores casados con sus familias. Obtuvo nombramiento de almirante Lope de Vega, cuñado de Mendaña; el de maestre de campo se dió á Pedro Merino Manrique, hombre de más de sesenta años, de genio arrebatado y de lengua suelta; el de piloto mayor á Pedro Fernández de Quirós, portugués, inteligente en su oficio<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El propósito político de abrir válvula á la gente ociosa y perjudicial que vagaba en el Perú, fué una de las causas de ésta y otras expediciones; declárase en cédula inserta por el doctor Suárez de Figueroa entre las dirigidas al Marqués de Cañete, en estos términos: «Al adelantado Álvaro de Mendaña, á quien se encargó el descubrimiento y población de las islas de Salomón, y quedaba de partida para la jornada, decís que se vendió el galeón *San Jerónimo*, que era mío, en ocho mil pesos corrientes, y que se hizo en ello comodidad, con la condición que le ocupase en la dicha jornada, y que asimismo, por su pobreza, y porque arrancase algún golpe de la gente baldía y se consiga el fruto que se espera, sería forzoso ayudarle con algunas piezas de artillería pequeñas, mosquetes, arcabuces, pólvora y municiones; y reservaríades de la composición á algunos extranjeros que le ayudaban y iban á servir en aquella jornada, en lo cual habéis hecho bien; y así ayudaréis al dicho Adelantado con las cosas que decís, y con las demás que se pudiere, y avisaréis si hizo la jornada y lo que della fué sucediendo.»

Para esta nueva aventura no dejaría de atraer la condición natural de aquella gente perulera, á la que era aplicable el pensamiento del licenciado Luis Martínez de la Plaza, procediendo

«Como cuando del viento y mar hinchado,  
Rota la tablazón y el árbol roto,  
De la tormenta se salvó el piloto  
La boca abierta y de nadar cansado,  
Que jura con aliento mal cobrado  
No verse más entre el furor del Noto,  
Mas luego olvida el mal, quebranta el voto,  
Pierde el temor, del interés forzado....»

<sup>2</sup> Existen tres relaciones de la expedición escritas por Fernández de Quirós, una que insertó D. Antonio de Morga en su obra *Sucesos de Filipinas*; otra que arregló



Salieron del Callao el 9 de Abril de 1595 para proveerse de bastimentos en otros puertos de la costa, donde dieron pruebas del desorden con que empezaba la excursión, portándose más como corsarios que como soldados que militaban bajo el estandarte real. Desde Paita, hechas mil y ochocientas botijas de agua, enderezaron el rumbo por la derrota del viaje anterior, tomando los paralelos de 10° á 11° de latitud, para buscar por ellos las islas de Salomón.

Una que avistaron el 21 de Julio llevando excelente viaje, «breve el tiempo, amigo el viento, bueno el pasto y la gente en paz, sana y gustosa», colmó á todos de alegría, creyendo que seria del grupo á que se dirigian, y anunciadora, por tanto, de la hora del desembarco. Las canoas de indios que rodearon á las naves y los ademanes de paz con que les hacían acogida, aumentaban el placer de ver tan pronto cumplidos los deseos generales. La isla parecía tener unas diez leguas de bojeo, de costa limpia, tajada, alta y montuosa en el interior, con puerto hacia la parte del Sur. Eran las condiciones que se apreciaban tan buenas como el aspecto; pero desconocíanlas el Adelantado, comparándolas con las que tenían las islas de Salomón, desengañado al fin de ser descubrimiento nuevo.

Á poca distancia de esta isla, designada con nombre de la *Magdalena* por el santo que rezaba el Calendario, se reconocieron otras tres: una á cosa de treinta millas al Noroeste, que apellidaron *San Pedro*, y se calculó tener doce de perímetro: era baja, con arboleda; otra en la misma dirección, nombrada *Dominica*, con llanadas y altos y mucha gente; una tercera que se llamó *Santa Cristina*, de unas treinta millas de circunferencia, como tres distante de la anterior, con canal hondable. A todas cuatro dió el Adelantado nombre general de *Marquesas de Mendoza*, en memoria del Mar-

Cristóbal Suárez de Figueroa entre *Los hechos de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*, Madrid 1613, y la más extensa, publicada por D. Justo Zaragoza, con título de *Historia del descubrimiento de las regiones austriales, hecho por Pedro Fernández de Quirós*, Madrid, 1876-1882; tres tomos en 4.<sup>o</sup>, que forman parte de la *Biblioteca Hispano Ultramarina*.



qués de Cañete, su patrono, y es de presumir pertenecieran al archipiélago modernamente conocido por *Nuka Hiva*.

Reconocida la de *Santa Cristina*, con desembarco de gente, ceremonias de posesión, actos religiosos y escaramuza con los indios, que en disposición hostil recibieron á los huéspedes, hicieron vela, navegando por cálculo cuatrocien-  
tas leguas al Oeste antes de ver otras isletas nombradas de *San Bernardo* en razón á haberlas encontrado el dia de este santo, el 20 de Agosto. No se supo si estaban pobladas por no acercarse los navíos, juzgándolas de escasa importancia, ni lo hicieron en otra á que dieron el nombre de *Solitaria* porque, adelantándose la goleta con objeto de cortar leña, informó estar rodeada de bajíos peligrosos.

A todo esto no parecían las de Salomón, habiendo cami-  
nado más de mil quinientas leguas desde Lima; empezaba á escasear el agua, sin compensar la abundancia de regalos, y había pasado la influencia de la novedad que en aquellos días distrajo á los ánimos.

Se significaban las murmuraciones y quejas de la gente, llamándose á engaño, con síntomas de más grave perturba-  
ción, contenidos al avistar el 7 de Septiembre otra isla grande, no de las buscadas, ciertamente, por tener en el interior un volcán en actividad, señal de reconocimiento que no cabía confundir con otra. Viéronla de noche, alúmbrada por aquel faro natural de sinistro fulgor para la almiranta, que desapareció al descargar una turbonada con tremendo aguacero. Aquella mañana había comunicado su Maestre que, por lle-  
var poco lastre y estar casi del todo consumida la aguada, iba la nave muy celosa, y á esta causa no sufria vela, por lo cual se juzgó que, sorprendida por alguna ráfaga, había zozo-  
brado, sumergiéndose con 182 personas que tenía á bordo, la mitad de las de la expedición, y lo confirmaron las diligen-  
cias que en los días siguientes se hicieron buscándola.

Con el suceso se entristecieron mucho más los ánimos, ya persuadidos de que marchaban al azar, perdidas las huellas de la tierra en que se habían propuesto hacer la instalación. Esta isla nueva, situada en 11º de latitud, al Noroeste de las



Nuevas Hébridas, estaba habitada por gente de color oscuro y cabellos crespos, la piel labrada con rayas de colores, que salían al encuentro de los navíos en canoas apareadas, armados de arcos y flechas, macanas y arpones de hueso. La galeota dió con una bahía á que el Adelantado puso por nombre *Graciosa*, que tal era ella, teniendo circuito de cuatro leguas en la parte occidental de la isla, al Sur del volcán ya dicho. El puerto escogido dentro de la bahía tenía copioso manantial, pueblos de indios, caza de volatería y puercos salvajes, labranzas y frutales, concurriendo con estas circunstancias la de un cacique nombrado Malope, que, mostrando por los advenedizos admiración y afecto amistoso, les proporcionó alimentos abundantes, llevados por los indios.

Bojearon los navíos pequeños la isla, presumiendo tenía más de cien leguas; reconocieron otras dos medianas, tres pequeñas y arrecifes sin fin que corrían al ONO. Hallaron otros puertos, mucha choza en las playas é interior de gente suelta y aguerrida, formando juicio de ser lugar propio para fundar población, aunque no por todos, que ya muchos suspiraban por dar vuelta al Perú, contradiciendo á lo que les estorbara.

Decidida la estancia, mientras marineros y soldados desmontaban el terreno, construían barracas de abrigo y procedían á la fábrica más detenida de fortaleza y casas, dirigiendo los trabajos el Maestre de campo, se estaba á bordo el Adelantado sin mostrar grande interés ni mímina molestia; censurable conducta que, unida á la debilidad de su carácter, provocó inquietudes. De la insubordinación al motín pasaron muy pronto los soldados, desmandándose por la isla, matando por el prurito de hacer mal al buen Malope, al cacique á quien debían tantos beneficios. Desde aquel momento tuvieron á los salvajes en guerra abierta, y les fué preciso procurarse los víveres á fuerza de armas; y como la escasez de aquéllos, la influencia del clima, el trabajo continuado, desarrollaron enfermedad mortifera, careciendo de médicos y de medicinas, la vista aterradora de los moribundos acabó con los resquicios del respeto, sacando al Adelantado de la



pasividad para hacer severa justicia del Maestre de campo y algunos oficiales, no por cierto con las formalidades de que la autoridad debe revestirse, sino acometiéndoles por sorpresa con una banda que los mató á puñaladas.

Pocos días después llegó la hora al mismo Mendaña, atacado de la pestilencia. Hizo testamento, que apenas pudo firmar. Dejó nombrada gobernadora á D.<sup>a</sup> Isabel Barreto, su mujer, en virtud de la cédula que tenía para nombrar sucesor á quien bien le pareciera, y á su cuñado Lorenzo designó por Capitán general <sup>1</sup>.

Con el caudillo tenía que acabar la empresa, aunque no le hubiera acompañado seguidamente á la fosa Lorenzo Barreto, herido de flecha en una de las guazárabas á que tenían que acudir todos para proporcionarse mantenimiento, porque (Quirós lo dijo) han sido muy pocas las Didos, Zenobias y Semíramis. D.<sup>a</sup> Isabel, intimidada por la actitud de los supervivientes, vióse obligada á disponer su embarque, acordado por los más sensatos hacer rumbo á las islas Filipinas, si bien protestando que llevaría de Manila sacerdotes y gente para volver á la población abandonada y acabar el descubrimiento.

Antes de emprender la travesía, anduvieron los que podían soportar fatigas tomando á los indios semillas, frutas y animales que sirvieran de repuesto; recorrieron los aparejos de la nao, que estaban en malísimo estado, y discutieron si convenía embarcar toda la gente en ésta, mejor que exponer á los que tripulaban la galeota y la fragata á las contingencias del viaje; pero los capitanes y dueños de estas embarcaciones, Felipe Corzo y Alonso de Leyva, por todo pasaban antes que abandonar sus barquichuelos sin cubierta, afirmando que navegarían de conserva, sin necesidad de auxilio, con lo cual, llevado á bordo el féretro de D. Álvaro de

<sup>1</sup> «Murió, al parecer de todos, como de él se esperaba (escribía Quirós). Todos le conocimos muchos deseos de acertar; era persona celosa de la honra de Dios y del servicio del Rey, y á quien las cosas mal hechas no parecían bien. Era muy llano; no largo en razones; él mismo decía que no las esperasen de él, sino obras.» Murió el 18 de Octubre de 1595.



Mendaña, y quedando enterrados en la isla 47 compañeros, los demás, si enfermos casi todos, alegres con la decisión que les parecía término de los trabajos, dieron la vela el 18 de Noviembre, saliendo de la bahía Graciosa los tres navíos, raro ejemplar de escuadra regida por una mujer.

Doña Isabel Barreto, dicho sea en verdad, mostró, en los tres meses empleados en trasponer las novecientas leguas de camino, condiciones poco comunes en su sexo, no tanto por los extremos con que hacia respetar su autoridad y cuidaba del prestigio de su persona, ni tampoco por el desprecio de los peligros, que es de notar, como por la indiferencia con que veía los horribles padecimientos de los dolientes, de las otras mujeres y los niños, estando en su mano mitigarlos.

Cuéntelo el piloto mayor:

«La paz no era mucha, cansada la gente de la mucha enfermedad y poca conformidad. Lo que se veía eran llagas, que las hubo muy grandes en pies y piernas; tristezas, gemidos, hambre, enfermedades y muertos, con lloros de quien les tocaba; que apenas había dia que no se echasen á la mar uno y dos, y dia hubo de tres y cuatro; y fué de manera, que para sacar los muertos de entre cubiertas no había poca dificultad. Andaban los enfermos con la rabia arrastrados por lodos y suciedades que en la nao había. Nada era oculto. Todo el pío era agua, que unos pedían una sola gota, mostrando la lengua con el dedo, como el rico avariento á Lázaro. Las mujeres, con las criaturas á los pechos, los mostraban y pedían agua, y todos á una se quejaban de mil cosas. Bien se vió aquí el buen amigo, el que era padre ó era hijo, la caridad, la codicia y la paciencia en quien la tuvo, y se vió quien se acomodó con el tiempo y con quien así lo ordenaba.»

Es decir, con D.<sup>a</sup> Isabel, que habiendo puesto las llaves de la despensa en manos de un criado de su confianza, lo escatimaba todo más de lo necesario, y era larga en gastar para sí y en lavar con agua dulce la ropa, respondiendo á las observaciones: «¿De mi hacienda no puedo hacer yo lo que quiero?»



«El piloto mayor trató por veces de este pleito, presentando las reclamaciones de los marineros para que les diese de comer y de las botijas de vino, aceite y vinagre que tenía, ó que se las vendiese á trueque de su trabajo, ó que ellos le darían prendas, ó pagarián en Manila, ó la darían otro tanto de lo mismo....., y le dijo que «mucho peor era morir que no »gastar».

»Contestó que más obligación tenía á ella que no á los marineros que hablaban con su favor de él, y que si ahorcase á dos, los demás callarian.»

Interesan todavía las palabras con que Fernández de Quirós describe el estado de la nao:

«Por tener las jarcias y velas podridas, por momentos había que remendar y hacer costuras á cabos; era el mal que no había con qué suplir. Iba el árbol mayor rendido por la carlinga; el dragante, por no ser amordazado, pendió á una banda y llevó consigo al bauprés, que nos daba mucho cuidado. La cebadera, con todos sus aparejos, se fueron á la mar, sin cogerse cosa de ella. El estay mayor se rompió segunda vez: fué necesario del calabrote cortar parte y hacer otro estay, que se puso ayudado con los brandales del árbol mayor, que se quitaron. No hubo verga que no viniese abajo, rompidas trizas, ostugas, y tal vez estuvo tres días la vela tendida en el combés por no haber quien la quisiese ni pudiese izar, y trizas de 33 costuras. Los masteles y velas de gavia, verga de mesana, las quitamos todas para aparejar y ayudar las dos velas maestras con que sólo se navegaba. Del casco del navío se puede decir con verdad, que sólo la ligazón sustentó la gente, por ser de aquella buena madera de Guayaquil, que se dice Guatchapeli, que parece jamás se envejece. Por las obras muertas estaba tan abierto el navío, que á pipas entraba y salía el agua cuando iba á la bolina.

»Los marineros, por lo mucho que tenían á que acudir, y por sus enfermedades, y por ver la nao tan falta de los remedios, iban ya tan aborridos, que no estimaban la vida en nada; y uno hubo que dijo al piloto mayor que para qué se cansaba y los cansaba; que más valía morir una que mu-



chas veces; que cerrasen todos los ojos y dejasesen ir la nao á fondo.

»Los soldados, viendo tan largos tiempos (porque ninguno es corto á quien padece), también decían su poco y mucho; y tal dijo que trocaría la vida por una sentencia de muerte en una cárcel, ó por un lugar de un banco en una galera de turcos, adonde moriría confesado, ó viviría esperando una victoria ó rescate.....

»La *Salve* se rezaba á la tarde, delante de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que fué todo el consuelo en esta peregrinación.»

Por tan escasas se tenían las probabilidades de que esta nao llegara á salvamento, que la galeota y la fragata la abandonaron hurtando el rumbo de noche. Sin embargo, así y todo, pasó entre las islas de los Ladrones, y recaló al cabo San Agustín en la de Luzón, donde acabaron de alborotarse los expedicionarios, pretendiendo embarrancarla por no emplear algunos días más barloventeando para entrar en la bahía de Manila, y por vengarse de la avaricia de la Gobernadora perdiendo el bajel. Lo impidió un alcalde de la costa, que trajo á bordo refrescos y sirvió de práctico hasta fondear en Cavite el 11 de Febrero de 1596.

La gente de mar fué á visitar la nao como cosa digna de ver, admirada de que hubiese llegado al término del viaje.

Habían fallecido desde la salida de la isla Graciosa 50 personas, cifra que, unida á la de los muertos allá y á la de los desaparecidos, arroja un total de 270, al que hay que agregar las que embarcaron en la fragata, que nunca más pareció. La galeota fué á parar á Mindanao, con extrema necesidad de vítualia.

A pocos días de la llegada á Manila murieron diez de los enfermos; otros cuatro acabaron para el mundo entrando en religión, y dió fin la tragedia como las comedias suelen acabar; pues siendo por entonces pocas las españolas que había en las islas Filipinas, las que llegaban viudas en la nao *San Jerónimo* se volvieron á casar á su gusto con hombres principales, sin excepción de la gobernadora D.<sup>a</sup> Isabel Barreto,



que entregó su mano y jurisdicción á D. Fernando de Castro, caballero de Santiago y general de galeones de la Carrera de las islas, al cumplir el año de tocas.

Reparada en tanto la nave *San Jerónimo*, volvió á dar la vela de Cavite el 10 de Agosto de 1597, conduciendo al matrimonio y al piloto mayor Fernández de Quirós, algo tarde ya con relación á los tiempos de la derrota, como lo experimentaron, sufriendo tormentas é incomodidades; mas llegaron sin accidente al puerto de Acapulco el 11 de Diciembre, y antes que se dispersaran los testigos, en 23 de Enero siguiente, se formó en Méjico expediente é información de ocurrencias de la jornada <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hay copia en la Dirección de Hidrografía, A-1.<sup>a</sup>, *Expediciones de 1519 á 1697*, tomo II.



## XI.

### ÚLTIMOS SUCESOS DEL REINADO.

1597-1598.

Gran armamento en Ferrol.—Escuadras y jefes.—Se adelantan las de Inglaterra.—Atacan á las islas Terceras.—Las burlan las flotas de Indias.—Nueva jornada contra las islas Británicas.—Fracasa como las anteriores.—Causas.—Motín en Bretaña.—Entran los ingleses en Lanzarote y en Puerto Rico.—Recházanlos en Campeche.—Paz de Vervins.—Evacuación de Blavet por consecuencia.—Saqueo de Patrás.—Muerte del rey Felipe II.



EMOS de llevar á la imaginación en este capítulo de mar en mar, como el delfín que va por todos con la nariz al viento, siguiendo á las escuadras que España é Inglaterra disponían con propósitos de desquitar quebrantos. La primera, nuestra nación, con órdenes apretadas del Rey, restauraba navés restadas al siniestro del año anterior sobre el cabo Finisterre en el día memorable de San Simón y San Judas; fletaba ó embargaba las de extraños y propios, acopiaba municiones y juntaba soldados, en monta que traía á la memoria las prevenciones de la «Armada Invencible». Ahora servía la ría de Ferrol de lugar céntrico á los navíos convocados en Guipúzcoa y Vizcaya, en Lisboa, en Andalucía y en Italia, componiendo escuadras mandadas por Aramburu, Antonio de Urquiola, Bertendona, Villaviciosa, Oliste, Zubiaur, bajo la jefatura del Adelantado mayor de Castilla, D. Martín de Padilla, capitán general, y de D. Diego Brochero, almirante.



Debieron estas fuerzas repetir la jornada contra Inglaterra aprovechándose de la ventaja de contar con el puerto de Calés en el Canal de la Mancha, y en Bretaña, no sólo ya el de Blavet, sino también el de la Roca de Primel, sorprendido por unos cuantos soldados que subieron por sitio increíble<sup>1</sup>. Debián de paso favorecer al Duque de Mercoeur, cuya situación iba siendo cada vez más apurada; dar la mano á los irlandeses, que pedían incesantemente socorros; reconocer si bienamente se podía recuperar la península del puerto de Brest, y aprovechar para cualquiera de estas empresas la buena estación, activando los preparativos, bastante atrasados, aunque desde el mes de Febrero se contaba con 84 navíos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Carta de D. Juan del Águila al Rey, fecha á 13 de Mayo de 1596. París, Archivo Nacional, K. 1598, pieza 117.

<sup>2</sup> Relación de los navíos del armada del mar Océano, así de S. M. como de particulares naturales y extranjeros, que se hallan en este puerto de Ferrol el 5 de Febrero de 1597. Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.273.

## Toneladas.

## NAVIOS DE S. M.

1.200	Galeón <i>San Pablo</i> , capitana real, de la fábrica de D. Juan de Cardona.
1.000	San <i>Pedro</i> , almiranta general.
900	San <i>Bartolomé</i> .
600	San <i>Mateo</i> , de la fábrica nueva de Rentería.
600	San <i>Juan Bautista</i> .
500	San <i>Gregorio</i> .
500	San <i>Marcos</i> .
450	San <i>Lucas</i> .
450	San <i>Agustín</i> .
250	Nave <i>Catalina</i> .
200	» <i>San Rafael</i> .
70	Galizabra <i>Esperanza</i> .
120	Filibote <i>Galga blanca</i> .
200	Urca <i>Paciencia</i> .
305	Galeoncete <i>Espritu Santo</i> , capitana de Pedro López de Soto.
220	Navío <i>Fe</i> , su almiranta.
96	» <i>Caridad</i> .
400	Galizabra <i>Santiago</i> .
430	» <i>Fe</i> .
80	Patache <i>Santiago</i> , inglés.

8.271 20.

## NAVIOS DE PARTICULARS.

1.200	Galeón <i>Almiranta</i> , de Ivella.
550	» <i>Santiago</i> , de Gurpide.
450	Urca <i>San Juan Bautista</i> .
100	Patache <i>Escocés</i> .
170	<i>Flor de la mar</i> .
100	<i>Enrique</i> .



Los ingleses, por su lado, no se descuidaban, preparando armada de no menor consideración, contadas 120 naves grandes y pequeñas, al mando del Conde de Essex, teniendo por subordinados á los almirantes Tomás Howard y Walter

Toneladas.

NAVIOS DE PARTICULARES.

60	<i>Juliana.</i>
1.000	<i>Galeón Misericordia</i> , capitana, de Portugal.
900	» <i>San Mateo y San Francisco.</i>
200	<i>Navio San Pedro</i> , veneciano.
80	<i>Patache Delfín</i> , de Olona.
80	» <i>Santa Isabel.</i>

4.890 12.

URCAS ALEMANAS.

600	<i>León dorado</i> , capitana de las de Lisboa.
500	<i>Corona</i> , de Lubeque, capitana, de Sevilla.
400	<i>Pelícano.</i>
400	<i>Aguila.</i>
400	<i>Rey David.</i>
400	<i>Grifo.</i>
400	<i>Angel</i> , de Alartgrub.
300	<i>Angel</i> , de Hermán Redes.
150	<i>Angel</i> , de Hermán Vic.
150	<i>Eitor.</i>
300	<i>Unicornio.</i>
400	<i>Rosa dorada.</i>
170	<i>Gallo negro.</i>
300	<i>Davíd</i> , de Auzmonde.
300	<i>Barca</i> , de Lubeque.
300	<i>Cuatro hijos</i> , de Amon.
250	<i>San Jorge.</i>
150	<i>Estrella.</i>
200	<i>Jónás.</i>
170	<i>San Daniel.</i>
180	<i>Santa María.</i>
300	<i>El moro.</i>
200	<i>Perro del agua.</i>
220	<i>Josué.</i>
140	<i>San Rafael.</i>
200	<i>Presa</i> , de Dinamarca.

7.760 27.

URCAS FLAMENCIAS.

400	<i>Sansón.</i>
160	<i>Mar Bermejo.</i>
240	<i>Angel</i> , de Tomás de Ausín.
200	<i>Caballero de la mar.</i>
260	<i>San Juan.</i>
150	<i>Cazador.</i>
80	<i>Moza</i> , de Riga.
150	<i>Fortuna</i> , de Enrique.
150	<i>Fortuna</i> , de Corniele Lesclos.
400	<i>Fortuna mayor.</i>
150	<i>Fortuna</i> , de Juan Jacome.
230	<i>Santiago</i> , de Sevilla.
70	<i>Santiago</i> , de Cornieles.



Raleigh, y al de Holanda, que se incorporó con 25 navíos <sup>1</sup>, y habiendo sido más diligentes, salieron de Plymouth el 9 de Julio con intención de atacar á Ferrol y destruir nuestros bajeles antes de que estuvieran en disposición de hacerles daño; mas una tormenta se lo ocasionó á ellos grave, dispersándolos, y fueron á juntarse en las islas Terceras, en prosecución de la segunda parte del programa, dedicada, como siempre, á las flotas de Indias.

Walter Raleigh, primero en llegar, por no perder el tiempo desembarcó en Fayal, tomando las insignificantes defensas que los naturales tenían, con lo que disgustó mucho á Essex, así por haberlo hecho sin orden suya, como por no esperarle. Era un motivo más que atizaba su rivalidad por los favores de la Reina, y que estuvo á punto de acelerar el desenlace trágico en las islas <sup>2</sup>. Juntos fueron entonces á la de San Miguel, y acometieron á Villafranca sin formalizar el amagó, vistas las mayores probabilidades de perder que de ganar <sup>3</sup>.

## Toneladas.

## URCAS FLAMENCIAS.

200	<i>Abraham.</i>
120	<i>Oso.</i>
200	<i>Cazador de venados.</i>
200	<i>Paloma azul.</i>
160	<i>Cabeza.</i>
160	<i>Ruisenor.</i>
300	<i>Sansón.</i>
200	<i>Santa Catalina.</i>
300	<i>Ciervo volante (cometa).</i>
160	<i>Vaca pintada.</i>
200	<i>León rojo.</i>
150	<i>León dorado chico.</i>

4.990 25.

## RESUMEN.

## Navíos. Toneladas.

Del Rey.....	20	8.271
De particulares.....	12	4.890
Alemanas.....	27	7.760
Flamencas.....	25	4.990
	84	25.911

<sup>1</sup> Barrow, Le Clerc, Payne.

<sup>2</sup> El Conde de Essex fué decapitado en Londres el año siguiente, recobrando Raleigh el valimiento.

<sup>3</sup> Hay dos relaciones, escrita la una por el gobernador Gonzalo Vaz Coutiño, con título de *Historia do successo que na ilha de S. Miguel ovve com armada ingresa, que*



Las flotas españolas no estaban en aquellos puertos. Lo que los ingleses pudieron averiguar era que guiándolas el general Juan Gutiérrez de Garibay, el mismo que con D. Bernardino de Avellaneda había batido á los restos de la escuadra de Drake sobre la isla de Pinos, al saber que tantas naves le esperaban, se había refugiado en Angra (isla Tercera), mientras ellos andaban por las otras; había desembarcado el tesoro, poniéndolo en el castillo; montado en la playa baterías con las piezas gruesas de los galeones, y atrincherado los aproches de manera que haría arriesgado y dudoso el ataque. La exactitud de los informes quiso comprobar por sí mismo el Conde de Essex, acercándose á reconocer el surgidero de Angra á tiro de cañón con harta certeza por recibir su capitana, en el corredor de popa y en el timón, dos que la obligaron á tomar distancia, situándose en crucero en el canal, esperando que algún día se determinaran á salir los navíos codiciados.

En ello pensaba Garibay después de reunir en consejo á los capitanes <sup>1</sup>, optando, entre el riesgo de pasar entre 150 bajeles enemigos y el de afrontar los temporales probables de equinoccio en una rada abierta, por el primero, lo que verificó con gran inteligencia y rara fortuna. Encontró en el camino á la escuadra de William Monson, insuficiente para detenerle; y aunque ésta hizo señales y envió avisos á las de su misma bandera, no acudieron á tiempo, logrando Garibay entrar en Sanlúcar con el tesoro, aplaudido de propios y extraños por la acción que le acreditaba de valeroso capitán y buen marinero. Dijeron escritores ingleses haber caído en poder de sus naves tres de las rezagadas españolas que valian

*sobre a ditta ilha foy sendo Gobernador...., fidalgo da casa de S. Magestade, etc., do seu Conselho. Dirigida a Magestade Real de Dom Pheilipe Terceiro de Portugal deste nome. Escrita pello mesmo Gonçalo Vaz Coutinho. Com todas as licenças necessarias. En Lisboa. Por Pedro Craesbeeck, Impressor del Rey. La otra más breve es Relaçam do succedido na ilha de Sam Miguel sendo Gobernador nella Gonçalo Vaz Covtinho, com a armada Real de Inglaterra, General Roberto de Borevs, Conde de Essexia. Anno 1597. En Lisboa, em casa de Alexandre de Siqueira.*

<sup>1</sup> Colección Navarrete, t. xix.—Colección Sans de Barutell, números 1.159, 1.161 y 1.301.



400.000 ducados, sin dejar de reconocer que no se costeaba con tal suma la expedición malograda <sup>1</sup>.

Entretanto, habiendo despachado de Ferrol á Carlos de Amezola con siete galeras y 1.000 infantes destinados á Bretaña, pasó muestra el Adelantado de Castilla á su armada, resultando efectivos en 1.<sup>º</sup> de Octubre 136 navíos de 34.080 toneladas, 24 carabelas, 8.634 soldados, 4.000 marineros; en todo, 12.634 personas y 300 caballos, debiendo agregarse Marcos de Aramburu con la escuadra de Andalucía, compuesta de 32 navíos, conduciendo dos tercios de infantería de Nápoles y uno de Lombardía <sup>2</sup>. Todás estas embarcaciones no se encontraban en estado satisfactorio á pesar de haberse empleado un año en prepararlas; estaban muy escasas de víveres y municiones, por lo cual salía la gente de mala gana á la jornada <sup>3</sup>; mas las órdenes del Rey no consentían mayor dilación, apremiando á la salida por dos razones de gran fuerza en verdad: la una, el adelanto de la estación otoñal; la otra, la ausencia de las escuadras inglesa y holandesa en la imprudente, y desgraciada para ellas, empresa de las Terceras, que dejaba abierto el canal de la Mancha é indefensas sus costas. Ni se consintió á D. Martín de Padilla que esperase á la escuadra de Aramburu, detenida por vientos contrarios en la costa de Portugal; la grande Armada salió de la Coruña con instrucción de encaminarse á Falmouth, punto de Inglaterra elegido para la invasión.

Puestos á la vela el 19 de Octubre con buen tiempo, llegaron en tres días al canal de Inglaterra, donde se les volvió contraria la voluntad de Bóreas, desatándose con fuerza tan poco ordinaria, que por resistirla á la capa desar-

<sup>1</sup> Trafa Garibay de la Habana cuarenta y tres naos cargadas y diez millones de pesos. León Pinelo anotó en el Registro del Consejo de Indias que por este servicio le concedió el Rey, por cédula de 30 de Diciembre, el estandarte que llevaba en la capitana. Entiendo que la merced sería de arbolar aquel estandarte, ó sea insignia de Capitán general en concurrencia de escuadras mandadas por generales más antiguos ó graduados, que era gran distinción. Al decir de Lingard, las presas hechas por los ingleses eran de poca consideración.

<sup>2</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>º</sup> números 1.291, 1.293 y 1.312.

<sup>3</sup> Carta del Adelantado de Castilla; la misma colección y artículo, núm. 1.299.



boló la almiranta de Brochero, con varios navíos grandes y más urcas, barcos poco á propósito para ponerse de orza. Fué preciso ordenar la arribada en dispersión, sin verse unos á otros, ni entender las señales, por lo que algunos se fueron á los puertos de Holanda, otros á los de Normandía y Bretaña, y todavía siete consiguieron llegar á Inglaterra en salvo. y desembarcaron 400 hombres, parapetándose, hasta que, pa-reciéndoles mucha la tardanza de la Armada, se volvieron <sup>1</sup>,

Perdiéronse durante la corrida (era natural) las pinazas y barcones que iban á remolque, y alguna que otra nave faltó, sin ocurrir el desastre fantaseado por los enemigos de España, y por algunos historiadores nuestros admitido como hecho. El 21 de Noviembre, sólo en los puertos de la Coruña y Ferrol se contaron al ancla 108 navíos <sup>2</sup>, sin los de Aramburu, no llegados todavía. No poco se perdía moralmente con la oportunidad juzgada por uno de los escritores más enemigos de nuestro país <sup>3</sup>, critica al extremo de declarar haber salvado la Providencia á Inglaterra en aquellos días por tercera vez. Y no fué tampoco escaso el desperdicio del enorme armamento, sin otra compensación que una docena de presas de buques sin valor <sup>4</sup>. Había, en medio de todo, el

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba.

<sup>2</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, números 1.308, 1.312 y 1.315.—El historiador inglés John Payne escribe que diez y ocho naves perecieron y otras se vieron obligadas á entrar en puertos ingleses y á rendirse. Le Clerc no contó más que dos galeones y cinco naves perdidas, entendiendo que las demás sufrieron mucho. Larrey reduce los naufragios á un navío arrojado por el temporal á la costa de Dartmouth. Lingard supone se perdieron diez y seis naves en el golfo de Cantabria; en Inglaterra no anota ninguna. Levot, *Histoire de la ville de Brest*, refiere con visos de verdad haber entrado en la bahía de Camaret cinco carabelas separadas de la flota. El gobernador Sourdeac las atacó con seis navíos, y haciendo buena defensa se largaron. Otra carabela embarrancó en la costa el dia siguiente (7 de Noviembre); la tripulación quedó prisionera. De nuestra parte, escribió un fraile en la Coruña, á vuelta de viaje, que se había perdido el galeón *San Lucas*, una urca y otro bajel, y días después el galeón *San Bartolomé*, con toda la gente, y noventa mil ducados, *según se decía*. En lo que tenía certeza era en llegar la gente muy enferma de hambre y trabajo, por lo que había temores de que se desarrollase la pestilencia. (Academia de la Historia. Colección de Jesuitas, legajo titulado *Carlos V, Felipe II y Felipe III*.)

<sup>3</sup> Larrey.

<sup>4</sup> Colección Navarrete, t. XXXVI.—Colección Sans de Barutell, art. 6.<sup>o</sup>, núm. 171.



consuelo de no contarse la honra entre las partidas fallidas; ninguna ha trascendido al público parecida al proceso incoado en Londres por acusación hecha contra Tomás Howard, conde de Suffolk, el vicealmirante del Conde de Essex, por recibir su mujer dinero del Rey católico <sup>1</sup>.

Hubo en esta campaña una causa influyente mantenida secreta. El sufrimiento, el miserable estado en que se tenía á los soldados de tierra y mar en Bretaña, llegado á término de incitarles á tomar lección en la funesta escuela de Flandes. Una noche del mes de Junio prendieron al Maese de campo, juntamente con los capitanes, declarándose en abierto motín, por no poder sufrir más las *terriblezas* de D. Juan del Aguilá. Escribieron cartas al Rey y al Embajador protestando lealtad y obediencia, salvo en continuar á las órdenes de D. Juan, que antes que esto preferían ser hechos pedazos.

Empezaban las cartas diciendo «no había de tenerse por cosa nueva lo determinado al cabo de tantas miserias padecidas en siete años, desacomodados de comida y ropa, que al cabo de jornada tan larga, para cuatro días de ración razonable habían pasado siete no comiendo, por lo cual habían resuelto gobernarse por sí mismos, teniendo esto por menos malo que consentir se fueran y desampararan el fuerte los soldados que, conjurados, lo querían hacer. El fuerte, por S. M. conservarían y defenderían, esperando el desagravio.....» <sup>2</sup>.

Con la ocurrencia se agravó lo que no hay que decir la situación de Bretaña, cudiendo por la armada del Adelantado

<sup>1</sup> John Barrow.

<sup>2</sup> Los documentos relativos al motín, cartas, consultas, despachos del Consejo de Guerra, se guardan en París, Archivo Nacional, K, 1.600 y 1.601. Informaba don Mendo de Ledesma que ningún desmán habían cometido, y que guardaban toda especie de consideraciones á D. Juan del Águila. «Un bellaco, ó dos malos cristianos de los de Blavet, trataron con el enemigo, y los amotinados, cómo gente de bien, á la hora colgaron al uno de un pie, y á los otros tienen para hacer lo mismo.» Ledesma.—«Un mosquetero dijo: «Mucho se tarda S. M. de dar remedio á lo que le pedimos; si hubiéramos escrito lo que han hecho los de Calés, que era decir que si dentro de un mes no llegaba que entregáramos la plaza al enemigo.....» Los demás le hicieron información, y otro día, en medio de todos, se le dió grito.» (Ledesma, K, 1.601, pieza 20.)



el descontento. Hubo que purgarla de elementos dañados, reorganizándola.

En el curso del año mismo 1597 emprendió el Conde de Cumberland la décima y última de las expediciones hechas á las islas Terceras en busca de las flotas de Indias sin dar nunca con ellas. Esta vez llevaba 20 navíos y 2.000 hombres de desembarco con idea de extenderse á las Indias si la suerte seguía siéndole adversa; y como así le sucedió en el crucero, hizo rumbo á las Canarias, desembarcando sin oposición en Lanzarote. La pobreza de los habitantes no proporcionó á sus navíos más que algunas pipas de vino y poco ganado, con que hubo de contentarse, refrescando la provisión que necesitaba para atravesar el Atlántico. Consiguió en Puerto Rico lo que no pudo Drake con mucha mayor fuerza y resolución: apoderarse de la ciudad por no haber ahora en el puerto naves de guerra que lo guardaran; la defensa estaba confiada á los vecinos, que no tenían fortificación donde apoyarla. Cumberland se posesionó en los primeros días de Agosto, sin encontrar en los registros lo que constantemente buscaba, la plata; mas hubieron de agradarle las condiciones de la tierra como á propósito para estación, y pensó crearla sin contar con los efectos del clima, desastrosos en su gente. Las enfermedades se la mermaron en dos terceras partes en poco tiempo, obligándole mal de su grado á dejar el puerto y volver á Inglaterra el 23 de Noviembre, embarcando por mejores trofeos el órgano y las campanas de la iglesia <sup>1</sup>.

Entonces, como había ocurrido en Cádiz, se reconoció la necesidad ó la conveniencia de construir el castillo del Morro en la boca del puerto y de establecer presidio militar, que condujo D. Francisco Coloma <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Abbad y Lasierra: *Historia de Puerto Rico*, anotada por Acosta. En la Biblioteca Nacional, manuscrito, E. 12, f. 405, cuenta las ocurrencias. *Relación que da un marinero llamado Juan Booquel, natural de la campiña de Bravante, venido de Inglaterra, habiéndose hallado en el último viaje de Indias hecho por el Conde de Cumberland y á su entrada y salida de San Juan de Puerto Rico. Año 1598.* La expedición, dice Barrow, no se costeó.

<sup>2</sup> Don Francisco Coloma, hijo del primer Conde de Elda, caballero de San Juan de Jerusalén, mandó la escuadra de galeras del estrecho de Gibraltar, y después la de



Probablemente fueron navíos de la armada del Conde de Cumberland los que atacaron á Campeche desembarcando de noche. El pueblo les obligó á retirarse, herido el capitán William Parker, que hacia cabeza, con pérdida de bastante gente y de un patache<sup>1</sup>.

El año 1598 se inició barruntando paces con Francia. El rey D. Felipe, doliente y acabado, las deseaba por no dejar á su sucesor los negocios tan complicados como andaban, y se abrieron las negociaciones en Vervins, presentándose como mayores dificultades las exigencias del Duque de Mercoeur por una parte y por otra las pretensiones del rey de Francia á la entrega del fuerte de Blavet en la disposición en que los españoles lo tenían, con artillería y municiones. Los plenipotenciarios de España insistían en demolerlo y retirar la guarnición y pertrechos, y al fin así quedó acordado, firmándose el convenio el 2 de Mayo, con expresa condición de no publicar la paz en el plazo de un mes, con objeto de ordenar lo necesario para la evacuación de Bretaña y dar garantías á los intereses de su Duque, calurosamente sostenidos por los negociadores de D. Felipe<sup>2</sup>. Quedó estipulada la devolución de la plaza de Calés con algunas más, y en lo referente á Blavet se cumplieron las condiciones, embarcando en la escuadra ligera de Pedro de Zubiaur artillería, municiones, pertrechos y víveres, sin quedar en Bretaña más que 60 soldados enfermos<sup>3</sup>.

la guarda de las Indias. Cruzó en las Terceras con diez galones, apresó varias naves inglesas y diez holandesas; hizo afortunados viajes con las flotas del tesoro. Hay relaciones de sus campañas en la *Colección Navarrete*, t. xxiii, números 75, 76 y 77, y en la de *Sans de Barutell*, art. 3.<sup>o</sup> 678, números 680, y art. 4.<sup>o</sup>, números 1.108, 1.110 y 1.219.

<sup>1</sup> Fr. Diego López Cogolludo: *Historia de Yucatán*.

<sup>2</sup> Enrico Caterino Davila: *Storia delle guerre civili di Francia*. Relativamente á los manejos del Duque de Mercoeur difieren mucho los juicios: nuestro Antonio Herrera (*Historia general del mundo*) consigna que se fué á Hungría á la guerra contra los turcos, portándose como valeroso caballero y gran soldado; una dama francesa, Mme. Barbé (*La Bretagne, son historie, son peuple*) refiere que si este *trigante bretón* fué entonces perdonado, mezclándose, andando el tiempo, en el complot de Birón, murió en el patíbulo en la plaza de la Grève.

<sup>3</sup> *Carta de Pedro Bravo de Buitrago*, á 4 de Septiembre. París, Archivo Nacional, K, 1601, pieza 25.



Desatendidos con este motivo los cruceros que se habían conservado en aquellas costas, se echaron á la mar muchos corsarios de menudeo, aunque el referido Zubiaur tuvo á las órdenes 40 filipotes ó pataches<sup>1</sup>, é hizo escarmiento en los que vinieron á las costas de Galicia<sup>2</sup>.

Los holandeses continuaron ensanchando sus operaciones á impulsos de las compañías; este año despacharon ocho naves hacia la India Oriental por el cabo de Buena Esperanza, varias á la costa de África, que intentaron apoderarse de la isla del Príncipe, y hasta el número de 80 en varias direcciones, ensayo de las empresas que habían de acometer muy pronto<sup>3</sup>.

La Escuadra real armada este año por el Adelantado de Castilla fué de 60 navios con 2.000 hombres de mar, 4.000 de guerra y raciones para seis meses<sup>4</sup>. Parte se ocupó en cruceros que amparasen la llegada de las flotas, con la sensible pérdida en uno de ellos del general Joanes de Villaviciosa, que murió á vista de la isla del Cuervo, en las de Azores; mas las flotas llegaron, batiendo la de D. Luis Fajardo y almirante Sebastián de Arancibia á los corsarios ingleses que la esperaban sobre el cabo de San Vicente<sup>5</sup>.

Poco hay que referir de lo pasado en el Mediterráneo al cerrar con la cuenta del año las partidas de un período tan fecundo: los corsarios turcos infestaban las costas del reino de Nápoles á pesar de la tregua subsistente, como los berberiscos lo hacían en las de España sin tregua, y era necesario de vez en cuando algún escarmiento que tuviera á raya á unos y á otros. Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,

<sup>1</sup> Relación de la gente embarcada en los navios del cargo del general Pedro de Zubiaur. Coruña, 5 de Enero de 1598. Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.316.

<sup>2</sup> Presa de siete navios que andaban haciendo daño en la costa. Idem id. Había escrito D. Mendo de Ledesma: «De la Rochela han salido once navíos de 40 á 50 toneladas, y el que va por Capitana de 80, el cual va en nombre de Gabriela, esa mujer que anda tras el de Bearne. Van hacia la costa de España.» (París, Archivo Nacional, K, 1601, pieza 70.)

<sup>3</sup> Le Clerc.

<sup>4</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.317

<sup>5</sup> León Pinelo: Registro del Consejo de Indias.



general de las galeras de Nápoles, descendiente de D. García, tomó á cargo el de los primeros con desembarco en Morea, en que sorprendió á Patrás y la entró á saco con gran matanza (1595)<sup>1</sup>. A los berberiscos también se los aplicaron las escuadras, haciendo bastantes presas. El Capitán general de la mar, Príncipe de Melfi, anduvo ocupado en cuestiones de preeminencia y etiquetas, á falta de empresa militar que requiriera su dirección y presencia. Pudo lucir tan sólo la galera real en viaje desde Barcelona á Génova (1595) conduciendo al Archiduque Alberto, heredero de los estados de Flandes por acta de abdicación en favor de la infanta Isabel Clara, su futura esposa, que firmó D. Felipe poco después de la paz de Vervins, el 6 de Mayo de 1598, con ciertas condiciones.

Se aproximaba aceleradamente el fin del monarca amado de sus súbditos, temido no menos que execrado por los que habían de reconocer la verdad con que proclamaba «estar á su cargo la defensa de la cristiandad»; del monarca genuinamente católico y español; de *el rey Prudente*, discutido y juzgado según el cristal distinto con que le miran, á medida que los tiempos pasan, creyentes y racionalistas, demócratas y monárquicos sinceros, sintéticos y analíticos. Horrible enfermedad puso á prueba la fortaleza del hombre y la resignación del cristiano hasta el momento de la muerte, ocurrida el 13 de Septiembre en una celdilla de El Escorial. Leíase en ella:

En este estrecho recinto  
Murió Felipe segundo,  
Cuando era pequeño el mundo  
Al hijo de Carlos quinto.  
Fué tan grande su vivir  
Que sólo el alma vivía,  
Pues ya ni aun cuerpo tenía  
Cuando acabó de morir.

<sup>1</sup> Carta de Juan de Mosquera, de Roma. (Academia de la Historia. *Colección de jesuitas*. Legajo titulado *Carlos V, Felipe II y Felipe III*.)



## XII.

### CONSIDERACIONES GENERALES.

1556-1598.

Despegó del Rey á la marina.—Consecuencias que tuvo.—Lentitud de los armamentos.—Mala administración.—Decadencia del comercio y de la pesca.—Juicio conforme de los historiadores.—Reclamaciones y lamentos.—Construcción naval.—Naves y galeras.—Artillería.—Equipaje.—Navegación.—Hidrografía.—Escritores de marina.—Sus obras.



EJOS de tener el rey Felipe II la afición de su padre á los barcos y á la navegación, sentía, por cuanto se refiere á la mar, despegó ó antipatía instintiva, originada quizá por el mareo que le hacia sufrir<sup>1</sup>. No era á sus ojos (ya se ha visto) preferente, ni siquiera igual, el servicio que prestaban los hombres en la marina, al de los infantes en los ejércitos de tierra<sup>2</sup>; no daba crédito á opiniones tan razonadas y sinceras como las de don García de Toledo al exponerle, tratando del socorro de Malta, que los soldados reclutados en dos días eran mejores para detrás de una buena pared que para hacer muralla de sus cuerpos en las crujías de las galeras<sup>3</sup>, ó á las de otros prácticos capitanes asegurándole «que el marinero cuando es

<sup>1</sup> Fernández Duro: *La Conquista de las Azores*, pág. 147. Cartas del Rey á las Infantas, sus hijas, publicadas por Mr. Gachard.

<sup>2</sup> Tomo II, cap. xxii, pág. 388. Dictamen de Alonso Vázquez.

<sup>3</sup> Tomo II, cap. v, pág. 82.



menester sirve de soldado, y el soldado no sabe en ninguna ocasión servir de marinero».

Mientras duró la guerra con los turcos, atendió al sostenimiento de las escuadras de galeras; reparó los desastres sufridos construyendo á la vez hasta 80 vasos; y como mantuvo armados más de 100 que requerían 30.000 hombres de mar y guerra y remo, vino á persuadirse de no ser necesario el cambio de sistema de asientos que halló establecido y continuó con escasa variación, á pesar de los inconvenientes que ofrecía.

Muchas veces pudo observar la celeridad con que así los dichos turcos como los venecianos ponían á punto sus armadas, gracias á los arsenales, almacenes y repuestos con que contaban, mientras que las de España eran las últimas en acudir adonde se hacían necesarias, llegando á ser notoria en Europa su parsimonia por ejemplares tan señalados como fueron los de Malta, los Gelves y los de las jornadas de la Santa Liga. Sin embargo, debió pesar más en su política la idea de tener á devoción y sueldo á Génova, Savoya y Malta, que la del ineficaz concurso que le prestaban con excesivo costo, ya que de todos modos abatió la soberbia otomana acabando con su preponderancia en el Mediterráneo.

Acaso influyó el resultado para que, contra el consejo de los hombres de guerra y de administración, no innovara tampoco las añejas prácticas de asiento, flete y embargo que servían para formar escuadras en el Océano, aunque resultados tuviera al fin muy distintos. Ejemplos y comparaciones tampoco le faltaron. En Inglaterra vió, como consorte de la reina María, que allí no había naves con que asegurar siquiera la navegación del Canal de la Mancha, servicio que por orden suya hubieron de prestar las escuadras españolas, y luego, sin recordarlo, desestimando las indicaciones de los embajadores, lo mismo que las propuestas de los generales, del Duque de Alba, Menéndez de Avilés, D. García de Toledo, don Álvaro de Bazán, sufriendo vejaciones y agravios sin cuenta, dejó nacer, desarrollarse é imponerse á la marina de Inglaterra.



Otro tanto ocurrió con la de Holanda; ni acudir quiso en un principio á reprimir á los mendigos de mar, ni en tiempo alguno los combatió, consintiendo hasta el día de su fallecimiento que comerciaran en los puertos de la Península como en el tiempo en que fueron sus súbditos, extrayendo la sal que fomentó sus pesquerías; el hierro con que forjaron anclas y cañones; las lanas que mantuvieron sus telares; en una palabra, las primeras materias para llegar con su elaboración á ser pueblo marítimo é industrial independiente.

Cuando quedó incorporada la corona de Portugal á las de sus Estados, una escuadra de galeones que se tomó en el Tajo pudo servir de núcleo á la marina real de vela, visto el servicio que prestó en la reducción de las islas Terceras y en los cruceros sucesivos; mas tales galeones, excelentes, no se aumentaron, ni en la organización de naos de la India oriental se fijó la atención; prevaleció la costumbre del embargo general, que privaba de naves al comercio y de brazos á la pesca, á pesar de las quejas de los armadores y mercaderes, que constituían las fuerzas vivas del país; á pesar también de las representaciones del reino en Cortes.

La formación de grandes armadas, una tras otra: en Santander, á cargo de Pero Menéndez; en Lisboa, al del Duque de Medina Sidonia; en Cádiz, al de Flores Valdés; en Ferrol, al del Adelantado de Castilla, nada adelantaban. Tras meses y meses empleados en reunirlas, salían todas á la mar sin pan y sin pólvora, delatando al desbarajuste de la Administración.

No sería justo atribuirlo al rey D. Felipe en absoluto; mas no cabe tampoco desconocer que nada hizo por su parte para remediarlo, dando con ello fundamento en sus mismos días y en los que han seguido á juicios severos.

«Falta imperdonable, dijo un historiador enemigo <sup>1</sup>, fué la de Felipe, tan gran político, descuidar la marina, habiendo de luchar con naciones que no podían defenderse ni subsistir más que por el mar. Los holandeses, que nada tenían al empezar la guerra, contaban el año de 1595 con 70.000 marine-

<sup>1</sup> Le Clerc: *Histoire des Provinces des Pays Bas*. Amsterdam, 1733.



ros, y enviaban al Mediterráneo, pasando por las costas de España, convoyes de 200 naves de comercio.»

«Felipe no podía ser grande sin ser señor de los mares. Privado de la dominación marítima, la posesión de Flandes, Nápoles, Sicilia, las Indias, se comprometía por de pronto y se perdía después irrevocablemente. La historia lo ha probado <sup>1</sup>.»

«Si cuando la Corona acometió á los rebeldes por tierra lo hiciera con una escuadra de diez navios contra sus comercios y pesquerías, y se les hubieran quitado los comercios en España, que algunos más compasivos que buenos estadistas procuraron, estuvieran rendidos <sup>2</sup>.»

Digna de transcripción, por poco conocida, me parece también otra apreciación más general <sup>3</sup>:

«Halláronse frente á frente, dice, el Rey de España y la Reina de Inglaterra, figuras gigantescas, á la cabeza del mundo, dividido en campos enemigos. Por todas partes, en los mares más apartados, combatieron sus naves. La superioridad intelectual favorecía á Isabel, que superaba asimismo á Felipe en energía, voluntad y perseverancia; en la apreciación moral de los dos adversarios, toda la ventaja estaba de parte de Felipe. De tal modo lo evidencia el estado actual de la crítica filosófica, que el protestante más exaltado, el inglés más soberbio, no podrán dejar de reconocerlo.

»Por sincera que fuese la religiosidad de Felipe, estaba, sin duda, influida por el espíritu de violencia de la época. Sin duda también comprometía un tanto á la Iglesia que servía, la solicitud con que aplicaba el manto de la religión á todos sus actos políticos. No cabe excusar la persecución por causa de creencias religiosas discurriendo que otros la prescribieron antes y que después otros la han mantenido; empero la hipocresía que asesinó á una María Stuart, desembarazándose de los instrumentos del crimen; la impudencia que durante

<sup>1</sup> Le Baron Hübner: *Sixte-Quint*. París, 1882.

<sup>2</sup> Memorial del coronel escocés Semple al rey D. Felipe III.—(Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. civ.)

<sup>3</sup> Del doctor alemán Reinhold Baumstark.

la vida entera se engalanó con el sagrado título de la virginidad; la bárbara insania complacida con arrancar lentamente las entrañas de los súbditos más fieles, sólo por ser católicos; esos rasgos, con otros muchos, marcan entre *el Demonio del Mediodía y la Furia del Norte* diferencias que no dejan entreyer la más remota semejanza. Comparado Felipe con esa mujer espantosa, se siente inclinación, no ya á justificar sus exageraciones, sino á honrarle y estimarle también por imagen de dulzura y de paciencia.

»De paciencia....., nadie como Isabel pudo apreciarla; fué necesaria la más escandalosa violación de los tratados, la piratería inaudita, para decidir al Rey de España á abandonar la calma, defecto funesto de su política, no porque el carácter estuviera en contradicción real con la lentitud de las deliberaciones, antes bien por la manía de querer hacerlo todo por sí mismo, ocupándole lo más trivial. Queriendo soportar el peso de tantos negocios, sucumbía bajo su balumba.

»Positivamente inició Isabel la hostilidad, prestando apoyo á los enemigos declarados ó secretos de Felipe, mucho antes que su desleal proceder con María Stuart obligara al Rey católico á ir al socorro de la reina martirizada, cumpliendo deberes de monarca, de cristiano y de pariente. El odio feroz de Isabel contra el nombre católico databa del día en que la Iglesia, por boca del Santo Padre, había declarado con verdad incontrastable que la hija de Enrique VIII hija era de adulterio, ilegitima é incapacitada por ende para ocupar el trono de Inglaterra. Los calvinistas rebeldes de Francia tuvieron protección constante en ella; cuando la revolución estalló en Flandes, también la dió ayuda efectiva, y por colmo, en plena paz con España, violando el derecho de gentes, se apoderó del tesoro destinado al Duque de Alba, encarcelando al Embajador español porque no creyó deber callarse. Entonces, en 1568, empezó la serie de conflictos que por espacio de veinte años prepararon la guerra.

»En ese largo intervalo de hostilidad encubierta, estaba todavía la ventaja de parte de Isabel. Sus corsarios robaban con atrocidad nunca vista las colonias españolas, demasiado



esparcidas para tener amparo eficaz. La Reina no tuvo escrúulos en asociarse con los asaltantes.

»Fracasaban en tanto por la circunspección de D. Felipe las tentativas encaminadas á libertar á Maria Stuart. Don Juan de Austria, su hermano, le parecía aventurado ó temerario <sup>1</sup>.

»Padecía de esa dolencia política que aun hoy affige al mundo católico; enfermedad de alucinación que conduce á derrochar la savia. Doquiera sostenía la causa con celo insuperable, sin aplicar á parte alguna la energía que le procurara triunfo definitivo. El que quiera contradecir esta verdad, estudie las historias de Francia, Austria y Baviera.

»Hizo Isabel perecer á la cautiva real que tenía martirizada en el invierno de 1587, y en toda Europa resonó el grito de horror que aun á los protestantes hacia enmudecer avergonzados. La catástrofe aceleró la explosión, aunque tuviera entonces D. Felipe muchas razones para diferirla.

»El tiempo que se empleó en el armamento fué para el Rey de trabajo y mortificación indecible, sin que conociera el error en que incurría dando á la empresa tamañas proporciones. La más vulgar prudencia recomienda no poner en azar cuanto se tiene. Verdad es que experimentó entre las desgracias la de perder al mejor almirante, al Marqués de Santa Cruz. Bien que hubiera alcanzado D. Felipe notable suficiencia en el conocimiento difícil de los hombres, equivocábase á veces, como tantos otros presumidos de penetrar la naturaleza humana. Por cabeza de jornada que requería energía sin aprensión de responsabilidad vino á elegir al Duque de Medina-Sidonia, hombre de espíritu apocado. Todas

<sup>1</sup> No conforman con esta estimación las de sir William Stirling-Maxwell en la vida de Don Juan, publicada en Londres en 1883, por haber hallado en el Archivo de Simancas documentos que copia. En 1575 presentó el Nuncio á D. Felipe un papel en nombre del Papa, instigándole á invadir á Inglaterra. El despacho del embajador D. Juan de Zúñiga y la contestación del Rey, están en dicho Archivo. Estado, Leg. 995. Entabláronse con posterioridad los planes de casar á D. Juan con Maria Stuart y llevar á cabo la invasión á nombre del Príncipe; el Rey los aceptó, no sin vacilaciones y largas, y dió instrucciones verbales al secretario Escobedo. Estado, Leg. 570.



las desdichas de la Armada se debieron á la incapacidad de su jefe más que á la inclemencia de los tiempos, y mucho más que al valor y al patriotismo de los ingleses.

»El desastre de la Armada engendró al de los Países Bajos; cuando el Duque de Medina-Sidonia navegaba hacia los puertos de España, había cambiado la disposición del mundo. Desde aquel momento era invencible en el Norte el protestantismo, barrido del Mediodía por Felipe. No había conseguido este Rey más que la mitad del objeto constante de su vida, y eso al precio del poderío y de la grandeza de España.

»Uno de los rasgos que sirven para apreciar el natural del monarca, esencialmente noble y cristiano no obstante sus defectos, es aquel por el que no privó de su favor al desdichado Duque de Medina-Sidonia.

»Los ingleses aprovecharon el descalabro estimulando y ayudando á los enemigos de Felipe con mayor empeño. España, por su parte, acometió otras empresas añadiendo hermosos episodios ó hechos aislados á su historia; mas de todos modos perseveró la ventaja por Isabel, y en 1596, cuando Felipe reunió de nuevo sus recursos en esfuerzo supremo de lucha, tomó la delantera su enemiga, dando al mundo el espectáculo del saco de Cádiz y la medida de su arrogancia manifestándose descontenta de la jornada.

»Felipe, debilitado por los reveses y las dolencias, no renunció, sin embargo, á la retribución; la proyectaba al borde del sepulcro, y si hubiera extremado su energía en el auxilio de Irlanda, odiosamente oprimida por los ingleses, diera acaso diferente giro á los acontecimientos.

»Otra armada grande hizo frente á las inglesas en 1597 y trajo á salvo los galeones de la plata; corta satisfacción; en el intento repetido de invadir á Inglaterra, los temporales acabaron con los restos del poderío naval.

»Don Felipe soportó la tribulación suprema como las precedentes; murió bendiciendo á Dios, mientras Isabel gozaba orgullosa de su ventura.»

Las memorias, reclamaciones y lamentos de armadores



mercaderes ó industriales, que abundan, hacen patente no haber sido dentro del reino más lisonjeras las apreciaciones que de la gestión marítima se hacían reinando D. Felipe. Por los años de 1580, decía Tomé Cano <sup>1</sup>, había en España más de mil naos de alto bordo pertenecientes á particulares; de Vizcaya iban más de doscientas todos los años á la pesca de Terranova; de Galicia, Asturias y Montaña, otras doscientas navegaban á Flandes, Francia é Inglaterra con mercaderías, y á todas acabó el continúo embargo para el servicio real y mal pago á sus propietarios y tripulantes.

Había desde Fuenterrabía á San Vicente de la Barquera mil pinazas de hasta 80 y 90 toneladas, que en cada día salían á la pesca con ellas 20.000 hombres <sup>2</sup>.

Sólo entre Bilbao y Portugalete, que son dos leguas, se contaban 200 naves de gavia con ocho á diez mil marineros; la anteiglesia de Baracaldo tenía por sí sola 400, y toda esta potencia quedó aniquilada <sup>3</sup>, porque, «embargados los navíos y la gente, al cabo de muchos años nunca se acaban de fenercer las cuentas, y cuando se les libra y paga sus alcances, es á tiempo que la mayor parte de los hombres son muertos, y todo se consumie en costas y salarios de los que sólicitan» <sup>4</sup>.

Contra el embargo de las embarcaciones de pesca; contra las disposiciones que entorpecían las industrias de astillero; contra el impuesto de la sal, altamente inconveniente á las conservas y á la alimentación económica del pueblo, no cesaron de pedir las ciudades y sus procuradores en Cortes, acusando día por día cómo menguaban y se perdían los beneficios del tráfico del Norte y de las pesquerías de Irlanda, asegurados por la industria de los cántabros desde los tiempos del rey D. Pedro de Castilla <sup>5</sup>; cómo se abandonaban por falta de medios los bancos de Cabo de Aguer, en África,

<sup>1</sup> *Arte para fabricar naos*. Sevilla, 1611.

<sup>2</sup> Declaración de Diego de Rebouza, ms., año 1574.—*colección Navarrete*, t. XXVIII, número 23.

<sup>3</sup> Memorial impreso. Tomo. II, apéndice núm. 7.

<sup>4</sup> Discurso del capitán Sancho de Achiniega, ms., año 1578.—Tomo II, apéndice núm. 6.

<sup>5</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. VI, y *La Marina de Castilla*.



la extracción del coral en las costas de Túnez, y aun las de perlas en Cubagua, isla Margarita y cabo de la Vela<sup>1</sup>.

Hubo de suplirse la disminución de navios trayéndolos de fuera, comprándolos á los rebeldes flamencos, cuya industria por tal medio indirecto se favorecía más, ó ajustando asientos, como se hizo en Ragusa, para el servicio de una escuadra de doce galeones de veinte á treinta cañones cada uno, que vino con general, almirante, capitanes y gente extranjera levantisca en número de 1.670 hombres<sup>2</sup>; contratando marineros genoveses con gravosas y depresivas condiciones que rebajaban la de los nacionales; transigiendo con jefes miembros, por contraste de las faltas de consideración á los Bazaños y á los Sarmientos, que á D. García de Toledo hacían notar irónicamente la diferencia «de nacer en Génova á nacer en Valladolid». En resultado final aparecen para el gran armamento dispuesto el año 1597 en Ferrol á las órdenes del Adelantado de Castilla, 64 naves extranjeras de las 84 que compusieron la escuadra.

Por rarezas del azar se labró el ataúd del rey D. Felipe con madera de un galeón, cual si se hubiera querido simbolizar que con el cuerpo se enterraba la preponderancia marítima de España<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Son muchos los memoriales reunidos en las colecciones de manuscritos de marina, singularmente en la de Vargas Ponce. Consta que del puerto de San Vicente de la Barquera iban constantemente á las pesquerías de Irlanda, antes de estallar la guerra con Inglaterra, de 40 á 50 chalupas.

<sup>2</sup> *Colección Sans de Barutell*, año 1593.

<sup>3</sup> Lo refiere D. Diego Ruiz de Ledesma en el *Compendio breve de las cosas memorables de christianísima vida y exemplar muerte del Rey Catholico y Prudente de las Españas y Mundo Nuevo, D. Felipe II*, Barcelona, 1608, 8.º, así:

«Después de muerto le envolvieron el cuerpo en una sábana sin quitarle la camisa que tenía puesta (que aun hasta allí quiso conservar su grande honestidad), y en la mano derecha un decenario de cuentas de una madera de la India que llaman lináloe, de muy grandes indulgencias y perdones, en que de ordinario rezaba, descubierto tan sólo el rostro, puesto un hábito ó escapulario pequeño de fraile Jerónimo y sobre el pecho una cruz de la madera de que era el rosario, de media vara de largo, pendiente de un cordel bramante que le rodeaba el cuello; luego le metieron así en una caja de plomo con su cubierta, y la soldaron y calafatearon con mucho acuerdo, poniéndola en otra de madera incorruptible (por ser tan maciza y pesada que se llama angelín) con su tapador, como funda de la de plomo, y la clavarón y ajustaron perfectamente. Y aunque era negocio olvidado y fuera



Pero juzgando con equidad no tienen aplicación á la persona del Rey cargos que el eminentе escritor marino de los Estados Unidos, Mahan, ha generalizado, porque, en verdad, pocos han comprendido y ninguno, hasta estos nuestros días, ha estudiado la influencia de la marina militar en la historia del mundo, en razón á que la mayor parte de los historiadores ha sido ajena á los conocimientos náuticos, y los marineros, viviendo desde remotísimos tiempos casi apartados del consorcio de los demás hombres, no han tenido *profetas* capaces de hacerse entender<sup>1</sup>.

Descendiendo al pormenor de lo que en este reinado progresaron los conocimientos y prácticas marítimas, mucho hay que notar en punto á construcciones, fomentadas por los hijos de D. Álvaro de Bazán (el viejo), por Pero Menéndez de Avilés, Pero Sarmiento de Gamboa y el maestro Francisco de Arriola, ingeniero de oficio. Formadas juntas de peritos inteligentes en Sevilla, en Santander, en Guipúzcoa y en Vizcaya para estudiar las condiciones de la fábrica y

muy posible no hallar tal madera en España, aunque se buscara apostar para el mismo objeto, y andándola buscando é inquiriendo, allí en San Lorenzo, el real trazador y arquitecto mayor de S. M., permitió Dios para mayor ejemplo del dichoso tránsito de este aventurado Rey, que se ofreciese á las manos en tal ocasión de qué hacer la dicha caja, que fué un trozo que había quedado de un árbol de una nave vieja de la India de Portugal llamada *Las Llagas de Cristo*, que se trujo de Lisboa allí, á San Lorenzo, de que se hizo una cruz para ponerse en ella el Christo grande que está ahora en lo alto del retablo del altar mayor de aquella insigne y suntuosa iglesia. Consecutivamente se metió esta caja con su hijuela ó funda en un ataúd de la misma manera, del tamaño de los ordinarios, que estaba cubierto de tela negra y oro, con una cruz roja de brocado que cogía lo ancho y largo dél, guarnecido todo por de fuera con pasamanillos de oro y clavazón dorada, y por de dentro asorrido con raso blanco, y por remate y guarda polvo un paño grande que lo cubría todo, de la misma tela negra, de lo que fué el terno con que se ofició la misa de las horas y entierro.»

En otras relaciones del tiempo se dice, y es más natural, que el ataúd se labró, no del trozo de un árbol, sino del de la quilla del galeón *Cinco Chagas*.

<sup>1</sup> Mahan: *The influence of sea power upon history*. Otro crítico inteligente, el señor Camillo Manfroni, expresa: «La marina da guerra della Spagna fu sempre devolissima, ma non è giusto attribuire a questa sola causa il rapido decadimento del vastissimo dominio. La causa vera doveva ricercarsi nella politica sospettosa, incosciente ed egoistica del Governo di Madrid, nella irresoluzione degli uomini che furono preposti al comando di quelle squadre, nelle lentezze sistematiche, per le quali diventarono tristamente celebri Filippo II ed i suoi successori.»



procurar su enmienda, de forma que se precaviesen tantos daños y naufragios como ocurrían, vinieron á sacar de la rutina á los astilleros, calculando y decidiendo por acuerdo medidas y proporciones, con las que resultaron las naves de mayor solidez y más fácil manejo. En todo ello influyó mucho Cristóbal de Barros, hombre de excepcional competencia, superintendente de fábricas, montes y plantíos que fué en la costa cantábrica. A propuesta suya se modificaron las reglas y costumbres relativas al ejercicio de maestranza, el sueldo de las naves embargadas, el sistema de contratas. Se otorgó exención de alcabalas á la venta de pertrechos, se instituyeron primas y se dictaron buenos preceptos de administración. Con diez millones y medio de maravedís que se habían consignado á su orden fundó lo que hoy llamaríamos Banco Hipotecario para prestar, bajo fianza y sin interés, á los fabricantes de naos á razón de dos ducados ó dos y medio por tonel, según la necesidad, siempre que el buque pasara de 300 toneles y á condición de reintegrar la suma después de vendida la nao. Esto en Vizcaya y Guipúzcoa; para Asturias y Galicia, donde estaba más caída la fábrica por pobreza, extendía *el empréstito* á los que fabricaran naos de 100 toneles para arriba.

Era opuesto á todo género de contratos, por lo que constantemente aconsejó al Rey la construcción de galeones por su cuenta, formando escuadras propias de la Corona, y con varios que dirigió en los astilleros de Guarnizo y de Pasages dio pruebas patentes de la mejor calidad y economía; mas, si no todos sus esfuerzos, en mayor parte los esterilizó la perpetua penuria del erario, y la irregularidad y tardanza de los pagos comprometidos. De todos modos, impulsó la construcción, no solamente en la Península, sino también en los virreinatos de América <sup>1</sup>.

En estos tiempos se fué generalizando el aforro interior y se hizo más común el de plomo en los fondos; fortaleciéronse

<sup>1</sup> De los particulares de la construcción he tratado en las *Disquisiciones náuticas*, tomo v, insertando nómina de maestros. El R. P. D. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús, ha dedicado á la industria naval en Indias los tomos x, xi y xii de sus *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*. Madrid, 1894.



las ligazones con curvas y corbatones; mejoróse el aparejo, aumentándole con las vergas de juanete.

Es de señalar la invención y propuesta de espacios estancos aislados que hizo Lorenzo Ferrer Maldonado para los navíos destinados á descubrimientos, diciendo: «Háganse en las naves unos caxones debajo del agua, según la traza que para ello se dará, y con esto se excusa irse á fondo aunque se abra por la parte de abajo, porque solamente se hinche de agua aquel caxón que corresponde á la rotura, y los demás no, por ir todos bien calafateados<sup>1</sup>.»

Pedro Menéndez de Avilés fué el primero que ideó alargar la quilla con relación á la manga, construyendo en la isla de Cuba unos que llamó *galeoncetes*, que resultaron muy veleros. Barros y los Bazanes sostuvieron el principio, que no dejaba de tener opositores en los maestros antiguos, por estimar que navío no ajustado á la fórmula de *as, dos y tres*, tendría necesariamente poca estabilidad. Como la práctica desvaneció sus temores, mandó el Rey construir en Vizcaya ocho de tales *galeoncetes*, y al disponerse la armada de Santander ofreció el autor construir 20 bajeles en cuarenta días, de forma que tuvieran 14 bancos con dos hombres por remo; dos cañones á proa de á 30 quintales; cuatro versos dobles de á cinco quintales en los costados; 60 hombres de tripulación, armados de arcabuces y mosqueteros de á dos onzas de bala, y con todo se manejarían en la mar á remo y vela mejor que galeras.

Los hermanos Bazán, D. Alvaro y D. Alonso, concibieron los tipos de la *galeaza* y la *galizabra*, bajeles en que se procuraba reunir las condiciones de la galera y la nao, dominando en la primera la fuerza y la ligereza en la segunda. La galeaza de D. Alvaro, distinta de las venecianas que figuraron en la batalla de Lepanto, era magnífico bajel que en teoría navegaba perfectamente á remo y vela, siendo un tercio más largo y ancho que las galeras, sobrepujando al galeón por las 50 piezas de artillería que montaba y causando admiración á

<sup>1</sup> Academia de la Historia.—*Colección Muñoz*, t. xxxviii, fol. 1.<sup>º</sup>



la vista por la mole; pero en la práctica acreditaban no sufrir mucha vela, ni aprovecharse de los remos, á no ser en tiempos bonancibles; ser de caro entretenimiento y de escaso provecho real, sirviendo más de buen parecer en los puertos que de desempeño en la mar, por más que se emplearan en la jornada de Inglaterra de 1588, en la del estrecho de Magallanes, de Flores Valdés, y en las de Bretaña, con todos sus inconvenientes.

La última invención, que, por el del Rey, tuvo nombre de *Felipotes* ó *Filibotes*, fué de embarcaciones ligeras sin popa, ó sea de igual forma en ambas extremidades, con capacidad de 120 á 200 toneladas, ocho á doce piezas de artillería, 26 marineros, 24 mosqueteros y seis arcabuceros, 56 hombres de tripulación total, muy útiles para cruceros y avisos de Indias.

*Escorchapines* se llamaron en el Mediterráneo á otros barcos sútiles de vela latina, que sustituían á las carabelas.

Comprendíalos á todos un tratado de construcción, el primero en que se formularon reglas teóricas, escrito por el capitán Juan Escalante de Mendoza, con dedicatoria á Su Majestad, por los años de 1575. Figuraba en él á un joven que, deseoso de conocer el arte de navegar, embarcaba con el piloto mayor de una armada é iba preguntándole por todo aquello que despertaba su atención. De esta manera, en forma de diálogo, formó compendio de los conocimientos que relativamente á la navegación alcanzaba su época, y aun los excedió, vislumbrando teorías admitidas mucho más adelante sobre vientos, corrientes, meteorología y astronomía náutica. Tituló el libro *Itinerario de navegación de los mares y tierras occidentales*, con perjuicio de sus intereses y de la ciencia, porque entrando en la descripción de las derrotas á las Indias, que por secreto de Estado se mantenían reservadas, no acordó el Consejo de Indias las licencias de impresión y ha permanecido ignorado hasta nuestros días <sup>1</sup>.

El doctor Diego García de Palacio, oidor en Guatemala, pero de familia de marinos de Santander y cursado en la ca-

<sup>1</sup> Lo publiqué por vez primera en las *Disquisiciones náuticas*, t. v.



rrera, siguió los pasos de Escalante y dió á la estampa en Méjico otro tratado general, en parte dedicado á la fábrica y aparejo de las naos<sup>1</sup>.

Lo mismo que su predecesor, lo redactó en diálogo entre un vizcaíno y un montañés, abarcando los principios de la esfera y de las observaciones con el astrolabio y ballestilla, el uso de las cartas, los principios de meteorología, el vocabulario de la gente de mar y las reglas para construcción y aparejo de una nao de 400 toneladas, acabando con las de arqueo, según la orden de Cristóbal de Barros y Pedro Gómez Verdugo.

Ya en estos tratados se definen, deslindan y fijan las atribuciones, cargos y deberes de todos los que embarcan en una escuadra, desde el capitán general hasta el grumete y pajé, lo cual, junto con las instrucciones reales, las de la Casa de la Contratación de Sevilla, y las que para cada viaje publicaban á són de bando los capitanes generales, comprendiendo el examen de pilotos, echar punto en la carta y observaciones astronómicas <sup>2</sup>; sobre el modo y manera que se había de tener para pelear en la mar <sup>3</sup>; manifiestan progreso evidente en que no se olvidaba la higiene, según indicaba la prevención razonada: «Y de no tener con mucha limpieza los navios de la Armada, suelen suceder algunas enfermedades y muertes, y para excusar esto se tendrá muy particular cuidado en la limpieza dellos <sup>4</sup>.» No es temerario presumir que en el particular entendieran Cristóbal Pérez de Herrera, médico de D. Alvaro de Bazán, y Gregorio López Madera, que lo fué de D. Juan de Austria, gozando ambos de merecida fama y valimiento <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> De la Instrucion nauthica para el bven uso y regimiento de las Naos, su traça y govierno conforme a la altura de Mexico. Año de 1587. Reproduce también lo que importaba á la materia en las *Disquisiciones náuticas*, t. vi.

<sup>2</sup> Hållanse manuscritos en la *Colección Navarrete*, t. xxvii.

<sup>3</sup> Idem, id., t. xxii.

\* Instrucciones al general Pedro de Arana, año 1587.—Idem, id., t. xxvi. Las mismas, que debían ser generales, se dieron á D. Miguel de Oquendo en 1588.—(Colección Vargas Ponce, leg. 15.)

<sup>3</sup> Cristóbal Pérez de Herrera estudió en la ciudad de Salamanca, donde había nacido en 1558, y empezó á servir en la marina á los diez y nueve años de edad.



De la artillería, como arma principal de las naves, trataron especialmente, con más extensión que Escalante de Mendoza y el Dr. Palacios, fijando los principios técnicos, Luis Collado, Diego de Alava, Lázaro de la Isla, cuyos libros impresos vulgarizaron las enseñanzas adquiridas hasta entonces de viva voz ó por ejercicio práctico <sup>1</sup>, objeto que también se

destinado en las galeras de España á las órdenes de D. Álvaro de Bazán; manejaba la espada ó la pluma según las ocasiones, siempre que los deberes de su profesión médica lo consentían. Hizo cosas señaladas por su persona en los combates; fué más de una vez el primero que entró al abordaje en navíos enemigos, ganando por su mano siete banderas, que, con autorización regia, puso por adorno del escudo de sus armas con el mote: *Non armis obstant litteræ*. En la primera jornada de las islas Azores, en 1582, improvisó en la isla de San Miguel un hospital, donde curó á los heridos en la batalla; en la segunda empresa, quedando solo con los que estaban en tierra al retirarse nuestros soldados, como los franceses quisieran rematar á los heridos, los defendió con la espada, recibiendo un arcabuzazo á boca de jarro. Remuneró el Rey sus servicios con el título de protomedico de las galeras de España en 1584, y adelante con el de médico de la Real Casa, que ejerció veintiún años; y por hacer bueno el lema adoptado, una vez depuestas las armas se dedicó con mayor atención á las ciencias y al amparo de los necesitados con ejemplar filantropia, ocupando el tiempo sobrante en obras literarias que dió á la estampa en latín y en castellano, entre ellas un elogio de Felipe II después de su muerte, y los *Proverbios morales y consejos cristianos en verso*. Otras publicó sobre amparo de pobres, reducción de vagabundos, mejora moral de reclusos delincuentes y sustento de niños desamparados, acompañando las teorías con gestiones prácticas, pues fundó en Madrid el *Albergue real*, que posteriormente fué hospital general, gastando 16.000 ducados de su peculio. Estableció tres carnicerías módicas y consiguió del Regimiento una contribución de dos maravedís en las comedias, que importó 2.500 ducados al año, destinados á huérfanos. Hacia el año 1613 imprimió autobiografía con título de *Relación de servicios*, haciendo constar que su abuelo Gonzalo de Herrera, natural de Miengo, en Santander, sirvió á los Reyes Católicos en la guerra de Granada; dos hermanos de su padre, García y Francisco, fueron valientes soldados del Emperador en Alemania, África é Italia, y dos hermanos suyos, Alonso y Francisco, murieron en el servicio real peleando, el uno contra el tirano del Perú, y el segundo con un pirata sobre Puerto Rico. Terminaba pidiendo merced por estar muy necesitado, y hay constancia de haberle concedido 200 ducados de renta por su vida, que se prolongó hasta edad avanzada.

Gregorio López Madera, natural de Madrid y discípulo del insigne Vallés en la Universidad complutense, fué nombrado médico de Cámara del Emperador y designado para servir á D. Juan de Austria en la Armada. Muerto el Príncipe, como señalada muestra del afecto en que le tuvo y del aprecio del rey D. Felipe, recibió la espada bendita dedicada por el Papa San Pío V después de la batalla de Lepanto, arma que se colocó sobre la sepultura en el santuario de Atocha, cuando falleció, el 3 de Mayo de 1595.

<sup>1</sup> *Plática manual de artillería....., por Luis Collado, ingeniero del ejército de Lombardia y Piamonte. Venecia, 1586, y Milán, 1592.*



propuso Gaspar González de San Millán, aunque no tuvo la fortuna de los otros de ver en letra de molde su trabajo <sup>1</sup>.

Sentaron, de conformidad estos autores, ser las piezas usadas comúnmente en las naves españolas pedreros, medias culebrinas, sacres, medios cañones, falconetes y esmeriles, que tiraban desde 60 libras á ocho de bala, empleándose las de mayor peso y potencia para crujías de galera, sin que excedieran en las naos de 30 libras. En las de esta clase, que servían de capitanas y almirantas de escuadras y en las galeras, llegaron á montarse hasta 50 piezas en dos cubiertas ó andanas y en la borda, lugar destinado á los falconetes de pinzote.

Para el aprendizaje de artilleros, estimulado con ventajas y preeminencias personales, se creó escuela práctica en Sevilla, con arreglo á bases determinadas en instrucción del año 1576, empezando á dirigirla Andrés de Espinosa, autor de una Cartilla <sup>2</sup>, muy acreditado en el oficio y cargo, con el que asistió á la expedición al estrecho de Magallanes con Flores Valdés, distinguiéndose en el ataque de Parayva <sup>3</sup>.

*El perfecto Capitán, instruido en la disciplina militar, y nueva ciencia de la artillería, por D. Diego de Alaba y Viamont.* Madrid, 1590.

*Breve tratado del Arte de Artillería, geometría y artificios de fuego. Compuesto por Lázaro de la Isla.* Madrid, 1595.

<sup>1</sup> Se titula *Tratado de artillería del capitán Gaspar González de San Millán, artillero mayor de la casa de la Contratación de las Indias, de la ciudad de Sevilla.* Hallábase inédito en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, núm. 110, estante 16, gr. 5, y lo publiqué en las *Disquisiciones náuticas*, t. vi.

<sup>2</sup> Inserta en las *Disquisiciones náuticas*, t. vi.

<sup>3</sup> Juan Peraza decía en el romance descriptivo, copiado en el mismo tomo de las *Disquisiciones náuticas*:

«El General ha llevado  
Para aqueste menester  
Un Capitán señalado  
Que Espinosa era llamado,  
Hombre de grande saber.  
Y aqueste Andrés de Espinosa,  
Por ser persona ingeniosa,  
Era artillero mayor,  
Y ninguno era mejor  
Para hacer esta cosa.»

Á vuelta de viaje dirigió al Rey la siguiente carta, dada á luz en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. xciv, pág. 539:

«Señor—Reçebí El dinero que me dio juan Ruiz de belasco por la Escopeta y



Ilustraron no poco la materia *de re militari*, ó sea teoría y práctica de la guerra, D. Bernardino de Mendoza, Francisco de Valdés, Cristóbal Mosquera de Figueroa, Diego de Salazar, Bernardino de Escalante, Martín de Eguiluz, Marcos de Isaba, Bernardo de Vargas Machuca, dando á la estampa obras estimables en el periodo de 1577 á 1598, secundo en toda especie de disciplinas<sup>1</sup>; y es de reparar que no bastó la autoridad de los maestros para torcer el cauce de las opiniones, arraigadas con la persistencia de las guerras de turcos y argelinos, por las que, desdeñada la artillería, considerábase tan sólo como preliminar del combate mano á mano, único decisivo; error trascendental aprovechado primeramente por los holandeses, y después, á su ejemplo, por los britanos, aprendiendo á combatir con las escuadras españolas de lejos, usando de los cañones con rapidez y certeza incomparables. Para ellos, que no para los nuestros, parecía haber escrito el mencionado González de San Millán: «El manejo del artillería en la mar requiere que el artillero sea también marinero, pues no siéndolo, sin conocimiento de los balances y movimientos de la nao, no podría hacer la puntería ni los efectos

bineme a mi casa sin bolber á madril y poliqué Entre los artilleros que v. mag. les abiya conçedido las libertades que tienen los de los presidios de España y con esta fama se an alistado mas de trenta. Suplico a v. mag. no caya yo En falta con Ellos pues son necesarios En todas las armadas—En lo que toca al cobre que ay En Esta ciudad quiere antonio de gubara allallo sin dineros Entierarlo por no dallo libre v. mag. dinero que no faltara metal que con lo que ay aqui y berna de fuera se ara buena fundicion— aqui esta vn onbre pratico de las minas de cobre que a Estado En Santiago de cuba se obliga a dar cantidad de cobre El memorial ba con esta llamase alonso Fernandez y otros dos onbres se obligan a sacar 47 pieças de bronce a quatro ducados el quintal El memorial ba con Esta firmado de mi mano y por otra parte F inbiado otros porque bayan a mano de v. mag. y lo mande probeer con brebedad por ser berano—no tengo de cansar a v. mag. pues soy corto de bentura E serbido y sirbo y Estoy para serbir diego flores me pide El buen duque me inbio a llamar desde lisboa para algo me quieren todos dijen que merezco y no me dan nada despues que bine de magallanes no abido para mi ayuda de costa ni acrecentamiento de sueldo como los demas a mi muger y hijos mejor les fuerá ser comisario de antonio de gebara que capitán de v. mag. porque siendo comisario comieran y siendo capitán no se como lo pasan nuestro señor dios guarde a v. mag. con acrecentamiento de mas Reynos y señorios de sevilla y de junio a 5 deste año 1588—criado de v. mag.—Andres despinosa.»

<sup>1</sup> Constan los títulos en la *Biblioteca marítima* de Navarrete y en la *Científica española* de Picatoste.



que convienen.» Lo mismo que Andrés de Espinosa al recomendar en su cartilla «se hiciese antes el tiro bajo que alto, porque el primero, si no hace efecto al golpe, lo hace al salto».

No hay que decir que los artilleros todos admitían las piezas de hierro fundido únicamente á falta de las de bronce, que eran las de confianza y resistencia, sobrepujando éstas condiciones á las de mayor peso. Juan de Escalante de Mendoza conceptuaba tipo del bajel de guerra á la nao que no pasara de 500 toneladas, armada con 30 piezas de bronce de calibre que disminuyera en las andanas.

Las galeras, que influyeron tanto en la transformación y progreso de las naves desde el momento en que el Océano vino á ser campo general de las guerras, experimentaron durante el reinado de Felipe II alternativas y cambios, habiendo llegado al apogeo de la significación en las jornadas de la Liga, en las cuales, gracias á la dirección de D. García de Toledo, superaron las españolas por todos conceptos á las de genoveses, venecianos, turcos y argelinos. Consistió la modificación más notable en el cambio de los remos, que en cada banco habían manejado singularmente de uno á tres hombres y raramente cuatro ó cinco, por remos únicos, servidos en cada banco por dos á siete hombres, y á veces más, remos enormes relativamente á los primitivos, que se llamaron de *galocha*, haciéndose general el uso en todas las marinas por los años de 1560 á 1564, no obstante la oposición que suelen encontrar siempre las mudanzas radicales<sup>1</sup>.

En el vaso se significaron los adelantos alcanzados por la arquitectura naval, alterando las dimensiones y mejorando, con la solidez y la capacidad, todas las condiciones. Citábase

<sup>1</sup> De *scalozzio* y *galozza* los denominaban en Italia; de *galocha* se nombraban en cartas del Rey á D. García de Toledo del año 1564. (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxvii, pág. 400.) Las galeras de Malta hicieron el cambio para la jornada de los Gelves; en la del Peñón llevaba la capitana de don Sancho de Leyva á cinco hombres por banco y remo. Juan Andrea Doria fué uno de los jefes que más se opusieron á la adopción de los remos de galocha, razonando las ventajas que encontraba en los antiguos.



por ejemplar la capitana que dió Solimán á Piali para la empresa de Malta, galera de 35 bancos, 11 más que las ordinarias. Era la mayor que se había visto; tenía la popa soberbiamente esculpida y dorada al modo oriental; el tendal de brocado de seda; en el calcés, como veleta, una plancha de plata de 10 pies cuadrados, con la media luna, y arriba poma dorada. Bogaban seis hombres cada remo. Otra galera de 26 bancos mandó disponer para el general de tierra Mustafá, que resultó ligerísima por ser labrada con madera de huigüera.

Don García de Toledo montaba en esta misma jornada de 1565 una excelente capitana de 27 bancos, con mucha escultura pero sin dorado alguno, y en modestia más aparentó la de la escuadra pontificia al hacer la campaña de la Liga, toda vez que Marco Antonio Colonna, por luto de una hija, la hizo pintar de negro en Mesina, casco, remos, árboles y entenas. El caso era excepcional y no hace regla; antes bien había impuesto la costumbre ostentación en los adornos artísticos en vidrieras, fanales, estandartes, tendales, pavetas y cortinajes de cámara con exceso, que procuró corregir el Rey consignando, entre las instrucciones dadas á su hermano D. Juan de Austria para ejercer el cargo de Capitán general de la mar, la prevención de hacer visitas á las atarazanas de Nápoles, Sevilla y Barcelona, y de corregir el exceso que se notaba en esculturas, adornos y banderas.

Poco se acortó, no obstante, el uso, que sostenían como debido al decoro los Capitanes generales, lo mismo que el de llevar á bordo músicos y ministriiles: el de servirse en vajilla de plata, y el de vestir de raso y terciopelo, con cintillos, cadenas y plumas, ó con arneses riquísimamente grabados, en su caso.

Amenguada la importancia de estas escuadras después de las treguas con Turquía, no por ello dejó de ser codiciado el mando, aunque prefirieran los agraciados con él seguir figurando en la Cámara real y ostentar en la corte su título, que ir con él tras las galeotas corsarias en cruceros monótonos, implantándose el abuso en términos de hacer necesaria orden



circular apretada para que los Capitanes generales de galeras navegaran siempre en ellas<sup>1</sup>.

Galeras fueron á la empresa de las islas Terceras y á la de invasión de Inglaterra con desdichada suerte en la última. También se ensayó su servicio en las Indias, yendo desde España dos á Santo Domingo, cuatro á Cartagena, dos á la Habana, y en el virreinato del Perú se construyeron especiales adecuadas á las necesidades de sus puertos, sin que el resultado correspondiera á la esperanza de reprimir con ellas el corsó y el contrabando<sup>2</sup>. Quedaron á lo último circunscritas al Mediterráneo, habiendo trasplantado á las naos el lujo de la decoración y vanidad de músicas, vajillas y trajes de los generales y capitanes, en contraste con el porte de marineros y soldados, el más tiempo sin paga, á veces sin ración, vistiendo á su capricho como podían, ya que la uniformidad en el traje no estaba impuesta.

Esos lujos de plata en la mesa, música en la cubierta y brocado en la cama se vieron en las naves piráticas de Drake, Cavendish y Grenville; más á fe que no les costaba mucho parodiarlos<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Collección Sans de Barutel*, año 1594.

<sup>2</sup> Varios documentos sobre el particular hay en la *Collección Navarre* etc., t. XXVII, y en la de *Sans de Barutel* art. 4.<sup>º</sup>, y de los abusos á que dieron origen se puede formar idea por el *Memorial del pleito*, esto es, por la causa formada á Sancho de Arce, general de las que fueron á Cartagena de Indias en 1586, por haberse alzado y perdido la Patrona. Guárdase en la Biblioteca Nacional, Sala de varios, el cuaderno impreso en 102 hojas folio.

<sup>3</sup> Me parece oportuno el relato del licenciado Juan Méndez Nieto (en los *Discursos medicinales* que anteriormente he citado), y me facilitó el Sr. Jiménez de la Espada, del fin que tuvo D. Juan de Velasco de Berrio, general de galeones desde el año de 1563 al de 1578, según el registro del Consejo de Indias.

«Estando en Cartagena de Indias (dice en el lib. III, disc. 16) prohibiales que de ninguna manera gustasen vino todo el tiempo que allí estuviesen, que para efecto de no enfermar en aquella tierra es el mayor remedio y más secreto que tiene el mundo y ningún otro su igual.

»Duro pareció el precesto á muchos dellos, mayormente al general Juan de Velasco, que no sabía beber agua, y no se contentaba con beber vino á la española, sino que bebía al modo de Flandes, en una taza de asiento, muy alta de pie, que, puesta en el suelo, llegaba arriba del brazo de la silla en que estaba sentado, haciendo por vaso una piletá como de agua bendita, que tenía de porte largo dos azumbres, y hinchiéndosela al principio de la comida, abajaba la cabeza y metía el hocico como buey cuando quería beber, y desta manera ibale dando jaques hasta



Es de apuntar, en lo tocante á personal, el ensayo hecho el año 1590 recogiendo y embarcando muchachos vagabundos con idea de formar marineros y sustituir á los que se habían consumido<sup>1</sup>. Fracasó como proyecto que requería consignación ordenada y perseverante.

Mas de cincuentá tratados se escribieron condensando el avance conseguido en los conocimientos de astronomía y náutica, navegación, hidrografía, meteorología, viajes<sup>2</sup>, haciendo notar los de Andrés García de Céspedes, Jerónimo de Girava, Hernando de los Ríos Coronel, Juan Bautista Lavaña y Rodrigo Zamorano. En los más se intentaba resolver satisfactoriamente el problema de la determinación de la longitud en la mar, reconociendo que ninguno de los métodos ensayados satisfacia. «Diferentes opiniones hay en situación, decía Fr. Juan González de Mendoza<sup>3</sup>, por navegarse Leste á Hueste, cuyos grados nunca ha habido quien los haya sabido mensurar.»

Algunos cosmógrafos, por los pasos de Alonso de Santa Cruz y de Juan Alonso, se fijaron en la idea de construir relojes con que se tuviera á bordo la hora del primer meridiano, lo que aun no podía conseguir la mecánica industrial, y por ello se obstinaban los más en discurrir instrumentos especiales para observación del sol y de la variación de la

que del todo le daba mate; y lo peor era que comía muy poco, y para poder acabar la taza se estaba una hora royendo avellanas hasta que le daba fin. Y hallándonos un día á verlo comer, D. Francisco de Leyva, proveedor del armada y yo, me preguntó qué me parecía de la manera de comer del Sr. General. Y yo le respondí en alta voz para que lo oyesen el mismo General y los que con él estaban, que si por aquél orden procediese todo el tiempo que allí había de estar, que ternian General hasta la Habana, y que no sería poca ventura si llegase allá. A lo que respondió el Sr. General, que si no sabía más de echar calzas á pollos que de aquello, que no sabía mucho, porque aquél era su natural y lo con que se había criado. No se habló más en ello, y él pasó adelante con su dieta, y por no hacerme mentiroso acabó en la Habana de unas recias calenturas que el dios Baco le había fabricado, y le salieron al camino y le saltearon.»

<sup>1</sup> Cabrera en Córdoba, t. III, pág. 356.

<sup>2</sup> Constan los títulos en las Bibliotecas de Navarrete y Picatoste, citadas, y en el discurso de recepción en la Academia de Ciencias leído por D. Acisclo Fernández Vallin.

<sup>3</sup> *Historia de las cosas más notables del gran reino de la China*. Amberes, 1596.



aguja simultáneamente. Alonso Alvarez de Toledo, Pero Menéndez de Avilés, Diego Ruiz, Juan de Herrera, Domingo de Villarroel y Bernardo Pérez de Vargas obtuvieron privilegios de invención por lo que sucesivamente fueron experimentando, buenos tan sólo para recuerdo histórico de las tentativas.

Hubieron de atenerse los pilotos á la estima, y en tierra á la observación de los eclipses de luna, para lo cual circuló el Consejo de Indias instrucciones bien entendidas. Se obtuvieron de este modo situaciones geográficas bastante aproximadas de Lima, Panamá, Méjico, Cebú, en Filipinas, y algunos más lugares principales, á los que se fueron relacionando los otros antes de fijarlos en el Padrón real de la Carta, constantemente corregido y aumentado por los catedráticos y pilotos mayores de la Casa de la Contratación, constructores á la vez de las cartas particulares de navegación y de los instrumentos náuticos. Pedro Ambrosio Ondériz, uno de ellos, cosmógrafo mayor desde 1591, perfeccionó los astrolabios y cuadrantes con graduación que apreciaba de medio en medio grado; escribió de matemáticas y del uso de los globos. Sancho Gutiérrez fué especial en la imantación; Juan Martínez, Bartolomé Oliva, Mateo Prunes, Francisco Oliva, Francisco Domínguez, Jacobo Russo, continuaron las tradiciones en las cartas iluminadas sobre pergamino <sup>1</sup>.

El dicho Alonso de Santa Cruz, juzgado por Nicolás Antonio *mathematicarum omnium artium peritissimus*, y enaltecido posteriormente por Navarrete, Jiménez de la Espada y cuantos estudian la historia de la náutica y de la geografía, trazó por lo menos veinticuatro cartas universales ó *mapa-mundi*, que figuran en el inventario formado después de su muerte, ocurrida en Sevilla en 1572. Uno hizo en 1542 sirviéndose de proyección semejante á la que años después empleó Antonio Flóriani, y conservado en la Biblioteca Real de Estocolmo; ha salido á luz en *facsimile* en 1892 con su título primitivo, *Nova verior et integra totius orbis descriptio nunc primum*.

<sup>1</sup> *Disquisitiones náuticas*, t. IV y VI.



*in lucem, edita per Alfonsum de Santa Cruz Cæsaris Charoli V archicosmographum. A. D. MD. XL. II*<sup>1</sup>.

Juan López de Velasco, cosinógrafo y cronista mayor del Consejo de Indias, sucesor de Santa Cruz, redactó las mencionadas *Instrucciones para la observación de los eclipses de luna..... y verificar por ellos las alturas y longitudes*, así como el interrogatorio circulado al mismo tiempo con las órdenes para hacer la descripción de los dominios españoles, pensamiento colosal de D. Juan de Ovando, presidente del Consejo. Juan López de Velasco, digo, sirviéndose entre los datos acopiados de los que fuéronse nombrando *Relaciones geográficas de Indias*<sup>2</sup>, recopilólas en los años 1571 á 1574, formando el *Libro de la descripción de las Indias* para consulta reservada del Consejo mismo<sup>3</sup>.

Regían la enseñanza universitaria, no técnica, estatutos redactados por el Licdo. D. Juan de Zúñiga y confirmados por Real cédula de 29 de Octubre de 1594, en que son de notar estos preceptos<sup>4</sup>:

«..... El segundo año se ha de leer sola la Astronomía, comenzando por el *Almagesto*, de Ptolomeo, y habiendo pasado el primer libro, léase el tratado de *Signis rectis*, el de *Triangulis rectilineis et sphereis*, por Christophoro Clavio ú otro moderno. Después de leido el libro segundo, se han de enseñar á hacer las tablas del primer móvil, como son las de las direcciones de Juan de Monte Regio (Regiomontanus) ó de Reynaldo Erasmo. Después, la teoría del sol, por Purbachio; luego todo el tercer libro del *Almagesto*, con el uso de esto por las tablas del rey D. Alfonso..... El segundo cuan-

<sup>1</sup> Publicóse simultáneamente elegantísima descripción del original y noticias del autor, en opúsculo escrito en inglés por E. W. Dhalgren, *Stockholm, Royal printing office. P. A. Norstedt, etc. Söner, 1892, 4º.*

<sup>2</sup> Dos tomos se han publicado por el Ministerio de Fomento en 1881-1885 con magistral introducción escrita por D. Marcos Jiménez de la Espada.

<sup>3</sup> Ha permanecido inédito hasta el año 1894, en que lo sacó á luz D. Justo Záragoza valiéndose de una copia que perteneció al cardenal Lorenzana. En el *Boletín de la Academia de la Historia*, t. xxvi, hay informe mío relativo.

<sup>4</sup> *Constituciones apostólicas y estatutos de la insigne Universidad de Salamanca, recopiladas por Fr. Antonio de Ledesma y el Dr. Martín López de Hontiveros. Salamanca, 1625, folio.*



drienio léase á Nicolao Copérnico..... En la sustitución, la Gnomónica. En el tercer año léase Geografía de Ptolomeo y la Cosmographia de Pedro Apiano y *Arte de hacer mapas*; el Astrolabio, el Planisferio de D. Juan de Rojas; el Radio astronómico, la Arte de navegar. En la sustitución, la Arte militar. El cuarto año, la Esfera y la Astrología judiciaria..... En la sustitución, Teórica de planetas.....»

El maestro Pedro de Medina, tratando de estas escuelas, noticiaba <sup>1</sup> que había en Salamanca una capilla muy rica en bóveda. En lo alto de ella, que era de color azul muy fino, estaban pintadas y labradas de oro las 48 imágenes de la octava esfera, los vientos y «casi toda la fábrica y cosas de astrología»..... Había en la misma capilla un reloj de ingeniosa maquinaria, por la que la luna, por sus puntos, hacia movimiento, creciendo ó menguando, «donde se veía muy al propio de como ella parece cada día en el cielo».

Todo cooperaba entonces á facilitar la navegación, aun por los mares más apartados ó peligrosos, objeto exclusivo y desinteresado que tuvieron las exploraciones de Gaspar de Párraga en la laguna de Maracaibo y ríos afluentes el año 1588 <sup>2</sup>; de Juan de Tejeda por la costa contigua, en 1585; de Tomás Bernardo en los canales y bajos de Bahama, en 1594; de Sebastián Rodríguez Cermeño por California, en 1596; del estrecho de Magallanes por Pedro Sarmiento de Gamboa, y en la inmensa extensión del Pacífico por muchos, continuando los descubrimientos de Urdaneta, con los resultados de hacer viaje desde Lima á Manila en sesenta y cuatro días <sup>3</sup> y de volver con barcos apenas suficientes para el cabotaje <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *Grandezas de España*.

<sup>2</sup> *Colección de documentos de Indias*, t. IV, pág. 489, y Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. LXXXVIII, fol. 237.

<sup>3</sup> *Relación del viaje de D. Juan de Mendoza en la nao Nuestra Señora de la Cinta*, año 1583. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, F. 18, fol. 88.

<sup>4</sup> *Relación del viaje y descubrimiento que hizo el capitán Pedro de Unamuno desde los puertos de Macán y Cantín hasta el de Acapulco, en la fragata «Nuestra Señora de la Esperanza*, año 1587.—Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XXXVIII, folio 56.



Don Felipe, con buen consejo, dictó determinación que recuerda la del Parlamento inglés en la Edad Media, cuando naos castellanas apresaron la capitana, nombrada *Christofle de Hull*<sup>1</sup>.

Fué el caso que, cerca del cabo de San Vicente, se encontraron seis naves inglesas con cinco guipuzcoanas que venían hacia Cádiz. La capitana y almirante pelearon ocho horas y se perdieron por haberlas desamparado las otras tres, faltando á la obligación y escritura otorgada antes de salir del puerto de Pasajes, por la que todas se comprometían á navegar de conserva y no se apartar, so pena de 3.000 ducados. Examinados los hechos, mandó el Rey que fueran castigados los capitanes «para que á otros sea de ejemplo y entiendan que se han de ayudar unos á otros». Ordenó al mismo tiempo que les fueran secuestrados los bienes, aplicando los 3.000 ducados en que se obligaron «é la demás hacienda en que fueran condenados, á los dueños de las naves que se perdieron»<sup>2</sup>.

Como quiera que por rareza faltaba en cualquiera de las expediciones algún soldado de aquellos que por servir para todo manejaban con soltura la pluma, dando muestras de la cultura general de la nación, poco apreciada todavía, por más que los españoles de aquel tiempo más amigos fueran de acometer empresas que de referirlas, solían hacer relación en prosa ó verso de las más señaladas, prósperas ó adversas, y en este reinado enriquecieron la historia y la literatura naval con muchas obras, algunas de las cuales no desdicen de las magistrales firmadas por Ercilla, Lope de Vega, Góngora, Alcázar, Rufo y Herrera. De algunas especiales haré indicación, supliendo al silencio de las bibliografías:

Primera. *Los libros que mandó escribir y demostrar el católico Rei D. Felipe Segundo á su Ingeniero mayor Juanelo.*

<sup>1</sup> Año 1395. Véase *La marina de Castilla*, cap. x, pág. 154.

<sup>2</sup> Carta del Rey al Duque de Medina-Sidonia, fechada en El Pardo á 26 de Noviembre de 1596. *Colección Navarrete*, t. xxxi.



Manuscritos é inéditos han quedado en la Biblioteca Nacional, y el quinto (signatura L. 140) importa á nuestro objeto por ser la materia «los edificios de mar y cómo se han de hacer y acomodar en diversas maneras», comprendiendo á los puertos y sus defensas, dársenas, diques, escolleras y otras cosas tocantes al agua, ilustrándolas dibujos de barcas, naos y galeras hechos á la pluma con soltura.

Segunda. *Libro del Infante don Pedro de Portugal, El qual anduuo las quatro partidas del mundo. Con licencia. Año MDLxiiij.*

Opúsculo en 20 fojas en 4.<sup>o</sup>, caracteres góticos, según dice al final, *Impreso en Burgos en casa de Philippe de Junta. Año MDLxiiij.*

Al folio primero, después del prólogo, se lee:

«Aquí comienza el libro del infante don Pedro de Portugal, etc., compuesto por Gómez de San Esteban, uno de los doce que anduvieron con el dicho Infante á las ver.»

Paréceme de gran curiosidad, porque el viaje simulado sirve de motivo á la enumeración concisa de pueblos, ríos y montes, constituyendo compendio de Geografía y nomenclátor análogo al *Libro del conocimiento de todos los reinos é tierras e señorios que son por el mundo*, sacado á luz por D. Marcos Jiménez de la Espada en 1877 <sup>1</sup>.

Hay aun entre los no vulgares una *Suma de los tratos y contratos: compuesta por el muy Rdo. Padre Fray Thomas de Mercado, de la orden de los Predicadores, Maestro en Santa Theologia. Dividida en seis libros. Añadidas á la primera addicion muchas nuevas resoluciones: y dos libros enteros, como paresce en la página siguiente. Con licencia y Privilegio: en Sevilla, en casa de Hernando Díaz, 1575*, de importancia por las indicaciones de prosperidad que alcanzó el comercio de Indias en Sevilla.

«El trato de mercaderes, dice, como el dia de hoy se hace, especial en estas gradas, cierto me admira, con no solerme espantar cosas comunes y vulgares. Es tan grande y univer-

<sup>1</sup> *La marina de Castilla*, cap. xvi, pág. 251.



sal, que es necesario juicio y gran entendimiento para ejercitario y aun para considerarlo. Solían tener este modo de vivir en tiempos de nuestros mayores hombres bajos; mas ahora está en el punto, que es menester no ser nada agrestes ni rudos para poder menearlo. Tiene, lo primero, contratación en todas las partes de la Christiandad, y aun en Berbería. A Flandes cargan lanas, aceites y bastardos: de allí traen todo género de mercería, tapicería y librería. A Florencia envían cochinilla, cueros; traen oro hilado, brocados, perlas, y de todas aquellas partes gran multitud de lienzos. En Cabo Verde tienen el trato de los negros, negocio de gran caudal y mucho interés. A todas las Indias envían grandes cargazones de toda suerte de ropas; traen de ellas oro, plata, perlás, grana y cueros en grandísima cantidad. Item; para asegurar lo que cargan (que son millones de valor) tienen necesidad de asegurar en Lisboa, en Burgos, en León de Francia, Flandes, porque es tan gran cantidad la que cargan que no bastan los de Sevilla ni de veinte Sevillas á asegurarlo. Los de Burgos tienen aquí sus factores que, ó cargan en su nombre, ó aseguran á los cargadores, ó reciben ó venden lo que de Flandes les traen. Los de Italia también han menester á los de aquí para los mismos efectos. De modo que cualquiera mercader caudaloso trata el día de hoy en todas partes del mundo y tiene personas que en todas ellas le correspondan, den crédito y fe á sus letras y las paguen, porque han menester dineros en todas ellas. En Caboverde para los negocios; en Flandes para la mercería; en Florencia para las rajas; en Toledo y Segovia para los paños; en Lisboa para las cosas de Calicut. Los de Florencia y los de Burgos tienen necesidad de ellos aquí, ó para seguros que hicieron y se perdieron, ó de cobranzas de la ropa que enviaron, ó cambios que en otras partes tomaron recibidos aquí. Todos penden unos de otros, y todo casi tira y tiene respecto el día de hoy á las Indias, Santo Domingo, Santamarta, Tierra Firme y México, como á partes do va todo lo más grueso de ropa y do viene toda la riqueza del mundo.»

«Alcanzó tales vuelos el comercio, dice otro literato mo-



derno <sup>1</sup>, y tan evidente era el lucro, que llegó á tentar la codicia de muchos nobles, graves y encopetados hidalgos, hasta olvidarse de añejas preocupaciones, para acrecentar la hacienda con encubierto tráfico, ó á las claras y ostensiblemente como mercaderes de profesión, soportando las puyas y sátiras de poetas maleantes ó las desdeñosas reconvenciones de los apegados á lo antiguo, compensando tales mortificaciones con el acrecentamiento de la fortuna y aumento de ducados, que luego servianles para mayor lustre y esplendor de la casa solariega al crear pingües mayorazgos y lustrosas fundaciones que perpetuaran la alcurnia y linaje de los patronos; y en cuanto á extranjeros, fueron muchos los que tomaron carta de naturaleza en Sevilla al olor del comercio con las Américas, especialmente de los Paises Bajos y de Italia, muchos de Génova, no sólo del estado llano sino de noble clase, cuidando éstos de venir bien provistos de ejecutorias, títulos é informaciones de nobleza que acreditaran su prosapia, enlazándose en el transcurso del tiempo con principales casas de Sevilla, que dieron muy ilustres y renombrados hijos á esta ciudad.»

Final: enseña los efectos del cambio cosmopolita la citación del mismo escritor á la pintura que hacia Luis de Peraza en 1552.

«Las vestiduras de los hombres son de paño que cuestan dos y tres ducados la vara; usan comúnmente en los jubones, sayos, calzas y zapatos, terciopelo carmesí, raso, tafetán, camelote, fustedas y estameñas, sedas sobre sedas cortadas, con trenzas y pasamanos, con caireles, vivos, ribetes, y algunos usan de torzal; y porque estándose holgado en Sevilla gocen en común de lo que en cada reino se aprecia particular, traen ropetas italianas, chamarras saonesas, capas lombardas con collares altos, ropetas inglesas, sayos sin pliegues de Ungría, ropetas cerradas que se visten por el ruedo, llamadas *salta en barca*, tomadas de las que se traen en la mar; usan

<sup>1</sup> Don Manuel Gómez Imaz: *Inventario de los cuadros sustraídos por el Gobierno intruso en Sevilla el año de 1810*. Sevilla, 1896; opúsculo de que he tomado la anterior referencia.



capeteles, que son sombreros chicos y hondos; chamarras angostas y largas hasta el suelo, que es á vista de turcos; calzas de muy gran primor, enteras, á la española, picadas, á la flamenca, y cortadas á la alemana; mas son todas forradas en terciopelo carmesí, rulos y tafetanes de todo color; sobre las caizas traen gran costa y muy grañ primor, porque hay algunas que cuestan cuarenta y cincuenta ducados, y las que menos cinco ó seis; traen zapatos y zaragüelles á la morisca; las gorras son comunes, y las plumas en ellas al lado izquierdo, porque los franceses las traen á la mano derecha; y por parecer soldados, traen sobre los jubones y calzas picadas, cuchillas, para mostrarse más feroces, y es hábito que les da gentil parecer.»

Inédito, y firmado por el capitán Jerónimo de Contreras en 30 de Agosto de 1570, existe en la Biblioteca de El Escorial, el *Vergel de varios triunfos*, escrito en prosa y verso con dedicatoria al Rey y en el que sobresale la narración del que obtuvo D. Juan de Austria en Lepanto. Dice de uno de sus capitaneas:

«Y en aquella galera despalmada  
á quien siguen las siete á gran porsia,  
viene el sabio y valiente Gil de Andrada  
de mostrar su potencia y valentía  
en el antiguo reino de Granada,  
á la parte del mar, junto Almería,  
en el cual ha mostrado muy de veras  
su bondad y el valer de sus galeras.»

---





## XIII.

### PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE III.—OFENSIVA DE LOS HOLANDESES.

1598-1601.

Viaje de la Corte al litoral mediterráneo.—Llegan á Valencia, desde Génova, doña Margarita de Austria y el archiduque Alberto.—Casamientos y fiestas reales.—Recompensas.—El Duque de Lerma dispensador.—Vuelve el Archiduque á Flandes.—Cortes de Barcelona.—Prestigio del Duque de Medina-Sidonia en asuntos de marina.—Escuadra holandesa en Canarias é Indias.—Sigue la el Adelantado de Castilla.—Su mala estrella.—Federico Spínola lleva galeras á los Paises Bajos.—Causa daño considerable al enemigo.—Salva á las flotas de Indias D. Diego Brochero.—Acción de D. Luis Fajardo contra ingleses y holandeses juntos.

  
O más de veinte años (que suelen ser pocos en la edad de los hombres para el desempeño de negocios graves) contaba el príncipe D. Felipe al ser proclamado Rey de España y de las Indias, ó Rey de las Españas, en expresión vulgar, como tercero del nombre <sup>1</sup>, entrando en posesión de los vastísimos dominios regidos hasta entonces por su padre.

Afable, morigerado, pacífico, ejemplar en prácticas que le valieron renombre de *Piadoso*, hízose al mismo tiempo merecedor del de *Indolente* por el despego con que desde el momento de la coronación dejó al cuidado ajeno, así las riendas del gobierno como cuanto á su cuidadosa autoridad incumbía.

El Marqués de Denia, D. Francisco de Sandoval, después

<sup>1</sup> Nació el 14 de Abril de 1578; fué reconocido y aclamado el 13 de Septiembre de 1598.



Duque de Lerma, fué el que recibió el encargo, nada fácil, de dirigir en su nombre la nave del Estado, debiendo, en el común sentir, procurarla adobio y reposo en la oportunidad de paz con Francia y dejación de las provincias de Flandes, fortaleciéndola poco á poco á favor de medidas restrictivas de orden económico con que se compensase ó corrigiese el sacrificio de hombres y dinero hecho en las prolongadas guerras anteriores al esplendor y á la preponderancia; empero el gobernante nuevo, con otra opinión, mantuvo la corriente de gastos enormes dentro y fuera del reino, acreciéndola desde el principio con la idea de un viaje de la Corte al litoral, motivo de fiestas suntuosas y de prodigalidades repetidas desde entonces por sistema, que le parecería bueno en lo que halagaba la vanidad y distraía la atención pública.

Don Felipe el segundo dejó antes de morir concertados los casamientos de su hijo con la archiduquesa Margarita de Austria y de la infanta Isabel Clara con el archiduque Alberto, y éste, acompañando á la futura reina de España, había emprendido el camino desde Bruselas hacia Milán y Génova. Llegados á Ferrara, donde se hallaba el Papa, Su Santidad bendijo el doble matrimonio, verificado por poderes, donó á doña Margarita la rosa de oro, y pasados en regocijos algunos días, continuó la comitiva el viaje al puerto donde esperaban las escuadras de galeras al mando del príncipe Juan Andrea Doria, teniendo el de las de España el Adelantado de Castilla D. Martín de Padilla; el de las de Nápoles, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca; el de las de Sicilia, D. Pedro de Leyva. En todo eran cuarenta; la Real, magníficamente dispuesta para alojamiento de la Reina <sup>1</sup>.

Salió la armada de Génova el 18 de Febrero de 1589, haciendo escalas en Saona, Niza, Santa Margarita, Tolón, Marsella, Cadaqués, Rosas, Palamós, Barcelona y Alfaques; navegaba únicamente de dia, á fin de disminuir la molestia de la Señora y de la Archiduquesa, su madre, poco familiariza-

<sup>1</sup> *Viajes regios*, pág. 229.



das con la vivienda náutica. Así emplearon nada menos de cuarenta días en llegar á Vinaroz, punto del desembarco.

En el ínterin, obtenido por el Rey en Cortes un subsidio extraordinario, partió de Madrid con la Infanta, su hermana, y gran cortejo para recibir á los desposados en Valencia, donde hicieron la entrada solemne el 18 de Abril. El mismo día se ratificaron los matrimonios, dando principio á las galas y alegrías con que se daba á conocer el desenfado del valido en la distribución de las mercedes ó gracias de ocasión, como de los cargos palatinos, puestos de importancia, encomiendas, hábitos de las Órdenes militares, agrados ó esperanzas de medrar <sup>1</sup>. A Juan Andrea Doria se acordaron 30.000 ducados de ayuda de costa, amén de otros 20.000 que le dió el Rey difunto para servir en la jornada de venida de la Reina; á su hijo Joaquin, una abadía en Sicilia, con doble renta sobre el arzobispado de Toledo; el mando de la escuadra de galeras de Génova, al Duque de Tursi; pensión decente al Marqués de Torrilla, con otras menores al resto de familia del Capitán general de la mar. Dióse á D. Martín de Padilla grandeza de España, negándola á D. Pedro de Toledo, que de mal talante quiso dejar las galeras de Nápoles, y aun se extendió la benevolencia á los marineros y soldados, figuras decorativas en la parada, declarándoles exentos de las pragmáticas obligatorias, de usar almidón en los cuellos y lechuguillas de determinada dimensión y autorizándoles para llevar bandas y vestidos á su gusto <sup>2</sup>.

Del principal dispensador comenzó á *rugirse* que no quedaba corto ni empachado en engrandecer á sus deudos, para los que reservaba dignidades, honores y riquezas, mordiéndole los maldicientes, no tanto por ello ó por el título de Duque de Lerma, que debió personalmente á la solemne fiesta nupcial, como por las sumas de cincuenta y de cien mil du-

<sup>1</sup> «Hanse dado más hábitos después que S. M. heredó, que no se dieron en diez años en vida del Rey, su padre, porque dicen pasan de cincuenta personas á los que se han dado, y que los más lo han alcanzado con poca diligencia.»—(Cabrera de Córdoba: *Relaciones*.)

<sup>2</sup> Idem ídem.



cados recibidas del Rey á título de albricias por el trabajo de noticiable la llegada de las flotas de Indias siempre deseadas y en peligro siempre de temporales y asechanzas.

En esto, lo mismo que en la visita de los bajeles, se significaba el reinado con tinte marítimo, navegando los Reyes desde Valencia á Barcelona con la lucida armada de cuarenta y cinco galeras. Llevábales el doble objeto de celebrar Cortes y despedir á los soberanos de los Países Bajos, Alberto é Isabel Clara, que con la armada misma siguieron hasta Génova el 7 de Julio.

Aprovechando la estancia de la Corte se marcó también en las deliberaciones de los diputados aquel tinte, porfiando por la autorización para armar por su cuenta diez galeras con destino á la defensa de la costa y daño de los moros. A esta pretensión racional, hecha en Cortes anteriores varias veces, siempre se había opuesto resistencia por la Corona, prevaleciendo la antigua prevención de D. Fernando el Católico por el ejercicio del corso contra el corso, que acabó con la gloriosa marina catalana y con sus prácticas celebradas<sup>1</sup>. Ahora la mantuvo el de Denia, prefiriendo acordar peticiones de menos conveniencia; con todo, á última hora, fuera por la pertinacia de los procuradores ó por el obsequio personal de diez mil ducados que no se sabe á qué título le hicieron, mudó de parecer y la autorización se concedió reduciéndola á ocho galeras, desde cuatro con que se comenzara el servicio por ensayo, habiendo de proponer los diputados cuatro caballeros del reino, de los que elegiría el Rey uno por general, para gobernarlas.

Casi al mismo tiempo vino á decidirse otra novedad: el empleo de las galeras en los mares del Norte por iniciativa de Federico Spínola, noble y acaudalado caballero de Génova que llevaba años de militar voluntariamente en los Países Bajos instado de la enulación. Comprendiendo que con

<sup>1</sup> «Si para naves exceden los vizcainos, para galeras ninguno iguala con catalanes y mallorquines; por donde resulta el refrán que si en galera se hace cosa buena, el capitán ha de ser catalán.»—(Viciiana: *Crónica de Valencia*. Valencia, 1564, folio 122 vuelto.)



aquellos bajeles, cuyo servicio le era familiar <sup>1</sup>, sería posible interrumpir, ó molestar cuando menos, el tráfico de los rebeldes, transportar las tropas reales, cuidar de su comunicación y socorrer con oportunidad los lugares amenazados, propuso la organización de escuadra especial, ofreciéndose á conducirla y manejarla. El asunto se había consultado al Consejo de Guerra, andando en papeles desde Bruselas á Madrid; aquí principalmente, donde el juicio del Rey difunto, opuesto á las galeras, como hizo saber al Duque de Alba y á D. Luis de Requesens cuando con instancia las pidieron, pesaba todavía; ahora, las circunstancias que reunían en Barcelona al Rey y al archiduque Alberto dieron á Spinola la facilidad de hacerles oír de viva voz las razones en que fundaba el proyecto; y como á la más grave dificultad respondía su desprendimiento (lo mismo que el de los catalanes), brindándose á sostenerlas, se cerró el negocio haciendo asiento y capitulación, con complemento de cédulas en virtud de las cuales había de regir las seis galeras que sirvieron en Bretaña y de momento estaban en Santander á cargo de Carlos de Amézola.

Por rareza no tuvo que intervenir en el asunto D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina-Sidonia, el desdichado caudillo de la Armada en la expedición de 1588 contra Inglaterra, y no más feliz defensa de Cádiz en 1596, pues había conseguido la confianza absoluta del Rey, por el conducto de su privado, á favor de una «relación del estado en que se hallan las cosas de estos reinos y fuera de ellos de la obediencia de Su Majestad, y del peligro y riesgo en que al presente están», escrito con que enviaba el de homenaje <sup>2</sup>, y por el cual sin motivo se formó en la Cámara altísimo concepto de la capacidad del Duque. Confirmado, pues, en los cargos de Capitán general del mar Océano y de la costa de Andalucía, que venía sirviendo, fuéronsele ampliando las atribuciones; de forma que, no solamente entendió como antes

<sup>1</sup> Había servido en los del Mediterráneo.

<sup>2</sup> Copia en la correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, Dirección de Hidrografía. *Colección Navarrete*, t. xxxi.



en la provisión de los presidios de Berberia y cuidado de las plazas andaluzas, sino también en el despacho de las flotas, armamento de escuadras de su guarda, acopios y organización general. Él proponía nombres para capitanes, almirantes y generales, iniciaba jornadas, redactaba instrucciones, y nada se hacia sin consultarle con mayores consideraciones de las que mereció á D. Felipe II, significándole á cada paso el aplauso y alabanzas del Rey por el celo, la prudencia, la previsión con que á todo acudía <sup>1</sup>. Agotados los términos usuales de cancillería, «teniendo en consideración los servicios y calidad de su casa, y porque quedara en ella, como es justo, señal de la gratificación que merecía el amor y celo, y lo bien y honradamente que había empleado la persona en tantos y cualificados negocios como se le encomendaron», por título del año 1602, repetido en el de 1612, se nombró á su primogénito, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla, Capitán general del mar Océano para después de los días de su padre, «teniéndolo desde luego por suyo y tomando la posesión para que desde luego también pudiera servirle y sirviera de coadjutor en el dicho cargo» <sup>2</sup>, y con ello y la agregación de altos funcionarios á sus órdenes, dispuso el Duque desde la residencia de Sanlúcar de cuanto incumbe al ramo de marina; fué, en realidad, Ministro sin el nombre ni la responsabilidad material, casi en todo el curso de la vida de Felipe III <sup>3</sup>.

Desde Barcelona, donde dejamos á la Corte, marchó por tierra á Tarragona. En este puerto embarcó de nuevo, haciendo los Reyes agradable travesía hasta el Grao de Valencia, con objeto de disfrutar del espectáculo de un simulacro naval, de paseos y meriendas á bordo, juntamente con lances de atunes en las almadrabas de Jávea <sup>4</sup>. De Valencia, por Za-

<sup>1</sup> Cartas contenidas en el dicho volumen y otras de los secretarios del despacho en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXXI.

<sup>2</sup> Copias en la *Colección Navarrete*, t. XXXI y t. III, núm. 56.

<sup>3</sup> Hasta 1619. En carta de D. Manuel Alonso, fecha en 1620, se hacen referencias de su muerte. *Colección Navarrete*, t. XXXI.

<sup>4</sup> De una relación que se titula *Jornada de Su Majestad Felipe III y Alteza la In-*



ragoza, regresaron á Madrid al cabo de un año casi de festejos. Y tuvieron digno coronamiento al hacer la entrada oficial, para la que se derribaron manzanas enteras de casas ensanchando la vía de la comitiva y engalanándola sin reparo en costo, como si se encontrara el país en la opulencia y no

*santa Doña Isabel, desde Madrid, á casarse, el Rey con la Reina Margarita y su Alteza con el Archiduque Alberto,* manuscrito en la Biblioteca Nacional, H. 48, copio lo relativo á marina:

«A 22 de Hebrero fué Su Majestad á la mar (en Denia) y se embarcó con Su Alteza en un bergantín muy galán, con los remeros vestidos de casacas de tafetán carmesí, y se hizo á la vela á ver una cueva que llaman Falda, que está á la orilla de la mar.... antes de anochecer se hizo un poco á la vela la mar adentro, y le acompañaron un piloto flamenco y otras barchas de la tierra, y tiraron mucha artillería y justaron unas barchas con otras, cayendo los justadores á la mar.

»Sábado 26 de Marzo fué Su Majestad al Grao (de Valencia) á ver un navío grande.

»Martes á 27 de Abril vinieron al Grao siete galeras de las que habian venido con la Reina, y entre ellas la capitana del Duque de Saboya, toda negra; fué el Rey y el de Denia, el de Velada y Juan Andrea á verlas.

»Jueves 17 de Junio, á las ocho de la noche, haciendo buena luna, se embarcó en el puerto de Barcelona la señora infanta Doña Isabel con su marido el archiduque Alberto y la Archiduquesa madre de la Reina. Salió Juan Andrea de la galera Real con dos esquifes juntos uno con otro, y en ellos cinco sillas para los Reyes; entraron en ellos y desembarcaron en la Real; despidiéronse muy tiernamente, y dió la vuelta á tierra el Rey y Reina en el mismo esquife, junto con Juan Andrea, que en él se volvió á la Real, que estaba aderezada ricamente de brocado y telas. A la primera hora de la misma noche salieron del puerto con buen tiempo.

»Desde Barcelona á Tarragona vinieron once galeras haciendo guarda por la costa, dando fondo donde paraban los Reyes enfrente de los lugares: á 21 de Julio se embarcó Su Majestad en las galeras y á 22 se desembarcó en Denia, donde le recibieron con gran salva de artillería, y allí fué á pescar los atunes. El tiempo que estuvo en Denia hubo una batalla naval de las galeras de Nápoles y Génova haciéndose á la mar cosa de una legua, y todas las circunstancias que podian tener siendo enemigos; pelearon más de una hora disparando brava artillería, y cuando fué hora disparó el castillo, dándolos por buenos y poniéndolos en paz.

»El dia siguiente por la mañana se tornó Su Majestad á embarcar en el filibote flamenco y merendó manteca y otras cosas que le dieron. A la tarde se combatió un castillo que habian hecho apostado en la marina y dentro habia cosa de 200 hombres vestidos de moros; el castillo se defendió muy bien y al cabo le entraron, y los moros fingidos dieron á huir á la mar, donde tenian barcos para ellos.

»El dia siguiente se embarcó Su Majestad y fué á pescar con su Alteza, donde se holgó mucho, y á la noche hubo comedia, y al fin della tocaron un rebato falso, que á las damas, y á quien no lo sabía, dió harta pena, porque decían habia en la costa de Denia catorce galiotas de moros. A 16 salió Su Majestad de Denia, y en el camino estaban emboscados cosa de cien hombres vestidos de moros y empezaron á tirar, y luego los jinetes cercaron, y no faltó damas á quien, pensando era de veras, se les quitó el color.



en la situación expuesta por el Soberano ante las Cortes, «de no poder sustentar su persona y dignidad real porque no había heredado sino el nombre y las cargas de Rey, vendidas la mayor parte de las rentas fijas del real patrimonio y empeñadas por muchos años las que habían quedado»<sup>1</sup>.

Durante la estancia en Barcelona se supo cómo el 11 de Junio habían aparecido ante la Coruña 60 velas, que fondearon por la banda de Santa Cruz lejos del fuerte, y que al recibir algún proyectil de pieza larga se pusieron á la vela sin hostilizar, haciendo rumbo hacia el cabo de Finisterre. Pareciendo armada insuficiente para expugnar á cualquiera de las plazas fuertes, se juzgó fuera una de tantas despachadas cada año á las Azores y cabo de San Vicente al tiento de las flotas, sin concederle atención. Justamente había partido para las Antillas el general D. Francisco Coloma con 12 galeones; en Sevilla aprestaba Pedro de Zubiaur otra escuadra que juntar con las de Lisboa y de Ferrol para cualquier evento; en el puerto de Santa María se reunian 22 gálleras y al pie de 5.000 hombres.

Poco tardó en llegar aviso de que las naves espantadas de la Coruña, con agregación de otras, hasta el número de 74, pertenecían á los rebeldes de Flandes, ó sea á las que se nombraban á sí propias Provincias Unidas de los Países Bajos, y que venían en abierta ofensiva, mandadas por el almirante Pedro Vander Dous. Aparecieron el 26 de Junio ante la ciudad de Las Palmas, en Gran Canaria, amagando desde luego desembarco de gente por la caleta de Santa Catalina, donde tenían trincheras los vecinos, y verificándolo con lanchas por el puerto de la Luz con fuerza de 4.000 soldados y daño de los defensores, que no pudieron resistir á cuerpo descubierto.

Herido mortalmente retiraron al gobernador Alonso de

<sup>1</sup> Sin embargo, por las *Relaciones* de Cabrera de Córdoba, gastó en la jornada 950.000 ducados desde el 21 de Enero que salió de Madrid hasta el 10 de Octubre que llegó á Barajas. El Marqués de Denia por sí solo desembolsó 300.000 ducados, sin contar las joyas regaladas á la comitiva de la Reina y del Archiduque; el gasto de los grandes y señores de Castilla pasó de tres millones.



Alvarado, el mismo que contrarrestó bizarramente las tentativas de Drake años atrás; herido también el sargento mayor Antonio de Heredia, cedieron el campo los isleños encerrándose en la ciudad, mientras los holandeses cercaban al castillo de la Luz, cuyo Gobernador no resistió lo que pudiera. Con la artillería de esta fortaleza hicieron los asaltantes batería contra la de Santa Ana, tirando tres días hasta que las brechas de la cerca les dieron entrada. Faltos de munición en Las Palmas, se salió la gente, situándose en los riscos inmediatos, desde donde continuó la escaramuza con ventaja, utilizando la disposición del terreno, y allí, cuando los enemigos se internaron, aunque con precaución avanzaban por columnas, les causaron considerable merma, haciéndoles volver á la playa.

Propusieron los invasores el rescate de los edificios por 400.000 ducados en el acto, reconocimiento del señorío de las Provincias y tributo anual de 10.000, con amenaza de incendiar por completo la ciudad; y como se respondiera al parlamento dignamente que hicieran lo que pudiesen, al iniciar el reembarco arrimaron las teas. Gracias á la celeridad con que picaran á la retaguardia consiguieron los canarios evitar la destrucción. Solamente ardieron los conventos de San Francisco y Santo Domingo con unas doce casas. Desmantelaron, por supuesto, los holandeses los dos castillos del puerto de Santa Ana y el de la Luz; se llevaron la artillería juntamente con las campanas de las iglesias y algunas pipas de vino, escaso botín pagado con la vida de 900 hombres.

Vander Dous supo en los días de la ocupación que estaban prevenidas las islas de Tenerife y Palma, é hizo rumbo á la Gomera, que no podía resistir á su armada; destruyó la torre defensiva de la villa; llevóse, como en Las Palmas, los cañones y objetos de la iglesia parroquial; quemó la ermita de Santiago, mostrando en el proceder, tanto como en las exigencias, tener bien aprendida la lección de los ingleses, maestros en sacar provecho de los armamentos <sup>1</sup>. Y como

<sup>1</sup> Relación de lo que ha sucedido á la armada del enemigo en la isla de Canarias.—



más no podía prometerse de las Canarias, dividió la fuerza, destacando al vicealmirante Juan Gerbrantsen con 35 naves á las Terceras, al aguardo de las flotas de Indias; tiempo y trabajo perdido, porque, avisadas de la novedad, invernaron en la Habana.

Esto, que en España tampoco se sabía, instó al Gobierno á despachar al Adelantado de Castilla desde la Coruña con 50 navios y 8.000 hombres, algo tarde ya, por lo que hubo de luchar con temporales, que se pensara desataba en cada expedición su mala estrella. Los experimentó tremendos sobre la isla de Flores á fines de Setiembre, dispersa la poderosa escuadra que llevaba. Los más de los navíos salieron del paso sin mástiles, velas ni jarcias, habiendo arrojado al agua artillería y pertrechos. Dos aportaron medio deshechos á Galicia; de otros dos no volvió á saberse; el general surgió en Cádiz con 13, tan descalabradados que no eran de servicio sin reparación, esperando á la cual se vino el Adelantado á la corte<sup>1</sup>.

Mientras volvía descontento á Holanda Gerbrantsen, no sin descalabro, aunque no tanto, navegaba hacia las Indias Vander Dous con el resto de la armada; 36 navíos de los mayores y mejor pertrechados, dispuesto á resarcirse á costa de las poblaciones indefensas. Empezó saqueando á la isla de Santo Tomé; incendiándolo todo, matando bastante gente, cargando de sal las bodegas á falta de mercancía más valiosa.

Cabrera de Córdoba, *Relaciones*.—Viera y Clavijo, *Historia de las islas Canarias*.—Dirección de Hidrografía, *Colección Sans de Barutell*, art. 6.<sup>o</sup>, números 180 y 181.—Relaciones impresas en Sevilla.

<sup>1</sup> Consérvase en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. civ, fol. 114, una carta de 30 de Diciembre de 1599 con noticia de ocurrencias. Comentando las del Adelantado de Castilla, habla de sus repetidas desgracias por mar y tierra, diciendo sabía España lo que por nuestros pecados había salido perdida encomendando en manos de tal capitán su fortuna, «con tanta mengua de vidas, de ejércitos, de flotas, de millones de ducados, de navíos, de galeras, de bastimentos, de artillería, de municiones, de reputación, de honra, de ocasiones». Cuenta que, hallándose en la antecámara real, insinuó el Conde de Fuentes frases que mortificaron mucho al Adelantado y al Duque de Lerma, su amigo y consuegro; mas como sin duda tales frases eran eco de la opinión pública, aunque Martín de Padilla se quejó al Rey, recibió mandato de marchar al puerto de Santa María á servir su cargo de Capitán general de las galeras de España.



El clima intertropical, contrario á la complejión sanguínea de su gente, no le consintió emprender otras cosas, atento á curar de la enfermedad á las tripulaciones atacadas. Tocóle á su vez sentir los efectos, de que murió, volviendo las naves sin cabeza á las costas de donde salieron, exceptuadas siete que iban á buscar suerte en el Brasil <sup>1</sup>.

Esta primera de las expediciones militares holandesas, acometida por sí solos y con propios recursos, anunciaba que los pescadores de arenques, los mendigos de mar menospreciados en los primeros momentos de la rebelión, habían constituido y componían ya nación marítima capaz de hacer frente á la que les dió entidad y vida, cuando la española era todavía respetada y temida en todo el mundo. Mientras Felipe II existió, pesaba sin duda su influencia sobre los que nacieron súbditos de Carlos de Gante; verdad es que, como tales, dicho queda, tuvieron abiertos los puertos de la madre patria hasta el fin de la vida del Monarca, alimentando con ellos mucha parte de su comercio y de la industria. Quizá comenzaran á volar naturalmente porque sintieron el vigor necesario en las alas, mas ello coincidió con el fallecimiento del Rey, á quien habían conocido, y con la clausura de los mercados á que acudían por costumbre y ganancia.

Debieron de ofrecerse á la imaginación de los marineros elegidos por gobernantes, juntamente con la exigencia de la necesidad, el ejemplo de sus vecinos y aliados, los ingleses, en el ataque de las flotas indias, el conocimiento adquirido de la disposición de las colonias y de los colonos españoles, aliciente de los audaces, y más que todo la conveniencia de adquirir autoridad y reputación á los ojos extraños. Esta primera vez tuvieron que anotar entre las partidas arriesgadas á interés futuro las pérdidas de material y de hombres, sin considerar fallida la cuenta de la empresa, por lo que, tomada osadamente la ofensiva contra España, habían causado daños de consideración, alcanzado trofeos, recogido prendas, sin descalabro de sus armas. Abrían para los suyos senda de

<sup>1</sup> Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies des Pays-Bas.*



esperanzas, dando á entender á los adversarios que en lo sucesivo no los encontrarían abrigados tras los bajos de Flandes; habíanlos de ver por todas partes, por las más lejanas, enemigos de mar acuciosos.

Como menos se creía respondieron á la disposición y actitud de las otras provincias de los Países Bajos esperanzadas de ver el fin de los disturbios y guerras desde el acto de abdicación de la soberanía en favor de los Archiduques; la política, la batalla, la intervención de las armas españolas iban á continuar por allá sin alteración sensible.

He aquí explicada la facilidad en la estipulación para llevar galeras al mar del Norte, así como la diligencia puesta en ejecutarla. Federico Spínola partió satisfecho de Barcelona en Junio de 1599<sup>1</sup>, al tiempo en que Vander Dous atacaba á las Canarias, dejando libre el canal de la Mancha. Pudo hacer, por consiguiente, la travesía desde Santander al puerto de la Esclusa, donde estableció su apostadero como punto estratégico.

Desde el principio causó imponente extorsión con tan reducida fuerza, atacando á las flotillas de pesca, á los convoyes del comercio, al cabotaje y á los puertos. El Gobierno de las Provincias Unidas tuvo que hacer gastos impensados, distraer las fuerzas navales en escoltas sin evitar los asaltos y sorpresas, con que iba llenándose la Esclusa de buques capturados antes de dar con el remedio, que fué construir y armar galeras de mayor poder que las españolas, á fin de que los holandeses «las perdieran el miedo»<sup>2</sup>.

Visto el resultado del ensayo, no hubo embarazos en la corte para ensanchar los capítulos del asiento con otros, aumentando el número de vasos que proponía Spínola; pendía

<sup>1</sup> «La semana pasada partió de aquí para Santander Federico Spinola..... Dicen se le seguirá muy grande interese (de las presas), que es el que le ha hecho procurar de tomar este asiento con S. M. y el Archiduque, en que gastará de presente, según dicen, 400.000 ducados, y no le ha de correr el sueldo ni la paga que le ha de hacer S. M. hasta pasados dos años. Tiéñese por cosa muy necesaria para el beneficio de aquellos Estados.» (Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, pág. 32.)

<sup>2</sup> Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies*.



únicamente la resolución de la venida á Madrid, con objeto de especificar las condiciones y de desembarazar costas y cabos de cruceros ingleses y holandeses en acecho.

Con unos y otros había encuentros frecuentes, siendo de notar el de ocho galeones britanos, situados en el estrecho de Gibraltar á fin de amparar el paso de sus mercantes, con cinco de nuestra armada del mar Océano, que, siendo inferiores, salieron malparados de la refriega (1600). Otras dos naos, envalentonadas por la circunstancia de conducir soldados desde Ferrol á Cádiz, se atrevieron á combatir á un convoy de 25 mercantes, quedando, para escarmiento de temerarios, á fondo la una, y la otra desmantelada. El lucimiento tocó á D. Diego Brochero, dos veces enviado á las Terceras con 15 naos á esperar á las flotas de las Indias de Oriente y Occidente, pues trajo á salvo á unas y otras á vista del enemigo, y la de Nueva España, desde allá escoltada por los galeones de D. Francisco Coloma, conducía el tesoro de dos años.

Igual servicio, con mérito más subido, prestó el año siguiente (1601) librando la plata de las escuadras de Sir Richard Lewson y de Willians Monson, unidas para el ataque<sup>1</sup>, y casi al mismo tiempo sostuvo el crédito de las armas don Luis Fajardo en combate de 20 navíos ingleses y holandeses con los siete galeones de su mando, consiguiendo maltratar á la capitana enemiga y hacer presa de la almiranta y de un patache, á costa de 200 bajas en muertos y heridos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> John Barrow, *Memoirs of the naval worthies of Queen Elizabeth's reign*. London, 1845.—John Payne, *The naval history of Great Britain*. London, 1793.—El último expresa que consiguieron los ingleses tomar una carraca portuguesa que valía un millón de ducados.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*.—Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies*, anota eran ocho las naves holandesas, de á 600 toneladas, y 13 las españolas; en la acción, dice, unas y otras se hicieron daño, apartándose sin resultado decisivo.





## XIV.

### EN INGLATERRA Y EN FLANDES.

1601-1607.

Jornada de Irlanda.—Desembarco, batalla y capitulación.—Nuevo asiento para la invasión de Inglaterra.—Travesías de Spínola.—Combates.—Muerte heroica.—Paz con Inglaterra.—Pérdida de las galeras de Flandes.—Proyectos reformistas.—Generales con mando.—Fuerzas de los holandeses.—Creación del Almirantazgo de Flandes.—Combate en el Canal.—Muerte de Zubiaur.—Bloqueo de la costa de España.—Fajardo derrota al enemigo sobre el cabo de San Vicente.—Escuadra del estrecho de Gibraltar.—Presas que hace.—Combaten la los holandeses en el puerto y la destruyen.—Crueldad con los prisioneros.—Quedan dueños del mar.—Gestión del Duque de Medina-Sidonia.



EFIERE el apologético y enrevesado historiador, cuya obra se atribuye diversamente á Bernabé de Vivanco y á Matias de Novoa, al empezar las memorias del tiempo, que la reina Isabel de Inglaterra, anciana y apretada gravemente de la melancolía, desmayaba en la expedición de corsarios, amedrentándola tantas armadas como oía decir que iban sobre sus costas, que, si bien las tormentas de aquel canal no las habían dejado surtir efecto, temía que alguna vez de tal manera se medirian los nortes con nuestra fortuna que pusiese en contingencia su corona. Refiere más: que el nuevo rey de España, discurriendo largamente por el estado de las cosas del mundo, mandó armar y proveer las escuadras para correr los mares, «poniendo á los enemigos de ambas sectas en terror y asombro, sin que quedara corsario ni ladrón del Norte que



se atreviera á salir de sus puertos». Item, que despachó 50 galeones, y haciendo Capitán general de ellos á D. Martín de Padilla, Adelantado mayor de Castilla y Capitán general de las galeras de España, mandó fuera sobre Inglaterra en prosecución de las enemistades contraídas con el rey don Felipe II, su padre <sup>1</sup>.

Importa recordar la especie, en todas sus partes inexacta, á fin de prevenir el juicio contra las que relativamente á materias náuticas recogió el ayuda de cámara, entusiasta admirador del Duque de Lerma, por más que, á fuer de raras, hayan sido acogidas y transcritas por historiadores sucesivos. Vivanco, ó sea Novoa, no es siempre de fiar en las noticias de sucesos marítimos, ya porque las oyó desfiguradas, ó más racionalmente por escapársele, ajenas á su competencia.

En realidad instaban al Rey y á su valido, con los antecedentes políticos de Felipe II, el dictamen de los consejeros antiguos, conforme con el de capitanes y marineros acreditados, en que la rebelión de los Países Bajos tenía las raíces y la savia en Inglaterra. Solicitaban la piadosa intención real agentes activísimos de los católicos isleños, de los de Irlanda sobre todo, después que fracasaron las pláticas de paz tenidas en Boulogne (1600). Moviala luego el avance de Mauricio de Nassau al sitio de Nieuport, la rota del archiduque Alberto, el interés de conservar los contados fondeaderos que en Flandes quedaban por España, á la vez que la opinión la labraba con presupuestos optimistas de alzamiento general tan luego como los súbditos vejados de Isabel tuvieran armas y apoyo <sup>2</sup>.

Decidida con semejante presión nueva jornada, se pensó en encomendar el gobierno de las armas á D. Juan del AgUILA, el caudillo de Bretaña, sacándole de la prisión en que estaba por haberse aprovechado de la hacienda del Rey más de lo

<sup>1</sup> *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. LX, páginas 52 y 55.

<sup>2</sup> *Causas divinas y humanas que obligan á amparar á Irlanda*. Memoria del veedor Pedro López de Soto. Ms. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, L. 24, fol. 61.



que fuera justo <sup>1</sup>, que en lo demás, hombre era para cualquiera empresa de atrevimiento. Los soldados se hicieron en Galicia, la armada en Ferrol y en Lisboa, ordenándola don Diego Brochero. Reconocieron la costa y puertos de Irlanda navíos ligeros en inteligencia con los Condes de Tyrone y O'Donnell, jefes del movimiento de insurrección en la isla, y estando á punto, salió la expedición á principios de Septiembre de 1601 con el primer cuerpo de ejército, cosa de 4.000 hombres. Las relaciones no consienten apreciar exactamente el número, escasas y deficientes como son. Sábase que don Juan del Aguilá desembarcó en el puerto de Kinsale el 8 de Octubre y dió un manifiesto al pueblo explicando la causa de su llegada. El virrey inglés Lord Mountjoy acudió inmediatamente á estrecharle por tierra con 8 á 9.000 hombres, temiendo el alzamiento general del país, mientras por mar le bloqueaba Sir Richard Levison; pero aunque los más de los naturales fueran católicos y afectos á los españoles, pareciendo pequeño el ejército, se mantuvieron á la expectativa.

A poco llegaron á Baltimore los navíos que se habían separado en el primer viaje y arribaron á la Coruña, conduciendo al lugarteniente Alonso Docampo con el complemento de la fuerza, 2.000 hombres más. El Conde Tyrone se le unió con 4.000 de sus partidarios, formando el segundo grupo de consideración; sin embargo, los irlandeses, rehacios en acudir al llamamiento del General español, se hicieron también sordos á las proclamas de sus propios caudillos incitándoles á sacudir el yugo de la dependencia herética. Ni las remesas de armas, vestidos y municiones que fueron llevando las naves de Pedro de Zubiaur, ni el ejemplo de algunas compañías irlandesas organizadas en los Países Bajos les sacaron del retramiento, haciendo patente la falacia de sus ofertas.

Decidieron Docampo y Tyrone juntarse con las fuerzas de D. Juan, rompiendo el cerco de los ingleses, y pusieronse en

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 70.



marcha con mala suerte: interceptadas las cartas en que comunicaban el plan, les salió al encuentro el Virrey, ocupando posiciones ventajosas. Cuando Tyrone vió al ejército sajón, abandonándole el ánimo, se metió en un pantano, huyendo su gente dispersa. Los españoles pelearon desesperadamente solos, abrumándoles el número. Doscientos murieron en el encuentro; Docampo cayó prisionero con varios oficiales; el resto retrocedió á encerrarse en Baltimore<sup>1</sup>.

El conocimiento del suceso y de la cobardía de los campesinos convenció á Aguila de que habían engañado á su Rey informándole de la posibilidad de separar á Irlanda de Inglaterra sin esfuerzo. Vió que nada debía esperar de los naturales, y que, por considerables que fueran los auxilios que la Hacienda de España consintiera, no podría luchar con los recursos de la Gran Bretaña. En esta persuasión, haciendo uso de su ascendiente, se espontaneó con Lord Mountjoy, ofreciendo la entrega de las plazas guarneidas por su tropa si le facilitaba naves (toda vez que no estaban allí las españolas) para retirarse con los honores de la guerra, artillería, municiones y bagajes, y daba garantía de indemnidad para los vecinos de las plazas que le habían acogido. A esta proposición, razonada extensamente en todos sus motivos, añadía la declaración de defenderse hasta el extremo en caso de no ser aceptada.

Lord Mountjoy respetó la actitud del caudillo español y aceptó sin vacilar todas las condiciones ante la perspectiva de un sitio contra gente tan brava y determinada. Kinsale, Baltimore, con otros pueblos de menor importancia, fueron entregados, y en navíos ingleses embarcaron soldados y efectos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Robert Watson (*The History of the reing of Philip the Third*. London, 1783) pone en la batalla 2.000 españoles y 4.000 irlandeses, que se desbandaron. Otros autores ingleses, por realzar el triunfo, quieren que fueran los españoles 4.000 y los suyos 6.000 veteranos. Se distingue Bacon (*A War with Spain*) por las consideraciones poco benévolas para los vencidos.

<sup>2</sup> Lingard consigna que los consejeros hicieron presente á la Reina era la política nueva de los españoles, calcada sobre la suya, el entretener el fuego de la rebelión en Irlanda, obligándola á distraer un ejército de 20.000 hombres, que costaba 300.000 libras anuales.



Así volvió la expedición á la Coruña en Abril de 1602, mermada en 600 hombres por enfermedades más que por heridas, á recibirlas de lenguas murmuradoras; descontentos acá muchos de que no se prolongara la resistencia dando tiempo con el pie en la tierra al envío de socorros, y tan apresuradamente, sin aviso ni consulta, se abandonara lo ganado; descontentos allá de quedar sin plazas los que se hacían la ilusión de transformar todavía á los infelices montaraces irlandeses<sup>1</sup>.

Precisamente ocurría la dejación á tiempo en que estaba concluído el nuevo asiento con Federico Spinola, considerados los brillantes servicios de su escuadra de galeras después de la batalla de las Dunas, picando la retaguardia del convoy de Mauricio de Nassau, apretando el sitio de Ostende y aprehendiendo á la capitana de la flota de Rotterdam. Habiése obligado á levantar por su cuenta 4.000 infantes y 1.000 jinetes con artillería, municiones, vitualla, é ir personalmente á Inglaterra «para ganar uno, dos ó más puertos de aquel reino y los fortificar y defender y hacer pie en ellos, para desde allí proseguir y hacer la guerra y toda la ofensa y daño á la Reina y todos los herejes y rebeldes á la Santa Sede Apostólica, y recibir debajo la protección y amparo de Su Majestad á los fieles y católicos cristianos, y los favorecer y defender de la opresión y tiranía con que la dicha Reina y sus Ministros los tenían forzada y violentamente sujetos á seguir sus cismáticas y supersticiosas sectas», y venido á Madrid en Marzo de 1601, amplió la oferta á otros 5.000 infantes y 1.000 caballos, siempre que se le dieran ocho galeras más y se acometiera en este año la empresa<sup>2</sup>.

Retrasado en el despacho por las prácticas inveteradas de armamento, salió Spínola del Puerto de Santa María con las

<sup>1</sup> Don Juan de Aguilera, mal visto desde entonces, se retiró á Barraco, pueblo de su naturaleza, en la provincia de Ávila, donde murió.

<sup>2</sup> D. Antonio Rodríguez Villa, *Ambrosio Spínola. Discurso leido ante la Real Academia de la Historia en su recepción pública*. Madrid, 1893.—*Lo que se ha tratado con Federico Spínola y el estado en que está la ejecución de ello*. Archivo de Simancas, Estado, leg. 621. Copia en poder del mismo Sr. Rodríguez-Villa, fecha á 21 de Febrero de 1602.



ocho galeras conduciendo al tercio de infantería del maestre de campo D. Juan de Meneses. Al paso de la costa de Portugal tropezó con siete navíos de la Armada inglesa de Sir William Monson, en ocasión en que atacaban á un galeón de la India Oriental fondeado en Secimbra, cerca de Lisboa, por venir averiado, con falta de 400 personas muertas en viaje larguísimo. Trató de defenderlo Federico ayudando á tres galeras más del Marqués de Santa Cruz, sin poder hacer cara á la fuerza superior enemiga, que contaba 60 naves grandes y pequeñas; y no sólo se apoderó del galeón, sino de otras dos naos del Brasil con carga de azúcar, tras lo cual hizo desembarco en el Algarve merodeando. Solamente un patache cayó en manos de los españoles por tenue compensación de dos galeras perdidas. Siguió la travesía Spínola desde Lisboa con seis, tocando en la Coruña, Ferrol y Santander con harta lentitud, debida al embarque de soldados para completar el tercio. Era entrado el mes de Octubre al embocar el canal de la Mancha, donde le esperaba escuadra anglo-holandesa ' que le cañoneó, teniendo, sobre la ventaja del número, la de la mar gruesa, nociva á la estabilidad de las galeras. Las nombradas *Lucero* y *San Felipe* fueron sumergidas con la mayor parte de la gente; la *Padilla*, que se refugió en Calés, habiendo pedido la seguridad de asilo, sufrió detención por malquerencia de las autoridades francesas, resueltas á dar libertad á los remeros forzados. Consiguió entrar en Dunquerque la capitana *San Luis*, y en Nieuport dos más, que á poco espacio, en noches de calma, alcanzaron la estación de las antiguas en la Esclusa.

Entretanto había llegado por tierra á Flandes Ambrosio Spinola, hermano de Federico, capitaneando los dos tercios escogidos que se obligó á levantar por el asiento, y presentó al Archiduque cédula real encargando le dejara «pasar libremente con los 9.000 italianos que lleva á su cargo, donde quisiera, sin detenerle una hora, pues donde irá las tendrá

<sup>1</sup> De 80 naves, en relación sin duda errónea ó exagerada. *Colección Navarrete*, tomo v, núm. 12.



muy cerca V. A. y dará tanto cuidado á los enemigos que será de mayor efecto que tenerlos V. A. consigo; y sobre esta gente va fundado el designio que lleva; y si los detuviese V. A., le desharía, dejando de gozar de la mayor ocasión que se pueda ofrecer y dándola á mayores daños» <sup>1</sup>.

Detúvolo con todo alegando la situación apurada del sitio de Ostende, y el Rey aprobó el paréntesis por el momento; pero á fines del año, descubriendo el secreto al Archiduque con el fin de que proveyese á los Spínolas de tren completo de artillería, bagajes y municiones, auxiliándoles para completar con levas un cuerpo de 20.000 infantes y 2.000 caballos, reiteró las órdenes precisas de expedición á Inglaterra en ayuda de los católicos de aquel reino <sup>2</sup>.

Como esta operación de la leva que iba á hacerse en Alemania es de suyo pesada, trató de utilizar el tiempo Federico saliendo de la Esclusa el 24 de Mayo de 1603 con las ocho galeras, en que embarcó por refuerzo 1.130 hombres de infantería española <sup>3</sup>, haciendo rumbo á la isla de Walcherem, y al encuentro del almirante de Zelanda, Justo le More, que por allí andaba con dos galeras nuevas, tres naves gruesas y otras menores. La calma reinante le consintió abordar á la capitana enemiga con mucha ventaja, tanto que la tuvo casi rendida, y la tomara á no entrar brisa del mar, con la que acudieron los navíos á batirla por ambas bandas muy cerca. Una bala le llevó la mano derecha, y con la propia mano, la guarnición y trozos de la espada le deshizo completamente el rostro; otro proyectil le dió en el estómago; vivió, no obstante, cerca de una hora. La galera logró desasirse, reuniéndose con las compañeras, y todas volvieron á la Esclusa llevando 414

<sup>1</sup> Carta del Rey al Archiduque Alberto, San Lorenzo 11 de Junio de 1602. Archivo de Simancas, Estado, leg. 2.224, sacada á luz por el Sr. Rodríguez Villa, discurso citado, pág. 19.

<sup>2</sup> El mismo *Discurso*.

<sup>3</sup> Eran *Capitana*, capitán Aurelio Spínola; *Patrona*, capitán D. Cristóbal de Valenzuela; *Española*, Pedro Ordóñez, natural de Tordesillas; *Fama*, Juan Martínez de Gendola, de Bilbao; *Ventura*, Bartolomé Ripoll, de Valencia; *San Juan*, Hernando de Vargas, de Marbella; *Santa Margarita*, Losa de la Rocha, de Badajoz; *Doncella*, Cristóbal de Monguia, de Valladolid.



muertos y muchos heridos. Los holandeses perdieron 720 hombres y un bajel á fondo, baja no corta; pero centuplicada no diera satisfacción al campo español, entristecido con la falta de su bizarro y simpático general de mar.

Quizá sin ella, de cualquier manera se hubiera desistido de la jornada de Inglaterra, entorpecida y dilatada de día en día por el Archiduque, á cuyas miras no cuadraba la merma del ejército. Habiendo fallecido por entonces la perpetua enemiga del catolicismo, la reina Isabel, y sucedido Jacobo I, evidentemente amigo de temperamentos conciliadores, lo natural fuera dejarse de aventuras; la opinión, sin embargo, señaló por causa primordial de olvido en la proyectada á la ausencia de Federico Spinola, su iniciador y estimulante, «que murió valerosamente hecho pedazos de un tiro de artillería, con que cesó la ejecución de una grande empresa del bien común de la cristiandad que se le había encomendado» <sup>1</sup>.

Pérdida fué considerable, y que la sintió, como era razón, toda la tropa de Flandes, malográndose las esperanzas que de sus altos pensamientos y ardiente espíritu de guerrear se prometieron los más atentos á sus acciones. Pérdida que llevó tras si la de la escuadra de galeras al rendirse la plaza de la Esclusa; mas porque no hay mal de que no resulte algún provecho, la milicia ganó en Ambrosio Spínola, disgustado de las naves, un capitán terrestre grande entre los de su siglo; el que había de rendir á Ostende tras el sitio memorable de tres años, en que se acabaron de una y otra parte más de 100.000 hombres <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Declaración hecha en el título de Marqués de los Balbases, concedido á Ambrosio Spínola. Rodríguez Villa, *Discurso* citado, páginas 21 y 89.

<sup>2</sup> Del combate y muerte de Federico Spínola tratan extensamente los historiadores de las guerras de Flandes; hay relación particular inédita en la *Colección Navarrete*, t. v, núm. 12, y referencias curiosas en Van Loon, *Histoire métallique des Provinces des Pays-Bas*, y en Olivieri, *Monete e medaglie degli Spinola*. Don Francisco de Quevedo le dedicó elegante epitafio aludiendo á la singular herida que recibió:

Blandamente descansan, caminante,  
Debajo de estos mármoles helados,  
Los huesos, en ceniza desatados,  
Del Marte genovés siempre triunfante.



**Medalla conmemorativa del tercer centenario de D. Álvaro de Bazán.**



Hasta el último día de la Tudor enérgica, no tuvieron punto de reposo sus navíos en acechar á los vinientes del Perú, Nueva España, Brasil y Calcuta, con escuadras crecidas. Brochero y Zubiaur una vez más las alejaron, apresando á ocho corsarios de los escoteros <sup>1</sup>. Al fin cesaron estos cuidados, abiertas negociaciones de paz, para las que fué á Londres el Condestable de Castilla, D. Juan Fernández de Velasco, en la escuadra de Dunquerque con solemne embajada de caballeros representantes de los Archiduques.

Una dificultad grave se ofreció á las negociaciones; los plenipotenciarios españoles pretendían que las naves inglesas dejaran de navegar á las Indias reconociendo el derecho exclusivo que á ellas tenían los reyes de Castilla, punto discutido por los otros, alegando que de cuarenta años atrás tenían morada en las tierras del Labrador y en otras del Nuevo Mundo <sup>2</sup>. La cuestión presentó desde un principio aspecto suficientemente intrincado para resolverla, faltando muy poco para que, lo mismo que en Boulogne, quedara en pie rompiéndose las pláticas. Llegóse á transacción cediendo, naturalmente, una de las partes, que fué la de España, con el subterfugio de que en el tratado no se hiciera mención de tales Indias <sup>3</sup>, estipulando solamente la renuncia de liga ó confederación en perjuicio de los contratantes; libre comercio entre los súbditos de ambas Coronas, con más cláusulas dedicadas á las relaciones en los Países Bajos <sup>4</sup>.

No los pises, no pases adelante,  
Que es profanar despojos respetados,  
Cuando no de la muerte, de los hados,  
Que obligan á la fama que los cante.  
El rayo artificio de la guerra,  
Emula de virtud la diestra airada,  
En esta piedra á Federico encierra;  
Que la muerte en el plomo disfrazada,  
No se la pudo dar, en mar ni en tierra,  
Sin favor de su mano y de su espada.

<sup>1</sup> Monson y Lewson, escribe Barrow, fueron el año 1602 á la espera de las flotas, pero al verlas no se consideraron con fuerza suficiente para el ataque. La escolta era respetable.

<sup>2</sup> Consulta dirigida al Rey por D. Juan de Velasco.—(Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 9, fol. 372.)

<sup>3</sup> Watson, *The History of the reign of Philip the Third*, citada.

<sup>4</sup> Gil González Davila.—Rymer, *Foedera*.—Traslado y relación de lo sucedido en la  
TOMO III.



Porque en adelante no habría de pensarse más que en acabar la guerra de aquellas provincias pareció oportuna la reorganización en los medios de ofensa y defensa, llamando á la Corte y al Consejo de guerra á D. Diego Brochero, autor de una Memoria ó discurso dirigido al Rey en que daba

*celebración de las paces entre el rey católico de España, D. Felipe III, y el Srmo. Jacobo, rey de Escocia e Inglaterra, por medio de Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla. Impresa en Amberes, año de 1603.*

Dícese en ésta que asistió desde Dunquerque el almirante Guillermo Monzón con cuatro galeones y otros bajeles de menos porte. En devolución de la embajada trajo á España otra extraordinaria el Almirante de Inglaterra. Otra relación, impresa en Valladolid por Juan Godínez de Millis, refiere los siguientes pormenores:

«Á 17 de Abril llegaron al puerto de la Coruña cuatro navíos, que en las banderas que traían se conocieron ser ingleses, los cuales, antes de dar fondo, hicieron salva, y se les respondió muy bien del castillo y de la ciudad; salieron á tierra ocho ó diez caballeros, que dijeron ser del Almirante de Inglaterra, que llegaría presto.....

»Lunes 26 de Abril, por la tarde, entró en el puerto el Almirante de Inglaterra, con cuatro buenos galeones y un patage, y su capitana y almiranta desarbolaron sus estandartes al de las armas Reales de Castilla y de León, que estaba en el castillo de San Antón, y la ciudad y el fuerte de Santa Cruz le hicieron salvas, y la capitana y demás navíos ingleses respondieron con toda su artillería, y el Conde de Caracena, en una falúa bien adornada y equipada, fué á visitar al Almirante, y el Almirante se salió á recibir á la escala del navío, y porque era tarde no desembarcó, quedando acordado que el otro dia lo haría, y á la despedida del Conde, todos los navíos hicieron salva, y aquella noche le envió un gran salmón y otros pescados, muchos empanados, pavos, perdices, frutas, confituras, pan fresco y vino regalado.

»Otro dia fueron D. Juan Pacheco y D. Luis Carrillo, hijo del Conde, á la capitana por el Almirante, y en la puente (muelle provisional), que estaba con muchas banderolas de diversos colores, le recibió el Conde de Caracena con el Audiencia, capitanes y entretenidos. Y al desembarcar, fueron grandes las salvas de la ciudad, del castillo y fuerte, y de la armada, y de la gente de guerra que estaba en la muralla. Llegado á la puente, pasaron grandes cortesías entre el Almirante y el Conde..... Encamináronse á la casa del Conde con mucha música de menestrelles, que con el ruido de las cajas y trompeta parecía bien, yendo muy galanes todos los caballeros ingleses, y en la plaza estaba hecho un escuadrón de infantería, que en abatiendo las banderas diestramente, se abrió é hizo calle para que pasase el acompañamiento, y luego hizo su salva de mosquetería y arcabucería. Aposentado el Almirante en casa del Conde de Caracena, á la noche fué el Sargento mayor á pedirle el nombre, y aunque hubo réplicas, le hubo de dar el Almirante, y la cena fué muy regalada y cumplida, con músicas de flautas y bihuelas de arco y otras, y cada dia fué así, en la cual hubo pasados de setenta caballeros, y dijo el Almirante que vinieron tantos por la comida del pasaje, y que los ingleses son naturalmente tan amigos de ver, que si se detuviera se despoblara Inglaterra; y después hubo otras dos mesas de toda la gente del Almirante, porque este gasto se hacia por



á conocer ser entendido en disciplinas tanto como en las prácticas probadas de sus campañas, por el estudio y consideración del estado de la marina de guerra, que desarrollaba el paralelo con las de otras naciones, la designación de bueno y malo en cada una y la manera de regenerar la propia acudiendo al remedio de las dolencias que, una vez diagnosticadas, pueden ponerse en el camino de la cura <sup>1</sup>. Se procuró ante todo prevenir la susceptibilidad del influyente Duque de Medina-Sidonia consultándole los puntos más graves; aquellos en que hacía hincapié Brochero denunciando el mal tratamiento, inconsideración y menosprecio del marinero entre las causas de los malos sucesos; el defectuoso armamento de los bajeles, «no habiendo quien los supiera manejar ni escuela donde aprenderlo»; *los hurtos*, llamando por su verdadero nombre á los enjuagues de bastimentos, jarcias y municiones, entre tantas corruptelas practicadas á la capa del atraso constante de pagas.

Cédulas no se economizaron, haciendo cambio de personas como de procedimientos. A D. Francisco Coloma, general de los galeones de la carrera de Indias, difunto <sup>2</sup>, sustituyó D. Luis de Córdoba, hermano del Marqués de Ayamonte; á D. Luis Fajardo se encargó la escuadra dejada por Brochero; á D. Alonso de Bazán, injustamente arrinconado

orden de S. M. El día siguiente, el Almirante pidió licencia para poner á la puerta de su aposento un escudo de sus armas, y graciosamente lo tuvo por bien, debajo de las cuales había el letrero siguiente: «El Ilmo. Sr. D. Carlos Hovard, Conde de Hotinghan, Barón Huibrard Delfinghan, gran Almirante de Inglaterra, Irlanda, Normandía, Gascuña y Aquitania, Capitán general de todos los castillos y fortalezas marítimas, y de las armadas de los dichos reinos, Justicia mayor de las florestas, cotos y parques de Inglaterra, Gobernador de las provincias de Susex, y su Rey, Caballero de la Jarretera y del Consejo Supremo, Embajador del rey de la Gran Bretaña é Irlanda, defensor de la fe, á la Magestad de D. Felipe III, rey de las Españas. Año de 1605.....»

Hizo desde Santander viaje á Valladolid, llevando 600 criados; la relación sigue describiendo su persona, trajes, recibimiento, grandes fiestas, etc.

<sup>1</sup> Consérvase copia de este importante documento en la Dirección de Hidrografía, *Colección Vargas Ponce*, leg. xi, núm. 6.—Don Javier de Salas publicó en extracto lo esencial, elogiándolo, en su *Marina española. Discurso histórico*. Madrid, 1865, páginas 38 y 47.

<sup>2</sup> Murió á principios de 1601.



de tiempo atrás, nombróse Capitán general de la del mar Océano, que era la superior y preferente en insignia y categoría; se puso en la presidencia de la Casa de la Contratación á D. Bernardino Delgadillo de Avellaneda, robusteciendo su autoridad con la de Asistente de Sevilla. A poco, finado Bazán (1604), se dió su puesto á Fajardo, y á todos ellos órdenes estimulando al celo, recomendándoles la inspección de naves, flotas y puertos.

Por otro lado, á la vez que al Duque de Medina-Sidonia se encargaba, como lo hizo en los últimos tiempos Felipe II, la guarda del estrecho de Gibraltar, que por doble concepto le correspondía, corrieron provisiones encaminadas á la organización de tres escuadras permanentes con carácter regional de guardacostas y nombres de Vizcaya, Portugal y Andalucía, para que, en caso de necesidad, se unieran á la del Océano, componiendo cifra de 100 galeones y los pataches correspondientes.

Excelente intención, por más que fuera irrealizable sin mudar radicalmente el sistema de embargos, invernadas, levas forzosas, desconcierto y trabas administrativas. Brochero no había dicho en su discurso que bastara la designación de generales, por aptos que se conceptuaran, para formar armada permanente; indicaba la necesidad de corregir de arriba abajo y de abajo arriba prácticas desacreditadas por la experimentación; mostraba el resultado de las ejemplares, encareciendo la conveniencia de tener en la memoria y estudiar con madurez las de cualquier pueblo marinero: de ingleses, turcos, venecianos, holandeses; de los antiguos ó recientes, prósperos ó rebajados. Frescas había noticias oportunas, historiando el asombroso desarrollo de la navegación é industria en el que afrontaba por el Norte al soberano de los dos mundos, asentada la paz con Inglaterra.

Los rebeldes contaban en 1605 con ingreso de 38 millones de florines por la mar <sup>1</sup>: su estadística apuntaba empleadas en

<sup>1</sup> *Discurso, avisos y advertencias tocantes á la navegación y pesquerías de Flandes, año 1605*. Academia de la Historia. Colección Salazar, B. 4, fol. 253.



la pesca 5.800 barcas con 57.300 hombres; en el comercio, 8.800 navios tripulados por otros 75.300; construían anualmente sobre 3.000 vasos, dando ocupación á 18.000 operarios de oficio vario, y sumaban para la percepción de derechos 22.300 navíos y 240.800 marineros. Para la guarda y convoy sólo tenían 80 naves de guerra permanentemente armadas con promedio de 20 cañones cada una; pero estaban bien organizadas, inteligentemente distribuidas en crucero, con buenos ó malos tiempos, vigilando los estrechos y ensanchando los mercados ya extendidos por el Mediterráneo, por Moscova, Noruega, Berbería, Guinea, y ensayados en las Indias. Aun á los puertos de España venían mercantes, no obstante la prohibición y la guerra, valiéndose de bandera y pasaportes de Dinamarca y de Alemania, legítimos ó falsificados.

Contra estos enemigos daba muy buen ejemplo la escuadra real, estacionada en el puerto de Dunquerque. Se componía ordinariamente de cuatro navios de mediano porte nada más, pero les prestaban apoyo muchos corsarios de particulares, apostados en la estrechura del paso de Calés. Almirante, capitanes, pilotos, marineros, todos los tripulantes eran del país, conociendo, lo mismo que la lengua, las costumbres y las necesidades; vestían ellos sin diferencia, y ninguna hacían los navíos en casco y velas, pareciendo uno de tantos entre los zelandeses y holandeses, por lo que, sin llamar la atención, entraban ó salían de los canales dando golpes tan ciertos como inesperados. Así eran aborrecidos y hechos pedazos sin consideración los presos, y así, por lo mismo, peleaban hasta morir antes que rendirse. Fué por todo ello medida política plausible la de favorecerles adoptando, entre las providencias reformistas, la de creación del almirantazgo de Flandes, consignando en la cédula <sup>1</sup> tenía por objeto facilitar al comercio de las provincias obedientes con las de la Península, y apresar, tomar y confiscar las embarcaciones, mercaderías y efectos de los países rebeldes y enemigos.

Había de ser regido el Almirantazgo por siete personas, se-

<sup>1</sup> Fecha á 4 de Octubre de 1604.



gún las ordenanzas que tuviera por conveniente redactar, una vez aprobadas, sobre las bases de jurisdicción civil y criminal cual la ejercía la Casa de la Contratación de Sevilla; privilegios de antelación y exenciones en la carga y despacho de naves; obligación de sostener de ordinario á su costa 24 navíos de porte total de 6 á 7.000 toneladas, armados en guerra; facultad de proponer en terna á personas naturales de Flandes para el nombramiento real de almirantes y vicealmirantes; de utilizar marineros de cualquier nación, «aunque fuera de las provincias rebeldes, siendo católicos»; juicio y distribución de las presas, recompensas por años de servicio, etc.<sup>1</sup>

Pronto se ofreció motivo á los de Dunquerque para servir á la Corona por destino á su puerto del tercio de Pedro Sarmiento, fuerte de 2.400 soldados viejos. Salió de Lisboa Pedro de Zubiaur el 24 de Mayo de 1605, conduciéndolos en ocho naves gruesas y dos fragatas, y en el canal de la Mancha le cortaron el camino no menos de 80 bajeles del almirante holandés Hautain. La escuadra de Dunquerque se puso á la vela acudiendo á los nuestros, aun con el refuerzo, empeñados en combate muy desigual. Zubiaur, con su capitana y otra nave, sufrió el embate de 18 enemigas hasta morir con la bizarría que siempre le distinguió; perdiéronse dos navíos, seis capitanes y 400 soldados. Los demás viéronse obligados á entrar en Dover, donde la artillería inglesa los protegió. La mayor desgracia pesó sobre la provincia de Guipúzcoa, castigada además poco antes con el incendio y pérdida total de 11 naos en el puerto de Pasajes, por la imprudencia de calentar á bordo de una el caldero de brea<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Documentos relativos á la creación del Almirantazgo. Manuscritos, Biblioteca particular de S. M. el Rey. *Colección Miscelánea*, t. xxv, fol. 1.—Dirección de Hidrografía. *Colección Zalvide*, art. 1.º, núm. 2.

<sup>2</sup> Son escasas las referencias del combate del canal y muerte del valiente general guipuzcoano. Cabrera de Córdoba compone su escuadra de seis naos; los documentos de la *Colección Vargas Ponce* (leg. xv), de ocho y dos fragatas; los de Flandes indican que salieron cuatro de Dunquerque y se encontraron ser en todo 12 contra 80. (Academia de la Historia. *Colección Salazar*, B. 4, fol. 253.) Le Clerc, en su *Historia holandesa*, consigna se componía la armada de Zubiaur de buques embargados de todas las naciones; que uno de Hamburgo embarrancó en la costa; otro escocés lo hizo á la boca de Dover; dos se apresaron, y el resto se refugió en .



Acabada la función vino la escuadra holandesa de Hautain á tomar los puestos antiguos de los cruceros ingleses en las islas Azores y en la costa de Portugal, desde Lisboa al cabo de San Vicente, sin encontrar obstáculos. Faltaba al Gobierno de D. Felipe dinero, que es como decir que le faltaba todo, para formar las escuadras proyectadas, y no es mucho si se considera el extremo á que llegaba la penuria después de cesar muchas de las grandes atenciones que la nación había de cubrir<sup>1</sup>. Con el bloqueo quedó interrumpido el comercio; no pudieron despacharse las carracas de la India oriental ni las flotas de la Casa de la Contratación; las flotas de Nueva España y de Tierra Firme, objeto de todas las conversaciones y de incontables comentarios, de incertidumbres, de esperanzas, de alegrías, como que traían á la vuelta de ordinario, sin los géneros valiosos, millones de pesos en barras, bien venidos siempre, aunque de antes estaban descontados y consumidos. Cuesta trabajo descender á pormenores, temiendo parezcan hiperbólicos no llevando aparejados testimonios como el del escritor citado.

«Los enemigos, decía<sup>2</sup>, están desde Lisboa al Algarve con más de 70 navíos de armada, esperando á los galeones de la plata, y hay tan poca resistencia que podrían saquear la costa si quisiesen.....; hacen notable daño á los que vienen á aquel puerto, y afirman que importan más de millón y medio las rapiñas que han hecho.»

Naturalmente, interceptaban toda embarcación de travesía ó cabotaje, como sucedió á las de Juanes Amezqueta, tres bien armadas, con que se arriesgó á navegar desde Pasajes á Cádiz y á combatir en su camino. Dos de ellas se vieron obli-

el puerto. Sábese que uno de los apresados fué el *San Juan*, de Dunquerque, teniendo 100 muertos, y que los holandeses, según costumbre, arrojaron al agua á los heridos y á los vivos. No ofrecen mayor claridad las noticias recogidas en la *Historia Pontifical*, t. v, lib. 1, cap. 11; en el *Historial de Guipúzcoa*, de López de Isasti, y en la *Historia de Irún*, de Gainza.

<sup>1</sup> «Su Majestad, escribía Cabrera de Córdoba, no tiene de presente con qué pagar los gajes de sus criados, ni se les da ración, ni aun para el servicio de su mesa hay con qué proveerse, sino trayéndolo fiado, lo cual nunca se ha visto antes de agora en la casa real.»

<sup>2</sup> *Relaciones*, páginas 276 á 279.



gadas á embarrancar en la costa; la tercera pudo entrar en Peniche, teniendo cinco muertos, veinticinco heridos y mucha avería<sup>1</sup>.

El 16 de Junio de 1606 desembocó el Tajo D. Luis Fajardo, habiendo conseguido, con todo género de esfuerzos, alistar 20 galeones ó naos de las que se hallaban en el río y salir en busca de las enemigas. Tardó poco en descubrirlas, y no más en romper el fuego de cañón, generalizando el combate, corto en el tiempo y afortunado en el éxito; voló á la almirante holandesa, apresó dos navíos y persiguió á los otros, echándolos de aquellos mares. Por los datos de nuestra gente alcanzó esta victoria Fajardo teniendo cuatro navíos menos; por los de la contraria, al empezar la función sobre el cabo de San Vicente, se habían separado del almirante Hautain seis de los suyos mejores, y no tenía consigo más que 13 y un bergantín. La partida le pareció desigual, y trató de ponerse á barlovento sin conseguirlo.

Hermosean la muerte del vicealmirante Reniero Classen, asegurando haber incendiado la santabárbara por no rendirse á los españoles, y censuran la conducta de otros capitanes. Desele razón á quien la tenga; de cualquier modo es evidente que la escuadra formada á trompicones, con gente bisoña, acabada de salir del puerto, derrotó y lanzó á su país á la de marineros veteranos amaestrados en dos años de crucero, resultado muy honroso, para Fajardo especialmente.

El Duque de Medina-Sidonia se envanecía de haber pasado por tantos, si no más apuros, que el general de la Armada del Océano, para poner á la vela 10 galeones ó naves que constituyán la del Estrecho, al mando de Juan Alvarez de Avilés<sup>2</sup>,

<sup>1</sup> La resistencia de estas naves comerciantes alabó López de Isasti en su *Historial*, y Vargas Ponce en los documentos, conservando los nombres de los capitanes Joanes de Amezqueta, Vicente de la Torre y San Juan de Portu. Anota Le Clerc que los cruceros recibían útiles avisos de las naves inglesas neutrales; que echaban al agua á los prisioneros españoles y dejaban con vida á los moros.

<sup>2</sup> Natural de Avilés, buen marinero; nómbranle algunos historiadores nuestros, de Ávila y Dávila; los holandeses Davilla. Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. XXXI, y *Documentos inéditos para la historia de España*, t. LXXXI.



y empezaron á cruzar en Marzo de 1607, si no como se deseara por la rotura de masteleros con Levante duro, no con mala suerte, habiendo capturado ó destruido 14 navíos holandeses del comercio, batiendo á los de escolta. Habíanse entrado en Gibraltar con parte de las presas de ciertos navíos alemanes de Emden, detenidos por sospecha en la legitimidad de los documentos, cuando recibió Alvarez despachos del Duque avisando haber pasado por el cabo de San Vicente 34 naves de Holanda, las 26 gruesas, las cuatro transportes. De orden del Rey le mandaba amarrar los galeones lo más cerca de tierra que consintiera el calado, disponiendo la defensa de manera que la reforzaran los cañones de la plaza.

Reunido el consejo de guerra de la escuadra, opinó el almirante Tomás Guerrero de la Fuente, malagueño, y con él varios capitanes, que era arriesgada la disposición, porque, en el caso de abordar, los baluartes harían tanto daño á los amigos como á los enemigos. Preferían correr la suerte del combate en la mar, contando con la probabilidad de la retirada y dispersion en caso adverso, en lo que no parece anduvieron acertados; el almirante Vilamari primeramente, y luego Andrea Doria, habían enseñado durante las guerras de Italia hasta qué punto una armada con baterías en tierra, utilizando los recursos marineros para impedir el acceso directo del enemigo, puede resistir y rechazar á fuerzas incomparablemente superiores. De cualquier manera, siendo terminantes las prevenciones de esperar al ancla, las cumplieron, formando una primera linea con los cinco galeones mayores, y acoderando los otros cinco detrás, en la misma disposición adoptada en Cádiz el año 1596, cuando los ingleses forzaron al puerto. Idéntico fué el resultado.

Entraron los holandeses por la bahía la tarde del 25 de Abril, navegando en popa con brisa del Oeste y sin disparar pieza ni vacilar en los movimientos, como de antemano decididos, fuéreronse derechos á la linea exterior, abordando á nuestra capitana cuatro, otros tantos á la almiranta; igual número al galeón *Madre de Dios*, tres á cada uno de los



nombrados *Portuguesa* y *Campechana*, haciendo poco caso de los de segunda línea, observados por la reserva, que quedó á distancia, y á su tiempo les fué de gran auxilio.

A la vez rompieron el fuego de artillería y mosquetería ambas escuadras estando aferradas, y, como se había supuesto, nada pudieron hacer los castillos, siendo la gente de la plaza espectadora del volcán, que cosa así parecía el grupo envuelto en llamas y humo denso.

La acción en semejantes condiciones debía de ser mortífera y breve, aunque no viniera la noche á concluirla. En las capitanas pasó la gente varias veces de una á otra cubierta, oscilando las acometidas á pesar de la fuerza cuádruple del holandés, refrescada con la reserva. Cuando los enemigos tomaron el estandarte real después de anochecer, habían muerto el General, el Gobernador de la infantería Diego de Aguilar y Castro, el sargento mayor Pedro Alvarez de Herrera y todos los oficiales.

En la almiranta, cuantas veces asaltaron los cuatro navíos que la tenían aferrada, fueron rechazados; visto lo cual arrojaron sobre ella artificios de fuego con que se abrasó, pereciendo Guerrero con su valiente tripulación; sólo 11 soldados se salvaron nadando. Quemáronse los otros tres galeones grandes del mismo modo; los de la segunda linea evitaron las llamas picando las amarras y varando en el muelle sin que los holandeses se determinaran á seguirlos allí por la arcabucería con que desde tierra los amparaban; ni aun á la capitana vencida se llevaron, porque varó también. Apartáronse para fondear fuera del tiro de cañón.

Al día siguiente pusieron los nuestros fuego á la capitana y á las cinco presas que había en el puerto porque no las recobraran los enemigos, que lo procuraron enviando las embarcaciones menores arrojadamente, tanto que uno de sus pataches fué rendido cerca del muelle.

Tras el intento, habiendo reparado los desperfectos de la arboladura, dieron la vela hacia la costa de Berbería, no sin echar antes al agua á los prisioneros, atadas las manos; jefes, que tachaban de crueles á los españoles!



El Rey mandó al Duque de Medina-Sidonia abrir información, de que resultó haberse conducido en la pelea todos como debían. Eran diez, según va dicho, los navíos de la escuadra, el mayor, capitana, de 400 toneladas; tenían 800 hombres de mar y 1.000 de guerra, de cuyo total desaparecieron 350, muertos, ahogados ó prisioneros, y en el hospital se reconocieron 110 heridos. Los cuerpos destrozados del general Juan Alvarez de Avilés y del gobernador Diego de Aguilar recibieron sepultura en el monasterio de San Francisco; de los otros, casi carbonizados, no pudieron identificarse más que los de los capitanes Terrero, Granillo y Gutiérrez de Sandoval, pariente del Duque de Lerma. Por último, pusieronse á flote cinco de las naves y se sacó la artillería de las incendiadas.

La composición de la armada holandesa no es conocida; sus historiadores no cuentan más de 26 navíos, haciendo caso omiso de los menores y de los transportes con víveres y almacén, que elevaban la suma á los 34 vistos. Murió el general Jaques de Heemskerk de bala de cañón y se calcularon á bulto las demás bajas, con aviso de que habían enterrado unos 200 cuerpos en Tetuán. En último término: el almirante Pedro Vander Hoef, que se hizo cargo de la escuadra, quedó por dueño de los mares de España <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> No faltan relaciones particulares del combate de Gibraltar, aparte de la correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, antes citada. Se conservan cartas del cregidor de la plaza y del cura de la iglesia mayor, entre varias de la *Colección Navarrete*, t. xii, núm. 3; de la de *Jesuitas* de la Academia de la Historia, t. cxxxii, número 19, y la de *Salazar*, N. 14. Cabrera de Córdoba insertó algunas en sus *Relaciones*, páginas 301, 304; mas D. Luis García Martín, en su estudio histórico de Gibraltar, publicado en la *Revista científico militar*, t. vi, Barcelona, 1883. Los escritores de Holanda reconocen haber sido realmente feroz el tratamiento de los prisioneros, excusándolo en el concepto de que la ferocidad ha producido grandes acciones en la mar, y las de españoles y holandeses, que por entonces no daban cuartel, hubieran causado admiración aun á los romanos. Por dicha, dejó oírse la voz de la humanidad al tratar de la suspensión de armas este año de 1607, y por ello, tomando la iniciativa Vander Hoef, se canjeó á Juan Alvarez, capitán de la capitana, hijo del general, con algunos otros prisioneros, por los que estaban en la plaza de Gibraltar. El cadáver de Heemskerk fué llevado á Holanda en una pinaza y enterrado honrosamente en Amsterdam. Sus compatriotas, muy dados á la conmemoración artística, acuñaron medallas representando el combate y poniendo en el reverso una nave desarbolada con lema *Servat vigilantia concors*. Otra leyenda latina explicaba que «por la voluntad de Dios, grande y bueno, bajo los auspicios



Culpaba el vulgo del mal suceso al Duque de Medina-Sidonia, porque ya se sabe cuán distinto era el juicio que merecía á la opinión pública <sup>1</sup> del formado en la corte; mas desde ésta se le repetían los elogios, y no sabiendo qué determinar, temiendo mayores males, encargábasele con encarrecimiento hiciese cuanto le pareciera para crear otra escuadra y defender la costa, deteniendo la salida de las flotas, acudiendo al concurso de las ciudades; en una palabra, se le erigía en árbitro de la marina, «encomendándolo todo á su celo, prudencia y experiencia». Y en esto Vander Hoef,

«El holandés pirata,  
Gato de nuestra plata,  
Que infesta las marinas» <sup>2</sup>,

íbase á ver si la atrapaba por las islas Azores, seguro de no dejar cuidados á la espalda.

de los ilustres Estados generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos, el héroe Jacobo de Heemskerk, en el estrecho de las columnas de Hércules, á vista de la ciudad de Gibraltar venció, quemó y destruyó completamente los navios españoles que hasta entonces se creyeron invencibles, sin haber perdido más que muy pocos hombres, que murieron gloriosamente con él en 25 de Abril de 1607».

Más que los directamente interesados exageraron las circunstancias y las consecuencias de la función oficiosos correspondentes extranjeros avecindados en España, entre ellos uno francés anunciando haber entrado Heemskerk en Cádiz (después de muerto) y haber colgado de las entenas á los agentes de la Inquisición. Su curiosa misiva se titula: *Discours de la rencontre de deux armées navales d'Espagne et de Hollande, et des succès de leur combat, faict au destroict de Gibraltar le 7 May 1607* (*sic!*), à Paris, chez Ieremie Perier. Pero en el particular nada iguala al desenfado de nuestro historiador Matías de Novoa, mencionado al principio de este capítulo, que escribia (*Documentos inéditos para la historia de España*, t. LX, pág. 363): «Procedíase con tibieza en los Estados, si bien los holandeses, por no dejar de seguir el curso de robar en el Océano, enviaron algunos bajeles de guerra á molestar las costas de España, que en número de 32, y desbaratados, arrojó á las costas de África, con sólo 10 navíos, el almirante D. Juan Alvarez de Ávila, soldado de envejecida experiencia y militar consejo.» ¡Qué sandez!

En el Museo de Pinturas de Amsterdam se colocó un lienzo de H. C. Vroom representando el combate de Gibraltar y muerte del almirante Heemskerk.

<sup>1</sup> *La Armada Invencible*, t. I. Ahora, recordando el modo con que trataba á los que estaban á sus órdenes, se fijaban en la frase *de ser tenido por traidor* escrita en el mandato al general Álvarez de Avilés para amarrar la escuadra en Gibraltar, como se hizo.

<sup>2</sup> Lope de Vega, *La Gatomaquia*.



## XV.

### EN EL MEDITERRÁNEO.

1601-1607.

Continuación del corso de turcos y argelinos.—Las Cortes de Cataluña y de Valencia piden autorización para armar escuadras regionales en defensa propia.—Bate el Adelantado de Castilla á nueve navíos enemigos.—Hostilidades en Grecia.—Jornada contra Argel.—Proceder censurable del Capitán general, Doria.—Renuncia el cargo.—Liga con Persia y con el rey de Cucu.—Segundo fracaso en Berberia.—Nombramiento de generales mozos.—Tercer intento estéril en África.—El rey D. Felipe en Valencia.—Se divierte.—Correrías en Levante.—Sorpresa de la ciudad de Durazo.—Muere el príncipe Juan Andrea Doria.—Junta de generales.—Situación grave en que se encuentran.—Carencia de recursos.—La suspensión de hostilidades con las Provincias Unidas les saca de apuros.



ASTA la consideración de los sucesos en el Océano, donde se ventilaban las cuestiones más graves de la política, mediando la guerra con las islas Británicas y las de los Países Bajos, para estimar el decrecimiento del poder naval con que antes había España aventajado á las demás naciones, sin necesidad de comprobarlo con lo ocurrido en el mar clásico de los antiguos, donde ya el Turco no daba cuidado despachando una tras otra armadas invasoras, ni había en Argel cabezas de la capacidad de los Barbarrojas, que tuvieran en vilo á los guardacostas. Los pueblos del litoral, en España como en Sicilia y en Calabria, no por ello habían mejorado; nube de salteadores seguía viviendo á sus expensas, descollando un *Mulata-*



rráez<sup>1</sup>, que se guarecía en Argel ó en Larache, según pensara dar sobre las villas ponentinas ó sobre las naves rezagadas de Indias, y no pocos ingleses y holandeses, haciendo causa común con los moros, se abrigaban en sus mismas madrigueras. La petición de las Cortes de Cataluña para armar y costear galeras, y la que en el mismo sentido hicieron posteriormente los diputados valencianos, imponiéndose el sacrificio de 100.000 escudos de una vez y de 60.000 ducados de renta perpetua á fin de sostener otras cuatro para defensa de su distrito<sup>2</sup>, bien daban á entender la poca confianza que les merecían las escuadras reales. Su jefe, D. Martín de Padilla, el Adelantado de Castilla, explicaba la que podían ofrecer, declarando no haber á su lado más que «hambre y desnudez»<sup>3</sup>.

A no ser para viajes de personas reales ó de cuenta, ó bien con objeto de conducir tropas á Italia y á los presidios, en cuyas ocasiones se las proveía, por rareza salían de los aposaderos faltas de lo más necesario, por lo que los generales se venían á ruar con su título en la corte, eludiendo las órdenes repetidas de servir el cargo.

Ocurrió en la fiesta de Navidad de 1601, que, saliendo de la Herradura Padilla con seis de su escuadra, halló fondeados en los llanos de Almería nueve navíos que no respondieron á la intimación de reconocimiento, obligándole al ataque, para el que le favorecía calma completa de mar y viento. Empezando el fuego á las nueve de la mañana, á las tres, después de mediodía, tenía á dos sumergidos y á siete apresados, averiguando entonces ser cuatro holandeses, cuatro franceses y uno escocés, iguales en la defensa, no acabada sin causar á la escuadra del Adelantado 56 muertos y 119 heridos, entre ellos algunos capitanes y caballeros de cuenta. Informó el Consejo de guerra á Su Majestad haber sido acción importante «porque las galeras recuperaron la reputación y nombre que habían perdido en otras ocasio-

<sup>1</sup> Designación popular; Murat ó Amurat, Arráez, y también Morat Agá, en mejores referencias.

<sup>2</sup> Carta del Duque de Lerma.—(Biblioteca Nacional, ms., X. 14, fol. 243.)

<sup>3</sup> Dirección de Hidrografía.—(*Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.351.)



nes»<sup>1</sup>; penosa confidencia, quizá escrita con vista del parte de campaña de D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, que hostilizó en la isla de Chipre con 12 de la escuadra de Nápoles y cinco de Malta<sup>2</sup>; quizá escrita, digo, con intención de carambola, calculando en el golpe el efecto de la crítica general, así como la excitación grandísima del pueblo.

Durante la primavera se había notado movimiento de tropas y de buques, acopios, entrada y salida de correos ó emisarios, corriendo la voz de prepararse jornada á Levante, para la que se reunirían en Mesina con las españolas, las galeras de Su Santidad, de Florencia, de Savoya, de Malta, los galeones de Ragusa y 40.000 mil infantes; una armada fuerte como las de la Liga, que rigiera el Capitán general de la mar, Juan Andrea Doria, con propósitos análogos contra Turquía. En realidad, se proyectaba un golpe de mano sobre Argel á favor de inteligencias de los judíos de Orán acusando el estado de abandono y desgobierno en que estaba la plaza; y mientras D. Pedro de Toledo navegaba hacia Grecia dando pábulo á la creencia vulgar, Doria partía en el mes de Agosto con 70 galeras y 10.000 soldados españoles é italianos gobernados por Manuel de Vega Cabeza de Vaca, maestre de campo general que había sido en Flandes<sup>3</sup>. Abiertos en la mar los pliegos secretos, hicieron felicísima travesía á Mallorca, y de allí, sin detenerse, hasta la costa, recalando el 1.<sup>º</sup> de Septiembre al anochecer sin que nadie tuviera sospecha de su aparición. El puerto estaba vacío de naves; la ciudad, con su vecindad sedentaria. Un Pedro Navarro hubiera entrado por ella sin hacer ruido; mas ya se sabe que Doria no se le parecía. Aplazó el desembarco para el amanecer, mandando que estuvieran dispuestos los esquifes; amaneció con neblina, que juzgó inconveniente; más tarde entró la virazón, produciendo naturalmente marejada; se informó de los prá-

<sup>1</sup> Consulta del Consejo.—(*Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.350.)

<sup>2</sup> Relación impresa en Sevilla.—(*Colección Navarrete*, t. XII, núm. 1.)

<sup>3</sup> Fernández Duro, *Hernán Tello Portocarrero y Manuel de Vega Cabeza de Vaca. Bosquejo leído ante la Real Academia de la Historia en la junta pública celebrada el dia 19 de Mayo de 1895*.—Madrid, 1895, 4.<sup>º</sup>, 70 páginas.



ticos acerca de la probabilidad de continuar el tiempo un cuarto de luna, y sin más diligencia volvió á Mallorca y despidió las escuadras dando por concluida la expedición, como si á tanto costo se hubiera hecho con objeto de pasearla.

De aquí la mala impresión y agrias censuras tan luego como se supo lo ocurrido, no sirviendo los despachos enviados por el Capitán general de la mar, desde Barcelona, más que para excitar á los mirados.

«Hay diversos pareceres, escribía Cabrera de Córdoba <sup>1</sup>; si se pudiera haber hecho la jornada tornando á ella desde Mallorca, y tomándola con las veras que era razón, ó si es bastante disculpa el temporal que sobrevino para no volver; porque allende de esto dicen que tenía orden de ir sobre Bujia si no se podía hacer la empresa de Argel, ó enviar una banda de galeras en busca de Mulatarráez, que había ido á esperar la flota de Nueva España al cabo de San Vicente; y dicen responde que S. M. no tiene Capitán general para tomar aldeas ni ir en busca de cosarios. Generalmente, los más se inclinan á echalle culpa de no haber sucedido como se esperaba la jornada, y aun dicen que S. M. y el Duque, que tomaba esta empresa por propia, han quedado muy descontentos de no haberse hecho en ella lo que se esperaba.»

Por estas frases se trasluce el alcance que tenía la mencionada consulta del Consejo de guerra, pensando en las exageraciones á que llegarían las hablillas. Saldría á plaza, seguramente, la historia completa del magnate genovés, comentándose lo que hizo y lo que dejó de hacer en los Gelves, en la empresa de Marco Antonio Colonna, en Lepanto, en la Góleta; le colgarian de nuevo el fanal de Zenobia y la lámpara votiva de oro del monasterio de Guadalupe <sup>2</sup>, como las jac-

<sup>1</sup> *Relaciones*, pág. 115.

<sup>2</sup> Del fanal menciona los epigramas el cap. x, t. II, pág. 162 de esta obra. De la lámpara hay noticia en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. XXVI, pág. 77. Es de presumir que no dejara de murmurarse de la medalla acuñada para perpetuar la memoria del caudillo de esta jornada de Argel, medalla que presenta en el anverso su busto con leyenda: «IO. AND. AUR. COMES. LODANI. 1600.» En el reverso una galera con tres fanales, estandarte real y letra: «DEI. ET. REGIS. MVNERE.»



Ambrosio Spínola.





tancias de maestro en marinería, preguntando si por capitán general le tenía el Rey católico para alojar á príncipes y suscitar eternas cuestiones de precedencia y etiquetas. Muy densa debió de ponerse la atmósfera cuando el interesado se creyó en el caso de hacer renuncia del cargo de la mar, previendo una destitución sonada, y cuando la licencia de retirarse á casa se le otorgó y publicó de seguida, sin merced ni recuerdo de anteriores servicios<sup>1</sup>. Pretendía sucederle el Adelantado de Castilla, moviendo gestiones que pudieran servir de clave también á la referida consulta del Consejo, dado el deudo que tenía el aspirante con el Duque de Lerma; pero acabaron con su vida, quedando la plaza sin próveerse<sup>2</sup>.

Una embajada del shah de Persia que llegó á la corte en Valladolid proponiendo liga contra el Turco afirmó los planes del valido, lisonjeándole la idea de llevar á cabo el pensamiento constante de Felipe II, poniendo la bandera de España en los Baños de Argel, poblados de cautivos cristianos. Los embajadores de Ispahán hallaron, por tanto, cordial acogida, volviendo á su país con palabra empeñada de guerra al Sultán por Europa y por Africa, mientras los persas le hostigaban por Asia<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 128.

<sup>2</sup> Garma, en el *Teatro universal de España*, t. iv, pág. 73, noticia haberle sobrevenido un accidente en el Puerto de Santa María el 20 de Mayo de 1602, sin predecir indisposición. Mandáronle sangrar los médicos y se quedó muerto. Cabrera de Córdoba conforma en las circunstancias. *Relaciones*, pág. 143.

<sup>3</sup> Con título de *Relaciones de D. Juan de Persia* se dió á la estampa en Valladolid, año 1604, un libro escrito por uno de los caballeros de esta embajada, que recibió el bautismo, y ennoblecido, se avecindó en España. La embajada fué devuelta en 1618; constan pormenores en la

*Relatione breve dell' Ambasciata & Presente che la Maestà del Rè Don Filippo III, Rè delle Spagne & Imperatore del nuovo Mondo fece a Xaabay Rè di Persia chiarissimo; la qual' Ambasciata diede Don Garcia di Silua & Figueroa suo Ambasciatore l' anno passato 1618. Fatta per Fra Hernando Moraga Custode della Prouincia di San Gregorio delle Filippine; che si trouò presente alla Corte del Persiano & vide a far la detta Ambasciata & Presenti; esendo venuto da Manila a Malaca, Azilan, Ormuz, Persia, Babilonia & passato per il deserto d' Arabia, Assiria, Tripoli & d' iui a Cipro, Candia, Malta, Francia. Et arriuò questa Corte questo anno presente 1619 a 30 di Genario & fu ben riceuuto da Sua Maestà; per cui commandamento fece questa Relatione & altra del suo viaggio. Cosa merauigiosa & degna da sapersi. Con privilegio. In Milano. Appreso Girolamo Bordoni Libraro. MDCXIX. 51, pág. 40.*



Al punto se quiso iniciarla enmendando los desaciertos de Doria; es decir, disponiendo segunda jornada, por más que fueran grandes las dificultades opuestas por el Erario á la junta de elementos, y se pusieron los ojos en D. Juan de Cardona, sacándole del virreinato de Navarra, en la inteligencia de que con el nombramiento de Consejero de Estado y el título de Capitán general de mar y tierra aliviaria el peso de los años revestido de suficiente autoridad. Iban á coadyuvar muchos moros malcontentos súbditos del rey de Cuco, uno de tantos en la costa de Berberia, que envió dos hijos á Valencia en concepto doble de embajadores y rehenes, asegurando por beneficio de su confederación el ataque por tierra de las plazas á que se dirigiera la armada: Argel, Bujía ó cualquiera otra.

Los aprestos comenzaron embargando navíos en Sevilla, levantando compañías, trayendo las de Italia y alistándose muchos caballeros voluntarios con licencia del Rey, como en los buenos tiempos. Allí fueron las escuadras de Nápoles y de Sicilia á ponerse bajo el estandarte arbolado por Cardona. En Cádiz se unieron las de Génova, mandadas por el Duque de Tursi, hijo de Juan Andrea Doria, y salieron de la bahía todas juntas el 3 de Septiembre de 1602 para correr la costa con escalas desde Gibraltar á Cartagena, á fin de ir embar-

El presente consistía en

- 1.<sup>º</sup> La espada con la que el Rey se casó: llevábala un paje.
- 2.<sup>º</sup> Veintidós cadenas de oro ricamente labradas con joyas de esmeraldas.
- 3.<sup>º</sup> Una copa de oro contenido varios anillos.
- 4.<sup>º</sup> Un brasero grande de plata: llevábanlo ocho personas.
- 5.<sup>º</sup> Un bufete de plata: llevábanlo seis.
- 6.<sup>º</sup> Un baúl dorado contenido servicio completo de mesa de plata.
- 7.<sup>º</sup> Otro baúl con herramientas variadas é instrumentos de acero.
- 8.<sup>º</sup> Una caja de cristal con columnas de oro. El Rey de Persia había mandado hacer este objeto en Italia á un funcionario suyo que escapó, empeñándolo en cinco ó seis mil ducados. Sabiéndolo el rey D. Felipe, lo mandó desempeñar y se lo remitió. Lo agradeció mucho.
- 9.<sup>º</sup> Piezas de púrpura y terciopelo, petos de Milán, morriones, arcabuces, todo muy rico.
10. Un perro mastín.
11. Trescientos camellos cargados de especiería.

Estos objetos fueron llevados en procesión por criados con rica librea.



cando infantería y pólvora. Acababa de hacer por allí Murat Arráez una de las suyas, desembarcando 600 hombres, quemando una torre, destruyendo las almadrabas y llevándose cautivos á los huertos, y pudo retirarse con la presa á la vista de la armada sin que ésta le diera alcance.

Una vez completa la tropa, embarcados los embajadores del rey de Cuco, siguieron las galeras, en número de 52, á Mallorca, desde cuyo puerto despacharon á Berbería bergantines exploradores. Los informes que recogieron nada de satisfactorios tenían: Argel y Bujía estaban apercibidas con guarnición de turcos superior al ejército expedicionario, y los moros aliados en situación crítica. El Consejo de guerra de generales de la armada opinó, con rara conformidad, no ser prudente la empresa á que se dirigían con presupuesto muy distinto, de contar con escasa resistencia en los fuertes y cuerpo auxiliar de 20.000 hombres en tierra. Estando además entrado el mes de Noviembre, sería inútil esperar cambio de circunstancias.

Resultado: volvió la armada á Cartagena y se deshizo para inviernar, sin más utilidad que el año anterior. Don Juan de Cardona no era ya el Comandante de la vanguardia de la Liga en Lepanto; más de veinte años llevaba retirado de la mar; pero difícilmente hubiera procedido de otra manera aunque conservara de lleno sus facultades en el estado en que estaban ahora las galeras y con la mala disposición de ánimo de los generales, sobre los que habían dejado de pesar la autoridad indiscutible de Andrea Doria, la inquebrantable energía de D. García de Toledo y el respeto y el amor de D. Juan de Austria.

Cardona dió cuenta de la jornada <sup>1</sup>, en que murieron 200 hombres, siendo muy crecido el número de enfermos por mala calidad de los víveres y del agua salobre; y no teniendo qué hacer, pidió yenia para volver á Pamplona á concluir su honrosa carrera <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> La carta se halla en la *Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1353. Más circunstanciada relación escribió su secretario Jaime Brunon. Copia en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, L. 24, fol. 313.

<sup>2</sup> Murió en 1609, cumplidos noventa años de edad.



Si no miente el adagio, á la tercera va la vencida. El Duque de Lerma fiaba en su verdad, no apocándole los gastos considerables esterilizados en los dos intentos, puesto que en pro de la insistencia abogaban mudanzas imprevistas. Murió Muley-Ahmed, dejando dividido el reino entre sus hijos Muley-Abu-Fer y Muley-Cidán, desheredado el mayor, Muley-Xeque. Este solicitó amparo de España, decidido á sostener sus derechos de primogenitura, poniendo en revolución á los bereberes fraccionados en tantas banderías. Buena ocasión para sentar la planta en las playas adonde el rey de Cuco seguía llamando á los españoles. Se había ensayado la dirección de los autoritarios y de los experimentados; tocaba la vez á los alientos de la juventud.

El almirante francés, Jurien de la Gravière, censurando el sistema actual de ascensos por escala de antigüedad, pensaba, y dejó escrito, que los adelantos de la marina inglesa en mucha parte son debidos á la elección de almirantes de buena edad cuando se han ofrecido ocasiones anormales en que emplearlos. Cita ejemplos que abonan su criterio, sin ser necesarios. ¿Quién desconocerá el entusiasta arranque de los jóvenes, su generosidad, su abnegación, el ánimo para resistir fatigas ó para soportar el peso desconocido de la responsabilidad? La fortuna y la gloria, hembras al fin, suelen acariciar y preferir la lozanía de los capitanes; pero ejemplos no faltan de aventajar al ímpetu fogoso la sangre fría experimentada. Ejemplos, para todo se encuentran bien buscados. Si con pocos años se resolvieran los problemas arduos, ¿los habría?

En Valladolid, á 28 de Febrero de 1603, se expidió título de Capitán general de las galeras de España á favor de D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla. Dábasele el primero y más ambicionado puesto de la marina sin haber pasado por los inferiores; ¿acaso le hacia falta condición que excediera á la de ser hijo del Duque de Medina-Sidonia y yerno del Duque de Lerma? Casi al mismo tiempo se nombraron: Capitán general de la escuadra de Sicilia á D. Juan de Padilla Manrique de Acuña, conde



de Santa Gadea, Adelantado mayor de Castilla, hijo del difunto D. Martín; de la escuadra de Nápoles, á D. Álvaro de Bazán, segundo Marqués de Santa Cruz; de la de Portugal, á D. Pedro Antonio Coloma, segundo Conde de Elda, acompañándoles instrucciones copiosas para el desempeño de los cargos y orden de concentración, con el fin de servir en la jornada de Berbería. Todos eran bien mozos<sup>1</sup>, mas no les deslumbró la distinción á juzgar por la conducta. Padilla y Bazán representaron que, siendo grandes de España, no podían estar á las órdenes de un general que no lo era; el Duque de Tursi, no teniendo esta excusa, buscó la de enfermedad, á fin de no estar tampoco subordinado á persona que en la vida vió orientar un trinquete de galera, siendo bien halladas todas, pues reunidas 38, quedáronse en tierra los jefes principales.

Partió el Conde de Niebla de Cartagena el 13 de Agosto, guiándolas asesorado del consejo de prácticos y de las instrucciones en que se le mandaba ir á Mallorca. Desde el puerto había de destacar fragatas y seguir hasta Argel, preparado á incendiar los bajeles al ancla; si no recibía seguridades no intentaría otra cosa; lo esencial era socorrer al rey de Cuco y presentar el aparato de fuerza, del que se esperaba sirviera por sí solo para que levantaran los argelinos el cerco en que le tenían estrechado<sup>2</sup>.

Nada de esto tuvo que ensayar: en Mallorca supo estaba ya decercado y libre el moro amigo, con lo cual desandó el camino de Cartagena á principios de Septiembre, sin dejar á los cronistas trabajo en relatar otra cosa que los agravios del reyezuelo, significados en carta, lamentándose de que llevara tan poca armada, haciendo mala obra con los vecinos, cuando tenía á Bujía apretada en términos de esperar entrarla en breve, y acababa de desbaratar al Bey de Argel, matándole más de 400 genízaros. Lo que hubiera de verdad en las quejas iba enderezado á solicitar todavía otra expedición el año entrante; así que no dejaba de acertar el pueblo, de-

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 176.

<sup>2</sup> Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia. *Colección Navarrete*, t. **xxxii**.



nominando al pedigüeño *el rey cuco*<sup>1</sup>; hiciéralo maliciosamente ó confundiendo de buena fe el nombre del lugar con el de la persona.

Tuvo el Conde de Niebla la satisfacción de lucir su escuadra ante los señores de la Corte, al regreso, con motivo de las Cortes de Valencia, á que concurrió S. M., y honró á la capitana dando un paseo desde el Grao á Jávea, con marejada envidiosa del agrado, que hizo preferible la vuelta en caballerías<sup>2</sup>.

Lo de Argel quedó por entonces aplazado y reducido el auxilio al envío de artillería, municiones y dinero al Cuco con embarcaciones ligeras, no sin quebranto; murieron en uno de los alijos el maestre de campo Martín López de Ibar y 80 soldados. Lo demás encalmado siguiera sin la iniciativa de los generales nuevos de las escuadras de Nápoles y de Sicilia.

Ambos fueron separadamente al archipiélago griego durante el verano de 1604 é hicieron desembarcos y botín en Pathmos, Zante y otros lugares, señalándose el Marqués de Santa Cruz por ataque nocturno y sorpresa en la isla Longo. La correría demostraba la escasa significación de la armada del Turco. Repitiéndola el año siguiente, trató D. Álvaro de Bazán de castigar á los corsarios de Durazo, en Albania, que

<sup>1</sup> Correspondencia con el rey de Cuco. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, Loyola, leg. 1, núm. 35.

<sup>2</sup> Una anécdotaridicula recogió Cabrera de Córdoba, dando idea con ella de la seguridad del litoral:

«Fué S. M. á Denia para entretenerte algunos días, y el Duque de Tursi, que estaba con sus galeras en aquella costa, quiso hacer con que se entretuviese S. M. en el camino, haciéndole saber primero que pornía una galeota cerca de la costa, por donde había de pasar, para que de ella saliesen soldados en hábitos de moros á los cortesanos que pasasen cerca de la mar; y sucedió que D. Luis Henríquez, el mayordomo, iba en una litera con sus criados, y como llegó cerca donde estaba la galeota, y viese salir la gente que se encaminaba para él, pensando que eran moros, se dió priesa á salir de la litera, y subió sobre uno de los machos que la llevaban, y fuese corriendo y sus criados tras él, hacia donde estaba S. M., que, como lo vió mudado de color y sabía lo que era, rió mucho de la burla y los que con él iban, quedando muy corrido D. Luis con sus criados; aunque dicen que de una torrecilla cerca de allí bajaron los que la guardaban y dieron en los moros fingidos, de los cuales hirieron dos ó tres, no sabiendo el efecto para que habían salido.»



eran los que molestaban en Calabria, para lo que, partiendo de Otranto con 14 galeras y tropa de infantería, desembarcó en la noche del 3 de Agosto y acometió de madrugada á la ciudad. Un petardo aplicado á la puerta le dió acceso, corriendo tras los turcos que trataban de encerrarse en el castillo, sin darles tiempo para levantar el puente levadizo. El saco fué de importancia: embarcó 40 piezas gruesas de artillería, muchas armas, cautivos, caballos, ganado vacuno, é incendió las casas<sup>1</sup>.

Eran muy de alabar tales correrías, faltas como estaban las galeras de lo más preciso con que sustentarse<sup>2</sup>, razón que algo pesaría para hacer dejación de las de España el acariciado Conde de Niebla. En su ausencia habíanse abocado con un pirata inglés que se atrevió á cañonearlas, causando 30 muertos é hiriendo al Conde de Elda con varios más, sin contar con la ventaja que les daba la calma. Las galeras eran tres, y se satisfacieron colgando al capitán de una entena y poniendo al remo á los ingleses prisioneros.

¿Querría el Duque de Lerma que S. M. tuviera presentes á sus servidores en la mar proporcionándole el esparcimiento náutico<sup>3</sup>?

Ocurrencia de notar por entonces se consideró el fallecimiento del príncipe Juan Andrea Doria, no porque produjera sentimiento, sino por los sucesos del reinado anterior que representaba<sup>4</sup>. El Rey, sin embargo, dirigió sentida carta de pésame al Duque de Tursi, su hijo<sup>5</sup>, empeñando palabra

<sup>1</sup> Relación de la toma y destrucción del puerto y plaza de Durazzo, en Albania, por el Marqués de Santa Cruz, el 4 de Agosto. Manuscrita. Colección Navarrete, t. v, número 14.—Otra relación impresa en Sevilla.

<sup>2</sup> Carta del Marqués de Santa Cruz. Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.365.

<sup>3</sup> «En lo que dicen que se ocupan los Reyes en Lerma ahora, es en oír comedias y en andar por el río en cierta galerilla que echaron el día de San Pedro.... Y sucedió que entrando el Conde de Lemos en el barco donde iba S. M., sin mirar lo que hacía el que lo guiaba, con el hierro que tenía al cabo de un palo le hirió sobre el ojo, de manera que si acertara un poco más abajo le hubiera hecho mucho daño.» (Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, páginas 254 á 256.)

<sup>4</sup> I condottieri marinari spengonsi con Giannandrea D' Oria. A. V. Vecchi, *Storia generale della Marina militare*, sec. edic., 1895, t. II, pág. 24.

<sup>5</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4, núm. 1.364.



de mejorarle en la encomienda de Alcántara cuando otra superior vacara; al hermano mayor concedió el Toisón de oro y tratamiento de grande, y al Cardenal 2.000 ducados de pensión en obispados de Italia, con lo que ninguno de ellos quedó contento<sup>1</sup>.

Entonces, por consecuencia de los cambios de destino, ó más bien por el desastre de Gibraltar, se expidió título de las galeras de España á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, duque de Fernandina, encomendándole con encarecimiento que en junta con el Duque de Medina-Sidonia, don Luis Fajardo y el Duque de Tursi, trataran y acordaran lo que sería bien emprender con la armada y galeras, según los avisos que se recibieran del enemigo, en la inteligencia de que al de Medina correspondería decidir y á los demás obedecer, esperándose acudirían todos al servicio de S. M. en esta ocasión, «la más apretada y de mayor congoja que se había ofrecido de muchos años atrás, pues el enemigo poseía la mar en el tiempo en que había de venir por ella el remedio de estos reinos»<sup>2</sup>.

Tarea dificultosa: empezando porque la cabeza de la Junta más era á propósito para entorpecer que para otra cosa en opinión de los componentes, tocaban éstos con la carencia de recursos. No había naves, ni marineros, ni artillería, ni pólvora. Proponer el llamamiento al patriotismo de los armadores estando arruinados, era ilusorio; indicaron por medidas extremas embargar los navíos ingleses, franceses y alemanes que se hallaran en los puertos; servirse de los de Emden detenidos por sospechosos; habilitarlos con sus mismos marineros, adoptando la precaución de no fiarles el timón ni los puestos de confianza, que se reservarían á los naturales tomados de los barcos de cabotaje; adquirir artillería de bronce en Dinamarca, árboles y jarcia en Alemania; armar de cualquier modo escuadras y despacharlas á las Azores y al cabo de San Vicente, saliendo para éste las galeras en el estado en que estuvieran.

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 285.

<sup>2</sup> Real cédula, dada á 14 de Julio de 1607.—Correspondencia de D. Pedro de Toledo. *Colección Navarrete*, t. xxxvi.



En tal forma dió la vela Fajardo con 30 naves en seguimiento de las holandesas de Vander Hoef, y los generales de galeras movilizaron las suyas con utilidad, toda vez que la capitana de Tursi batió á dos galeotas argelinas y rindió á la mayor con 150 moros, teniendo de su parte 30 muertos y heridos, y la de D. Pedro de Toledo apresó un navío zelandés. Pero como los galeones de la plata y flotas de Indias llegaron en salvamento, dióse orden de retirada á esta fuerza de aparato, con la fortuna de no ser preciso ponerla á prueba, porque, iniciadas en los Paises Bajos negociaciones de suspensión de armas por ocho meses, se llevaron á término declarando los Archiduques, con aprobación del Rey, que trataban con las Provincias Unidas como con Estados libres sobre los que no tenian pretensión alguna. Primera humillación á que muchas habían de seguir; mas, sobre el particular, Matías de Novoa pensaba cueradamente. «Ellos tomaron las armas sobre su libertad; claro está que no han de querer hacer la paz ó la tregua sin ella; quien los pudiere reducir á la obediencia, no admita el tratado; empero, si no, ajústese á la necesidad.»

---





## XVI

### EN LAS INDIAS

1600-1607.

Las flotas.—Habilidad de sus generales.—Naufragio en la Guadalupe.—Desórdenes.—Comercio de los ingleses.—Saco de Portobelo.—La salina de Araya.—Manejos de los holandeses.—Sorpréndelos Fajardo y los deshace.—Combate en que perece el Almirante Juan Álvarez.—Otro en el puerto de Santo Tomás.—Desastrosa expedición de la escuadra holandesa de Mahú al mar del Sur.—Jactancia retribuida.—Viaje de Van Noort.—Le ahuyenta de Manila un Oidor.—Vuelve á su país con ocho hombres.—Escribe relación fabulosa de proezas.

 STANDO el despacho de las flotas y de los galeones de la plata á cargo de la Casa de la Contratación de Sevilla, que cubría los gastos con la recaudación y fondo de *haberías*; esto es, con la contribución proporcional exigida á los armadores y mercaderes, no pasaron por estrechez tan grande como las escuadras de la marina real, salvo en contados años en que, por la necesidad de invernar en la Habana las naves, no llegaban los caudales y se aplazaba, por consiguiente, la recaudación. Aun en casos tales, por vía de empréstito ó anticipo, se procuraba lo preciso á fin de que las flotas no dejaran de salir á su tiempo y pudieran regresar en el calculado, que era lo importante; empero no eran, no podían ser excepción estas agrupaciones de navíos en lo tocante al régimen general de la armada, y de los mismos achaques adolecían.

Si en gran parte los sobrellevaban, debíase á la elección de los generales, casi siempre acertada, por mediar indicación



ó propuesta de la referida Casa de la Contratación y de los mismos mercaderes, como interesados, atentos á investigar la competencia de personas en cuyas manos habían de poner la hacienda. Y en verdad, notable debe considerarse la navegación de los convoyes, compuestos ordinariamente de 40 á 70 navios pesadísimos por exceso de carga, sin dar contento á los enemigos apostados en los puntos de recalada con fuerzas superiores, por remontarse unas veces en altas latitudes, por bajar otras más de lo creible y hasta por adelantar navios de aviso con falsos despachos que, interceptados, conducían á los ingleses por cierto rumbo, mientras iban las flotas por el suyo. Así, á veces, esperándolas confiados sobre el cabo de Santa María, se entraron en la Coruña ó en Lisboa, burlándolos cuando no contaban con lo que fuera menester para afrontarlos. Marcos de Aramburu, D. Francisco del Corral, Alonso de Chaves Galindo, D. Luis de Córdoba, D. Jerónimo de Portugal, se distinguieron dirigiéndolas, no menos que D. Alonso de Bazán, Diego Brochero, Pedro de Zubiaur, saliendo á su encuentro, escoltándolas y protegiéndolas, ó en ambas cosas, como á D. Luis Fajardo tocó hacer con fortuna <sup>1</sup>.

Una de las faltas á que no suplia la habilidad de los generales era la de buenos marineros, sustituida con gente de todas procedencias, que tomaba las plazas como medio de pasar y quedarse en las Indias, poniendo á cada paso á las naves en compromiso si era necesaria maniobra con malos tiempos. Por esta causa, sin las demás, eran muy frecuentes los naufragios, tomando á veces proporciones desastrosas. En la entrada de Veracruz, por ejemplo, se perdieron de una vez con repentina temporal del Norte, allí muy violento, 14 naos

<sup>1</sup> Refiere Cascales en los *Discursos históricos de Murcia*, en razón á ser hijo de Murcia D. Luis Fajardo, que en diversas veces trajo de Indias 70.000.000 de pesos en oro y plata. Consigna al mismo tiempo otras noticias biográficas incompletas, toda vez que no comprenden los servicios del general en el reinado de Felipe II; las navegaciones que hizo como veedor; la información y proceso de que fué encargado en 1596 cuando los ingleses entraron en Cádiz; pero son de interés las noticias de ser hijo segundo de D. Luis, marqués de los Vélez y Molina, Adelantado de Murcia, caballero de Calatrava, comendador del Moral (Almuradiel ?), Gentilhombre de la boca.



de la flota de D. Pedro Escobar Melgarejo, pereciendo más de 1.000 hombres y mercancías por valor de dos millones <sup>1</sup>. Cuatro se hicieron pedazos en el bajo de la Serranilla, sumergiéndose otros tantos millones, y lo que fué más sensible, el general D. Luis de Córdoba y 1.300 hombres <sup>2</sup>; dos en la barra del Tajo con 300 personas <sup>3</sup>. De navios sueltos, perdidos ó desmantelados, no se diga, aunque sea de consignar la muerte del almirante Juan de Urdaire <sup>4</sup>, y la del general Sancho Pardo Osorio <sup>5</sup>, ahogados tristemente en la costa de Portugal.

Ocurrió caso de complicación por el que se forma juicio del orden y disciplina de las flotas. La de Nueva España, que salió de Cádiz en Junio de 1603 con 30 naves, tocó en la isla de Guadalupe el 1.<sup>º</sup> de Agosto con objeto de renovar la aguada, como hacían todas. Con el ansia de pisar la tierra que sienten los pasajeros, bajaron muchos á recrearse ó á lavar la ropa, sin precaución de ninguna especie. Asaltáronlos algunos indios caribes, atemorizándolos de modo que, no siendo ellos más de 40, mataron á 20 expedicionarios é hirieron malamente á 30. Durante la refriega refrescó la brisa, y preparándose las naos á dar la vela, se abordaron unas con otras, varando de resultas la capitana con otras dos de las mayores. La presencia del general D. Fulgencio de Meneses, y la del Virrey, marqués de Montesclaros, que con su familia iba para Méjico, no bastó para refrenar á la marinería aturdida y desbandada, ni aun para obligarla á descargar las mercancías una vez que se abrieron los cascos. De todo hicieron abandono, poniendo fuego en las bodegas por esquivar el trabajo <sup>6</sup>. El General murió en Veracruz á poco de llegar con los demás navíos <sup>7</sup>.

<sup>1</sup> Año 1601. Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 99.

<sup>2</sup> Ídem id., pág. 292. Pónelo en el año 1605. León Pinelo en 1604, y no menciona la muerte del general.

<sup>3</sup> Ídem id., año 1606, pág. 289.

<sup>4</sup> Año 1603. *Colección Vargas Ponce*, leg. 5.<sup>º</sup>. Era natural de Orio.

<sup>5</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, año 1607, pág. 318. Pereció con 600 hombres.

<sup>6</sup> Relación escrita por Juan de Salazar. *Colección de documentos inéditos*, t. LII, página 459.

<sup>7</sup> Academia de la Historia. León Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*.



Se comprende, pues, la razón con que solicitaban los admirantes medidas represivas, así como la de los mercaderes, denunciando la progresión descendente de los negocios, entorpecidos en otros conceptos por la concurrencia de los contrabandistas, á los que se habían ya unido naves genovenses y venecianas<sup>1</sup>.

Relativamente á esta plaga, seguian siendo los encomenderos y propietarios de fincas en el litoral los que sostenían y amparaban navios extranjeros, como se vió por la presa de un corsario inglés que hizo la galera guardacostas de Cartagena, ocupando cartas de relación é inteligencia con muchos hacendados de las islas y del continente <sup>2</sup>, lo mismo que en cuatro navios sorprendidos en el acto de desembarcar efectos en la parte Norte de Santo Domingó.

Habian disminuido, en cambio, las empresas hostiles de los ingleses después de la retirada de Puerto Rico, no viéndose por el mar de las Antillas más que las pocas naves de William Parker operando con varia fortuna, porque en la isla de Cozumel fueron rechazadas<sup>3</sup>. En Cubagua les mataron 26 hombres<sup>4</sup>, y no lograron mejor suerte hasta sorprender á Portobelo.

Parker tenía dos galeones, dos pinazas, dos lanchas y tres embarcaciones menores apresadas. A media noche, el 16 de Febrero de 1601, entró en el puerto con las lanchas, contestando al requerimiento de los centinelas del castillo ser españolas con carga de materiales de construcción. En el acto se dirigió al muelle y desembarcó unos 100 hombres, llegando calladamente á las casas reales, donde había un cuerpo de guardia. Despertaron al oír los tiros los vecinos, con el aturdimiento natural, que les hizo pensar fuera grande el número

<sup>1</sup> El tomo xxiii de la *Colección Navarrete* reúne las cartas, representaciones, propuestas de reforma de los generales de las flotas desde el año 1600, y los memoriales de los mercaderes, declarando el mal orden de las flotas entre las causas de decadencia del comercio.

\* Año 1601. *Colección Navarrete*, t. XXIII, núm. 18. Carta del Gobernador de Cartagena.

<sup>3</sup> Fray Diego López Cogolludo, *Historia de Yucatán*.

<sup>4</sup> Carta del Gobernador. *colección Navarrete*, t. xxvii, núm. 35.



de los asaltantes, y dieron á huir poniendo en salvo á las familias y dejando desocupada y sin defensa la ciudad. Fácilmente la sefiorearon, por tanto, los ingleses, llegando á reforzarlos sus naves. Saquearon las casas á placer, y habiendo estado en ellas todo el día, volviéronse á la mar la noche siguiente, pasando bajo los fuegos del castillo sin recibir el menor daño de sus cañones.

Como suele acontecer, vinieron á la corte relaciones con agrias censuras del Gobernador <sup>1</sup>, hechas quizá por quien quisiera ocultar que todos en Cartagena, gobernador y gobernados, dormían tranquilamente, sin idea del brusco despertar que les amagaba. Parker, el jefe enemigo, escribió posteriormente al de la plaza relatando el suceso en términos que no hay por qué juzgar apasionados; y si bien hacia burla de la puntería de los artilleros, que no acertaron al bulto de sus naves, declaraba que por haber peleado el capitán Meléndez como valeroso soldado y servidor de su Rey, lo hizo curar por su cirujano y sacado de la casa en que fué herido, teniendo propósito de quemarlas todas; pero informado por los prisioneros del trato humanitario que él (D. Pedro de Acuña) hacía á los extranjeros, principalmente á sus compatriotas los ingleses, había desistido de incendiar á la ciudad, «aunque halló muy poca hacienda» <sup>2</sup>, y ponía en libertad al referido capitán Meléndez, al de su misma clase Rolón, al factor del Rey, Funes, y á los soldados y vecinos que tenía prisioneros, queriendo que agradecieran á su Señoría la resolución y le quedaran obligados por lo que la ciudad y sus vidas valieran <sup>3</sup>.

Esta fué la última de las empresas de alguna importancia acometidas por los ingleses <sup>4</sup> antes de asentar la paz y de de-

<sup>1</sup> Colección Navarrete, t. xxvii, números 35 y 71.

<sup>2</sup> Las relaciones citadas dicen se llevó por valor de 660.000 pesos.

<sup>3</sup> Fechada la carta abordo de la nave, 28 de Febrero de 1601, estilo inglés. La publicó Leonardo de Argensola en su *Conquista de las islas Malucas*, pág. 266, por el original en poder de D. Pedro de Acuña, capitán general de Filipinas posteriormente.

<sup>4</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 184, anota que por navio de aviso de Nueva España, con cartas del mes de Marzo de 1603, se supo que siete navíos de ingleses habían tomado la capitana y almiranta de los que iban de Honduras á jun-

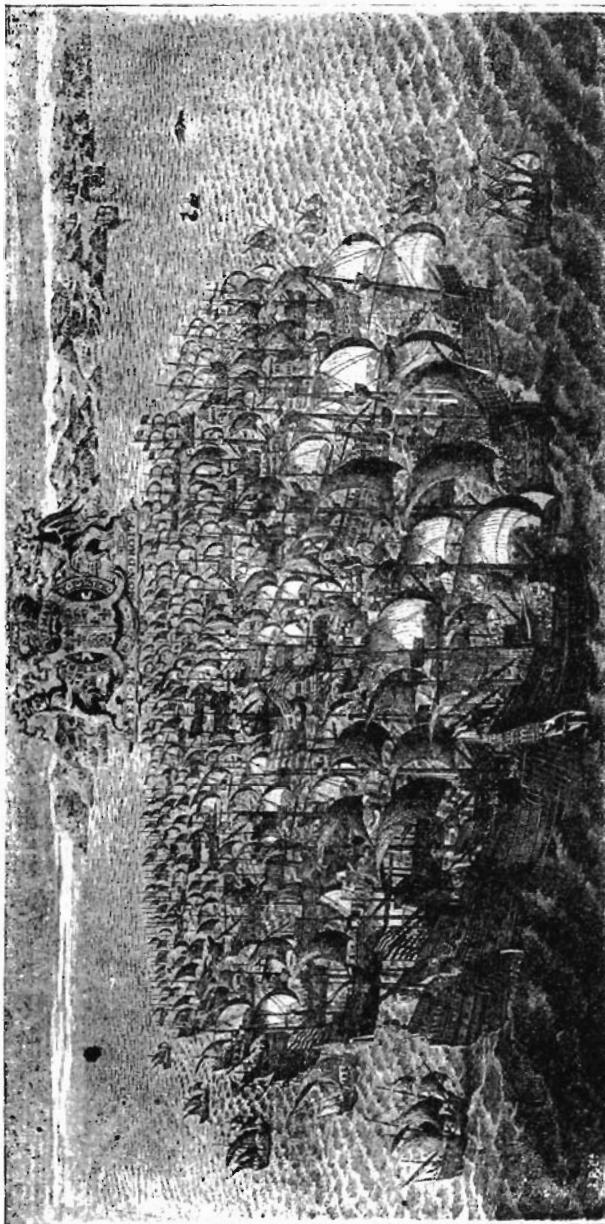


jar el campo abierto á la actividad de sus vecinos y aprendices los holandeses, tan diestros ya en los negocios comerciales marítimos de su especial aptitud, que en las liquidaciones de los armadores asociados repartieron á 400 por 100 después de amortizar el capital <sup>1</sup>, multiplicando por consecuencia los viajes y decidiéndose á constituir juntos la Gran Compañía de las Indias, potentísima entidad, modelo de las que, andando el tiempo, se formaron en otras naciones.

Los holandeses habían encontrado en la salina de Araya, criadero natural inagotable de la costa de Cumaná, un artículo que les era indispensable para la conserva y comercio de sus pesquerías, y les preocupaba desde que se veían privados de la extracción de España y Portugal, á que acudieron, hasta ocurrir el fallecimiento de Felipe II. Iban, pues, á Araya con urcas hasta de 600 toneladas, haciendo incesantemente viajes de ida y vuelta por grupos de ocho y diez, bien armadas. Tenían hasta 1.000 hombres empleados en las operaciones de carga, con material de barcas chatas, carretones y planchas, y únicamente á la llegada al mar de las Antillas de las armadas de galeones, con oportuno aviso de sus bajelos avanzados, evacuaban el lugar por lo que pudiera acontecer, esperando á que las flotas regresaran á España. La sola contrariedad que sentían era la falta de agua potable, teniendo que acudir en un principio á tomarla en el río Bordes, donde los caribes se la defendieron en un principio; mas no tardaron en entenderse muy bien con ellos, dándoles armas de fuego y municiones para la guerra con los españoles, brindándoles además con artículos de necesidad, á cambio de los cuales fueron estableciéndose en diversos lugares de Guayana. Desde el Ancón de Refriegas, fondeadero de Araya, tenían en efectivo bloqueo á la costa de Cumaná y á la isla Margarita; ni consentían la pesca ordinaria de perlas,

tarse con la flota, cargados de cochinilla, añil y otras mercaderías; y aunque pelearon, como eran más los enemigos, los rindieron. La noticia no tiene comprobación en el Registro del Consejo de Indias, y no he hallado ningún documento en que se contenga.

<sup>1</sup> Año 1600. Le Clerc, Historia citada.



La grande Armada al embocar el Canal de Inglaterra.





ni pasaba embarcación que no capturaran <sup>1</sup>. Tratando de aplicar algún remedio, fueron comisionados desde España el capitán Pedro Suárez Coronel y el ingeniero Juan Bautista Antonelli para reconocer la localidad juntamente con don Diego Suárez de Amaya, gobernador de Cumaná, y hallaron muy difícil y costosa una fortificación destinada á impedir el acceso de la salina, y más difícil todavía anegar, cegar ó destruir de algún modo el criadero natural de la sal, que en un palo, en un objeto cualquiera sumergido, cristalizaba en muy breve espacio de tiempo <sup>2</sup>.

Pareció lo más expeditivo hacer un escarmiento, á cuyo fin salió de Lisboa D. Luis Fajardo con 14 galeones el 11 de Septiembre de 1605, corriendo voz de ir á Flandes; en realidad se dirigió á Cumaná y cogió de improviso á 19 urcas cargando; las apresó é incendió sin escapar una, degollando seguidamente á los prisioneros por ley de represalias, con excepción de los de nacionalidad inglesa y francesa, que trajo á España, y de un individuo que se titulaba *Príncipe de las Salinas*, colgado de una entena para distinguirlo de sus súbditos <sup>3</sup>. Y no paró en esto la expedición, pues el almirante de Fajardo, Juan Alvarez, destacado con cinco naos, encontró á 17 de las contrabandistas holandesas sobre Manzanilla y las atacó sin considerar el número. Aferrado con la capitana enemiga, se volaron juntas, pero quedaron en poder de las nuestras dos, y dos se anegaron; de modo que perdieron cinco los holandeses <sup>4</sup>. En compensación, una de las naos, separada de la flota de Nueva España, peleó sobre la isla Dominica con varias enemigas y se hundió con toda su gente por el choque de abordaje <sup>5</sup>; y otro siniestro ocurrió, con-

<sup>1</sup> Cartas del Gobernador de Cumaná. Año 1600, *Colección Navarrete*, t. xxvii, números 35 y 36.

<sup>2</sup> Año 1603. Academia de la Historia. León Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*. El informe de Antonelli, *Colección Navarrete*, t. viii, núm. 34.

<sup>3</sup> González Dávila, Novoa, Cabrera de Córdoba, Le Clerc. Hay relación del suceso impresa en Málaga, año 1606.

<sup>4</sup> Sólo en el incendio y pérdida de las capitanas conforman los documentos; en lo demás varían. Carta del Gobernador de Guatemala, *Colección Navarrete*, t. xxiii, núm. 30. Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 264.—Le Clerc, Historia citada.

<sup>5</sup> *Colección Navarrete*, t. xxiii, núm. 29.



tado por caso raro. Estando para entrar en el puerto de Trujillo la almiranta de Honduras, buque de 250 toneladas, procedente de Sanlúcar, se fué al fondo instantáneamente por efecto de un rayo, ahogándose 90 personas, de ellas mujeres y niños <sup>1</sup>.

Al cabo de un año (1606), trataron de apoderarse precisamente de las dos naves de Honduras los holandeses, teniendo noticia de estar cargadas y á punto de dar la vela en el puerto de Santo Tomás de Castilla, nuevamente poblado. Dos navíos de á 250 toneladas, un patache de 60 y cuatro lanchas las atacaron por ambos costados, sin éxito; las defendió bien su comandante, Juan de Vergara. Pasados ocho días, volvieron con nuevos brios á recibir segundo desengaño; tuvieron que salir á la mar á remolque de las lanchas, maltratados en cascos y aparejos, y, al parecer, murió su jefe ú otra persona de cuenta, pues abatieron las banderas en señal de duelo <sup>2</sup>.

Las compañías de armadores, que buscaban mercados y ganancias por todas partes, ensayaron, al mismo tiempo que en las Antillas, camino nuevo por el estrecho de Magallanes, despachando la primera expedición á cargo del almirante Jacques Mahu. Salió de Rotterdam el 27 de Junio de 1598 con cinco naves: la capitana, de 600 toneladas, armada con 40 cañones; dos de á 400 toneladas y 26 piezas; otra, de 250 toneladas, con 20, y un patache de 80 y 19 cañones. Las tripulaciones ascendían á 547 hombres. Llevaban mercaderías, armas de fuego y blancas, y de público iban á comerciar en la India Oriental, aunque el embarque de pilotos que habían navegado con Cavendish dió á sospechar otra cosa.

Fueron, sin otra escala, á las islas de Cabo Verde <sup>3</sup>, fondeando en el puerto de Santa María, que es en la de Santiago; y como les hicieran fuego desde un fuertecillo que montaba tres piezas, desembarcaron 200 mosqueteros y lo

<sup>1</sup> *Colección Navarrete*, t. xxiii, núm. 29. Cabrera de Córdoba, pág. 275.

<sup>2</sup> Cartas del Gobernador de Guatemala, *Colección Navarrete*, t. xxiii, números 30 á 34.

<sup>3</sup> *Recueil des voyages qui ont servi à l'établissement et aux progrès de la Compagnie des Indes Orientales*.



tomaron con baja de cuatro muertos y nueve heridos. Se las hacia más numerosas el escorbuto, de que vino á morir su general Mahu; no conseguían víveres frescos con que remediarlo, y sin más que una ó dos embarcaciones de cabotaje apresadas en el fondeadero, nombrado almirante Simón de Cordes ó Cordis, corrieron la costa de Africa hasta Cabo López, tocaron en la isla de Annobón, y desde ella atravesaron el Atlántico, alarmados con la mortandad que les causaba el contagio.

Una de las embarcaciones grandes penetró por el río de la Plata hasta Buenos Aires, osando el Capitán presentarse al Gobernador y pedirle licencia para comprar provisiones y vender mercancías, como nave perteneciente á súbditos fieles de S. M. en los Estados de Flandes; pero no pudiendo probarlo á falta de documentos, trató de obtener los víveres por fuerza en fondeadero inmediato, donde los españoles detuvieron al batel declarando prisioneros al capitán, piloto, condestable, barbero y carpintero, volviéndose á la mar el buque con muy pocos brazos '.

Virtuoso y enérgico era, sin duda, el gobernador Diego Rodríguez de Valdés, rechazando mercaderías necesarias por cumplir con las órdenes de generalidad. «Habían transcurrido varios años sin que hubiese arribado de España una sola nave. Los pobladores tenían abundancia de pan, carne y ciertos vegetales, careciendo, empero, de lo indispensable á la vida civilizada. Muchos de ellos andaban como los indios, cubiertos de pieles, y las mujeres hilando la lana de las ovejas (que felizmente comenzaban á abundar) se tejían con ella sus zagallos ó polleras. En lo espiritual se pasaban una vida semisalvaje por la falta de sacerdotes. La defensa de la ciudad, aunque la población había aumentado, era muy débil por el deterioro en el armamento y la escasez casi completa de pólvora. Causas eran éstas de que, á pesar de las Reales cédulas, se hubiese tolerado que entraran como veinte negreros del Brasil y Guinea por el principal interés que había

<sup>1</sup> Año 1599. *Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 69.



en las mercaderías que también traían; esclavos y mercaderías que se permutaban por trigo, lana, cueros y sebo <sup>1</sup>.»

Los navíos compañeros del holandés hicieron rumbo directo al estrecho de Magallanes, embocándolo el 6 de Abril; y estando en la bahía grande, que llamaron de *Cordes*, murió uno de los capitanes, Jorge Bocolth, siguiéndole á otra vida 120 hombres, por escasez de alimentos y sobra de frío y de trabajo. Los patagones mataron é hirieron algunos más de los que bajaron á tierra, á pesar de lo que resistieron cinco meses con buen ánimo; prueba, la idea de fundar en aquellos desiertos lugares una orden de Caballería «para perpetuar la memoria de un viaje tan extraordinario y peligroso en un estrecho que ninguna otra nación había intentado pasar con tantos y tan grandes bajales»; y una de las obligaciones impuestas á los caballeros era «exponer la vida y hacer todo linaje de esfuerzos para que las armas holandesas triunfaran en el país de donde el Rey de España sacaba tantos tesoros, empleados en hacer la guerra y oprimir á los Paises Bajos». La orden tenía por nombre *El León desencadenado*.

Cuando abonanzó el tiempo, entablándose vientos del Este, pudieron desembocar en el mar del Sur, no todos; el navío nombrado *La Fe* se volvió al mar del Norte, regresando á Holanda al cabo de veinticinco meses, con mil riesgos y pocos

<sup>1</sup> Don Eduardo Madero, *Historia del puerto de Buenos Aires*, 1892, pág. 287. Adelante refiere que en 1599 llegó una flota de siete carabelas y pataches conduciendo á este Gobernado; y habiendo la población perdido la costumbre de ver naves españolas, las creyeron enemigas. Escribió seguidamente al Rey: «Fuera del trigo y maíz que aquí cogen, y de carnes, que hay bastante, falta todo lo necesario para el vivir humano; de suerte que ha valido ogaño aquí una arroba de vino 20 pesos, y todas las demás cosas necesarias á 800 por 100 y á 1.000 por 100 de lo que valen en España..... No entrando mercancías por este puerto, es imposible venir de ninguna parte, porque las que vienen por Panamá al Perú, cuando llegan aquí no hay plata con que comprarlas.....»

Seguía informando estar la plaza sin defensa porque las cajas no tenían un real; que el fuerte era un corral cuadrado de tapia con terraplén á la banda del mar que se había hundido, y en él, hundidas también, una pieza de bronce y dos de hierro; pólvora había 37 libras, y plomo 48 y media. La guarnición se componía de 50 soldados.

Iba á cumplirse un año de la muerte de Felipe II cuando llegó la noticia á Buenos Aires (el 2 de Septiembre de 1599) por carta del fiscal de la Audiencia de Charcas.



hombres. Quedaban dos de los mayores y el patache, que un temporal esparció, rompiendo al último el bauprés y mastelero.

Señalada como punto de reunión la isla de Santa María, en la costa de Chile, allí llegaron las dos naos, siendo reconocidas por las embarcaciones ligeras del país en el acto de remediar las averías y de abrir las portas que habían calafateado para pasar el Estrecho, echando la artillería entre el lastre. El almirante Cordes escribió al Gobernador de Chile, como lo había hecho al de Buenos Aires, anunciándose como comisionado de mercaderes vasallos del Rey Católico, y mientras recibía contestación desembarcó en la costa, trabando con los indios escaramuza, en la que murió, juntamente con 27 de sus marineros.

El patache, denominado *Ciervo bermejo*, teniendo gruesas averías y no más de 24 hombres, enfermos casi todos, no pudo acudir al lugar de la cita, decidiéndose el capitán á entrar en Santiago y entregar el buque voluntariamente á las autoridades españolas. Dijo llamarse Rodrigo Girardo, y prestó declaración <sup>1</sup>, en la que si había parte de verdad refiriendo las ocurrencias del viaje y el objeto á que obedecían, es de presumir que parte habría de fantasía, procurándose asiento en que no entendiera la Inquisición, porque era judío portugués, ó descendiente de tales, por lo menos, y espía en la India Oriental. Lo que dijo, y consta en autos, es que la Compañía armadora de Rotterdam aspiraba á fundar establecimiento en el litoral de Chile, creyendo no fuera empresa difícil, así por el abandono en que lo tenían los españoles, como por la condición de los indios araucanos, cuya hostilidad contra los dominadores se podría utilizar dándoles armas de fuego, pólvora y auxilio material, entablando amistosas relaciones que trajeran consigo el comercio en el país. Se dejaba la elección del lugar de asiento al arbitrio del General, recomendándole la isla de Santa María y el puerto de Valdivia con preferencia. De no verificar la ocupación, había de

<sup>1</sup> Consta en la *Colección Navarrete*, t. xxvi, núm. 40.



procurar el cambio de las mercancías por oro, ya fuera pacíficamente, ya de otro modo; y, en último caso, resarcir los gastos de la expedición tomando en mar ó tierra lo que se proporcionara.

Con los avisos corridos desde la vista del primer navío de tres gavias en la isla de Santa María cundió la alarma por la costa, procediendo los vecinos á levantar é internar los mantenimientos, según la prevención de las autoridades para tales casos; y viéndose con poca gente y amagados, los dos bajeles hicieron rumbo á Occidente. Uno cayó en manos de los portugueses en las islas Molucas; el otro, vagando sin rumbo fijo ni conocimiento de las tierras, fué á parar al Japón en tan malas condiciones, que los 14 hombres que lo llevaban hicieron abandono, dando desastroso fin á la empresa y á la orden flamante de *El León desencadenado*.

Gobernaba por entonces el virreinato del Perú D. Luis de Velasco, aleccionado con las expediciones de los ingleses, lo que quiere decir que no vivía en la perfecta tranquilidad de sus predecesores. Había recibido, además, aviso anticipado de la salida de la escuadra de Mahu, y de que otra la seguiría, por lo que, sin las vacilaciones de otras veces, procedió al armamento de dos escuadrillas: una compuesta de dos galeones y un patache al mando de D. Gabriel de Castilla, llevando por almirante á D. Fernando de Córdoba, al capitán y piloto práctico Hernando Lamero, y con varios caballeros voluntarios 300 hombres de guerra. La otra de cuatro galeones y un patache, regida por D. Juan de Velasco, general de la mar del Sur, almirante Pedro Sorel de Ulloa y 700 hombres.

La primera iba á cruzar sobre la costa de Chile; la mayor á situarse en el cabo de San Gallán, á barlovento del Callao de Lima<sup>1</sup>. No estaban, como se ve, en la acepción de pacíficas las aguas de aquel mar al aparecer la segunda flota de los holandeses, altamente considerada en sus historias.

Se organizó lo mismo que la anterior, en Rotterdam en

<sup>1</sup> Títulos, instrucciones, avisos, incidencias, en la *Colección Navarrete*, t. xxvi, números 37 á 45.



1598, con especiales circunstancias; pues esperanzado por entonces el Consejo de Almirantazgo de conseguir la paz, exigió que los capitanes prestaran juramento de observar las instrucciones redactadas con sanción del príncipe Mauricio, debiendo limitarse á hacer comercio de contrabando sin cometer hostilidad. Las naves eran cuatro: dos grandes, *Mauricio* y *Henry Frederick*; dos menores, *Concordia* y *Esperanza*, tripuladas en total con 248 hombres. Oliverio van Noort embarcó en la primera con nombramiento de almirante, jefe superior<sup>1</sup>; por vicealmirante iba en la segunda Jacques Claasz; el mando de las menores se confió á Pedro de Lint y Juan Huidecooper. Dieron la vela el 13 de Septiembre, haciendo escala en Plymouth con objeto de tomar á bordo al piloto Melis, que había hecho la campaña con Tomás Cavendish.

Por primera escala tocaron en la isla del Príncipe, teniendo altercado con los portugueses, que mataron á un piloto, al hermano del General y algunos marineros. Si-

<sup>1</sup> Nort, Noort, Noert, marino de Utrecht que había alcanzado reputación en nuestra guerra de los Paises Bajos, escribió relación de la campaña; y aunque exageró sus merecimientos y no fué tan amigo de la verdad como cumple á un hombre honrado, por lo que halagaba á la naciente república su libro tuvo gran aceptación y popularidad, juzgando por las ediciones que se imprimieron, los grabados con que se ilustraron y el precio abonado por ejemplares de las primitivas. Titulábase una *Description du pénible voyage jaict autour de l'univers ov globe terrestre par Sr. Olivier du Nort d'Utrecht, général de quatre navires..... Imprime à Aosteire-dame, chez Cornille Claessz, l'an 1602; 1ol. con grabados. La Mémoire bibliographique sur les voyages des navigateurs néerlandais*, de Tiele, Amsterdam, 1867, citando ediciones holandesas de 1601 a 1764. La obra *Recueil des voyages*, ya citada, contiene la relación completa del viaje de Noort, de la cual se hicieron aparte otras dos ediciones francesas en 1602 y 1610. Una alemana forma apéndice en la obra de Teodoro de Bry, *Quinta parte de América*, impresa en Francfort en 1601: por ejemplar de ella se han pagado 15.000 francos. En inglés se escribieron extractos en la *Complete collection of voyages*, de John Hamilton Moor, y en los *Voyages* de Robert Kerr. En español historió parte esencial el Dr. D. Antonio de Morga, como testigo de vista, insertando documentos oficiales de interés en el libro titulado *Sucesos de las islas Filipinas*. México, 1609. D. José de Vargas Ponce consignó lo principal en la *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes*, Madrid, 1788; y tenemos manuscritas, inéditas, dos relaciones en la *Colección Navarrete*, t. xviii, números 62 y 63, dirigida la última al Conde Monterrey, virrey de Nueva España. Con vista de todas inserté artículo sucido en *La España Moderna*, revista de Madrid, en 1890.



guiendo á Rio Janeiro, no hallaron la hospitalidad que se prometían; tuvieron que salir del puerto sin los refrescos de que necesitaban, que arribar á la isla inhabitada de Santa Clara y desembarcar los enfermos de escorbuto. Incendiaron el navio *Concordia*, que hacía agua; cambiaron este nombre al *Esperanza*; recorrieron los aparejos, haciendo tiempo para embocar el estrecho de Magallanes, y al salir condenaron á dos artilleros á quedar abandonados en la isla.

Por unas ú otras causas llevaban perdidos cerca de cien hombres en catorce meses antes de llegar á puerto Deseado, donde, si bien hicieron provisión grande de pájaros niños, con el aumento de penalidades se significó la indisciplina, encabezándola el almirante Claasz con síntomas de gravedad, que corrigió la energía de Noort, aplicando su favorita sentencia. El 24 de Enero de 1600 fué desembarcado el rebelde en la playa del Estrecho, dejándole algunas galletas que sirvieran á la prolongación de su agonía si antes no era víctima de los salvajes, que ya habían atacado á los botes, matando á dos marineros.

Sin otra ocurrencia notable, no refiriendo los sufrimientos de la navegación, desembocaron los tres buques en el mar del Sur á los ochenta y cinco días, ó sea el 29 de Febrero, dirigiéndose á la costa de Chile, conocida del piloto inglés, con intención de desquitar lo pasado, pues, como ha de verse, van Noort no tenía en gran cosa la santidad del juramento.

El 14 de Marzo se perdió de vista entre la niebla el *Henry*, sin que jamás se haya sabido su paradero; los camaradas creían esta separación momentánea; de modo que, al descubrir una vela pocos días después, se dirigieron confiados hacia ella, hasta que muy cerca reconocieron ser bajel costero español. Sin vacilar lo atacaron, gozando con alegría sin tasa de las provisiones que componían su cargamento. Llamábase el costero *Buen Jesús*, de porte de 60 toneladas; el patrón Francisco de Ibarra y su gente quedaron en libertad de irse á tierra; pero retenidos el piloto Juan de Sanaval para utilizar sus servicios, dos negros escla-



vos y dos muchachos mulatos, que habían de reforzar, de grado ó por fuerza, á la tripulación, cuyas bajas naturales crecían por ejecuciones como la del marinero Dircksz, arca-buceado en aquellos días por hurtar algunas galletas en la despensa.

Acercándose los buques al puerto de Valparaíso, entró van Noort por sorpresa con los bateles; tomó sin resistencia un barco que resultó estar cargado de sebo; y como no podía aprovecharle semejante mercancía, lo incendió juntamente con otros dos de cabotaje descargados, prosiguiendo la navegación hacia el Norte en espera de mejores presas. Júzguese cuál sería la emoción del holandés cuando vino á su bordo el oficial encargado del *Buen Jesús* á participarle, con referencia á uno de los negros detenidos, que ese barcuzo miserable conducía barriles con oro, que el patrón Ibarra había arrojado al mar viéndose perseguido porque no lo consiguieran los enemigos. Maldiciendo á la suerte, hizo en seguida dar tormento al piloto y al otro negro, hasta que el dolor les arrancó la confesión: el *Buen Jesús* había embarcado realmente 52 cajas pequeñas, conteniendo cada una cuatro arrobas de oro acuñado y además 500 barras de este metal, con peso de 10.200 libras. Aunque asegurasen haber cuidado el patrón de que no quedara sin lanzarse al agua una sola barra, hizo van Noort practicar escrupuloso registro, y todavía pareció en la litera del piloto una espor-tilla con una libra justa de la codiciada materia, cuya vista acabó de exasperar á los flemáticos burlados, acordándoles el apólogo de la zorra. Y no era esto todo; pues declarando el piloto en el tormento que era sabido en el Perú el paso del Estrecho por los holandeses, y debían de haber salido del Callao navíos de guerra á su encuentro, se desvanecía la probabilidad de sorprender á otras embarcaciones ó puer-tos, que era á lo que iban, y podía resultarles cara la especu-lación comercial encomendada por la Compañía de armado-res. Adoptaron, por tanto, la determinación que en igual caso tomaron Drake y Cavendish, esperando que, como ellos, hallarían al paso algúñ galeón de Filipinas, empezando



por desembarazarse del *Buen Jesús*, que hacia mucha agua, y del pobre piloto, víctima inmolada al despecho en el momento en que no era ya de servicio. La justificada causa de su muerte se consigna en el diario de Noort en estos términos, dignos de conocimiento:

«El 30 de Junio, el General y su Consejo de guerra sentenciaron al piloto español á ser arrojado al mar porque, comiendo en la cámara y siendo muy bien tratado, se atrevió á decir en presencia de alguno de la tripulación que le habían dado veneno porque se sentía doliente. Tuvo además la impudencia de sostener semejante impostura delante de los oficiales, y no sólo había pensado escaparse, sino aconsejado á los negros y á los muchachos que lo hicieran.»

La ingenuidad de la declaración excusa comentarios: ejecutada fué la sentencia, alejándose en seguida los dos navíos con rumbo á las islas de Poniente.

Don Juan de Velasco los estuvo esperando en crucero sobre la costa de California hasta la estación invernal, sufriendo sus efectos. Un furioso temporal dispersó á la escuadra el 21 de Septiembre. La almiranta perdió el palo mesana y el castillo de popa, que destrozó la mar, averiando de paso el timón, y eso que era la nave más fuerte, la inglesa que se tomó á Richard Hawkins. El galeón que mandaba Juan Peraza de Polanco perdió los cuatro árboles y entró trabajosamente en Acapulco. Escapó mejor el patache gobernado por Juan Bernardo Carreño, y desapareció la capitana, pasando mucho tiempo sin descubrir vestigios en los nuevos cruceros hechos por el almirante Hernando de Lujones, hasta adquirir certidumbre de que había perecido con cuantos la tripulaban <sup>1</sup>.

Van Noort descubrió el 14 de Octubre una tierra desconocida, cerca de la cual fondeó largando bandera española y

<sup>1</sup> Hizose información en la ciudad de los Reyes, uniendo copia del testamento del General, en que declaraba ser natural de Valladolid, hijo bastardo de D. Juan de Velasco y de D.<sup>a</sup> Ana de la Vega, haber ido muchacho al Perú y servido de capitán y de general en el mar del Sur. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, M. 166.



poniendo á popa un marinero vestido de fraile. Al reclamo de la primera acudió una canoa con vecinos, á los que dijo el intruso que los navíos eran franceses con comisión del rey de España para Manila, y que habiendo tenido navegación larga, con muerte del piloto, habían arribado á aquel paraje, tanto con el objeto de reconocerlo, como con el de proveerse de víveres, casi agotados. Contestó el recién llegado que se hallaban algo al Norte del estrecho de San Bernardino, y que procuraría que los indios del país le llevaran arroz, aves y puercos, como así lo hicieron, si bien solicitando el pago, pretensión que maravillaba á los supuestos comisionados de Su Majestad.

El día siguiente fué á bordo un español, á quien refirieron la misma historia, y porque confiadamente enviara más vívera bajó á tierra con él un marinero ladino en lengua castellana, cosa no rara entonces en Flandes; mas ved aquí que, sin pensarlo, se presentó el capitán Rodrigo Arias Girón, que mandaba el distrito, y, dándose á conocer, pidió con la mayor delicadeza y cumplido al general exhibiera sus despachos. Van Noort mostró los que tenía del príncipe Mauricio; y no habiendo medio de prolongar el disimulo, notificó al capitán se considerara prisionero hasta tanto que se le devolviera el hombre que había bajado á tierra.

Desde el Estrecho, detenida una embarcación, que incendió después de trasbordar el arroz de carga y de retener dos indios para guías, fué á fondear al Oeste de la isla de Capul, en una bahía arenosa en que se veía población; pero los habitantes la abandonaron, y aunque desembarcó la gente, no halló cosa de provecho; antes, por pérdida, desapareció un marinero inglés, que se supuso prisionero, y se tiraron al agua, huyendo, los dos indios. Por mayor contrariedad, tomó de noche el batel, que estaba amarrado á popa, uno de los negros cautivados en el *Buen Jesús*, y también escapó; con lo cual, «persuadido el General de la ingratitud de estas gentes, para las que nada significaba el buen tratamiento, mandó se le saltaran los sesos al otro negro» <sup>1</sup>. Disparó á seguida los

<sup>1</sup> Textual en la relación de van Noort.



cañones sobre las casas del pueblo, volvió á desembarcar para incendiarlas, sin encontrar á los desertores ni procurarse comestibles.

Visto que nada agenciaban por aquel sitio dieron la vela, hallando mejor suerte en la mar con la presa de un barco chino de 120 toneladas, de los llamados champanes. El patrón hablaba portugués, y les hizo servicio informando no haber en el puerto de Cavite naves de guerra, cañones ni soldados, por haber salido las fuerzas en expedición contra los moros de Joló. Dijoles, entre otras cosas, que cada año iban de China á Manila unas 400 embarcaciones con sedería, que cambiaban por plata acuñada; que en el mes corriente se esperaban dos barcos del Japón con harina y provisiones, y que de Nueva España debía llegar el galeón con moneda. Por último, que á la entrada de la bahía se hallaba una isla (la del Corregidor), donde podría fondear sin temor.

Con nuevas que la imaginación traducía por henchimiento de la bodega con poco trabajo, resuelto á piratear y pensando acaso entrar en Amsterdam con las velas forradas de seda, como lo había hecho Cavendish, y buen lastre de pesos duros, se situó de apostadero, interceptando diariamente las embarcaciones que iban á Manila con frutos. Tanto era el contento en que vivían, que van Noort tuvo la insolencia de escribir al Gobernador anunciándole el honor de su visita. No todo sucedía, sin embargo, á medida del deseo. Una noche faltó la amarra con que estaba por la popa el champán chino apresado, desapareciendo con los cinco holandeses que le custodiaban. Consigna el diario que los chinos que se hallaban en el *Mauricio* hicieron mucho ruido protestando ser ajenos á la jugarreta de sus compañeros, mas no dice qué determinación se adoptó con ellos, aunque no es necesario, conocidos los procederes de van Noort con los *ingratos* tan bien tratados.

Mientras guardaba el acecho, fueron conducidos á Manila el marinero inglés prisionero y el negro escapado, averiguándose por ellos la verdadera historia de los piratas desde que salieron de Holanda: que la *Capitana*, barco sólido, armado



con 24 cañones de bronce, tenía al presente 100 hombres, y el otro, mandado por el capitán Lambert Viesmann, montaba 10 piezas y le quedaban 40 tripulantes.

Sabido es que la previsión no es de las condiciones sobresalientes en el carácter de los españoles, y que, en punto á defensas y socorros, ha llegado á ser tradicional su parsimonia; pero, aun dentro de lo ordinario, nunca se había hallado la capital del archipiélago filipino tan desprovista de recursos, empleados como estaban todos en atender á lo de Joló y de Mindanao.

El gobernador D. Francisco Tello convocó á junta de autoridades, pintando el estado de la situación, irremediable si con generoso impulso no acudía el vecindario; y como fuera evidente que de no alejar al enemigo cumpliría su designio arruinando el comercio, nadie se hizo sordo al llamamiento, y se arbitraron fondos con que fortificar el puerto de Cavite, resguardando de un golpe de mano los almacenes y pertrechos navales existentes, y armar, si era posible, algún barco mercante.

Lo de Cavite se encomendó á D. Antonio de Morga, oidor de la Audiencia y hombre de letras más que de armas, pero de respetabilidad y buena opinión; así, como Dios le dió á entender, reunió 150 hombres armados con mosquetes ó alabardas, hizo trincheras con tablas y tierra, situó en la playa 12 cañones de bronce de mediano calibre, y en la boca del puerto dos culebrinas de mucho alcance, concentrando tras estas defensas las embarcaciones que había en la bahía, salvo algunas barcas ó canoas ligeras destinadas á permanecer á la vista del enemigo y dar cuenta de cualquier movimiento. Entre dichas embarcaciones, ninguna se halló susceptible de armamento; las dos mejores eran una galizabra empezada á construir, y un patache de Cebú que, varado en el astillero, se carenaba. En cualquiera otra ocasión nadie hubiera pensado en ellas; ahora en lo que no se pensaba era en inconvenientes, y era de ver al pueblo entero trabajando día y noche, arrancando las rejas de las casas para forjar herrajes, cosiendo velas, arreglando picas y acopiando viveres. Con tal activi-



dad se anduvo, que á los treinta días estaban en el agua los dos barcos, y se montaban á cada uno 11 cañones de pequeño calibre.

Todo este tiempo se aguantaron pacientemente los holandeses en la isla del Corregidor, en espera del suspirado galeón: interceptaban las canoas ó embarcaciones pequeñas de otras islas, que, ignorando su presencia, entraban en la bahía; mas como á ninguna se consentía salir, llegaron á sospechar que el puerto estaba defendido, y por ello no se aproximaron; no les ocurrió remotamente que hubieran de improvisarse naves de combate.

Cuando los preparativos tocaban el fin ocurrieron los mayores tropiezos, porque no habiendo quien estuviera á sueldo del Rey, los vecinos, y aun algunos capitanes particulares, no se prestaban voluntariamente á una empresa en que nada se iba á ganar, si no fuera algún agujero en el pellejo, y los últimos, sobre todo, no ofrecían sus servicios hasta saber quién era el jefe de la escuadra, considerándose cada cual con méritos superiores para serlo. Sabíalo el Gobernador, y titubeaba en la elección, ya que no podía ir en persona como fuera su deseo, hasta que le ocurrió resolver la cuestión dejando iguales á los capitanes en la pretensión y valimiento, con la designación de general y jefe superior del oidor D. Antonio de Morga, significado ya con los trabajos de fortificación; pues si bien, como era de esperar, se excusó alegando su carácter civil, obedeció al requerimiento presentado en forma por el Secretario de Gobierno, ordenándole en nombre de S. M., y por su mejor servicio, que embarcara inmediatamente, procediendo á combatir los navíos holandeses.

Hecho público el nombramiento, según la presunción, acudieron sin reparo muchas personas principales á ofrecerse como soldados ó aventureros, y contando con los de la guardia personal que el Gobernador puso á disposición del general, con el capitán real D. Agustín de Urdiales, en ocho días se alistaron cerca de 200 hombres, distribuídos en los dos buques. Morga eligió por capitana el patache llamado *San Antonio*, por ofrecer mayor comodidad de alojamiento al estado



mayor, que se componía de D. Pedro Tello, sargento mayor; D. Juan Tello y Aguirre, capitán, ambos parientes del Gobernador, y Alonso Gómez, piloto mayor. Almirante fué nombrado D. Juan de Alcega, soldado viejo muy conocedor del archipiélago, y embarcó en la galizabra *San Bartolomé*.

Después de confesar y comulgar solemnemente desde el General al último grumete, dieron la vela de Cavite los dos bajeles el 12 de Diciembre de 1600, yendo á fondear en la costa de Mariveles en espera de noticias exactas de la posición del enemigo, que habían de llevar las canoas. Mientras tanto se formó el plan de combate, señalando puesto y obligación á cada individuo; se preparó la artillería, distribuyeron las armas, hicieron batayolas ó reparos, y el General puso por escrito las instrucciones del Almirante, encargándole la unión y fijándose con preferencia en el propósito de abordar ambos buques por un mismo costado el mayor de los holandeses, sin cuidarse del otro.

Poco después de media noche del 13 dieron la vela los buques, sabiendo que los enemigos se hallaban fondeados en punta Balaitegui, calculando amanecer á barlovento suyo. El viento era fresco del Nordeste, y á la primera claridad largaron las banderas de combate, desdeñando el ardid de aproximarse inesperados.

Justo es, habiendo censurado la imprevisión y abandono del carácter nacional, que ensalce otras condiciones por ningún otro pueblo excedidas. Arrojarse á batir uno de los bajeles más poderosos de aquel tiempo, dotado con marineros excelentes por naturaleza y curtidos en campaña de tres años, con pequeñas y endebles embarcaciones de comercio, montadas por comerciantes, trajineros é indios, y dirigidas por un letrado de oficio; atacar de frente sin temor ni cautela, son acciones de españoles, que no apreciará en todo su valor quien desconozca el arte náutico, aunque cualquiera entienda que se salen de lo vulgar.

Fudiendo reconocer los holandeses á los asaltantes á más de tres millas de distancia, no por la sorpresa de la vista dejaron de apercibirse á toda prisa, cortando las amarras, po-



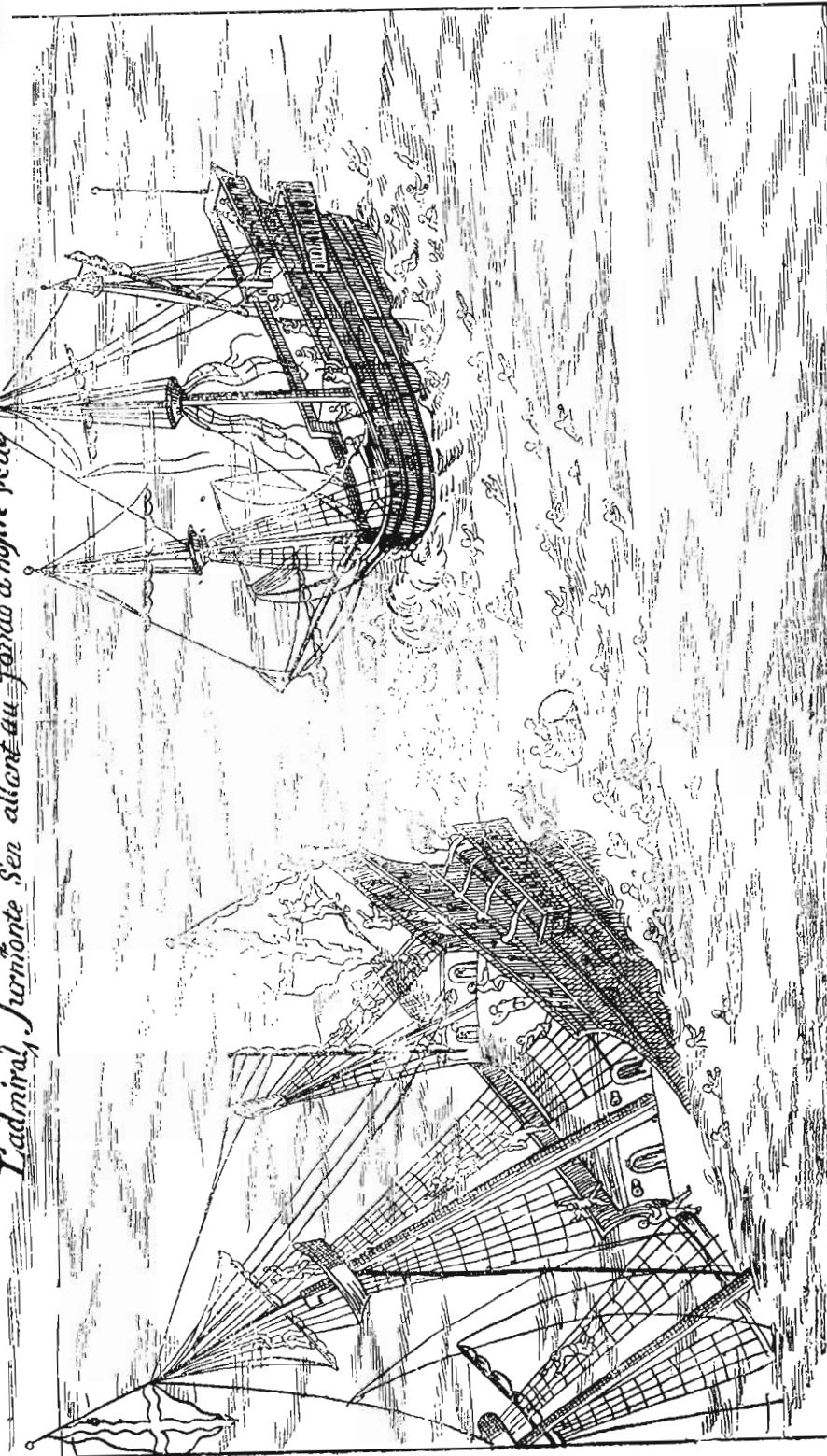
niéndose á la vela, pasando al *Mauricio* una parte de la gente del *Concordia*, y rompiendo el fuego con los cañones de largo alcance. El *San Antonio*, sin contestar hasta el momento de estar al costado, abordó por estribor al primero, barriendo su cubierta con una descarga de mosqueteros y arcabuces, é inmediatamente saltó un abanderado con 30 hombres, los primeros en posesionarse de la popa y castillo; acobardados los holandeses, se metieron en el entrepuente y bajo la proa, y el mismo van Noort pidió capitulación, dejando que arriba le tomasen la bandera y el estandarte del príncipe Mauricio, blanco, azul y naranjado, que tenía en el asta. A este tiempo el almirante Alcega, que había de abordar simultáneamente, creyendo rendido el principal enemigo, pasó de largo á toda vela en persecución del otro, con lo que hizo van Noort caso omiso de la palabra, y animó la gente á proseguir la resistencia, disparando desde abajo cañones y mosqueteros y guardando con picas las escotillas. Llevaba, sin embargo, la peor parte, y no debía de prolongarse la defensa más de las seis horas que duraba, cuando, saliendo por la popa llamas que se elevaban hasta el palo mesana, ordenó el General la retirada de la bandera y gente, sin advertir en el calor de la refriega que, siendo su propio buque tan sencillo, se habían abierto las costuras con el estruendo de la artillería y se iba anegando. Bien lo vió un padre jesuíta que iba á bordo, y saliendo con un crucifijo en la mano, gritaba: «Vamos á ver, españoles, cuál es vuestro valor; mirad que ésta es la causa de Dios; morid como soldados de Cristo, y no seáis pasto de los peces; mirad que entre los peligros que nos cercan, el menor es el enemigo; que si perdemos un navío ganamos otro<sup>1</sup>.» A esta exhortación volvieron algunos al holandés, mas la orden del General y el pánico que las llamas causaban ahogaron la resolución, desatracándose las embarcaciones.

Van Noort aprovechó el respiro en sofocar el incendio y largar las velas de proa, únicas que no le habían inutilizado, y en tanto se fué á fondo el *San Antonio* tan rápidamente,

<sup>1</sup> Textual.



*éstant  
L'admiral, surmonté s'en allant au fond a nos frères*



*Combate del patache San Antonio con la nao de Van Noort.*





que ni aun dió tiempo á que los soldados se desembarazaran de las armas. Algunos tomaron el esquife que iba por la popa é instaron al General que se embarcara con ellos; pero, penetrado de sus nuevos deberes militares, no quiso dejar el bajel hasta el último extremo; lo que hizo á ruegos de un criado fué desnudarse, y al tirarse al agua llevó su bandera y el estandarte tomado á los holandeses, apoyado en una colchoneta que el mismo criado le proporcionó, por estar hinchida de materia flotante. Nadando cuatro horas alcanzó el islote Fortún, que distaba seis millas, adonde tuvieron la suerte de llegar algunos más. Los que no eran hábiles nadadores acudieron como más cercano al buque holandés pidiendo socorro; pero desde la borda los herían con picas, como sucedió al capitán Gómez de Molina, que recibió un lanzazo, y aun con él ganó la tierra, muriendo por la pérdida de sangre.

Ascendieron las bajas por combate y naufragio á 50 hombres, muertos los más ahogados. De los principales fueron los capitanes D. Francisco de Mendoza, Gregorio de Vargas, Francisco Rodríguez y Gaspar de los Ríos, que sucumplieron en el abordaje, y en el agua Juan de Zamudio, Agustín de Urdiales, Pedro Tello, Gabriel Maldonado, Cristóbal de Heredia, Luis de Belver, Alonso Lozano, Domingo de Arrieta, Melchor de Figueroa, el piloto mayor Alonso Gómez, el P. Fr. Diego de Santiago y el padre jesuita.

El General reunió en el islote de Fortún la barca de su buque, la del holandés y una banca de indios; en las tres acomodó los heridos, saliendo por la noche para la costa, que tomó en la provincia de Balayán, á treinta leguas de Manila.

Alcega, causante involuntario del desastre por afán de gloria, dió cara al *Concordia*, abordándole con resolución y rindiéndolo, sin más pérdidas que un hombre muerto de arcabuzazo, otro que cayó al agua al saltar y algunos heridos. Pasó después á corta distancia del *Mauricio* sin molestarlo ni tratar de saber lo que había sido de su General, y llegó á Manila con la presa, en que se encontraron vivos el capitán Viesmann y 25 hombres más, que sufrieron la pena



de garrote por piratas. El almirante fué arrestado, aunque no por el tiempo que mereciera su inobedience.

Véase en lo que difiere la versión escrita por van Noort:

«En la madrugada del 14 de Diciembre, dice, se avistaron dos buques que en un principio parecieron fragatas, si bien al aproximarse se reconoció que eran bajeles grandes en són de combate; entonces se izaron las gavias y se preparó la artillería. Venía á vanguardia el general de Manila, que, disparando la andanada, abordó al *Mauricio*, saltando parte de su gente en la cubierta con corazas, rodelas y toda suerte de armas, gritando: *¡amaina, perros, amaina!* Los holandeses se metieron bajo cubierta, dejándoles dueños del buque, como que venían seis ó siete contra uno, defendiéndose con picas y mosqueteros. También venía encima el almirante español; pero debió presumir que sus compatriotas habían ganado la batalla, y dió caza al *Concordia*.

»Todo el dia estuvieron abordados los jefes; los españoles disparaban sus cañones y no se descuidaban los holandeses en responder, aunque cada vez menos por estar muchos heridos. Entonces bajó van Noort y amenazó con pegar fuego á *Santa Bárbara* si no combatían, animándoles de modo que hasta los heridos volvieron á subir. Al fin se apartaron los españoles, y á poco empezó á hundirse su buque, desapareciendo en un cerrar de ojos palos y todo. Se veía á los hombres tratando de prolongar la vida nadando y pidiendo misericordia; había lo menos 200, sin contar los que ya habían muerto. *Cuando descubrían la cabeza les pegaban los holandeses en ella y hundían cuantos podían.* En la cubierta quedaron dos cadáveres, uno de los cuales tenía un relicario de plata con papelitos de oraciones para obtener la protección de los santos. Se vió á lo lejos al *Concordia*, dándolo por rendido, pues era un buque endeble, no tenía más que 25 hombres, al paso que el español debía de pasar de 600 toneladas; como que los dos eran de los que hacen la navegación de Manila á Méjico, y estaban armados con diez cañones y 500 hombres perfectamente instruidos en el manejo del mosquete y otras armas (*sic*).



»Viéndose desembarazados los del *Mauricio*, orientaron el trinquete, puesto que la jarcia y maniobra del palo mayor había sido cortada; lo que más les alarmaba, era el fuego que las continuas descargas habían inflamado en el combés, amenazando invadirlo todo. Consiguieron, sin embargo, apagarlo, y dieron gracias á Dios que les había librado de tantos peligros con el valor del General y de su gente. Hicieron rumbo á la isla de Borneo por reparar el buque, que no estaba en disposición de sostener otro ataque, contando siete muertos y 26 heridos. El 5 de Enero de 1601 salieron de esta isla; pasaron entre Java y Baly el 10 de Febrero; el cabo de Buena Esperanza el 24 de Abril, y fondearon en Rotterdam el 26 de Agosto, al cabo de tres años de viaje.»

Blumentritt<sup>1</sup> escribe: «Habían ganado una victoria, es verdad, ¡pero á costa de cuántos sacrificios! 109 españoles y 150 indios y negros se habían ahogado ó muerto en el combate (*sic*): también se hundieron para siempre con la embarcación muchas piezas de grueso calibre y cuantiosas municiones. No obstante, la batalla se celebró como una gloriosa victoria; los españoles se creyeron indemnizados de sus perdidas con la toma del segundo navío holandés, de cuya tripulación habían caído vivos en sus manos 25 hombres, entre ellos el capitán Viesmann.

»Como prueba de especial valor ostentó el Dr. Morga la bandera de la almirante de Noort, de la que se habían apoderado los españoles durante el abordaje. Los prisioneros holandeses fueron ahorcados en Manila como ladrones y piratas.»

Por otros conductos se sabe que Noort volvió á su país con las manos vacías y ocho hombres muy trabajados, llevando el buque por única amarra el ancla de madera que tomó á un barco japonés, y que por recuerdo colgó á la puerta de su casa.

Entre las láminas de su obra puso la que representa el acto

<sup>1</sup> *Filipinas.—Ataques de los holandeses en los siglos XVI, XVII y XVIII*; bosquejo histórico, traducido por D. Enrique Ruppert. Madrid, 1882.



de hundir á los españoles que luchaban con las olas. Tan benemérita á la humanidad, tan útil á la ciencia y gloriosa á las armas de Holanda fué la campaña toda de su circumnavegación.

Ni el entusiasta historiador Le Clerc la ensalzó mucho, limitando su juicio á expresar que volvió á Holanda van Noort, habiendo hecho daño; pero no llevó nada y sufrió mucho.



## XVII.

### EN FILIPINAS.

1600-1607.

Pasan las naves holandesas á la India por el cabo de Buena Esperanza.—Atacan á las posesiones portuguesas.—Se apoderan de las Molucas.—Una escuadra de portugueses y castellanos intenta desalojarlas.—Esteriliza la discordia el propósito.—Situación de las Filipinas.—Relaciones con Japón, China, Camboja, Borneo.—Ordenanzas de Contratación con Nueva España.—Expedición desgraciada á Joló.—Comparación de los procedimientos de los castellanos y de los holandeses.—Se prepara nueva expedición á las Molucas.—Vence en Terrernate.—Somete las otras islas.—Vuelve á Manila en triunfo.

**S**E concibe que al tantejar los holandeses los caminos que pudieran dar ensanche á sus contrataciones, sin pararse en el que conducía al mar del Sur por recelo de las peligrosas condiciones del acceso, embocando el estrecho de Magallanes, no habían de desatender aquel por donde llegaban directamente de la India Oriental las ricas mercancías de que en Lisboa se habían surtido de segunda mano, hasta el momento en que se les cerraron los puertos de la Península ibérica.

Ese camino, contorneando el África por el cabo de Buena Esperanza, no era surcado por naves españolas. Mantenfase la consideración caballeresca, el respeto que la prioridad procuraba á los compatriotas de Vasco de Gama, en cierto modo consagrado por las declaraciones del emperador Carlos V al renunciar y ceder los derechos que le dieran los navegan-



tes castellanos dentro del hemisferio á ellos solos señalado por el Pontífice Alejandro VI. Manteníase la exclusiva carrera de las carracas portuguesas, porque, incorporado este reino con los otros de España, no se hizo alteración en el régimen de las colonias, consintiendo á los portugueses súbditos que prosiguieran gobernándolas y administrándolas por sí como señores; tolerando los entorpecimientos y complicaciones suscitadas en Oriente por su emulación suspicaz, favoreciendo quizás una de las causas dañosas á la asimilación de los pueblos. Y á tanto llegaba la consideración y el miramiento con el suyo, que para el amparo de las islas Filipinas, tratándose de enviar autoridades ó soldados y de aprovechar los rendimientos, caminaban los españoles mucha mayor porción de la superficie terrestre á través del Atlántico y del Pacífico.

Bien impuestos de las circunstancias en los Países Bajos, casi al mismo tiempo que los almirantes Mahu y van Noort dejaban los puertos para dirigirse al mar del Sur con sus escuadras, salía de aquéllos Jacobo Cornelio Neck con ocho naos y cuatro pataches, llevando el primero la bandera holandesa á los mares índicos en la verdadera acepción de la palabra; recorria los de Java y Banda entablando relaciones amistosas con los régulos de las islas; tocaba en las de la Especiería, objetivo de las compañías de armadores, y utilizando con habilidad el antagonismo eterno de los sultanes de Tidore y Terrenate, ofrecía á éste el concurso de su nación poderosa contra la dominación de los portugueses, aliados de su enemigo, obteniendo concesión de terrenos en que establecer factoría y puerto militar, é implantándose, por consiguiente, en el centro de negociación de los artículos más apreciados.

Tras esta primera expedición de ensayo venturoso partieron de Holanda, una en pos de otra, sin cesar ya un punto, flotas numerosas de 80, de 100, de 150 naves, escoltadas por las de guerra más potentes <sup>1</sup>, dirigidas contra las posesiones

<sup>1</sup> Colección Navarrete, t. v, núm. 15.



portuguesas, sin desdeñar por ello las de España, como se vió en el caso particular de la jornada de van Noort. Familiarizadas y bien recibidas en Java y en Sumatra, fueron extendiéndose poco á poco á las Célebes y á Borneo, á Malaca, á la costa de Bengala, Ceilán, Cochín, Calicut, á la residencia misma del virrey Arias de Saldaña, que entonces conoció los inconvenientes del sistema autonómico.

Proveían á los indígenas en cualquiera de las residencias de artillería, armas portátiles y municiones, que era de lo que hacían cargamento á la ida; dirigían la fortificación, la sosténian con artilleros y soldados suyos, cerraban, por fin, el paso á las naos de Portugal, consiguiendo rendir y apresar en la isla de Santa Elena un galeón henchido <sup>1</sup>.

En las Molucas, punto de mira preferente, se apoderaron de la isla de Amboina por completo, amagando desde allí á las otras tan seriamente, que el Capitán mayor portugués, Rui González de Sequeira, residente en el fuerte de Tidore, y el Sultán, escribieron al gobernador de Filipinas en solicitud de socorro, llevando personalmente la carta el *Cachil* ó príncipe Cota, con objeto de explicar lo apretado del caso.

Algo les facilitó D. Francisco Tello en hombres, municiones y bastimentos: no lo suficiente, por necésitar de los recursos en inmediatas atenciones; mas por entonces, con orden de la Corte, despachó el Virrey de la India lucida armada de seis galeones, 18 galeotas y una galera al mando del general Andrés Furtado de Mendoza; y aunque, por desgracia, perdió sobre Ceilán, con borrasca, los bajeles de remo,

<sup>1</sup> En memoria del triunfo conseguido el año 1602, grabaron en Holanda una medalla. Melchior Estacio do Amaral relató el combate de modo distinto que ellos en obra titulada *Tratado das batalhas e sucessos do galcão Sanctiago com os olandeses na Ilha de Sancta Elena E da Nao Chagas com os Vngleses antre as Ilhas dos Acores: Ambas Capitainas da Carreira da India E da causa & desastres, porque em vinte annos se perderão trinta & oito naos della: com outras cousas curiosas. Com licença da Sancta Inquisição*. Lisboa, 1604. Con grabados. La referida medalla mostraba en el anverso un caballo saltando sobre el globo terrestre y un león persiguiéndole, con leyenda: *QUO SALTAS INSEQUAR NON SUFFICIT ORBIS*. En el reverso los dos navíos batiendo el galeón, y letra *Possunt ovae posse videntur 16 MARTY 1602*.



rehecho en Malaca bajó al estrecho de Sonda, cañoneó á la escuadra holandesa, que, siendo inferior, rehuyó el encuentro, y cayendo sobre Amboina, tomó el fuerte con poca resistencia y se volvió á hacer señor de la isla (1601).

Las ventajas no pasaron de aquí: cuando trató de continuarlas Furtado en Terrenate, notó con pena que los fuertes reformados bajo la dirección de los holandeses, por ellos artillados y defendidos, ofrecían insuperable obstáculo á las fuerzas con que contaba, y se vió en la precisión de acudir de nuevo al general de Filipinas pidiendo auxilio considerable, única cosa para la que contaban con tal autoridad los portugueses. Auxilio se les dió en forma eficaz; pero antes de apuntar la fecha en que salió de Manila conviene conocer el estado del Archipiélago, registrando dé paso sus vicisitudes desde el fin del reinado de Felipe II.

En la instalación de los conquistadores y encomenderos había ganado, fundadas nuevas poblaciones, ensanchadas las primitivas, singularmente la capital, establecidas las comunicaciones marítimas, para las que se construían embarcaciones apropiadas en varios astilleros, aparte de las que hacia necesarias la vecindad de los mahometanos enemigos; galeotas y fragatas de vela y remo, con algunas galeras de modelo español. Hacianse ya también naves de 200 y 300 toneladas, contando con excelentes maderas duras en el país, y con operarios indios sin mucho trabajo instruídos en el arsenal que se instaló en Cavite, destinándolas á la navegación á Nueva España, de cuyo virreinato dependían las islas y recibían la consignación y los recursos, en un viaje anual.

Los moros de Joló y de Mindanao, sometidos aparentemente, volvieron á las antiguas correrías, inquietando á los pueblos de los Pintados ó Visayas con incursiones en que tomaban muchos cautivos, y hasta á Luzón, á la misma bahía de Manila se atrevieron, una vez convencidos de poderlo hacer impunemente en razón á que, por estar de ordinario vacías las arcas reales, no se contaba con lo indispensable á la manutención de la escuadrilla.

Conseguíanse los principales beneficios del comercio pro-



gresivo con China, alcanzando por entonces á unos 30 ó 40 chamaranes y juncos, navíos grandes procedentes de Cantón, Chincheo y Veheo, con sedas, lienzos, ferretería, loza, muebles, frutas, cecinas, ganado caballar y mil otros objetos á cambio de plata acuñada. De ellos se iban quedando en la tierra emigrantes industrioso y sumisos que insensiblemente acapararon el comercio menudo, las artes y los oficios, haciéndose necesarios y creciendo sin que se advirtiera hasta el número de 30.000 hombres. Los mercaderes ó factores superiores de ellos, y algún que otro mandarín venido exprofeso, procuraban incremento en las contrataciones.

Con el Japón se habían suavizado los rozamientos, muerto el emprendedor Taico-Sama. Trataba, por lo contrario, su sucesor Daifú de aproximarse, enviando embajadas, proponiendo amistad y comercio ventajoso, ofreciendo á las naves españolas el puerto de Quanto con toda especie de facilidades y pidiendo maestros de construcción y operarios, á fin de fabricar naves al estilo europeo y contribuir con ellas al mutuo beneficio. En tanto enviaba sus juncos con harinas de trigo, conservas, porcelanas, cuchillería, salitre, maques, trocados por cueros, palo de tinte, seda de China.

Borneo remitía petates, cocos, sagú, alfarería y piedras finas, solicitando arroz, vino y mantas de lana y algodón. Por último, Camboja, Siam y Cochinchina querían, no menos, cambiar productos con los españoles, dándoles especias y aromas, marfil, algodón y piedras, desde la mudanza ocurrida en sus instituciones.

Después que el malayo Ocuña Lacasaimana se desembarazó de la compañía de Blas Ruiz de Hernán-González, haciéndose absoluto señor, no quedó en el reino un europeo. Don Juan de Mendoza, Luis de Villafaña y Fr. Juan Maldonado escaparon en el patache que conservaban, encaminándose á Siam, donde no tuvieron buen recibimiento. Advertiendo, por lo contrario, que trataba el Rey de detenerlos, decidieron, en consecuencia, salir del río sin perder el tiempo. Ocho días tuvieron que combatir con los paraos que les cerraban el paso, causando enorme destrozo en los contra-



rios, mas no sin daño suyo, que murió el piloto Juan Martínez de Chave con ocho marineros, saliendo tan mal heridos el capitán y Fr. Juan que á pocos días fallecieron, habiendo arribado á Malaca y escrito á Manila recomendando se desistiera de aquella empresa. Empero la estabilidad distaba inucho de aquellos países; LacaSAMANA disfrutó poco la usurpación; fué derrotado y muerto por los mandarines de Camboja, unidos contra el enemigo común; cambiaron por completo los gobiernos de aquel reino, los de Laos, Champa y Siam, y de todos ellos vino á Manila embajada á reanudar las amistades.

Tenía, como se ve, la capital del archipiélago filipino elementos, facilidades y solicitudes para constituir centro y depósito de la contratación comercial del Extremo Oriente, que sencillamente hubiera podido relacionarse con otro depósito en España, de donde Europa se surtiera, á no embarrazar las ideas y las prácticas lo que por sí mismo abría el camino.

Por el cabo de Buena Esperanza, dicho está, no iban á Filipinas naves españolas. Habían de sostener la comunicación, por ordenanza, las de Nueva España, partiendo de Acapulco una vez al año. Estaba prohibido en absoluto que desde el Perú, Panamá y Guatemala fuera nirtguna, desoídas y denegadas las representaciones de los gremios y agrupaciones de mercaderes en pro del comercio directo, desatendidas las quejas por la subida de los fletes que originaban la falta de concurrencia <sup>1</sup>.

Algunos ejemplares notables sirven para conocimiento del régimen de la navegación en esta carrera.

El 13 de Julio de 1600 levaron en Cavite las dos naos, *Santa Margarita* y *San Jerónimo*, que habían de hacer el viaje en conserva, al mando del general Juan Martínez de Guillistegui. Tuvieron en la remontada malos tiempos, durante los que se apartaron. La capitana los sufrió más duros cada vez, con mar tan gruesa y arbolada que un golpe se llevó

<sup>1</sup> *Colección Navarrete*, t. xviii, núm. 65.



la toldeta con cuantos había en ella: el piloto, los instrumentos, 23 marineros, escalas, pertrechos, maniobra. El vaso quedó quebrantado y abierto, haciendo necesario alijar mercancías y provisiones; y no guardándose orden en el suministro de las que quedaban se significó el descontento de la gente, agravando la situación en que la enfermedad del escorbuto los había puesto. El general murió con muchos, no sin haber decidido la arribada á las islas de los Ladrones; y cuando llegó la nave á darlas vista, no quedando brazos á la maniobra, se estrelló en las peñas, siendo pocos los marineros que recogieron vivos los naturales<sup>1</sup>. La otra nao luchó durante ocho meses con los temporales y la dolencia misma, retrocediendo á las Filipinas con casi toda la gente muerta. En las Catanduanes embarrancó, acabando de perderse hombres y efectos<sup>2</sup>.

El año siguiente tocó el siniestro al galeón *Santo Tomás*, que desde Nueva España hacia la travesía contraria, habiendo embocado el estrecho de San Bernardino con cerrazón; se logró, por fortuna, poner en salvo á los tripulantes y á la plata, y fué la pérdida con causa de reforma en las ordenanzas de la navegación, sentándose en las nuevas algunas prevenciones aconsejadas por la presencia de los holandeses en el mar indico.

Habían de ser tres las naos de la carrera, con capacidad de 300 toneladas; dos que hicieran el viaje partiendo de Acapulco cada año en el mes de Enero, y la tercera que estuviera de huelga y respeto en el puerto. Otras tres naos habría en Cavite, extremo de la línea. No cargarían más que 200 toneladas de mercancías, dedicándose las otras 100 á la aguada, provisiones y comodidad de tripulantes y pasajeros. En lo sucesivo se armarían con ocho ó diez piezas de artille-

<sup>1</sup> En la *Biblioteca marítima* de Navarrete, t. II, pág. 525, se hace mérito de *Relación por mayor de la pérdida que se hizo el año de 1602 de la nao Santa Margarita en la isla Carpana, una de las de los Ladrones*, que estaba manuscrita en la librería de Lorenzo Coco Umoro, secretario de la Nunciatura en Madrid.

<sup>2</sup> *Relación de la pérdida de la nao Santa Margarita. Colección Navarrete*, t. XVIII, num. 64.



ría y 25 soldados, imponiendo á todo el que embarcara la obligación de hacerlo provisto de arcabuz y municiones. A los oficiales se tomaría residencia á fin de viaje<sup>1</sup>.

Trató en el curso de este año 1602 de cortar el vuelo á los joloanos el gobernador D. Francisco Tello, sacando fuerzas de flaqueza, á fin de concentrar en las Visayas las galeotas y las guarniciones, encomendando la facción á Juan Juárez de Gallinato, antiguo en aquellos presidios, por tener confidencias de aprestar los moros 200 barquichuelos de los suyos en son de ataque, y mal ó bien juntó nuestro capitán 200 españoles y un cuerpo auxiliar de indios, bogas y gastadores<sup>2</sup>. Con ello sólo se contuvo la incursión de los moros, que no era poco; pero los encontró atrincherados y juntos en Joló, ocupando posiciones fuertes, á que prudentemente no debía atacar. Los entretuvo con escaramuzas, procurando inútilmente sacarlos á campo abierto, hasta que, consumidos los víveres, tuvo que retirarse sin aplicar el castigo que su soberbia requería.

Llegó en este tiempo por gobernador D. Pedro de Acuña, que lo había sido de Cartagena de Indias, llevando por extraordinario, desde Méjico, cuatro naos, refuerzo de soldados y dinero, é instrucción con que hacer frente á las complicaciones ocurridas. En lo relativo á las relaciones en Asia no tuvo por entonces alteración, conociera ó no los muchos y no siempre conformes pareceres de lo misioneros exploradores<sup>3</sup>.

Respecto al Japón anduvo perplejo, despachando con buenas palabras al Embajador de Daifú Sama, y enviándole por

<sup>1</sup> Ordenanza para la navegación de la carrera de Filipinas, dictada por el virrey de Nueva España, conde de Monterrey, año 1602. *Colección Navarrete*, t. xviii, núm. 69.

<sup>2</sup> No tenía con qué pagarlos ni darles de comer. Carta de Gallinato. *Colección Navarrete*, t. xviii, núm. 67.

<sup>3</sup> Habiase publicado además la *Historia de las islas del archipiélago filipino y reinos de la gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Camboya y Japón, y de lo sucedido en ellos á los religiosos descalzos de la provincia de San Gregorio de Filipinas, compuesta por Fr. Marcello de Rivadeneyra*. Barcelona, 1601. Después debió de tener noticia de las cartas de Fr. Sebastián de San Pedro, contrarias á las relaciones con Siam, y de otros papeles de Filipinas, publicados en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. lii, páginas 476 á 565.



su parte frailes de varias órdenes encargados de disuadirle de la idea de hacer navíos y navegarlos, y aun la de que frecuentaran los españoles sus puertos, por considerar la materia grave, dañosa y perjudicial para las Filipinas que llegara á ser pueblo marítimo aquel vecino de tanta y tan dispuesta é industriosa población cual la pintaban los religiosos visitantes<sup>1</sup>.

Por el momento apoyó á las excusas un suceso impenado. Yendo para Acapulco la nao *Espritu Santo*, gobernada por el general Lope de Ulloa, sufrió por los 38° de latitud furiosa tormenta que le obligó á picar el árbol mayor, ya casi zozobrada. Arribó á las islas del Japón, entrando en puerto, si hondable, dificultoso, á remolque de embarcaciones del país, y una vez dentro, se vió en situación muy parecida á la del galeón *San Felipe* el año 1596. Los naturales, más insolentes de día en día, pretendían que desembarcaran las mercancías y las velas; detenían á los que bajaban á tierra, acabando por declarar que cuanto el barco contenía era, por derecho de señorío, de su pertenencia. Observando el General cómo acudían gentes del interior á la parte y que las autoridades no le atendían, tomó resolución de jugar el todo por el todo, forzando la salida del canal tortuoso sin más aparejo que el trinquete y la cebadera, y habiendo de cortar un cable de bejuco con que cerraron la boca. Además, desde el instante que inició el movimiento, rompieron contra él fuego de arcabucería desde los barcos y las alturas dominantes, siendo maravilla conseguir el largo con no más de un muerto y pocos heridos, dejando prisioneros en tierra 13 hombres.

De la ocurrencia no tenía noticia Daifú Sama; eran sus súbditos no tan amigos de la gente europea como él, los que se procuraban aguinaldo; así, tan luego como supo por los misioneros el desmán, castigó á los culpables, mandó dar

<sup>1</sup> Del año 1602 hay *Relación mandada hacer por el P. Alonso Muñoz de las cosas sucedidas en el Japón*; autor Fr. Pedro de Burguillos. Manuscrita en un tomo en 4.<sup>o</sup> Biblioteca particular de S. M. el Rey, 2 G, 5.—Otra anónima en la *Colección Navarrete*, t. xviii, núm. 72.



libertad á los detenidos, restituyéndoles los más insignificantes objetos; y al paso que enviaba al Gobernador de Manila satisfacción y excusas, lo hacía de unas chapas reales, rogándole proveyera de una á cada navío de la carrera y á los que quisieran ir á sus dominios, en la seguridad de que no se repetiría tan desagradable incidente. Consecuencias no tuvo por la pericia de Ulloa en llevar á Manila la nao desmantelada como estaba; pericia confirmada en el siguiente viaje con la misma nao *Espíritu Santo* y la nombrada *Jesús María*. Sorprendido de un baguio, fondeó al abrigo de la costa de Pampanga, calados los masteleros, sin embargo de lo que, partidas las amarras, se sintió arrastrado por la violencia del huracán en medio de cerrazón que no permitía ver nada. Pasados tres días angustiosos, despejada la atmósfera, entre árboles arrancados de cuajo, se hallaron las naos más de una legua tierra adentro por deformación y cambio de los fondos; mas por ser de lama no perdieron los vasos, saliendo á flote á fuerza de cabestrantes y trabajo, y llegando á surgir en Acapulco tras mil accidentes y peripecias poco comunes en la mar.

Tal era la situación del Archipiélago filipino al llegar á Manila la petición de auxilio de los portugueses, llevada en navio expreso por el P. Andrés Pereira, de la Compañía de Jesús, acompañado del capitán Antonio Fogoza. El Gobernador conocía bien los antecedentes; desde Méjico había sido informado por el P. Gaspar Gómez, de la misma Compañía, que en las Molucas y Filipinas había vivido muchos años y pasado á la Corte'; tenía instrucciones acerca del particular, y consultada la Audiencia, fué de parecer se enviase socorro á la armada portuguesa para el tiempo que lo pedía, que era en principios del año 1603.

Juan Juárez de Gallinato recibió, por tanto, órdenes de juntar en Ilo-Ilo los soldados de la jornada de Joló, y en 20

<sup>1</sup> En la Colección Navarrete, t. xviii, núm. 68, hay copia de un *Informe sobre la importancia de las islas Molucas*, escrito en 1601, y en el mismo tomo, núm. 66, *Relación que dió* (el mismo año) el P. Gaspar Gómez, de la Compañía de Jesús, de las fortificaciones y defensas de Terrenate.



de Enero se hizo á la vela en una nao y cuatro fragatas grandes cargadas de provisiones, haciendo en quince días el trayecto al puerto de Talangame, en Terrenate, donde el almirante y general en jefe Furtado de Mendoza le aguardaba.

Ambos desembarcaron la gente y la revistaron, resultando en filas 420 portugueses y 200 españoles, con los que se formaron dos cuerpos, á cargo de Gallinato el de vanguardia al romper la marcha por la playa en dirección de la fortaleza. En dos días largos tuvieron que cruzar barrancos y sitios dificultosos, en que el enemigo estaba atrincherado; mas en ninguno resistió el empuje de los españoles, retirándose al fuerte y dejándoles aproximar y poner batería á cien pasos. Con ésta vino al suelo el gran baluarte, poniendo en aprieto á los sitiados, duramente afligidos en las salidas con muerte de su capitanes y de mucha gente, y era llegado el tiempo del asalto, cuando Furtado convocó á Consejo; expuso hallarse escaso de municiones, de mantenimiento y de cuanto sería menester para llevar á cabo la empresa comenzada, por lo que juzgaba prudente levantar el sitio y retirarse en espera de mayor refuerzo. Gallinato, con los capitanes españoles, replicó una por una á la razones alegadas, afirmando que con arrimar los galeones de manera que batieran por el flanco al caballero de la fortaleza, en dos horas la ganarian, y de otra manera, volviendo las espaldas á la porfía, habría que desechar la esperanza de recobrar lo perdido y dar por gastados sin fruto dinero, vidas y honras.

A este parecer se adhirieron algunos caballeros portugueses, pocos; los más, constituyendo mayoría, sostuvieron el dictamen de su General, resueltamente decidido á retirarse, como lo hizo, marchando hacia la playa con la artillería, y la distinción para Gallinato de encomendarle la retaguardia.

Embarcada la expedición, despidió Furtado cortésmente á los españoles, haciéndoles portadores de una carta dirigida á D. Pedro de Acuña, en que explicaba, con las razones mismas expuestas en el Consejo de guerra, los motivos de su determinación; elogiaba altamente el comportamiento de los



auxiliares y las dotes de Gallinato, insertando este párrafo merecedor de nota:

«La cosa que más estimé en esta empresa, que es digna de quedar en memoria, es que, quebrantando el proverbio de las viejas portuguesas, en el discurso de esta guerra no hubo entre españoles y portugueses una palabra más alta que otra, comiendo juntos en un plato<sup>1</sup>.»

Durante el curso de la expedición dió que recelar en Manila la llegada de tres mandarines chinos con embajada misteriosa, acabada la cual, tuviera ó no relación con ella, se prendió fuego á una casilla de indios, corriendo las llamas rápidamente de calle á calle, hasta consumir 260 edificios de madera y piedra, el convento de Santo Domingo, los almacenes reales y algunas personas. Se sospechó fuera el incendio intencional y no ajeno á los manejos de los sangleyes, ó sea chinos residentes, que de algún tiempo atrás conspiraban con intento de hacerse dueños de las islas, contándose en ellas tan superiores en número á los españoles.

El Gobernador, estando sobre aviso, apresuró quizá las prevenciones más de lo que conviniera, porque advirtieron los sangleyes el descubrimiento del complot y anticiparon el alzamiento á la sazón, temiendo les deshicieran lo realizado hasta entonces de su plan. Se presentaron, pues, en la noche del 3 de Octubre (1603) con armas y banderas, componiendo

<sup>1</sup> Don Antonio de Morga insertó la carta integra en los *Sucessos de las islas Filipinas*, pág. 104. Leonardo de Argensola no hizo más que extractarla en su *Conquista de las islas Malucas*, poniendo á guisa de consideración del hecho: «Estos juicios no son para el escritor.» Matías de Novoa, citándola en la *Historia de Felipe III*, pone de su cosecha: «Nuestras malas pasiones son muchas veces las que nos hacen mayor guerra que las armas enemigas, y por las que se han de perder ocasiones de grande importancia, y los asientos que se han desbaratado maliciosamente por sola la emulación de la gloria ajena.» En fin, vistas las reticencias de los escritores contemporáneos, Blumentritt (*Filipinas*, traducción de D. Enrique Ruppert, citada) ha expuesto recientemente: «Cuando ya parecía seguro que un feliz resultado coronaría sus esfuerzos, el Almirante portugués, desoyendo las advertencias de los oficiales españoles y aun las de sus mismos compatriotas, suspendió las operaciones y levantó el sitio. Difícil es de comprender el por qué de esta determinación; lo más probable es que no quisiera ceder á los españoles la gloria de aquel hecho de armas, que con seguridad les hubiera correspondido. Gallinato regresó á Manila con gran enojo, acusando de traidores á los portugueses.»



agrupación de 2.000 hombres, que se entretuvo en robar los arrabales, cometiendo los excesos de esperar en gente demandada. D. Luis Das Mariñas, acompañado del almirante Juan de Alcega, salió al encuentro con 150 arcabuceros españoles, y se cebó en aquella masa desordenada, persiguiéndola sin descanso ni reflexión para mal suyo. Cuando, fatigados del todo los hombres, quiso retroceder, los chinos, diez contra uno, los acorralaron en un pantano y los hicieron pedazos, sin que escaparan más de cuatro mal heridos.

El suceso proporcionó importancia á los sublevados, así por los capitanes conocidos que mataron, como por las armas tomadas, de que carecían. Acudieron entonces á engrosarlos muchos indecisos y se envalentonaron, creyendo poco menos que seguro lo que se prometían. Llevaron las cabezas cortadas á las puertas de la ciudad, donde los españoles se habían encerrado, anunciándoles el asalto á que se disponían construyendo máquinas de reparo, asalto que efectivamente dieron con repetición, teniendo considerable pérdida de gente.

En esto llegó con oportunidad desde las islas de los Pintados el capitán de mar D. Luis de Velasco con una buena caracoa, que sirvió para guardar el río Pasig, amparando á las bancas del país guarneidas de arcabuceros. Con ellas atacó Velasco á los puestos avanzados de los chinos, causándoles enorme mortandad y balanceando el mal éxito de una salida de la plaza, hasta que murió, llevado por el arrojo demasiado lejos.

Pasados quince días, salió de nuevo el capitán Cristóbal de Azcueta Menchaca con 200 españoles, soldados y aventureros, un cuerpo de 300 japoneses voluntarios y otro de 1.500 indios pampangos y tagalos. Arrollaron bizarramente á los sangleyes empujándoles hacia el interior por las provincias de San Pablo y Batangas; y, aunque en ellas se fortificaron, declinando su estrella, comenzó la dispersión y matanza por los indios de los lugares vecinos, apagándose aquel incendio temeroso mucho más pronto de lo que se presumiera por su intensidad. El número de chinos degollados se calculó en 23.000, entrando en la cifra muchos que por sí mismos se



colgaban de los árboles y de las vigas de las casas, siguiendo la costumbre tradicional de su país en la desgracia irreparable. Pocos más de 500 se tomaron vivos para hacerlos servir encadenados en las galeras <sup>1</sup>.

Apenas dominada la crisis, pasando por la que creaba la paralización repentina de todos los oficios mecánicos; con recelo además de que se presentara armada del Celeste Imperio, atraída por los rebeldes, muchas de las familias acaudaladas embarcaron con los haberes en las dos naos de Nueva España, pensando librarse de los trabajos á que por doquiera va expuesta la humanidad. En prueba de ello, sufrieron en la altura del Japón borrascas, por las que arribó otra vez á Manila la capitana sin árboles ni efectos, alijados; con la almiranta, sorbida por el mar, desaparecieron tripulantes y pasajeros, sin salvarse persona.

Las circunstancias favorecían maravillosamente, como se ve, al progreso de los holandeses, activísimos en el despacho de sus escuadras y flotas mercantiles. Una de aquéllas, con 12 navíos, insultó á Goa, residencia del Virrey de la India; corrió las costas de Bengala y Malabar, afianzando relaciones amistosas con establecimiento de factorías. En las Molucas no les bastaba esto; el almirante Stefan van der Hagen <sup>2</sup> rindió al fuerte portugués de Amboina é hizo de esta isla su base de operaciones; pasó á Tidore auxiliado de la flotilla y soldados de Terrenate hasta batir el fuerte real y expulsar á los lusitanos; ocupó seguidamente á Gilolo con el resto del archipiélago, no quedando en él, ni en Banda, Java ó Sumatra, quien le resistiera. Diéronse seguidamente sus naves ó las sucesivas á visitar á las Célebes, Borneo, Joló y Mindanao, asentando alianzas con los jefes, proveyéndoles de pólvora y de buenas armas, é impulsándoles á la guerra contra otra dominación ó influencia que la suya <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Relación impresa en Sevilla.

<sup>2</sup> Leonardo de Argensola le nombra Esteban Drage.

<sup>3</sup> Existe *Relación de la toma de las islas de Ambueno y Tidore*, escrita por los Padres Lorenzo Masonio y Gabriel de la Cruz, é inserta en la *Labor evangélica de la Compañía de Jesús*, del P. Francisco Colin.



Con admirable sencillez escribía Matías de Novoa, llegando á estos sucesos <sup>1</sup>: «En menos de un año se perdió lo que el valor de los castellanos y portugueses, por más de ciento, conquistaron.» Valiera la pena de discurrir un poco sobre los motivos de mudanza tal, recordando lo que en el siglo largo portugueses y castellanos hicieron, y lo que en el año corto realizaban los subrogadores.

Prevaleció siempre en las conquistas ultramarinas de los españoles, cualquiera que fuesen los procedimientos prácticos de ejecución, el principio de arrancar miembros á la barbarie, llevando por el mundo con la luz del Evangelio las de la cristiana civilización. Los caudillos eran severos, duros, inexorables, si la necesidad lo requería, á su juicio, para extirpar la idolatría y el sacrificio humano, trocar los hábitos salvajes, corregir los vicios, dulcificar las costumbres. No iban tanto á sojuzgar el suelo como á ganar las ánimas, sin que esto quiera decir que despreciaban los intereses materiales.

Los holandeses, más que ningún otro pueblo entre los sectarios de Lutero, blasonaban de respeto á las creencias de los demás hombres, teniendo por regla de conducta no inmiscuirse en lo que no les importaba. ¿Dábanles costumbres arraigadas campo para negociar? Pues negociantes eran de oficio y conveniencia; y como del suelo se preocupaban, sin dárseles un ardite del espíritu, á los salvajes surtían de alcohol, de pólvora, de armas, entreteniendo los hábitos antiguos, fueran los que fueran, á la vez que creaban necesidades nuevas que satisfacer. Con lo que no transigían era con el culto de los católicos; á tanto no alcanzaba su tolerancia <sup>2</sup>. Por lo demás, nada les detenia en empresas ó prácticas comerciales; en la labor que á los ojos de los caballeros ó hidalgos linajudos españoles parecía mecánica, baja y despreciable por ende.

<sup>1</sup> *Historia de Felipe III*, pág. 333.

<sup>2</sup> Al rendirse el fuerte de Amboina pidieron los portugueses por única condición, aceptada por el almirante van der Hagén, el respeto á las iglesias. No obstante, apenas se había verificado la entrega, cuando destruyeron los vencedores las imágenes y expulsaron á los sacerdotes. Blumentritt, obra citada.



En estas regiones de Asia y de Oceania, adonde los católicos habían enviado y enviaban frailes misioneros, colocaban ellos factores complacientes y suficientemente diestros en marcar diferencias. Los misioneros pedían, teniendo que vivir de limosna; los factores daban, buscando popularidad. Solían los primeros crear conflictos á las autoridades; los otros las adulaban y servían, poniendo á su disposición recursos de toda especie, con su cuenta y razón, naturalmente.

Ascendiendo desde el individuo á la colectividad y á su gobierno, veíase claramente la idea encarnada en las Provincias Unidas desde su principio, acerca de la importancia que tuvo siempre la marina militar y mercantil, no sólo en el resultado de las guerras, en el avance también ó retroceso de las naciones, al paso que en la Monarquía de España y de las Indias, en tiempo alguno hubo manifestación de conocerla. Los ministros del rey Felipe III, al parecer, la ofrecían negativa, en los momentos de actividad mayor desplegada en el Japón, en China, en la India entera por los holandeses, dictando la novísima ordenanza de contratación con Filipinas<sup>1</sup>. En último resultado, las mercaderías que los españoles no quisieron, cargaron con placer los que antes eran súbditos flamencos, haciendo de Holanda depósito y feria universal de los productos orientales, con otra diferencia todavía: la de enriquecerse, subir en importancia y reputación entre las potencias, mientras se arruinaba y descendía España. Novoa escribió, pues, con verdad: «En menos de un año se perdió lo que el valor de los castellanos y portugueses por más de ciento conquistaron.»

Pero el Gobierno no pensaba que la pérdida fuera irreme-

<sup>1</sup> Real cédula y ordenanza, fecha en Valladolid á 31 de Diciembre de 1604; copia en la *Colección Navarrete*, t. xviii, núm. 71. Determinábase entre las prevenciones que hicieran la carrera de Acapulco á Manila cuatro naves de á 200 toneladas y no más, partiendo dos cada año de los extremos de la línea, siempre que el precio de las mercaderías traídas no excediera de 250.000 pesos, ni de 500.000 el valor de efectos de retorno, por ningún título. No se concedería licencia para pasar á Filipinas á persona que no diera fianza de residir allí ocho años, cuando menos, etc. Ilustra el particular una carta dirigida al Rey por el Arzobispo de Sevilla y publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LII, pág. 565.



diable: sintiendo el mal efecto de la empresa de Terrenate, con la idea de que la ocupación de las Molucas privaba á la Corona de las rentas cuantiosas de la especiería, tenía decidido arrojar á los holandeses de las islas sin exponer la expedición á las contingencias de la precedente, malograda por falta de armonía entre Furtado y Gallinato, ó acaso por la discordia más honda y general entre portugueses y castellanos, no por carencia de municiones ó de bastimentos, como el General significó <sup>1</sup>, y aquélla se evitaba encomendando á castellanos solos la corrección y proveyendo á un jefe capaz, como lo era el Gobernador de Filipinas, de los elementos que necesitara. Firmáronse, por consecuencia, los despachos en Valladolid á 20 de Junio de 1604, ordenando á D. Pedro de Acuña fuese por su persona á la jornada <sup>2</sup>, y al Virrey de Méjico que le acudiera con soldados y dinero, puesta una y otra cosa á cargo del almirante de la carrera de las Indias, Juan de Esquivel.

No anduvieron remisos los nombrados, si en cuenta se tiene el camino que habían de hacer personas y papeles; el 15 de Enero de 1606 salian del puerto de Ilo-Ilo, en la isla de Panay, cinco naos, cuatro galeras de fanal, tres galeotas, 13 fragatas grandes, 12 entre champanes, juncos, pancos ó embarcaciones similares de aquellos países, conduciendo con abundante provisión ejército de 3.100 hombres, de ellos 1.400 españoles, divididos en 14 banderas, y 75 piezas diversas de artillería. Iba D. Pedro de Acuña, el caudillo, en la galera *Santiago*, y el almirante Esquivel en la capitana de vela *Jesús María*, que no pasó del puerto de la Caldera, en Mindanao, arrastrada en calma por violenta corriente, sin que el remolque de las galeras ni el aguante de las anclas pudiera preservarla.

El 26 de Marzo se juntaron todas las otras en Talangame, puerto de Terrenate, donde una sola nao holandesa, acoderrada en són de combate, provocó á toda aquella escuadra

<sup>1</sup> Leonardo de Argensola-Novoa.

<sup>2</sup> Los copian estos dos autores.



heterogénea, teniéndola en respeto con sus cañones de á 18 libras de bala, bien manejados. Acuña, una vez recibidas á su bordo en la escaramuza, no quiso formalizar el combate, aplazándolo para después del desembarco de la infantería, como lo hizo, enviándole el Sultán de Tidore su armadilla y gente, á título de antiguo amigo.

En tierra hubo un solo encuentro serio, en que los naturales y sus auxiliares europeos quedaron derrotados y en dispersión completa, entrando tras ellos los nuestros en la fortaleza. Asaltaron después otra, defendida con 43 cañones gruesos, donde tenía la vivienda el Sultán, se apoderaron también de la ciudad, indemnizándoles el saco de las penalidades, en tanto que el Rey, con los artilleros holandeses, escapaba en caracoas.

Poco dió que hacer el resto de la isla, y aun las otras del archipiélago; el rey dicho, Zaide, capituló en la de Gilolo, entregándose al capitán Cristóbal de Villagrá, con seguro de la vida; firmó luego documento de cesión de sus dominios á la Corona de España, y acompañó en su regreso á Manila al general Acuña, quedando por gobernador del *Maluco* Juan de Esquivel, con 600 soldados españoles de guarnición, dos galeotas y dos bergantines.

Celebróse el suceso en Filipinas y en la Corte como reconquista, y conquista nueva de los castellanos<sup>1</sup>, por lo que «volvía la voz del Evangelio á sonar en los últimos fines de

<sup>1</sup> A fin de memorarla escribió expresamente el capellán de la Emperatriz, Bartolomé Leonardo de Argensola, la obra de referencia, estimada entre las históricas por la elegancia del concepto. Novoa copió á la letra muchos párrafos de ella sin citar al autor, pareciéndole suficiente, sin duda, repetir sus palabras «porque admiren los presentes y venideros siglos la potencia deste esclarecido y glorioso monarca don Felipe». Morga consignó lo esencial de la jornada entre los *Sucesos de Filipinas*, y no faltan relaciones complementarias con pormenores minuciosos. Dos de éstas, manuscritas, he visto en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, F. 17. La primera se titula: *Traslado de una carta misiva y relación de lo sucedido en las Filipinas el año 1605, enviada por el capitán Juan Guerra de Cervantes*. No carece de interés. El autor fué muerto en el asalto del fuerte de Terrenate, subiendo de los primeros. El otro manuscrito es *Relación que inviò Joseph de Mondiaras al secretario Pedro de Ledesma, del Consejo Real de las Indias, de lo sucedido en la isla de Terrenate, año 1606*. Representaciones de portugueses avariciados en puertos de la India por este tiempo, unió Navarrete á su Colección, t. VIII, números 29 y 30.



la tierra». Parecería á los Ministros que con el triunfo de los soldados y el juramento y homenaje de *Cachiles* y *Sangajes* perversos, todo volvía al estado primitivo. Poco se alcanza con rozar el monte si quedan en el suelo las raíces. La ocupación de islas extraviadas sin marina que las sostuviera, había de ser efímera. ¿No enseñó un solo navío de 30 cañones lo que valían las endebleas embarcaciones de Filipinas? ¿Porque se plantara la bandera de Castilla en las Molucas dejaban los holandeses de ser dueños del mar?

---





## XVIII.

### EN CALIFORNIA.

1600-1606.

**E**xpedición exploradora.—Preparativos.—Elección de personal idóneo.—Sebastián Vizcaíno.—Instrucciones notables.—Salida.—Actos religiosos.—Grandes penitencias.—Puerto de Monterrey.—Regresa la Almiranta con los enfermos.—Suben otros hasta el cabo de San Sebastián.—El frío y el trabajo los acaba.—Vuelven á Nueva España.—Maravilloso efecto de una fruta en la curación de los pacientes.—Relaciones, derroteros y planos.—El estrecho de Anián.—Viajes apócrifos de Lorenzo Ferrer Maldonado y Juan de Fuca.



ABRÍA recurso que redujera, si no la duración, los riesgos del viaje trabajoso de regreso desde Filipinas á Nueva España, y por ende la frecuencia de los desarrollos, arribadas y naufragios, la pérdida de vidas é intereses?

La cuestión hacía discurrir mucho, provocando entre los mareantes debates sostenidos por los mercaderes y los armadores en las opiniones varias iniciadas. Juzgaban unos que la fijación de escala en la costa de California entre los 48 y los 38 grados de latitud, puntos extremos de la recalada ordinaria de las naos, dividiría casi en dos partes el trayecto; y admitida la probabilidad de que hubiera por allí puerto seguro á 500, ó por lo menos á 800 leguas de Acapulco, poblándolo, instalando depósitos de víveres, arboladura y jarcia, decrecería la zozobra de los capitanes; no habría que embarcar en Cavite agua ni comestibles en tanta cantidad, aprove-



chando en mercancías el espacio y peso que representaban, y hasta cabría la disminución del personal mantenido con cálculo de bajas fortuitas; de modo que se reducirían mucho los gastos de expedición, al mismo tiempo que se engrosaban los beneficios por flete.

Otros oponían la observación de que, si bien alguno que otro piloto remontaba mucho, como lo había hecho Francisco Gali, los más llegaban procurando la recalada en cabo Mendo-cino (que por ello tenía el nombre de D. Antonio), y sin atracar-lo, una vez reconocido, corrian hacia el Sur á distancia larga de la costa favorecidos por los vientos reinantes de la cabeza, es decir, del NO. al NE. No creían, por tanto, que fuera de utilidad la detención en cualquier puerto; en cabo Mendo-cino se consideraba fenecido el viaje, conociendo la facilidad de continuarlo con vientos largos; los riesgos se corrian an-tes: al subir desde las Filipinas hasta la altura del Japón y navegar por su paralelo; por allá los baguños ó tiempos bo-rrascosos, los alijos, las arribadas y los infortunios, y quizá los peligros, se multiplicaran si, por surgir temporalmente en puerto determinado de California, se obligaba á los navíos á buscar la boca en costa brava, de que siempre habían huído.

Fortalecian con ejemplo reciente este dictamen último, recordando cómo se ordenó al capitán del navío *San Agus-tín* reconocer dicha costa al hacer tornavía en 1599, y se perdió lastimosamente, parando los damascos y porcelanas de la China en las chozas de los salvajes, cual margaritas echadas á los puercos; pero no dejaban los primeros de des-autorizar el argumento sosteniendo que la exploración de tierras desconocidas no se hace con naves grandes, y menos cargadas con fardos de valor, sino con carabelas ó fragatas á propósito equipadas.

Al cabo la discusión, oyéndose los pareceres razonados en el Consejo de Indias, vino á promover una jornada más de descubierta entre las que honran y enaltecen á la marina es-pañola más, mucho más, que las de guerra ó de conquista, por cuanto éstas necesariamente satisfacen con perjuicio ajeno.



Encomendóse al virrey de Nueva España, D. Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, la demarcación de los puertos y ensenadas de la mar del Sur, emprendiéndola con personas y embarcaciones dispuestas para el caso, por la parte exterior de California hacia el Norte <sup>1</sup>, y el Conde buscó mareantes entendidos que confirieran ante todo y estudiaran lo que en cualquier concepto tuviera relación con la jornada, á fin de obtener de ella buen fruto, adelantando la madurez con prevenciones, que discurridas fueron en forma de alabar.

La designación de jefe recayó en Sebastián Vizcaíno, marinero antiguo, vecino de Méjico <sup>2</sup>, que anteriormente había intentado la conquista y ocupación de la península de California, reconociéndola por el interior del golfo con escasa fortuna y grandes trabajos <sup>3</sup>. Por lugarteniente, ó sea almirante, fué nombrado Toribio Gómez de Corbán, que asimismo había servido diez y seis años en armadas, á las órdenes del Adelantado de Castilla y de Pedro de Zubiaur, como cabó de pinazas y zabras en el canal de la Mancha y costas de Bretaña. A éste se encargó buscar en los puertos de Guatemala dos navíos pequeños, pero fuertes, mientras el general Vizcaíno se proporcionaba á su gusto la gente de trabajo, teniendo amplias facultades en la búsqueda.

«Dile orden, escribía el Virrey, para que fuese alistando la

<sup>1</sup> Real cédula expedida en Gómara á 27 de Septiembre de 1599 con acuerdo del Consejo de Indias.

<sup>2</sup> En memorial dirigido al Rey decía haber servido veintisiete años en mar y tierra, acrediitándolo los documentos existentes en el Consejo de Indias. Informó el Virrey que, junto con ser práctico de la mar del Sur, era hombre sosegado, de muy sano pecho é intención; tenía bastante caudal, capacidad para regir la gente y brio para hacerse respetar, «cosa que raras veces se halla faltando autoridad en el subjeto». Gozaba en opinión de calidad, de cuerdo y honrado trato. Carta del Conde de Monterrey, fecha de 26 de Noviembre de 1597.

<sup>3</sup> «Asiento que tomó el virrey de Nueva España D. Luis de Velasco en nombre de Su Majestad, con Sebastián Vizcaíno y otros armadores compañeros suyos para la jornada al descubrimiento de la California, y licencia que les concedió en 16 de Noviembre de 1593, en su consecuencia, para las pesquerías por veinte años, de perlas, atún, bacalao, sardina, etc., en la costa del mar del Sur, desde el puerto de Navidad hasta todo lo que dicen las Californias.» Colección Navarrete, t. XIX, núm. 4.—«Nuevas proposiciones hechas por Vizcaíno en Agosto de 1595.» Idem, id., núm. 5.



gente de mar; y porque iban acudiendo muy pocos á ello, así por ser penoso el viaje, porque el nombre de solos marineros les desinclinaba, fué necesario permitirle arbolase bandera para esta conducción, y que se nombrasen soldados y marineros del descubrimiento, aunque con obligación precisa de ser todos marineros, y con que no se recibiese ni alistase ninguno que no lo fuese, y muy plástico. También convino hacerles crecimiento de tres pesos á cada uno sobre los quince que se dan de ordinario á los infantes que se levantan en este reino..... Con esto la gente de mar es toda escogida, y espero en Dios que se ha de conseguir el efecto que se desea <sup>1.</sup>»

En tales frases condenaba la absurda diferencia, tradicionalmente establecida, entre el servicio de mar y tierra, que por los mismos días señaló el memorial de D. Diego Brochero como causa principal en el desquiciamiento de la Armada.

Seguía en graduación al Almirante el capitán Jerónimo Martín Palacios, cosmógrafo de la Casa de la Contratación de Sevilla, con veinte años de servicios de marinero, piloto y maestre de flotas, «práctico en hacer cartas de marear, generales y particulares, con larga experiencia de mar, inteligente en matemáticas y de buena mano en las perspectivas que dibujaba» <sup>2</sup>. Y pareciendo necesario que á más de los oficiales, todos de servicio en campañas de Flandes y Bretaña, fueran algunas personas de reputación y honra para lo que se ofreciese, embarcaron seis soldados viejos con título de entretenidos.

A los dos navíos, *San Diego* y *Santo Tomás*, se agregó la fragata *Los Tres Reyes*, y una lancha, propia para entrar en esteros ó ríos, completando la tripulación general de 200 personas, con dos pilotos experimentados en cada bajel, y tres religiosos, el uno, Fr. Antonio de la Ascensión, de la orden descalza del Carmen, en el doble concepto de cosmógrafo,

<sup>1</sup> Carta del Conde de Monterrey, fecha á 31 de Mayo de 1602.

<sup>2</sup> Informe del mismo Virrey.



por haber cursado la facultad en Salamanca, su patria, y navegado de piloto en la carrera de Indias antes de vestir el hábito en Méjico<sup>1</sup>. Viveres y municiones se acopiaron para un año, y en el repuesto se incluyeron ropas de abrigo y bujerías que trocar con los indios.

Merecen mención las instrucciones suscritas por el Conde de Monterrey; tanto eran meditadas y prolijas, así en las prevenciones generales de disciplina, orden, proceder amistoso que había de tenerse con los indígenas y régimen de la vida ordinaria, como para la especialidad de la comisión y casos imprevistos. Empezaban estatuyendo la formación de cuadernos de señales de día y noche, y el acuerdo de puntos de reunión cuando los navíos se separasen. El Consejo de capitanes en circunstancias anormales, con advertencia de dejar votar libremente á todos los que asistieran á las juntas, tratárase de guerra ó mar, sin que anticipara el General opinión, levantando acta de todas en libro firmado. Llevariase, además, diario de acaecimientos, consignando los rumbos, vientos, corrientes, demoras y observaciones de toda especie. Cotidianamente se harían las de sol y estrellas para determinar la latitud de los lugares, y de ocurrir eclipses de sol ó luna, de las horas de principio y fin y del altura de los astros. Pasando directamente desde la costa de Nueva España hasta el cabo de San Lucas, sin entrar en el golfo de California, había de empezar el reconocimiento de la costa desde éste hacia el Norte, poniéndola en la carta precisamente como corre, señalando los cabos, puntas, puertos y ensenadas, bajos, islas, barras, arrecifes, la sonda, las demoras relativas conforme á buen arte, sin dejar punto esencial en claro, que al efecto llevaba el capitán Jerónimo Martín pergaminos «para entregarlos lineados á los pilotos y ayudantes, para que vayan señalando todo lo que fuesen viendo muy precisamente, y en las juntas que hicieren para conferir esto, lo dejaran puesto en sus cartones con gran claridad».

Recomendábase no cambiar nombres á los puntos que ya

<sup>1</sup> *Historia general del Carmen*, t. vi.—Arana de Varflora, *Hijos de Sevilla*.



lo tuvieran en la carta, y ponerlos nuevos, de santos de devoción de los tripulantes, á los que no los tenian conocidos.

Subirían los navíos con esta detención hasta el cabo Mendocino, y si, reconocido y situado, reinara tiempo razonable y no contrario, pudiendo hacerlo en condiciones de no romper árboles ó desaparejar, harían diligencia para reconocer á cabo Blanco en 44° de latitud; «y si como costa no conocida ni vista no estuviere cierta en las cartas, y la tierra desde el cabo Mendocino al cabo Blanco corriere la vuelta del Ueste, reconocerian hasta cien leguas no más, y habiéndolas reconocido, aunque los tiempos fueran favorables, no pasarian adelante, sino que darían vuelta al cabo de Sant Lucas».

Una vez de regreso, terciando los tiempos y teniendo bastimentos, acometerían la entrada del golfo de California, contorneándolo con la misma minuciosidad hasta el fondo y curva por Nueva España, parando en el puerto de Navidad <sup>1</sup>.

La narración oficial, autorizada por el escribano de la nao capitana Diego de Santiago, comienza con la profesión de fe católica, tan firme entre nuestros pasados. «Salió la armada, dice, domingo, dia del Angel, á 5 de Mayo (1602), llevando por patrona y amparo á Nuestra Señora del Carmen, á la cual embarcamos dia de la enbencion de la Cruz, en proce-  
sion, haciendo salva de artilleria y mosqueteria, y la barca en que embarcó entoldada con su arco, de que dió gran con-  
tento á toda esta gente de la armada y tierra.»

<sup>1</sup> Publicó integras estas instrucciones el capitán de fragata D. Francisco Carrasco y Guisasola entre los *Documentos referentes al reconocimiento de las costas de las Californias desde cabo de San Lucas al Mendocino, recopilados (por él) en el Archivo de Indias*. Dirección de Hidrografía. Madrid, 1882-1883, en 4.<sup>o</sup>, 214 páginas y 11 láminas.—Una relación del viaje, escrita por Fr. Antonio de la Ascension, salió á luz en la *Colección de documentos de Indias*, t. VIII, pág. 539, y aún quedan inéditas otras en la *Colección Navarrete*, t. XIX, y en la de Muñoz, de la Academia de la Historia, t. XXXVIII. En ambas hay calcos de los planos dibujados é iluminados por Jerónimo Martín, y en la última por los originales suyos: *Atlas de los descubrimientos hechos en la costa de California, formado de orden del Conde de Monterrey por Enrico Martínez, cosmógrafo de S. M. en la Nueva España. México á 19 de Noviembre de 1603. 33 hojas.*



De Acapulco á las islas de Mazatlán, y de éstas al cabo de San Lucas por la cuerda del arco formado por el golfo, no tuvieron occurrence. Allí empezaba la jornada y se prepararon, celebrando el sacrificio de la misa en una tienda alzada en la playa <sup>1</sup>, en el sitio donde el inglés Cavendish incendió la nao de Filipinas apresada y dejó en tierra, á merced de los salvajes, á los tristes pasajeros <sup>2</sup>. Comulgaron el General y su gente; hicieron procesión, asombrando á los indios con aquellas ceremonias que no comprendian. Habiéndola nombrado *Playa de San Bernabé*, dieron principio á la empresa, barloventeando con mar gruesa, tiempo variable, nieblas y garúa, que no sólo dificultaban la vista de las playas, sino también las de unos á otros bajeles, siendo, por tanto, frecuente la separación, como lo eran las arribadas á cualquiera de los puertos á medida que los iban examinando.

Mientras duraron los meses de verano se hacia tolerable, aunque excesivo, el trabajo de levar á cada paso las anclas, esquifar los bateles, sondar tantas abras, dar vuelta á las islas y á los bajíos, amén de llenar la aguada con botijos, celar la hostilidad de los indios y procurar en incursiones hacia el interior muestras de plantas y animales. Cuando empezó el otoño se sintió más la fatiga con la violencia de los vientos y de las corrientes, llegando á no poderse soportar en el invierno, porque la baja temperatura, nieves y aguaceros, influyendo á la vez que los alimentos añejos y deteriorados, desarrolló la horrible dolencia de las naves, en aquel tiempo no definida todavía, el escorbuto, de la que enfermaron muchos y empezaron á morir algunos. Continuó, sin embargo, la exploración, remontando lentamente, con el gusto de ver, á 10 de Noviembre, un puerto de mejores condiciones que los anteriores, nombrado *San Diego*, sin duda porque así se llamaba la capitana.

Otro excelente reconocieron el 16 de Diciembre, pareciéndoles no lo habría mejor para el objeto de recalada de

<sup>1</sup> No era lícito decir misa á bordo. Véase *Disquisiciones náuticas*, t. III.—*Prácticas religiosas*.

<sup>2</sup> Tomo II, cap. xxiii, pág. 403.



las naos de Filipinas y su aderezo en caso de necesidad, pues á más de abrigo á todos los vientos, entrada franca, manantiales, buen temple, ofrecía floresta de pinos y cedros de altura más que suficiente para árboles ó entenas de navio; población de indios mansos, caza de monte y de volatería, abundancia de peces, cuanto pudiera apetecerse al objeto, y así lo titularon *Puerto de Monterrey*, en obsequio de D. Gaspar de Zúñiga, merecedor de la honra.

Se juntó allí el Consejo de guerra en razón á los progresos alarmantes de la enfermedad. Los capitanes, los pilotos, adolecían como los marineros, siendo ya más los rebajados que los capaces de prestar servicio. El acuerdo fué embarcar á los primeros en la almiranta y despacharla para Acapulco, llevando copias de la descripción y planos trabajados para que la capitana y la fragata prosiguieran reconociendo la costa, si no con la escrupulosidad que hasta entonces, avisando al menos hasta el límite de las instrucciones.

Ejecutado el acuerdo, encontraban cada día mayores espectáculos, dando la nieve aspecto uniforme á las sierras, y el hielo dureza á los manantiales ó ríos en que tenían que surtirse. Los enfermos se agravaron, de modo que no quedaban más de seis hombres que se tuvieran de pie, y de ellos dos que se atrevieran á subir á la gavia. Ya no se determinaban á fondear por no perder las anclas, no teniendo fuerzas para sacarlas del agua, y no sabían decir si era más lo que cada cual sufría ó la pena de ver sufrir á los demás. Pero en aquel estado lastimoso cumplieron las órdenes recibidas; encontraron el lugar donde naufragó el navio *San Agustín*, de Filipinas, el puerto y río de *San Francisco*; situaron el cabo Mendocino y otro más al Norte en 43°, que nombraron de *San Sebastián*; y cerciorándose de que desde allí daba la tierra vuelta para el Norte, determinaron el regreso hacia el cabo San Lucas el 21 de Enero de 1603, «pareciendo el bajel hospital y no navio de armada».

Los que no han vivido en la mar no apreciarían las torturas de la gente en esta expedición memorable, aunque yo tuviera habilidad para pintarlas como fueron; los marineros



no han menester explicación; ellos traducirán bien al sentimiento lo que quieren decir estas sencillas frases del Diario: «Llegamos á las islas de Mazatlán á 18 de Febrero con la mayor afición, necesidad y trabajo que jamás hayan visto españoles, porque los enfermos clamaban, y los que andábamos á pie y á gatas no podíamos marear las velas, y dando fondo entre las islas y tierra firme, otro dia el General se determinó á saltar en tierra con cinco soldados, que en todo el navío se hallaron otros que pudieran andar á pie..... Proveyó Dios, como Padre de misericordia, de deparar en las dichas islas una frutilla á modo de piñuelas, que se llaman *jucoystlis*, que, comiéndolas, los enfermos que tenian las bocas malas; con la fortaleza de ellas les castraron las llagas de la boca, que les hacia echar mucha sangre, y fué en tal manera la obra que la dicha fruta hacía, que dentro de seis días no quedó ninguno que no estuviese sano de la dicha boca, y también proveyó Su Divina Majestad que los tullidos y cojos, sin género de cura, sin medicinas, con sólo el buen temple y con comer, sanasen todos, que en diez y ocho días que estuvimos en las dichas islas, hasta 9 de Marzo que nos hicimos á la vela, estuviesen todos sanos y pudiesen acudir á marear el navío y al timón <sup>1</sup>.»

¿Quién ignora hoy día en los bajeles, gracias á los adelantos de la medicina naval y de la higiene, que el zumo de limón produce los efectos maravillosos de la frutilla mejicana mencionada? Con él se preservara la vida de 44 hombres muertos en las naves de Sebastián Vizcaino; la cuarta parte casi del total que conducían. Pero bien muere quien da la vida en pro de sus semejantes, y muchas habrá conservado la fijación en la carta universal de un trozo de costa tan extenso é importante.

Por resultados secundarios de la jornada se recogieron noticias útiles á la Etnografía y á la Historia Natural; los exploradores vieron diversos pueblos de indios, animales no conocidos hasta entonces, árboles colosales, vetas de mineral, ámbar

<sup>1</sup> Carrasco, *Documentos* citados, pág. 104.



gris, pieles finas, canoas de junco y de tabla....., allegaron buen contingente al acervo común de los conocimientos.

· Vistos en el Consejo de Indias los libros, derroteros y planos, con informe del cosinógrafo Andrés García de Céspedes, se dió el Rey por bien servido, determinando se honrara á Sebastián Vizcaíno <sup>1</sup>, confiriéndole el mando general de las naos de Filipinas, á fin de que personalmente dirigiera, al regreso, la población y establecimiento de apostadero en el puerto de Monterrey, del modo que había propuesto en sus cartas y relaciones <sup>2</sup>.

Lo mismo en éstas que en las de Fr. Antonio de la Ascensión, hay indicaciones del sentimiento que tuvieron por no consentirles las circunstancias prolongar el reconocimiento hasta el estrecho de Anián, del que se creían próximos en el cabo de San Sebastián al determinar el viaje de regreso, y al que supusieron se dirigían las corrientes. Era idea antigua, admitida por Urdaneta, Rada, Gali, Ladrillero, la existencia de tal estrecho, *Fretum Anian*, que comunicara los mares del Sur y del Norte, separando los continentes de Asia y América, y Drake lo buscaba cuando subió por la costa de California, esquivando á los navíos de Pedro Sarmiento de Gamboa, que le cerraban el paso del Magallanes.

Antes que Vizcaíno emprendiera su expedición, había escrito al Rey desde Manila Hernando de los Ríos Coronel, explorador de las costas de China y de la isla Formosa, proponiendo se intentara la entrada por el mencionado Freu, así coino por otro que debía atravesar á Nuevo México, y de resultas había ordenado D. Felipe al gobernador de Filipinas que, confiriendo con el proyectista, estudiara el asunto <sup>3</sup>. Sin duda se hablaría de su transcendencia por los señores del Consejo de Indias, y ofreció materia que comentar y discutir á los hombres de mar; porque es el caso que, no mucho

<sup>1</sup> Le ha honrado en nuestros tiempos el insigne geógrafo Humboldt, juzgando la jornada.

<sup>2</sup> Reales cédulas de 9 y 19 de Agosto y de 5 de Octubre de 1606, en la *Colección* publicada por Carrasco.

<sup>3</sup> Real cédula firmada en Zamora á 16 de Febrero de 1602. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xv, pág. 232.



después, se presentó memorial suscrito por el capitán Lorencio ó Lorenzo Ferrer Maldonado, asegurando haber franqueado el paso de mar á mar el año 1588, y remitiendo en prueba relación circunstanciada del viaje con vistas y planos. Decía haberse dirigido desde Lisboa á las tierras de Labrador; haber descubierto una entrada en 60° de latitud, y arrojándose á examinarla, recorrido el estrecho, largo de 209 leguas, con tres vueltas muy largas, por las que había que subir hasta 75° y descender hasta la boca del mar del Sur.

¿Por qué, teniendo la fortuna de poder figurar entre los inventores, guardó el secreto más de veinte años, aguardando para revelarlo á que otros se dispusieran á investigar la disposición de las riberas árticas? En opinión de D. García de Silva, embajador del Rey, que habló largamente en Madrid con Ferrer Maldonado relativamente á su descubrimiento, porque era *alquimista de oficio*, es decir, embaucador atento á buscarse la vida por cualquier camino, y presumió alcanzar ayuda de costa con la estupenda noticia. Erró grandemente: su memorial quedó sepultado en el archivo, de donde no saliera más tal vez á no exhumarlo como novedad interesante y verdad ignorada, por ignorancia de españoles, el geógrafo mayor del rey de Francia, Mr. Buache, que en 1790, al cabo de ochenta años pasados, leyó ante la Academia de Ciencias de París una Memoria de sensación, dando por real y efectivo el estrecho y proponiendo se nombrara *de Ferrer*, en honra y memoria del navegante sacrificado por la envidia quizá.

Procedióse entonces en España á rebuscar antecedentes y á estudiar con detención el asunto, apareciendo con toda claridad en los trabajos de Muñoz, de Cevallos, de Malaspina, Salazar y Navarrete que Mr. Buache se había dejado engañar por la palabrería del *alquimista* difunto.

Algo semejante había ocurrido á un Mr. Miguel Lok, cónsul inglés en Alepo, al escuchar las relaciones que, en lengua francesa, le hizo cierto piloto griego, nombrado Juan de Fuca ó Apostolos Valerianos, admitiendo como Evangelio que hubiera navegado cuarenta años en las Indias, y que, ve-



rificándolo el año 1592 en una carabela por comisión del Vicerrey de Nueva España, entre los grados 47 y 48 de latitud, dió con la boca del estrecho deseado, lo corrió sin accidente, saliendo al mar del Norte, y desandando el camino, llevó á Acapulco la nueva, sin recibir por galardón de su servicio en Méjico, lo mismo que en la corte de España, donde anduvo solicitándolo, otra cosa que buenas palabras, moneda castellana muy corriente, por cuya razón iba á ofrecer sus conocimientos á Inglaterra.

Ambos puntos están suficientemente esclarecidos en obras especiales, bastando aquí anotarlos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Inéditos hay algunos documentos en la Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XXXVIII; pero se condensan, así como también lo esencial de las Memorias indicadas, en dos últimas publicaciones, á saber: *Examen histórico-critico de los viajes y descubrimientos apócrifos del capitán Lorenzo Ferrer Maldonado, de Juan de Fuca y del Almirante Bartolomé de Fonte. Memoria comenzada por D. Martín Fernández de Navarrete, y arreglada y concluida por D. Eustaquio Fernández de Navarrete*. Año 1848. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xv.—*Sobre los viajes apócrifos de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado. Recopilación y estudio*, por D. Pedro de Novo y Colson, teniente de navío. Madrid, 1881, 4.<sup>º</sup>

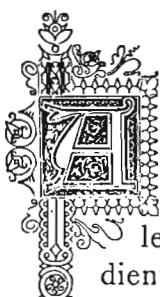


## XIX.

### LAS REGIONES AUSTRIALES.

1602-1609.

Pedro Fernández de Quirós.—Sus gestiones insistentes para continuar los descubrimientos de Mendaña.—Resultado.—Sale del Callao con tres naves.—No encuentra las islas Marquesas.—Ve otras desconocidas.—Se detiene en la del Espíritu Santo.—Vuelve á Nueva España.—Particularidades notables del viaje.—Luis Váez de Torres prosigue la exploración por la costa de Nueva Guinea y Australia.—Importancia de esta jornada.—Planos levantados por Diego de Prado.—Relaciones y comentarios.—Vuelve Quirós á la corte.—Pretende dirigir otra expedición á las regiones austriales.—Repetición y publicidad de sus memoriales.—Concepto desfavorable que merecían en el Consejo de Indias.—Consulta de éste.



NDABA en Corte, desde que volvió de la expedición á las islas Marquesas, Pedro Fernández de Quirós, *de nación portugués*, según rezan las cédulas reales<sup>1</sup>; como navegante, poco conocido; como pretendiente, familiar á los porteros y alguaciles entre los más tenaces concurrentes de antesala, pesadilla de los ministros, hombre á prueba de despachaderas, al que faltaban con frecuencia (él lo decía) dos maravedís con que adquirir el pan cotidiano, pero jamás los que costará el pliego de papel de memoriales que echaba por debajo de la puerta, encontrándola cerrada de ordinario.

<sup>1</sup> Había nacido en Évora; navegó como escribano en naves del comercio, ejercitándose en la náutica; casó con dama de Madrid, pasó al Perú y obtuvo plaza de piloto mayor en la segunda jornada de Mendaña.



Lo que pedía por escrito y de palabra, de una y otra manera remedando al mazo del batán, era la salud y conservación de infinitas almas perdidas en la soledad del mar del Sur, en aquellas islas que él había descubierto, brindándose á volver por ellas á pasar trabajos siempre que le dieran barcos, hombres y ayuda de costa consiguiente. En un principio le ofrecieron los secretarios del despacho ir mirando en negocio grave y digno de ser tan favorecido ; dijérone adelante que hertas tierras tenía descubiertas Su Majestad, y que lo importante era poblarlas; acabaron declarando no hallar en su persona la calidad ni garantías necesarias á tamaña empresa; es decir, creyeron acabar, porque realmente el que con la paciencia de todos concluyó fué el incansable solicitador, agobiándolos con recomendaciones de frailes, confesores, títulos y personas graves, hasta que, por librarse de importunidades, le despacharon para el Perú con cédula no expedida por el Consejo de Indias <sup>1</sup>, concediéndole pasaje en la flota conductora del Marqués de Montes Claros, virrey nombrado de Nueva España.

El de Monterrey, que en la misma calidad había ido trasladado á Lima, experimentó el efecto nervioso de los memoriales y audiencias de Quirós, dando por vencidos cuantos entorpecimientos se presentaron al cumplimiento de las órdenes superiores, inclusa la protesta de los herederos de Mendaña, alegando mejor derecho á la jornada; y aunque por todos lados hallara despegó ó desatención, el 21 de Diciembre de 1605 se hacia á la vela en el puerto del Callao, sin importarle un bledo que no le despidieran con las manifestaciones de simpatía acostumbradas en semejantes casos.

Tres naves se habían puesto á sus órdenes: la capitana, *San Pedro y San Pablo*, de 155 toneladas; la almiranta, *San Pedro*, de 120, y el patache ó zabra *Tres Reyes*, todos barcos excelentes, sólidos y veleros, armados con algunas piezas de artillería menuda, provistos con abundancia, y tripulados por 130 personas de mar y guerra <sup>2</sup>. Iban repartidos seis frailes

<sup>1</sup> De Valladolid, á 31 de Marzo de 1603.

<sup>2</sup> Dato del mismo Quirós, que en otro paraje del diario dice eran 300, sin duda por error de pluma.



de la orden de San Francisco y cuatro hermanos legos de San Juan de Dios, como enfermeros-practicantes.

Navegaban en bonanza, con hermoso tiempo, por los paralelos de 13 á 15° de latitud en demanda de la isla de Santa Cruz, la principal de las Marquesas (donde murió Mendaña), que no parecía, como no parecieron las de Salomón en la anterior demanda; subieron y bajaron la altura de polo cambiando de rumbo en vano; fueron, sí, avistando sucesivamente islas hasta entonces desconocidas, las primeras once deshabitadas é inaccesibles por las rompientes que las cercaban; las otras, hasta 23 en total, pobladas de gente muy ágil, de buen porte, pacífica en general, aunque con excepciones. A todas pusieron nombres caprichosos ó de santos: *Luna puesta, Conversión de San Pablo, Sagitaria, Peregrina, San Bernardo*, en parte identificadas por D. José de Espinosa en las cartas españolas, ó por Maltebrún en la geografía francesa, y en parte discutidas por D. Ricardo Beltrán y Rózpide en su estudio de la Polinesia<sup>1</sup>.

Quirós anotaba en la relación del viaje las circunstancias particulares de cada cual, así como las ocurrencias de la aproximación, desembarco y comunicación con los naturales<sup>2</sup>, y entre los acaecimientos de otro género consignó que

<sup>1</sup> Madrid, 1884.

<sup>2</sup> Esta relación publicó con notas, aclaraciones y documentos D. Justo Zaragoza en la Biblioteca Hispano-Ultramarina, con título de *Historia del descubrimiento de las regiones austriales, hecho por el general Pedro Fernández de Quirós*. Madrid, 1876-1880-1882, tres tomos 4.<sup>o</sup>, con mapas. En el prólogo expuso creencia de ser el escrito obra de Luis de Belmonte Bermúdez, poeta sevillano y autor dramático que iba en la expedición, sabiendo que compuso la historia en verso heroico y también en prosa. En otro poema, *La Hispánica*, aludía á la contribución de la persona, diciendo:

«El pecho puse á la mayor jornada,  
Llegando al sol los pensamientos míos,  
Y tocando en la tierra, en vano armada.  
Nombre dimos al mar, nombre á los ríos,  
Como de Arauco en la jamás domada  
Región, notaba los soberbios brios  
Ercilla de los bárbaros chilenos;  
Si bien yo anduve más y escribí menos.»



el 25 de Marzo de 1606, pasados más de tres meses sin encontrar á la isla de Santa Cruz, se alborotó la gente de la capitana, incitada por el piloto mayor, funcionario inconveniente, cuyo nombre no reveló en toda la relación, costándole trabajo sin duda escribirlo ó recordarlo. Desde la salida del puerto del Callao estaba contrapuesto con él por haberle dado la plaza el Virrey sin anuencia suya. Ahora, declarado el tumulto, llamó á Consejo á los Capitanes de los bajeles, y en su presencia depuso del cargo al tal piloto, enviándole en calidad de preso á la almiranta.

Fuera porque la medida no llegaba al rigor requerido por las circunstancias, ó por falta de oportunidad en la aplicación, no se corrigió la actitud rebelde de la tripulación alejado el que alentaba á la desobediencia. Seguía siendo patente el descontento general á pesar de la distracción ofrecida en el registro de las islas con vista de los indígenas, trueque de sus objetos y novedad de las frutas.

El 1.<sup>o</sup> de Mayo se hallaron los navíos próximos á una tierra más extensa que las encontradas hasta entonces; tanto más prolongada y alta, con sierras y ríos, con bahía que no bajaba de 20 á 25 leguas de circunferencia, que les hacía suponer descubrimiento de importancia. Tierra de *Cardona* la denominó Quirós, en honra á D. Antonio Fernández de Córdoba y Cardona, duque de Sesa, embajador en Roma, que le favoreció y tuvo en su casa; bahía de *San Felipe y Santiago* á la referida, y puerto de la *Veracruz* al elegido para fondear, muy satisfechos.

Cuadraba por entonces la fiesta del Espíritu Santo, que quiso celebrar el General con pompa, levantando previamente en la playa arcos de ramaje en derredor de una tienda del mismo material, denominada iglesia. Los frailes hicieron gran función con plática de circunstancias, seguida de otra con que sorprendió el General á todos, felicitándolos por sus merecimientos y dándoles primera recompensa con el título de ca-

la Academia de la Historia (publicado en su *Boletín*, t. I, pág. 155), no hallando motivos fundados para negar á Quirós la paternidad de la narración. Me inclino á este parecer por lo que el estilo se acomoda al hombre de los memoriales.



balleros del *Espríitu Santo*, orden que creaba para memoria sempiterna del suceso que Dios les había deparado. Organizó seguidamente procesión en que iban formadas las compañías con banderas y atambores, precedidas de danzantes, pasando por delante de las naves, que disparaban los cañones. Hizó en seguida levantar acta de posesión de las tierras, que habían de llamarse en conjunto *Austrialia del Espíritu Santo*, por la casa de Austria reinante en España; así como el lugar de la ceremonia, elegido para la primera población, *ciudad de Nueva Hierusalém*, y porque algo más que nombre tuviera nombró cabildo y regimiento, alcaldes, regidores, alguaciles, escribano de minas y hasta guarda de las aduanas; no dejó oficio sin proveer, con la formalidad de juramento de servirlos bien y fielmente.

Todo el mes de Mayo se entretuvieron en las diversiones, enviando á los bateles á reconocer el contorno de la bahía, al mismo tiempo que en diversas direcciones lo hacían por el interior escuadras de gente armada, procurando comestibles y conocimiento de los naturales de color amulatado y cabello crespo.

El 8 de Junio, al decir de Quirós en su diario, salieron las tres naves con propósito de extender la exploración; pero era recio el viento fuera de la bahía, y ordenó dar vuelta al surgidero, lo que hicieron al punto la almiranta y la zabra. La capitana cayó á sotavento, sin poderlo remediar; anduvo barloventeando dos días, apartándose más y más de la bahía; y como el viento no placaba, ni salían los otros navios, ¿qué determinó? ¡Irse á Acapulco!

Las razones con que procuró justificar una resolución que de cualquier modo que se considerara había de significar el abandono por un General de la escuadra que se le había confiado, son de tal modo contradictorias, inverosímiles y aun pueriles, que suspenden el juicio del lector, embarullado con los lastimosos discursos escritos la pena que sentía «debiendo conservar lo presente por asegurar lo venidero», la deliberación en junta con los oficiales antes de decidir lo que más conviniera.



Hay otro diario formado por Gaspar González de Leza, piloto mayor que sustituyó al depuesto, documento muy útil como derrotero de la capitana *San Pedro y San Pablo*, pero que no ofrece mayor claridad en punto á tan extraña ocurrencia como era la separación de los bajeles; al contrario, asienta datos contradictorios también entre sí y con los de su jefe, pues expresa que barloventearon, no dos, sino seis días, con intento de volver á la bahía de San Felipe y Santiago; visto no abonanzar, acordó el General «por animar la gente» ir á Santa Cruz, adonde aguardarían á la compañía; y estando en su altura de 10°, como no la vieran, manifestó el General «no ser cordura buscarla con tal tiempo y cerrazón, sin saber si estaba al Este ó al Oeste; que se ensenarían á la Nueva Guinea y lo pasarían mal, por ser tiempo de vendavales allí y en Filipinas» <sup>1</sup>.

Súpóse adelante la verdad de lo ocurrido por distintos conductos, y fué que, amotinada la gente de la capitana sin contar con la de los otros navíos, salióse de noche de la bahía de San Felipe y Santiago, alejándose de la tierra descubierta, actualmente designada con el nombre de grupo de *Nuevas Hébridas*, dirigiéndose sin titubear hacia Nueva España, para regresar al Perú. Al General no hicieron daño, limitándose á intimarle que no saliera de la cámara. ¡En tan poco le tenían!

La lectura de su propia relación enseña que era hombre falto de energía, que pasaba lo más del tiempo en la cámara, dejando que mandaran en el barco todos menos él. En las islas se cometieron con los indios excesos innecesarios impunemente; en la derrota fueron los navíos según el capricho de los pilotos; lo perteneciente á su iniciativa y autoridad, fué la creación de la orden del Espíritu Santo, ridícula parodia de la del León desencadenado del holandés Cordes en el estrecho de Magallanes, y lo original y divertido, las lamentaciones con que llenó las páginas, culpando á los que le entretuvieron en la Corte, en el Perú y en el despacho; á

<sup>1</sup> El diario de Leza se halla inserto en la obra citada del Sr. Zaragoza, t. II.



los capitanes, á los pilotos, á todo y á todos, de las contrariidades por las que no daba vuelta al mundo como fuera su deseo.

El regreso se realizó mientras él emborronaba papel, encerrado, navegando la capitana derecha á cortar la línea, subiendo por las islas de los Ladrones á la cabeza de las del Japón, y buscando por altura de 38° la costa de California, sin otro contratiempo que una borrasca después de montado el cabo de San Lucas, en vísperas de tomar el puerto de Navidad el 21 de Octubre, á los cien días de mar, según Leza, sin falta de agua ni de provisiones, sin trabajos, enfermedades ni bajas; no falleció más que el P. Comisario, de muerte natural, ocurrida por su mucha edad.

Punto es éste merecedor de la consideración de los náu-  
gantes, por cuanto indica que empezaba á cuidarse la salud  
del marinero. Los barcos llevaron en esta expedición alambiques ó aparatos de cobre para destilar el agua del mar; alcanzaron los víveres á las travesías de ida y vuelta, casi un  
año, lo que indica su buena calidad; llevaron enfermeros  
prácticos, á los que se ofreció ocasión de demostrar la inteli-  
gencia, porque, habiendo pescado en la bahía de San Felipe  
y Santiago ciertos peces *ciguatos*, adolecieron gravemente  
todos los que comieron su carne, pero ninguno falleció, me-  
dicinados á tiempo con triaca<sup>1</sup>.

Muestra además el diario de Leza el cuidado puesto en las  
observaciones astronómicas, haciendo uso de instrumentos  
que apreciaban el sexto de grado, ó sea de diez en diez mi-  
nutos, y la frecuencia de las comparaciones hechas para co-  
necer la variación de la aguja.

Los mandones anónimos del navio hubieron de informar lo  
ocurrido al Virrey, Marqués de Montes Claros, tan luego  
como desembarcaron en Acapulco, porque recibió á Quirós  
con despego, sin atender á sus peticiones de dinero y gra-  
cias<sup>2</sup>; y éste se vió en la necesidad de ir á Madrid á repetir

<sup>1</sup> Don José de Erostabar, médico de la Armada, hizo consideraciones de este viaje en su *Discurso sobre la higiene de las profesiones militar y naval*. Madrid, 1867.

<sup>2</sup> «Luego que la gente desembarcó, dice su relación, hubo personas que por ven-



los procederes en que sobresalía, «graduándose de todas las ciencias de pasar miserias».

Súpose á su tiempo que el almirante Luis Váez de Torres, sorprendido con la desaparición de la capitana, sin avisarlo ni hacer señales, se puso á la vela en la mañana siguiente buscándola con diligencia, y como no la viera, volvió al puerto y la esperó quince días inútilmente<sup>1</sup>.

Como no pareciera el General en este tiempo, juntó en Consejo á los oficiales; leyeron las cédulas reales e instrucciones del Virrey del Perú, y deliberando acerca de lo que deberían hacer, acordaron proseguir la exploración, «pues no son viajes éstos que se hacen cada día, ni había S. M. de ser engañado». Primeramente trataron de bojear la isla en que estaban; impidiólo la violencia de las corrientes contrarias. Haciendo rumbo al SO., no vieron señal de tierra; cambiaronlo al NO., empezando á reconocer la costa de Nueva Guinea, muy poblada de gente obscura. Visitaron buenos puertos; levantaron planos de los principales; consumieron dos meses, viendo otra gente negra diferente; hallaron por allí hierro labrado, campanas de china, mercaderes mahome-

gar sus pasiones, ó por otros respetos, escribieron al Marqués de Montes Claros, y sembraron por toda la tierra muchas cartas, procurándome descomponer y desacreditar la jornada.» Zaragoza, t. I, pág. 387. «Sus propios camaradas dijeron al Marqués de Montes Claros quién era, y cómo le podían atar por loco, el cual le trató como quien era.» Carta de D. Diego de Prado al secretario Antonio de Aróstegui. Zaragoza, t. II, pág. 188. Por fin, andando el tiempo, escribió él mismo en un memorial: «Si á Colón, cuando iba navegando, le quisieron echar á la mar sus soldados y marineros, yo callo por honra de las dos mis señoras madres, la Romana y la España, lo que conmigo pasó en el discurso de este viaje, en mar y tierra, y las causas, y quiénes, y cuántos son aquellos de quien vi, y de quien sé hasta dónde ha llegado la fineza de las obras.» Zaragoza, t. II, pág. 374.

<sup>1</sup> Dicelo en carta dirigida al Rey desde Manila, con fecha 12 de Julio de 1607, haciendo relación de todo el viaje y contando la enviaba en mano de Fr. Juan de Merlo, de la Orden de San Francisco, el cual, como testigo de vista, añadiría las explicaciones que se estimaran necesarias. La carta publicó el mencionado don Justo Zaragoza en artículo titulado *Descubrimientos de los españoles en el mar del Sur y en las costas de la Nueva Guinea* (*Boletín de la Sociedad Geográfica*, Madrid, 1878, tomo IV, páginas 7 á 66, que sirve de complemento á los tres tomos de viajes de Quijós). Parece que Fr. Juan de Merlo hizo para el Consejo de Indias otra relación del viaje de Luis Váez de Torres, hasta ahora desconocida. Un memorial de don Diego de Prado sobre el asunto se publicó en la *Colección de Indias*, t. V, pág. 517.



tanos, y con noticia de lo ocurrido en las Molucas, donde estaba por gobernador Juan de Esquivel, se llegaron á Terrenate; redujeron por fuerza á una de las islas rebeladas; quedó allí la zabra *Tres Reyes* con 20 hombres para prestar servicio, y Luis Váez acabó felizmente su campaña en Manila, habiéndola empezado «con sólo pan y agua y malas voluntades».

De primera nota, de aquellas que han dejado huella en la Geografía, juzgan los inteligentes á esta relación, por cuanto resume, dentro del estilo conciso del marino, los rasgos más salientes de la hidrografía, topografía y etnografía de las regiones cuya existencia daba á conocer. Nada se había escrito de gentes de piel clara relativamente, que difiere de las otras de la Nueva Guinea por los caracteres físicos, hasta marcarla Váez de Torres, á la vez que los rasgos peculiares á los australianos y á los papúas.

Decía el piloto acompañante en su carta al Rey, que por la culpa de Quirós no se descubrió lo que más estimaba el Conde de Monterrey, la coronilla del Polo antártico, habiendo estado tan cerca de ella<sup>1</sup>; mas á su desaparición fué debido «el admirable viaje de Váez, que ha inmortalizado su nombre, el más atrevido y mejor manejado de los que han llevado á cabo los españoles en las aguas desconocidas del Océano Pacífico»<sup>2</sup>; el que dió nuevas de una parte de la costa de Australia por el estrecho que conserva el nombre del descubridor.

Así se mantuvieran todos los que impuso y se conocen por os planos delineados, durante la campaña, por el capitán Diego de Prado y Tovar, tan estimables por la relativa precisión, comparados con los trabajos hidrográficos más recientes<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Carta de D. Diego de Prado, Zaragoza, *Historia* citada, t. II, pág. 190.

<sup>2</sup> Juicio del Dr. E. T. Hamy en el interesante estudio *Comentarios sobre algunas cartas antiguas de la Nueva Guinea para servir á la historia del descubrimiento de aquel país por los navegantes españoles*. Traducción de D. Martín Ferrero. *Boletín de la Sociedad Geográfica*. Madrid, 1878, t. IV, pág. 28.

<sup>3</sup> Anunció Prado, en las cartas citadas que dirigió al Rey y al secretario Aróstegui, desde Goa, el envío de un mapa del descubrimiento hecho por Váez de Torres de la isla que llamaron *Magna Margarita*, con 680 leguas de costa, mapa que había



Mas no es de extrañar su olvido; al emprender los trabajos á que van unidos los nombres de Owen-Stanley, Blackwood, Dumont d'Urville, Ruault-Coutance, Edwards, Bougainville, Cook, D'Entrecasteux, creíase que por aquellas costas no se habían aventurado nunca los europeos. Pocos habrían leído el memorial del Dr. Juan Luis Arias, en que se hablaba de Luis Váez de Torres <sup>1</sup>; de lo que guardaban alguna idea, porque sabido es que hace más ruido uno que grita que ciento que se callan, era de Pedro Fernández de Quirós, el cual, como si fuera único depositario del secreto lastimoso del papel representado en la jornada al Espíritu Santo, siendo hazmerreir de sus marineros, vociferaba en la Corte dándose por acreedor agraviado, multiplicando las peticiones y solicitudes de antaño con imperturbable osadía. Cuando llegaron las cartas de Torres, por el hecho de haber sido almirante de su armada, se apropió lo adelantado, incluyéndolo en los memoriales, cuya serie no tenía último término.

puesto en manos del virrey de la India Ruy Lorenzo de Tavora, y de cuyo paradero no se sabe. Cuatro planos de puertos firmados por él se han encontrado y reproducido en facsímile en el tomo iv citado del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*. Están acompañados de *Nota sobre los planos de las bahías descubiertas el año 1606 en las islas del Espíritu Santo y de Nueva Guinea*, ó sea estudio comparativo hecho por el Sr. D. Francisco Coello con las cartas más modernas holandesas é inglesas de 1876, en que estima «precioso é importantísimo» el trabajo antiguo de Prado, comprensivo de la *Gran bahía de San Felipe y Santiago; Puertos y bahías de tierra de San Buenaventura; Gran bahía de San Lorenzo y puerto de Monterrey; Bahía de San Pedro de Arlanza*, con minuciosidad de dibujo que da á entender haberse reconocido con cuidado los ríos, los puertos con sus arrecifes, las poblaciones y cultivos, detailés que no se encuentran en planos muy posteriores y que rectifican la creencia del capitán inglés Mr. John Moresby, hidrógrafo, estampada en la forma siguiente en la obra que dió á luz en 1876, *Discoveries & Surveys in New Guinea*: «Debe hacerse constar, para que sirva de información á los lectores, que la costa de Nueva Guinea, situada por vez primera en la carta por el buque de S. M., *Basilisk*, no había sido visitada nunca....»

<sup>1</sup> *Memorial al Rey N. Sr. sobre hacer descubrimientos en el hemisferio austral en continuación de los de Mendoza y Quirós*. Lo mandó imprimir en castellano el geógrafo inglés Dulrymple, en Edimburgo, en casa de Murray y Cochran, año 1773, en folio. Mr. Major dió á la Sociedad Hakluyt, traducción inglesa: *A Memorial addressed to his Catholic Majesty Philip the Third, King of Spain, by Dr. Juan Luis Arias respecting the exploration, colonization and conversion of the Southern Land. Early Voyages to Terra Australis, now called Australia, edited with an Introduction by R. H. Major. London, 1859, 8°.*



Buenamente entendía haber hecho en la mar más que cualquiera de los grandes navegantes: «Las voces que tan á ciegas dió Colón y su porfia, no fué como la suya, ni tantos los trabajos.» Son curiosas las comparaciones que, como ésta, le ocurrían <sup>1</sup>.

Pero el Consejo de Indias sabía muy bien á qué atenerse; á mano tenía juntas las cartas de D. Diego de Prado denunciado á Quirós de *hablador, de embustero y de falsario*; las relaciones de Váez y de Fr. Juan de Merlo; otra de Juan de Iturbe, veedor y contador que fué de la expedición <sup>2</sup>, muy sensata y desapasionada.

Y sin esto, bastara haberle visto hacer causa común con Lorenzo Ferrer Maldonado, en los momentos en que éste procreaba en otro memorial imitativo, al estrecho de Anián, pidiéndole por compañero en las maravillas que ofrecía, de concederle siquiera el título de Gobernador y Capitán general de la consabida quinta parte del mundo.

No obstante la estimación de los señores del Consejo <sup>3</sup>, pensaban que no era político desengañar de una vez á *aquel hombre* de fidelidad dudosa, y habiéndole entretenido dos años, consultaron al Rey un medio, en verdad poco digno:

<sup>1</sup> Declaró Quirós en sus memoriales llevar escritos cincuenta; haber impreso en la corte varios, uno muy largo haciendo discurso del viaje suyo, y haber dado y distribuido estos memoriales entre personas nacionales y extranjeras. Como aun de los manuscritos sacaba copias, son muchas las conservadas en la biblioteca particular de S. M. el Rey; en las de la Academia de la Historia, Dirección de Hidrografía, Colombina de Sevilla y Archivo de Indias. El más extenso, que es de los impresos en castellano, se dió á la estampa en Amsterdam el año 1613 con título de *Narratio de terra australi incognita, y en traducción francesa Copie de la requête présentée au roi d'Espagne par le capitaine P. Ferd. de Quirós, sur la 5.<sup>a</sup> partie du monde (Terre austral)*. El Sr. Zaragoza ha comprendido á varios en la *Historia* citada.

<sup>2</sup> Relativamente á la persona, decía ser conveniente encargar empresa tan importante «á quien tuviera calidad y partes diferentes que las de este capitán, el cual pudiera haber hecho mucho más si admitiera consejo, y si no fuera tan desvaciado, soberbio y de poca substancia como es, y por lo debido al servicio de Su Majestad, advertía ser conveniente no encargar aquello á este hombre». Zaragoza, *Historia*, t. II, pág. 261.

<sup>3</sup> El Presidente, Conde de Lemos, consignó la suya escribiendo: «No es hombre bien fundado aunque se le ha puesto en la cabeza que ha de ser otro Colón, y en efecto es ser doliente.»



que firmara despachos á gusto del pretendiente, expediendo otros reservados al Virrey del Perú á fin de que los primeros quedaran sin valor ni efecto<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Consulta del Consejo de Estado, Zaragoza, *Historia*, t. II, pág. 259. Diósele la primera cédula con fecha 15 de Diciembre de 1609; no le satisfizo: continuó gestionando otra que se despachó en 1.<sup>o</sup> de Noviembre de 1610, y ambas copió al final de la relación de sus viajes, así como un certificado del Marqués de Esquilache, nombrado Virrey del Perú, con el que se embarcó para Tierra-Firme en 1615. «Fue Dios servido (dice Navarrete) quitarle de trabajos, muriendo en Panamá y dando fin á tan honrados intentos.»



## XX.

### BERBERÍA.

1607-1614.

Tratado de tregua con Holanda.—Se reconoce su independencia.—Reorganización de la armada.—Escuadra de Cantabria.—Naufragio.—Persecución de la piratería.—Destrucción de una armada turca en la Goleta.—Se verifica la expulsión de los moriscos de España.—Parte que toca á las naves.—Ocupación de Larache tras varios intentos.—Memorias.—Conquista de la Mámora.—Castigo á los corsarios.—La librería de Muley-Cidán.



A que hemos dado vuelta al mundo, es fuerza volver al centro de su actividad política, que, sin género de duda, era en 1608 la ciudad de El Haya punto de reunión de los Plenipotenciarios de España, Flandes, Holanda y Zelanda para negociar la paz ó la prolongación siquiera de la tregua de ocho meses, caducada, porque, noticiosas de los tratos las potencias de Europa, todas, al decir conforme de los historiadores, quisieron intervenir y tomar parte, llevando cada cual sus fines particulares.

La gran dificultad con que se tropezó en las conferencias, la misma que había entorpecido el tratado de Londres, fué la navegación y comercio en las Indias, que por parte de España se quería reservar á cambio del reconocimiento de la independencia absoluta de las Provincias Unidas, con renuncia del Rey y del Archiduque á pretender ningún derecho sobre ellas, y por la de los holandeses parecía condición dura é in-



admisible<sup>1</sup>. Más de una vez se suspendió la discusión con visos de rompimiento, mientras llegaban á los comisarios nuevas instrucciones, y quizá no hubieran vuelto á reunirse si, de acuerdo con los enviados del príncipe Alberto, no intervinieran los Embajadores de Francia y de Inglaterra, conviniendo con los adversarios en un recurso de aparente transacción que consistía en redactar el artículo disputado de manera que, sin herir el amor propio de los castellanos, pudiera interpretarse favorablemente á la intención de los marineros holandeses<sup>2</sup>.

Se escribió, en efecto, en términos tan oscuros y ambiguos, que los mismos tratantes no los entendían; sin embargo, los aceptaron y suscribieron el 9 de Abril en Bergh-op-Zoom, quedando convenida la tregua de doce años en tierra y mar, dando España por perdidos los sacrificios de más de cuarenta al sancionar con los rebeldes pacto que ponía de manifiesto ante el mundo la impotencia en que iba cayendo<sup>3</sup>.

Servía, en verdad, de consuelo á la humillación el alivio que proporcionaba á las angustias del erario, descargándole de los gastos enormes de la guerra. El dinero librado ó remitido á Flandes desde el 13 de Septiembre de 1598 al 20 de Junio de 1609, es decir, en el tiempo de reinar D. Felipe III, sumaba en la liquidación de la última fecha 37.488.565 ducados, acreciendo cada día la progresión el interés de 14 por 100, abonado por atrasos, interés que se acumulaba al capital<sup>4</sup>. Ahora, disminuidas considerablemente las obligaciones, se podría atender á la represión del corso de turcos y argelinos, enemigos únicos que mantenían las armas en las manos

<sup>1</sup> Razones en que se fundan los holandeses para no dejar el comercio y navegación de las Indias.—Memoria manuscrita.—*Colcción Navarrete*, t. x, núm. 11.

<sup>2</sup> Watson, *History*.

<sup>3</sup> Bentivoglio.—Watson.—Novoa.—Lafuente.—La inteligencia del capítulo esencial, obscuro, consta en consulta del Consejo de Indias de fecha 2 de Mayo, diciendo: «En la tregua que se ha efectuado en Flandes, se permite que los holandeses puedan ir á contratar en las partes de las Indias donde no tuviere V. M. dominio.» Archivo de Simancas. Esp. Cast. a. 1609. Legajo núm. 218.—Copia en la Dirección de Hidrografía.

<sup>4</sup> *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxxvi, páginas 759 á 545.



y así se decidió, empezando por reorganizar las escuadras creadas con destino regional.

Surgió, por cierto, impensada cuestión del nombre oficial con que se designaba la del Norte, que era el de «escuadra de Vizcaya». Habiendo fallecido el anciano Martín de Berrendona, bilbaíno, su General, se confió el mando á D. Antonio de Oquendo, hijo del heroico Miguel, aunque joven, distinguido en más de una ocasión.

Comenzó á servir de entretenido en las galeras de Nápoles; pasó á la armada de D. Luis Fajardo, haciendo notar en el desempeño de comisiones delicadas, sobre todo en apresamiento de corsarios y combate con un pirata inglés de fuerza superior. Al encargarse de la mencionada escuadra y llevarla á invernar en Pasajes, el primer dia del año 1607 perdió cuatro de los nueve galeones que la componían en terrible naufragio sobre la barra de Vidarte, costa de Francia, pereciendo 800 hombres <sup>1</sup>. Repuesto del siniestro; con el apoyo de su provincia de Guipúzcoa, influyendo los secretarios del despacho Martín y Antonio de Aróstegui, naturales de la misma, propuso el cambio de nombre de la escuadra, alegando el origen guipuzcoano de la mayor parte de sus elementos, formándose expediente con no poco que hacer en informes, consultas y contradicciones, hasta que, con buen acuerdo del Consejo, se mudó el título de la escuadra por el de *Cantabria*, que perpetuaba las tradiciones de la marina antigua de Castilla, dando satisfacción á los mercantes de Vizcaya y Cuatro Villas de la Costa.

Esta escuadra quedó en el Océano al cuidado de las flotas de Indias, en tanto que la principal, de cargo de D. Luis Fajardo, penetraba en el Mediterráneo en busca de Simón Dancer, cabeza del corso argelino, que, con naves de vela organizadas y armadas á la europea, se burlaba de las galeras guardacostas y espumaba el mar <sup>2</sup>. Acababa de cautivar sobre

<sup>1</sup> Documentos en la *Colección Vargas Ponce*, legajos 1 y 15.

<sup>2</sup> Nóbranle las relaciones Simón Danza, admitiendo la creencia de ser inglés. Era holandés, y su apellido Dancer ó Danser, según Dan, *Histoire des corsaires de la Barbarie*. Tenía buenas naves, tripuladas con holandeses, ingleses, turcos y moros,



Alicante al hijo del Marqués de Villeña y al Deán de Jaén, con otras personas de cuenta que regresaban de Sicilia, presentándose de seguida hacia el cabo de San Vicente con 18 naos, algunos galeones de fuerza y galeotas de remo, y apresado navios de todas naciones; uno francés, otro de Liorna, tres ó cuatro de Sevilla, con general escándalo; procedente de Nueva España capturó aun otro con carga estimada en 300.000 ducados .

Fajardo salió de Cádiz el 14 de Junio de 1609 con siete naos grandes, tres pataches y tres carabelas latinas; fondeó en Mazalquivir con objeto de procurarse noticias que le sirvieron para sorprender y tomar un navio de los de la banda con bastante riqueza pillada; continuó á la rada de Argel, donde no estaba ya Dancer, el jefe; corrió la costa reconociéndola, hasta Trípoli y la Goleta, y en ésta, bajo los cañones del fuerte, vió que se aprestaba una escuadrilla de corsarios turcos. Entreteniendo á aquéllos con disparo lejano de su armada, destacó á las embarcaciones menores, que en poco tiempo incendiaron á 21 navíos y una galeota, y apresaron dos de los primeros.

Resultó hecho de armas muy lucido, realizándolo bajo el fuego de cañón y mosquete que hacían los de Túnez, con la escasa pérdida de 20 muertos y no muchos heridos <sup>2</sup>, pudiendo

lo peor de cada casa en la acepción moral; cruzaba por las costas de España ó de Italia y se atrevía á buscar las flotas de Indias.

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 368.

<sup>2</sup> Relación del suceso en la *Colección Navarrete*, t. v, núm. 17; otra incluyó Cascales en los *Discursos históricos de Murcia*, discurso xv, cap. 1, y también Novoa en su *Historia*, pág. 404, con variantes en las cifras.—Más extensa existe aún una en la biblioteca del monasterio de El Escorial, signatura 39, IV, 29, con copia de las instrucciones dictadas por Fajardo y composición de su escuadra, como sigue:

Galeón *San Francisco*, capitana real, capitán general D. Luis Fajardo, maestro de campo D. Jerónimo Agustín, sargento mayor Mateo Bartox de Solchaga, contador de la armada Juan de la Huerta, capitán del galeón *Martín de Tapia*.

Galeón *Santa María Magdalena*, almiranta real, almirante general D. Juan Fajardo, veedor general Diego de Vivero, capitán del galeón *Jusepe de Mesa*.

Galeón *Nuestra Señora de los Remedios*, capitán Pedro de Miranda.

Galeón *San Agustín*, proveedor general Marcos de Peñavera, capitán Juan de Matos.

Galeón *Fulgencio*, capitán Agustín Romanico.



servir de lección á los efectos de ataque con lanchas y botes amparado y cubierto con el fuego y el humo de las escuadras.

La de Fajardo pasó á Cartagena destinada á desempeñar papel importante en un suceso de muy atrás meditado, discutido, objeto de seria consideración en los Consejos, al fin determinado, no sin resistencia por parte de los intereses á que lastimaba y de acerba crítica por la de los malcontentos. Tratábase de la expulsión de los moriscos de España, eternos enemigos domésticos, tan apegados á los usos, á las creencias, á las tradiciones de raza; tan perseverantes en el odio á la sociedad cristiana, que no había que pensar en que jamás se asimilaran ni tuvieran de común con ella nada. En perpetua conspiración; en inteligencia con turcos, berberiscos y luteranos franceses, multiplicándose y creciendo mientras disminuía la población católica, tenían en constante peligro al orden y á la seguridad de la nación<sup>1</sup>. Habiase, pues, decidido la expatriación forzosa, adoptando las precauciones aconsejadas por la prudencia, para el caso de que la resistieran á mano armada, en el número y la concentración de fuerzas navales, á cuyo cargo se pusiera el litoral.

Vinieron, al efecto, las escuadras de galeras de Italia, juntándose secretamente en Mallorca, y fueron escalonándose

Galeón *Nuestra Señora del Rosario*, capitán Pedro de Alango.

Navio *Nuestra Señora de Regla*, capitán Juan Álvarez de Avilés.

Navio *Santa Margarita*, capitán Miguel de Lizarraga.

Fragata *Santa Ana*, capitán Pedro de Marechaga.

Carabela *Nuestra Señora de Buen Viaje*, capitán Diego Muñoz.

Canoa *San Juan Bautista*, capitán Juan Borbón.

LOS NAVÍOS CON QUE SALIÓ D. ANTONIO DE OQUENDO Á ESPERAR LAS FLOTAS.

Galeón *Santa Beatriz*, general D. Antonio de Oquendo, capitán Tomás de Iriarte.

Galeón *Nuestra Señora de la Cinta*, capitán Martín de Zubiaga.

Galeón *San Juan Bautista*, almirante Diego Santurce, capitán Juanes de Anza.

Urca *Papagayo Verde*, capitán Salvador López.

Carabela *Nuestra Señora de las Nieves*, capitán Pedro de Ayardo.

<sup>1</sup> Muchos son los juicios emitidos desde el momento que se adoptó la medida: últimamente los han estudiado D. Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos leídos en la recepción pública de D. Eduardo Saavedra en la Real Academia Española*, y don Manuel Danvila, *La expulsión de los moriscos españoles. Conferencias pronunciadas en el Ateneo*. Madrid, 1889, un vol. 8.<sup>º</sup>



desde Vinaroz á Alicante, las de España, de D. Pedro de Toledo; las de Portugal, mandadas por D. Luis Coloma, conde de Elda; de Nápoles, por el Marqués de Santa Cruz; de Sicilia, por D. Pedro de Leyva; de Génova, por el Duque de Tursi, Carlos Doria; por último, las cuatro de Cataluña, que, habiendo recibido por entonces el estandarte con las solemnidades de estilo <sup>1</sup>, inauguraban el servicio regidas por don Ramón Doms.

Tenía el mando superior de todas D. Pedro de Toledo con instrucción precisa, por principio de la cual se razonaban los motivos, señalando el de la oferta hecha por los moriscos de levantar en determinado plazo 150.000 hombres armados. Se le ordenaba acopiar virtualla; ponerse de acuerdo con don Luis Fajardo, que tendría su armada en Cartagena; tomar los pasos de la Sierra de Espadán, ocupándolos con tropa, lo mismo que las posiciones de Onda, Peñíscola y Alfaques, y proceder al embarco de los expatriados en el Ebro, Denia y Alicante con toda rapidez, procurando salieran juntos los más que se pudiera <sup>2</sup>.

El 12 de Septiembre se publicó en Valencia el bando de expulsión, comenzando el embarque en naves y galeras hasta llenarlas. En la primera barcada ó viaje condujeron á Mazalquivir y otros puertos de Berberia 20.000 personas; con el segundo completaron 50.000, sin contar las que en barcos fletados voluntariamente pasaron á Argel y Tetuán <sup>3</sup>. Sólo por Cartagena salieron 15.189, unidad más ó menos <sup>4</sup>.

Alzáronse, como se esperaba, unos 20.000, haciéndose fuertes en la sierra del Aguar, y tuvieron entretenidas por la costa á las galeras en número de 60, y á unos 5.000 soldados de sus compañías; vana resistencia: acabó la empresa, al decir de Novoa, «mereciendo el rey católico D. Felipe que le den las historias el nombre gloriosísimo de el último Pelayo de Es-

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.382.

<sup>2</sup> Documento importante. Colección Navarrete; Correspondencia de D. Pedro de Toledo, t. xxxvi, año 1609.

<sup>3</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 389.

<sup>4</sup> Cascales, *Discursos*.



paña, pues con celo tan verdaderamente católico arrojó los primeros y más crueles enemigos della»<sup>1</sup>.

A poco se festejó, por triunfo nuevo de la política española, la ocupación de Larache (*El Araich*), surgidero al Sur de cabo Espartel, en la embocadura del Lucos, por servir de guarida á las galeotas corsarias que acudian al cabo de San Vicente, más de notar, con seguridad, por las vicisitudes que por el resultado.

Recordábase en el gobierno que el rey Felipe II anduvo en tratos para el trueque de este puerto por Mazagán, llevando muy adelantadas las negociaciones, y ahora, por el estado de anarquía en que tenía á Marruecos la guerra de los hermanos Jarifes, se confiaba en llevarlas á buen término, haciendo entender á Muley-Jeque, en cuyo poder estaba, que poniéndola en manos de España no peligraba, cualquiera que fuese la suerte de las armas, y sería puerta por donde pudiera volver á entrar en su reino si era vencido. En tales pláticas anduvo el Duque de Medina-Sidonia desde 1607, con acuerdo de D. Pedro de Toledo y de Carlos Doria, teniendo hechos aprestos, y plan completo para un golpe de mano, si ocasión se presentara, formulado por D. Francisco de Bobadilla<sup>2</sup>. Fué derrotado en esto Muley-Cidán, y hubo que dar contraorden; suspender la salida del almirante D. Ambrosio de Castro, dispuesto en Cádiz con sus navíos, licenciar á la gente de armas que se había convocado, y escribir á Muley-Jeque enhorabuena.

En 1608 cambió la situación; ganó la partida Muley-Cidán, constriñendo á su hermano á encerrarse en la plaza codiciada, en Larache, desde donde se vino á España en petición de auxilio. Esta vez se encargó al Marqués de Santa Cruz estar á la mira con sus galeras<sup>3</sup>, é hizo un avance sin pasar de

<sup>1</sup> Página 420. Varian mucho las cifras supuestas de los expulsados. Don Manuel Danvila, con razones de peso, la estima en 500.000 almas.

<sup>2</sup> Postrero servicio suyo. Falleció en 1610, disfrutando el título de Conde de Púñonrostro. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXXI, página 474.

<sup>3</sup> Galindo y de Vera publicó las instrucciones y carta dirigida por el Rey á Muley-Jeque, en su *Historia, vicisitudes y política de España en África*, obra anteriormente citada.



la rada, reconocido el estado de la plaza, volviendo la espalda, aunque llevaba consigo 54 galeras, 14 naos y cosa de 7 á 8.000 hombres de desembarco.

Muley-Jeque se decidió á firmar en Madrid capitulación cediendo definitivamente su Larache á cambio de 200.000 ducados y de 6.000 arcabuces, con otras condiciones de favor, por las cuales le condujeron las galeras del Conde de Elda á desembarcar en Vélez de la Gomera, protegido por la artillería del Peñón. Otra vuelta de la fortuna dió victoria á su hijo contra el Cidán y á él arrepentimiento de lo suscrito, temiendo en alternativa el enojo de los españoles y el de sus fieles creyentes vencedores. Presentándose, pues, el Marqués de San Germán con la armada para el acto de la entrega, le recibieron á tiros; y como no llevaba bastante recaudo para entrarla por fuerza, habiendo echado 300 hombres en tierra con objeto sólo de castigar el desacato, y matádoles 30 ó 40 hombres en escaramuza, se vino á dar cuenta en tercera venga<sup>1</sup>.

Mediaron, por tanto, quejas y reclamaciones de efecto confluente: el 18 de Noviembre de 1610 partió de nuevo el Marqués de San Germán con las galeras de D. Pedro de Toledo, llevando 3.000 infantes; se avistó en Tánger con Muley-Jeque, y, siguiendo á Larache, le fué entregada la plaza sin disparar un mosquete, sin más pérdida, por tanto, que la de

<sup>1</sup> Ridiculizándola en España, circuló este soneto poco culto:

»—¿De dónde venís, Joan, con pedorreras?  
 —Señora tía, de Cagalarache.  
 —Sobrino, ¿fuisteis muchos á Alfarache?  
 —Treinta soldados con tres mil galeras.  
 —¿Tanta gente? —Tomámoslo de veras.  
 —¿Desembarcastes, Joan? —Tarde piache;  
 que en dando un Santiago de azabache  
 dió la playa más moros que veneras.  
 —¿Luego es de moros? —Sí, señora tía;  
 mucha algazara, pero poca ropa.  
 —¿Hicieron os los perros algún daño?  
 —No, que en ladando con su artillería  
 á todos nos dió cámaras de popa.  
 —Salud sería para todo el año.»

En la Academia de la Historia, Colección Salazar, K. 28, fol. 36, hay manuscrita, *Relación de lo que pasó al Marqués de San Germán en la jornada de Larache*.



algunos soldados que se ahogaron por zozobrar los bateles al pasar la barra peligrosa. Tomó posesión de dos fuertes: uno sobre la misma barra, con 30 piezas de artillería de bronce; otro en el interior, con 60, foso, contrafoso, puertas de hierro. En el acto empezaron los soldados á mejorar la fortificación con trincheras y fosos provisionales, á reserva de hacerlos definitivos <sup>1</sup>, quedando 700 infantes y 70 jinetes de presidio.

Tardó poco en advertirse que los corsarios habían hecho al Sur de Larache otra madriguera mejor en la Mámora, donde podían entrar buques de 300 toneladas, mientras que la barra de la anterior no los admitía mayores de 100. Habiendo reconocido el lugar, pareció seria más económico cegarlo que poner presidio, levantando fortificaciones. El plan estudió un capitán, ingeniero de Flandes, Pedro Jerónimo Carro, y era parecido al de Alejandro para inutilizar al puerto de Tiro el mismo empleado por el Marqués de Santa Cruz cuando cerró la boca de Tetuán; consistía en macizar de piedra barcos viejos de 200 á 400 toneladas y sumergirlos, como se hizo, dirigiendo la operación D. Pedro de Toledo bajo el fuego de mosquetería de los moros, que causó algunos heridos <sup>2</sup>.

La actividad de las escuadras de naves y galeras tuvo por entonces empleo en perseguir á la nube de piratas sostenidos por la esperanza de interceptar naves indias, á ejemplo y semejanza de Simón Dancer. Muley-Cidán había formado también escuadrilla, tomando á sueldo navios bretones, ingleses y holandeses, á los que proporcionó apostadero; de

<sup>1</sup> Subsiste sobre la Puerta de la Marina una lápida, en que se lee: *Por la gracia de Dios, Reinando Phelipe Tercero, ganó estas plazas por mano del Marqués de la Yn-josa, Año de 1610; y governando de Maese de Campo Pedro Rodriguez Santistevan hizo esta muralla, año de 1618.* Del suceso hay relaciones impresas en Sevilla y Valencia; planos de Bautista Antonelli, y documentos en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas, Loyola, Leg. 1*, y en la Dirección de Hidrografía, *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 104.

Algo adelante pareció un libro escrito por Juan Luis de Roxas, soldado, impreso en Lisboa por Jorge Rodriguez, *Relaciones de algunos sucesos posteriores en Berberia. Salida de los moriscos de España y entrega de Alarache*. Lisboa, 1613.

<sup>2</sup> Relación en la *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 106, y carta de enhorabuena del Rey, idem, t. XXXVI.



Argel seguian saliendo como siempre, y no bastaba el crucero de las galeras, él de Oquendo sobre la costa de Portugal; el de D. Juan Fajardo, hijo de D. Luis, en el Estrecho, ni la severidad del castigo aplicado á los capitanes aprisionados por robar sin bandera ni documento de creencia; piratas en la verdadera acepción de la palabra, que daban ya disgusto á venecianos, ingleses y aun holandeses, habiéndoles apresado dos naves de las de la especiería.

Miguel de Vidazábal, almirante de la armada del Océano, corriéndose hacia el Sur con seis galeoncetes construidos en Dunquerque, sorprendió al ancla en Mogador á cinco bajeles de Cidán, que, al dar la vela precipitadamente, vararon en la costa. Escapó la capitana armada con 18 piezas: uno holandés de 80 toneladas, seis cañones y cuatro pedreros se puso á flote y marinó; los otros tres se incendiaron después de saquearlos y reconocer eran: holandés de 300 toneladas y 16 cañones de hierro uno; otro de 200 y 12, y el tercero del Havre, de 100 toneladas<sup>1</sup>.

Hizo otra captura de importancia D. Pedro de Toledo, saliendo de Málaga contra dos navíos que se atrevieron á atacar á los de comercio á vista del puerto. Los piratas se defendieron desesperadamente cinco horas contra once galeras<sup>2</sup>.

Se hizo más de notar la presa de dos navíos hecha por don Pedro de Lara á vista de Salé, por encontrar á bordo muchos objetos preciosos de la recámara de Muley-Cidán, entre ellos los manuscritos árabes que constituyan su librería, comprendiendo obras estimadas de biografía, filosofía, medicina y comentarios del Corán. El rey de Marruecos abrió negociaciones para tratar del rescate, ofreciendo 70.000 ducados por su querida biblioteca, y D. Felipe procuró utilizar la ocasión

<sup>1</sup> Relación en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. cxxxii, fol. 13. Carta de enhorabuena del Rey al Duque de Medina-Sidonia por haberse hallado en la función su hijo D. Rodrigo de Silva y Mendoza, año de 1611. *Colección Navarrete*, t. xxxi.

<sup>2</sup> Día 15 de Agosto de 1611. Carta de enhorabuena del Rey á D. Pedro. *Colección Navarrete*, t. xxxvi. En Málaga salió á luz un romance descriptivo.



pidiendo, en vez de dinero, la libertad de los cautivos cristianos que hubiera en Berbería. Como para ello hubo dificultades creadas por la guerra civil, se enviaron los manuscritos á formar parte selecta de la biblioteca de El Escorial <sup>1</sup>.

Entre los medios estudiados por el Gobierno para combatir la dolencia del corso entraba la ocupación de la Mámora, Mahámora ó Mehdia, á la boca del río Sebú, en cuya barra se afondaron los bajeles cargados de piedra, perdiendo el tiempo y el dinero, porque durante los temporales del invierno los golpes de mar, violentísimos en aquella costa brava, la corriente del río y la resaca en la barra movediza, desmenuzaron y esparcieron los obstáculos, abriendo otra vez el puerto á las galeotas. En los consejos se oían opiniones contrarias á la conservación de Larache por el gasto que causaba, cuanto más á la fundación de presidio nuevo que habría necesariamente que fortificar y proveer; mas sabiéndose, por otra parte, que los holandeses negociaban con Muley-Cidán la cesión del puerto, queriendo tener donde estacionarse cerca del estrecho de Gibraltar, sobre la opinión de los hombres de hacienda prevaleció la de los de Estado, que no veían sin recelo la probabilidad de tener vecino molesto, quedando resuelto el envío de expedición suficiente al objeto.

Se confirió el mando y dirección al Capitán general de la armada del océano, poniendo á sus órdenes las escuadras de galeras de España y de Portugal y un cuerpo de ejército de desembarco de 5.000 hombres. Debía de llevar sobre las provisiones ordinarias de boca y guerra materiales de construcción con que emprender en seguida la fábrica de fuertes necesarios, con lo que subió casi á cien velas su armada. El día 1.<sup>o</sup> de Agosto de 1614 la sacó de la bahía, llevándola con precaución á los sitios en que mucho más que á los moros temía á las malas condiciones de la costa, sabiendo que antes que á ellos tenía que vencer á la resaca para poner en tierra hombres y municiones.

<sup>1</sup> El rey Carlos II negoció en 1690 una parte, devolviéndola á Marruecos. Véase *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 117.



Encontró fondeadas en la rada cuatro naves de guerra al mando del almirante holandés Eversen, muy cortés y atento en saludar al estandarte de España. Su presencia confirmaba la razón de no haber dado tiempo á que terminara las negociaciones.

De acuerdo con D. Pedro de Toledo y con el Conde de Elda, Generales de las galeras, esperó Fajardo un dia de calma para echar 2.000 hombres en una playuela limpia en el exterior, mientras aquéllas abocaban la barra batiendo las defensas con los grandes cañones de crujía. Dentro había 15 naves de corsarios, que habían echado á pique en el canal dos embarcaciones y formado sobre ellas con árboles y entenas una cadena resistente; tras ella estaban acoderadas en línea las naves, apoyadas en las dos cabezas ú orillas del canal, por baterías de tierra. La posición era fortísima; pero los moros, que esperaban confiados el ataque de frente, se aturdieron viendo aproximarse por la espalda á los castellanos, á tiempo que la infantería y caballos habían marchado á la carrrera hacia Salé, atraídos por el falso ataque iniciado sobre la población por el almirante Vidazábal. Los corsarios no esperaron la acometida; pusieron fuego á los navíos y clavaron las piezas de ambas baterías con tanta torpeza ó precipitación, que la gente de las galeras usó de sus mismas municiones para tirarles en la huída, y apagó el incendio en diez navíos, consumiéndose no más de cuatro.

Fajardo añadió á sus victorias una más, con que se justificaba la reputación de entendido, consiguiéndola sin pérdida de sangre gracias á la habilidad de las disposiciones. Tuvo algunos ahogados por trabucar las olas á los bateles en la barra, y gracias daba él á la bonanza relativa con que pudo poner en tierra á los infantes mojados hasta el pecho, no contando con tan buena suerte <sup>1</sup>.

Iban á la jornada muchas personas de cuenta: el maestre de campo D. Jerónimo Agustín, los capitanes de mar Barto-

<sup>1</sup> Carta que dirigió al Presidente del Consejo. Academia de la Historia, *colección de Jesuitas*, t. CXXXII, núm. 23.



lomé García de Nodal y Agustín Romanico; el teniente general de artillería Sebastián Granero; el capitán Cristóbal Lechuga, entretenidos y aventureros de casas nobles que, por ejemplo, tomaron los primeros la pala ó el azadón; de suerte que en poco espacio estuvo la gente atrincherada y en disposición de rechazar el asalto de los moros de Salé y pueblos vecinos, que dieron varios, uno muy serio entre ellos, el 15 de Agosto. Después se fueron perfeccionando las obras de un fuerte que se artilló con 50 piezas, y dejándole 2.500 hombres de guarnición se volvió Fajardo satisfecho con perder de vista á los escollos que le habían quitado el sueño.

Con la nueva de la ocupación satisfizo más el escarmiento de los merodeadores que se iba propinando en los cruceros, siendo de consignar el del almirante Santurce, que apresó dos en el Estrecho, bien defendidos por gente de todas naciones. Los capitanes y los renegados se ahorcaron en Gibraltar<sup>1</sup>. El combate de la capitana y un galeoncete de don Juan Fajardo contra escuadrilla de seis, en que fué rendido uno de 300 toneladas, muerto el capitán y casi toda la gente<sup>2</sup>, y el de un solo galeoncete, *San Bartolomé*, con dos ingleses; el uno de 200 toneladas, que se voló, huyendo el otro. Tomáronse 20 prisioneros recogidos en el agua, teniendo de nuestra parte 10 muertos y 52 heridos<sup>3</sup>. Fajardo recibió plácemes<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Relación impresa en Málaga. *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 11.

<sup>2</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4, núm. 1.420.

<sup>3</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4, núm. 1.421.

<sup>4</sup> De la jornada de la Mámora se imprimieron diversas relaciones sueltas: dos hay en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CII, núm. 42: t. CXVII, número 38, y t. CXXXII, núm. 23; otra inédita apareció en *El Averiguador*, Madrid, 1871, pág. 27. El Dr. D. Gabriel de Ayrolo Calar escribió una canción, insertándola en el *Pensil de Príncipes*, fol. 15. D. Agustín de Horozco un *Discurso historial de la presa del puerto de la Mámora*, impreso en Madrid por Miguel Serrano de Vargas, 1615, reimpreso en la *Colección de Autores españoles de Rivadeneira*, t. XXXVI. En Amberes se grabó estampa representando el ataque de la plaza por naos y galeras, con texto en lengua flamenca. Se guarda ejemplar en la biblioteca particular de S. M. el Rey.





## XXI.

### LA MARINA DEL DUQUE DE OSUNA.

1611-1620.

Don Pedro Téllez Girón.—Su concepto de la marina.—Es nombrado Virrey de Sicilia.—Arma naves y galeras suyas.—Sirven de modelos.—Cruceros atrevidos hasta el fondo del Mediterráneo.—Hacen estragos en Túnez y en Turquía.—Vencen en todos los encuentros.—Paralelo con las jornadas del príncipe Filiberto de Saboya.—Coarta el Gobierno las operaciones.—Condena el corso y se sirve de él.—Batalla memorable en cabo Celidonia.—Seis naves contra 55 galeras turcas.—Entran los galeones del Duque en el Adriático.—Castigan la soberbia de Venecia.—Conjuración.—Liga de los príncipes cristianos.—Expedición estéril del príncipe Filiberto.—Acaba la marina de Osuna.

ENGO sometido á la censura pública, con título de *El gran Duque de Osuna y su marina*, un libro <sup>1</sup> en que desarrollé con bastante extensión los sucesos marítimos en el Mediterráneo durante el periodo de 1611 á 1624, emitiendo juicios, bosquejando biografías, transcribiendo documentos inéditos ó relaciones raras, y poniendo por final bibliografía de lo que pudiera interesar. Repetir lo apuntado me parece ocioso; resumiré lo estrictamente necesario para que en esta obra más nueva no se pierda la ilación histórica; queda al curioso campo donde examinar lo que le plazca.

Aparece el Duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, como hombre de excepcional capacidad, de envidiables luces naturales, avivadas con el estudio y la comunicación de otros

<sup>1</sup> Impreso por los Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1885, 8.<sup>o</sup>, 458 páginas.



hombres de nota, en Flandes, en Francia, en Holanda y en Inglaterra; en estas dos últimas naciones sobre todo, donde se propuso investigar el origen con las causas de su rápido crecimiento á expensas de los españoles; y una vez formada la convicción, demostrar, como llegó á hacerlo á su tiempo, que si España no dominaba el mar ni tenía siquiera marina, no era porque careciera de gente apta ni de elementos materiales, sino por falta de gobernantes que supieran para lo que la marina sirve y la echaran en el platillo de la balanza europea cuando llegaban ocasiones.

Un arranque de oratoria ante el Consejo le valió nombramiento de Virrey de Sicilia, por atreverse á decir que el Rey no tenía de la soberanía de la isla más que el título, disfrutando el usufructo los corsarios turcos, y que mantenía un representante, gacetero de la Corte, para avisar desembarcos, incendios de ciudades y asaltos de castillos.

Investido con la autoridad que deseaba á principios del año 1611, haciéndola sentir desde el momento en el terreno estimado campo franco de guapos y espadachines, se valió de la primera jornada naval, dirigida por instrucciones de la Corte, para ir dando curso á sus opiniones.

Se reunieron en Mesina, á las órdenes del Marqués de Santa Cruz, sus galeras de Nápoles, 12 en número; 10 de la escuadra de Génova, siete de la de Sicilia, cinco de Malta, teniendo por objeto hacer esclavos para remeros. El 27 de Septiembre del año dicho llegaron unidas á la isla de los Querquenes; pusieron en tierra un tercio de infantería con 50 caballos ligeros, y avanzaron en tres escuadrones, hallando los casares abandonados. Los moros se habían ido á una isleta contigua, en que estaban fortificados; y siendo preciso esguazar el canal para atacarlos, murieron tres capitanes y varios caballeros, pérdida no compensada con la prisión de unos 500 alárabes y del ganado vacuno que admitieron las galeras <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Papeles relativos á la jornada de los Querquenes. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XLIV.



Don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna.





El Duque adoptó el método intuitivo para propaganda eficaz de las ideas, haciendo construir por su cuenta dos galeras, capitana y sencilla, que pudieran servir de comparación con las de la escuadra real, sin perdonar gasto ni cuidado en la fábrica ni el armamento. No tenía que embarzarse con expedientes, informes ó consultas, ni que atenerse á reglamentos ó trámites de contadores: las galeras eran suyas; iban á navegar con su bandera privativa, y estaba á su arbitrio la elección de capitanes, juntamente con el personal que le pareciera. Esto sin perjuicio de celar el orden de las otras, en las que encontró, según escribía al Rey, con sueldo niños de teta, y sin él los soldados y marineros, á quienes se debían treinta pagas. «Hago diligencia, añadía, que toda la chusma coma y beba tan buen pan y vino como los criados de mi casa, no costándole á V. M. más que el vino que se les daba por lo pasado; con que de doscientos y trescientos enfermos que solía haber dellos, no habemos tenido el año pasado y éste sino ocho ó diez.»

Con sus prevenciones, obtenido del Parlamento de Messina subsidio extraordinario, despachó, al mando de D. Antonio Pimentel, seis galeras á sorprender á los corsarios que en el puerto de Túnez, guiados por un renegado inglés, disponían escuadra con que saquear en las costas de las Indias occidentales. La expedición se hizo muy bien; llegaron las galeras á la boca del puerto, donde fondearon sin ser vistas, y á media noche entraron de improviso las chalupas con 100 soldados provistos de artificios: los arrimaron á las naos, y siete ardieron por completo, echándose al agua los moros espantados. Aprovechando la confusión y el pánico, sacaron los nuestros á remolque el mejor navío, de 1.000 toneladas, y otros dos menores. Verificóse la función la noche del 23 de Mayo de 1612.

Al salir á la mar con las presas, encontraron á siete galeas de Nápoles que duplicaban la fuerza. También de noche acometieron todas á Biserta, donde los tunecinos acababan de establecer atarazana con grandes almacenes. Todo lo abrasaron después de saquear, con escasa pérdida, aunque,



lo mismo que en Túnez, hizo el fuerte disparos de artillería; los muertos no pasaron de 10, calculándose en 500 los de los enemigos. Tal resultado suelen dar las sorpresas nocturnas cuando salen bien.

Trataron los turcos de desquitarse sorprendiendo á su vez nada menos que al puerto de Mesina, y les resultó muy mal la cuenta; perdieron dos naos, una presa que habian hecho de bajel de Cartagena, dos galeras, tres galeotas y 500 hombres, bajando sus brios, al paso que los ánimos se levantaban en Sicilia.

Estas acciones no eran otra cosa que ensayos con que preparaba Osuna las de importancia; quería dar seguridad de su propia fuerza á la escuadra, y confianza en el general don Octavio de Aragón, que había elegido y que dejó perpetuo renombre en los mares de Levante; deseaba al mismo tiempo disponer de bajeles de vela, porque ya por todos lados se empleaban, rebajado el concepto de las embarcaciones de remo, y contaba con dos galeones nuevos armados para inculcar la máxima de que un navío de guerra, si ha de cumplir con la misión á que se destina y llevar con honra la bandera, ha de salir del puerto con la certeza de no encontrar de su misma clase y porte ningún otro superior en marcha, en fuerza ni en manejo.

Don Octavio de Aragón hizo en Chicheri, costa de Berbería, desembarco; tomó el castillo, con el Gobernador herido y muerte de 800 moros, completando el triunfo con incendio de cuatro navíos en el puerto. Fué con ocho galeras reforzadas al archipiélago griego, sabiendo que por allá andaba Mahomet-Bajá con 12 cobrando los tributos, y atacándolas sin vacilación rindió á la capitana y á seis más, llevándolas á Mesina por testimonio de victoria, sin superior en las circunstancias.

¿Qué no podría emprenderse en Turquía con fuerzas de consideración, visto el resultado de estas pocas? El Duque propuso á la Corte una jornada que aprovechara las disensiones de los otomanos, y se aceptó para inauguración de servicios y honra del Capitán general de la mar, recientemente nombrado.



Emmanuel Filiberto de Saboya, hijo del duque Carlos Manuel y de la infanta Catalina, sobrino carnal del rey don Felipe III, por tanto, vino á Madrid por segunda vez en 1610 á manera de rehén que moderara la conducta ambiciosa de su padre. Como prenda de reconciliación se le confirió en 1612 el cargo importante, no provisto desde la muerte de Juan Andrea Doria, con título igual al que tuvo D. Juan de Austria, con atribuciones quizá más amplias, porque se cercenaban las propias del Capitán general de la costa de Andalucía y las del Capitán general de las galeras de España. Se creyeron por ello agraviados el Duque de Medina-Sidonia y D. Pedro de Toledo, promoviendo reclamaciones y memoriales, por los que se advertía que el respeto á la condición de príncipe de la sangre en Filiberto no superaba á la antipatía de su persona <sup>1</sup>.

Mientras se disponía á la navegación, trató el Sultán de vengar los daños experimentados enviando á Malta armada y ejército; pero no tardó más en saberlo el Virrey de Sicilia que en despachar á D. Octavio de Aragón con las galeras por la costa opuesta, reembarcándose entonces los enemigos con tanta precipitación que abandonaron artillería y bagajes, y persiguiéndolos á fuerza de remo logró todavía D. Octavio alcanzar á la retaguardia, echar á fondo una galera y abordar otra, que rindió, con 500 turcos y 70 esclavos cristianos; victoria no menos satisfactoria que las anteriores, por cuanto libró á los caballeros de San Juan de gran peligro y se sobrepuso á los soberbios mahometanos con fuerzas tan inferiores <sup>2</sup>.

La llegada del príncipe Filiberto á Mesina no correspondió á los deseos de verlo: llevaba 20 galeras; pero qué armamento. El Príncipe mismo no supo disimular la pena de la comparación con aquellas del Duque, pagadas al corriente, provistas con lujo, mientras que las suyas ni lo necesario tenían. De todos modos llegaban á 55 las reunidas, número

<sup>1</sup> Correspondencia. *Colección Navarrete*, tomos XXXI y XXXVI.

<sup>2</sup> Relación impresa en Sevilla.



suficiente para cualquiera empresa á juicio del Virrey, que proponía se atacara á los turcos en sus fuertes, contra el parecer de los recién llegados.

Envió por delante al capitán Pedro Sánchez con su capitana, y por otra parte, con dos galeras reforzadas, á D. Diego Pimentel, teniente general de las de Nápoles, á fin de tomar lengua y reconocer la posición del enemigo. No pudo hacerlo; doblando una punta á nueve millas de Navarino topó de improviso con otras dos turcas, siendo inevitable el encuentro. Al primer disparo echó abajo la entena de una de ellas, quedando tan embarazados los genízaro, que en menos de una hora la rindió; abordaron entonces las dos cristianas con la misma suerte, aunque con más sangrienta disputa. Los prisioneros fueron 300, 400 los redimidos, grande la gloria del triunfo, resultando ser las presas las capitanas de Alejandria y de Damieta; mas el gozo se aguó porque, al ruido de los cañonazos, salieron de Navarino tres galeras á boga arrancada hacia el sitio del combate, ganando pronto camino sobre las de Pimentel por llevar á remolque las rendidas. Los soldados querían abandonarlas, observando que otras más seguían; no lo consintió D. Diego, amenazando de muerte al que tocara á los cabos; y consiguiendo aguantarse á distancia hasta que anocheció, con la obscuridad burló el rumbo y pudo entrar en Mesina, arrastrando por el agua los estandartes de Mahoma.

Utilizando las noticias obtenidas de los prisioneros marchó toda la armada sobre Navarino á las órdenes del Príncipe. Se presagiaba señaladísima acción, ó el intento al menos, á favor del prestigio moral adquirido. Nada hubo; el Príncipe ordenó la retirada sin disparar un cañonazo y dió vuelta á Mesina.

Desde entonces no pensó el Duque de Osuna en solicitar refuerzos ni en proponer á la Corte planes formados con la mejor intención, utilizando el espionaje, que le informaba de cuanto ocurría. Tenía insinuados los de aniquilar la armada turca, pidiendo la cooperación de las galeras del Papa, Malta, Toscana y Parma, y principalmente el de favorecer la sublevación de los griegos y ayudar á su independencia, lo que



podría hacerse sin mucho coste y con incalculable resultado político. Un proyecto para construir bajeles redondos y dedicarlos al corso, fué desechado como los demás. En asuntos de marina era en los que mayor resistencia á los gastos encontraba y en los que menos se escuchaban las recomendaciones. Determinó por lo mismo fabricar por su cuenta dos navíos, de 46 piezas el uno, de 20 el otro, para que, formando escuadra con un patache y las galeras, fueran al mando de D. Octavio de Aragón á llevar armas y municiones á los mainotas y á correr el archipiélago. Los mercaderes sicilianos le ofrecieron cuanto dinero hiciera falta; la juventud acudió solicitando puesto para una campaña que prometía, y dió en efecto buen resultado, lograda entre las presas la de una flota de diez caramuzales en viaje de Egipto á Constantinopla.

En Madrid no produjo tan buen efecto la nueva, murmurándose de la resolución y de las ganancias del Duque. Dictóse de resultas orden que parecía de generalidad, prohibiendo á los particulares el corso; Osuna contestó que la obedecería, aun cuando le parecía que se favorecía con ella á los turcos y había de quedar muy comprometida la navegación de los cristianos, y pidió á seguida, con mucho respeto, ya que estaba cumplido el plazo del virreinato, se nombrara persona que supiera servirlo mejor.

Los considerandos del Consejo al consultar la reprensión eran conformes con el concepto tradicional de la corona de España, contrario al empleo de un medio de guerra abusivo é inmoral en la práctica. Poco antes, en 1606, se había negado al Marqués de Santa Cruz la autorización que pedía para armar navíos de su cuenta<sup>1</sup>, por más que tratándose de turcos y moros no se desconociera que en el corso tenían la savia alimenticia y con él poblaban las galeras, despoblando nuestras costas y poniendo á contribución y rescate á los pueblos marítimos de Europa.

Las naves del Duque de Osuna no tenían de corsarias más

<sup>1</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4.<sup>º</sup>, núm. 1.365.



que el nombre y la bandera; regísalas un general, llevaban capitanes é infantería española sujeta á la disciplina militar, y sus campañas pesaban solamente sobre el azote del nombre cristiano; pero los que se llamaban hombres de gobierno en Madrid preferían á este Virrey de iniciativa los que, dóciles á la indicación, se acomodaban á convertirse en instrumentos, y así ordenaban que estuviera á la defensiva sin distraer las fuerzas organizadas, atendiendo á que «la infantería española no quiere S. M. que se acostumbre á piratear, ni conviene; ni que con nombre suyo ni de sus ministros se inquieten las naves de mercancía que van á Levante, ni se hagan presas allí en navíos de turcos, pues en ellos se toman niños y mujeres, y pocos ó ningunos esclavos útiles para el remo.....»

Se hubiera admitido, pues, con mucho gusto la dimisión de Osuna, y para ello se elevó propuesta al Rey, á no llegar, antes que se resolviera, nueva cierta de armar el turco, sin contar cosa que oponerle aún *en defensiva*; enojado el príncipe Filiberto por desatenciones <sup>1</sup>, y en difícilísima postura por la declaración de guerra de su padre; el Marqués de Santa Cruz, con todas las galeras, expugnando á Villafranca, Marro y Oneglia, hasta entrarlas; el litoral de España tan sólo, que á vista de Barcelona batió la patrona real á un navío de Argel <sup>2</sup>. Por todo ello hubieron de transigir los ministros guardianes de la moralidad política, trasladando á D. Pedro Girón al virreinato de Nápoles, donde iba á ser necesario, con órdenes ambiguas que anulaban á las anteriores, dándole muchas gracias por haber despachado á Levante sus buques y hecho nuevas presas de corsarios, encomendándole, en fin, que celara las prevencioncs de los enemigos.

Hizo el Duque la entrada en Nápoles en su propia escuadra, contando por despedida de Sicilia con hechos de brillo, como se calificaron la rendición de la capitana de Asan Mariol en aguas de Grecia; el combate de Francisco Rivera, capitán cuyo nombre había de sonar mucho, con dos galeo-

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, números 1.416 y 1.426.

<sup>2</sup> Balaguer, *Historia de Cataluña*.



nes tunecinos de 40 y de 36 piezas, librando al suyo con 42 balazos á lumbre de agua, aparte los de arriba, pero sin más de tres muertos y 30 heridos, por lo que se arriesgó á entrar en la Goleta y á tomar á cuatro navíos corsarios de á 18 y 20 cañones cada uno, bajo los fuegos del castillo; la captura de caramuzales que conducían á la guarnición de Alejandria 700 genizaros, de los que murieron en la acción 340, quedando cautivos los restantes.

Al tratar de la manera singular con que el Duque se conducía, dije en mi libro citado, y repito con convicción: «No alabo en esto los actos del Virrey, ni juzgo la latitud que daba á sus atribuciones, ó la iniciativa con que corregía desaciertos de origen superior; narro sencillamente los sucesos, confirmándome en que al proceder con un desembarazo sin precedentes, sosteniendo correspondencia diplomática con príncipes extranjeros, tratando de la paz y de la guerra, imponiendo tributos nuevos, conduciéndose, en una palabra, como soberano independiente en cierto modo, conocía bien el rodaje de la gobernación española y debía de tener entre él algún resorte ó muelle que ayudara con la superioridad de su talento á desviar los obstáculos en que tropezaba su ideal, si ambicioso de gloria y riqueza, evidentemente grandioso y patriótico.»

Preñado de amenazas estaba el horizonte político de Italia en los momentos de cambiar de cargo, habiendo desplegado los venecianos las alas y empujado á Savoya contra España al tiempo que ellos atacaban al archiduque Fernando en las posesiones del Adriático. El nuevo Virrey de Nápoles se preparó, construyendo más galeones; muchos no quería, si excelentes, y los tuvo pronto. Aquellas dificultades que la administración oficial encontraba para enviar á la mar cualquier escuadrilla, la carencia de marineros, la falta de pertrechos, la mezquindad de raciones no existían para el Duque de Osuna; al contrario, tenía de sobra y elegía lo mejor, lo mismo entre soldados y aventureros que entre la gente de mar que de todas partes le acudía, dispuesta á dejarse matar á cambio de la consideración, comodidad y ventajas que



encontraba. No era otro el secreto de los prodigios que hacían los bajeles de Osuna.

Inauguró la campaña de 1616 despachando su escuadra de vela á cargo de Francisco de Rivera, con esta composición: *Concepción*, capitana, de 52 cañones; *Almiranta*, de 34, al mando del alférez Serrano; nao *Buenaventura*, de 27, alférez Iñigo de Urquiza; nao *Carretina*, de 34, alférez Valmaseda; San Juan Bautista, de 30, D. Juan de Cereceda; patache *Santiago*, de 14, alférez Garraza. Entre todos se distribuyeron 1.000 mosqueteros españoles. Las instrucciones mandaban llegar hasta el fondo del Mediterráneo, buscar por cualquier parte á la armada turca, batirla, hacer en tanto el daño que se pudiera.

No era la escuadra, como se ve, de número y fuerza que pudiera asustar al Imperio; el encuentro se debía esperar, por tanto, siendo Rivera soldado de los que cumplen á la letra las órdenes recibidas sin pararse en inconvenientes. Habiendo recalado sobre Chipre y dejádose ver de Famagusta y otros puertos en que hizo presa, estableció crucero en el cabo de Celidonia, cierto de que allí le buscarían.

Poco tuvo que esperar: al tercer día, el 14 de Julio, se aproxiñaron 55 galeras otomanas en su formación acostumbrada de media luna, viniendo derechamente á envolver á las naves. De éstas separó Rivera dos como reserva, uniendo las otras cuatro, proa con popa, ciñendo el viento con trinquete y gavia. Empezó el cañoneo á las nueve de la mañana, durando hasta la puesta del sol, hora á la que los turcos se apartaron. Ocho galeras habían escorado, ó dado á la banda, indicación de haber recibido balazos bajo la lumbre de agua y de estarlos reparando. La noche pasaron con fanales encendidos, sin perderse de vista.

El siguiente día se arrimaron las galeras á tiro de mosquete y se determinaron á abordar, embistiendo dos grupos á la capitana y á la almiranta; pero al sufrir el fuego de enfilada fué tanto el estrago, que al momento se desasieron y retiraron. Viéronse, como el día anterior, 10 galeras muy averiadas tapando agujeros.



Vino en el dia tercero á continuarse el combate con intervalos de descanso. Dos veces volvieron á intentar los turcos el abordaje, llegando á meterse bajo la artillería; pero el patache, situado por la proa de la capitana con este objeto, las flanqueó ventajosamente, desalojándolas; una se fué al fondo; dos salieron sin árboles; 17 malparadas; las demás reconociéndose vencidas, pues abandonaron el campo de batalla, desapareciendo de la vista.

El combate de cabo Celidonia tuvo resonancia entre los que hacen época y ejemplar de enseñanza, volando por Europa la nueva y los comentarios de la gente náutica. Suponiendo que las galeras no montaran más que cuatro piezas gruesas en la proa (que serían más), sumaban 224 en disposición de emplearse á voluntad con la impulsión de los remos, mientras que la escuadra española tenía 95 en cada banda, y con que llevaran sólo las dichas galeras á 200 hombres de combate, juntaban 11.200 contra los 1.600 de Rivera. Para el abordaje daba ventaja á los galeones la mayor altura de los costados, y al intentarlo debieron de sufrir los turcos daño considerable. En el parte de Rivera no se dice fuera echada á fondo más de una galera; en otras relaciones se afirma fueron cinco, y que otras dos se volaron. Corrió por Italia la voz, quizás exagerada, de haber muerto 1.200 genízaro, y de chusma y marinería, pasados 2.000; bien se entiende no serían turcos los que lo dijeron. Por nuestra parte hubo 34 muertos, 93 heridos graves, muchos leves de astillazos, quedando los galeones destrozados, sin palo ni verga entera, la jarcia cortada; los vasos como grilleras, teniendo que llevar remolcados á la capitana y al patache.

Razón había para el aplauso general tributado al Duque de Osuna, pensando lo que hubiera ocurrido en Calabria ó Sicilia de llegar á las costas las 55 galeras turcas con más de 12.000 hombres de desembarco que llevaban. La generalidad cantaba la victoria de seis bajeles contra 50 ó 60; no veía otra cosa, satisfecha la vanidad nacional; los ministros, cualquiera que fuese su disposición hacia el Duque de Osuna, tenían que admitir la evidencia de haber librado al reino de conflicto



gravísimo con la resolución deliberada de retar al turco en sus aguas y cortádole las alas, demostrando que «de poder á poder, bastaba el de un vasallo del Rey de España á pelear con el suyo»<sup>1</sup>. Tampoco fuera cuerdo ir contra la opinión general, excitada con el suceso; de forma que sin recuerdo de las prevenciones deatrás, órdenes conminatorias y condenación del corso, enviáronle despacho de S. M. con expresivas gracias, distinguiendo de paso á Francisco de Rivera con título de almirante y hábito de Santiago. Bien lo merecía<sup>2</sup>.

Tuvo desde entonces el Duque galeones en el Archipiélago, favoreciendo á los griegos y poniendo en continua alarma á las guarniciones otomanas, con más al saber que había salido de Constantinopla el famoso renegado calabrés Azán con 12 galeras; envió á su encuentro 10, que así daba á entender el desprecio en que tenía á los turcos, sin engañarse en el resultado. En combate que duró dos días con ensañamiento, sólo tres de las enemigas escaparon; cinco fueron apresadas; dos destruidas, recobrándose dos navíos genoveses que se llevaban.

Por otro lado, no queriendo tener ociosa á la gente en invierno, como se acostumbraba, despachó el 12 de Octubre á D. Octavio de Aragón con nueve galeras á sus costas, pasando por Candia, Corón, Modón y Negroponte, hasta dar vista y cañonear en són de mofa á Constantinopla con ardor notable. Era de noche: salieron del puerto tras de las españolas 30 galeras, y las primeras tomaron el viento en popa, que era recio, apagando los fanales sin que quedara más que

<sup>1</sup> Carta del Duque.

<sup>2</sup> De la batalla naval de Celidonia, que, según Gil González Dávila, tuvieron por prodigiosa los del tiempo, se publicaron en España varias relaciones, é inspirándose en el asunto escribió el poeta Luis Vélez de Guevara la comedia titulada *El asombro de Turquía y Valiente toledano*, con elogio encomiástico, que entre otras frases dice:

«Ese que hiciste capitán famoso,  
Ese que el mundo por edades nombre,  
De cuyo aliento Marte está envidioso,  
De cuyo nombre tiembla cualquier hombre,  
A quien se debe el triunfo victorioso,  
A quien se le atribuye por renombre  
Ser vencedor de aquella acción primera,  
Ya sabes que es el capitán Rivera.»



el de la capitana, la cual ordenó que las otras ocho navegaran la vuelta de las Fornas, mientras seguía rumbo distinto algunas horas. A su tiempo apagó la luz, arribando sin ser vista y juntándose con las demás al mediodía siguiente, al paso que las turcas forzaban la marcha hacia Candia, adonde llegaron; las de Aragón aparecieron en las crucetas de Alejandria, haciendo considerable daño y acabando la campaña con presa de 10 caramuzales gruesos ricamente cargados<sup>1</sup>.

Embrolló por entonces la situación de Italia la política solapada de los venecianos, no descubierta en Madrid hasta tener noticia del convenio hecho con los holandeses, por el que recibirían un cuerpo de ejército auxiliar de 4.000 hombres conducido en 21 naves. El Gobierno vacilaba en llegar á un rompimiento, despachando, entre niuchas órdenes contradictorias, la de que cerrara el estrecho de Gibraltar el Marqués de Santa Cruz con las galeras de España, y se aprestaran las de Sicilia y Nápoles para estorbar la entrada en el Adriático á la escuadra de las Provincias Unidas; la de que unas y otras galeras se retiraran «por no ponerlas á notable riesgo», siendo de considerar la que con carácter reservado recibió el Duque de Osuna, mandándole que con los bajales redondos que tenía hiciera la facción como cosa suya, sin dar á entender que el Rey lo supiera<sup>2</sup>.

Bastando á D. Pedro Girón que se hubiera conocido en la Corte la razón de sus advertencias, escribia sencillamente al dar cuenta de la marcha de la escuadra hacia Brindisi: «Si hallasen las naves ocasión de pelear con igualdad, lo harán; pero si la ventaja fuese demasiada (en los venecianos), mostrarán que van en busca de corsarios, por cuyo respeto no me ha parecido arbolar el estandarte de V. M.; y porque formen la queja de mí, con que V. M. quedará más desempeñado para lo que fuese servido ordenarme.» Es decir, que, en evento desgraciado, con desaprobar la conducta del Virrey y hacer caer sobre él la responsabilidad, sin descréditos de

<sup>1</sup> Refirió un soldado haberle tocado 1.500 escudos de parte en esta presa.

<sup>2</sup> Es conveniente la lectura de las órdenes, comentadas en mi libro de referencia.



la nación se podía prolongar el estado de paz con Venecia, al paso que el éxito redundaría siempre en gloria del Rey.

Francisco de Rivera continuó en el Adriático su carrera de hazañas con interrupción por las alternativas y vacilaciones del Gobierno, contrarrestadas con la entereza del Duque. Llegó á reunir 18 galeones, 33 galeras y cuatro bergantines; habiéndose juntado con D. Pedro de Gamboa y Leiva, jefe superior, cañoneó á la armada veneciana dentro del puerto de Lesina; hizo desembarco de gente á las puertas de esta ciudad; incendió pueblos, taló campos, destruyó los barcos del tráfico, se avistó al fin con la escuadra que mandada el generalísimo de la República, sin que éste, puesto á barlovento con 76 bajeles, aceptara la batalla; por último, apresó el convoy que traían de Levante, tocándoles en lo más sensible.

Publicadas en Milán las paces con Saboya y cerradas al mismo tiempo en Madrid las negociaciones que ponían término á la guerra entre el rey de Bohemia y venecianos, tuvo Osuna órdenes terminantes de hacer salir las naves del Adriático y devolver las presas que habían hecho, originando la segunda parte contestaciones y desavenencias que en extremo llevaron de nuevo al dicho mar á Rivera, en Noviembre de 1617, con 17 galeones, quedando en reserva las galeras. Los venecianos le atacaron con fuerza cuadruplicada, contentándose con la guerra galana de lejos sin procurar resultado decisivo.

Es hecho curioso entre los que la historia registra, el estado de guerra entre las armadas de Nápoles y de Venecia, estando en paz ésta con España y manteniéndose en las respectivas Cortes Embajadores que ofrecían continua seguridad de amistosas disposiciones. La explicación es larga y enojosa por cuanto acaba con demostración de que al sentir la soberbia veneciana daño, humillación y ridículo, sin poder reivindicar el concepto marinero, minó por tierra, en la propia capital de España, á su enemigo temible, atándole las manos.

Ocurrió entonces el suceso misterioso dicho *Conjuración de Venecia*, insigne farsa inventada por el Senado en opi-



nión de eminentes escritores; golpe teatral de autoridad y fuerza discurrido para hacer odioso el nombre español, según otros. Los más de los nuestros niegan que el Duque de Osuna tuviera que ver en el asunto; con sentimiento me aparto de su parecer, formada la convicción de haber sido plan grandioso del Virrey, que pudo realizarse, el de sorprender y aniquilar con un golpe de mano á la ciudad aborrecida <sup>1</sup>.

La correlación de los sucesos en el Adriático obliga á pasar por alto muchos que merecieran relación difusa; el combate y victoria de tres galeras contra seis de turcos en la costa de Calabria, que dió prez á D. Pedro Pimentel; la prisión del bajá de Chipre en su gobierno; las sorpresas, las acometidas con que se devolvían á los mahometanos cada día los daños que tiempo atrás nos habían causado. Hasta las costas de Valencia llegó en los cruceros D. Octavio de Aragón, desde los Dardanelos, destruyendo entre grandes y chicos veinte corsarios, los más tripulados por moriscos de los que se echaron de Valencia, con un tal Cuartanet ó Aly Zaide por jefe.

Entrado el año 1619 se publicó el tratado de confederación entre venecianos y holandeses, causa de mucho cuidado en Madrid y del envío de un cuerpo de ejército auxiliar al archiduque Fernando, transportado desde Nápoles á Trieste por el almirante Rivera. Acaso influyó también para concertar una Liga contra el turco aprontando el Papa seis galeras, otras seis el gran duque de Toscana, seis la religión de Malta, cuatro Génova y 38 España, comprendidas las escuadras de Sicilia y de Nápoles, reuniéndose en este puerto las 60 y 12 naos, al mando general del príncipe Filiberto de Saboya, bastante desairado en su cargo durante la guerra con su padre.

El Consejo de generales de la Liga acordó expugnar á Susa, pensando hallar á la plaza desprevenida; el viento favoreció la navegación; el desembarco se verificó felizmente, y no obstante, rechazados los asaltos ordenó la retirada el Prín-

<sup>1</sup> Libro citado.



cipe, pasando por Cérigo á vista de la escuadra turca sin atacarla, con pretexto de estar infestada de peste y no exponerse al contagio, con lo que volvió á Nápoles, donde los críticos compararon sus desgraciadas empresas con las de Osuna, que jamás reunió tantos bajeles.

No dejaron de surtir su efecto las hablillas en la Corte; el Duque, cumplido ya el tiempo de su virreinado, recibió órdenes ineludibles de deshacer su escuadra particular, aunque en memorial extenso hubiera referido los servicios que prestó y que, llegando á veces á ser de 20 galeones, 20 galeras y 30 buques menores, inmejorables, no distrajeron un real de las rentas de la Corona.

Todavía consiguió algo de lo que se propuso al crear modelos sometidos á experimentación, pues con las modificaciones que introdujo vinieron á destruirse en la marina real prácticas antiguas inconvenientes; la principal, la de nombrar un solo capitán por bajel en vez de los dos, de mar y guerra, que la rutina mantenía.

«Los defectos de esa gran figura (he escrito) cuente el que se ocupe de su vida, y brille aquí adornada de la corona naval que ninguna otra le disputa en nuestra historia. La de don Alvaro de Bazán, en la ejecución; la de D. García de Toledo, en la energía; la de D. Diego Brochero en la organización; las de Patiño y Ensenada, en el pensamiento, no la exceden; pues llegó el Duque á reunir las condiciones de estos ilustres próceres, sin que ellos ni otro alguno, antes ó después, alcanzara á discernir mejor qué cosa es marina militar, cómo se forma, para qué sirve, qué aprovecha.»

Quevedo condensó sus triunfos en este soneto:

«Diez galeras tomó, treinta bajeles,  
Ochenta bergantines, dos mahonas;  
Aprisionóle al turco dos coronas  
Y los cosarios suyos más crueles.

»Sacó del remo más de dos mil fieles,  
Y turcos puso al remo mil personas;  
Y tú, bella Parténope, aprisionas  
La frente que agotaba los laureles.



LA MARINA DEL DUQUE DE OSUNA.

351

»Sus llamas vió en su puerto la Goleta;  
Chicheri y la Calivia saqueados,  
Lloraron su bastón y su jineta.

»Páldio vió el Danubio sus soldados,  
Y á la Mosa y al Rhin dió su trompeta  
Ley, y murió temido de los hados.»





Cristóbal de Rojas.





## XXII.

### PIRATERÍA EN EL MEDITERRÁNEO.

1614-1621.

Argelinos, ingleses y holandeses.—Adoptan bajeles de vela.—Guarda del Estrecho.—Combates frecuentes.—El Duque de Lerma se hace armador.—Presas.—Ataques de los piratas á Adra, Bayona é islas Canarias.—Victorias de Vidazábal.—Constrúyense torres de atalaya.—Se reforman las escuadras.—Acción común de Inglaterra, Francia, Holanda, Italia, contra los piratas.—Viaje de la Corte á Guipúzcoa.—Casamientos reales.—Otro viaje á Portugal.—Naufragio en Conil.—Nota de servicios de la Armada.



oco influyó en el corso de los berberiscos que se les privara de los puertos de Larache y la Má-mora; puertos no les faltaban, ni barcos ni gente tampoco, pareciendo pocos los del Rey para guardar de ellos las costas y las flotas, no teniendo otra cosa á qué atender. Desde que se habían provisto de naves de vela aparejadas á la europea, dirigidos y aleccionados por aventureros de la capacidad y osadía del holandés Dancer, no había seguridad en parte alguna; iban á las Terceras, á las Canarias, á las Berlingas, sabiendo gobernarse en los golfos sin vista de tierra, é iban en escuadras, obligando á enviar tras ellas otras de fuerza. Con el asesinato de Muley-Jeque, el aliado de España, ganaron en Marruecos mayor apoyo de Muley-Cidán <sup>1</sup>; con la miseria y rencor de los moriscos, mu-

<sup>1</sup> *Relaciones de las guerras de África y muerte de Muley-Xeque. Impresas en Barcelona, 1613.*



chos brazos útiles á su objeto. Sin duda no era bueno el plan del Gobierno de Madrid (si plan tenía) para refrenarlos. Unicamente se advierte en las órdenes mayor cuidado en la vigilancia del estrecho de Gibraltar <sup>1</sup>, con el de siempre en hacer salir oportunamente armada en espera y escolta de las que traían la plata.

Encuentros ocurrían con frecuencia, y por lo común les eran desventajosos, aunque combatían desesperadamente, porque para los capitanes, lo mismo que para los renegados, cualquiera que fuera su número, no había remisión, así mostraran deseos de reconciliarse con la Iglesia <sup>2</sup>; pero sería prolijo relatar los combates de cada día, si con valor sostenidos, sin gloria ganados, y sin que nada enseñen en conjunto. D. Luis Fajardo, en el cabo de San Vicente; Oquendo, más arriba de la costa; Alonso de Ordóñez, que echó á fondo cuatro navíos y apresó cinco en la misma <sup>3</sup>; Juan de Cañas, con una banda de galeras, mar adentro <sup>4</sup>; los Marqueses de Villafranca y de Santa Cruz con las suyas, sentaron las manos.

Lo mismo hicieron los jefes designados al reformar los mandos, por salir D. Pedro de Toledo al de Milán, tomando el de las galeras de Portugal el Marqués de Villanueva del Fresno; de las de Sicilia, el Conde de Elda; de las de España, el Marqués de Santa Cruz <sup>5</sup>, y con las naves D. Fadrique de Toledo, hijo de D. Pedro, Capitán general de la armada del mar Océano al acabar su carrera ilustre D. Luis Fajardo <sup>6</sup>; D. Juan Fajardo, su hijo, Almirante general con mando de la

<sup>1</sup> Correspondencia de D. Luis Fajardo con el Duque de Medina-Sidonia en asuntos de guarda de la costa. Manuscritos. Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. cxix, núm. 678.

<sup>2</sup> Relación impresa en Cádiz. Con los moros ó turcos había más tolerancia: las instrucciones mandaban echarlos al remo.

<sup>3</sup> Relación de lo que hay de nuevo en toda la Cristiandad. Impresa en Cádiz. Año 1617.

<sup>4</sup> Relación impresa en Sevilla.

<sup>5</sup> Llevan los títulos fecha 15 de Octubre de 1615.—Colección Sans de Barutell, artículo 2.<sup>o</sup>, núm. 96.

<sup>6</sup> Nombrado el 21 de Mayo de 1617. Colección Sans de Barutell, art. 2.<sup>o</sup>, número 101.



escuadra del Estrecho <sup>1</sup>, y los de división, que sería largo nombrar <sup>2</sup>.

Porque había ocupación para todos, y más bien por la aureola que al Duque de Osuna granjeaban los triunfos en Levante, quiso el privado del Rey, Duque de Lerma, hacerse también armador, sin reparo en las censuras al corso que había suscrito tratándose del otro, y puso á la firma del soberano la concesión de merced perpetua para tener en su villa de Denia cuatro galeras, usando de estandarte con sus armas privativas y teniendo facultad para nombrar general y capitanes <sup>3</sup>, con lo que se proporcionó la satisfacción de informar á D. Felipe que sus bajeles habían conseguido rendir á la galera capitana del Bajá de Argel (1619), tomando 230 turcos.

El número de aprehensiones de navíos grandes ó pequeños era, en verdad, considerable, sirviendo ahora de dato para juzgar cuántos navegaban libres <sup>4</sup>; mas que no era el remedio suficiente explican estos otros sucesos.

<sup>1</sup> Don Luis otorgó testamento en Madrid, á 2 de Julio de 1615, y codicilo en 16 de Diciembre del mismo año. Ambos documentos en la Academia de la Historia. *Colección Salazar*, M. 44. Quiso ser enterrado en la capilla mayor del convento de San Agustín, de Murcia, en sepulcro de mármol, con figura de bulto y escudo de armas, habiéndose de poner sobre él la imagen de la Virgen del Mar, que llevó siempre consigo desde que empezó la carrera, y los estandartes de ambas armadas de su mando. Vinculó seis piezas de artillería de bronce que había hecho fundir con sus armas.

<sup>2</sup> Pero merecen indicación Andrés Vega Garrocho y su hijo Juan, ambos naturales de Gibraleón. El primero sirvió cuarenta y dos años; tuvo sepultura en el convento de San Francisco, de Huelva, donde se leía: «Este entierro y capilla es del señor capitán Andrés Garrocho, Almirante por S. M. y Vicegeneral de sus armadas, y de sus herederos. Año 1604.» El hijo rindió al corsario Paparali, del que había sido cautivo en la primera tentativa contra Larache. Alcanzó el reinado de Felipe IV é hizo otras varias presas, llevando las banderas por trofeo al mismo convento de Huelva.

<sup>3</sup> Hállanse los documentos en la *Colección Sans de Barutell*, año 1615, art. 2.<sup>o</sup>, número 99, y art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.424. Otros hay en la Biblioteca Nacional, manuscritos, H. 16. En mi libro citado, *El Gran Duque de Osuna*, pág. 81, expliqué el modo sencillo de que se valió el Ministro para armár la escuadra sin que fuera gravosa á su bolsillo.

<sup>4</sup> *Relación de las presas que hicieron las escuadras de Vizcaya*, año 1619. Manuscrito. Academia de la Historia. *Colección Cisneros Tagle*, parte III, cap. xxi, fol. 123. Hay varias impresas que se publicaban en los puertos al ocurrir algún combate



El 14 de Mayo de 1618 se presentaron á vista de Almería 14 velas, parte navios argelinos, parte galeras reforzadas de Túnez. Habiendo tomado lengua, desembarcaron en Adra 800 turcos y entraron por sorpresa en la villa. Los vecinos se encerraron en el castillo y en la iglesia; pero los asaltantes pusieron fuego á ésta, tomaron el recinto exterior de la fortaleza, clavaron los cañones grandes, se llevaron los menudos y saquearon el pueblo. Estando en esta faena, fué llegando gente de los lugares inmediatos, á pie y á caballo, en bastante número para rescatar parte del botín y obligar al reembarque á los corsarios, con pérdida de una centena de hombres, contándose en la nuestra la muerte del capitán Luis de Tovar, que dirigió bizarramente el ataque. No impidió el castigo que saltearan otros pueblos en la contigua costa y en la isla de Ibiza <sup>1</sup>.

Por el mes de Diciembre tocó la plaga á Galicia: 14 navios recalaron sobre las islas Cíes, é hicieron desembarco en Bayona y puertos de Asturias <sup>2</sup>.

En Cádiz no hallaron su cuenta, según relación expresiva, de haberles encontrado el Duque de Fernandina sobre Arenas Gordas y tomádole cuatro navios, más uno que llevaban de presa, durando la acción desde las cinco de la madrugada hasta las once <sup>3</sup>.

Aun más seria expedición organizaron los argelinos Soli-

notable, y compulsándolas Novoa, decía en su *Historia (Colección de documentos inéditos, t. LXI, pág. 80)*: «Á los corsarios de ambos mares castigó (el Rey), y en su tiempo se les tomaron más de 1.600 bajeles, como consta por las relaciones de los capitanes, que hoy se hallan en los Consejos de Estado y Guerra.»

<sup>1</sup> Relación manuscrita. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, F. 19, segunda parte, fol. 25.—Otra impresa en Granada; la misma *Colección*, N. 34, fol. 322.—Otra, N. 34, fol. 326.—Otra sin pie de imprenta.

<sup>2</sup> Relación que hace al Conde de Gondomar del turco que vino á las islas de Bayona, y el daño que hizo el Sargento Mayor del presidio Francisco Barros Troncoso. Manuscrito. Biblioteca particular de S. M. el Rey. Tomo de varios.

*Relación de lo sucedido en la villa de Cangas.* Manuscrito. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, N. 50, fol. 1.<sup>o</sup>

Don José de Santiago y Gómez, autor de la *Historia de Vigo y su comarca*, pone el suceso en 1617, y dice desembarcaron 1.000 turcos en Cangas, que robaron, mataron é incendiaron.

<sup>3</sup> Relación impresa en Sevilla por Juan Cabrera.



mán y Tabán, reuniendo armada de 60 velas y no menos de 5.000 hombres de desembarco, con los que ahogaron toda resistencia en las islas de Lanzarote y Gomera, llenando sus barcos de cautivos <sup>1</sup>, sólo que á la vuelta les volvió la espalda la fortuna, deparándoles el encuentro de una parte de la escuadra de Cantabria, mandada por Miguel de Vidazábal, lá-tigo de la piratería, que les rindió varios navíos con mucha sangre <sup>2</sup>.

Vidazábal, hijo de Motrico, contaba treinta y seis años de buenos servicios, navegando como capitán de naves y galeones. En 1614 llevó á Dunquerque, con cuatro de su mando y 18 extranjeros fletados, 42 compañías de infantería en re-fuerzo del ejército de Flandes. En la entrada del puerto se perdió el galeón capitana *San Luis*, y á la vuelta sufrió du-rísimo temporal, durante el que otro galeón, *San Alberto*, se abrió por la proa, teniendo que arribar á Plymouth; pero los soldados desembarcaron sin novedad, con no poco contento del Archiduque <sup>3</sup>.

En 1618 recibió Vidazábal nombramiento de almirante de la escuadra de Cantabria <sup>4</sup> y orden de guardar el estrecho de Gibraltar con tres galeones, cuatro naos y dos carabelas, que no tuvo ociosas. A los pocos días detuvo un navío inglés, que resultó pirata; después batió á cinco argelinos, rindiendo á cuatro y echando á fondo al otro en la huída.

Hallábase por entonces el Gobierno en el periodo de la indecisión, no sabiendo qué resolver relativamente á la con-federación de venecianos y holandeses, y al envío de un cuerpo de ejército de éstos al Adriático. Ordenó por prin-cipio reforzar la escuadra de Vidazábal para que impidiera la entrada de los soldados en el Mediterráneo, y al efecto se le unieron tres galeones nuevamente fabricados en Guipúzcoa;

<sup>1</sup> Viera y Clavijo, *Historia de Canarias*.

<sup>2</sup> Relación impresa.

<sup>3</sup> Relación escrita por D. Diego Brochero, que hizo el viaje en la nao almiranta. *Colección Navarrete*, t. II, núm. II.

<sup>4</sup> Tiene el título fecha 17 de Marzo y especifica los méritos del agraciado, nave-gaciones, combates y presas.



de modo que tenía 10 y dos carabelas cuando anunció el vigía del monte de Gibraltar la aproximación por el Poniente de 18 velas. Ocho pertenecían á las provincias unidas; las otras 10, si bien construidas en Holanda, habían sido adquiridas por la señoría de Venecia, para la cual transportaban 3.500 soldados mercenarios. Obtenida esta noticia, y hechas por una de las carabelas de Vidazábal las intimaciones, las rechazaron con altivez los venecianos, arbolando bandera de guerra. Los holandeses se manifestaron dispuestos á cumplir las obligaciones de la neutralidad y se apartaron de las naves del convoy, quedando 10 á 10 las españolas y las de San Marcos en brava pelea de artillería y mosquetería, comenzada á las tres de la tarde del 28 de Junio. Suspenderonla al anochecer, con propósito de continuar al día siguiente, como hicieran á no recibir Vidazábal de noche un despacho del Marqués de Santa Cruz, comunicándole los de S. M. decisivos de no impedir el paso á los venecianos.

El combate fué indeciso y no costoso, participando nuestros capitanes la baja de 40 muertos y 30 heridos, con la creencia de que fuera mucho mayor en el otro lado por ir los navíos llenos de gente y haberles hecho disparos muy nutritivos.

Ocho días pasados ocurrió el encuentro con la armada argelina que venía de Canarias, y trataba de penetrar en el Mediterráneo pegada á la costa de Africa, por lo que con la persecución varios navíos embarrancaron entre Ceuta y Tetuán y fueron incendiados, y con esta acción lucida terminó la breve carrera de Vidazábal, atacado sobre el cabo de San Vicente de enemigo más de temer que los moros: de una perlesía que le privó de la vida, sin quitarle la popularidad que los triunfos le dieron<sup>1</sup>.

Ocurrió, siendo tal la osadía de los espumadores de mar, que aun á la vista de los presidios y plazas fuertes se atre-

<sup>1</sup> Llevado desde el cabo de San Vicente á Sevilla en una fragata, falleció el 11 de Enero de 1619. Hállase la partida de defunción en la *Colección Vargas Ponce*, legajo 15, núm. 107, y las relaciones impresas por entonces indican el aprecio merecido por el Almirante guipuzcoano.



vían, por lo que el Marqués de Santa Cruz tomó dos navíos en Barcelona, avisado por el vigía de Monjuich<sup>1</sup>, y el Duque de Maqueda tres sobre Mazalquivir<sup>2</sup>, y qué mucho cuando Aly Rostán, juntando con los de Dancer 25 navíos, hizo frente á cinco galeras de Malta, dos de Sicilia, dos de Génova, seis de Florencia, total 15, pensando acabar con ellas<sup>3</sup>.

Había determinado el Gobierno, entre las medidas preventivas, la construcción de 44 torres de atalaya escalonadas desde el reino de Granada al de Portugal, de modo que, comunicando entre sí y con el interior por medio de señales, avisaran la aproximación de escuadras ó naves sueltas sospechosas. En los planes entendió el ingeniero Cristóbal de Rojas, empleado de tiempo atrás en las defensas de costa<sup>4</sup>, y no dejaron de servir tales vigías para evitar los rebatos y apellidar prontamente á la gente armada en los pueblos del litoral; mas en las depredaciones de la mar poco influyeron, amaestrados como estaban los corsarios en la elección de los puntos de recalada ó de paso forzoso de naves del comercio.

Entre las determinaciones entró asimismo la disolución de

<sup>1</sup> Año 1620. Balaguer, *Historia de Cataluña*.

<sup>2</sup> Relación impresa.

<sup>3</sup> Relación impresa en Sevilla, año 1621.

<sup>4</sup> Cristóbal de Rojas, nuestro mayor de la fortificación de Cádiz en 1585, acompañó como ingeniero á D. Juan del Águila en la expedición á Bretaña; dirigió la construcción del fuerte de Blavet y la del de Brest, levantó planos, hizo reconocimientos por mar con D. Diego Brochero y volvió á España en 1596. Después de salir los ingleses de Cádiz se le encomendó de nuevo la fortificación de la plaza á las órdenes de D. Luis Fajardo, el reconocimiento y propuesta de mejoras de las de Tarifa, Gibraltar, Ceuta y Orán. Igual encargo tuvo respecto á las de Lisboa, Coruña é Islas Terceras, y asistiendo á la toma de la Mamora trazó el fuerte que se llamó de Felipe III, último trabajo suyo; murió en Cádiz el mismo año 1614. Fué muy laborioso, acrediitándolo los escritos á que dedicaba el tiempo de huelga entre los servicios de tierra y mar; muchos informes, memorias, proyectos, con planos y presupuestos; un libro titulado *Teoría y práctica de fortificación*, impreso en Madrid en 1598; otro, *Sumario de la milicia antigua y moderna*, comprendiendo tratado de artillería, concluido en 1607, que permanece inédito; otro *Compendio y breve resolución de fortificación*, estampado en Madrid en 1613. Las principales vicisitudes de su vida constan en el *Memorial de Ingenieros*, y en tirada aparte con esta portada: *El capitán Cristóbal de Rojas, ingeniero militar del siglo xvi. Apuntes históricos*, por el coronel D. Eduardo de Mariategui. Madrid, 1880, 4.<sup>o</sup>, 233 páginas.



la escuadra de Cantabria (1618), creando por asiento tres: de Vizcaya, con 10 galeones y dos pataches; de Cuatro Villas, con siete y dos, y de Guipúzcoa en el mismo número de siete y dos pataches, proponiendo las provincias los nombramientos de general y almirante<sup>1</sup>. Si con éstas y las demás fuerzas navales se hubiera pensado en atajar el mal por las raíces, haciendo cualquier esfuerzo contra Argel, guarida principal donde los piratas vendían las presas y tenían el mercado de cautivos y mercancías robadas, quizá con menos costo y más efecto se consiguiera resultado; mas, si no dejaba de hablarse de un proyecto de tan larga y constante aspiración<sup>2</sup>, tenía la Corte muchas otras cosas en que ocuparse.

En tanto, lastimados los intereses del comercio general, empezaron las gestiones dirigidas á defenderlos<sup>3</sup>, agitándose los diplomáticos de Inglaterra y de Francia para conseguir en Madrid acuerdo de acción de las escuadras, á lo que no dejaba de haber oposición<sup>4</sup>. Sin embargo, nombrados comisarios D. Luis Mesia, D. Diego Brochero y el Marqués de Gondomar, trataron de las condiciones con el embajador extraordinario sir John Digbi, llegando á firmar tratado de concordia «sobre la forma de unir y sustentar las armadas de ambas coronas y los efectos que con ellas se pretendía hacer».

Los puntos principales eran<sup>5</sup>: Constituir armada con que destruir á los piratas, que tan graves daños habían hecho y hacían al comercio. Que para ello pondría en la mar cada una de las naciones 20 navíos, sustentando cada cual los suyos.

<sup>1</sup> López de Isasti, *Historial de Guipúzcoa*, documentos en la Colección Vargas Poncc, legajo 1, núm. 56, y legajo 3, núm. 77. Item: «La forma en que servía á Su Majestad la escuadra de bajeles de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa, así en cuanto á su fábrica como por razón de sueldo. Año 1619.» Legajo 1, núm. 64.

<sup>2</sup> *Discurso acerca de la conquista de los reinos de Argel y Bujía, en que se trata de las razones que hay para emprenderla, respondiendo á las que se hacen en contrario. Dirigido al Rey nuestro señor por el regente Miguel Martínez, del Consejo de S. M. en el sacro y supremo de Aragón. Impreso en Barcelona por Sebastián Cormellas, y en Nápoles por Tarquino Longo, 1619, 8.º*

<sup>3</sup> *Memorial al Rey por las Provincias Unidas del País Bajo.*

<sup>4</sup> *Carta al Rey en que se trata de los inconvenientes que tiene enviar el Rey de Inglaterra navíos de guerra contra los piratas á los puertos de España. Manuscrito citado en la adición á la Biblioteca de Pinelo, t. II, col. 792.*

<sup>5</sup> Copia en la Colección Navarrete, t. x, núm. 18.



Operarian de concierto y en buena armonía, así en el Océano como en el Mediterráneo, por término de tres años á contar desde el 29 de Abril de 1619, fecha del acuerdo. Los generales se prestarían auxilio mutuo, en la inteligencia de que el de Inglaterra saludaría primero al estandarte de España con artillería y música, mientras navevara en mares de este reino, y recíprocamente. Las presas que hicieran juntos se distribuirían proporcionalmente.

Con Francia y con Holanda se estipularían arreglos parecidos, puesto que la primera mandó salir de Marsella al Duque de Provenza con cuatro navíos que apresaron á dos piratas ingleses, al mismo tiempo que otro de la misma gente y una saetia francesa caían en manos del almirante español Santurce <sup>1</sup>, y de Holanda llegaron naves á Gibraltar en 1618, á tiempo de contribuir con Vidazábal á la rotá de la escuadra argelina que regresaba de Canarias. Los ingleses vinieron en 1620 <sup>2</sup>.

No hay que hablar de las galeras de San Esteban, ni de las de San Juan, que ni un punto cesaron en la persecución con las españolas <sup>3</sup>.

A decir verdad, más que en estas cosas se pensaba en España en alegrías, porque habiéndose concertado los matrimonios del rey Luis XIII de Francia con la infanta doña Ana de Austria, y el del príncipe D. Felipe con madama Isabel de Borbón, se trasladaba la Corte de España á la frontera para la entrega de las novias, corriendo el año 1615, y en todo el tránsito, en Burgos, donde se había de celebrar la ceremonia del casamiento, en San Sebastián, en Irún, se hacían fiestas reales con la ostentación acostumbrada en la Corte.

Extremáronse los adornos en el río Bidassoa, sobresaliendo las barcas espléndidamente dispuestas para el embarque de las Princesas con las respectivas comitivas, sin perjuicio de protesta hecha en aquel momento por los delegados de la provincia, á fin de que entendieran los franceses que el acto

<sup>1</sup> *Colección Navarrete*, t. XII, números 11 y 29.

<sup>2</sup> Idem, t. XXXII, *Colección Sans de Barutell*, art. I, núm. 73.

<sup>3</sup> Relaciones impresas.



de entrega en mitad de la corriente del río en modo alguno había de perjudicar al derecho consuetudinario de España al río todo y ribera de Behovia.

Fué en la jornada por Capitán general de la gente de mar D. Diego Brochero, dejando descansar á la pluma temporalmente; y como espectáculo á que no estaba acostumbrado el Rey, se preparó el lanzamiento de un galeón de 600 toneladas, propiedad del capitán y fabricador Martín de Amezqueta, que se nombró *Santa Ana Real* en honra de la infanta <sup>1</sup>.

Acabado el viaje á las provincias del Norte, empezó á ocuparse la Corte de otro á que instaban al Rey, no sin razón, los portugueses, deseosos de ver su persona, haciendo elección y nombramiento de ministros, criados y servidores que asistieran al Príncipe, Princesa é infanta D.<sup>a</sup> María con la grandeza y lucimiento de rúbrica, rompiendo la marcha desde Madrid el 22 de Abril de 1619 por la misma ruta que llevó D. Felipe II, esto es, por Extremadura hasta Almada, desde donde atravesó el Tajo al monasterio de Belén. Para esto estaban dispuestas 13 galeras, como real, la Patrona del príncipe Filiberto, esculpida, dorada, con los adornos de flámulas, vestidos d<sup>e</sup> damasco de gran gala <sup>2</sup>; asistían ocho de la escuadra de España y las cuatro de la de Portugal, gobernando á todas el general de las últimas, D. Alonso Portocarrero, marqués de Villanueva del Fresno, por estar en Italia el de Santa Cruz.

Embarcado el Rey, subió la escuadra con viento favorable, acompañada y seguida por muchas embarcaciones enramadas y embanderadas, algunas de las cuales simulaban delfines, caballos marinos, sirenas ó monstruos, y llegando á las puertas de la ciudad, un doctor pronunció oración de bienvenida que encerraba un consejo, á mi parecer, saludable.

<sup>1</sup> López de Isasti describió las fiestas en su *Historial de Guipúzcoa*, y lo hizo expresamente Miguel de Zabaleta. Otra relación hay en la Academia de la Historia. (*Colección de Jesuitas*, t. xcii.)

<sup>2</sup> «Iban por una y otra banda de los filaretes tantos gallardetes bordados como remos, que eran en la real sesenta, la mitad de ellos dorados, como era todo de popa á proa.»



«Logre V. M. (decia) muitos e felices anos, e que esta entrada seja tan prospera como es a denos desejada e para toda Espana necessaria; digo, señor para toda Espana, porque seu amparo e augmento consiste em V. M. facer cabeça de seu imperio esta antigua é illustre cidade, mais digna dele que todas as do mundo, assistindo aqui con sua real corte, pois e o coraçao o meio de estos seus estados, donse podrá con mor facilidad acudir a todas as partes sem se perder ocassion.»

No se proporcionó entre los espectáculos de las fiestas que viera S. M. la entrada de las naos de la India; visitó, sí, á los galeones de la escuadra de Cantabria y á los de la Armada del Océano, pasando una noche á bordo de la capitana de D. Fadrique de Toledo por honrarla <sup>1</sup> antes de volverse al interior <sup>2</sup>.

Como quiera que en la vida vayan aparejadas las tristezas con las alegrías, amargó la buena impresión de la jornada palatina un acontecimiento desastroso: el naufragio y pérdida de la escuadra prevenida con interés para socorro de las islas Filipinas y Molucas. Habiase consultado á los cosmógrafos, pilotos y capitanes de nota acerca de la preparación y derrota <sup>3</sup>; se pusieron seis galeones y dos pataches á cargo de D. Lorenzo de Zuazola y Loyola, caballero de Santiago, natural de Azcoitia, y despedidos con júbilo, salieron de Cádiz el 21 de Diciembre de 1619, con instrucción real de dirigirse

<sup>1</sup> Novoa, *Historia*.

<sup>2</sup> Pormenores en el *Viage de la Catholica magestad del rei D. Felipe III N. S. al reino de Portugal, y relacion del solemne recibimiento que en él se le hizo. Su Magestad lo mandó escrivir por Ioan Bápista Lavaña, su cronista mayor*. Madrid, por Thomas Iunti, impresor del Rei N. S., MDCXXII.

Encuéntrase asimismo en el *Escrito primero de la entrada que hizo Su Magestad y Sus Altezas en Lisboa; y de la jornada que hicieron las galeras de España y de Portugal desde el puerto de Santa María hasta la famosa ciudad de Lisboa. Donde se refieren las prevenciones, fiestas y grandezas que se hicieron en ella y otras cosas sucedidas en esta faccion. Compuesta por D. Jacinto de Aguilar y Prado, soldado que en esta jornada se halló. Con todas las licencias necesarias. Impreso en Lisboa por Pedro Craesbeeck, año MDCXIX. En 4.<sup>o</sup>, 23 fojas.*

De la primera hay edición portuguesa: *Viagem da Catholica real magestade del rey Felipe III N. S. a o reyno de Portugal e relaçao do solene recibimiento que nelle se lhe fez, por Ioan Bap. Lavanha*. Madrid, 1622.

<sup>3</sup> Varios de los informes en la *Colección Navarrete*, t. xviii, núm. 77 y otros.



al estrecho de Magallanes sin hacer escala en el Brasil<sup>1</sup>. Hasta fines del mes y año navegaron con buen tiempo, mas vino á cambiarse en temible borrasca del SO. antes de que se encontraran en franquía, y habiendo tomado la vuelta de la costa de Marruecos, fueron llevados por la corriente hacia la boca del estrecho de Gibraltar; tanto, que reconocieron el cabo Espartel y hubieran podido penetrar en el Mediterráneo. Trató de evitarlo Zuazola tomando la otra vuelta en sitio tan comprometido, y al amanecer el 2 de Enero de 1620 se vieron ensacados sobre los bajos del cabo de Trafalgar. La almiranta, por forzar de vela, perdió el trinquete, teniendo que picar los palos y fondear las anclas en excusa de mayores males; así, aunque tocó de popa y se abrió la nave, pudo salvarse casi toda la gente. La capitana embarrancó de proa en el mismo sitio, cerca de Conil, haciendo la mar pedazos; entre los cadáveres que cubrieron la playa se hallaron los del general Zuazola y de su hijo. Quedaron, pues, deshechos los galeones *San Juan Bautista* y *San Francisco*. En Tarifa se perdió el *San José*; en Gibraltar el *Santa Ana la Real*, aquel cuyo lanzamiento al agua había presenciado el Rey; en Almuñécar pereció el *Nuestra Señora de la Antigua*, arrastrados todos por el furioso temporal. Sólo se libraron el galeón *Santa Margarita* y los dos pataches, y entre las personas de cuenta el almirante García Alvarez de Figueira y el cosmógrafo Diego Ramírez de Arellano<sup>2</sup>.

El Secretario del despacho, Martín de Aróstegui, formó, para noticia de las Cortes convocadas en Madrid, un resumen de las fuerzas navales que prestaron servicio en el período abrazado por este capítulo, así:

«*Relación de los navíos de la Armada del mar Océano y las galeras de España que han navegado en efectos del servicio de S. M. desde el año 1617.*

<sup>1</sup> Copia de la Real cédula en la Dirección de Hidrografía, en un tomo en 4.<sup>o</sup> Est. 23, t. IV.

<sup>2</sup> Ambos declararon ante D. Juan Ruiz de Contreras, en Cádiz, como testigos de la información abierta, de la que hay testimonio en la Dirección de Hidrografía. Del naufragio escribieron López de Isasti, *Historial de Guipúzcoa (Colección Vargas Ponce, leg. 1, núm. 63)*, y Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*.



»1617.—Después de haber navegado el año de 1616 la armada del mar Océano (que constó de 17 galeones y pataches con 2.600 plazas de mar y guerra) y limpiado las costas y asegurado los galeones de la plata y las flotas, se retiró por fin de Diciembre á Cádiz, y con ser en tiempo de invernada, toda esta armada y la que se prevenía para ir de socorro á Filipinas, de siete galeones y dos pataches, fueron al estrecho de Gibraltar para estorbar el paso á la armada que se prevenía en Holanda para ir de socorro á Venecia, y asistieron allí hasta fin de Abril de 1617 que se retiraron á Cádiz.

»La armada de este año se formó de 13 galeones y pataches con 2.657 personas de mar y guerra, y navegó limpiando las costas y asegurando el comercio de estos reinos hasta recoger en salvamento los galeones de la plata y flota de Indias, y también las naos de la India de Portugal y navíos de sus conquistas, y se hicieron este año algunos daños al enemigo, y se tomaron tres navíos de presas de turcos de Argel.

»1618.—Este año se compuso la armada de 23 galeones y pataches con 3.800 plazas de mar y guerra, y navegaron limpiando y asegurando las costas y comercio hasta fines de Diciembre que entró á invernar, habiendo recogido en salvamento los galeones de la plata y flotas, y las naos, y lo demás que se esperaba de ambas Indias, y una escuadra que asistió en el Estrecho, tomó cuatro navíos de presas que llevaban los moros de Argel, y maltrató otro de guerra que iba haciéndoles escolta, y después, viiniendo la armada de Argel de saquear la isla de Lanzarote, peleó con ella y la rompió, y echó á fondo y tomó siete navíos, y obligó á que los demás diesen en la costa y en manos de los holandeses, y cautiváronse de nuestra parte más de 300 moros, demás de los muertos y ahogados, y se libertaron cerca de 200 cristianos de las islas Canarias.

»1619.—La armada de este año se formó de 27 galeones y pataches con cerca de 4.000 hombres de mar y guerra, y navegaron limpiando y asegurando las costas y comercio hasta que se recogieron en salvamento los galeones de la plata y flotas de las Indias, y también las naos de la India de Portu-



gal y navíos de sus conquistas, y demás del daño que se les hizo á los enemigos, se tomaron dos navíos de corsarios de Argel.

»1620.—Este año fué la armada de 19 galeones y pataches, con 3.600 personas de mar y guerra, y navegó limpiando las costas y comercio de ambos mares, Océano y Mediterráneo, y aseguró, hasta entrar en salvamento, los galeones de la plata y flota de las Indias, y algunas escuadras de ella, la una que asistió en el Estrecho, tomó cuatro navíos de turcos é hizo embarrancar otros, y se peleó con Solimán-Arráez, general de Argel, y se descalabró, de que murió, y en la costa de Berbería, en la isla de Fadala, se tomaron 114 moros, y la otra escuadra se puso delante de Argel, y cañoneó y batió á aquella ciudad, hasta que se retiró la armada á invernar por fin de Diciembre.

»1621.—Este año está prevenida y á punto una armada de 21 navíos y cinco pataches con 5.000 personas de mar y guerra para emplearse en los mismos efectos que los años pasados, y más en los que se pueden ofrecer, con ocasión de haberse acabado por Abril las treguas con Holanda.

»Cuanto á galeras, todos estos años ha habido número fijo dellas, que son las siguientes:

»La Real y Patrona.

»Once de la escuadra de España, inclusas Capitana y Patrona.

»Otras cuatro que han residido siempre en Lisboa.

»Diez y seis de la escuadra de Génova.

»Desde principios de 1620 se agregaron á la escuadra de España otras cuatro de la escuadra de Denia.

»Y este año de 1621 tiene S. M. resuelto que las de Portugal se incorporen en la escuadra de España, y que de aquí adelante las que hubiere en aquel reino se sustenten por su cuenta, y se ha reformado el general que solian tener.

»Y que de las 19 de España, Portugal y Denia, se forme una escuadra de 12, y esas tan reforzadas y con tan cumplida y puntual consignación, que sean de más efecto que lo eran antes todas.



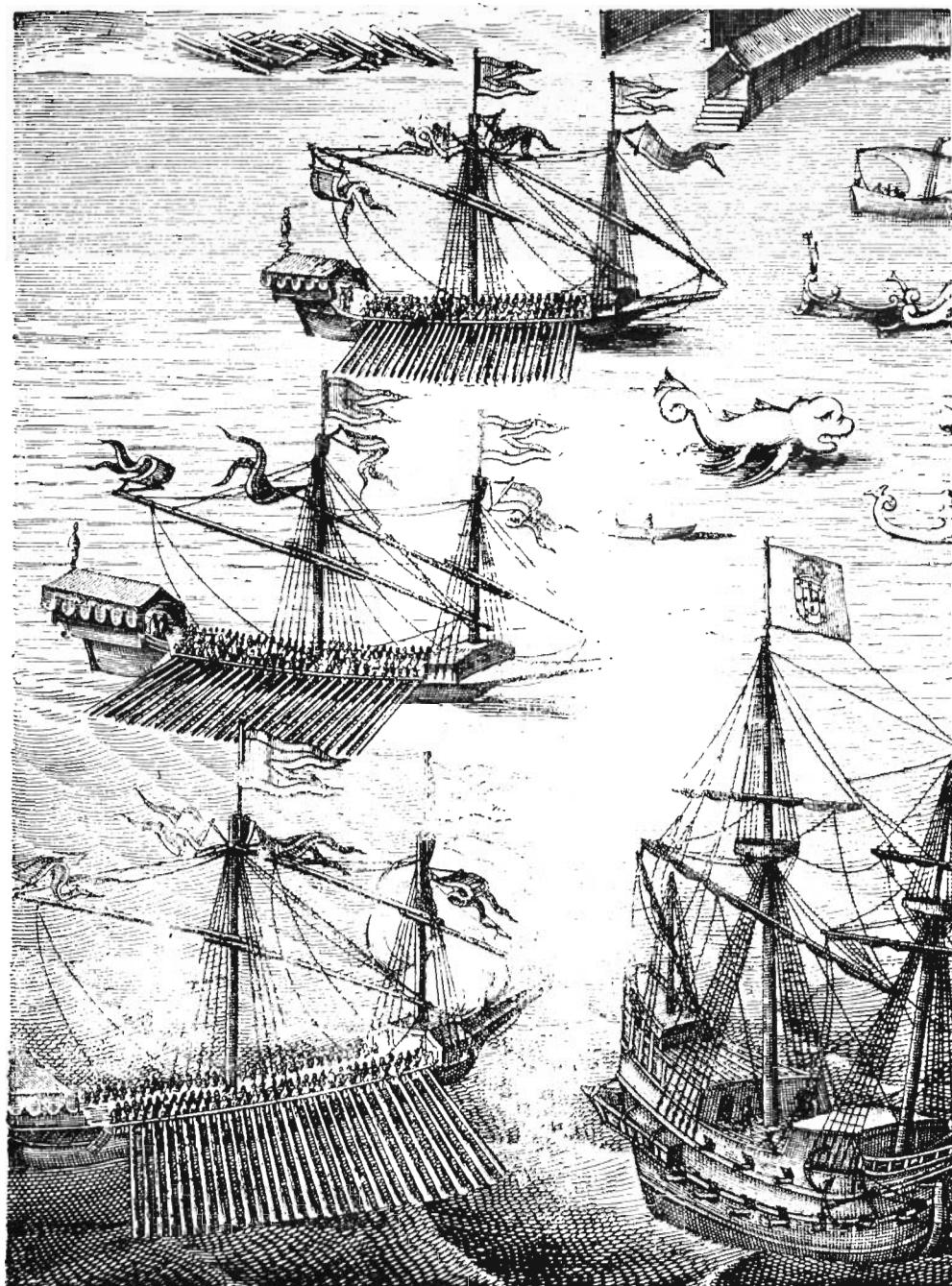
»Los efectos en que se han empleado juntas y divididas, en estos años, han sido muchos y varios, así en socorrer las plazas de África, en meter y sacar por la barra de Sanlúcar los galeones de la plata y naos de las flotas de Indias, como en pasar á Italia socorros de infantería y pasajes de ministros y personas de mucha consideración, y andando limpiando las costas de corsarios, han rendido muchos navíos de ellos y cautivado los turcos, con que se han reforzado las mismas galeras.

»En Madrid á 29 de Mayo de 1621.—Martín de Aróstegui.»

De los reinos de Nápoles y Sicilia han salido en este tiempo de que se va tratando muchos navíos que han corrido las costas de Levante é infestado de tal manera las de los turcos, que los han tenido muy aniquilados, y ganado tantas galeras suyas, que sólo una vez han aparecido las armadas turquesas en la costa de Italia, viniendo antes cada año, con lo cual han cesado los despojos de gente y hacienda que solían llevar de la cristiandad <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Boletín de la Academia de la Historia*, t. xv, páginas 390 á 394.





Entrada del Rey D. Felipe III en Lisboa.





## XXIII.

### DESCUBRIMIENTOS.

1604-1620.

Exploración de la costa de la Florida.—Del Darién.—Del Río de la Plata.—Estrecho de Mayre y cabo de Hornos.—Los hermanos Nodal.—Diego Ramírez de Arellano.—Reconocimiento de la costa oriental del Japón.—Demanda de las islas Ricas.—Relaciones y derroteros.

A relativa tranquilidad disfrutada en las Indias occidentales después que se ajustó la paz con Inglaterra redundó en provecho de la Geografía, ó de los conocimientos geográficos, por las exploraciones, reconocimientos y ensanche de la población á que destinaron los Gobernadores la gente de guerra por no tenerla ociosa. Hiciéronse en la parte boreal de la Florida, saliendo de San Agustín el capitán Francisco Fernández de Écija, año de 1605, hasta el cabo llamado de San Román, y habiendo demostrado especial aptitud, le despachó segunda vez, en 1609, el gobernador Pedro de Ibarra, confiándole una zabra con 25 hombres, un buen piloto, una india casada con soldado español que sirviera de intérprete, e instrucciones precisas para remontar, si posible fuera, hasta los 44° de latitud, hacer derrotero con descripción de cabos, ríos, puertos, bajos, sonda, traza de carta, y cerciorarse principalmente de lo que los ingleses ocupaban en el territorio por ellos llamado Virginia.



Salió la expedición el 21 de Junio, examinando minuciosamente las sinuosidades de la costa: rescató á un francés que de tiempo atrás vivía entre los indios y había olvidado su lengua; llegó, en los 37°, á una bahía en que tenían los ingleses fuerte de madera; tomó lenguas; esquivó el encuentro de un navío de esta nación, é informada de llamar los indios Daxe á la población de esta bahía de Xacán, dió la vuelta á San Agustín. El piloto Andrés González escribió el derrotero y trazó el bosquejo como se le había ordenado<sup>1</sup>, sirviendo los documentos para entablar en Londres negociaciones encaminadas á la evacuación de aquel territorio en que los colonos britanos no prosperaban<sup>2</sup>.

En el extremo opuesto del continente emprendió D. Luis Jerónimo de Cabrera, gobernador del Río de la Plata, jornada al descubrimiento de la provincia de los Césares, región fabulosa que se suponía existir hacia la parte del estrecho de Magallanes, y dió por resultado la vista de terrenos desconocidos<sup>3</sup>.

Por el centro se continuaron los registros, hechos con tanto empeño desde la llegada de Hernán Cortés, buscando comunicación entre los mares del Norte y del Sur.

Ahora se recomendó desde la corte al Presidente de la Audiencia de Panamá y al general de la armada de Tierra Firme, D. Francisco Venegas, enviar soldados y embarcaciones á la ensenada de Acla y á las bocas de los ríos Darién y Damaquiel, así como al golfo de San Miguel, teniendo por cierto que encontrarían el paso<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Relación del viaje, acompañada de las instrucciones y derrotero.—*Colección Navarrete*, t. xiv, números 55 y 56.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 491.

<sup>3</sup> Relación de servicios de Cabrera. Manuscrito. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, M. 167.—Descripción, descubrimientos y conquistas del Río de la Plata, dedicada al Duque de Medina-Sidonia por Ruy Diaz de Guzmán, año 1612. Manuscrito de la misma Academia, est. 11, gr. 5, núm. 142.

<sup>4</sup> Academia de la Historia. Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*, fol. 136 vto. En el Archivo de Indias (Indiferente general. Descripción de ciudades, est. 145-7-7) he visto: *Relación enviada por Diego Mercado, vecino de Santiago, referente á la navegación de los mares del Norte y Sur por los puertos de San Juan. Otra sobre las islas Bermudas. Propone además la comunicación de la laguna de Nicaragua con el mar del Sur por el golfo de Papagayo. Año 1620.*



Dicho se está que mal habían de tropezar con lo que existía solamente en la imaginación de alguno de los conquistadores, deseosos de notoriedad. Un paso nuevo del Atlántico al Pacífico se descubrió por entonces, mas no por españoles; hicieronlo navegantes holandeses, conquistando el primer lauro de la especie que añadir á los de guerra y mar de su nación; lauro legítimo que galardonó al estudio y á la presunción meditada <sup>1</sup>.

Fué el caso que un rico armador, no participe en la gran Compañía de las Indias, pensó alcanzar beneficios buscando camino distinto de los dos asignados á aquélla por el Almirantazgo, en la firme persuasión de que el continente colombiano había de tener remate por el Sur. Aprestó en Horn un bajel de 180 toneladas, nombrado *Concordia*; otro menor, á quien puso la denominación del puerto, *Horn*, y los desparcó secretamente al mando de su hijo Jacobo de Mayre, acompañándole como piloto mayor Guillermo Schouten. Hicieronse á la mar el 4 de Junio de 1615; llegaron á la boca del estrecho de Magallanes, continuando hacia el austro, según las instrucciones, y no tardaron en ver otro estrecho entre la Tierra del Fuego y la isla á que dieron nombre *de los Estados*, en honra de su patria. El estrecho recibió el del Comandante, *de Mayre*.

Una vez franqueados, tuvieron que voltejear con vientos contrarios, y más al Sur, mejor dicho, al SO. vieron un cabo notable donde parecía acabarse la tierra; apellidáronlo de *Horn*. Montándolo se cercioraron de hallarse en el mar buscado, en el Pacífico, donde muchas vicisitudes y trabajos les esperaban, si bien las vencieron, llegando á Java y á Gilolo,

<sup>1</sup> Presumido se había anteriormente por nuestros marineros, mas no se tomó en consideración su iniciativa. Estando en Sevilla el Dr. Hernán Pérez, del Consejo de Indias, Visitador de la Casa de Contratación, el año 1549, esto es, sesenta y seis años antes que los holandeses, «se ofrecieron ciertos pilotos de ir á descubrir el estrecho de Magallanes por la parte del Sur, que entendían era isla y no tierra firme». Esta primera noticia de la extremidad meridional del continente colombiano consta en el Archivo de Indias, *Casa de la Contratación*, libro de 1548, folio 313, y en la Academia de la Historia, *Registro de León Pinelo*, fol. 641. Se ha servido comunicármela el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada.



y desde esta isla á Holanda, completando en dos años la vuelta al mundo <sup>1</sup>.

En España produjo desasosiego la noticia de la expedición y hallazgo del estrecho de Mayre, pensando cuánto facilitaría el paso al mar del Sur y el acceso consiguiente al Perú á los enemigos que tantas veces habían arrostrado los peligros del de Magallanes con tal de ver sus navíos en aguas cerradas á la navegación ordinaria de los europeos. Los mismos mercaderes de la Universidad y Contratación de Sevilla, que habían desistido y tenían como olvidado el pasaje dificultoso, después del funesto conato de poblarlo, concediendo importancia al viaje realizado por los holandeses, deliberaban acerca de la conveniencia de aplicar su enseñanza al comercio directo con los reinos de Chile y del Perú, y aun con las islas Filipinas, representando al Rey las ventajas de emprender desde luego la carrera con exageración ilusoria. Sobre el particular informaron los Virreyes del Perú y de Nueva España, y dieron también parecer los cosmógrafos de crédito, Andrés García de Céspedes, Antonio Moreno, Juan Cedillo <sup>2</sup>, adoptándose, por consecuencia, la resolución razonable de empezar por el reconocimiento del estrecho nuevo y por la comparación con el primitivo, que se haría preparando jornada expresa de dos carabelas.

Como jefe se eligió á Bartolomé García de Nodal, capitán antiguo de Pontevedra, formado en las campañas de don Alonso Bazán, Pardo Osorio, Zubiaur, Brochero y Fajardo, habiendo asistido con mando de galeón á las acciones más señaladas de la costa de Portugal, Canal de la Mancha, Indias occidentales y Mediterráneo, lo mismo que su hermano Gonzalo de Nodal, designado para el mando de la segunda carabela. Uno y otro se habían distinguido en toda especie de

<sup>1</sup> Relación diaria del viaje de Jacobo de Mayre y Guillermo Cornelio Schouten, en que descubrieron nuevo estrecho y passage del mar del norte al mar del sur á la parte austral del estrecho de Magallanes. Año 1619. En Madrid, por Bernardino de Guzmán, en 4.<sup>o</sup>, á dos columnas. Es traducción del holandés, y, entre las particularidades notables, es una la de nombrar *escorbuto* á la enfermedad *leprosa* «causada por las comidas saladas».

<sup>2</sup> Navarrete, *Biblioteca Marítima*, t. I, páginas 79 y 151, y t. II, pág. 203.



comisiones, singularmente en las de guerra, por combates en que mediaron bajeles enemigos, con circunstancias calificadas de heroicas á veces. En la relación de sus servicios <sup>1</sup> se hacía constar que concurrieron á la presa ó destrucción de 76 navíos.

Porque todo fuera á su satisfacción se les autorizó para dirigir en Lisboa la construcción de los buques; dos carabelas, según va dicho, de porte de 80 toneladas, con cuatro palos verticales y bauprés: en el trinquete velas cuadradas; sendas latinas en los otros tres; montaron en cada una cuatro cañones de á 10 y 12 quintales de peso y cuatro falconetes; dispusieronlas para llevar 40 hombres de tripulación, vivieres y pertrechos para diez meses, y fueron registradas con los nombres de *Nuestra Señora del Buen Suceso* y *Nuestra Señora de Atocha*.

A esta dotación se agregó, por orden del Rey, Diego Ramírez de Arellano, cosmógrafo y piloto mayor de la Casa de la Contratación, natural de Játiba <sup>2</sup>, encargado de hacer observaciones astronómicas, así como planta y pintura de las tierras, bahías, surgideros, cabo meridional y cualquier accidente de importancia.

A las instrucciones, firmadas en San Lorenzo á 26 de Agosto de 1618, acompañaba un regimiento redactado por García de Céspedes; relaciones, bosquejos y noticias del viaje de Mayre, obtenidas en Holanda, y orden de situar desde tierra por latitud y longitud la extremidad del continente, supuesta en  $56^{\circ} \frac{1}{2}$  de latitud Sur. Era prevención singular la de no aplicar la pena de muerte sin consejo previo en que la acordaran los dos capitanes con Ramírez de Arellano.

Salieron de Lisboa el 27 de Septiembre de 1618, advirtiendo desde el momento las excelentes condiciones de las carabelas, que navegaban parejas, «pareciendo que volaban»; un solo inconveniente les ponía la gente: ser muy rasas; tanto

<sup>1</sup> Publicada con la del viaje, y en la *Biblioteca Marítima* de Navarrete.

<sup>2</sup> Navarrete, *Biblioteca Marítima*, t. I, pág. 354.



que andaba siempre el agua en la cubierta, é iban los marineros desacomodados. Por lo demás, eran los mejores navíos del mundo á juicio de todos, y se aguantaban de conserva sin esfuerzo. En Río Janeiro corrieron las puentes, haciendo segunda cubierta que unió las de popa y proa, remediando con esto sólo el único defecto observado.

Mientras se ejecutaba la obra y esperaba la estación oportuna, se inició entre la marinería disgusto y tentativa de rebelión, que reprimieron los capitanes sin tener que recurrir á medidas extremas; bastó el reemplazo de los promotores por otros voluntarios brasileños, para que con buen ánimo todos emprendieran la travesía hacia el cabo de las Virgenes, que avistaron el 16 de Enero de 1619. En aquellos parajes encontraron una nave perdida, tan destrozada de las olas, que no fué posible saber á qué nación perteneciera.

Hallaron luego el estrecho nuevo, embocándolo el día de San Vicente, por lo que le dieron este sobrenombr. Parecían dos veces más ancho que el de Gibraltar, y negra la superficie del mar: tan grande era el número de pájaros nadando. A una buena bahía en que fondearon, dieron el apelativo de la carabela *Nuestra Señora del Buen Suceso*; al cabo austral, de *San Ildefonso*; á una isla más al Sur, de *Diego Ramírez*, en memoria del cosmógrafo de la expedición, y así, á capricho, á los puntos más notables. Bajaban á tierra en ellos; comunicaban con los fuegueños, gente salvaje pero accesible; recogían muestras de la fauna y de la flora; pieles de leones marinos tan grandes como bueyes; de un pájaro que pesó 15 libras; de cuanto creían digno de curiosidad. Extendieron el crucero hasta 63º de latitud, y remontando entraron por el Pacífico en el estrecho de Magallanes, lo recorrieron despacio, volviendo satisfactoriamente al Brasil, cumplida la parte esencial de su campaña. La complementaria, el regreso á España, ofreció el incidente de encontrar sobre las islas Terceras á tres naves de piratas franceses, uno de los cuales les intimó la rendición, creyéndolos mercantes de Pernambuco, y bastaron algunos disparos para que se alejara, asegurado de no ser los bajeles de fácil presa.



El 8 de Julio de 1619, á los nueve meses y medio de la salida, volvían las carabelas á Sanlúcar de Barrameda sin haber perdido ningún hombre y con buena salud todos, caso poco común en aquellos tiempos. Gonzalo Nodal y Diego Ramírez de Arellano pasaron á Lisboa á besar las manos del Rey, que escuchó de viva voz las relaciones del viaje, y examinó los planos y objetos que le presentaban, mostrándose satisfecho y haciéndoles mercedes bien merecidas <sup>1</sup>. Los Nodales alcanzaron otra distinción rara: la de que se imprimiera su diario de navegación, novena de la que hicieron los españoles por el Magallanes <sup>2</sup>, mientras que se archivaba inédito el de Diego Ramírez, con ser en todos conceptos, reconocidamente preferible al otro <sup>3</sup>, condenándolo á encierro de que ha salido al cabo de dos siglos y medio <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Entre otras obtuvieron los hermanos capitanes el barrio de la Moureira, en Pontevedra. Madoz, *Diccionario geográfico histórico*, t. XIII, pág. 152. Es de presumir que Bartolomé recibió la del hábito de Santiago, que figura en el escudo de sus armas.

<sup>2</sup> *Relación del viaje que por orden de S. M. y acuerdo del Real Consejo de Indias, hicieron los capitanes Bartolomé García de Nodal y Gonzalo de Nodal, hermanos, naturales de Pontevedra, al descubrimiento del estrecho nuevo de San Vicente y reconocimiento del de Magallanes. A D. Fernández Carrillo, caballero del hábito de Santiago, Presidente en el mismo Consejo.* En Madrid, año de 1621, en 4.<sup>o</sup> Figura el frontis una portada de orden jónico grabada por I. de Courbes, en cuyos intercolumnios aparecen colgados dos medallones con retratos. El de la derecha dice: *Capitán García Nodal, edad cuarenta y seis años; y el de la izquierda: Capitán Gonzalo de Nodal, edad cincuenta y dos años.* Arriba escudo de armas de Bartolomé con venera de Santiago; abajo el de Gonzalo, que muestra por tenantes leones marinos. En el basamento están dibujadas las carabelas con sus nombres, y en distinta posición las reproduce la carta del Estrecho, *echada por Pedro Teixeira Galbernas, cosmógrafo*, que acompaña á la obra. De ella se hizo reimpresión en Cádiz en 1766, *de orden del Sr. D. Joachim Manuel de Villena y Guadalajara, Marqués del Real Tesoro, Jefe de escuadra y Presidente de la Real Audiencia y Casa de la Contratación de las Indias, etc.*

<sup>3</sup> A vuelta de viaje, en 1619, hubo junta en Madrid en casa del Dr. Juan Cedillo Díaz, catedrático de Matemáticas y cosmógrafo de las Indias, en que se examinaron las cartas y se dió la preferencia á la de Diego Ramírez de Arellano.

<sup>4</sup> Salió á luz, juntamente con las instrucciones y reales cédulas, en el *Anuario de la Dirección de Hidrografía*, año VI. Madrid, 1866, págs. 206-291, según manuscrito existente en la misma Dirección con título de *Discurso y derrotero del viaje que por mandado de S. M. se hizo á los estrechos de Magallanes y San Vicente, con el arrumbamiento de todas las costas que en esta navegación se anduvieron, con los dibujos perspectivos y conocimiento de las tierras, con los Arrecifes, Bancos, Laxas y Islas nuevamente descubiertas, con el fondo de todos los Puertos, Calas y Bayas que se reconocieron, con las variaciones de la aguja que durante la navegación se observaron, y á qué hora em-*



Mejor que el otro sirve á la historia el de Ramírez de Arellano, porque da á conocer pormenores por donde juzgar de los conocimientos de hidrografía y de astronomía náutica del cosmógrafo, que debían de ser los que en la época alcanzaban los españoles.

Llevaba instrumentos más delicados que los descritos en los viajes de Quirós y Váez de Torres, apreciando el astrolabio de cinco en cinco minutos, cuando menos, por lo que indica la anotación del 16 de Enero de 1619 en estos términos dignos de atención:

«Tomé el sol en la mar, por no tener lugar de poder saltar en tierra, y dióme el astrolabio  $31^{\circ} 35'$  de complemento de altura de sol, á los cuales, quitándole  $20^{\circ} 40'$  que en este meridiano tenía el sol de declinación, según el cálculo de Ticho-Brahe, resultaron de altura  $52^{\circ} 15'$ . A la tarde salté en tierra, y sacando, con el cuidado posible, sobre un tablón bien acepillado y nivelado que traía á propósito, una meridiana, saqué dos alturas y dos sombras, y por lo que enseña el P. Clavio en su *Knomónica*, hallé por este camino ser la altura de polo de este cabo  $52^{\circ} 20'$ ; y puesta una rosa en un peón, que estaba ad ángulos rectos, encima de la meridiana, hallé que nordesteaba la aguja  $13^{\circ}$ , y me volví á ratificar que no en todas las partes del mundo que están al Oeste del meridiano de la isla del Cuervo, noruestea, pues en tres partes en tierra y tantas en la mar hallé lo contrario.»

*piezan las mareas en dia de luna nueva en los puertos y cabos principales, y á qué parte del mundo corren las aguas con las yncientes y vaciantes, y, finalmente, las longitudes y latitudes de todos los lugares principales. Por Diego Ramírez de Arellano, de mandado del Rey nuestro señor, y de su Real Consejo y Junta de Guerra de Indias.*

Dos copias manuscritas hoy en la Biblioteca Nacional, con ligeras variantes puestas al objeto del destino, en la una indicado así: *Reconocimiento de los Estrechos de Magallanes y San Vicente, con algunas cosas curiosas de navegacion, por el capitán Diego Ramírez de Arellano, cosmógrafo y piloto mayor del Rey nuestro señor y de la Casa de Contratacion de Sevilla; al serenísimo Príncipe Emmanuel Filiberto, mi señor, gran prior de San Juan, etc. Año de nuestra salud 1621.*

Todavía, en la Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XXXVIII, fol. 38, hay *Derrotero desde San Lúcar de Barrameda á las Filipinas, yendo por el estrecho de Magallanes, por los capitanes Gonzalo de Nodal y Bartolomé García de Nodal, su hermano, y Diego Ramírez de Arellano, cosmógrafo, en 1619.*



Aguja azimutal para medir ángulos describe diciendo: «No sólo por dos ventanillas de vidrio se demarcaba el sol en salir y ponerse, pero también encima de la aguja traía un círculo de latón dividido en cuatro cuartas, y cada una de ellas en 90 grados, como es costumbre, y encima del una, diocta ó declina con dos pínolas hendidas por en medio.»

«Las amplitudines del sol, que es el fundamento para saber las variaciones, las sacaba por la segunda del libro segundo del epitome de Juan de Monte Regio, multiplicando el seno de la declinación por todo el seno, y el producto partiéndole por el seno del complemento de la altura del polo..... Con este cuidado y diligencia observé las variaciones, y para los que lo quisieren hacer, daré reglas fáciles, cosa que hasta hoy no lo he visto en autor alguno.....»

La dificultad de obtener la longitud de los lugares, señala explicando de qué manera fijó las de los puntos de su carta; pues «aunque es verdad que las longitudines de satisfacción y ciertas, son aquellas que se hacen mediante observaciones de eclipses, y todas las demás claudican alguna cosa, con todo, las que tenemos por alturas y derrotas, cuando están bien hechas, son á las que se les puede dar el segundo lugar.»

En punto á nombres puestos á los que iban reconociendo, manifiesta un respeto que no han imitado los navegantes posteriores. «Pudiérasele dar nombre á este estrecho, de los Pájaros ó del Buen Suceso, pero por no quitar la gloria á su primer descubridor, que, aunque extranjero, le cupo esta suerte, debe llamarse de Mayre.» Por igual razón mantuvo los de cabo Fruart, cabo de Holanda, cabo Mauricio, bahía de Cordes, á los que estaban señalados. El de Tierra del Fuego pusieron por haber visto constantemente hogueras ó humos de los naturales; el de Pájaros de mangas de velludo á las aves de buena comida que cogian sinnúmero de noche con linternas.

Parece haberse hecho en 1617 otro reconocimiento de los estrechos por buques despachados desde el Perú, según la concisa anotación escrita por D. Dionisio de Alcedo en el *Aviso histórico, político, geográfico*, así:



«Con noticia que se tuvo en España de este descubrimiento (de Mayre), se dió orden á Juan Morel, inteligente náutico, para que pasase con dos carabelas á reconocer el nuevo estrecho y elegir sitios adecuados para su fortificación. Hizo, en efecto, la diligencia el año de 1617, y desembarcando en una de las tierras que median entre los dos estrechos, encontró hombres de desmesurada grandeza, de los cuales uno le dió *una barra de oro de media vara de largo*; y con la relación que llevó de la demarcación y situación de aquel tránsito, se volvió á despachar el año de 1618 á Bartolomé García de Nodal, que hizo más específico reconocimiento, y le puso el nombre de San Vicente.»

Debe comprenderse entre las expediciones descubridoras una de Sebastián Vizcaíno, que por distintas consideraciones hay que ligar con sucesos de otros capítulos. Cuando acabó el reconocimiento de la costa de California y llegaron los planes á la Corte, continuaron en pugna las dos tendencias de los mercaderes y navegantes sobre poblar ó no el puerto de Monte Rey, destinándolo á escala de las naves de la carrera de Filipinas, señalándose las influencias en las reales cédulas contradictorias dirigidas al Virrey de Nueva España, D. Luis de Velasco, y al Gobernador de aquellas islas, que lo era don Juan de Silva. Al fin, en las que se firmaron en Martín Muñoz á 27 de Septiembre de 1608 se mandaba suspender lo de California, considerando «que los infortunios y tormentas causadas de los huracanes, que son los que ponen en trabajo á las naos y que las obligan á arribar con tanta pérdida, son de ordinario desde que salen del cabo de Spíritu Santo de la isla de Manila, haciendo viaje por toda la cordillera de la de los Ladrones hasta vencer la cabeza del Japón, de aquella parte que llaman cabo de Gestos, de manera que el navío que se halla desaparejado, es siempre antes de entrar en el golfo grande de la Nueva España, de donde no tiene otro reparo sino arribar al Japón ó á las Filipinas.»

Conviniendo dárselo en parte segura, ó á lo menos buscarlo donde les fuera de provecho, antes de entrar en el golfo grande habían de procurarse dos islas situadas en 34° ó 35°



de latitud, que llaman *Rica de oro* y *Rica de plata*, y poblar alguna de ellas con este objeto, encomendando la jornada á Sebastián Vizcaíno, como persona de satisfacción. Iría, pues, desde Acapulco por general de las naos de Filipinas; tomaría en Manila dos navios ligeros y desembarazados que no habían de llevar otra misión, y en el caso de descubrir puerto á propósito, procedería á poblarlo desde luego<sup>1</sup>.

Hubo de suspenderse la ejecución del proyecto, entre otras causas, por la de llegar á Nueva España D. Rodrigo de Velasco y Vivero, que al dejar el gobierno de las islas Filipinas, navegando de vuelta en el galeón *San Francisco*, naufragó en una de las islas del Japón, donde forzosamente se detuvo el tiempo necesario para adquirir á crédito otro navio de construcción europea, fabricado por holandeses, obligándose á reintegrar el importe en mercancías de Europa. Con esta condición dió la vela, acompañándole voluntariamente en el viaje un señor de prestigio en el país con séquito de 20 á 30 personas<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Carrasco, *Documentos de California*, pág. 204.

<sup>2</sup> Don Rodrigo de Vivero y Velasco, natural de Laredo, dedicó al rey D. Felipe III con este motivo unos *Discursos políticos*, que aun están inéditos, y de los que hay copia en la Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. x. Decía ser ejemplo de que la espada no empece á la pluma, lo cual demostró en larga carrera comenzada en la Corte como menino de la reina D.<sup>a</sup> Ana. Con el Marqués de Santa Cruz navegó dos años en las galeras, desde 1578, concurriendo después á la campaña de Portugal, hasta que el nombramiento de su deudo, D. Luis de Velasco, por Virrey de Nueva España, le brindó ocasión de pasar al nuevo Continente con destino á la guerra de los chichimecas. Por valor y desprendimiento se hizo digno de los empleos sucesivos de castellano de San Juan de Ulúa y gobernador de Nueva Vizcaya, donde personalmente sofocó un alzamiento de los indios. Habiendo fallecido por entonces el Gobernador general de las Filipinas, le envió el Virrey con este cargo, interino, y no menos bien lo desempeñó, pacificando á los mindanaos. Regresaba á Nueva España en el galeón *San Francisco*, en 1608, cuando, pareciendo abandonarle la fortuna, naufragó en arrecifes del Japón; mas no sólo salvó la vida donde muchos la perdieron, sino que, siendo difíciles las circunstancias, se sobrepuso con habilidad, alcanzó audiencias del Emperador, en que supo hacerse agradable y conseguir que enviara á Méjico una embajada en su compañía. Nombróle D. Felipe, satisfecho de sus servicios, Gobernador y Capitán general de Panamá; después lo fué de Veracruz con título de Teniente general de las costas del Norte, obteniendo en 1627 el nobiliario de Vizconde de San Miguel, y á poco el de Conde del Valle de Orizaba. Murió en Méjico en 1636. De sus gestiones diplomáticas con Cuba Sama trató el P. Charlevoix, *Histoire et description du Japon*. París, 1736, t. II.



Ahora, habiendo de hacer buena la palabra del Gobernador y de restituir á su país á los japoneses; tratado el asunto entre personas conocedoras de la Oceanía, entre ellas D. Antonio de Morga, Hernando de los Ríos Coronel y Fr. Alonso Muñoz, comisario de la orden de San Francisco en el Japón, se determinó en Méjico que, en vez de ir Sebastián Vizcaíno con las naos de Manila, hiciera viaje directo, con carácter de Embajador, en navío pequeño nombrado *San Francisco*, propio para exploraciones, llevando por piloto mayor á Francisco de Palacios, 55 hombres de mar y los 22 japoneses acompañantes de Josquendono.

Dieron la vela en el puerto de Acapulco el 22 de Marzo de 1611, navegando sin accidente hasta la inmediación de las islas de los Ladrones, donde un huracán les puso en riesgo de anegarse, porque, abiertas las costuras, «entraba el agua como el grosor de un muslo»; pero consiguieron dominarla, llegando en salvo al puerto de Urangava, muy bien recibidos.

Vizcaíno no entendía de diplomacia tanto como de la mar, y no fué muy difícil á los avisados factores holandeses é ingleses minarle el terreno en aquella corte singular, haciéndole perder en influencia casi toda la que D. Rodrigo de Vivero había ganado. Alcanzó, sin embargo, una de las pretensiones principales: la de reconocer, sondar y bosquejar la costa y puertos de Quanto para seguridad de las naos de Filipinas, aunque los oficiosos europeos, un Mr. William Saris principalmente, insinuaban á Cubo Sama que tal concesión fuera peligrosa, por indicar el acto propósitos de conquista. ¡Si de esto no pasara<sup>1</sup>!

Desde principios de Octubre hasta Mayo siguiente de 1612 anduvo el *San Francisco* en las operaciones hidrográficas escudriñando puertos y bajíos hasta los 39º de latitud, siendo de cargo del piloto Lorenzo Vázquez la formación del portulano. Esta parte acabada, cruzaron en busca de las islas *Ricas* sin dar con ellas; lo que encontraron sin querer el 12 de

<sup>1</sup> «Nous verrons qu'il en couta encore bien des crimes et des bassesses aux Hollandais pour s'établir solidement sur les ruines de leurs rivaux.»—Le P. Charlevoix, *Historie du Japon*, citada.



Octubre fué otro baguio, bajo cuya presión creyeron perecer; tanto se abrió por todas partes el bajel, aunque picaron el árbol mayor y se defendieron con trincas y tortores. Quedó el vaso inservible, incapaz de mantenerse á flote, que resultó contrariedad muy grave, teniendo que construir otro en el puerto del Japón, adonde volvieron á favor del crédito de los frailes y de algunos comerciantes españoles, contrariados siempre y en todo por los mayores enemigos, que no eran ciertamente los naturales japoneses. El 27 de Octubre se alejó Vizcaino de ellos con el nuevo barco, y todavía cruzó algunos días en demanda de las islas imaginarias. El 26 de Diciembre recaló al cabo Mendocino, acabando en el puerto de Zacaleta el viaje interesante, de que envió extensa relación al Virrey de Méjico <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Se publicó en la *Colección de documentos de Indias*, t. VIII, páginas 101-199, encabezada: *Relación del viaje hecho para el descubrimiento de las islas llamadas «Ricas de Oro y Plata», situadas en el Japón*. Otra descripción hay en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 20, fol. 174.



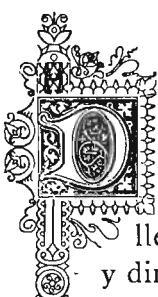


## XXIV.

### OCEANÍA.

1609-1616.

Don Juan de Silva, gobernador de Filipinas.—Bloquean los holandeses á Manila.—Se improvisa escuadra contra ellos.—Batalla de Playa-Honda.—Maravillosa victoria de los españoles.—Resentimiento de los vencidos.—Sus intrigas en Japón.—Promueven la persecución del cristianismo.—Guerra en las Molucas.—Declaran la inobservación de la tregua convenida en El Haya.—Actividad de Silva.—Organiza gran armada.—Muere en Malaca.—Conducta de los portugueses.



ESDE que se dió por fenecida la reconquista de las Molucas, apenas se ocupaban en Filipinas de otra cosa que conservarla, enviando allá los recursos llegados de Nueva España, consistentes en hombres y dinero. Naves no había más que las de apostadero construídas en el país, buenas para tener á raya á las caracoas ó pancos de los mindanaos y joloanos, mas no para medirse con las escuadras de holandeses que señorearan el mar y ejercían sobre los sultanes de las islas oceánicas influencia creciente. El gobernador Juan de Esquivel hizo bueñamente cuanto pudiera esperarse, lo mismo que su sucesor; vióse en tiempo de éste el caso de tomar por sorpresa á una galera enemiga, atacar con ella á una nave de 500 toneladas y 18 cañones y rendirla de seguida; acciones de españoles como tantas de la guerra de Flandes, pero acciones aisladas que poco pesaban en el resultado de las campañas. Los ho-



landeses, aunque lentamente, teniendo siempre ocho, 12, 20 navios de guerra en las Molucas, aparte de los destinados á Malaca, iban ocupando otra vez algunos puertos, sirviéndoles de base el de Amboina.

En 1609 llegó á tomar el mando de Manila D. Juan de Silva, gran soldado, que dió mejor aspecto á los asuntos aplicando activamente á la ofensiva cinco compañías de infantería que le acompañaron de Nueva España. Justamente iba hacia allá otra escuadra de 14 navíos holandeses despachados por la Compañía de las Indias con el almirante Verhoeven <sup>1</sup>, teniendo por instrucción lanzar de una vez á los españoles de las Molucas, porque se gastaba mucho en la guerra prolongada hasta entonces y los accionistas deseaban beneficios.

Verhoeven tuvo la suerte de apresar un galeón portugués sobre Mozambique; incendió otro cerca de Goa, y en Febrero de 1609 ancoró sin accidente en Bautam de Java, con intención de castigar á los naturales, que, lo mismo que los de Banda, habían vuelto la espalda á su bandera. Hubo encuentros cuyo resultado no podía ser dudoso; los bátavos construyeron fuertes provisionales, inaugurando el señorío colonial, aunque perdieron al Almirante en una de las escaramuzas ó asesinado traidoramente, que ambas especies corren.

Francisco Wittert <sup>2</sup>, sucesor en el gobierno de la armada, se concertó con el sultán de Malabar y con los de algunas otras islas, consiguiendo su auxilio en la campaña contra los españoles de Terrenate y Tidore, en que hizo bastante daño; mas no encontró que arrojarlos de las islas fuera cosa tan llana como se figuraban los directores de la Compañía, y urgiéndole el precepto de procurar dividendos á los accionistas, como se informara bien del estado indefenso en que estaban las Filipinas, escogió los cuatro navíos más fuertes, un patache y lanchas de desembarco con objeto de tentar un golpe de mano, dirigiéndose desde luego á Ilo-Ilo, en la isla

<sup>1</sup> En relaciones se le nombra Pedro Wilhelme.

<sup>2</sup> Henrique en relaciones españolas.



RELACION  
DEL VIAJE QVE POR  
ORDEN DE SV MAG.

Y ACVERDO DEL REAL CONSEJO  
de Indias. Hizieron los Capitanes  
Barolome Garcia de Nodal, y Gonçalo  
de Nodal hermanos, naturales de Ponte  
Vella, al descubrimiento del Estrecho  
nublo de S. Vicente y reconosiq<sup>e</sup>  
del de Magallanes.

A DON FERNANDO CARRILLO  
Cavallero del abito de Santiago. Presidente  
en el mismo Consejo.

CON PRIVILEGIO

En Madrid. Por Fernando Correa  
de Moncenzgo. Año. 1621.



N. S. de Andra



N. S. de S. C. de





de Panay, por su puerto y astillero, de donde salían los socorros para las Molucas. A la sazón preparaba, en efecto, viaje á Terrenate el capitán D. Fernando de Ayala, que le hizo caluroso recibimiento y no insistió en el ataque; no iba á eso; continuó la derrota á Manila.

Mejor que yo pudiera hacerlo, pinta el estado en que la plaza se hallaba el mencionado gobernador y capitán general de las islas, D. Juan de Silva, escribiendo á la metrópoli.

«Hallábame, decía, imposibilitado de todo; sin navíos, sin artillería, sin municiones de guerra, sin bastimentos y sin un real con que remediar tantas faltas..... Sabe la Magestad de Dios la aflicción con que estaba, viéndome tan cerca de que se perdiessen estas provincias que mi Rey me había entregado para que se las defendiese.....»

Acudiendo, como siempre, en semejantes ocasiones, á la buena voluntad de los vecinos, proveyó que se hiciera trinchera de cestones en Cavite, resguardando los bastimentos y ropas preparadas para enviar á Terrenate; montáronse algunas piezas, se alistaron 300 soldados, todo tan á tiempo, que al entrar en la bahía el enemigo, el 11 de Noviembre de 1609, apareció á la vista un simulacro de plaza fuerte, bastante á detenerle fondeado fuera del tiro de cañón. Estuvo nueve días reconociendo las inmediaciones sin determinarse al ataque, satisfaciéndose con la seguridad de no haber en el puerto ni bajeles de guerra que recelar, ni marchantes que valieran la pena de arriesgar la captura, procediendo, en consecuencia, al plan que se había trazado, fácil de adivinar aunque no lo descubrieran algunos desertores de su escuadra.

Los cristianos nuevos, ó sea judíos españoles y portugueses, establecidos en Holanda, contribuyentes al armamento de la expedición, tenían informado que entraban anualmente en Manila de 40 á 50 champanes chinos, llevando gran suma de rica sedería, y que, no admitiendo en aquel Imperio embarcación ni trato de europeos, era de procurar la presa de aquéllos, llevar el cargamento al Japón, ofrecer á su gente armada y artillería en caso que quisiese conquistar las Filipinas y dejar aseguradas con ellos las relaciones mercantiles;



esto sin perjuicio de interceptar las naos de Nueva España y de Macao, portadoras de la consignación de las islas y remesas de particulares.

Fuese con ese propósito Witter á fondear en Playa-Honda ó Puerto del Fraile, á 20 leguas de Manila, en la boca de su bahía, dejando á la vela el patache, que iba acometiendo á cuantas naves recalaban, y proporcionando á las tripulaciones regalada vida con las provisiones, vinos y frutas que cada día cogía.

Don Juan de Silva discurrió remedio por donde á nadie le ocurriera, «hacer armada, como en la ocasión de Van Noort, y salir á pelear con el enemigo, poniendo en las manos de Dios la fortuna de una batalla», para lo cual había de empezar por construir las naves y fundir la artillería, operación la última que, ensayada anteriormente en las islas, nunca había producido resultado. En aquellos tiempos no era en verdad tan prolja la fabricación de naos ni cañones; con todo, tanto es de admirar la idea del armamento como la de que el enemigo lo esperase, y más todavía que á los cálculos respondiera el éxito apetecido.

Había por entonces astillero particular en la isla de Marinduque, donde se empezaba una embarcación de comercio; el Gobernador ordenó que se aumentaran las dimensiones y fortaleza, que á la vez se aderezara otra desechada y en desguace por vieja, lo mismo que un patache, y que se empezaran dos galeras de á 20 bancos, procediendo simultáneamente á montar la fundición. Concluída una de las galeras y enviándola á Cavite á recoger jarcia, se alzaron los chinos que bogaban, asesinando al capitán Cardoso y á los pocos soldados de guarnición, haciendo después rumbo á su tierra, contrariedad grande que obligó á recomenzar la obra.

A los dos meses entró en la bahía de Manila uno de los navíos del bloqueo á reconocer si por allí se hacía diligencia, hallándolo todo en la misma situación que la vez primera: como que no era aquél el lugar de los aprestos. Volvió asegurado del reconocimiento á Playa-Honda, en continuación del asedio, haciendo muchas presas de chamanes chinos,



por uno de los cuales supo que el galeón portugués que venía de Macao <sup>1</sup> había naufragado al Norte de las islas, ahogándose como 120 personas, los más esclavos, y unos cuatro ó seis españoles, con pérdida de riquísima carga. A Manila llegó parte de los naufragos en embarcación improvisada con tablas del navío, quedando otra parte en una isla deshabitada aguardando socorro, y se envió con la buena suerte de que no cayera en manos de los enemigos.

Ya por este tiempo había pasado de Marinduque á Cavite la nao nueva, bautizada con el nombre de *San Juan Bautista*; se armó con 26 cañones, eligiéndola por capitana; la otra carenada, que había de ser almiranta, y se llamaba *Espritu Santo*, montó 22 piezas; en el patache *Santiaguillo* se pusieron cinco, y así en otras tres embarcaciones pequeñas del puerto, quedando formada la escuadra, que en persona quiso regir el Gobernador, llevando por almirante á su sobrino D. Francisco de Silva. Dejémosle referir lo ocurrido:

«Yo me hice á la vela á 21 de Abril con dos naos de á 600 toneladas de porte, cuatro pataches, dos galeras de á 20 bancos, y en todos estos navíos 600 españoles y 150 soldados naturales (indios), 70 piezas de artillería, la mayor parte menuda, las 12 de ellas pedreros; había muy pocos marineros y menos artilleros, y para suplir parte de esta falta hice embarcar por fuerza á los escuderos que acompañaban á las mujeres desta ciudad, como también había hecho quitar á los vecinos las rejas de sus ventanas para pernería y clavazón para los navíos y galeras. Procuré medir el tiempo para llegar al romper el alba sobre el enemigo, como sucedió, sábado á los 24 de Abril, que estaba bien descuidado, porque yo había prevenido con grandes diligencias para que no tuviese lengua dello. Iban nuestras ocho velas tendidas en ala llevando los dos cuernos la capitana y almiranta, y con cada una de ellas una galera, y en medio los cuatro patajes. Hallamos los tres navíos enemigos y su pataje á la vela y la ca-

<sup>1</sup> Macán en las relaciones.



pitana surta con las lanchas, la cual, en descubriendo nuestra armada largó los cables, y dando la vela, procuró salir á juntarse con sus naos. No lo pudo hacer, porque yo le abordé. Procuraron su almiranta y otra nao venirla á socorrer, mas D. Fernando de Silva, que era almirante, aborbó á la enemiga con mucho valor. A otra nao enemiga, llamada *El león de oro*, abordaron los dos patajes, de que eran cabos los capitanes Rodrigo de Guillistegui y Juan Tello de Aguirre. La otra nao del enemigo y el patache se hallaron más desviados, y por haber calmado el viento no pudieron llegar á pelear. Duró la batalla seis horas; fué muy reñido y dificultoso el rendir las naos del enemigo, porque aunque se les entró, por ser la primera cubierta de la plaza de armas y castillos de muy fuertes jaretas de madera y tener en los castillos de proa y popa unos traveses cerrados hechos de dos costados de tablones y en medio traplenarios de pedazos de cables, aurasados, para jugar su mosquetería y pedreros; pues en estos traveses, y debajo de la jareta se metió su gente, y desde allí, con la mosquetería y pedreros batían la plaza de armas, y desde abajo de la jareta mataban cuantos entraban. En ocasiones apretadas me he visto en Flandes y en Francia, mas ninguna más que ésta. Al fin, aunque nos costó alguna gente fué Dios servido que rindiésemos la capitana y almiranta y la que abordaron los patajes se quemó. La otra nao y el patache enemigo se salvaron huyendo. Murieron de nuestra parte 30 personas de mar y 70 soldados, entre ellos el sargento mayor Jerónimo de Vera y el capitán Toribio de Miranda, y un alférez vivo y seis reformados. Hubo cantidad de heridos. Del enemigo murió la más de la gente, y entre ellos el General y Almirante: tomáronse vivos 134 holandeses; libráronse algunos prisioneros nuestros que estaban en su poder; fué muy rico el despojo, ansi de sedas como de dineros, y algunas joyas: lo que se pudo defender se repartió con cuenta y razón. Para prueba de cuán reñida fué esta batalla, diré que en la capitana del enemigo, sólo la artillería mató 60 personas. Ganáronse 70 piezas, muchas municiones y bastimentos, grandísima cantidad de jarcia y hierro, clavazón, y



otros géneros de que estaban bien faltos los reales almacenes, de valor de más de 100.000 ducados. Ha importado grandemente esta victoria, que Dios, por su misericordia, nos hizo merced, para reprimir estas naciones bárbaras, con quien teníamos perdido el crédito: todos han quedado admirados.»

Hasta aquí D. Juan de Silva, modesto y ejemplar en la narración del triunfo grande, portentoso, que alcanzó con la habilidad más que con la fuerza. Sólo las dos naos capturadas, capitana y almiranta holandesa, tenían tanta artillería y de mayor calibre que la armadilla española. En lo que ésta aventajaba era en brazos; mas sin la precaución de atacar por sorpresá, haciendo inevitable el favorito modo de combatir de nuestra gente, el abordajé, fácil es presumir de lo que hubieran servido los *escuderos de mujeres, embarcados á la fuerza*, midiéndose en maniobra y cañoneo lejano con marineros y artilleros holandeses. Entre las más cumplidas y gloriosas victorias navales ha de contarse, pues, la del insigne gobernador de Filipinas, que ya por la fábrica y armamento en término de cuatro meses, fuera de admirar.

La nao enemiga incendiada se remolcó á la playa y se pudo recoger la artillería y clavazón, de que había gran necesidad en las islas <sup>1</sup>.

La victoria causó honda impresión entre los sultanes y reyezuelos de las islas, á los que habían hecho creer los holandeses que sus navios eran invencibles, y tuvo segunda parte en la expedición enviada sin pérdida de tiempo á Mindanao con el capitán Juan de la Vega <sup>2</sup>. Impresionó igualmente en

<sup>1</sup> Fray Gaspar de San Agustín relató el combate en su *Historia de Filipinas*, de conformidad con el despacho de D. Juan de Silva, del cual hay copia en la *Colección Navarrete*, t. xii, núm. 5. Hay también resumen en la Academia de la Historia, *Registro del Consejo de Indias*, de León Pinelo, fol. 304, con nota de haber valido la presa hecha á los holandeses 100.000 pesos, sin contar lo que saqueó la gente, cantidad que se distribuyó, á excepción de los 20.000 pesos del quinto real, de que S. M. hizo merced á D. Juan de Silva. En Sevilla se imprimió noticia suelta.

Los escritores holandeses refieren el suceso con alguna variedad é inexactitud, que ha puesto de manifiesto el profesor Fernando Blumentritt en su narración alemana imparcial. El valor de la presa sube á 500.000 pesos.

<sup>2</sup> *Historia de las islas de Mindanao, Joló y sus adyacentes*, por el P. Francisco Combes, de la Compañía de Jesús. Madrid, 1667, folio.



el Japón, donde los factores habían ofrecido por adelantado la presencia de la escuadra conduciendo la sedería robada á los barcos chinos en la bahía de Manila, y hubieron de redoblar las intrigas, sacando partido de la arrogancia de Sebastián Vizcaíno, que, en su Embajada por entonces, llegaba hasta los palacios de Yedo y de Nangasaki arbolando el estandarte real, sonando cajas y pifanos, disparando mosqueteros por las calles con disgusto de Cubo Sama.

Cuenta con naturalidad un neerlandés que también estuvo por allá en embajada<sup>1</sup>, cómo sus compatriotas disfrutaban ya de la libertad de comercio con factoría establecida en Tírrando. Los castellanos y portugueses los ponían en mal lugar, tildándolos de rebeldes á su Rey, de piratas y de cuanto malo les ocurría decir de ellos; lógico era que procuraran por su crédito y tomaran venganza como pudieran de las calumnias y de las humillaciones. Inventaron, pues, una conspiración encaminada á despojar al Emperador del trono y de la vida, presentando tan claras pruebas de la complicidad del rey de España, del Papa, y de algunos príncipes japoneses bautizados, que exaltaron á Cubo Sama, decidiéndole á la horrible persecución y exterminio de los cristianos, ordenada más tarde<sup>2</sup>.

En las Molucas cambiaron despachos el nuevo Gobernador, D. Jerónimo de Silva, y el Almirante holandés, tratando el primero de aclarar la disposición del otro, relativamente á la observancia y respeto de la tregua convenida entre ambas naciones. Las contestaciones eran ambiguas, porque el Almirante interpretaba lo estipulado creyéndose en libertad para tratar con los sultanes de las islas, y que por parte de España no se había de considerar rebeldes á los que faltaran á los juramentos y pleitesias de vasallaje. Al fin, estrechado el dicho Almirante, declaró no tener orden de suspender las hostilidades, y siguieron éstas, cayendo prisionero el holandés

<sup>1</sup> *The History of Japan by Engelbertus Kaempfer, Physician to the Dutch Embassy to the Emperor's court. Translated from his original manuscript.* London, 1728, folio.

<sup>2</sup> Se refiere extensamente en todas las fases en relación compuesta por el P. Luis Piñeyro, de la Compañía de Jesús. Año 1617.



Caerden, portador de papeles en que daba cuenta á su Gobierno con exageración del mal estado de las plazas que ocupaba y del sesgo de las operaciones<sup>1</sup>.

No se descuidó D. Luis de Silva: después de aplicar el botín de la batalla en Playa-Honda á la construcción de tres galeones de á 800 toneladas, formó escuadra de seis y dos galeras, con la que consiguió ventajas en Gilolo, causando 300 bajas al enemigo. No obstante, y aunque llegaron desde Cádiz, por el cabo de Buena Esperanza, cinco carabelas, conducidas por el general Ruy González Sequeira y el almirante Fernando Muñoz de Aramburu, con el importante refuerzo de 350 infantes y 240 marineros, quedó siempre inferior á la potencia naval de los holandeses, que incesantemente enviaban naves y se extendían, construyendo y artillando fuertes, á que no era posible acometer sin asedio formal por mar y tierra, al mismo tiempo que se apoderaban de aquellos insignificantes, cual los de Marieco y Motiel, guarneidos con un alférez y 12 soldados españoles. La actividad incansable de Silva tropezaba á cada paso con la falta de recursos ó con impensados incidentes, y tal fué una sublevación de los indios obligados al corte y arrastre de maderas de construcción, con que se proponía aumentar la escuadra filipina.

Faltó caricia de la suerte al improbo trabajo con que consiguió poner á la vela, en la bahía de Manila, armada de 10 naves, cuatro galeras, un patache, fabricados á su vista, la capitana *Salvadora*, de 46 cañones; es decir, de los mayores bajeles de la época; la almiranta *San Marcos*, de 32; embarcados 5.000 hombres, los 2.000 españoles, viveres abundantes, pertrechos y municiones suficientes al objeto loable de buscar á la escuadra enemiga, por entonces estacionada en Malaca al acecho de las naves portuguesas de Macao, destruirla, caer sobre las Molucas, asegurar la dominación<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Correspondencia de D. Jerónimo de Silva, gobernador de las Molucas, de 1612 á 1616. Ocupa el tomo LII de la Colección de documentos inéditos para la Historia de España.

<sup>2</sup> Murillo Velarde, *Historia de la provincia de Filipinas*, de la Compañía de Jesús. Segunda parte. Manila, 1749.



El hombre propone.....

A 5 de Enero de 1616 navegaba, gobernando su persona esta flota; á 19 de Abril se celebraban sus funerales en Malaca, cortada la existencia por calentura maligna. El Teniente general, D. Alonso Enríquez, volvió con el cadáver á Cavite, contentándose con destacar algunas embarcaciones á Trennate.

No debo hacer caso omiso de las declaraciones graves de un escritor repetidamente citado <sup>1</sup>, aunque no acepte la responsabilidad de lo que noticia relativamente á esta expedición.

Antes de ponerse en marcha había tratado Silva de asegurar la cooperación de los portugueses, para lo cual escribió al virrey de Goa, exponiendo que sólo á los esfuerzos comunes sería dado arrojar de la India al enemigo; proponía, por tanto, que aprontara la armada para que, unida á la de Manila, asistiera á la batalla decisiva. El Virrey aceptó las proposiciones y envió á Malaca una escuadra de cuatro grandes naos, armadas con 90 cañones y tripuladas por 400 infantes portugueses sobre la gente de mar. Habiendo salido el 2 de Mayo de 1615, no tardaron menos de ciento dos días en llegar á Sumatra, desde donde pasaron á Singapoore. Allí se negaron los marineros á seguir, disolviéndose la escuadra, que pereció en encuentros desastrosos con los holandeses.

«Tengo por seguro, dice el autor, que la sublevación de los marineros fué fingida, y que la ruin envidia de los portugueses no les permitió ayudar á los castellanos en sus apuros. La escuadra se armó para poder justificarse ante la Corte de Madrid, pero al mismo tiempo se dieron en secreto órdenes al Comandante de no unirse á los españoles; quizá los portugueses recordaron en esta ocasión la conducta de Acuña, que hizo de las Molucas portuguesas una posesión española, y no se sintieron dispuestos á prestar su cooperación á transacciones parecidas, prefiriendo ceder sus posesiones á los holandeses que verlas llegar á manos de los castellanos.

<sup>1</sup> El profesor Fernando Blumentritt, *Ataques de los holandeses á Filipinas*.



»Silva recibió por un jesuíta la noticia de que la flota portuguesa había salido de Goa, y con su admirable talento organizador y energía incansable logró disponer pronto 16 navíos grandes y muchas embarcaciones pequeñas. La almirante, según se dice, era de unas 2.000 toneladas, y siete de las demás embarcaciones, con las cuales se hizo á la vela en Cavite el 4 de Febrero de 1616, de 600 á 1.600 toneladas cada una. Esta escuadra, en que se contaban 42 embarcaciones, estaba armada con 300 cañones de bronce y tripulada por 2.000 españoles y 3.000 indios y japoneses, formando estos últimos un regimiento aparte. Como Silva no tuviera el menor indicio de la aproximación de la armada portuguesa, temió que pudiera haber sido molestada en su marcha por los holandeses, de los cuales sabía que tenían una escuadra en aquellas aguas. Por lo tanto se dirigió con su imponente armada á Malaca para socorrer á los portugueses traidores, en vez de echarse sobre las Molucas, donde le hubiera aguardado una victoria segura..... Don Alonso Enríquez volvió á Manila convencido de que no podía contar con la cooperación de los portugueses. La magnífica escuadra llegó á Manila el 1.<sup>o</sup> de Junio de 1616 en un estado deplorable, pues no solamente se había declarado una epidemia en la tripulación, sino que también se habían destrozado varias embarcaciones en aquellas aguas sembradas de arrecifes.»

---





## XXV.

### FUNCIÓN DE CAÑETE.

1615.

Entrada de los holandeses en el mar del Sur.—Se alista apresuradamente armada en el Callao.—Encuéntranse en Cañete.—Arrojo temerario de D. Rodrigo de Mendoza.—Combate nocturno.—Escena horrorosa.—Continúa la acción el día siguiente.—Queda sola la almiranta española.—Se hunde con sus defensores.—Elogio de D. Pedro de Pulgar.—Sálvase la Monja Alférez.—Ocurrencias notables.—Marchan los enemigos.



os documentos oficiales citados en capítulos distintos de esta historia enseñan que una de las primeras, cuando no la principal, de las recomendaciones que se hacia á los virreyes del Perú al otorgarles título de tan elevado cargo, era la economía en los gastos de oficio. La entrada de corsarios ó piratas en el mar Pacífico; la captura de las embarcaciones del comercio; el saqueo é incendio de las poblaciones del litoral; los daños incalculables que en pocos días de aparición ocasionaban, no eran tantos que persuadieran de la inconveniencia del sistema arraigado. Considerábanse las expediciones de extranjeros como un mal transitorio; había empeño en creer que la presente era la última, y continuaban las costas sin fortalezas, las poblaciones sin guarnición, los puertos sin buques de guerra, viviendo la gente en las delicias de lo que hoy todavía se llama «presupuesto de la paz». Al llegar aviso de entrada de bajeles por el estrecho de Magallanes se alis-



taban á toda prisa compañías, nombrábanse capitanes, y con las embarcaciones de comercio se improvisaba una armada.

En puridad, estos preparativos imperfectos, hechos siempre con la precipitación de última hora, trabajando día y noche, adquiriendo ó fabricando de momento armas, pertrechos y aun pólvora, sin atención al costo, ocasionaban gastos de incomparable entidad sin resultado efectivo. En los tiempos mismos de tranquilidad asegurada, el embarque en cascajos viejos de la plata y oro de la Corona más de una vez produjo la pérdida total de millones de pesos; sin embargo, seguía llamándose economía al escatimar algunos reales en personal ó material, y no es raro: han pasado muchos años, y económico se dice el procedimiento.

Cuando el Marqués de Montes Claros tomó posesión del virreinato se contaban ocho expediciones piráticas, incluyendo las de Drake y Cavendish, unas con próspero, otras con adverso suceso; pero todas con daño del comercio, sobresalto de la población y estímulo á la repetición en el botín y en la impunidad. Continuó la marcha de los antecesores este Virrey, y llevaba cuatro años de gobierno sosegado cuando, corriendo el de 1615, en mal hora recibió nueva de que cinco naos holandesas surgían en el puerto de Valdivia. Como siempre, causó sorpresa la noticia, recelando que el primer intento fuera poblar y fortificar en aquel sitio codiciado, sin respeto á las treguas estipuladas con los antiguos rebeldes de Flandes. Todo fué ruido, movimiento y confusión entonces: aprestar armas, alistar compañías; buscar bajeles; nombrar artilleros, cabos y capitanes á los paniaguados de las autoridades, formándose como por encanto en el Callao una armada de seis navíos <sup>1</sup>, á saber: capitana *Jesús María*, capitán Delgado, de 22 cañones y 400 hombres; almiranta *Santa Ana*, capitán Bustinza, con 12 piezas y 200 personas; *Carmen*, capitán Coba, 8 cañones y 150 hombres; *San Diego*, capitán Juan de Nájera, 80 soldados, sin artillería; *San-*

<sup>1</sup> Son confusas las noticias de este armamento; me atengo principalmente para la comprobación á los datos del enemigo, que no tendría empeño en rebajarlo.



tiago, el maestre de campo Pedraza, con 80 hombres y cuatro pedreros; patache *Rosario*, capitán Juan de Alberdín, con 50 soldados, componiendo suma total de 1.400 hombres <sup>1</sup>. Capitán general fué nombrado D. Rodrigo de Mendoza, caballero de Santiago, sobrino del Virrey, joven de acreditado valor; almirante, D. Pedro Alvarez de Pulgar <sup>2</sup>, soldado bizarro, que antes había sido general de armada en el mar del Sur y ahora debía serlo; maese de campo general, D. Diego de Saravia. Los dos primeros buques pertenecían al Estado; los otros eran mercantes, los que más á mano se hallaron. De cualquier modo, en suma, eran seis; y no llegando á más de cinco los enemigos, la prevención quedaba satisfecha, sin cuidado del porte y armamento que tuvieran, ni la diferencia que va de tripulaciones colecticias, en que unos hombres á otros no se conocían y las que, después de organizadas, traían más de un año de navegación y ejercicio.

Con otra noticia de avistarse el enemigo desde el puerto de Cañete, que está 24 leguas á barlovento, salió nuestra armada del Callao, observando al paso las malas condiciones de la almiranta, que se quedaba rezagada; se recomendó mucho la unión, sin poder lograrla por el diferente andar, y en pelotón descubrieron á los holandeses á las cuatro de la tarde del 17 de Julio, unas 15 millas separados de la costa. Descubrieron también, casi al mismo tiempo, un barco que se desatracaba de tierra á vela y remo; traía despacho del Corregidor de Cañete para el General advirtiendo que, reconocidos los enemigos con anteojo de larga vista, le parecía venían muy trabajados y con poca fuerza, según la lentitud con que hacían las faenas, y así cuidara mucho no se le fuesen de entre las manos aprovechando la noche, y los atacara desde luego con la certeza del triunfo.

Tenía crédito de soldado este Corregidor, é hizo fuerza en el ánimo de D. Rodrigo, no necesitado de espuelas, el razonamiento de la carta; lo comunicó en la Junta ó Consejo de

<sup>1</sup> Algunos papeles dicen 800.

<sup>2</sup> En relaciones, González de Pulgar. Las holandesas le nombran D. Pedro de Piger y Pigro.



guerra, reunido en el momento, y el experimentado Almirante fué de parecer que no se aventurase el encuentro tan cerca de la noche y sin tener reunidos los seis bajeles; en su juicio, esperando al día siguiente y disponiendo el ataque general, podían pelear y vencer con ayuda de Dios, indicando la disposición del enemigo, que no trataba de esquivar el encuentro, para el que se le veía apercibido y aun engalanado con pavesadas, flámulas y gallardetes, sin dar la vela que el viento consentía. No dejó D. Rodrigo de conocer la madurez del consejo, y por de pronto lo admitió; mas quedándole en el alma la espina de la opinión, si después de avisado huía aquella noche el holandés y por astucia apparentaba lo contrario, combatido de la duda dejóse llevar del falso puntillo de la honra y sin aguardar á tres de sus bajeles que estaban muy apartados á sotavento, comunicó sus órdenes y osadamente fué adelante, seguido de la almiranta y del patache.

La escuadra holandesa, gobernada por el almirante Joris van Spielberg <sup>1</sup>, hombre, aunque de más de sesenta años, fuerte y experimentado marinero, se componía de cinco naos muy sólidas, construidas expresamente para circunnavegación, con contracostados ó aforro interior, rasas de popa y recogidas de obra muerta: dos de ellas, llamadas *Groote Zon* y *Groote Maan*, eran de á 600 toneladas, armadas con 28 cañones; otras dos, la *Nieuw* y la *Eolus*, medían 400 toneladas, llevando 22 cañones, y la quinta era patache, nombrado *Morgenster*, de 100 á 150 toneladas, con ocho cañones, sumando la gente de todas 800 hombres. Por estos datos, tomados del enemigo mismo, se juzgará de la temeridad, que no arrojo, de D. Rodrigo de Mendoza.

Serían las nueve de la noche cuando, acercándose nuestra capitana y almiranta á los holandeses, pusieron éstos faroles en los palos, y, tocando los pifanos, dispararon un cañonazo sin bala; contestó D. Rodrigo con dos que las llevaban, á tiempo que sonaban los clarines, y al momento se generalizó

<sup>1</sup> En documentos españoles, Jorge Esperanverg, Espernet, Spilberg, Sperverg. En algunos extranjeros, Spielberg. Dicen era alemán al servicio de Holanda.



el fuego en descargas rapidísimas, suriendo cada uno de nuestros bajeles las de dos de los enemigos, no haciendo cuenta del patache, porque muy pronto recibió varios balazos á flor de agua y se fué á fondo, salvándose pocos con su capitán Alberdín, á bordo de la capitana.

Era la noche obscurísima, pareciéndolo más el fulgor de los cañonazos, aprovechado para las sucesivas punterías; el sonido de las cajas de guerra, las voces de mando, las imprecaciones de los combatientes y los gemidos de los moribundos prestaban á la escena terrible grandeza. Mezcladas las naos y habiendo calmado en absoluto el viento, no se distinguían unas de otras, multiplicando, sin embargo, los disparos con frenesí, de manera que la capitana española soltó sobre su almiranta una andanada mortífera, que le hizo más daño que el enemigo, y por el otro lado, como la holandesa *Nieuw* se viera muy apurada y la socorriera su General con una lancha cargada de gente, creyéndola contraria, la echó á pique, no obstante que gritaban *;Orange! ;Orange!*

El cansancio de la gente y la necesidad de atender al reparo de los daños suspendió aquella verdadera carnicería, apartándose los holandeses con el remolque de las lanchas que echaron al agua.

Al amanecer el día siguiente, que fué sábado 18 de Julio, seguía el viento calmoso; los cinco navíos holandeses estaban unidos, la capitana y almiranta nuestra á su barlovento, y lejos, á sotavento, los otros tres bajeles, espectadores pasivos de lo ocurrido la noche anterior y de lo que había de ocurrir ahora, porque D. Rodrigo de Mendoza, sin hacer diligencia para congregarlos, sin consideración al lastimoso estado de la almiranta y sin cuidar de la fuerza enemiga, que ya no podía serle dudosa, acometió de nuevo con heroico tesón á la nao de *Spielbergen*, procurando abordarla y cañoneándose en tanto con ella y otra de las mayores enemigas. Cuando consiguió ponerse al costado, eran tantos los muertos y heridos que tenía, que, lejos de ordenar el asalto, puso á gritos pena de la vida al que entrara en la nave contraria, no obstante lo cual, porque con el ruido del batallar no lo enten-



dieran ó porque nada detuviera su impulso, saltaron un don Domingo de Loaisa, Juan Muñoz de la Fuente, Martín Flores y dos ó tres soldados más, peleando á espada y rodela como fieras. Al apartarse los buques quedaron abordo del holandés, y aunque hicieron prodigios fueron muertos todos, como es de suponer, á excepción de Martín Flores, que, cubierto de heridas, arrancando el estandarte enemigo de la popa, se arrojó al agua y á nado alcanzó al *Jesús María*, entregando á su General aquel sangriento trofeo <sup>1</sup>.

Retirándose la capitana á favor del viento fresco que de tierra se levantaba, quedó la almiranta *Santa Ana* siendo blanco de los cañones de los cinco enemigos, sin brazos apenas para descargar los suyos, pocos y en parte ya desmontados.

Aun así quiso también abordar á alguno, y fué el primero en saltar el capitán Bustinza, que, herido de pica á través de la jareta, cayó al agua y pereció. En vano Spielbergen reiteraba á D. Pedro del Pulgar su consideración si se rendía, cesando la estéril resistencia; tan recio con el holandés como con algunos de los suyos que quisieronizar bandera blanca, prosiguió el combate hasta el anochecer, y á eso de las ocho se sumergió con su nave, prefiriendo la muerte al vencimiento y dejando con su resolución gloriosa, aunque desesperada, profundamente conmovidos á los que lo combatían.

La capitana *Jesús María* tuvo 60 muertos y 80 heridos, que desembarcó en Pisco, y aderezándose lo mejor que pudo, continuó navegando hacia Panamá para unirse á los navíos que allí estaban. Todo el mundo reconoció que se había batido bien. De la almiranta por rareza escaparon con vida cuatro personas, recogidas en el agua por los holandeses. Los otros tres bajeles no entraron en fuego; sometidos los capitanes al examen de un Consejo de guerra, alegaron no haber podido aproximarse por estar á sotavento, y que de cualquier modo fueran de poco servicio en la acción no llevando ar-

<sup>1</sup> Consta el hecho por certificación del general D. Rodrigo de Mendoza. Martín Flores fué remunerado y distinguido: tuvo constante empleo en la marina y murió en el Callao siendo capitán de mar y guerra.



tillería; pero los descargos no bastaron á modificar la opinión pública, que censuró su proceder tanto como enaltecía el de los desdichados tripulantes de la almiranta. Contando los que sucumbieron en el patache la noche primera, ascendieron los muertos á 500, entre ellos el almirante Pulgar, los capitanes Gabriel Juárez, Diego Díaz Matamoros y Bustinza; los alfereces Baltasar de Saavedra, Pedro Jiménez, el piloto Herrera y varios caballeros aventureros. Las bajas del enemigo se calcularon en 100 á 180, sin que nunca se haya averiguado de cierto por no especificarlas sus historiadores, no más escrupulosos que los de otros pueblos en vestir y adornar la verdad á su gusto, según demuestra la narración de este combate que extracto de uno<sup>1</sup>.

La armada española, dice, se componía de siete grandes galeones; atacaron de noche, y uno de ellos se fué á pique por el fuego de Spielbergen; la nao *Neeuw* se vió un tanto apurada, y tratando de socorrerla disparó sobre la lancha que le acudía, sumergiéndola. Renovado el combate al día siguiente, la capitana de D. Rodrigo forzó de vela, perdiéndose de vista, y es de presumir que se hundió. La almiranta se fué á pique sin quererse entregar, y «al desaparecer *Alvarez Pi-gro*, la tripulación fué abandonada á su suerte á pesar de los gritos de misericordia; insigne crueldad de algunos subalternos que el Almirante desaprobó, pero que puede explicarse como represalia de la manera bárbara con que los españoles hacían la guerra. Fué la primera vez que los holandeses alcanzaron victoria tan completa de los españoles en esta parte del mundo; victoria memorable por haber sido ganada *con fuerzas infinitamente menores que las de nuestros terribles enemigos*. Costóles el combate cuatro grandes galeones, y entre los muertos, que casi llegaron á 1.000 hombres, el General y el Almirante.

»La pérdida de los holandeses resultó comparativamente muy pequeña.»

<sup>1</sup> *Les Hollandais au Brésil, notice historique sur les Pays-Bas et le Brésil au XVII<sup>e</sup> siècle*, par P. M. Netscher. La Haya, 1853.



En lo que fueron justos es en la apreciación y realce de la conducta de Pulgar, presentándolo al conocimiento de sus compatriotas como dechado de prudencia, de entendimiento, de sereno valor y de resignada y caballerosa dignidad en la desgracia. Si en Lima se enalteció su memoria, proclamándole como *crédito del reino y honra de su patria, Granada*; si en España hizo su elogio el severo fiscal Solórzano Pereira<sup>1</sup>, la verdad es que fueron mayores los encomios que le prodigaron en Holanda, manifestando pesar del desastroso fin que tuvo. Entre los recuerdos que le dedicaron, hay un bosquejo histórico escrito en alemán por el Sr. Honewald, traducido al castellano por la insigne escritora que firmaba *Fernán-Caballero*, narrando con poética delectación los principales episodios del combate hasta el final, en que se dice que Spielbergen en persona fué á visitar al Almirante español, hallándolo con las canas ensangrentadas, tranquilo, digno, cortés; pero con la inquebrantable decisión de no salir del bajel que había de servirle de ataúd<sup>2</sup>.

El respeto á la santidad del juramento en este Almirante; la temeraria acometida de D. Rodrigo de Mendoza y la heroicidad del soldado Martín Flores, que sobresalen en la acción, han obscurecido otros hechos personales, otras ocurrencias que no por menos señaladas dejan de merecer especial noticia. Una es que entre las cuatro personas libradas de la

<sup>1</sup> *Varias obras póstumas*, pág. 328. Lo hizo asimismo el Conde de la Granja en la *Vida de Santa Rosa de Lima*, diciendo:

«Á esta ocasión, llamado del ruido  
por la otra parte, el Espilberghen llega;  
salvarse ofrece, dándose á partido,  
al oír el clamor de que se anega.

»Antes muerto, responde, que rendido,  
el Almirante, y sus cañones juega,  
pudiendo en ellos, de su abierta roca,  
disparar todo el mar por cada boca.

• • • • •  
»Oh Pulgar, goza triunfos belicosos,  
que ya la fama en tu sepulcro canta,  
pues vencido del riesgo, es mayor gloria  
no dejarse vencer, que la victoria.»

<sup>2</sup> La traducción de Fernán-Caballero se publicó en la *Crónica naval de España*, año 1861, t. XII, pág. 80.



almiranta estaba la famosa *Monja Alférez*, D.<sup>a</sup> Catalina de Erauso. Batiéndose con la bizarría que lo hicieron todos los de aquella generosa tripulación, y con la que ella misma lo había hecho en la guerra de Chile, ganando con una bandera enemiga la jineta que usaba, al irse á fondo el bajel nadó hacia el holandés más inmediato, y no mejor conocida de los enemigos y de los amigos, quedó en clase de prisionero hasta que con los otros fué echada en la costa por excusar el embarazo que en el navío causaban. Refirióla ella misma en las Memorias ó autobiografía que dejó escrita <sup>1</sup>.

En la primera descarga de artillería que la capitana holandesa hizo sobre la de España, disparó una pieza con *patacones* ó pesos duros, atestiguándolo más de ciento que quedaron clavados en la tablazón. Discurriendo cómo pudiera ser esto, con averiguación de haber apresado el día antes del combate en el puerto de Cañete una embarcación mercante que traía de Arequipa de esta moneda, se presumió que al verificar el trasbordo distraerían los marineros un talego, que ocultaron por de pronto en el interior de la pieza, y no dando tiempo á sacarlo la presencia de la armada, al romper el fuego fué devuelto á sus dueños en tan desusada forma.

Caso raro también fué que una bala española dió en la boca de un cañón enemigo al tiempo de dispararlo, y reventó, matando á siete hombres. Dijolo un desertor, con otros pormenores del combate y navegación de los holandeses, que se fueron comprobando por distintos conductos.

Spielbergen salió del puerto de Holanda el 8 de Agosto de 1614 con seis navíos, componiendo las tripulaciones gente reclutada en aquel país, en Alemania, Flandes y la Rochela. Como piloto práctico llevaba uno de los de la expedición de van Noort. Dirigiéndose á las islas de Cabo Verde y Brasil, pretendió desembarcar los enfermos y obtener provisiones por medios que pusieron en armas á los portugueses, obligándoles á salir á la mar, con pérdida de tres lanchas y de

<sup>1</sup> *Vida y sucesos de la Monja Alférez*, escrita por ella misma en 1646.—Academia de la Historia.—Manuscrito.—Colección Muñoz, t. XLVI, fol. 201.



40 hombres. Algunos más pasó por las armas á fin de sofocar en principio el motín de su gente, opuesta á entrar en el estrecho de Magallanes. Uno de sus pataches se le separó, volviendo á Holanda; con los otros navíos continuó sin conseguir más presa que la de un barquichuelo de cabotaje en que iba el capitán Francisco de Lima, natural de Madrid, con 17 portugueses.

Desembocó con fortuna en el mar Pacífico en el mes de Febrero de 1615, atracando á la ribera de Chile para hacer aguada y provisiones, costándole la operación dos hombres que mataron los indios y otros dos desertores. Corriendo la costa é incendiando casas en la isla de Santa María y en Valparaíso, halló en Cañete la nave mercante ya referida, con carga de vino y aceite, con los patacones, que unos dicen eran 12.000 y otros hacen subir á 40. Otro barco con azúcar y miel, incendió. Apareciendo en esto D. Rodrigo de Mendoza, ocurrió el combate, de que salió la segunda nao holandesa tan malparada, que hubo que calafatearla en los días siguientes y cambiarla el aparejo. Por los prisioneros se informó Spielbergen del estado indefenso del Callao, é hizo este rumbo ideando resarcirse con las embarcaciones que hubiera en el puerto. Fondeó, pues, á la entrada el 21 de Julio y rompió el fuego sobre la población. Allí había reunido el Virrey gente que á toda prisa montó en la playa un cañón grueso, y en pocos disparos acertaron con uno al árbol mayor del navío almirante, y con otro á los fondos del patache; con lo cual, sin esperar más, cortaron los cables los holandeses y se hicieron á la vela. En Paita, donde no había tanta prevención, surgieron el 8 de Agosto; desembarcaron cuatro compañías de mosqueteros, tomando por la espalda una trinchera de tierra que constituía la defensa; y como la gente se retirara á un cerrillo inmediato, incendiaron el pueblo, sin encontrar cosa de provecho por haber internado con tiempo los objetos de valor. Dejaron en la playa un muerto y retiraron dos heridos, uno de los cuales se supuso jefe por la banda roja que le cruzaba el pecho. De Paita pasaron á Guarmey, donde también desembarcaron sin mejor resul-



tado; no consiguieron carne ni otros refrescos de que iban necesitados, y convencidos de estar toda la costa en armas, continuaron hasta el puerto de Acapulco y enviaron parlamento al Gobernador, proponiendo la entrega de los prisioneros que tenían á cambio de agua, leña y carne, amenazando en caso de negativa con el ataque del pueblo. Admitida la proposición por considerar superior su fuerza, se proveyeron á costa de los vecinos, acabando las depredaciones con que turbaban las treguas en aquellas aguas. Iban á continuarlas más lejos, tomando la derrota de las islas de los Ladrones, no sin que se les desertaran marineros, quejosos de mal trato.

Estuvo en poco que cayera en sus manos un bajel ricamente cargado, en que iba el Presidente de la Audiencia de Quito, D. Antonio de Morga, el que batió á van Noort en Manila. Llegóse muy cerca de sus navíos creyéndolos españoles, y gracias á su ligereza pudo escapar. Otra embarcación que conducía al oidor D. Juan de Solórzano se cruzó con ellos sin verlos, y lo mismo aconteció á la armada del cargo de D. Antonio de Beaumont, á que se había unido don Rodrigo de Mendoza, bajando desde Panamá con el nuevo virrey del Perú, príncipe de Esquilache. Aunque éste desembarcó en Manta á fin de que las naos persiguieran á Spielbergen, no lograron darle alcance <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La Colección de documentos de Navarrete comprende varios relativos á la armada de Spielbergen, en los tomos II, XII y XXVI. Los de interés son:

*Derrotero y declaraciones que hicieron en el reino de Chile ante los Oidores de la Real Audiencia dél, el capitán Francisco de Lima y Andrés Enríquez, sobre el viaje que el año de 1615 hizo por el estrecho á la mar del Sur el olandés Jorge Espernet, en cuya armada pasaron.*

*Relación del suceso que tuvo nuestra armada real del cargo de D. Rodrigo de Mendoza con la del enemigo olandés que entró este año de 1615 al mar del Sur por el estrecho de Magallanes con cinco navíos, en el combate que tuvieron sobre Cañete, cerca de Lima.*

*Relación recibida en Saña en 29 de Agosto, que vino de Lima, de lo que declara y dice el francés que se huyó al enemigo en Guarmey, del suceso de su armada y arbitrios que da á la nuestra.*

*La gente de guerra de la capitana de nuestra armada, llamada Jesús María, que el enemigo mató en la ocasión.*

*Cartas escritas á su Magestad por D. Francisco de Andia Irrarazabal desde Bruselas, con fecha de 7 de Marzo y 20 de Abril de 1616, con noticia de lo sucedido en el mar del Sur y costas del Perú por navíos de Olanda que pasaron por el estrecho de Magallanes.*





## XXVI.

### DE NUEVO EN FILIPINAS.

1615-1621.

Aparición de los enemigos en Manila.—Angustias de los vecinos.—Guerra en las Molucas.—Ataque á Ilo-Ilo.—Son derrotados los holandeses y los mindanaos.—Otra batalla naval en Playa-Honda.—Victoria de los españoles.—Tremendo naufragio en Mindoro.—Los gatos de la plata en el estrecho de San Bernardino.—Tiempo perdido.—Competencia entre ingleses y holandeses.—Se entienden para medrar juntos á expensas de los españoles.—Éstos resultan beneficiados.



PIELBERGEN navegó con felicidad desde California á las islas de los Ladrones, y de éstas á las Filipinas, llegando á la boca de la bahía de Manila como llegan los lobos á las dehesas: cuando menos se esperan. Don Juan de Silva había tomado para la grande armada con que fué á Malaca cuanto había de provecho en la capital del Archipiélago: barcos, hombres, armas y dinero. Nada dejaba detrás, pensando que nada había de resistirle, y es de concebir el efecto que producirían las naves holandesas entre los pacíficos vecinos guardadores de las casas. El espanto y confusión con que procedieron á disponer defensas tenía mucho de cómico; lo mismo que había ocurrido en Lima: todo se comenzaba con vocerío y carreras; pero aquí las daban mujeres, frailes y comerciantes, componiendo el núcleo de la gente blanca que había quedado, y desviviéndose por organizar compañías de indios y chinos, más



dispuestos á escurrir el bulto que á cargar con los arcabuces de desecho dejados en los almacenes. Campanas ya no había; recogieron las escorias de la fundición anterior para moldear algunos cañones; hicieron los religiosos capitanes; á uno de la Compañía de Jesús encomendaron la artillería; el licenciado D. Andrés Alcázar, de la Audiencia, se hizo cargo del generalato....., y en esto, dichosamente, paró todo, porque, enterado Spielbergen por algunos prisioneros de la fuerza considerable con que Silva había partido, temiendo que por los pasos de Acuña arrollara á sus compatriotas en las Molucas, emprendió á toda vela la travesía para socorrerlos.

No poco le sorprendió que en estas islas no supieran nada ni hubiera parecido por sus aguas nave española; al contrario, las neerlandesas continuaban mandando en la mar, habiendo puesto el fuerte de Orange, en Terrenate, en disposición de afrontar cualquier ataque, y con el refuerzo que las dió «llegaron á poner las cosas del Moluco en peligroso estado» <sup>1</sup>.

Como pasara tiempo sin presentarse la expedición, decidieron tomar la ofensiva con plan atrevido de establecerse ellos en las Filipinas y cortar en su origen la salida de tropas, entendiéndose con los naturales, que se levantarían contra la dominación española, y con los moros de Joló y Mindanao, que habían de ayudar á destruirla. Empezarian por apoderarse de Ilo-Ilo, en Panay, astillero, almacén y excelente base de operaciones. En el Japón trabajaron para extirpar el cristianismo; ahora, aliados con los cazadores de esclavos, servían á la causa de Mahoma si se profundiza en consideraciones; pero ellos una sola se hacían, lo mismo que los franceses en las ligas con los turcos: para dominar en los mares de la Polinesia, para hacerse dueños del comercio de Oriente, era preciso aniquilar á los españoles, primeros ocupantes y sostenedores de doctrinas opuestas á las suyas. ¿Qué importaban los medios si se llegaba al fin?

El 28 de Septiembre de 1616 fondearon ante Ilo-Ilo 10

<sup>1</sup> 1616. Carta de D. Jerónimo de Silva. *Colección de documentos inéditos*, t. I, 11.



naos, poniendo el costado á las trincheras de madera y tierra, aderezadas por el gobernador de Visayas, D. Diego de Quiñones, que contaba con 60 soldados y siete cañones de campo. Los holandeses batieron todo el dia el fuerte, destruyendo el frente de la mar, y en la madrugada del 29 desembarcaron 500 hombres para dar el asalto; mas se encontraron detenidos por estacada provisional, establecida durante la noche, y por el fuego de arcabucería que Quiñones, herido, dirigía, haciéndose conducir en una silla. Los asaltantes tuvieron en corto tiempo 87 muertos y más de 100 heridos, que embarcaron, sin tratar de segunda acometida, y fué dicha, porque apenas se habían largado aparecieron los aliados de Mindanao con 24 caracoas cargadas de gente. A ellas salió el capitán Lázaro de Torres, consiguiendo echar á pique seis de encuentro, y apresar una, con gran carnicería.

Las naos rechazadas en Ilo-Ilo fuéronse hacia Luzón, ocupando en el puerto del Fraile ó Playa-Honda el mismo fondeadero dos veces funesto á sus compatriotas: era el segundo punto de reunión señalado á los joloanos, que se vieron venir por la costa tan á tiempo que pudieron salir de noche dos galeras y esperarlos tras una punta, descalabrándolos de forma que hubieron de retirarse sin verificar la unión.

Esta vez no estaba el puerto en el abandono en que lo dejó D. Juan de Silva; se hallaban de vuelta los barcos de su expedición, componiendo armada que no se consideraba inferior á la del enemigo, á saber: capitana *Salvadora* ó *San Salvador*, de 46 cañones; almiranta *San Marcos*, de 42; nao *San Juan Bautista*, capitán Pedro de Heredia, de 32; *San Miguel*, Rodrigo de Guillistegui, de 31; *San Felipe*, Sebastián de Madrid, de 27; *San Lorenzo*, Juan de Acevedo, de 22; tres galeras, regidas por D. Alonso Enríquez, y un patache, de que era capitán Andrés Coello. Por General tenía á D. Juan Ronquillo, y por Almirante á D. Juan de la Vega<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Carta del Ldo. Manuel de Madrid, oidor de Manila, al marqués de Guadalcázar, virrey de Nueva España. Manuscrito. Colección Navarrete, t. XII.

Relación de servicios del general Juan Ronquillo. Manuscrito. Academia de la Historia. Colección Salazar, D. 63, fol. 122.



Aunque desiguales en porte, forma y armamento, las naves eran 10 á 10, y por ello se creyeron los españoles excusados de precaución que les proporcionara ventaja, antes bien dieron la vela á toda luz el 13 de Abril de 1617 en camino directo á Playa-Honda, y la capitana se adelantó, haciendo gala de pasar ante la línea, recibiendo el fuego de todos los navios. El dia 15 se formalizó la batalla, reñida y breve por tanto, acabando con victoria completa de los españoles. La capitana de Holanda, el *Groote Zon*, tan gallarda en Cañete, salió destrozada; dos grandes naos se fueron á fondo; las demás, en dispersión, huyeron hacia el Japón, sin que las nuestras pudieran alcanzarlas<sup>1</sup>.

Deslustró el triunfo una acción personal inesperada, que no debe callar la historia á fin de que, así como por ella se perpetúan los merecimientos, así reciban pena irremisible y eterna vergüenza las bajezas. Cuando todos los navíos españoles buscaban enemigo á que aferrar, uno de los más fuertes y hermosos, la almiranta *San Marcos*, se anduvo tapando con el humo, sin pelear, pareciendo que el capitán, D. Juan de la Vega «cuidaba más de su vida que de su honra» \*. Feneida la batalla se desgaritó hacia Ilocos, huyendo de los que huian, y porque se creyera alcanzado ó por la sola razón de su miedo, embarrancó en la costa y puso fuego al casco.

Hubo en Manila fiestas regocijadas en proporción á las angustias que los holandeses habían hecho pasar á los vecinos, así con las amenazas, como con los trabajos para sublevar á los indios, trabajos completamente perdidos, con la moral, en esta segunda derrota, sufrida á vista de todos.

Pasado un mes, pensando en utilizar la reacción, iban seis galeones malparados en la batalla á carenarse en el astillero de Marinduque; la estación, ya entrado Octubre, era mala; la gente que los conducía, poca; un baguio los azotó en el

<sup>1</sup> Son muy obscuras las apreciaciones de la batalla: los españoles creyeron que la capitana enemiga, con siete más, se había hundido, y que por resultas de averías zozobraron luego otras dos, no quedando, por tanto, ninguna; mas no fué así. Según el P. Murillo Velarde, llamábase el general holandés Juan de Rodmik.

<sup>2</sup> El P. Murillo Velarde,



canal, y ninguno llegó á su destino, despedazados en la costa de Mindoro. Se ahogaron 400 personas<sup>1</sup>.

Don Alonso Fajardo, hijo del general del Océano, D. Luis, nombrado gobernador del Archipiélago, empezando á ejercerlo en 1618, procuró remplazar la escuadra, atento á las maniobras de los holandeses entre los chinos, mestizos é indios, para favorecer las cuales volvieron á presentarse en la bahía seis navíos, que sufrieron desengaño<sup>2</sup>.

Fué por entonces la última tentativa, habiendo variado de táctica y consistiendo la nueva en situar sus bajeles en crucero á la boca del estrecho de San Bernardino, por donde entraban las naos de Acapulco, aquellas en que, además de los 500.000 pesos de registro anual, enviaban los mercaderes plata acuñada para las transacciones con China, en mayor suma de la permitida por las Ordenanzas reales<sup>3</sup>.

Por ensayo fueron el año 1620 tres navíos grandes al acecho de los galeones que debían haber salido de California en el mes de Abril; eran dos: capitana *San Nicolás* y patache almiranta, á cargo del general D. Fernando de Ayala, conificador del Archipiélago. Durante el viaje se apartaron, llegando sola la capitana á San Bernardino el 25 de Julio. Viendo sobre la boca á las tres naos presumió fueran españolas y víñose hacia ellas sin recelo hasta llegar al habla y

<sup>1</sup> *Relación de lo sucedido en las islas Filipinas desde el mes de Junio de 1617 hasta el presente de 1618. Colección Navarrete*, t. v, núm. 32.

<sup>2</sup> Este Gobernador logró, por lo contrario, ser muy popular entre los indígenas, aliviándolos del trabajo de corte y arrastre de maderas para los astilleros. Dejó buena memoria en las islas, é hizo notar con terrible venganza doméstica siendo médico de su honra. Puede verse el *Episodio histórico dramático* en el *Boletín de la Academia de la Historia*, t. VIII, pág. 39.

<sup>3</sup> No he logrado ver dos papeles que podrán tener interés para conocimiento de los sucesos bosquejados en este capítulo: uno, citado por D. Vicente Barrantes en las *Escenas piráticas de Filipinas*, se titula: *Viaje del Maese de Campo Cristóbal Ezquerra á las Molucas por orden de D. Juan de Silva*. Relación que hace Fr. Pedro Matías, obispo de Cebú, este año de 1612. El otro en el *Calílogo de manuscritos españoles del Museo Británico*, t. IV, pág. 143. *Relación de las naos grandes y pequeñas y fortalezas que los holandeses tienen el día de hoy 6 de Junio de 1619 en estas partes, y su trato y comercio y orden de sus despachos para Holanda y otras partes, hecha por Andrés Martín del Arroyo, que estuvo cautivo en su poder y anduvo en sus naos y se huyó de ellos á 21 de Diciembre dese de 1619 en la Java mayor, en el puerto de Xacabra*.



oir que le intimaban la rendición. Sabido es que tales naos no se armaban en guerra; la *San Nicolás* tenía seis piezas de bronce y 60 tiros de dotación; sin embargo, Ayala ordenó la preparación para el combate, y aunque la tomaron en medio cañoneándola, se defendió todo el día y parte de la noche, arribando después de anochecer por un abra desconocida de la isla Samar, donde no se atrevieron á seguirle. Fondeó á ciegas en aquel paraje desabrigado, que resultó ser la ensenada de Borongán, y faltando las amarras cayó el barco sobre unas peñas, donde se desfondó; pero la gente, la plata y los efectos se desembarcaron.

Pocos días después, el 2 de Agosto, se repitió la escena con el patache retrasado; se metió igualmente por los bajos, perdiéndose el vaso en la isla de Palagpag, con salvamento de tripulación y carga. «Han sido pérdidas muy gananciosas», escribía el Gobernador <sup>1</sup>.

La idea de los holandeses era excelente. ¿Qué harían los españoles en Filipinas cortándoles dos años seguidos la consignación de Nueva España, con que se mantenían? Casi con certeza era de asegurar que las abandonarían, porque, después del naufragio de la armada de Zuazola en Conil, vanamente habían de esperar recursos de la metrópoli. Claramente lo expresaba el Gobierno á las Cortes reunidas en Madrid el año 1621, en nota así redactada <sup>2</sup>:

«Cada año se gastan en las Filipinas más de 300.000 ducados en sustentar la guerra con los moros y con los herejes septentrionales, y aunque Su Majestad no saca provecho de aquellas partes y *ha tenido pareceres de abandonar aquellas islas*, solamente porque no se pierda la mucha cristiandad que hay en ellas, y el fruto que se ha hecho en la fe por medio de los obreros que ha enviado, no lo ha querido hacer.....»

<sup>1</sup> Carta que escribió en Manila á 9 de Agosto de 1520 D. Alonso Fajardo de Tenza al P. Comisario general de la provincia de Nueva España, dándole cuenta de los varios sucesos que ocurrieron en aquellas islas y sus mares con los enemigos holandeses. Colección Navarrete, t. xii, núm. 23. Aparte hay: Relación del suceso que tuvieron las naos que de Nueva España salieron para Filipinas este año de 1620. La misma colección, tomo v, pág. 34.

<sup>2</sup> Boletín de la Academia de la Historia, t. xv, pág. 391.



Muy hábil era, pues, la maniobra de los holandeses á no desconcertarla el gobernador Fajardo, previniendo que, en vez de seguir las naos de Acapulco la derrota ordinaria trazada y conocida, alteraran la recalada, haciéndola distinta cada año, con lo cual perdieron su tiempo y su mucha paciencia los bátavos cruzando sobre el cabo del Espíritu Santo y boca de San Bernardino.

Más que esto contribuyó á la ocupación española la Compañía inglesa de las Indias, rival de la de Holanda desde el momento de su institución. La Especería, la India, China, Japón despertaron su codicia, aguzando el entendimiento de los directores en busca de medios con que suplantarlos. Empezaron á verse navíos ingleses en las Molucas en 1613; sentaron el pie en algún islote abandonado <sup>1</sup>; construyeron luego un fuerte en Puloway, ingiriéndose paulatinamente en todos los puntos en que sus vecinos se habían instalado, creándoles dificultades, y haciéndoles, por supuesto, competencia en precios y fletes. A este primer paso siguieron los de minarles el crédito en la corte del Japón, y de suscitarles guerra con los régulos de Java, con lo cual, dicho se está, se declaró abierta entre las dos Compañías, peleando sus respectivos barcos y soldados aunque las naciones estuvieran en paz. Comprendieron al fin en Inglaterra, lo mismo que en Holanda, que la lucha, tal cual estaba planteada, no serviría más que para reducir las utilidades de cada una, é hicieron concordia ó estipulación con condiciones que se firmaron en Londres el año 1619, y en Jatrava (Java) el siguiente, allanando todas las diferencias y haciendo alianza ofensiva y defensiva para medrar juntas á costa de España <sup>2</sup>. Por una de las cláusulas había de instituirse en Batavia un Consejo compuesto de Delegados de ambas Compañías, que dirigiría las operaciones de la guerra. Ordinariamente mantendrán por partes iguales 20 navíos de guerra, á reserva de crecer el número según las necesidades ó circunstancias, siendo el tipo de 600

<sup>1</sup> Correspondencia citada de D. Jerónimo de Silva.

<sup>2</sup> Blumentritt, obra citada.



á 800 toneladas con 30 piezas de artillería, cuando menos, y 150 hombres de tripulación. Quedaba á la decisión del Consejo fijar la entidad y número de embarcaciones que compusieran la armadilla de remo. Las conquistas realizadas en lo sucesivo habían de ser de propiedad común, y si el Consejo lo creía de conveniencia se compondría la guarnición con soldados de una y de otra.

Con este convenio cesó la guerra ostensiblemente; mas como no variaba aquél, ni podía variar las causas originarias, la guerra sorda prosiguió sin tregua, trabajando los dependientes de cada Compañía cuanto podían en secreto contra los de la otra, al extremo de soliviantar los súbditos respectivos y de auxiliarles con armas y municiones.

La armada común, formada con cinco naos inglesas y cuatro de Holanda, fué á la boca de la bahía de Manila á principios de Febrero de 1621 á robar embarcaciones de chinos, como antes lo habían hecho solos los últimos<sup>1</sup>, mas se experimentó cómo hacían el papel del perro del hortelano.

Conocióse principalmente el beneficio del cambio de situación en las Molucas, pues entretenidos los aliados en procurarse reciprocos embarazos, el Gobernador español fué recuperando poco á poco los puestos perdidos y obteniendo de los naturales consideraciones de que nunca había disfrutado, sobre todo del sultán de Terrenate, el amigo más fiel de los holandeses, que rompió los compromisos é hizo las paces con España, confesando que si bien los primeros, no mezclándose en cuestiones de costumbres ó de religión, le habían ilusionado con la promesa de librarle de dependencia, se habían hecho tiranos intolerables, obligándole á no vender las especias, que representaban toda su riqueza, más que á los factores de la Compañía, y eso á los precios que se les antojaba señalar con brutal tiranía.

<sup>1</sup> *Relación de los sucesos de Filipinas en 1620 y 1621. Colección Navarrete, t. vi, números 8 y 9.*



## XXVII.

### GUAYANA.

1617-1621.

Walter Raleigh.—Sus manejos.—Prepara expedición pirática.—Inteligencia con Francia.—Escuadra.—Hácese á la vela.—Excesos en las islas Canarias.—Se estaciona en la isla Trinidad.—Envía las embarcaciones por el Orinoco.—Atacan y toman la ciudad de Santo Tomé aliados con los caribes.—Son hostigados sin embargo.—Se retiran.—Insubordinación en las naves.—Se dispersan.—Llega Raleigh á Inglaterra.—Acusación del Embajador de España.—Juicio y sentencia.—Trata de eludirla.—Ejecución.—Cómo andaba la piratería en las Antillas.

**R**e un personaje de enrevesado nombre para la pronunciación de los españoles, gran enemigo suyo, iniciador de las expediciones de los ingleses á la región americana que llamó Virginia, y de las que intentaron poner planta en las bocas del Orinoco, no ha dicho nada esta narración desde la muerte del rey Felipe II. Walter Raleigh había triunfado por entonces de su rival el Conde de Essex, y satisfecho la sed de su sangre llevándolo al cadalso: fué entonces su influencia omnímoda y su arrogancia escandalosa; amigo de la Reina, capitán de su guardia, miembro del Parlamento, disfrutando emolumentos de 50.000 libras esterlinas al año, se presentaba en público con vestidos y joyas apreciadas en más de 60.000. Pero es fugaz la dicha, bien se sabe. Al morir la reina Isabel hallóse frente á los odios que se había granjeado entre los poderosos y ante la impopularidad que rara vez deja de le-



vantar la soberbia. Acusado de alta traición; habiéndose probado que, sin perjuicio de atizar la guerra contra España, gustaba la dulzura de los escudos españoles recibidos por mano del Conde de Aremberg en el juicio á que asistió, apedreado por la plebe, escuchó la sentencia de muerte, que no se ejecutó, habiéndose humillado y pedido merced al Rey y á los ministros, sus enemigos. Fué encerrado en la Torre de Londres, donde hizo mal una comedia de suicidio, acabando por resignarse y entretener la actividad escribiendo la *Historia del Mundo*<sup>1</sup>.

El encierro no le impedia entender en el despacho por su cuenta de uno ó dos bajeles al año, destinados al contrabando ó á la piratería en las Indias occidentales, como maestro que era en tales empresas, sirviéndole los beneficios para suavizar la severidad de los carceleros, y aun para procurar mudanzas de opinión en personajes de la Corte.

Habiendo transcurrido trece años, plazo nada breve en que cosas y personas habían cambiado, halló quien presentara al Rey, con recomendación, un memorial extenso y curioso solicitando libertad y licencia para la explotación de ciertas minas de oro en el Nuevo Mundo, cuyo secreto guardaba, obligándose á sufragar los gastos y á dar á la Corona el quinto de utilidades; y como la solicitud fuera apoyada con sólidos argumentos dirigidos á los deudos del ministro Buckingham, surtió efecto, permitiéndole salir de la Torre, aunque quedaba la causa abierta.

En lo relativo á la expedición no tuvo tan buen despacho, en razón á que el embajador de España, D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, hizo observaciones, pareciéndole no ser la mina de Walter Raleigh de las que se trabajan con picos y palas. Protestó de lo contrario el proponente; insistió el Conde manifestando que, en el caso de tratarse de empresa industrial lícita, no tendría su señor inconveniente en autorizarla mediante condiciones; mas no se allanaba á suscribir ninguna el arbitrista y se denegó la

<sup>1</sup> *The History of the World*. Hume-St. John-Fraser Tytler.



petición porque, al decir de sus amigos<sup>1</sup>, el Conde de Gondomar, hombre que se expresaba con ligereza y agrado, que deleitaba con su buen humor y se hacía querer por la liberalidad y la llaneza, aparentando no fijarse en nada, lo veía todo; era político consumado, que bajo el exterior alegre ocultaba, al mismo tiempo que el orgullo y la tenacidad de propósitos del verdadero castellano, la penetración y el discernimiento, con carácter entero, y habiendo empezado por estudiar las condiciones del rey Jacobo, había ganado sobre él una influencia tanto más poderosa cuanto más sabia disimularla.

Presentadas por Raleigh las proposiciones en otra forma que no ofrecía tanto reparo, lo hizo Gondomar de un escrito en que se enumeraban las violencias y rapiñas perpetradas en los viajes que anteriormente había hecho á las Indias, por donde podía juzgarse que las repetiría. El Gobierno le dió seguridades, pues que le obligaba á cumplir las instrucciones reales, de que se facilitó copia al Embajador, y apartándose de ellas respondería con la vida.

Recogió esta prenda Gondomar<sup>2</sup>, aumentando el valor con las que fué consiguiendo, ya que sabia muy bien á qué atenerse en punto á la confianza de Gualtero. Llegaron á sus manos las pruebas de negociación secreta que el aventurero tuvo con el rey de Francia, ofreciéndole la posesión de una parte de los territorios de que pensaba apoderarse si autorizaba el concurso de una escuadrilla de corsarios de Dieppe y del Havre; obtuvo traslados de la patente extendida por el almirante de Francia y de cartas de Mr. de Montmorency, tratando del seguro para residir en este reino á la vuelta<sup>3</sup>; hizo espiar en los puertos la recluta y el armamento hasta el fin, tomando notas de la composición, que fué de 17 navíos y 2.000 hombres de desembarco sobre las tripulaciones. La nave mayor, capitana, de nombre *Destiny*, artillada con 36 piezas.

<sup>1</sup> Fraser Tytler.

<sup>2</sup> Copia traducida de las instrucciones que envió á España, y se conserva en el Archivo de Simancas con su correspondencia y documentos anexos.

<sup>3</sup> En el Archivo de Simancas con los dichos documentos.



Dió la vela el 28 de Marzo de 1617 en mala hora, porque, con bora en el canal, zozobró uno de los buques, se dispersaron los otros, y el mismo Raleigh se vió en la necesidad de arribar á Cork, gastando después tiempo en reunir la escuadra. En las islas Canarias se condujo como verdadero pirata: desembarcó en Lanzarote 300 hombres «para que estirases las piernas», y ellos dieron á entender que no tenían encogidas las manos, poniendo al Gobernador en el caso de refrenarlos con escaramuza, en que murió gente de una y otra parte. Desertó allí el capitán Baily con varios marineros, que suministraron pormenores de la organización y disciplina en que iban, habiéndose encomendado en España á D. Diego Brochero su examen <sup>1</sup>.

Mucho sufrieron las naves en el Atlántico por las calmas, calores y escasez de agua potable, desarrollándose enfermedad, de que sólo en la capitana murieron 40 hombres, y el mismo Raleigh, acostumbrado á la comodidad de la vida pasada, adoleció.

Por ello, llegada la escuadra á las bocas del Orinoco el 7 de Noviembre, fondeó sobre la punta del Gallo, en la isla Trinidad, con los navíos grandes, dispuesto á recibir á la armada española si se presentaba, y preparó cinco pataches y algunas lanchas auxiliares para entrar en el Orinoco al mando del capitán Lorenzo Keymis, el hombre de su confianza, muchas veces director de las empresas de contrabando desde 1595, dándole ahora 600 mosqueteros y piqueros, y por lugarteniente á su hijo Walter con la compañía de jóvenes aventureros.

Aquellos pacíficos industriales de los despachos de Londres navegaron derechamente á la ciudad de Santo Tomé, donde el gobernador español de Guayana, D. Diego Palomeque de Acuña, de reciente nombramiento, teniendo aviso del amago, reunió á los 57 españoles que componían el vecindario y á los indios de su servicio en las labranzas, pa-

<sup>1</sup> *Declaración del capitán Jorge Vaile, que lo fué de la armada de Gualtero Raleigh, Archivo de Simancas.*



rapetándose con dos cañones de campo y cuatro pedreros.

Keymis se detuvo en la isla de Yaya el 11 de Enero de 1618 con objeto de preparar por su parte el ataque; desembarcó unos 500 hombres para que acometieran al pueblo por tierra á la vez que él lo hacía por el río con las embarcaciones, y esto ejecutaron de noche impetuosamente con ayuda de un cuerpo de caribes (chaguanes y tibitibis) que mostraban el camino interior.

Los españoles, desalojados de la trinchera, fueron retirándose de casa en casa hasta la iglesia y la plaza, donde hicieron la mayor resistencia, con no poco daño de los asaltantes, que allí murió Raleigh, el hijo; pero cayeron de la otra parte el gobernador Palomeque, dos capitanes y no pocos de los vecinos principales, teniendo el resto qué evacuar las casas é irse al monte.

En los días siguientes avanzaron los invasores en dos columnas con objeto principal de recoger ganado vacuno y granos con que racionarse, pues nada de provecho habían hallado en las casas, sufriendo á cada paso los disparos que emboscados les hacían los españoles desde sitios inaccesibles para ellos. Renunciaron, por tanto, á estas salidas, haciendo una por el río con dos lanchas sin mejorar; el capitán Jerónimo de Grado les dió sobre la Ceiba una carga con diez arcabuceros y diez indios muy diestros en el manejo del arco, y sin que vieran de donde partían los tiros se hallaron con las lanchas cargadas de muertos y heridos. En otra remontada con tres lanchas y más precaución subieron hasta la boca del río Guarico, empleando veinte días en reconocer las orillas y conferenciar con caciques de las tribus caribes, sus auxiliares.

Ya llevaban veintiséis de asiento en Santo Tomé, cuando los españoles, en número de 23, con 60 indios, les atacaron á media noche con propósito de incendiar las casas, plan que abortó por un fuerte aguacero; mas no fué del todo inútil, porque los ingleses al sentir la ofensiva creyeron que habrían recibido refuerzos, idea que unida á la mortandad por enfermedades y al desengaño del oro de que pensaron hen-



chir los barcos, allí donde no había más que miseria, aceleró la retirada, llevándose por botín y trofeos las alhajas de la iglesia, que no valían gran cosa, con 50 quintales de tabaco, y esto adquirieron á precio de la vida de unos 250 hombres<sup>1</sup>.

Bien puede presumirse que no fué por ellos por quien se supo la verdad de lo ocurrido, ni mucho menos; al contrario, propalaron en Inglaterra que era el país de la Guayana riquísimo, acrediitando el excelente norte de la expedición haber encontrado en Santo Tomé nada menos que cinco fundiciones de oro, sólo que los vecinos habían recibido aviso y retirado las pastas; de Santa Fe y de Puerto Rico les llegó refuerzo de 300 hombres con 10 piezas de artillería<sup>2</sup>; tenían defendidos los pasos de las minas, y en el bosque y orillas de los ríos *hormigueaban* los soldados españoles, de modo que en cualquiera dirección que se movieran los expedicionarios recibían disparos sin saber de dónde<sup>3</sup>. El propio Raleigh escribió carta lacrimosa culpando al destino de los vientos contrarios, borrascas, enfermedades y traición de los españoles, que desbarataron sus cálculos<sup>4</sup>.

Al ver llegar á la Punta del Gallo, donde estaba, sus barcos derrotados, la nueva triste de la muerte del hijo, la evidencia de quedar perdidos sus intereses, le exasperaron protrumpiendo en palabras de reproche que no pudo sufrir Keymis; encerrándose en el camarote, se mató con una pistola.

Siguió á este primer acto de tragedia el de disgusto y cons-

<sup>1</sup> Fray Antonio Caulín, *Historia de la Nueva Andalucía*. Madrid, 1779.—Fray José Torrubia, *Chronica de la Seraphica religion*, 9.<sup>a</sup> parte. Roma, 1756.—M. Pierre G. L. Borde, *Histoire de l'ile de La Trinidad sous le gouvernement espagnol*. París, 1876.

<sup>2</sup> De Santa Fe llegó el capitán Diego Martín con 33 hombres el 19 de Agosto, cinco meses después de haber marchado los ingleses.—Fr. Antonio Caulín.

<sup>3</sup> St. John, *Life of Sir Walter Raleigh*.

<sup>4</sup> Relación del desgraciado suceso del corsario inglés Sir Gualtero Rauley, en la jornada que hizo al río Guayana el año de 1617, escrita por él mismo al secretario Winhood desde la isla de San Cristóbal, con fecha 21 de Marzo de 1618, y á continuación tres cartas del Marqués de Alenquer, desde Lisboa, y el P. Fr. Roque de la Cruz, Vicario general de la Orden de Predicadores de Irlanda, con relaciones del propio suceso.—Colección Navarrete, t. xxv.



piración de los capitanes, persuadidos del efecto que había de causar en Inglaterra el fracaso vergonzoso alcanzado, faltando á las instrucciones reales. Lo que en el Consejo de la escuadra pasó, no ha trascendido; sábese vagamente haber propuesto Raleigh, como enmienda del mal paso, atacar á los galeones españoles de la plata y resarcirse con el metal, mina por mina; es decir, obligar á la nación á un rompimiento con España, extremo cuya responsabilidad no aceptaron los oyentes, desconociendo desde aquel momento la autoridad del jefe extraviado. Los capitanes Whitney y Woolaston se apartaron incontinenti de su compañía; cuatro aparecieron seguirle para hacerse perdedizos en la mar, de modo que al remontar por las Bermudas no le acompañaba más navío que el *Fason*, mandado por Pennington. Ocurrióle entonces acogerse á algún puerto de Francia; mas no bien lo supo la tripulación, rompiendo el último lazo del respeto se amotinó, obligándole á fondear en Plymouth.

El Conde de Gondomar tenía presentadas por entonces reclamaciones por los excesos cometidos en Canarias y por la hostilidad contra la ciudad de Santo Tomé, pidiendo reparos é indemnizaciones correspondientes á la muerte del gobernador Palomeque y á los daños y perjuicios de la colonia, en notas que fueron atendidas, desaprobando públicamente el rey Jacobo los actos de Raleigh como contrarios á las instrucciones que recibió y atentatorios á la integridad de una nación amiga, ordenando por ende su prisión y juicio.

Visto el mal giro del asunto, fletó secretamente un barco para la Rochela y bajó de noche por el Támesis, pensando escurrirse; frustraron la tentativa los guardacostas. Escribió entonces al Rey la justificación de su conducta (*apology*), sentando principios del tenor siguiente: «Un ladrón tiene tanto derecho al reloj que sustrae, como España á los territorios de Guayana; en Canarias le mataron gente y no se vengó; con la fuerza de que disponía pudo tomar 20 ciudades en las Indias; se abstuvo, luego no tenían los españoles razón ninguna para quejarse. En Inglaterra sí que había motivo para alzar el grito, porque cada dia comerciaban los colonos con



navíos ingleses, y arcabuceaban á los que les llevaban géneros siempre que podían. Él, por su parte, había hecho mucho menos que Parker al saquear á Puerto Belo, ó que los otros capitanes al incendiar á Campeche y Honduras, y nadie les había formulado cargo.»

No convencieron semejantes razones al Gobierno, aunque no faltaban personas que en la Corte las sostuvieran, ayudando la gestión de los embajadores de Francia y de Venecia; el Conde de Gondomar sostenía inflexiblemente las suyas con insinuación de represalias que desconcertó todas las combinaciones. Raleigh apeló al recurso de la salud; usando preparaciones químicas simuló en la piel manchas y pústulas con tanta habilidad que, reconocido por los médicos, le declararon en estado grave. Aflojóse con el árdid un tanto la vigilancia, de modo que, ganando al enfermero, trató segunda vez de huir disfrazado; y eran tales sus precauciones, que lo consiguiera á no delatarle los mismos con que contaba. Volvió con esto á la prisión de la Torre de Londres, dejando en la puerta la esperanza de evasión.

Al hacerle cargos el tribunal por la proposición á los capitanes de atacar á las flotas de España, respondió al presidente con su habitual cinismo:

«¿Ha conocido su señoría persona á quien se acuse de pirata viniendo con millones?»

Toda esta arrogancia cayó al oír la notificación de la sentencia. Como en otros tiempos á la reina Isabel, se humilló ahora pidiendo á Jacobo merced de la vida, haciendo confesión de cuanto había negado: de las negociaciones con el rey de Francia, del objeto que con ellas se proponía.....<sup>1</sup>. A la edad de sesenta y seis años rodó su cabeza en el patíbulo el 29 de Octubre de 1618. Compatriotas suyos han afeado muchas de sus condiciones: las de ateo, avaricioso insaciable, quizás asesino<sup>2</sup>; pero los más olvidan los defectos, recono-

<sup>1</sup> Hay copia traducida de la carta, entre los papeles del Conde de Gondomar, en el Archivo de Simancas.

<sup>2</sup> Sanderson, *History of Charles I*, le acusa de haber dado muerte á Keymis y de



ciendo que merece puesto en la primera línea de los marineros ingleses<sup>1</sup>.

Para el Gobierno de España, aparte la satisfacción del ultraje, no traía la muerte de Raleigh otra idea que la de un cuidado menos, ¡y había tantos! Por entonces acusaban los avisos de la Corte la salida de Argel para las Terceras de 18 navíos redondos, divididos en tres escuadras con gente turca, mora, francesa, inglesa y holandesa<sup>2</sup>. Don Bernardino de Avellaneda daba cuenta de la captura de dos urcas holandesas en las antillas<sup>3</sup>.

Los navíos procedentes de las Molucas, que llegaron á Sevilla en Septiembre de 1620, participaron haber sido atacadas el 15 de Julio por cuatro de corsarios ingleses: en el combate de artillería se fué á fondo la capitana de éstos; las otras tres abordaron á las castellanas; pero éstas, no sólo resistieron, sino que tomaron la ofensiva y rindieron una enemiga; las otras dos huyeron con pérdida de gente<sup>4</sup>.

El general López de Armendáriz notició también haber

propalar luego la especie del suicidio. Su conducta con los prisioneros que capitularon en Irlanda fué ciertamente criminal.

<sup>1</sup> Paréceme de interés, en razón de los motivos que consigna, la carta dirigida por el Rey al Príncipe de Esquilache, virrey del Perú, fecha en Madrid á 17 de Marzo de 1619, de que hay copia en la Biblioteca Nacional, manuscrito J. 49, folio 975.

«Muchos días antes de que se rescribiese vuestra carta de 16 de Abril de 1618, se había tenido acá el aviso que decís os dió el Gobernador de Buenos Aires, de que junto al Brasil se habían descubierto 12 bajeles de cossarios, y siempre se tuvo entendido, como después lo consignó el subceso, que esta escuadra fué la que sacó de Inglaterra, Francia y Holanda Gualtero Realí, que vino á pasar á la Guayana, donde, aunque con daño de los nuestros, se deshizo, y después volvió á Inglaterra perdido, adonde, por haber contravenido á las paces, é tratándose en estos de hacer represalias contra todos los bienes é personas de los ingleses, hizose justicia dél á mi instancia, por parecerle al Rey de Inglaterra que para dar mejor satisfaccion y excusa de los daños que había hecho, era necesario tomar semejante espidiente. De que me ha parecido avisaros para que teniéndolo entendido, saigais del cuidado en que decís quedátedes.»

<sup>2</sup> Colección Navarrete, t. xxv, núm. 74.

<sup>3</sup> León Pinelo, Registro del Consejo de Indias.

<sup>4</sup> *Recontre perilleux de deus navires espagnolles au retour des Indes Orientales, contre quatre vaisseaux anglois, et finalment la victoire obtenue par eux contre ces herétiques. Tiré de l'Espagnol par B. D. B. A. Chamberi, pour François Dorve, 1620.* Avec permisión. 8.<sup>o</sup>, seis hojas.



represado un navío del Brasil, tomado por piratas ingleses<sup>1</sup>; y el gobernador de Cartagena de Indias otra acción, que tuvo proporciones de batalla por llegar la osadía de los espumadores de aquel mar á ponerse en crucero sobre el cabo de la Vela. Para espantarlos se armaron dos carabelones y una lancha, y fuéreronse, en efecto, á Cuba, y de allí á Santo Domingo, donde, ya juntos una urca holandesa, un navío inglés y dos franceses, haciendo cuerpo y escuadra, combatieron, con los nuestros, causándoles cinco muertos y 25 heridos antes de que sucumbieran tres, que una escapó.

La función ocurrió á principios del año de 1621, siendo capitanes de los carabelones vencedores Martín Vázquez de Montiel y Benito Arias Montano<sup>2</sup>, y dieron testimonio del estado de la piratería al acabar el reinado de Felipe III con su muerte, acaecida el 31 de Marzo de este año.

<sup>1</sup> León Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*.

<sup>2</sup> Relación del suceso, *Colección Navarrete*, t. vi, núm. 7. De él trata con extensión Juan Tamayo de Salazar, *Triunfos de las armas católicas por intercesión de María, Nuestra Señora*. Madrid, 1648.

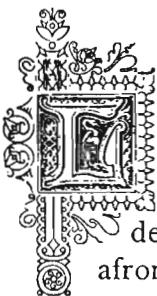


## XXVIII

### REFORMAS.

1598-1621.

Don Diego Brochero.—Su iniciativa.—Honras á los marineros.—Matrícula de mar.—Pilotos, capitanes, artilleros.—Industrias.—Pesca.—Fábrica de naos.—Ordenanzas.—Maestros.—Obras de construcción.—Línea máxima de carga.—Artillería de hierro y de bronce.—Economía.—Policía.—Descrédito de las galeras.—Sus Ordenanzas.—Orden de precedencia de las escuadras.—Saludos y etiquetas.—Precedencias en las escuadras de naves.—Las bateleras de Pasajes.



A nota característica de la marina en el reinado de Felipe III es la de reforma. Comprobaron los sucesos en el principio, con la ofensiva de los holandeses y la ineficacia de las escuadras armadas para afrontarlos, las amargas verdades valientemente expuestas por el almirante general D. Diego Brochero en memorial al Rey, y en buen hora se le llamó á la Corte, dándole asiento en el Consejo y amplitud de atribuciones con que emplear el genio organizador de que estaba dotado. Lo primero en que puso la mano fué en el personal inferior. Sin marineros no puede haber marina, y ya se ha visto que al organizar apresuradamente las armadas regionales fué necesario traerlos de Génova y tomarlos de naves extranjeras, después de sacar forzosamente de las flotas de Indias y de los barcos de cabotaje una parte y de embarcar otra de labriegos inútiles, no porque fuera absoluta la falta en los puer-



tos, sino porque huían del servicio en los navíos de guerra, prefiriendo expatriarse y aceptar plaza donde los considerasen y atendieran á sus necesidades.

Redactáronse y se pusieron en vigor las «Ordenanzas para las armadas del mar Océano y flotas de Indias», firmadas en Ventosilla el 4 de Noviembre de 1606, reconociendo «cuán justo era honrar y premiar á los marineros españoles, sin que fuese menester echar mano de los extraños», y se ampliaron con Real cédula de 22 de Enero de 1607, concediendo á los hombres de mar uso de armas permitidas y de trajes, cuellos y coletos á su gusto; exención de alojamiento mientras estuviesen ausentes de sus casas; jurisdicción privativa y prerrogativas varias, condensadas en esta meditada prescripción:

«Que á los que fueren hijosdalgo, no sólo no ha de parar perjuicio á su nobleza ni á sus hijos y sucesores el asentarse á servirme ó haberme servido en las armadas y flotas de marinero ó otra de las plazas que acostumbra á servir en los navíos la dicha gente de mar, ahora ni en ningún tiempo del mundo; pero que el hacerlo sea calidad de más honra y estimación de sus personas.»

Desaparecía con los nuevos preceptos la irritante desigualdad establecida de atrás entre soldados de mar y tierra, y acabó también la corruptela y granjería de las autoridades de provincia que proveían los cupos otra Real disposición dictada en 5 de Octubre del mismo año «formando una matrícula de todos los marineros efectivos, sin excepción, y ordenando que no pudiera salir á pescar el que no estuviera matriculado, ni los matriculados á viajes largos sin licencia del Corregidor del Rey»; más esta segunda parte levantó clamoreo tan ruidoso en la provincia de Guipúzcoa, que hubo de influir para que la matrícula se anulase<sup>1</sup>.

El ensayo produjo, de todos modos, buen efecto, sentando precedente que utilizar en otros tiempos y circunstancias, lo mismo que el de fijar penas, extendidas en caso hasta la de

<sup>1</sup> Don Javier de Salas, *Marina española. Discurso histórico* ya citado.



muerte, á los marineros é individuos de maestranza que sirvieran en el Extranjero<sup>1</sup>.

A estas medidas fundamentales siguieron las encaminadas á mejorar la situación y condiciones de los pilotos y capitanes<sup>2</sup>, indicando el plan completo la instrucción general en que se establecían las obligaciones y atribuciones de cada funcionario en la marina, desde el almirante al grumete y el paje<sup>3</sup>, y las particulares por institutos<sup>4</sup>, preferentemente las cédulas favoreciendo á los artilleros y cuidando de la redacción de cartillas para su instrucción, examen y prácticas<sup>5</sup>.

Entre las industrias algo se atendió á la pesca, decadente y necesitada, tanto por haber hecho extensivo el embargo á sus embarcaciones en el reinado anterior, como por el abandono en que se tuvo, hasta el punto de despachar los mercaderes de la Bolsa de Londres navíos armados para impedir por fuerza á los españoles el concurso en Terranova, y lo mismo en Noruega y Groenlandia, donde los holandeses los iban sustituyendo después de ajustar balleneros vascos que les sirvieron de mestres<sup>6</sup>.

A los armadores se ofreció estímulo en las instrucciones enviadas al Superintendente de fábricas, mandándole cuidar cada año del número y especie de árboles que se habían de plantar, repartiéndolos á los pueblos; hacer empréstitos de la caja real y abonar primas de construcción á los que quisieran construir naos de 300 toneladas arriba; auxilios necesarios, habiéndose acabado, por causa de tantos embargos ruinosos, los armadores de capital, los grandes señores y aun obispos que antes fabricaban y tenían navíos. Se acrecentaron al mismo tiempo los sueldos abonados por tonelada y día ó mes á los buques que sirvieran al Estado<sup>7</sup>, circulando or-

<sup>1</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. vi, pág. 414.

<sup>2</sup> Idem id., t. iv, pág. 239, y t. ii, pág. 175.

<sup>3</sup> Idem id., t. vi, pág. 160.

<sup>4</sup> Ordenanzas de la infantería de la Armada, año 1611. Academia de la Historia, Colección de D. Juan Antonio Enríquez.

<sup>5</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. ii, pág. 330, y t. vi, pág. 432.

<sup>6</sup> Idem id., t. vi, págs. 411-415.

<sup>7</sup> Año 1607. Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. LXXXI.



denanzas especiales de arqueos y de soldadas, preliminares de las de fábricas, las más importantes, impresas y publicadas en 21 de Diciembre de 1607.

Explicaba el preámbulo que, considerando los inconvenientes y daños que se habían seguido de construir naves sin la traza y fortaleza que se requieren para navegar y pelear, se habían reunido en la Corte las personas de más experiencia, pedido informes á las de los puertos y astilleros, y conferido el asunto en el Consejo de Guerra, quedaba determinada para lo sucesivo la manera de fabricar con reglas de proporción en las dimensiones, así como para enramar, encintar y aforrar. Se concedía un plazo de tres años para consumir las naves existentes en la carrera de las Indias, determinando que desde principio del de 1610 todos los que navegaran en las flotas habían de ajustarse á esta ordenanza y ser visitados ó reconocidos previamente, á fin de que por los maestros encargados recibieran y pusieran en el branque y codaste dos señales de fierro que sirvieran de límite á la línea de flotación, á fin de que la codicia de los dueños no cargase más de lo que la nao podía sufrir, bajo severas penas <sup>1</sup>.

Coartaban estas ordenanzas la libertad é iniciativa de los particulares de construir con arreglo á las condiciones de la demanda del comercio, y hacían patente, además, que el Gobierno se proponía contar con vasos de guerra, sin tener otra cosa que hacer por su parte que detenerlos y armarlos cuando le hicieran falta. Se hicieron, por tanto, reclamaciones y protestas, sobre todo por los navieros de la Universidad de Sevilla, como más interesados en la navegación de las Indias, exagerando los perjuicios que la innovación iba á causarles, y aun la falta de inteligencia, que produciría malos resultados.

En lo segundo se equivocaban mucho ó se lamentaban de mala fe, que es lo más probable. Era aquella época de transición, en que por des prestigio de la galera, por la activa na-

<sup>1</sup> Nótese que pasaron doscientos setenta años desde que en España se determinó la línea máxima de carga hasta que se ha adoptado por las leyes inglesas, gracias á la insistencia de Mr. Plimsoll.



vegación de ingleses y holandeses, y, más que todo, por el desarrollo increíble de la piratería, para la que hasta los berberiscos habían adoptado barcos veleros, se hacían necesarias modificaciones que hizo bien en iniciar la Administración, divididas como estaban las opiniones. Las unas tendían á la prolongación de la eslora, rebaja del puntal, principalmente en los castillos, disminución de altura y gruesos de la arboladura: las otras, aferradas á la tradición, combatían lo que, á su parecer, estrechaba la capacidad de la bodega con perjuicio de la provisión de mantenimientos en viaje largo, de la carga en los ordinarios, y del manejo de la artillería en todos, por quedar las portas de la primera cubierta muy al ras del agua. En la capacidad no menos discrepan, significándose la oposición á las naves grandes, basada en ejemplos desastrosos de construcciones de 900 y 1.000 toneladas, que hicieron D. Álvaro de Bazán y el Adelantado de Castilla. Los más admitían como maximum, para capitanas y almirantas, el porte de 800 y de 600 toneladas, de que no pasaban las marinas del Norte de Europa, teniendo en cuenta para las de Indias el aguaje de la barra de Sanlúcar, que no admitía á las mayores de 500; pero ganaba terreno la idea concebida ya en el siglo anterior por los buenos marineros, de aumentar la longitud de la nave con relación á su anchura y de desterrar los castillos levantados en las extremidades, que con el enorme peso y considerable altura privaban al vaso de celeridad en los movimientos giratorios, aumentaban los de balance y cabezada y ofrecían al viento una resistencia perjudicial á las buenas condiciones marineras.

Las Ordenanzas de 1607 produjeron, entre otras ventajas, la de determinar la extensión de unidad *codo*, hasta entonces teórica y arbitraria, y la de establecer «la forma en que había de servir y ser pagada la maestranza en las fábricas de navíos y adovíos de la Real Armada».

Vino en apoyo de los teóricos el *Arte para fabricar, fortificar y aparejar naos de guerra y mercante*, escrito por Tomé Cano, aprobado en el Consejo, é impreso en 1611,



«pareciendo, no sólo útil y provechoso para el servicio de S. M. y bien general de los navegantes, pero necesario é importante, *por ser el primero que, reduciendo á cuenta y medida esta fábrica, ha salido á luz*». Redactado en forma de diálogo, como lo hicieron en los tratados anteriores de navegación Escalante y García del Palacio, contenía lecciones atrevidas investigando las causas de decadencia de la fábrica española, no acertando, decía, á entender cómo había aún quien se atreviera á construir navíos con el corto sueldo que pagaba el Rey al servirse de ellos, y del sistema establecido para el pago, propio para la ruina de los armadores, toda vez que los contadores no acababan la liquidación en muchos años, y cuando la concluían no pagaban el escaso precio del embargo, que se consumía en el aprecio de municiones y bastimentos, cuyas mermas no admitían, ni daban recaudos, antes con ásperas palabras lo excusaban, teniendo al fin el dueño que vender la nao para pagar los alcances de su cuenta, quedando escarmentado. Así, los derechos de Aduanas iban en constante baja, y apenas quedaba nave de particular en el reino, cuando antes iban por cientos á la pesca del bacalao, al transporte de lanas á Flandes y á otras muchas partes. «Todo se ha apurado y consumido (escribía), como si de propósito se hubieran puesto á ello, lo cual ha nacido de los daños de los dueños de las naos, cansados de los perjudiciales é importunos embargos, siendo lo peor que todo el aprovechamiento ha venido á parar en los de naciones extranjeras, que con sus sueltos, libres y muchos navíos, en que por falta de los nuestros han crecido más, corren, navegan, sulcan y andan por todos los mares y por todos los puertos de España y mayor parte del mundo, y no atados á una flota de cada año y á una sola carrera, en que estamos reducidos con tan apretado trato y navegación peligrosa de cosarios y continuos enemigos, tan poderosos, tan engrosados y enriquecidos de los frutos y tesoros de España..... Y aun es otro el daño, y no menor, que este arte y esta ocupación tan necesaria y provechosa ha llegado á tal estado, que ya se tiene por negocio de afrenta ó de menosprecio



el ser los hombres marineros, dándoselo por baldón, y tratando á los que tienen naos los ministros reales muchas veces, no como debian ser tratados hombres tan importantes y necesarios, sobre quitalles sus haciendas. Por lo cual los hombres cuerdos de la navegación y mareaje se han dejado de ello, retirándose á ser mercaderes ó á labrar el campo, por librarse de tales inconvenientes y trabajos; de manera que por todas vías se van menoscabando en el reino sus bajeles y sus tan útiles y provechosos hombres de mar. Inconveniente en que se debe mucho reparar como materia de Estado y de grave importancia, echando de ver y considerando cuan al contrario corre hoy esto y ha corrido siempre en Fracia, en Italia, en Flandes, en Inglaterra, Dinamarca, Alemania, Noruega, y aun en el Imperio de los turcos, acrecentando el trato de la mar y de los hombres con particulares gracias y estimación, preciándose de ello los nobles y gente más principal, que se emplean en tratar de las fábricas y en poner en ellas la manos, y en el curso de la navegación las personas, con gran aumento de sus navíos, lo cual quiera Dios que en la nuestra se advierta y se le ponga remedio antes que venga á no tenerle, y que alguna repentina y forzosa necesidad nos fatigue..... Y el más cierto y sano, sería que S. M. fabricase naos para sus armadas, porque demás que serían de mayor efecto para alcanzar al enemigo, excusarse habían los embargos de las de particulares con que conocidamente los destruye, y aun á todo el trato y comercio.»

Debió de seguir á este tratado de Tomé Cano otro del capitán y maestro mayor Juan de Veas, grande amigo del general Brochero, partícipe de sus ideas y colaborador de las Ordenanzas de fábrica reformadas en 1613, porque habiéndolas criticado la Casa de la Contratación de Sevilla, como se fijaran en la frase de que «las naos no se hacian con turquesa, sino á ojo», replicó que sin duda la corporación no conocía su manera de fabricar, ni sabía «que él hacia cualquier palo de cuenta ó aposturaje con medida, y por consiguiente, que salian sus naos *como de turquesa*». No



pocas referencias á las teorías y reglas de Veas se encuentran en los escritos del tiempo, mas la obra no ha llegado hasta nosotros.

Don Diego Brochero, en carta dirigida al Duque de Medina-Sidonia lisonjeándole porque no fuera rémora de los progresos<sup>1</sup>, le decía ser Juan de Veas el mejor maestro de España, y Diego Ramírez otro tal, gran marinero y fabricador. Uno y otro le auxiliaron en la obra prolífica y trabajosa de vencer á la rutina, y la misma Casa de la Contratación, con la que estuvo en pugna, informó «que no conocía persona tan capaz y de tantas partes como Veas para su ministerio de fábricas», testificándolo en la práctica la capitana de la armada que construyó en la Habana, que montaba 54 cañones, y de la cual se dijo no haberse visto mejor nao en la mar, y la designación de la persona para mejorar el reglamento de la arboladura y aparejo de los galeones, porque á más de constructor era gran marinero.

Ordenado un reconocimiento de los vasos empleados en las flotas de Indias á su tiempo, se hallaron 78 con diferencias contrarias á las prevenciones de las Ordenanzas; el mayor número procedía de los astilleros de Guipúzcoa, Vizcaya y Santander; había otras construidas en Portugal, Galicia, Asturias y Andalucía y en las playas indias de la Habana, Honduras, Santo Domingo, Maracaibo, Alvarado, Río de la Magdalena y Jamaica. Estas diferencias fueron desapareciendo, porque en respeto de la opinión se admitieron las razonables, comprendiéndolas en la nueva ordenanza de fábricas de 1618, en que, tratando de desterrar en todo lo arbitrario, se reglamentó hasta la pipería.

Por adelanto sucesivo se ensayó la construcción de galeones por asiento para el servicio de la Corona<sup>2</sup>.

Hubo simultáneamente controversia y alteración en el armamento, ocasionadas por escasez de artillería de bronce, y porque los holandeses la tenían casi en totalidad de hierro

<sup>1</sup> Colección Navarrete, t. XXXI, año 1613.

<sup>2</sup> Pueden verse las condiciones en las *Disquisiciones náuticas*, t. V, pág. 63, y tomo II, pág. 348.



**Sir Walter Raleigh.**





colado; se montó en Liérganes, cerca de Santander, una fundición dirigida por alemanes, que en un principio sacaron piezas muy pesadas, mejorándolas en la práctica<sup>1</sup>. Doscien-  
tas se montaron en Ferrol en los galeones nuevos á mal grado de los capitanes y de los artilleros, que preferían á las que se habían acostumbrado, por lo que, en 3 de Junio de 1611 se decretó el establecimiento de fundición en Sevilla á cargo de Sebastián González de León<sup>2</sup>.

Dejóse adivinar la cabeza organizadora en la economía y régimen interior de los bajeles, por más que casi siempre esterilizara el buen deseo la penuria del Erario, que convertía en letra muerta el ofrecimiento de puntualidad en las pagas<sup>3</sup>, y es de notar el precepto relativo á policía contenido en Real cédula<sup>4</sup>.

«Parece muy necesario que en los navíos míos de las armadas y flotas haya, según el tamaño de cada uno, tres, cuatro, cinco ó seis hombres, demás de los pajes del tal navío, que acudan á lavarlos y limpiarlos de ordinario, reservándolos por esto de otra cualquiera ocupación; porque se ha considerado que así como los navíos de particulares se conservan mucho por andar en ellos sus dueños, que tratan con tanto cuidado de la limpieza, duran poco los míos, por faltar quien

<sup>1</sup> *Tratado de artillería de fierro*, del capitán Gaspar González de San Millán. *Disquisiciones náuticas*, t. vi, pág. 499.

<sup>2</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. vi, pág. 456.

<sup>3</sup> Véase con qué sencillez se hizo el presupuesto de una armada por seis meses el año 1617:

Compra, sin artillería, siendo de construcción extranjera:

Capitana, de 400 toneladas.....	8.800 escudos.
Almiranta, de 300.....	6.600 »
Cuatro naos de 200.....	22.000 »
<i>Suma</i> .....	37.400 »

Paga y sustento de la gente y apresto, siendo 930  
hombres de mar y guerra..... 144.580 »  
Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. cix, folio 510.

<sup>4</sup> De 28 de Febrero de 1607. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXXI, pág. 319.



haga esto, y así he mandado que se comience á hacer establecer en mi armada.»

Las galeras, según informaba á las Cortes la Memoria del secretario Arostegui, servían para transportar tropas á Italia, y traer de allá ministros y personajes de viso; con lo cual, y las preeeminencias de los generales de la escuadra, linajudos y bien emparentados con la Corte, resultaban vehículos muy caros y perpetuo semillero de cuestiones de etiqueta. Los diputados de Cataluña desarmaron las que sostenían en el reino, considerándolas de poco servicio <sup>1</sup>, y el autor del *Quijote*, que sirvió en ellas en mejores tiempos, al escribir su comedia *Los tratos de Argel* las ridiculizaba, poniendo en boca de un corsario este juicio :

«Dicen que os dieron caza  
de Nápoles las galeras.  
Si dieron, mas no de veras,  
que el peso las embaraza.  
El ladrón que va á hurtar,  
para no dar en el lazo,  
ha de ir muy sin embarazo  
para huir, para alcanzar.  
Las galeras de cristianos,  
sabed, si no lo sabéis,  
que tienen falta de pies  
y que no les sobran manos;  
y la causa es porque van  
tan llenas de mercancías,  
que, aunque vogasen seis días,  
un pontón no alcanzarán.  
Nosotros, á la ligera,  
y sueltos como el fuego,  
y en dándonos caza, luego  
pico al viento, ropa fuera;  
las obras muertas abajo,  
árbol y entena en crují,  
y así vamos nuestra vía  
contra el viento, sin trabajo.  
Pero allí tiene la honra  
el cristiano en tanto extremo,  
que asir en un trance el remo  
le parece que es deshonra.

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 3.<sup>º</sup>, núm. 819.



Y mientras ellos allá  
en sus trece están honrados,  
nosotrós, dellos cargados,  
venimos sin honra acá.»

Las galeras tuvieron también su reforma por Ordenanzas especiales del año 1607<sup>1</sup>, significándose después, por celo piadoso del príncipe Filiberto, el pase en consideración de los infelices forzados de cosas á personas; de instrumentos á hombres, si delincuentes, necesitados del alimento del cuerpo y del alma, que desde entonces empezó á suministrárseles, curando sus dolencias en hospitales<sup>2</sup>.

Á las competencias de los generales se puso término, señalando definitivamente el orden de precedencia de escuadras en estos términos: España, Nápoles, Sicilia y Génova, y en el caso de concurrir las de aliados en el Mediterráneo, la del Papa, Saboya, Malta, Génova y Florencia <sup>3</sup>. Al mismo tiempo se regularizó el saludo que debieran hacer unas á otras y á las plazas <sup>4</sup>.

Relativamente á las naves, se estatuyó que la capitana de la armada del Océano precedia á todas las otras, y debían éstas, por tanto, abatir á su vista los estandartes; saludarla dos veces con el pito y buen viaje, y la tercera con artillería<sup>5</sup>.

En este reinado de Felipe III se dió impulso á las obras de fortificación y puerto en Cádiz, Gibraltar y Málaga, empezando la notoriedad de las mujeres que, por ausencia de mareantes, se dedicaron en Guipúzcoa á estas industrias, singularmente á la de coser velas y á la de esquifar embarcaciones en los puertos, empezando por el de Pasajes <sup>6</sup>.

Discursos, proyectos y arbitrios abundaron, redactándolos aun los menos conocedores de la mar, como acredita el Me-

• Colección Vargas Ponce, leg. xx.

<sup>2</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. III, págs. 212 á 243.

<sup>5</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.<sup>o</sup>, núm. 1.413. *Disquisiciones náuticas*, t. III.

\* Idem *id. id.*

<sup>5</sup> Ídem id. id.

<sup>6</sup> Colección Vargas Ponce, leg. III, núm. 48. Prolongándose hasta nuestros días la costumbre, escribió Bretón de los Herreros su comedia *La batellera de Pasajes*.



memorial al Rey dirigido por el licenciado Murcia de la Llana, su criado y su corrector general de libros, proponiendo: primero, desempeñar el reino de 72 millones concedidos en Cortes; segundo, asegurar el mar y costas de todos los estados del reino; tercero, armar 70 bajeles y aun 100<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Impreso en 18 fojas folio, s. a. n.º 1.



## XXIX.

### CIENCIA Y LITERATURA.

1598-1621.

Astronomía náutica.—El problema de la longitud.—Premios ofrecidos á la resolución.—Concurso de arbitristas.—Museo de instrumentos.—Escritores.—Medida de la ilustración general.—Cartografía.—Obras de recreo.—Cancionero y romancero.—Descripción del Peñón de la Gomera por un soldado.

**P**ARA más natural que, entre los planes ideados para mejorar el servicio de las naves, ocurriera el de investigación de un método seguro para determinar su situación en la mar durante las navegaciones de golfo. Una de las coordenadas, la latitud, se obtenía por observación de la altura meridiana del sol y por la de la estrella polar, con mayor precisión á medida que se fueron afinando las graduaciones del astrolabio, del cuadrante y de la ballestilla, en lo que se ocuparon con inteligencia los cosmógrafos y pilotos reales, sobresaliendo Andrés García de Céspedes, buen matemático, artífice instrumentario, escritor suelto. En el *Libro de instrumentos nuevos de geometría, muy necesario para medir distancias y alturas*, impreso en Madrid en 1606, daba noticia de otras obras que tenía concluidas, á saber: *Teoría y fábrica del astrolabio; Concierto sobre la esfera de Sacrobosco; Otro sobre las teóricas de Burbachio; Ecuatorios ó teóricas para saber los lugares de los planetas é instrumentos para saber los eclipses;*



*Teóricas de la doctrina de Copérnico; Perspectiva teórica y práctica; Regimiento de navegación; Hidrografía general; Libro de mecánicas; Libro de relojes de sol*, y no eran todos; en la Biblioteca particular de S. M. el Rey hay manuscrita, *Astronomía real*; en la Biblioteca Nacional, *Regimiento de tomar la altura de polo*, y en la Academia de la Historia otros inéditos, amén de los muchos informes que evacuó sobre diversas materias. Trabajó en la corrección del padrón real de la Carta, y formó un *Islario*, «obra por cierto nunca vista», según decía en su dedicatoria al Rey, debiendo añadir *vista por el público*, porque, de cierto, no era de las que más pudieran envanecerle por la originalidad, calcada, como parece estar, sobre los bosquejos de Alonso de Santa Cruz.

Distinguióse principalmente Céspedes por la opinión que sostuvo razonadamente, de que no se descubriría el modo de calcular la longitud en la mar; es decir, la manera de obtener, conocida la latitud, la otra coordenada necesaria para fijar el punto por medios puramente astronómicos; fundándose en no ser conocidos con suficiente exactitud los movimientos de la luna y en que los eclipses ocurrían de tarde en tarde, por lo que ideó suplir la falta de métodos rigurosamente exactos construyendo tablas no exentas de error<sup>1</sup>.

Juan Cedillo Díaz, cosmógrafo y catedrático, autor de un *Tratado de la carta de marear geométricamente demostrada*, y de muchos informes y disertaciones, era otro de los que desconfiaban que fuera realizable la determinación de la longitud por los métodos hasta entonces propuestos; lo mismo que Juan Bautista Lavaña, maestro de matemáticas del príncipe D. Felipe y de Filiberto de Saboya, cosmógrafo mayor, redactor de un *Arte de navegar* y de un *Regimiento náutico*<sup>2</sup>; lo mismo que, por lo general, los verdaderamente en-

<sup>1</sup> Emitieron juicio de este notable cosmógrafo y de sus obras D. Martín Fernández de Navarrete en la *Historia de la Náutica* y en la *Biblioteca marítima*, y don Felipe Picatoste en la *Biblioteca científica española del siglo XVI*. Céspedes murió en Madrid en 1611.

<sup>2</sup> De la estimación en que el Rey le tenía ofrece testimonio una carta dirigida



tendidos en astronomia náutica. ¿Había de renunciarse por ello á la esperanza de avanzar los conocimientos del piloto? ¿Cómo no lamentar que habiendo descubierto el continente indiano en casi toda su grande extensión y el mundo oceánico; estando demostrada la redondez del globo terráqueo con los viajes de circunnavegación, quedara sin resolver un problema buscado con empeño por los hombres que sentaron la base de la ciencia náutica, Pedro de Medina, Martín Cortés, Andrés de San Martín, Pedro Sarmiento, Alonso de Santa Cruz, Rodrigo Zamorano, etc.?

Antes de reconocer el imposible se quiso tantearlo, ofreciendo por estímulo un premio de 6.000 ducados de renta perpetua, 2.000 más de renta vitalicia y 1.000 de ayuda de costa al afortunado que despejara la incógnita. El galardón, considerable en sí, pequeño sacrificio costaría al erario teniendo en cuenta el beneficio que reportara á los navegantes; la idea sola de ofrecerlo públicamente honraba ya al autor del pensamiento.

Verdad es que muchos de los arbitristas hambrientos que andaban en corte trataron de hacer presa en los ducados poniendo á la moda la cuestión de *El Punto fijo*, ó de la *Navegación de Leste-Oeste*, que así la denominaron, y que muchos que desconocían lo que es longitud geográfica presentaron proyectos con que determinarla, ó bien Memorias ó instrumentos en que el misterio y la obscuridad disfrazaban á la ignorancia. Los cosmógrafos oficiales se vieron obligados á examinar y discutir absurdos, sufriendo las insolencias de los inventores y la presión de las altas influencias con que cada cual se recomendaba. Se hicieron gastos de alguna cuantía en

á Juan Bautista de Tassis, embajador en Francia, de Valladolid á 29 de Noviembre de 1601, y que original he visto en el Archivo histórico de París. Dice:

«Juan Baptista Lauana, que os dará esta, es mi cosmografo mayor, que va á Flandes á poner en perficion ciertos libros que él os dirá, y así porqué aquella obra será de mucho gusto y servicio mio, como porqué él merece que se tenga cuenta con su persona, por las letras y buenas partes que en ella concurren, me tendré por muy servido de que le ayudeis y favorescáis en todo lo que se le ofreciere en ese reino, pasando por él; así os lo encargo mucho, y que me aviséis como habrá seguido su camino.»



experimentos, pagos de viaje y dietas á los charlatanes que, cuando aparecían como tales, se habían embolsado algunos escudos; pero aunque el problema quedó en pie, no fueron estériles las sumas con que al fin venía á conocerse el estado de la ciencia<sup>1</sup>.

Entre los pretendientes, el Dr. Juan Arias de Loyola estimaba exigua la joya de los 6.000 ducados, y creía no fuera demasiada la de 100.000 para su valer, escribiendo en el memorial que «excedía en mérito al más eminente hombre de Europa». En todo tiempo han existido personas modestas.

Jerónimo Ayanz, no sólo á determinar el meridiano de un lugar se ofrecía, sino también para achicar agua y para otras cosas que no se pedían y sirvieron tan sólo á consumir el tiempo de D. Diego Brochero.

Lorenzo Ferrer Maldonado, el que se dió por descubridor del estrecho de Anián, y andaba de camarada con Pedro Fernández de Quirós fabricando memoriales y huyendo de la justicia, también se presentó como opositor entre la caterva de los descubridores ciertos de la piedra filosofal y de la cuadratura del círculo.

Comparecieron un Luis de Fonseca Coutiño, portugués, que hizo ruido por la obstinación y las recomendaciones hasta el momento definitivo de las pruebas, que rehusó; Juan Mayllard, francés; Benito Escoto, genovés, recomendado del confesor del Rey, Fr. Luis de Aliaga; por fin, el insigne Galileo Galilei, matemático del gran duque de Toscana,

<sup>1</sup> Trató del particular D. Martín Fernández de Navarrete en su mencionada *Dissertación sobre la historia de la Náutica*, y más adelante, con los materiales que tenía reunidos, su nieto D. Eustaquio Fernández de Navarrete en la *Memoria sobre las tentativas nechas y premios ofrecidos en España al que resolviese el problema de la longitud en el mar*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxi, año 1852.—Algo he escrito por mi cuenta en las *Disquisiciones náuticas*, t. vi, págs. 117 y 201. Es de consultar la *Noticia de José de Montelobo y mercedes que se le hicieron por la invención de la altura del Este al Oeste*. Discurso escrito por D. José Pellicer de Osáu, titulado *La altura del Este al Oeste, donde se averiguan muchos primores de la aguja fija, que hoy con nombre de S. M. está descubriendo José Moura Lobo, que habiendo dado vuelta al globo dos veces, continuó el tercer viaje para examinar este secreto*.



rector de la Universidad de Pisa, introducido por el Duque de Osuna, virrey de Nápoles<sup>1</sup>.

Los más de estos proyectistas, sin fijar la atención en los argumentos de Juan Alonso y de Alonso de Santa Cruz en favor de los relojes, cuando la mecánica consintiera fabricarlos exactos, se inclinaban á las ideas de Sebastián Caboto, queriendo zanjar el caso mecánicamente también, por medio de instrumentos en que sirviera de dato la variación de la aguja.

Con todos estos instrumentos presentados á examen y experiencia, juntamente con los que se sellaban como patrones oficiales, formó García de Céspedes en la Casa de la Contratación de Sevilla un museo que sería curioso.

Transcurrió mucho tiempo antes que pasase la fiebre de *El Punto fijo*, puesta en su lugar por Cervantes en el *Coloquio de los perros*, lo que no impedía que los hombres de estudio y verdadera ciencia lo ocuparan con utilidad, dando á la estampa libros más ó menos recomendables, algunos excelentes, con que formar la bibliografía del reinado. De los relacionados con el conocimiento de los marinos son de citar<sup>2</sup>:

ASTROLOGÍA.—Francisco Navarro, Onofre Pelechá, Juan Casiano, Juan Bautista Cursa, Antonio Nájera, Jacinto Palomares, Bartolomé del Valle, Vespasiano Vargas, Andrés González, Cristóbal Montalvo.

HIDROGRAFÍA.—Encuéntrase en los archivos considerable número de derroteros manuscritos, sin indicación de autor ni de año, que por el carácter de letra parecen del último tercio del siglo XVI y principios del XVII; á saber:

*Derrotero de la navegación de las flotas desde Sanlúcar á Nueva España y Tierra Firme*<sup>3</sup>.

*Derrotero de la navegación de las flotas*<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XLVII, pág. 339.

<sup>2</sup> Parécmese ocioso escribir los títulos, que están comprendidos en las bibliotecas de Navarrete y de Picatoste.

<sup>3</sup> Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XCII.

<sup>4</sup> Con 105 planos, *íd*em *id*.



*Derrotero de todo el mar Mediterráneo*<sup>1</sup>.

*Derrotero del viaje de las islas Filipinas de ida y vuelta para nueva España*<sup>2</sup>.

*Derrotero del Callao de Lima hasta embocamiento del Estrecho de Magallanes*<sup>3</sup>.

*De los tiempos más convenientes para partir de España para la navegación de la India por el cabo de Buena Esperanza*<sup>4</sup>.

*Noticia del mundo y alturas de tierras*<sup>5</sup>.

*Derrotero de Nueva España á las islas Filipinas*<sup>6</sup>.

*Viaje de España para Malaca y Filipinas por el cabo de Buena Esperanza*<sup>7</sup>.

*De la navegación que se hace desde Nueva España á las islas Filipinas, y de ellas al puerto de Acapulco para volver á Nueva España*<sup>8</sup>.

*Discurso sobre los secretos que se saben de la navegación de la Barra de San Lúcar de Barrameda para la isla Española, y desde ella en la vuelta para España y otras partes de las Indias*<sup>9</sup>.

*Descripción geográfica desde el cabo de Buena Esperanza hasta la China, así de las costas marítimas, puertos, bahías, ríos, islas, etc., como de sus habitantes, poblaciones, etc.*<sup>10</sup>.

*Memoria de las leguas y alturas que tienen los cabos y bahías desde el cabo del Labrador hasta el estrecho de Magallanes, por la costa de la mar del Norte*<sup>11</sup>.

*Relación de la barra del río de Sanaga*<sup>12</sup>.

<sup>1</sup> Biblioteca particular de S. M. el Rey, 2, I, 5.

<sup>2</sup> Colección Navarrete, t. I, núm. 19.

<sup>3</sup> Idem id., id., núm. 20.

<sup>4</sup> Idem id., id., núm. 21.

<sup>5</sup> Idem id., t. x, núm. 30.

<sup>6</sup> Idem id., t. I, núm. 15.

<sup>7</sup> Idem id., id., núm. 16.

<sup>8</sup> Idem id., id., núm. 18.

<sup>9</sup> Idem id., t. XXI, núm. 28.

<sup>10</sup> Idem id., t. XXVIII, núm. 8.

<sup>11</sup> Idem id., id., núm. 15.

<sup>12</sup> Academia de la Historia, est. 22, gr. 4, núm. 75. ..



*Derrotero de la barra de San Lúcar á las islas de Canarias*<sup>1</sup>.

*Derrotero que trata desde el cabo de San Vicent asta Ullaros y golfo de Valençia y Alfaques de Tortosa*<sup>2</sup>.

*Derrotero desde Lisboa por el estrecho y mar Mediterráneo hasta el canal de Constantinopla*<sup>3</sup>.

*Derrotero universal desde el cabo de San Vicente por todo el mar Mediterráneo*<sup>4</sup>.

*Arte de cartear y derrotero de la costa de África en el Océano y general del Mediterráneo*<sup>5</sup>.

**COSMOGRAFÍA.** — Antonio Parisi, José de Sessé, Juan Lerín, Ginés Rocamora.

**CRONOGRÁFIA.** — Enrico Martínez, Miguel Pedro, Jerónimo de Valencia.

**GEOGRAFÍA Y VIAJES.** — Miguel Pérez, Diego de Aguiar, Luis de Teixeira, Ambrosio de Salazar, Marcelo de Rivadeneyra, Juan Bautista Lavaña.

**ARTE DE NAVEGAR.** — Pedro de Siria, Juan Cedillo, Andrés García de Céspedes, Juan Bautista Lavaña.

**ARTE MILITAR.** — Francisco Núñez de Velasco, Juan Bautista Villalpando, Bernardo de Vargas Machuca.

**ARTILLERÍA.** — Cristóbal Lechuga, Diego Ufano, Cristóbal de Rojas, Andrés García de Céspedes.

**HISTORIA.** — Dos obras magistrales la ilustraron: *Historia de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, por Antonio de Herrera. Madrid, 1601-1615; cuatro tomos, folio; *Historia de la conquista de las islas Molucas*, de Bartolomé Leonardo de Argensola, y á la historia más útil que agradable á la poesía, la *Argentina y conquista del Río de la Plata y Tucuman y otros sucesos del Pirú*, poema de Martín Barco Centenera, impreso en

<sup>1</sup> Biblioteca particular de S. M. el Rey, 2, I, 5.

<sup>2</sup> Biblioteca Nacional, Aa. 137.—Un volumen escrito con tintas negra y roja, y cuatro cartas de marear en pergaminio, iluminadas en oro y colores.

<sup>3</sup> Ídem id., Aa. 143.

<sup>4</sup> Ídem id., Aa. 193.

<sup>5</sup> Ídem id., Aa. 196.



Lisboa en 1604; *Historia de la muy noble y muy leal ciudad de Gibraltar*, por Alonso Fernández de Portillo, jurado de ella por el Rey nuestro señor; 1599-1610<sup>1</sup>.

CARTOGRAFÍA.—Sebastián de Ruesta, Pedro y Luis Teixeira, Juan Bautista Lavaña, con otros, hicieron grabar y estampar sus cartas, sin que por los adelantos de las artes gráficas desaparecieran todavía los continuadores de la tradición en las hermosas obras de iluminación sobre pergamino; así formó García de Céspedes el mencionado Islario, que se conserva en la Biblioteca Nacional, y siguieron sirviendo á la demanda Francisco Oliva, Andrés Ríos, Juan y Salvador de Oliva. Diego de Prado no dispuso de otro medio para pintar los descubrimientos de Váez de Torres en Nueva Guinea y Australia, lo mismo que Enrico Martínez en México al trasladar los de California, ó Lucas de Quirós, cosmógrafo del Perú, hijo de Pedro, que trazó en 1618 una carta de la América meridional por orden del virrey Príncipe de Esquilache, obra de mano sobre pergamino, que acompaña al discurso primero de la *Noticia general del Perú*, de Francisco López de Caravantes<sup>2</sup>.

Libros de materias varias hay que sirven de medida á la ilustración de los oficiales de la Armada, como los del proveedor Fernando Alvia de Castro<sup>3</sup>, ó los del cuatralbo don Luis Carrillo y Sotomayor, comendador de la Fuente del Maestre en la Orden de Santiago<sup>4</sup>, contándose los que asombran á la par que deleitan con la narración de aventuras extraordinarias, que se tuvieran por fabulosas si muchas de ellas no se encontraran justificadas en documentos oficiales<sup>5</sup>.

Uno de la especie, autobiografía maravillosa<sup>6</sup>, deja al

<sup>1</sup> Manuscrita en la Biblioteca Nacional, Q, 28.

<sup>2</sup> Don Marcos Jiménez de la Espada, *Viaje del Capitán Pedro Teixcira*. Boletín de la Sociedad Geográfica, t. XIII, pág. 272.

<sup>3</sup> *Verdadera razón de Estado. Discurso político*. Lisboa, 1616.—*Aforismos y ejemplos políticos y militares*. Lisboa, 1621.

<sup>4</sup> Obras de D. Luis Carrillo y Sotomayor. Madrid, 1611. *Biblioteca de Autores españoles, Poetas Ilíricos*, t. II.

<sup>5</sup> *Comentarios del desengaño*, ó sea vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo. *Memorial histórico español*, t. XII. Madrid, 1860.

<sup>6</sup> *Historia y viaje del clérigo agraciado D. Pedro Ordóñez de Zeballos, natural de la*



áñimo del lector suspenso, queriendo penetrar períodos enigmáticos, dudando muchas veces de la veracidad de lo narrado, y admirando siempre el espíritu inquieto y aventurero, la fortaleza del cuerpo, la discreción y desembarazo en trabajos y lances difíciles que se retratan en las gentes de aquellos tiempos.

Ordóñez de Zeballos, buen ejemplar, empezó navegando en las galeras de España y de Sicilia con cargo de alguacil real; se halló en cruceros y combates con argelinos y turcos en el archipiélago griego; visitó los Santos Lugares, y por afición corrió de Sur á Norte Europa, ya comerciante, ya soldado; probó la trata de negros en Guinea; asistió á la conquista de Portugal con el Duque de Alba, y buscando más lozano teatro fué á Indias, donde con facilidad de dineros, veedor, capitán, maestre de campo, gobernador ó simple aventurero, se halló en infinitas acciones, corriendo la América central, parte del Perú y Méjico. A lo mejor de la vida tomó hábitos clericales, sin desterrar, con los antiguos, las aficiones; antes sintió que recrecían, y armando por su cuenta un galeón corrió el Pacífico, yendo á China y Cochinchina, soldado de la Fe, pero repartiendo todavía cuchilladas como pláticas. Siguió la navegación por el cabo de Buena Esperanza hasta dar vuelta al mundo; en el reino de Quito asistió al alzamiento de los indios quijos y al de los españoles, no menos turbulentos, y al fin regresó á España, donde se proponía descansar historiando las glorias de su ciudad natal.

La narración, concisa, deshilada y obscura, como hecha mucho tiempo después de los sucesos, solicitando á la memoria rebelde, abraza la segunda mitad del siglo xvi y primeros años del siguiente, y abunda en episodios marítimos de todo género; navegaciones, naufragios, combates, cautiverios, trabajos, necesidades y amarguras, siendo de notar, por contraste con otros panegiristas de la persona propia, la

*insigne ciudad de Jaén, á las cinco partes de la Europa, África, Asia, América y Magallánica, con el itinerario de todo él.* Impreso con las licencias necesarias en Madrid, por Luis Sánchez, 1614.



honestidad de Ordóñez, la consideración con que de los demás trata y la ausencia de jactancia.

No ha faltado entre los extranjeros dedicados al estudio de la literatura castellana quien haya manifestado con cierta extrañeza que en el período de la caballería oceánica no tuvo España cantores populares que la inmortalizaran, imaginando que quizá se hallase agotada la inspiración poética al ocurrir la conquista del Nuevo Mundo. Nada menos que esto; los cantares de asuntos marítimos escasean más por la incuria en recogerlos que porque dejaran de escribirse. De la conquista de las Terceras ninguno se encuentra en las colecciones de Ochoa y de Durán, y, no obstante, al celebrarse el centenario de D. Álvaro de Bazán han podido componerse dos tomos<sup>1</sup>, sin reunir todos los que se dedicaron al egregio Marqués de Santa Cruz ó á los hechos por él realizados.

Aun más juntara el que se propusiera componer cancionero especial de la batalla de Lepanto; y si otros acontecimientos prósperos ó adversos en la mar no alcanzaron tan grande resonancia ni popularidad comparable, por rareza dejaron de tener entre los testigos de vista, entre los mismos soldados, quien los cantara con sencilla verdad; sólo que las condiciones de estos poetas oscuros no alcanzaban siempre la fortuna de dar á la prensa el fruto de las horas de su descanso corporal, fruto perdido no hallando el Mecenas que todos, por lo general, buscaban en los caudillos ó sus deudos, yendo contra el proverbio, entre aquéllos arraigado, de «Callar y obrar por la tierra y por la mar».

Paréceme que hacen prueba los que he conseguido encontrar dispersos, muchos raros y los más inéditos, ya citados ó reproducidos en libros anteriores, con material suficiente á un cancionero y romancero náutico.

Del reinado de Felipe (ya se ha visto) no faltan, y aparte sucesos dignos de las Musas, como los del Duque de Osuna y *El asombro de Turquía*, D. Francisco de Rivera<sup>2</sup>, ó como

<sup>1</sup> A nombre del Sr. Navascués.

<sup>2</sup> Composiciones transcritas en *El gran Duque de Osuna y su marina*.



los mencionados anteriormente en su oportunidad, existen dedicados aún á los asuntos triviales.

La vida de la galera descrita ó comentada en las novelas y comedias de Miguel de Cervantes <sup>1</sup>; en las *Aventuras de Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; en *El donado hablador*, del Dr. Alcalá, como en casi todas las picarescas; en las jácaras de Quevedo, en los romances de Góngora, en las composiciones de Lope de Vega, contada ya especialmente <sup>2</sup>, tuvo también sus cantores.

He visto mencionada en los catálogos del teatro *La conquista de las Molucas*, comedia de Melchor Fernández de León. De éstas también, obras de más aliento, han quedado ignoradas las que no tuvieron padrino, con muchas de poesía épica y lírica, que el ejemplo de Ercilla dió á la imitación. Digalo esta descripción del Peñón, hecha por Juan Luis de Rojas, el autor de las *Relaciones de sucesos postreros de Berbería*, *Salida de los moriscos de España y entrega de Alarache*, enterrada con la carta en que rogaba al Condestable de Castilla, en 15 de Agosto de 1609, que le sacara de aquel destierro en que tenía plaza ordinaria de soldado, enviándole los versos por no haber por allá otra cosa con que servirle, como no fuera con un par de camaleones, fruto de la tierra y «símbolo de los aspavientos de esta de España» <sup>3</sup>.

### EL PEÑÓN DE LA GOMERA.

(1609.)

AL CONDESTABLE DE CASTILLA, MI SEÑOR.

De Ponto escribe Ovidio y de sus tristes  
y altos, aunque atrevidos pensamientos,  
los afectos, señor, que ya leistes.  
Quejas esparce á los helados vientos  
de Scitia, donde á su pesar le tienen  
amorosos ilícitos intentos,

<sup>1</sup> En el *Quijote*, *Las dos doncellas*, *Persiles y Segismunda*, *Los tratos de Argel*, etc.

<sup>2</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. II.

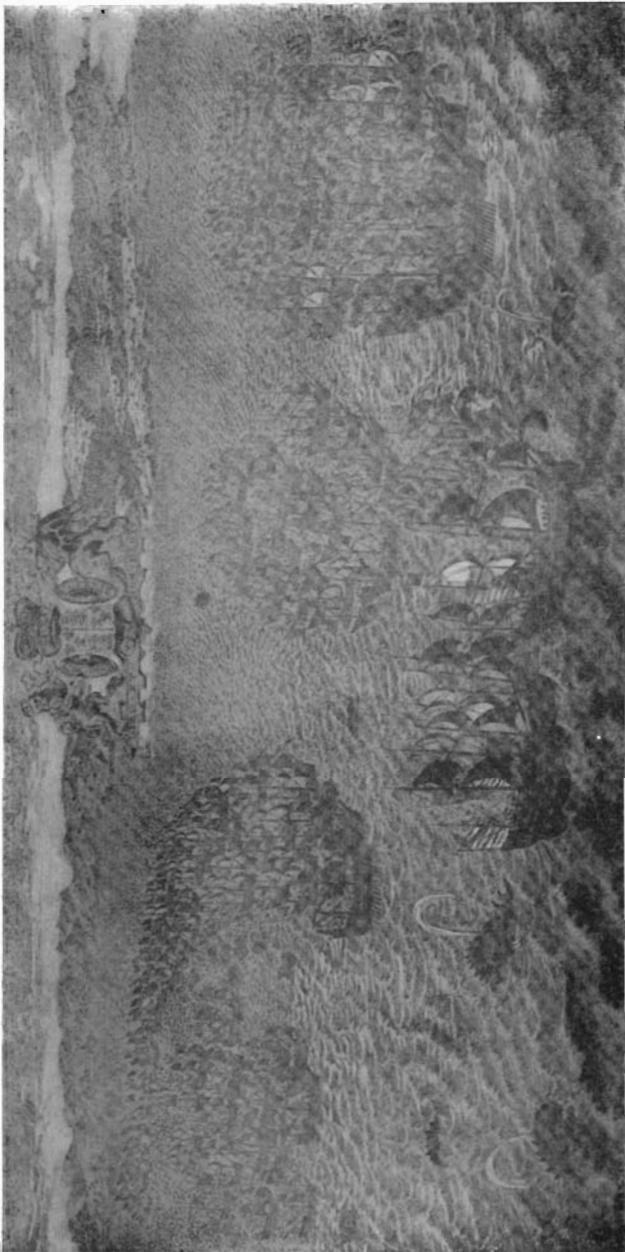
<sup>3</sup> Hállase inédita en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, legajos de Loyola. Legajo I, núm. 36.



**ARMADA ESPAÑOLA.**

ó sus curiosos ojos, de que vienen tales desastres, que ojos de contíno de peligrosos juicios se mantienen. Ya culpa y llora el ciego desatino la rota fe de una amistad jurada, el impetu fatal de su destino. Ya la triste elegía, desgrehada, injuria su cabello, intenta el llanto en la cítara, apostila destemplada. Émulo yo también del dulce canto, aunque en lloroso acento, en ronco tono mi soledad y mi tristeza espanto. Yo me culpo á mí mismo y me perdono; culpo el atrevimiento de escribiros, invicto heroe, y el intento abono con que nunca he dejado de serviros, como ni en este mísero destierro dejare de alabaros y pediros. Deste peñón al lamentable encierro, que así bien por el hierro entra la lanza, me trujo mi desdicha por mi yerro. Pequeño si no fuera la venganza impotente y cobarde con que daña más el que más pude<sup>r</sup> injusto alcanza. Monstruo cruel es poderosa saña; si el querer al poder no le enderezá, talarán todo el mundo indigna hazaña. Aquí paso, señor, en la aspereza mayor que vió la Libia ni su Atlante, que no empina tan alta su cabeza. Dadme licencia que aunque llore ó cante os describa, si acierto, ésta peña el asiento difícil é importante; que la docta Melpómene me aceña que hallaré en su favor seguro asilo, pues que no desampara á quien enseña. Tiene este horrendo escollo por el filo del ardiente abrasado Mediodía toda l'África estéril hasta el Nilo. Al Norte helado el vendaval envía, que ensancha el ancho mar que enfrente azota la costa de la rica Andalucía. Corre el Levante por mayor derrota que corre cuando coge la garrama <sup>1</sup> d'Argel la reforzada galeota. Vuelve al Poniente, donde se derrama el Océano inmenso, á cuya orilla el fuerte está que Mazagán se llama.

<sup>1</sup> Contribución.



Encuentro de la armada con la escuadra inglesa.





En fin, á la Corona de Castilla  
mira de Norte á Sur la Libia opuesta,  
que siempre está en cobrar su antigua silla.  
Es la gente enemiga manifesta,  
y en serlo tanto es menos enemiga,  
pobre, atrevida, falsa, suelta y presta.  
Á gran cuidado su traición obliga  
á la despierta y cauta centinela  
deste Peñón, ques de África la higa,.  
porque la atemoriza y la desvela  
con un rebato y otra cabalgada,  
ya por fuerza y valor, ya por cautela.  
Hace el dios de la mar una ensenada  
del morro de Mostaza al de Alhucema,  
de temerosas peñas coronada,  
donde la gran naturaleza extrema  
su braveza cruel en costa brava,  
de cuya paz no hay leño que no tema.  
En medio della un gran peñasco lava,  
ciñe, rodea, aíslla y le divide  
del Continente, donde libre acaba.  
Al Este y al Oeste el curso impide  
de las olas, haciendo un breve puerto  
á la vela latina que le pide.  
Al fiero maestral se rinde abierto  
con travesía clara y peligrosa,  
al alto bordo en todo tiempo incierto.  
Desta peña la cima venturosa  
cubre devota y milagrosa ermita  
de la Virgen y Madre gloriosa.  
Baja después, peinada y yerta, imita  
de una empinada piña la figura,  
hasta el fin, quel salado mar limita.  
Hermosa fealdad, fea hermosura  
la adornan, permitiendo á cada casa  
en caracol, un nicho ó sepultura.  
Aqui el fuerte español su vida pasa  
sagaz y astuto al uso de la tierra,  
que cuanto della pisa tanto abrasa.  
Sufridor del trabajo y desta guerra,  
tan diferente de otras, alenado  
corriendo los picachos de la sierra.  
Su comida es bizcocho, remojado  
con un poco de aceite, ó vil legumbre,  
y si la red acierta, algún pescado.  
Pero tiene tan grande mansedumbre,  
que si eso aun no faltase, serviría  
con más amor y menos pesadumbre.  
Aqui de tarde en tarde se le envía  
una pequeña parte del sustento,



que á ser toda, gran suerte y bien sería.  
Esto se entiende cuando quiere el viento,  
cuando en Málaga quieren los que pueden  
ensanchar ó estrechar el corto aliento.  
Granjeen, logren, ganen, manden, veden,  
que si lenta, mayor de Dios la ira  
castiga á los que de lo justo exceden.  
Trae, pues, el moro su ballesta y vira  
con su aljaba de jaras, y desnudo  
como el viento arremete y se retira.  
Es moreno y cenceño, aunque membrudo  
ardidoso, y tal vez en su pelea  
el chuzo es lanza, el alquicel escudo.  
Muy bien las manos y los pies menea,  
que éstos son montañeses y serranos  
de áspera tierra, inculta, estéril, fea.  
Bárbara multitud que ni entre hermanos  
saben guardarse fe, ni de la suya  
alcanzan más que aborrecer cristianos.  
La poderosa diestra los destruya  
de Dios, aniquilando el paganismos,  
sin que ninguno escape ó libre huya.  
Y pues entre ellos vive el judaismo,  
odio nuestro común, mueran, y viva  
la exaltación fiel del Cristianismo.  
Tiene esta fuerte peña, en quien estriba  
la defensa de España poderosa,  
que es de tantas naciones reina altaiva;  
tiene de artillería muy hermosa  
medios cañones, medias culebrinas,  
ministros della gente cuidadosa;  
Llenas de munición las oficinas  
del polvo que hace polvo las ciudades,  
de que apenas se escapan las ruinas.  
Rige personas, rige voluntades  
suavemente difícil y severo,  
sin intereses, odios ni amistades  
el capitán gobernador Granero,  
que vive como yo, vuestro criado,  
y éste es de sus blasones el primero.  
Pues vos le conocéis. será excusado  
anteponer, señor, lo que merece;  
Sólo sé que por vuestro soy honrado.  
Enfrente, en tierra firme, triste ofrece  
Vélez, en sus desiertos edificios,  
el estrago del tiempo que padece.  
Viven hoy día rastros de sus vicios,  
mazmorras, casas, viñas, huertas, baños,  
de que apenas las piedras dan indicios.  
A la lengua del agua ha muchos años



que tenemos un suerte bien ligero  
en defensa de alárabes engaños.  
Tiénele nuestra peña á Caballero,  
y él defiende las huertas y la aguada,  
y á cualquier invasión es el primero.  
En lo más hondo está de la ensenada,  
y á la derecha ve la punta ó loma  
de la Dava, tan alta y tan peinada,  
que parece que al claro cielo asoma  
su erizada cabeza, donde apunta  
un morabito, ermita de Mahoma.  
Á la siniestra en Alcalá se junta  
la castellana y portugués conquista,  
que ya nuestro monarca tiene junta.  
Son cuatro torres de hermosa vista;  
poseelas el moro, que no pesa  
que aquel sitio se tenga ó que se asista.  
Desde el peñón al fuerte se atraviesa  
por un' angosto aunque alterado freo,  
que de injuriar sus peñas nunca cesa.  
La resaca, jilio y escarceo  
juega, y el corto paso á tierra impide,  
y tal vez dura hasta encender deseo.  
Pero pues, descortés, no se comide  
mi pluma, y necia calla, yo la alargo,  
que de vuestro loor no se despide.  
Si de mí os acordáis en este amargo  
destierro, señor mío, vivo ufano;  
vuestro soy y lo debo; quede á cargo  
el sacarme de aquí de vuestra mano.





## APÉNDICES.





## APÉNDICES.

---

### NUMERO 1.

Relacion de lo sucedido á la real armada del Rey nuestro Señor, de ques capitan general el Duque de Medina Sidonia, desde que salió de la Coruña, adonde se recojió despues que salió de Lisboa con el temporal que le dió, escrita por el contador Pedro Coco de Calderon.

Salio de la Coruña á veinte y dos de Julio con 151 vageles en esta forma:

23 galeones, 43 naves. 26 urcas, 4 galeazas, 4 galeras, 20 pataches, 10 çabras, 11 carabelas, 10 faluas.

De portada todos los navios de 62.278 toneladas.

Treinta mil hombres de mar y guerra.

Hízose á la vela, y aunque con tiempo corto, fué haciendo viaje en demanda de las Orlingas, nueve leguas de la baia de San Miguel y Montesbai en Inglaterra, cerca del cabo de Langoneos questá al canal de San Jorge, ques entre Irlanda y Escocia y la dicha Inglaterra.

Lunes 25 del dicho se levantó viento muy recio y la armada fué haciendo su viaje, y martes á 26, dia de señora santa Ana, faltaron las galeras y la nave nombrada Santa Ana, capitana de Juan Martinez de Recalde. Iban en ella el capitán Juan Perez de Mucio y noventa y ocho personas de mar y el maestre de campo Niculas de Isla con ducientos y ochenta y cuatro soldados, y el contador Pedro de Iguelo dicen llevaba cincuenta mil ducados del dinero de S. M. en oro.

Á los 30 del dicho Julio se descubrió el Cabo de Lisarte, y navegando hasta las cinco horas de la tarde, á este tiempo, estando atravesada nuestra armada en el cabo de Gudiman, á cuatro leguas de tierra, se metió un patache inglés á reconocerla, y el capitán Ojeda con su nao y algunos pataches le fué dando caza hasta que se metió en tierra. Al anochecer descubrimos á sotaviento la armada del enemigo que estaba amainada, la



cual, por hacer neblina y ser tarde, no pudo ser bien reconocida. Mandó el Duque al capitán Vicencio fuese aquella noche por el armada, dando orden se pusiese de batalla, porque á la mañana amanecería el enemigo sobre nosotros. El Duque amainó de romana las velas y quedó aquella noche surto para esperarla; al salir la luna, que sería á las dos de la mañana, hizo el enemigo vela y nos ganó el viento, dejando cinco naves bordando á nuestra vista para que se creyese estaba allí la demás armada.

Domingo por la mañana, 31 del dicho, estando á barlovento la armada enemiga, el Duque hizo con la nuestra muestra de quererle ganar el puerto: era viento Oeste, y así orceó la Capitana real lo posible sobre él. Vino la del enemigo en popa la vuelta della á sobreviento, que eran 20 galeones gruesos de quinientas hasta ochocientas toneladas, y hasta cincuenta de á ducientes y trescientas, y particularmente muy bien artillados y marinados y beleados, y el Duque viró por no desamparar la retaguardia, y se puso en orden de batalla esperando la armada del enemigo. La cual venia puesta en ala con muy buen orden, y dos naves della vinieron á reconocer la nuestra la vuelta de su puerto y, hecho, se volvieron la de su capitana, la cual amainó el trinquete y por el mismo borde de tierra envió cuatro naves, una de las cuales era su Almiranta, á que tratabasen la escaramuza con la nuestra y las demás naves de nuestra retaguardia, y así la cañonearon juntamente con el galeon San Mateo, el cual, metiéndose á orza cuando mas podia, sin disparar pieza, las esperó deseando le abordasen. Salió la Rata en que venia D. Alonso de Leiva en busca de la capitana enemiga, que así mismo se dejó amollar en popa la vuelta suya. No se pudieron cañonear á causa de que la enemiga, recelándose le abordasen San Mateo, dejó á la nave Rata y le acañoneó, y el viento arronzando á D. Alonso de Leiva, no le fué posible pasar con su designio adelante, á quien cañonearon otras naves enemigas haciendo él lo mismo.

La Almiranta real fué quien mas se aventajó este dia, porque peleando la mayor parte del, resistió á toda la furia enemiga. Como diestro marinero, Juan Martínez de Recalde recogió todos los navios guardando su retaguardia, acañoneándose siempre con ocho navios de los mejores del enemigo. Viendo el Duque no le quería embestir el enemigo, siguió su derrota. A Juan Martínez le pasaron el arbol del trinquete de proa con dos balazos y las ostugas mayores, el estai mayor y el de gavia, y de uno le hirieron al capitán Pedro de Icarna y á otros. Así mismo la nave almiranta de Miguel de Oquendo se señaló este dia, y de otro balazo le llevaron una pierna al alferez del capitán Gliego. Esta mañana arribaron huyendo afrentosamente algunos navios, hasta que de la capitana les dieron



voces que fuesen á orza la proa al enemigo. A medio dia cesó la escaramuza sin otro daño. El Duque, reconociendo que el intento del enemigo no era abordar, sino cañonearse, ganó el viento y siguió su viaje con viento Oeste fresco, y este mismo dia á las 5 de la tarde se encontró la capitana de Don Pedro de Valdés con la nao Santa Catalina de su escuadra, y al investirle, se le rompió á la capitana le bauprés por los tamboretes y le echó el arbol del trinquete sobre el mayor, á causa de habérsele rompido el estai, y tiró una pieza pidiendo socorro, y volvió el Duque sobre ella atravesándose á la trinca para esperalle, y la nao de Don Pedro giró la proa á la mar: amainaron algunas naos para socorrella y dos galeazas, y por la mucha mar no osaron darle cabo. Envió el Duque dos pataches á sacar la gente. Llegados á bordo no quiso Don Pedro desampararla, porque dijo la podia aderezar, lo que visto por el Duque, y que la armada estaba tan adelante, le fué forzoso seguir su viaje, y desde ahí á dos horas se oyeron disparar tres ó cuatro piezas. No se ha sabido del otra cosa mas de haberle tomado el enemigo. Llevaba la nave lo siguiente: el general Don Pedro de Valdés, el capitán Vicente Alvarez, dueño de la dicha navè; ciento y veintiocho personas de mar; cincuenta mil ducados que llevaba de S. M.; el capitán Don Alonso de Zayas y 122 soldados de su compañía, el capitán de Don Vasco de Silva y 84 soldados de su compañía de Don Antonio de Herrera y otros 20 de la de Don Juan de Ibarra.

Este mismo dia á las dos horas de la tarde, poco despues de la degracia de Don Pedro, se voló la nave San Salvador, almiranta de la escuadra de Oquendo, con la pólvora que se había sacado para pelear sobre las cubiertas. Dicen que el capitán Pedro de Pliego dió de palos á un artillero aleman, el cual se fue abajo diciendo estaba una pieza mojada de la mar y que era necesario disparalla, como lo hizo, y arrojó el botafuego dentro del barril de la pólvora. Volaronse las dos cubiertas de la popa y mas de ducientas personas, y entre ellos el alferez Castañeda que estaba de guardia á la pólvora. Abriose la nave por la popa y proa; echaronse muchos á la mar do se ahogaron; salvose la gente principal en cuatro pataches que el Duque les envió y entre ellos, el pagador Juan de Huerta y sus oficiales, papeles y algun dinero del de su cargo. Navegó aquel dia y noche, aunque trabajosamente, hasta que lunes por la mañana, primero de Agosto, mandó el Duque sacar la gente, y que la nao se echase á fondo, y como el capitán della estaba muy herido, y los marineros la desampararon los primeros, no hubo quien la echase á fondo; ultra de quedar muchos heridos y quemados que no pudieron socorrer por venir el enemigo cerca. Creese la daria el enemigo cabo y la llevaria á algun puerto de su costa; y en la urca almiranta Pedro Coco Calderon, contador de la armada, recogió



al capitán Villaviciosa y hasta treinta y cuatro personas quemadas. Este día despachó el Duque en un patache al alferez Juan Gil á Dunquerque con carta suya al de Parma, para que supiese el paraje donde se hallaba y le avisase en la parte donde se podrían juntar. Tenía la dicha nave 64 personas de mar, el capitán Pedro de Pliego, que salió todo quemado y 94 soldados. El capitán Don Francisco de Chaves salió sano; tenía 133 soldados; el capitán Jerónimo de Valderrama 92 soldados: salió sano el capitán Juanes de Villaviciosa: el maestre de la escuadra salió quemado.

Martes á dos de Agosto, estando cerca del cabo de Plemua, amaneció la armada con viento leste, con el cual se quedó la armada enemiga á sotaviento, y el Duque viró sobre ella para acometella, y el enemigo dió todas las velas y comenzó á huir, y por ser el viento escaso y sus navíos más veleros, los nuestros no pudieron darles caza. Este día proveyó el Duque su escuadra de don Pedro Valdés en don Diego Enríquez, hijo del virrey del Perú. Fue este día muy trabada la escaramuza; señalaronse el galeón San Medel, el de Florencia, la capitana de Bretendona, San Juan de Fernandome, capitana y almiranta de las urcas, donde se quemaron dos artilleros, por no limpiar la pieza, y las galeazas, y la que más fue la Capitana real que ora y media sin ser socorrida, se acañoneó con el enemigo y la mayor fuerza de toda su armada; solo lo fue de la capitana de Oquendo que á la postre emparejó con ella y le ayudó muy bien, habiendo defendido la Capitana real gallardamente y tirado de un bordo más de 80 tiros, con quien hizo mucho daño al enemigo, el cual le tiró á él más de 500 cañonazos con sus navíos, parte de los cuales dieron en el cuerpo del navío y otros en las velas, rompiendo el asta del estandarte y una ostaga del árbol mayor. Duró la escaramuza desde que amaneció hasta las diez del día, dandoles alcances nuestras naves. A las diez se mudó el viento sur, y así el enemigo comenzó á ganar el barlovento y cañonearnos hasta las tres de la tarde que viró la Capitana, tirando una pieza para ir su viaje, la cual, por estar tan á barlovento de toda la armada, no pudo ser socorrida tan presto della. Durante la escaramuza se mataron dos artilleros nuestros por no limpiar bien las piezas. Viendo el enemigo la ofensa que la Capitana les hacia, se apartaron della y dieron carga sobre los demás bajeles nuestros. Don Alonso de Leiva, aunque hizo mucha fuerza por llegar al enemigo, no le fué posible, por se hallar muy á sotavento, y el galeón San Marcos se acañoneó valerosamente con las naves enemigas. Van en este el Marqués de Peñafiel y don Felipe de Córdoba y el hermano del Marqués de las Navas y don Martín de Alarcón, administrador general del hospital real, y otros personajes. Este día, viendo el Duque que el enemigo venía picando la retaguardia, con 41 navíos, los mejores, y las cuatro galeazas con la res-



ta, tomó la retaguardia y prosiguió el viaje. Miércoles á tres amaneció nuestra armada sobre isla Duyque, y la del enemigo cañoneó nuestra retaguardia por espacio de una hora, en que se señalaron la galeaza Capitana y la galeaza Zúñiga. Calmó el tiempo y, temiendo el enemigo á las galeazas, se quedó á dos leguas de nuestra armada.

Jueves 4 del dicho, con calma, se quedaron detras de la retaguardia las urcas Santa Ana y Doncella, sobre las cuales cargó el enemigo con algunas naves que las iban remolcando; con las dichas quedaran en poder del enemigo, si don Alonso de Leiva con su Capitana y las dos galeazas de la retaguardia no las socorrieran. Refrescó un poco el tiempo, y así se trabó la escaramuza con las galeazas, y la capitana viró con su vanguardia al socorro, la cual se halló sola con la galeaza patrona, á cuyo barlovento se pusieron las naos de batalla, y ansi el enemigo, viendo sola á nuestra capitana, sacó de su armada los mejores navios de vela para la dar alguna grande carga, dejando los demás cañoneándose con la retaguardia; y tuviera efecto su desinio, si el general Oquendo no orceara tanto sobre la capitana con otros galeones y naos que luego hicieron lo mismo, cubriendo la capitana de manera que rescibieron la mayor parte de la carga, que fue muy grande, aunque de algunos que la dieron en el castillo de proa mataron dos soldados. Por el acometimiento que hizo el enemigo sobre nuestra capitana, quedó la suya con algunas naves á sotavento, y con tanto daño en el timon, que no gobernaba, y diez lanchas de las otras naves la remolcaban, y aunque viró nuestra capitana y armada sobre ella, refrescando el viento, se fué saliendo con tanta velocidad que el galeon San Juan de Fernandome y otro ligerísimo, con ser los más veleros de la armada, le fueron dando caza en comparacion suya se quedaron surtos, lo que visto por el Duque y ser el tiempo aproposito, siguió su camino. Fué esta escaramuza tan trabada como la del Martes y, acabada la refriega, despachó el Duque al capitán Pedro de Leon con una carta para el de Parma avisandole de todos los sucesos y que le socorriese con municion de balas.

Viernes 5 del dicho calmó el viento antes de amanecer, teniendo al enemigo por popa sin hacer movimiento ninguno. Este dia, á las cuatro de la tarde, despachó el Duque al piloto Domingo Ochoa con carta al de Parma y paresció el enemigo con 160 vajeles que se le juntaron de.....<sup>1</sup> tras dos capitanas y dos almirantas.

Sábado á 6 del dicho, estando con viento sudueste, algo escuro y con aguaceros, se halló nuestra armada á vista de la costa de Francia sobre Bolona. Venia el enemigo una legua á la popa. Llevaba el Duque determinacion de dar fondo sobre Cales con viento en popa, y al bajar de la

<sup>1</sup> En blanco en el original.



marea, dió fondo nuestra armada á las seis de la tarde, y la del enemigo hizo lo mismo á varlovento, una legua apartada, della, habiéndosele juntado una hora antes Juan Acles con treinta y ocho navios que se entendió venia del puerto de Dobra, los tres dellos galeones y los demás navios pequeños, con los cuales hacia número esta armada de 160 velas. Este dia envió el Duque una carta al gobernador de Cales con el capitán Pedro de Heredia: hallole con su mujer en un coche á la marina, esperando á ver si se daban la batalla. A la noche calmó el tiempo, y al anochecer se pasaron á la armada enemiga el maestre y piloto de la urca San Pedro el Menor, que se llamaban Simon Enriquez y Juan Isla.

El domingo 7 del dicho estuvo el tiempo calma hasta las cinco de la mañana que tornó á refrescar con aguaceros. Al amanecer llegó el capitán Don Rodrigo Tello de Guzman en una fragata del Duque de Parma con una carta para el Duque, y este dia fué con órden el veedor general Don Jorge Manrique á Dunquerque á tratar con él de cosas tocantes á la armada, y el proveedor Bernabé de Pedroso y pagador Juan de Huerta á Cales con 6.000 ducados de oro para que comprasen algunas virtuallas y medicinas con que se refrescasen las de la armada. Tambien envió el Duque á Jerónimo de Arceo, su secretario, á Dunquerque, para que con el de Parma enviase con toda brevedad los treinta ó cuarenta phelipotes que le había enviado á pedir con el piloto Domingo Ochoa.

Este dia á las 12 de la noche con la marea envió el enemigo ocho navios con sus velas la corriente abajo con machinas artificiales: venian ardiendo con la vela mayor asida á las escotas al timon y él amarrado, y otra en el trinquete, y ellas ardiendo espantosamente por la proa, y el fuego encendiéndose hacia la popa, duró, hasta bien de dia, sin hacer más daño del desalojar nuestra armada, y hasta la corriente las gobernaban unas lanchas por los timones hacia nuestra armada que, reconociéndola la galeaza capitana que estaba junto al galeon real, le tiró una pieza que les hizo dejar los navios, y el Duque mandó cortar las áncoras, y fuímonos haciendo á la vela á la mar la vuelta del norte, y al desancorar, invistieron algunos navios nuestros la galeaza capitana y la desaparejaron de manera que, sin poder gobernar, la marea la echó á tierra. Iba en ella Don Hugo de Moncada con 134 personas de mar, 312 de remo y el capitán Luis Macian, y 130 soldados de su compañía y el capitán Juan Perez de Loaisa con los soldados de su compañía.

Este dia el Príncipe de Asculi tomó un patache con tres criados y un capellan que tenia su dinero, y fueron á la nave donde estaba Juan Juarez Gallinato, sargento mayor del tercio de entre Duero y Miño, y le llevó consigo á Flandes.



Lunes á 8 del dicho, por entre los navios del fuego, fue á dar la dicha galeaza sobre la fuerza de Cales, do se amparó de la armada del enemigo que le tiraba muchos cañonazos, y á dos leguas del puerto de Cales tornó ancorar nuestra armada para, en amaneciendo, tornar á tomar su puesto y cobrar las áncoras y amarras que quedaron en él; y al amanecer dimos vela con este intento, que fue lunes, hallóse la capitana sola con las de Oquendo y San Marcos y el galeon San Juan Bautista, de la escuadra de Diego Flores, y el galeon San Mateo algo apartado, por no se haber juntado la armada; aunque para este efecto se dispararon tres piezas. El enemigo cargó sobre nuestra capitana con una gran carga de artillería desde las siete de la mañana que se comenzó por más de nueve horas, y por la banda de estribor metió tantas balas, que pasaron de ducentas las de las velas y navio por el costado, las cuales mataron y hirieron mucha gente, y echaron á perder tres piezas de artillería, desencabalgándolas de manera que no se pudieron servir dellas, y la desaparejaron de mucha jarcia, y de los balazos de la lengua del agua hacia tanta el galeon, que apenas pudieron remediarle dos bucios, tomándosela con estopa y planchas de plomo, dando á entrabbas las bombas todo el dia y la noche. Quedó muy trabajada la gente por las muchas faenas que se hicieron la noche antes, ayudando á sayar la artillería, sin se les haber dado bastimento.

El galeon San Phelipe de Portugal en que iba el maestro de campo Don Francisco de Toledo, que lo es del tercio de entre Duero y Miño, le cercaron este dia 16 navios del enemigo por ambos costados y por la popa, tirándole muchos cañonazos, y llegándose tan cerca, que hacian efecto la mosquetería y arcabucería del galeon matando mucha gente de las naves enemigas, por lo cual no se atrevieron abordarle, sino á lo largo le tiraban muchos cañonazos, desaparejándole la jarcia y el timon y rompiéndole el mastilero del trinquete, matándole mas de 200 personas, lo que visto por Don Diego Pimentel, se metió orceando con su galeon San Mateo á socorrerle valerosamente. Cargaron sobre él diez bajeles enemigos, dándole tan grande carga de artillería, que le maltrataron mucho y llegaron abordarle, y de uno dellos saltó dentro un inglés algouaro, al cual los nuestros le hicieron pedazos. En este interin el galeon Real y la urca Almiranta en que iba el contador Pedro Coco Calderon, le fue al socorro, metiéndose orceando cuanto podian sobre el enemigo, y la dicha urca empeñándose con nuestra capitana general y otra capitana y almiranta del enemigo, poniéndoles la frente y costado y la mitad de la popa mas de cuatro horas, sufriendo la tempestad de la carga de balazos que esta capitana y almiranta y otros galeones enemigos que luego se acercaron la dieron, haciendo ella lo mismo, sin ser mas socorrida. Mataron y hirieron en ella alguna gente,



maltratándole el casco y las velas y jarcia, que fué forzoso cambiar la vela mayor; hacia mucha agua de los balazos, vino la Rata en su socorro á este tiempo que se mostró y señaló mucho, y en ella mataron de un balazo al capitán Don Pedro de Mendoza, hijo del castellano de Castilnovo de Nápoles, y otras personas. Vinieron sobre ellos tres almirantas y una capitana con diez ó doce de otros navios gruesqs. Duró esta escaramuza desde las seis de la mañana hasta mas de las cuatro de la tarde. Salieron muy mal tratados el galeon San Juan Bautista y el galeon San Marcos y la capitana de Oquendo, que se señalaron valerosamente. Murió en el galeon San Marcos Don Phelipe de Córdoba, hijo de Don Diego de Córdoba, caballerizo mayor de Su Magestad, de un balazo que le llevó la cabeza, sin otros heridos: en el galeon Real cuarenta soldados, y llevaron un brazo á Juan Carrasco, sargento de la compañía del capitán Basco de Carbajal, que estaba en la dicha capitana con ciertos soldados de su compañía, del cual murió, y otro balazo á Alonso de Orozco, gentil hombre de la artillería, que fué el derecho en San Juan de Sicilia en que iba Don Diego Enrique Tellez; y Don Diego Enriquez ha peleado esta jornada honradamente. Sucedío por general en la escuadra de Don Pedro de Valdés. La maltrató de suerte el enemigo que fue necesario proveerla de todas velas, y á Don Pedro Enriquez, capitán de infantería, que iba en ella, le llevaron una mano de otro balazo. Mostró grande esfuerzo y valor en esta ocasión esta nave.

Pasamos por entre Dobla y Cales, la vuelta de la Noruega, con viento oesuorueste. Maltrataron los enemigos tanto á los galeones San Mateo San Felipe, que á San Felipe le desencabalgaron cinco piezas de la banda de estribor, y un artillero italiano, que después murió de un balazo, clavó una pieza grande que venia á la popa, lo que visto por Don Francisco de Toledo, y que le habian llevado la cubierta primera y rompídole ambas las bombas y desenjaciéndole, mandó echar garfios y que abordasen con cualquier navio, llamando á los enemigos viniesen á las manos. Ellos respondian que se rindiesen á buena guerra, y un inglés desde la gavia con una espada y rodela les decia:—Ea, buenos soldados, daos á la buena guerra, que os laharemos. Y un mosquetero, en lugar de respuesta, con un balazo le echó abajo á vista de todos; y tras esto, el maestre de campo mandó disparar la mosquetería y arcabucería, lo que por los enemigos visto, se retiraron, y los nuestros llamándoles cobardes, intimando con palabras feas su poco ánimo, llamándoles gallinas, luteranos y que volviesen á la batalla. Iban en este galeon San Felipe el capitán Juan Gordon, que murió de un balazo, y 108 marineros, y el dicho maestre de campo Don Francisco de Toledo con 111 soldados de su compañía; el capitán



Pedro Nuñez de Avila con 72 soldados; el capitán Blas Jerez con 113 soldados de su compañía y Don Lorenzo de Godoy con 72 soldados; el cual se quedó enfermo en la Coruña. Otros ocho mosqueteros del tercio; salieron vivos los capitanes y alféreces: murieron más de 60 soldados, y fueron los heridos mas de ciento

Este día á las siete horas de la tarde el galeón San Felipe tiró dos piezas que le socorriesen, y la urca Doncella le socorrió, porque se iba á pique, en quien se embarcaron 300 hombres, y el capitán Juan Possa, que iba en ella, le dijo al maestre de campo que la urca se iba á fondo; y ansi respondió el maestre de campo que para anegarse allí era mejor en su galeón; y ansi se pasaron entrabmos á él. El galeón San Mateo de los balazos quedó tan abierto que se iba á fondo, sin poder con las bombas agotar la mucha agua; y ansi á las 6 de la tarde llegó cerca de la capitana á pedir socorro. El Duque le envió un buceo, el cual, aunque le tomó el agua, estaba de suerte, que le fué forzoso amollar en popa con el galeón San Felipe, que ansi mismo lo hizo apartándose de la armada. No se sabe la derrota que tomaron. Entiéndese fueron á dar en los bancos, por no haber puerto cerca donde pudiesen entrar á dar fondo. Iban en este galeón San Mateo el maestre de campo Don Diego Pimentel, Juan Iñiguez de Mediano, capitán del, y 150 personas de mar, y 116 soldados del maestre de campo; el capitán Francisco Marquez con 109 soldados de su compañía; el capitán Martín de Ávalos y 120 soldados suyos sin otros entretenidos y aventureros. El almirante Juan Martínez, con ayuda de dos naves levantiscas, escaramuzó con dos navíos gruesos del enemigo y los hizo retirar, que no le osaron abordar. Corrió la armada aquella tarde entre Flandes é Inglaterra, con tanto peligro de dar en los bancos, y el enemigo picando la retaguardia, que fue milagro no perdernos. Súpose que el enemigo tenía orden de su Reina, so pena de la vida, que de ninguna orden ni manera abordasen con ningun navío de nuestra armada. A puesta de sol se levantó gran mareta que nos arronzaba á los bancos, y á esta ora vimos la nave María Juan de la escuadra de Juan Martínez de Recalde, cuyo capitán era Pedro Sanz de Ugarte, que pedía socorro porque se iba á fondo, y se descolgaba la gente y marineros por las jarcias y messas de guarnicion. Estaba sin mesana ni timón: dióla socorro el Duque; pero no fue posible sacarla mas de una barcada de gente, porque luego se zozobró con lástima general de todos. Llevaba 92 personas de mar y 183 de guerra.

Martes, víspera de San Lorenzo, con el mismo viento, se navegó, y el enemigo sobre nosotros á tiro de cañón. Ibase quedando la capitana atrás de la retaguardia, porque llevaba un ancla á pique, á causa de que con la sonda se había tomado el fondo, y estaba á siete brazas no mas, cerca de



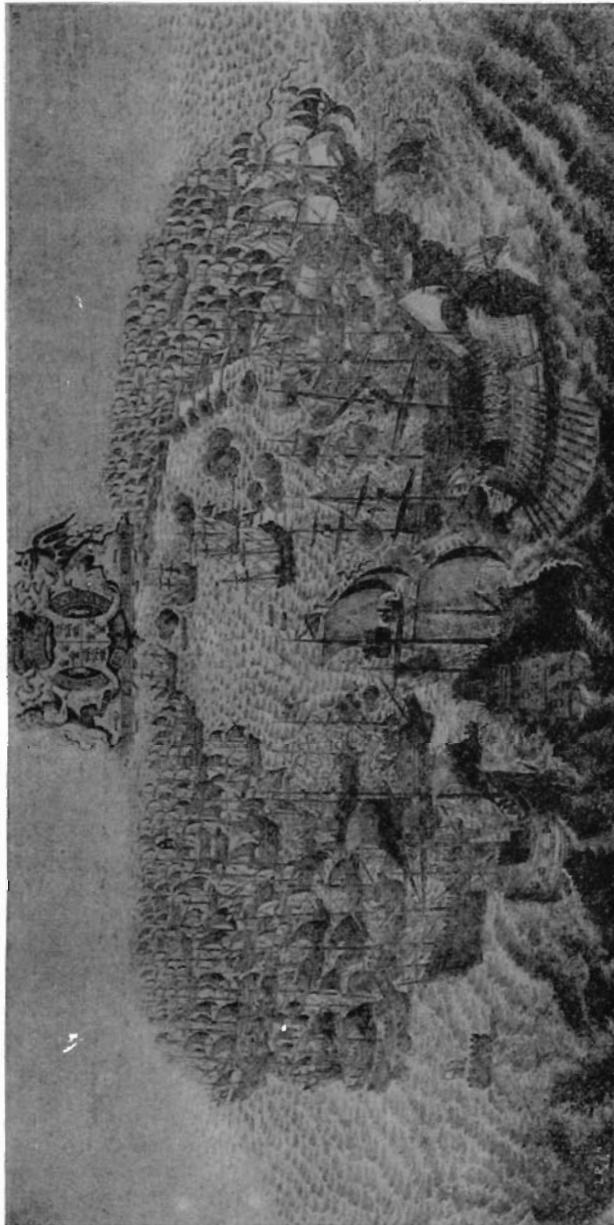
los bancos, doce leguas del canal, y para sin redencion perderse, y sin esperanza de escapar de las manos del enemigo ó de dar en los bajos. A esta ora, viendo el Duque á Oquendo que iba arribando sobre él, le dijo:— A señor Oquendo, ¿qué haremos, que somos perdidos? Y le respondió: —Dígallo Diego Flores, que yo pelear y morir como bueno. Mandeme V. E. amunicionar de balas. Socorrió nuestro Señor á esta necesidad, como hace en todas, mudando el viento en nuestro favor, con lo cual nuestra Capitana real, frecasándose de los bajos, y el enemigo quedándose atras, y ansi fuimos caminando todo el dia con poca vela. El Duque hizo llamar á Don Alonso de Leiva, al almirante general, Juan Martinez de Recalde y al maestre de campo general Don Francisco de Bobadilla, y ansi mismo algunos pilotos y marineros, en cuya presencia el general Diego Flores de Valdés propuso de si podia volver esta armada al puerto de Cales. Resolvieronse fuese la vuelta de España, y preguntando al contador Calderon los capitanes Alonso de Benavides y Vasco de Carbajal qué derrota era aquella, les respondió que no faltaria incomportable trabajo, porque habiamos de bajar para volver á la Coruña por Inglaterra, Escocia, Irlanda y sus islas, derrotas de setecientas y cincuenta leguas por mares bravas y de nosotros poco conocidas; y luego hizo cala y cata del pan y agua que tenia, porque todo lo demas faltaba y mas generalmente y particular á esta urca que á todos.

Miércoles á los diez, dia de San Lorenzo, con viento en popa, fuimos en demanda de la Noruega.

Jueves á los 11 hizo la armada fuerza de velas, orceando la vuelta de Escocia en 54 grados de altura. Se contó la armada enemiga, y no tenia mas de noventa bajeles con que nos venia siguiendo, de donde se presume les resultó gran daño, á cuya causa se volvieron á remediar á sus puertos. Este dia mandó ahorcar el Duque á Don Cristobal de Avila, capitán de la urca Santa Bárbara, y ansi mismo echó en galeras á otros capitanes de navios y reformó algunos de infantería. Dicen que fué porque vergonzosamente el dia de la batalla huyeron de ella, dejándose amolar en popa.

Viernes á los 12 se halló nuestra armada en 55 grados sobre un banco de Alemania, en 9 brazas, y este dia á las diez horas de él, le vino al enemigo un patache y él se fué quedando, y á las dos de la tarde se volvió la vuelta de Londres.

Este dia proveyó el Duque el cargo de sargento mayor del tercio de entre Duero y Miño, por ausencia de Juan Juarez Gallinato, en Lope Gil, que lo fué en la Tercia, y la Compañía del capitán Juan Posse de Santiso, que se pasó al galeón San Felipe con el maestre de Campo Don Francisco de Toledo, en Don Pedro de Guzman.



Combate sobre la isla de Wight.





Sabado 13 del dicho, siguiendo la armada su derrota, dió orden el Duque para que no se diesen mas de ocho onzas de pan, y medio cuartillo de vino, y uno de agua de racion á cada soldado, y ofrecio dos mil ducados á un piloto francés, si le pusiese en puertos de España. Este dia envió el contador Pedro Coco Calderon al Duque un pliego de advertimientos, què fué muy acepto á él y á los de su consejo, sobre la navegacion é inverna-dero de la armada y ejército, llegada á la Coruña, y se lo envió agradecer y decir que de las dietas y medicinas que habia embarcado y guardado en su urca Almiranta con tanto cuidado en el boticario de la artilleria del ejército, què lo llevaba para vender en él, y en ella, le socorriese, pues sabia cuanta necesidad llevaba. Luego lo hizo, y con alguna cantidad de arroz para los enfermos, que se estimó este regalo en mucho, y le envió á decir que lo mismo haria á todas las naves que habian peleado, que para este efecto las andaria buscando con su urca, y con este recado envió su Excelencia una órden cerca de lo que la armada habia de guardar y hacer en su navegacion.

De 13 hasta los 18 hubo aguaceros, ventisqueros, neblinas y mares grue-sas, que no se veian unas naves á otras, y ansi fué necesario dividirse y apartarse en tropas; y á los 19 que se volvió á juntar la armada que andaba derramada, nos hallamos con el galeon San Marcos y la Almiranta gene-ral, con otros trece navios, y socorrió el contador á Juan Martinez con cantidad de dietas, procurando hacer lo mismo al galeon San Marcos, y por la mucha mar no se pudo; y andando buscando la Rata y á San Juan de Sicilia, donde iba Don Diego Enriquez Tellez, hijo de Don Fadrique Enriquez, comendador mayor de Alcántara, que ha peleado en esta jor-nada valerosamente y venia tan mal tratada y las velas tales que de un palmo no se podia servir, y temola no se haya perdido. No se pudieron descubrir. Aquella noche con tormenta perdimos á Juan Martinez con to-dos los navios que le seguian, y hasta los 22 navegó esta urca sola, volvien-dose los aguaceros y neblinas, y á los 22 descubrimos el grueso de la ar-mada, y este dia hallándonos á barlovento della, descubrimos tres navios, y el almirante Villaviciosa se metió en caza dellos con la urca Almiranta, y acañoneandoles, les hizo amainar las velas y les tomamos y por ser alemanes que venian de Lisboa, los alargamos.

A los 24 fué el contador Calderon al galeon San Martin, y le preguntó el Duque en qué altura se hallaba, y le dijo que en 58 grados y medio, y mandó venir allí á Diego Flores de Valdés y al piloto á quien habia pro-metido los dos mil ducados, que era amigo del contador, y con la carta en las manos, se averiguó ser asi; y el contador dijo que por todas vias se alargasen de la costa de Islanda; á lo que contradijo Diego Flores, y el pi-



loto francés fué del parecer del contador; y ansi el Duque mandó se siguiese; y así se despidió del diciéndole que mandase repartir los enfermos por otras naves de la armada, y que con tiempo se proveyese de vituallas de los navios que las tenian, porque se veria en estrema necesidad, sin que el tiempo se le diese para remedialla, y que él iria socorriendo con 50 libras de arroz á cada nao de las que tenian heridos y enfermos. Preguntándole si habia visto á Don Alonso de Leiva, porque el habia tres dias que no le habia visto, aunque le habia hecho buscar con los pataches de la armada, dijo que no, ni quedaba con Juan Martinez de Recalde, ni el galeon San Marcos, ni los trece navios de que se habia el contador apartado dos dias habia, y ansi se sospecha que debió de dejarse ir la vuelta de Islanya ó Feroe, que son de Dinamarca, debajo de la Noruega, questan en grados Feroe 62 y medio, Islanya en 55. Iba maltratadisima y faltisima de todo. Tienen buenos puertos estas islas, donde hay mercaderes alemanes de trato que tienen trato y comercio en España.

Desde los 24 hasta los 4 de Septiembre anduvimos perdidos con tormentas, neblinas y aguaceros, y como esta urca no puede ganar de la bolina, y era menester tenernos á la mar, no se pudo descubrir el grueso de la armada hasta este dia que nos juntamos con ella, y vino un patache de la capitana de Oquendo por dietas, y se le dieron, y preguntando que navios faltaban del armada, dijo que catorce, con Juan Martinez y trece con esta urca, y que el Duque se habia pasado al galeon San Juan de Avenida, del cargo de Diego Flores, por los muchos enfermos que habia en San Martin.

Este dia á vista nuestra, que estábamos á sotaviento de toda la armada, vimos amolar en popa la vuelta de Irlanda y ferrar la nao de Villafranca del general Oquendo, y otra levantisca que estaban muy á sotaviento de nosotros en 5 grados.

Desde los 5 á los 10, que volvió esta urca á ver algunos navios, sin poderlos ajuntar por la mucha mar y niebla, y ansi venimos en demanda del cabo de Clara, siempre por la bolina, rompiendo los aparejos y haciendo mucha agua; y viniendo por la costa de Islanda, que hace frente al Poiniente, se halló esta urca cerca de una isla, diez leguas con mar de fuera, con riesgo de perderse. Hizo el contador dar un bordo á la mar por Noroeste, que se alargó treinta leguas. Creese haria lo mismo la armada, sino habrá perdido algunos bajales forzosamente por ser costa brava y mar gruesa y viento recio de fuera.

A los 14 se hizo esta urca sobre cabo de Clara en 51 grados, aunque no le descubrió, y navegó en demanda del puerto de la Coruña, gobernando siempre al Sur Sudeste, por no descaecer y al Oeste cuanto se podía.



A los 21, miércoles, dia de San Mateo, que hizo la luna nueva, con neblina, se descubrió tierra, sin poder conocerla hasta mas de medio dia: descubrieronse cuatro bajales, el uno capitana, y por proa se fueron su camino la vuelta de Bretaña, que debian de venir de Lisboa, y por guardarnos dellos, no se pudo reconocer mas presto la tierra, que eran las peñas de San Cebrian junto á Trueros. Cargó el tiempo Sudueste, y ansi no se pudo tomar á Rivadeo, y aunque se hizo fuerza lo que quedaba del dia y mas de ocho horas de noche, para tomarle á los 22, y fué tan recio el viento Sudueste, que fué forzoso amolar en popa la vuelta de Vizcaya, demás de que no habia gota de agua, y la urca con dos bombas de noche y de dia que no podia vencer la que hacia.

Este dia 22 á la tarde se descubrió una nave sin mastilero, y disparó una pieza: respondiosele, y volvió á disparar á otra, y al anochecer se llegó á reconocernos y era la nave Nuestra Señora del Juncal, de la escuadra de Don Pedro de Valdés, una de las mejores de la armada, en que venian tres capitanes de infanteria. Dijo venia mal tratada y desparejada y con muchos enfermos, falta de todo género de vituallas. Preguntó en que parte nos haciamos, y se le respondió que sobre los roeles de Rivadesella en Asturias, y se les dijo nos siguiesen la vuelta de Santander. No se fió el piloto, porque dijo se hallaba sobre Cisarga, 6 leguas, y 12 de la Coruña á barlovento della, y estábamos mas de 50 de donde dijo, no considerando la furia de las corrientes desta costa que son furiosas con los vientos que reinan, y ansi se fué orceando á tierra por descubrirla bien.

A los 23 por la mañana, con calma, se descubrió otra urca, y despues no se acostando á reconocer bien en ella, y la otra nao por media popa siguiéndonos. Entré en el puerto de Santander á la noche, y hallé al Duque, aunque muy enfermo, contentísimo de mi llegada, que me tenia por perdido por haberme dejado muy á sotaviento en 58 grados.

Archivo de Simancas. Sacada á luz por D. J. Paz en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, núm. I. Enero, 1897.

## NUM. 2.

### El retrato de Don Pedro de Valdés.

Desde Nutwell Court, Lymstone, Devon, me ha favorecido la señora Isabel F. Elish Drake con carta, datada á 22 de Marzo del año corriente, y fotografía del retrato de cuerpo entero de D. Pedro de Valdés, General de la escuadra de Andalucía en la gran armada que rigió el Duque de Medina-



Sidonia. La pintura original, dice, está colocada en la escalera grande de Buckland-Abbey, residencia que fué de sir Richard Grenville, y que éste vendió á sir Francis Drake en 1581.

Después de la rendición de la nao *Nuestra Señora del Rosario*, Valdés, prisionero, fué alojado en casa de Ricardo Drake, pariente de sir Francis, mientras se negociaba el rescate de la persona, y por encargo del insigne marino inglés se hizo, sin duda, el retrato, queriendo tener á la vista un recuerdo de la famosa jornada. Otro guardó en su casa: la cama que á bordo de la nao usaba D. Pedro de Valdés, que es de madera muy bien esculpida y pintada de rojo; en la cabecera el escudo de armas de la casa de Valdés, y debajo una imagen, que podrá ser de su santo patrono. Los dos objetos conserva el actual sir Francis Drake, descendiente directo de Thomas, marido de la referida señora, en Buckland-Abbey. Me complazco en consignar público testimonio de gratitud por la amabilidad y galantería, que me permiten la reproducción de este retrato, desconocido en España.

La disposición del lienzo no se presta á una copia clara empleando los procedimientos usuales; no solamente el casco y arnés del General español, sino también la parte inferior de su cuerpo (que hubo de ser de aven-tajada estatura), resultan poco definidos; pero del busto se forma cabal idea, así como del traje á la inglesa que viste, sin dejar por ello de la mano el bastón, insignia de los capitanes generales españoles.

### NUM. 3.

**Carta de Lupercio Latrás, escrita á su hermano Pedro, en la que refiere su viaje á Inglaterra. Año 1589 <sup>1</sup>.**

Si yo hubiera venido por Francia, como estaba tratado con esos caballe-ros, y que tomara cartas de Musur de Muisens, nuestro deudo, y de Musur Debesa y de otros deudos y señores de Francia y Navarra, para que Sus Magestades me las dieran de creencia, como me dieran para mi señora la reina de Inglaterra y señor rey Don Antonio, no me sucedieran los peli-gros que pasé por España hasta llegar á Portugal, y salida y embarcacion

<sup>1</sup> Pedro Latrás, señor de las baronías de Latrás, Liquerre y Javierregay, á quien iba dirigida esta carta, puso en ella por nota: «Escríbe lo del rey nuestro señor por disimular y dar á entender está en su desgracia, por si la carta llegaba á manos de franceses ó ingleses, y yo, Pedro Latrás, hice relación desta carta á Su Magestad y al Conde de Chinchon en Madrid.» Lupercio llevaba á Londres misión secreta del rey D. Felipe II, según se demues-tra en el tomo XXXII de la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*.—Madrid, 1896, pág. 416.



de él, que es temeridad escribirlo ni pensar en ello, y tanto que no alcancé al señor rey Don Antonio, que fue camino en valde y de mucho peligro, y pudiera ser fuera vivo el rey de Francia si yo le hubiera hablado primero que le mataran, porque le atvirtiera de cosas que estuviera sobre si y con mucho recelo, que bien sabe vuestra merced el clérigo que invió el virrey de Aragon, que se decia Mosen Salas, en habito de soldado, para que me matase y lo supe yo, y así hice de él lo que él había de hacer de mi, como fue público todo esto en España, al cual clérigo había prometido un obispado si me mataba; mas yo le envié á Roma por la solucion, así que eso sucedió y mi viaje hasta aquí pasó. Querer relatar á vuestra merced de que me embarqué en Lisboa en una nave francesa de Bretaña, donde estuve cincuenta dias embarcado sin llegar á tierra ni poderla tomar, espanta; y fueron tan hombres de bien los bretones y tan compasivos, que dentro quince dias se me comieron todo el refresco y cuanto había, y en aquellos quince dias, los diez estuve tan mariado que no comí quasi nada, y los cinco, que hubiera comido de pura hambre, aunque hubiera sido la mas pestifera y hedionda cosa del mundo, ya no había nada sino pan y vino, y á los veinte dias partimos el pan, por haberlo yo advertido y dicho muchas veces, por las necesidades que me había visto otras veces, y así se dió pan y medio por hombre, y de los veinte dias hasta los treinta, un pan por dia, que estrechamente había para almorzar ligeramente de un pan, y de los treinta dias hasta los treinta y cinco, á tres cuartillos, y de los treinta y cinco hasta los cuarenta, á medio pan, y de cuarenta hasta los cuarenta y siete dias, á cuartillo, y en este tiempo, algun dia no comíamos sino dos ó tres habas, cocidas con agua de la mar para quitar el pellejo, ó asadas sobre las brasas, ó cuando mucho un grano de ajo; si pasábamos necesidad de hambre, no menos fue de sed, que no obstante que una nave francesa que topamos que nos vendió tres barriles de vino á peso de dinero, los cuarenta dias ya no había ni agua, menos de mar, que bebíamos como purga, y los siete dias pasamos con recoger una poca de agua de la que llovía, por las cuerdas del navio, amarga por la pez como hiel, y aquella muy poquita, de manera que ya no había hombre ni marinero que se pudiese enderezar de puro flacos y transidos y desmayados, y á los cuarenta y un dias nos proveyó Dios, que dimos con unos navios de Gelanda, y nos vendieron pan y vino y carne. Antes deste tiempo, nos vimos con navios de cosarios, así ingleses como franceses, reconocidos unos de otros, y de que nos defendíamos; nos dejaban hacer nuestro viaje, y despues, cuando á la pura hambre, que topamos navios de mercaderes de Gelanda y Holanda y Irlanda, como queríamos llegar á ellos, pensaban que éramos navio de guerra y de ladrones; luego nos recibian con pieza, que el diablo



no llegara á ellos; y entonces, que deseábamos topar cosarios para que nos tomaran presos y nos robaran, á trueque de no morir de hambre en la mar, no los hallábamos. Tras esto, los marineros quisieron matar al maestro de la nau mil veces, y al escribano, porque se engolfaron de manera, que á los veinte dias que salimos de Lisboa nos hallábamos á mas de doscientas y cincuenta leguas de Lisboa y á doscientas del cabo *Finibus terrae* y á mas de doscientas y cincuenta de Inglaterra, la vuelta de Terra-nova, y era camino y derrota que nunca marineros hicieron para hacer nuestro viaje, de manera que despues el viento y tiempo era tan fuerte y contrario, que ni en España, ni Francia, ni en Inglaterra, ni Escocia, ni en ninguna parte se podia tomar tierra, y tras eso que era lo peor, ya no sabiau adonde se estaban los marineros, como perdidos en la mar. Así que, si no por mi, se hubieran muerto mil mas, porque todos tomábamos las armas; unos se sacudian, otros ponfamos paz; yo pensé mil veces que las riñas volvieran sobre mi al fin, aunque los marineros no querian sino que yo consintiese que ellos los echaran á la mar, y muchas veces me lo persuadieron; al fin llegamos al cabo de los cincuenta dias, entre Dobla, ques en Inglaterra, y Calés, á seis leguas, con grande deseo y contento de tomar tierra y descansar en Calés, porque en la nave de los bretones dormfamos siempre sobre la sal, y bañados, y borrascas que tuvimos, de manera que Dios libre á los enemigos, y la nave era vieja y toda abierta y pequena; así que el descanso que tuvimos al fin de la jornada, dar entre tres navios de la señora reina de Inglaterra, donde habia en uno de ellos el teniente del almirante de la mar, que es de los prencipales de Inglaterra, y el teniente es un caballero muy prencipal, que se llama Enriquez Parma, el cual tenia un galeon con treinta y ocho piezas, todas gruesas, de bronce quasi todas; habia entre ellas de las de Santo Domingo y de las que vinieron en la Armada, que un castillo no está mas bien artillado; estuve en este, y despues ya, en otro mayor, que espantaba solo con la vista. Estuve cinco semanas, y ocho en la de Bretaña, que fueron trece semanas, sin tocar tierra; y como supieron venia de Lisboa aquel navio, vinieron luego marineros y soldados abordo con barcas; y como supieron que había españoles, hicieron tan grande grita, diciendo. ¡España, España!, que yo pensé con aquellas últimas palabras nos acabaran sin escuchar mas razones; despues se amoderaron los marineros y soldados, topando algunos escudos y otras cosas y buscando todas las arcas de los marineros; asi invió luego el teniente del Almirante por el escribano y por mi, y llegados á la nau del Parma, allí fue el dia del Juicio, y tras mil preguntas me daba cada uno mil maneras de séntrencias para mi muerte, entre otras que me habian de inviar al rey de España con el *Credo en Deu* en la boca; ya yo decia en-



tre mi, que si el rey de España me pudiera haber como ellos á su mano, que él me despidiera con esa embajada dias habia, sin venir á Inglaterra ni á sus manos. Yo les daba siempre razon de quien yo era, y otras cosas, y que iba á Londres; á la fin les hube de decir por lo que iba, que era hablar ciertas cosas, y embajada al señor rey de Portugal, que convenia mucho á la señora reina por lo propio, y que les convendria mucho saberlo sus Magestades, lo cual no podia decir, aunque me quitasen mil vidas, sino á sus Magestades mesmas ó á persona que fuese de tanta confianza que sus Magestades estuviesen bien seguros del secreto, y suplicaba al Parma todos los dias, lo escribiese y diese noticia á la señora reina y rey Don Antonio, y no obstante todo esto, creo me echan á la mar ó me echan en cueros en esta costa de Francia, si no fuera por un inglés que me conoció, el cual se llamaba el capitán Cain (*King*), que fue forzado y espalder en la Capitana de Lisboa, el cual sacaron para una galera de la armada y despues tuvo suceso de irse á Inglaterra, al cual la señora reina, por sus servicios, le ha dado un navio, y lo hizo capitán en la jornada de Portugal; y asi este fue tan hombre de bien, que me dijo lo escribiera á la señora reina y rey Don Antonio, y que tenia lástima de mi, que en otro hábito me habia visto, y bien podia tener lástima, pues en siete semanas ú ocho jamás me habia puesto casi capa por no tenerla, y tras eso el dormir sobre las sirgas ó bajo las artillerias sobre la pez, y eso un rato á las noches, y otras veces al lado de un esclavo, el cual me abrigaba con su capa, los piojos, por otra parte, y suciedad que se me comian. En este tiempo fuimos á Diepar (*Dieppe*), una villa y costa de Francia, donde estaba el rey de Francia que hoy es, con su gente, y al otro dia llegó el duque de Mena con los de la Liga, y los viamos escaramuzar; asi volvimos á Inglaterra, y en la hora, dentro tres ó cuatro dias, le hizo socorrer la señora reina, de manera que fuemos con el socorro á Diepar, y luego que llegaron los ingleses se retiró el de Guisa y la Liga á Ruan, que está á doce leguas de Diepar. Despues vino el rey de Francia al navio que yo estaba, y me hizo llamar, y me conoció luego de cuando le vi en Neragne (*Nerac*), y le besé las manos, y me hizo mucha merced; habló con mi un rato á solas; vi tambien á Musur de Guitri y al Conde de Rostogo, el cual dijo una gracia entre otras razones del rey de España, muy al propósito, que la diré á la vista, Dios queriendo, que es de reir; estuvieron otros grandes de Francia en el navio, y todos querían hablar con mi, y en verdad que se dolian de verme de aquella manera otros que me conocian por el nombre; despues creo vino orden de Londres, por la noticia que dió el capitán Cain, y asi á la hora me desembarqué, y fui por la posta con un capitán inglés y con un mozo, sino que los dos quedaron en el navio, y



llegado á Londres, he estado en una casa con mucho regalo y contento veinte dias; en este tiempo fui de noche á una casa y besé las manos al señor rey Don Antonio, y me hizo mucha merced, y le di la embajada de parte de esos caballeros y mia, y se holgó en extremo; y es un príncipe que es lástima vaya fuera de sus reinos con tanto trabajo, y pluguiera á Dios que hace un año que yo le conociera, que queria estuviera en Portugal pacíficamente, y quizá nuestro rey no muy seguro en Castilla, pues es tan tirano que quiere conquistar todo el mundo y ser de todos reinos señor y rey absoluto, y pues es tan amigo de guerra hacer, que se harte bien; mas podrá ser que lo que no se ha hecho que se hará, quiriendo Dios, con el tiempo, pues á todo el mundo quiere perseguir con falsas informaciones, y con pregones sin ley, ni justicia, ni razon. Hay muchas cosas que no se sufre decir las á papel ni por personas terceras, por el peligro de las cartas perderse; scrá, quiriendo Dios, con la vista, vuestra merced me haga merced hablar con esos caballeros, con el secreto y disimulacion que se requiere, y darles cuenta de mi suceso, y que se guarden, por amor de Dios, pues ven las mañas del rey, que con intereses y buenas esperanzas quiere matar á todo el mundo, como dicen ha hecho matar al rey de Francia; de lo demás no pasen pena, que mas vale morir en buena guerra que no que nos maten infamemente, hoy uno, mañana otro, y con apellidos tan falsos y infames, sin ley, ni razon, ni justicia. Yo llegué anteayer á 21 de Noviembre á Calés, solo con paga de la señora reina para venir á Calés y volver á Londres, adonde he dejado los mozos, y así no se cuantos dias estaré en Calés sobre cierto negocio. Yo pienso que en volver á Londres me hará merced darme licencia y pasaje hasta la Rogela ó Bordeus; habré de venir por la Francia, que por la costa de España no me encerrará mas si puedo, como hice en Lisboa, sino que sea con poder de gente. A 13 de este, unos marineros, mas de ciento y treinta, que supieron que Draque había salido á ver unos navios allí en Londres, fueron todos para él á mano armada para matarle, y le tenian la banda de tierra y de Londres, de manera que si no por un batel pepueño que se echo en él el Draque, lo matan sin remedio, y así todo, solo á fuerza de remo se pasó á la otra banda del rio. La señora reina los mandó luego tomar presos á los marineros; dícese los mandará castigar bien Su Magestad Serenísima. Es la mas apacible tierra y mejor trato de gente, así hombres como mujeres, la inglesa, que en mi vida he visto, quitado los que van por mar, y la señora reina le hacen fama de la mas discreta y válida mujer del mundo, y todos la sirven con un amor y voluntad que es maravilla; yo desearia que vuestra merced me hiciese proveer el mejor caballo que hay en Castilla, ó un par, y que lo trajese mi primo el tio del señor de Cogicar, Juan de



Bardají, ó su camarada Pedro, y que lo trujiere á la Rogela ó Bordeus, y que llegados, diesen noticia á los gobernadores destas dos villas, para si habian llegado ó si llegaban unos españoles de Inglaterra, les diesen noticia, porque si la señora reina me da licencia y pasaje por la mar, le he de servir con ese caballo ó caballos; aunque se detenga el navio un mes, yo se lo he de inviar que sea cosa buena, uno ó dos, y si no lo trae á estos dos puertos, á lo menos hasta Latrás, que de ahí yo lo inviaré; y tras eso no sé como saldré de dinero de Inglaterra; así, quería me trujese una póliza, con el caballo, de seguridat de algun dinero para pagar el flete del navio si será menester, y tambien para el camino y lo que se me puedá ofrecer hasta llegar á Latrás ó á Colmenarejo, que allí no me faltará dineros, que mi madre me proveerá si Dios es servido; y del caballo y póliza habrá de ser con brevedat en Bordeus ó la Rogela, que mas vale me aguarden que no yo aguarde; así que vuestra merced, con la diligencia posible, provea en la hora; yo envio esta por la via de Bordeus, remitida á Musur de Muisens, aquien suplico la invie á vuestra merced á Latrás ó á Huesca con hombre propio; otra invio duplicada, remitida á Sevilla, á un amigo mio; la invie á Madrid y desde allí á Zaragoza, ó que la den en Madrid á Juan de Bardají para que la envie á vuestra merced. El rey de Francia ha pocos dias, segun se cuenta, saqueó el arrabal ó arrabales de París, y dicen que si no acude el duque de Mena con dos mil caballos y se echa en París, dicen que entraba el rey en París; y así se retiró el rey junto á París en una villa, no se si con bien ó mal; los ingleses desembarcaban en Inglaterra, que se volvian. A mi madre no escribo por no darle pena; vuestra merced me hará merced de escribirle como estoy bueno, y mucho á mi contento, y que si Dios me da vida, yo besaré á vuestra merced muy presto los pies, y lo propio á mis señoras de Javiene y Latrás y señores sobrinos y sobrinas beso las manos, y á los dos camaradas que vinieron con vuestra merced, y á sus dueños ó amos, y ya vuestra merced sabe que todo esto conviene que nadie lo entienda, si no, si mi ida ó tratos oliese el rey de España, ya vuestra merced sabe si haría diligencia grandes en proveer á los pasos para prenderme, y Dios nos deje ver con bien.—En Calés á 23 de Noviembre de 1589.—Servidor y hermano de vuestra merced.—Lupercio Latrás.



NÚM. 4.

Adición á la noticia de obras que tratan de la jornada de Inglaterra, publicada en «La Armada Invencible», tomo II.

ANÓNIMOS.

Relación y memoria sumaria de lo acontecido en Bayona de Galicia.

Sociedad de Bibliófilos españoles, t. XXXII, pág. 176.

Batallas navales entre las armadas inglesa y española en diversos días y sitios el año 1588.—Impreso en 1592.

*Navarrete.* -Biblioteca Marítima, t. III.

A True Discourse of the Armie which the King of Spain has caused to be assembled at Lisbon.—London, 1588.

Briefve et sommaire description de la vie et mort de Dom Antoine, premier du nom, &, dixhuictiesme Roy de Portugal avec plusieurs lethres servantes a l'histoire du temps.—París, 1629, 8.<sup>o</sup>

Histoire secrete de Dom Antoine Roy de Portugal, tirée des memoires de Dom Gomes Vasconcellos de Figueiredo.—París, 1696, 8.<sup>o</sup>

Advertissement du grand appareil que la Majesté du Roy Catholique fait pour l'armée qui sortira ceste année 1588. Traduit d'Italien en François sur la coppie Imprimee a Rome, chez les heritiers de Iean Gigliot, l'an 1588. Auec licence des superieurs. En la quelle traduction est adiousté l'explication des mots plus difficiles. A Paris, Par Pierre Cheuillot, en l'allee de la Chapelle Sainct Michel au Palais, 1588.—8 fojas, 8.<sup>o</sup> menor.

Le vray discours de l'année que le roy catholique Don Philippe a fait assembler au port de la ville de Lisbone, au royaume de Portugal, en l'an 1588 contre l'armée angloise; laquelle commença de sortir dudit port le 29 mai et acheva le 30. Traduit d'espagnol en françois.—París, G. Chaudiere, 1588, 8.<sup>o</sup>

Navy records of Armada. State papers relating to the Defeat of the Spanish Armada, anno 1588. Dos volúmenes. London, 1894.

Edinburgh Review.

Simple discours des appareils de Philippe Roy d'Espagne contre la Reyne d'Anglaterre en l'année 1588, s. l.

Correspondencia de Felipe II con sus Embajadores en Inglaterra.

*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos LXXXIX y XC.



La Armada española y la Puerta Otomana, 1588.

*The English historical Review*, July 1893.

Memoires de la Ligue. Amsterdam, 1758. Nouvelle edition, 4.<sup>o</sup>

Os portugueses em Africa, Asia, America e Oceania, ou historia chronologica dos descobrimentos, navegações, viagens e conquistas dos portugueses nos países ultramarinos.—Lisboa, 1849-50; siete tomos 8.<sup>o</sup>

Pacata Hibernia; or a History of the Wars in Ireland during the Reign of Queen Elizabeth..... London, 1633.

Obra atribuida a Thomas Stafford.

Revista general de Marina, número extraordinario dedicado á la memoria de D. Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, en el tercer Centenario de su muerte.—9 de Febrero de 1888, Madrid.

Triumphalia de Victoriis Elizabethæ Anglorum, Francorum, Hybernumque Reginæ Augustissimæ, Fidei Defensoris Acerrimæ, contra classem instructissimam Philippi Hispaniarum Regis Potentissimæ Partis. Anno Christi nati 1588. Julio et Augusto mensibus.

Ms. en el Museo Británico.

The Spanish Armada.

*The Illustrated naval and military magazine*.—London, July 1888, con grabados.

The Spanish Armada.

*Scientific American, Suplement*.—New York, 25 August 1888.

Tercentenary of the defeat of the Spanish Armada.

*Harper's Bazar*.—New York, 4 August 1888, con grabados.

Allen, Joseph.—Battles of the British Navy from A. D. 1.000 to 1840.—London, 1842. Dos tomos 16.<sup>o</sup>

Allen, el Cardenal.—Admonition to the Nobility of England, 1588.

Altolaguirre.—Biografía de D. Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, premiada en el concurso del Centenario celebrado en Febrero de 1888.—Madrid.

Amedroz, H. F.—A Narrative of the voyage of the Royal Armada from the Port of Corunna under the command of the Duke of Medina Sidonia; with an account of the events which took place during the said voyage.—Translated, London.



*Barrow*, John.—*Memoirs of the naval worthies of Queen Elizabeth's reign*.—London, 1845; 4.<sup>o</sup>

*Baumstark*, Reinhold.—*Philippe II, roi d'Espagne*, traduit de l'allemand par Godefroid Kurth, Professeur a l'Université de Liege.—Liege, 1877; 8.<sup>o</sup>

*Branthôme*.—*Les vies des Grands Capitaines. Don Philippe II, roy d'Espagne*. Publiées par M. Prosper Mérimée et M. Louis Lacour.—París, 1858.

*Brophy*, Michael.—*Carlow Past and Present. A Brochure containing short historical notes and miscellaneous gleanings of the town and county of Carlow*.—Carlow, 1888; 8.<sup>o</sup>, 138 páginas.

*Campana*, Agostino.—*Svpplimento all'Historia della vita del Catolico Re delle Spagne, etc. D. Filippo II d'Austrea. Cioé Compendio di quanto nel mondo e avenuto dall' anno 1583 fino al 1596*.—Venetia, 1609; 4.<sup>o</sup>

*Campbell*, J.—*Lives of the British Admirals, containing a new accurate naval history*.—London, 1781; cuatro tomos 8.<sup>o</sup>

*Capefigue*, M.—*La Reine Vierge, Elisabeth d'Angleterre*.—París, 1863; 8.<sup>o</sup>

*Costa Quintella*, Ignacio.—*Annaes da marinha portugueza*.—Lisboa, 1839-1840; dos tomos 4.<sup>o</sup>

*Curry*, John.—*An historical and critical review of the civil wars in Ireland*.—Dublin, 1782; dos tomos 8.<sup>o</sup>

*Dargaud*, J. M.—*Histoire d'Elisabeth d'Angleterre*.—París, 1866; 8.<sup>o</sup>  
— *Histoire de la liberté religieuse en France et de ses fondateurs*.

*Dávila*, Jerónimo Manuel.—*El Rayo de la guerra. Hechos de Sancho Dávila: sucesos de aquellos tiempos llenos de admiración*.—Valladolid, 1713; 4.<sup>o</sup>

*Deloney*, Thomas.—*The Queenes Visiting of the Campe at Tilsburie, with Her Entertainment there*.—A Ballad. London, 1588.

— *Old Ballad on the Overthrow of the Spanish Armada*.—London, 1588.

*Dumesnil*, Alexis.—*Histoire de Philippe II, roi d'Espagne*.—Paris. Deuxieme edition, 1824; 8.<sup>o</sup>



*Dwight Scdgwick, Henry.*—A Letter written on October 4 th, 1589, by Captain Cuellar of the Spanish Armada, to His Majesty King Philip II, recounting his misadventures in Ireland, and elsewhere, after the wreck of his ship. Translated from the original Spanish by.—London, Elkin Mathews, Vigo Street, 1896.

A los conceptos propios del traductor hicieron reparos justos Mr. Robert Crawford en la revista *The Athenaeum*, de 13 de Marzo de 1897, y Mr. Martin A. S. Hume, en el mismo periódico de 27 de Marzo.

*Fernández Duro, Cesáreo.*—Los náufragos de la Armada española en Irlanda.

*Boletín de la Academia de la Historia*, t. XVI.

*Froude, James Anthony.*—History of England from the fall of Wolsey to the defeat of the Spanish Armada.—London, 1870.

— The Spanish Story of the Armada.—Longman's Magazine.—London, September, October and November 1891.

— English Seamen in the Sixteenth Century.—Longman's Magazine. London, Febr., Mar., 1895.

*Hamilton, Henry.*—The Armada. Drama representado en el teatro de Drury Lane de Londres, en Septiembre de 1888.

*Henfield.*—Apologia pro Rege Catholico Philippo II. Hispaniæ & Caest. Rege. Contra varias & falsas acussationes Elisabethæ Angliæ Reginæ. Per Edictum suum 18 Octobris Richemondia datum, & 20 Nouembris Londini proclamatum, publicatas & excusas. In qua omnium turbarum & bellorum quibuscum his annis 30 Christiana Respub. conflictatur, fontes aperiuntur & remedia demonstrantur. Avthore Didymo Veridico Henfiliano. Constantiæ, Apud Theodorum Samium. Mense Martio. Anno 1592; 8.º menor, 275 páginas.

Empieza así:

Ergone famoso Regem Regina libello  
Turbida pacificum, toties foedifraga instum,  
Barbara cle nentem, crudelis anara benignum,  
Impia catholicum, vitæq. ingrata parentem,  
Vnius regni, tot tanta q. regna tenentem,  
Accusare andes ó Elisabetha PHILIPPVM?  
Ergo per Edictum toto traducis in orbe?  
Sceptra q. mendaci Regalia polluis ore?  
Ergone sanctorum nec adhuc satiata cruento  
Criminibus fictis, & falsa pérícula clamans,  
Arripis vsq. nonas fundendi sanguinis ansae?  
Non tulit hob Didymus Veri studiosus amatör  
Falsa premit Veris: Regis q. tuetur honorem,  
Hoc cinem decuisse putat, decuisse fidelem.

A. A.



*Hervey*, Frederic.—The naval History of Great Britain, including the lives of the Admirals.—London, 1779-1781; cinco tomos 8.<sup>o</sup>

*Hogenberg*, Francisco.—De Leone Belgico, eiusq. Topographica atq. historica descriptione liber. Quinq. partibus Gubernatorum Philippi Regis Hispaniaum ordine, distinctus, in super. Elegantissimi illius artificis Francisci Hogenbergii Biscentum & viii figuris ornatus; Rerumque in Belgio maxime gestarum inde ab anno Christi MD.LIX usque ad annum MD.LXXXVII perpetua narratione continuatus; 1588, fol.

*Hübner*, Le Baron de.—Sixte-Quint d'après des correspondances diplomatiques tirées des archives d'état du Vatican, de Simancas, de Venise, de Paris, de Vienne et de Florence.—París, 1882; 2 tomos 8.<sup>o</sup>

*Hume*.—Histoire d'Angleterre continuée par Goldsmith.—París, 1830-34; 40 tomos 18.<sup>o</sup>

*Hume*, Martín A. S.—The year after the Armada. The evolution of the Spanish Armada.—London, 1896, 8.<sup>o</sup>

*Le Clerc*.—Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas. Amsterdam, 1723; tres tomos fol.

*Lemon*, Robert.—Calendar of State papers of the Reign of Elizabeth.—London. (Son varias series.)

*Leti*, Gregoire.—La vie d'Elizabeth, reine d'Angleterre. Traduite de l'Italien. Nouvelle édition.—London, 1743; dos tomos 12.<sup>o</sup>

*Lingard*, John.—Histoire d'Angleterre, traduite par M. Leon de Wailly.—París, 1844; 8.<sup>o</sup>

*López*, Daniel.—La política de Felipe II. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

*Revista Contemporánea*, tomos LXII y LXIII, año 1886.

*Melville*, Jacques.—Mémoires historiques de l'Angleterre.—Lyon, 1694; dos tomos 12.<sup>o</sup>

*Méndez Silva*, Rodrigo.—Claro origen y descendencia ilustre de la antigua casa de Valdés.—Madrid, 1650; 4.<sup>o</sup>

*Mercier*.—Portrait de Philippe II. Amsterdam, 1785; 8.<sup>o</sup>

*Millon*.—Histoire des descentes qui ont eu lieu en Angleterre, Ecosse, Irlande et îles adjacentes. Paris, An VI (1708).—8.<sup>o</sup>



*Moore*, Thomas.—*Insurrections islandaises*. Traduit de l'Anglais, par J. Natchet.—Paris, 1829; 8.<sup>o</sup>

*O'Conor*, C.—*Histoire de l'Irlande ancienne et moderne*.—Dublin, 1766; 8.<sup>o</sup>

*Payne*, John.—*The naval and general History of Great Britain*. London, 1793; cinco tomos 8.<sup>o</sup>

*Pigafetta*, Filippo.—*Discorso sopra l'ordinanza dell' Armada catholica*.—Roma, 1588; 4.<sup>o</sup>

—*Relatione vera dell' armata, la quale, per commendamento del Re Catolico Don Filippo si congregò nel porto della città di Lisbona l'anno MDLXXXVIII et incomincio ad uscire del sudetto porto a 29 de maggio, et fini a 30, et si diede alla vela. Tradotta di spagnuolo in italiano per F. P.* (Filippo Pigafetta).—*Roma. Stamparia di V. Accoti*, 1588; 4.<sup>o</sup>

*Pine*, John.—*The Tapestry Hangings of the House of Lords. Representing the several Engagements betwen the English and Spanish Fleets, In the ever memorable Iear MDLXXXVIII., With the Portraits of the Lord High-Admiral, and the other Noble Commanders, taken from the Life. To wlich are added, From a Book, entitled *Expeditionis Hispanorum in Angliam vera Descriptio* A. D. 1588, done, as is supposed, for the said Tapestry to be work'd after. Ten Charts of the Sea-Coast of England and or General One of England, Scotland, Ireland, France, Holland, &c. Shewing the Ornamented with Medals struck upon that Occasion, and other. Suitable Devises. Also an Historical Account of each Day's Action. Collected from the most Authentic Manuscripts and Writers. By Johne Pine, Engraver*.—London, MDCCXXXIX.

*Robinson*, Charles N.—*The defeat of the armada in 1588*.—*The Illustrated London News*, July 14, 1888.—Con grabados.

*Ruiz de Ledesma*, Diego.—*Compendio breve de las cosas memorables de la christianísima vida y exemplar muerte del Rey Catholico y Prudente de las Españas y Mundo Nuevo Don Felipe II*.—Barcelona, 1608; 8.<sup>o</sup>

*Santa Ana*, Melchor.—*Chronica de los Carmelitas descalzos, particular de Portugal e Provincia de San Phelipe*.—Lisboa, 1657; fol.

*Thou*, Jacques Auguste de.—*Histoire universelle, Depuis 1543 jusqu' en 1607*. Traduite sur l'édition latine de Londres.—Londres, 1734, fol.

*Vander Hammen*, Lorenzo.—*Don Felipe el Prudente, segundo deste nombre, Rey de las Españas y Nuevo Mundo*.—Madrid, 1625; 4.<sup>o</sup>



*Watson*, Robert.—*Histoire du regne de Philippe II, roi d'Espagne*, ouvrage traduit de l'anglois.—Amsterdam, 1777; cuatro tomos 4.<sup>o</sup>

—*Histoire du regne de Philippe II, roi d'Espagne*, continuée par Guillaume Tomson et traduite de l'anglais par L. J. A. Bonnet.—París, 1809; tres tomos 8.<sup>o</sup>

*Wright*, W. H. K.—*Spanish Armada*.

*The English Illustrated Magazine*. April 1888, London.—Con grabados de la Tapicería del Parlamento.

— Catalogue of the exhibition of Armada and Elisabeth relics in the great Saloon of the royal Theater Drury Lane, London, opened 24 October 1888.

Plymouth, printed by W. F. Wescott.—8.<sup>o</sup>

## NÚM. 5.

### Algunas obras de consulta, relativamente á la expedición de Bretaña en 1590.

*Anomino*.—*Cronique bourdeloise*.—Bordeaux; 4.<sup>o</sup>

*Barbé*, Mad.—*La Bretagne, son histoire, son peuple, etc.*—Rouen, 1866; 8.<sup>o</sup>

*Colomé*, Jean Martin de la.—*Histoire curieuse et remarquable de la ville, et province de Bordeaux*.—Bruxelles, 1760; tres tomos 12.<sup>o</sup>

*Cornejo*, Pedro.—*Compendio y breve relación de la Liga*.—Bruxellas 1591; 4.<sup>o</sup>

*Chalambert*, Víctor de.—*Histoire de la Ligue sous les regnes de Henri III et de Henri IV ou quinze années de l'Histoire de France*.—París, 1854; dos tomos 8.<sup>o</sup>

*Dávila*, Enrico Caterino.—*Storia delle guerre civili di Francia*.—London, 1801; seis tomos en 8.<sup>o</sup>

*Dávila*, Enrico Caterino.—*Historia de las guerras civiles de Francia, traducida por el P. Varen de Soto*.—Madrid, imprenta Real, 1675.

*Feraud*, L. C.—*Notice historique sur la ville de Brest*.—Brest, 1837; 8.<sup>o</sup>

*Freminville*, M. le Chevalier de.—*Antiquités de la Bretagne*.—Brest, 1832; dos tomos 8.<sup>o</sup>

*Grégoire*, L.—*La Ligue en Bretagne*.—Nantes, 1856.

*Herrera*, Antonio de.—*Historia de los sucesos de Francia desde el año de 1585, que comenzó la Liga católica, hasta el fin del año 1594*.—Madrid, 1598; 4.<sup>o</sup>



*Levot*, P.—*Histoire de la ville et du port de Brest*.—Brest, 1864-66; tres tomos 8.<sup>o</sup>

*Lis*, Samuel du.—*Memoires de la Ligue*.—Amsterdam, 1758; seis tomos 4.<sup>o</sup>

*Mariátegui*, Eduardo de.—*El capitán Cristóbal de Rojas*.—Madrid, 1880.

*Mellier*, Gerard.—*Essai sur l'Histoire de la ville et du Comté de Nantes*, manuscrit publié pour la première fois par Leon Maitre.—Nantes, 1872; 8.<sup>o</sup>

*Moreau*, M.—*Histoire de ce qui s'est passé en Bretagne durant les guerres de la Ligue*, avec des notes par M. de Bastard de Mesmeur.—Brest, 1836; 8.<sup>o</sup>

*Rivadien*, Henry.—*Les Chateaux de la Gironde*.—Bordeaux, 1855; 8.<sup>o</sup>

*Vidal y Micó*, Francisco.—*Historia de la portentosa vida de San Vicente Ferrer*.—Valencia, 1735.

## NUÍM. 6.

### **Extracto de documentos relativos al reinado de Felipe III.**

1599.—Copia de los Capítulos y actos de Cortes de Cataluña sobre armamento de cuatro galeras contra turcos y moros.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Sans de Barutell*, art. 4.<sup>o</sup>, núm. I.335.

Instrucciones que dió D. Martín de Padilla, adelantado de Castilla, á los navíos de su mando para la jornada de Inglaterra.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 42, y t. XXIX, núm. I.

1602.—Mayo 9, Aranjuez.—Título de Capitán general del mar Océano á favor del Conde de Niebla, primogénito y sucesor del Duque de Medina-Sidonia, para después de los días de su padre.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. XXXI.

Discurso dirigido al Rey por el almirante D. Diego Brochero sobre la necesidad de reformas en la organización de la marina.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Vargas Ponce*, leg. XI.—Publicado en extracto por D. Javier de Salas, *Marina española. Discurso histórico*.—Madrid, 1865, pág. 38.

1603.—Título de Capitán general de las galeras del reino de Sicilia á



favor de D. Juan de Padilla Manrique de Acuña, conde de Santa Gadea. Adelantado mayor de Castilla.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Sans de Barutell*, art. 2.<sup>o</sup>, núm. 92.

Título de Capitán general de las galeras de la escuadra de Nápoles á favor del Marqués de Santa Cruz, D. Álvaro de Bazán.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Sans de Barutell*, art. 2.<sup>o</sup>, núm. 91.

Marzo 31, Valladolid.—Instrucción dada por S. M. á D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla, para ejercicio del cargo de Capitán general de las galeras de España.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 46.

Abril 17, Veracruz.—Escritura de patronato de la capilla de Nuestra Señora del Buen Aire en la iglesia de San Francisco, pactada entre el general D. Alonso de Chaves, el almirante D. José Díaz de Armendáriz y varios capitanes, de una parte, y de la otra los frailes de San Francisco, para trasladar desde Veracruz la Vieja la imagen y Cofradía fundada en 1583 para entierro y sufragios de los mareantes.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Vargas Ponce*, leg. xvi.

Julio 18, Valladolid.—Instrucción al Conde de Niebla para la jornada que hizo con las galeras de España, Nápoles, Sicilia y Génova al socorro del rey de Cuco.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. XXXI.

Octubre 17, Ventosilla.—Cédula eximiendo á la provincia de Guipúzcoa del pago del derecho de 30 por 100, nuevamente establecido sobre mercaderías.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Vargas Ponce*, leg. v, núm. 16.

1604.—Instrucción dada por el Virrey de Nueva España, Marqués de Montes Claros, á Juan Pérez de Portu para el viaje que ha de hacer con la flota de su cargo.

*Bib. Nac.*—Ms. J 140, fol. 705.

1605.—Agosto 21, Burgos.—Asiento y capitulación con Federico Spíñola para tener armadas á su cargo dos galeras de la Corona por tiempo de tres años.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Sans de Barutell*, art. 5.<sup>o</sup>, núm. 66.

1606.—Junio 26, Sanlúcar.—Informe del Duque de Medina-Sicónia



sobre remediar la falta de marineros que hay en el reino y mejorar las cosas de la mar, que tienen mal estado.

*Direc. de Hidrog.—Colec. Navarrete*, publicado por D. J. de Salas, *Marina española. Discurso histórico*, pág. 61.

Julio 26, Puerto de Santa María.—Decreto del Conde de Niebla, capitán general de las galeras, mandando haya en la Veeduría general de las mismas un marco de peso de cuatro libras, y unas balanzas y un juego de medidas de media azumbre, cuartillo y medio cuartillo, todo afinado por el marco de Ávila, para comprobar los pesos y medidas con que se despanchan las raciones.

*Colec. Vargas Ponce*, leg. xx.

Septiembre 2, San Lorenzo.—Cédula encargando al Duque de Medina-Sidonia haga una forma de Seminario de muchachos pobres para entregarlos á maestres de navíos y criarlos marineros.

*Colec. Navarrete*, t. VIII, núm. 31, publicada por D. J. de Salas, *Marina española. Discurso histórico*, pág. 64.

Noviembre 4, Ventosilla.—Ordenanzas para las armadas del mar Océano y flotas de Indias.

Publicadas por D. J. de Salas, *Marina española. Discurso histórico*, pág. 65.

Las cosas que de nuevo suplican se conceda á la Universidad de Sevilla, de los mareantes de Indias, para su conservación y aumento y para más bien servir á S. M.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. LXXXI, pág. 279.

1607.—Enero 22, Madrid.—Cédula acrecentando á la gente de mar las preeminencias concedidas en las Ordenanzas de Ventosilla de 1606, con que pueda usar armas, traer cuellos, valonas y coletos de ante; que se les tenga el servicio por honra y gocen de jubilación á los veinte años.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. LXXXI, pág. 276.

Febrero 12, Madrid.—Cédulas mandando recoger en las ciudades de Andalucía muchachos pobres de doce á quince años para embarcarlos en los navíos de Indias.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. LXXXI, págs. 306, 314 y 319.

Febrero 28, Madrid.—Cédula estableciendo que en los navíos de armadas y flotas se destinen de tres á seis hombres, además de los pajés, á lavarlos y limpiarlos de ordinario, porque así se conservan.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. LXXXI, pág. 319.



Febrero 28, Madrid.—Cédula ordenando que las sentencias pronunciadas en causas de contrabando y presas no se ejecuten si las partes apelaren, en los casos que hubiera lugar de derecho, para el Consejo de Guerra.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. LXXXI, pág. 320.*

Junio 4, San Lorenzo.—Título de Capitán general de las galeras de España á favor de D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, duque de Fernandina.

*Acad. de la Hist.—Colec. Salazar, M. 17, fol. 12.*

Agosto 22, San Lorenzo.—Título de Capitán general de la artillería de estos reinos á favor de D. Juan de Mendoza, marqués de San Germán, declarando le pertenece lo que toca á las armadas y flotas y cualesquier bajeles; nombramiento de condestables, artilleros, etc.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. LXXXI, pág. 483.*

Agosto 26, San Lorenzo.—Cédula ordenando se pongan en libertad los naturales de las islas de Holanda y Gelanda, que están presos, en virtud del tratado de trueque general hecho por el archiduque Alberto.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. LXXXI, pág. 487.*

Septiembre 28, Madrid.—Cédula mandando guardar la tregua asentada por el archiduque Alberto con las Provincias Unidas, y por consecuencia devolver las presas hechas desde el 14 de Agosto, de acá de las Sorlingas, Francia, España, hasta Berbería y mar Mediterráneo, cuya tregua ha de durar ocho meses.

*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. LXXXI, pág. 505.*

Octubre 5.—Cédula sobre formación de una matrícula de todos los marineros efectivos de la provincia de Guipúzcoa; que no puedan salir á pesar sin estar matriculados, ni los matriculados á navegar sin licencia.

*Salas, Marina española. Discurso histórico, pág. 89.*

Diciembre 17, Madrid.—Cédula revocando la de matrícula de marineros en Guipúzcoa.

*Salas, Marina española. Discurso histórico, págs. 91 y 92.*

1608.—Enero 7, Madrid.—Título de Capitán general de la escuadra de Cantabria á favor de D. Antonio de Oquendo, habiendo de estar subordinado al capitán general de la armada del mar Océano D. Luis Fajardo.

*Direc. de l'Adreg.—Colec. Vargas Ponce, leg. XV.*

Abril 15.—Instrucción á Diego de Peñalosa, capitán de la Artillería y



veedor de las fábricas reales de mar y tierra del puerto del Callao para el ejercicio de su oficio.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 50.

Julio 24, Lerma.—Instrucción al Marqués de Santa Cruz para la empresa de Larache.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. XXXI.

Instrucción á Andrés Martínez de Guillistegui para el cargo de pagador general de la real armada de los reinos del Pirú y mar del Sur dellos.

*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 53.

Instrucción á Lorenzo Pacheco Ozores, general de la armada del mar del Sur, para el Viaje de Tierra Firme con la plata de S. M.

*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 49.

Instrucción á Diego de Peñalosa Briceño para el cargo de capitán de la artillería y veedor de fábricas reales de mar y tierra del puerto del Callao.

*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 50.

Instrucción para el uso y buena administración del oficio de proveedor general de la armada del mar del Sur, dada á Leandro de Valencia.

*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 51.

1612.—Enero 1.<sup>o</sup>, Madrid.—Título de Capitán general de la mar al sérnísimo príncipe Emanuel Filiberto, gran prior de San Juan.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 57.

Sumario de las preeminencias y obligaciones del general de las galeras de España.

*Colec. Navarrete*, t. XII, núm. 103.

Enero 14, Madrid.—Nuevo título de Capitán general del mar Océano á favor de D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla, para después de los días del Duque de Medina-Sidonia, su padre, con facultad para servir desde luego como su coadjutor.

*Direc. de Hidrog.*—*Colec. Navarrete*, t. III, núm. 56.

Sumario de las preeminencias y obligaciones del capitán general de la mar.

*Colec. Navarrete*, t. XII, núm. 102.



1614.—Septiembre 2, Mesina.—Instrucción dada por el príncipe Emanuel Filiberto, capitán general de la mar, á los capitanes de las galeras de su cargo.

*Direc. de Hidrog.—Colec. Navarrete, t. III, núm. 58.*

1615.—Enero 13.—Las condiciones que el Duque de Lerma suplica á S. M. mande aprobar para que pueda armar las cuatro galeras que se ha servido darle licencia.

*Direc. de Hidrog.—Colec. Sans de Barutell, art. 4º, núm. 1.424.*

1617.—Abril 17, Cádiz.—Relación del dinero que será menester para sustentar y pagar en un año seis navíos, que el uno sea de 400 toneladas, otro de 300, que sirvan de capitana y almiranta, y los cuatro de á 200, y la gente de mar y guerra que ha de servir en ellos, y de lo que podrán costar estos seis navíos habiéndose de comprar de los de extranjeros que viniesen á los puertos de España, que es lo que saldrá más barato y está más pronto.

*Acad. de la Hist.—Colec. de Jesuitas, t. CIX, fol. 510.*

1618.—Febrero 19, Madrid.—Instrucción de S. M. al Marqués de Santa Cruz para la jornada á que le envía.

*Direc. de Hidrog.—Colec. Navarrete, t. III, núm. 59.*

Septiembre 11, San Lorenzo.—Título de Capitán general de la escuadra de la guarda del estrecho de Gibraltar á favor de D. Juan Fajardo de Guevara.

*Direc. de Hidrog.—Colec. Vargas Ponce, leg. 1, núms. 57 y 58.*

Noticias relativas al armamento y costo de las galeras *Capitana* y *Patrona de España*.

*Acad. de la Hist.—Colec. Salazar, Colec. de Jesuitas, est. 17, gr. 3, legajo suelto, titulado Carlos V, Felipe II y Felipe III.*

1619.—Abril 29.—Concordia hecha con el rey de Inglaterra sobre la forma de unir y sustentar las armadas de ambas Coronas y efectos que con ellas se debían hacer.

*Colec. Navarrete, t. X, núm. 18.*

Memorial al Rey por las Provincias Unidas del País Bajo sobre los medios de combatir á los moros de la costa de África. Impreso en siete folios. S. a. n. 1.

*Acad. de la Hist.—Colec. de Jesuitas, t. LXX, núms. 7 y 8.*



1616-1620.—Correspondencia del Duque de Osuna; relativamente á las guerras con turcos y venecianos.

Fernández Duro, *El Gran Duque de Osuna y su marina*.

1621.—Junio 6, Madrid.—Título de Teniente general de la mar al Marqués de Santa Cruz.

*Navarrete*, t. III. núm. 60.

## NÚM. 7.

### *Relación extractada de naufragios notables.*

1599.—La nao *San Agustín*, en viaje de Filipinas á Nueva España, naufragó en la costa de California.

1600.—Naufragio de la nao *Santa Margarita* en viaje de Filipinas; general Juan Martínez de Guillistegui. Murió éste con la mayor parte de la tripulación.

Idem de un galeón de Indias sobre cabo San Vicente; se salvó la carga.

La capitana de la mar del Sur zozobró sobre la costa de California, perciendo el general D. Juan de Velasco con todos los que le acompañaban.

El galeón *San Jerónimo* naufragó en las islas Catanduanes; mandábalo D. Fernando de Castro.

Un barco longo en la isla de Santa María (Chile), perciendo Juan Martínez de Leyva y los que le acompañaban.

El navío *San Juan Bautista* en Valparaíso con temporal del Norte.

1601.—Un galeón de Indias sobre el cabo de San Vicente y dos galeras que intentaron socorrerle.

Una nao de la flota de Tierra Firme al salir de la barra de Sanlúcar.

Catorce naos de la flota de Nueva España al entrar en Veracruz con temporal del Norte. Mandábalas D. Pedro Escobar Melgarejo. Perdieron mil personas y mercancías por valor de dos millones.

El galeón *Santo Tomás*, en viaje desde Acapulco, embarrancó sobre Luzón con tiempo cerrado. Lo mandaba D. Antonio de Rivera Maldonado. Se salvó la tripulación.

La nao nombrada *Buen barco* en la costa de Chile.

1602.—Un navío de la flota de Nueva España en viaje de ida; se salvó la gente.



Una galizabra en la isla del Guafo (Chile), ahogándose 36 hombres.

Tres galeras de la escuadra de Federico de Spínola en la costa de Francia. Se ahogó el veedor Diego Ruiz de Recondo.

1603.—La capitana y otras dos naos de la flota de Nueva España, general D. Fulgencio de Meneses, en la isla de Guadalupe; perdióse por valor de un millón, pero no gente.

La nao *San Antonio*, almiranta de la flota que salió de Manila para Nueva España al mando de D. Diego de Mendoza, zozobró cerca del Japón, pereciendo cuantos la tripulaban.

La nao *Santa Margarita* en las islas de los Ladrones.

Una nao de la flota de Nueva España sobre la costa de Santo Domingo, en viaje de venida.

La fragata *San Antón*, de la armada que llevó Juárez Gallinato á las Molucas.

1604.—Cuatro galeones de la flota de D. Luis de Córdoba en el bajo de la Serranilla.

Una nao de Nueva España en viaje de venida.

Once naos preparadas para viaje á Cádiz se incendiaron en el puerto de Pasajes.

La almiranta de la carrera de Filipinas zozobró á la altura del Japón sin escapar persona.

1605.—Un navío de aviso de la flota de Juan Gutiérrez de Garibay sobre la isla de Santo Domingo.

Otro en el canal viejo de Bahama.

La nao almiranta de Honduras, de resultas de un rayo que cayó cerca del puerto de Trujillo, navegando desde Sanlúcar, se fué á fondo de noche; de 101 persona que llevaba se salvaron 11.

La nao *Trinidad*, de la flota de D. Francisco del Corral, en las inmediaciones de la Habana; escapó alguna gente.

Una nao al salir de Sanlúcar.

La nao capitana, de la expedición á las Molucas, de D. Pedro de Acuña, en Mindanao.

Cuatro galeones de la armada de D. Luis de Córdoba en la costa de Cumaná, cerca de la isla de Santa Margarita.

1606.—Dos naos de la India á la entrada de Lisboa, con pérdida de 300 personas.

Cuatro naos de las flotas unidas de Nueva España y Tierra Firme, con otros tantos millones y el general D. Luis de Córdoba.

La nao capitana *Jesús María*, arrastrada por la corriente en la isla de Mindanao. Se salvó gente y efectos.



1607.—Cuatro galeones de la escuadra de D. Antonio de Oquendo en la costa de Francia, de que sólo escaparon 20 hombres.

Dos galeones de Nueva España, en que pereció el general Sancho Pardo Osorio con 600 hombres.

1608.—La capitana de la flota de D. Juan de Salas Valdés en las Terceras. Se salvó la gente.

Una carabela de Huelva que volvía del Brasil, cerca del puerto de Sagres.

El galeón *San Francisco* en las islas del Japón, conduciendo al gobernador de Filipinas D. Rodrigo de Vivero.

1609.—La capitana de la flota que iba de Sanlúcar á Nueva España.

1610.—La capitana y un patache de la flota de D. Jerónimo de Portugal en la isla de Buenaire.

1611.—Un navío que iba de Filipinas á Goa, llevando socorro á cargo de Cristóbal de Azcueta. Pereció casi toda la gente.

1612.—Un navío de aviso con pliegos de España, en la isla de Pinos (Cuba).

1613.—El galeón *Los Peligros*, estando para salir de la Habana, se incendió.

Una escuadrilla que conducía socorro á las Molucas fué destruída por un bagúi en el canal de Mindoro, pero sin pérdida de gente, que se salvó en la isla.

1614.—Un galeón de la flota de D. Lope Díaz de Armendáriz zozobró en viaje á España.

Siete naos de la flota de Nueva España mandada por D. Juan de la Cueva, sobre cabo Catoche.

El galeón *San Luis*, de la escuadra de Vidazábal, al entrar en Dunkerque.

1615.—Un patache de la armada de D. Lope de Armendáriz zozobró cerca de Canarias por ir muy cargado; se ahogaron 30 personas.

1616.—Una nao de la flota de D. Martín de Vallecilla en viaje á España.

Otra de la flota de Tierra Firme por culpa del maestre, contra el que se procedió.

1617.—Seis galeones de la armada de Filipinas que iban á carenar en Marinduque se hicieron pedazos con huracán en la costa de Mindoro. Se ahogaron 400 personas.

La nao del almirante Heredia, acabada de botar al agua, se perdió con temporal también en Filipinas.

1620.—El 2 de Enero, con temporal, pereció con su escuadra D. Lorenzo de Zuazola sobre Veger.



La capitana y almiranta de Acapulco en el estrecho de San Bernardino (Filipinas), perseguidas por los holandeses.

NUM. 8.

**Relaciones impresas.**

1599.—Relacion sumaria de lo sucedido en la isla de Canaria con el armada de Olanda y Celandia, de 76 navíos, y estuvo en ella desde el sábado 26 de Junio hasta el 8 de Junio siguiente de este año de 99, conforme a lo que se vido y la informacion que se va haciendo por los señores de la Audiencia Real.—Impresa en Sevilla, año 1599; folio.

La segunda relacion de lo que se prometió en la Canaria, del hecho que hicieron los naturales de la isla de la Gomera. Todo lo cual se tomó por fe de escribano y se envia aquí el testimonio de ello. Y sucedió a los 3 del mes de Julio pasado.—Impresa en Sevilla, año 1599; folio.

1603.—Copia de vna carta que el Almirante de Aragon escribió al Rey N. S. en 7 de Octubre de 1603 despues de auer satisfecho a los quatro cargos que le auian puesto, representando sumariamente algunos servicios que ha hecho a Su Magestad en la paz y en la guerra.—Impreso en cuatro hojas fol., s. a. n. l.

1604.—Relacion de la jornada del Excmo. Condestable de Castilla á las pazes entre Hespaña y Inglaterra, que se concluyeron en Londres por el mes de Agosto del año 1604.—En Amberes, en la imprenta plantiniana, por Juan Moreto, M.DCIIIJ.

Notable victoria alcanzada por D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, en una de las islas del Archipiélago, en Levante, llamada isla de Longo, muy rica y fuerte, y como la saqueó y pegó fuego á la juderia y cautivó 189 esclavos y esclavas, y la muerte de Fátima, nieta de Ali-Bajá, general del Gran Turco, que se perdió en Lepanto. Consiguió esta victoria dia de Pascua de Espíritu Santo, a 6 de Julio de este presente año. Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez. Año 1604; folio.

1605.—Relacion de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe D. Felipe Dominico Victor, nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron. Año 1605. Impresa en Valladolid por Juan Godinez de Millis.



Trata de la llegada del embajador inglés Almirante Howard á Santander.

1606.—Relacion verdadera del levantamiento de los sangleyes en las Filipinas..... escrita por un soldado que se halló en ellas; recapitulado por Miguel Rodriguez Maldonado. Impresa con licencia en Sevilla. Año 1606.

1609.—Relacion del viaje que salió a hacer D. Luys Fajardo, Comendador del Moral y Capitan general del armada y exercito del mar Oceano, y de los efectos que hizo con ello. Impreso en ocho hojas; folio, s. a. n. 1.

1610.—Relacion del viaje, empresas, saco y toma que hicieron en Berberia los caballeros de la religion de San Esteban, con siete galeras, todo por orden del Gran Duque de Toscana, y cómo saquearon a la villa de Visquero, y del cautiverio de sus moradores, y de otras grandes victorias en la mar, y del terror que causaron en la ciudad de Argel, y otras cosas notables, lo cual sucedió a 13 de Agosto de 1610.—Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra. Año 1610; folio.

Relacion de varios sucesos de mar y tierra en las islas Filipinas hasta el temblor y ruina de San Andrés, y las peleas y victorias navales contra el Olandés, por Fr. José Fayol.—Impresa en Manila; en folio.

1611.—Verdadera relación donde se declara la gran victoria que ha tenido con el Gran Turco el famoso Osarto, griego, descendiente de los emperadores de Constantinopla, siendo socorrido por el Rey nuestro señor, con el gran Duque de Osuna, visorey de Sicilia, en este presente año de 1611.—Con licencia del Ordinario, impreso en Granada por Sebastian Muñoz; folio.

Relacion verdadera del suceso que tuvo D. Pedro de Toledo, marques de Villafranca, junto a la ciudad de Málaga con dos navios de turcos y holandeses piratas, y cómo los rindió, dia de Nuestra Señora de Agosto, que se contaron 15 del dicho mes deste presente año de 1611.—Impresa con licencia en Granada.

Verdadera relacion de la maravillosa victoria que en la ciudad de Manila, en las Filipinas, han tenido los españoles contra la poderosa armada de los cosarios olandeses que andaban robando aquellos mares. Dáse cuenta como fueron destruidos y muertos y la gran presa que se les tomó, ansi de navios como de lo demás que tenian robado.—Impreso en Sevilla por Bartolomé Gomez. Año de 1611.

1612.—Relacion de la victoria que el marques de Santa Cruz tuvo en los Querquenes á 28 del mes de Setiembre de 1611.—Con licencia, en Granada, por Martin Fernandez. Año de 1612; folio.

Relacion verdadera de los grandes regocijos y fiestas que en mar y tierra se hicieron en la ciudad de Mesina, en Sicilia, en celebracion de los felices



casamientos entre los catolicos reyes de España y Francia.—En Granada por Bartolomé Lorenzana. Año 1612; folio.

Verdadera y notable relacion donde se declaran tres batallas navales que han tenido los dos valerosos príncipes Duque de Osuna y Marques de Santa Cruz, en 23 dias del mes de Mayo de este presente año de 1612. Declárase la gran victoria que tuvieron y el rico despojo que sacaron de estas empresas. Trata asimismo de un gran presente que el Duque de Osuna ha enviado á S. M. del rey D. Felipe, nuestro señor. Tambien se declara lo bien que se porta el Excmo. Duque, Virrey y Capitan general de aquel reino en las cosas de su gobierno, particularmente en las de la guerra, y en todas con mucha prudencia, y otras cosas dignas de eterna memoria, todas en servicio del Rey nuestro Señor, á quien Dios guarde y prospere.—Impreso con licencia, en Granada por Bartolomé de Lorenzana. Año de 1612; folio.

1613.—Relacion verdadera de las prevencionés que en todos los estados de Italia se hacen, así en los presidios de tierra, como de bajeles y galeras, para aguardar la bajada del Gran Turco, que se tiene por muy cierto viene sobre Malta, con otras novedades de este año de 1613. Enviada por el capitan Juan Flores. entretenido en la corte romana.—Con licencia en Granada, por Martin Fernandez. Año 1613; folio.

Relacion de la gran presa que hizo el Duque de Osuna en dos navios y otros bajeles que por órden del Turco venian á reconocer y quemar las armadas que hubiese en Mesina, con otras cosas notables que su Excelencia ha hecho durante su gobierno.—Impreso con licencia, en Málaga. Año de 1613; folio.

Relacion verdadera del viaje y empresa que hicieron los caballeros religiosos de San Esteban con las galeras del Gran Duque de Florencia en el Archipielago, con presa de dos galeras turquescas, y la riqueza de ellas, y toma de la fortaleza y lugar de Chinano, con el numero de esclavos y libertad de trescientos cautivos cristianos y otras cosas. Sucedido por Mayo de este año de 1613.—Impreso con licencia en Málaga por Antonio René. Año 1613; folio.

Relacion de las dos entradas que en los meses de Julio y Agosto deste año de 1613 han hecho en Berberia y Levante las galeras de la escuadra de Sicilia, que salieron á ellas por mandado del Excmo. Señor D. Pedro Giron, duque de Osuna y Conde de Ureña, caballero de la insigne orden del Toyson, virey y capitan general del reino de Sicilia, llevándolas á su cargo D. Otavio de Aragon, teniente general de aquella escuadra, sacada de las cartas y relaciones que el dicho Duque envió a S. M. de 4 de Octubre.—Con licencia, impresa en Madrid, año de 1513 (sic). En 4.<sup>o</sup>, ocho fojas.



Verdadera relacion conforme á muchas cartas que han venido á esta ciudad d<sup>o</sup> la felice victoria que tuvo don Antonio (sic) de Aragon, hermano del duque de Gandia y sobrino del duque de Lerma, contra las galeras de Chipre y Rodas, en la isla de Sio, á mediados de Agosto de este año de 13, con otras presas que han tenido las galeras de Venecia, Florencia y los navios del Conde Mauricio.—Con licencia, impreso en Sevilla, año 1613.

1614.—Relacion de la venida á Florencia del esmiro de Sayda, en la Tierra Santa, vasallo del Turco, en la gran rota que ha tenido mediante el valor de los cristianos, etc.—Con licencia, en Sevilla por Alonso Rodriguez. Año 1614; folio.

La verdadera relacion de la insigne victoria que consiguieron las galeras de Sicilia contra ocho galeras de fanal, del Gran Turco, sacada de la carta y relacion de todo el subceso, que envió á S. M. el Excmo. Duque de Osuna, Conde de Urueña, Virey y Capitan general del reino de Sicilia. Con la mas solemnisima procesion que en hacimiento de gracias se hizo por tan gran victoria. Subcedió por el mes de Septiembre del año pasado de 1613. Lleva el número cierto de cautivos cristianos a quien se dió libertad, y la cantidad de esclavos turcos que se cautivaron, y otras cosas.—Impresa con licencia, en Sevilla por Alonso Rodriguez. Año 1614; folio.

Relacion de las prevenciones que hace el Excmo. Duque de Osuna, Conde de Urueña, Virey y capitan general del reino de Sicilia, por haber tenido razon cierta de la gruesa armada que el Gran Turco hace contra Sicilia, donde asiste el dicho señor Duque, por el gran sentimiento que ha tenido de la toma de sus siete galeras. Dase razon de todo ampliamente, con otros avisos de mucho gusto. Enviada por D. Ginés de Avendaño, capitan de infantería.—Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Año de 1614; folio.

Relacion de lo que sucedió en la isla de Malta habiendo llegado de improviso allí la armada turca y echado gente en la dicha isla, y cómo los echaron de ella. Con el número cierto de galeras y de los turcos que murieron y otras cosas de gusto. Todo lo cual sucedió á los postreros de Julio de este año en que estamos de 1614.—Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra. Año 1614; folio.

1616.—Relacion verdadera de la victoria que diez galeras del Duque de Osuna, en que entraban algunas de Nápoles y Malta, tuvieron contra doce de turcos, en que venia por general un renegado de nacion calabres. Dase cuenta de la muerte del renegado y cautiverio de dos hijos suyos, con otras cosas del mismo propósito.—Impreso con licencia en Málaga, por Juan René. Año de 1616; folio.

Relacion sumaria de la insigne conversion de 36 corsarios ingleses y de



la justicia que se hizo de algunos de ellos en el Puerto de Santa Maria. dispuesta por el P. Juan de Armenta, de la Compañía de Jesus.—Impresa en Cadiz. Año 1616.

Relacion muy verdadera de la gran presa que hicieron seis galeras de la sacra religion de San Esteban, del serenísimo Gran Duque de Florencia, de dos galeras turquescas; capitana y patrona del corsario Amurat Arraez, con la muerte del Rey de Argel y de otros turcos de mucha consideración. Consiguióse esta victoria á 29 de Abril de este año 1616.—Impreso con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra; folio.

Relacion verdadera del socorro que dió el Sr. Duque de Osuna con algunas galeras de Florencia y Malta a los mainotas, estando cercados del Turco, juntamente con el encuentro que estas galeras tuvieron con otras siete de un famoso corsario en que le tomaron la capitana de fanal.—Impresa en Sevilla por Francisco de Lyra. Año 1616; folio.

Relacion de la batalla que tuvieron en 14, 15 y 16 de Julio deste año de 1616, por tres dias continuos, cinco galeones y un patache del ilustrísimo y Excmo. Sr. D. Pedro Giron, duque de Osuna, virey, lugarteniente y capitán general del reino de Nápoles por S. M. sobre el cabo de Celidonia, en Levante, en la costa de Caramania, con 54 galeras y la Real del Turco.—Impresa en Madrid por Luis Sanchez. Año 1616; 4."

Reimpresa en Sevilla por Francisco de Lyra.

Relacion verdadera de la jornada del rey Don Felipe III á la provincia de Guipúzcoa, escrita por Miguel de Zabaleta.—Impresa en Logroño, año 1615; en 4°.

Relacion de la batalla que tuvieron los seis bajeles del Excmo. Sr. Duque de Osuna, siendo cabo y gobernador díellos el capitán Francisco de Ribera contra la Armada del Gran Turco en el Cabo de Celidonia, de 14 hasta 16 de Julio del año 1616.

1617.—Verdadera relacion de la victoria que tres galeras del señor Duque de Osuna tuvieron en el mar de Levante contra seis galeras del Gran Turco, en que venia por general el hijo de un famoso corsario, llamado Mahomat Asan, en 30 de Marzo. Dase cuenta de como el dicho corsario salió de Constantinopla á vengar algunos agravios, y de como fué desbaratado y muerto, con pérdida de todas sus galeras.—Impreso con licencia, en Sevilla, por Francisco de Lyra, año de 1617; folio.

Carta escrita por Diego de Ibarra, mercader vizcaino, vecino de la corte de Madrid, á Juan Bernal, su correspondiente en la ciudad de Córdoba, donde le da una breve relacion del estado de todas las cosas notables que hoy pasan en Europa, particularmente de los buenos sucesos del Duque de Osuna, con la presa que últimamente hizo de tres galeras con más



de 400.000 ducados.—Impreso en Córdoba, por Francisco Cea, año 1617.

Relacion de la famosa victoria que tuvieron seis galeras del serenísimo Gran Duque de Florencia, de Alí Jorge, renegado inglés, gran corsario, de quien recibian notables daños por la mar en aquellas partes de Levante, y de la importancia de esta presa. Lo cual sucedió en los posteriores de Abril de este año de 1617.—Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra; folio.

Verdadera relacion de la gran victoria que dos galeras del señor Duque de Osuna tuvieron contra dos galeras y otras dos embarcaciones pequeñas del Turco en que iba un Bajá turco con toda su casa, aquien tomaron más de 200.000 ducados, captivándole á él y á otros muchos turcos de su acompañamiento. En los primeros de Mayo de 617.—Impresa, con licencia en Cadiz, por Fernando Rey, año de 1617; folio.

Relacion de lo que hay de nuevo en toda la cristiandad y otras particularidades del Duque de Osuna, etc.—Con licencia, en Cadiz, por Juan Borja, año 1617; folio.

Relacion de los avisos que hay en Roma, etc. Dase cuenta de la toma de Verceli y de algunos sucesos del Duque de Osuna con venecianos.—Impresa en Córdoba, por Francisco de Cea, año 1617; folio.

Relacion de la gran presa que hicieron cuatro galeras de la religion de San Juan, de dos naves y seis caramuzales y dos galeras turquescas, con el número de cautivos y cristianos libertados.—Impresa en Cadiz, por Lucas Diaz, año 1617; folio.

Relacion del encuentro que el Armada de S. M., cuyo general es don Pedro de Leyva, tuvo con el armada de Venecia. Dase cuenta de la presa que le tomaron y del número de galeras y bajeles que cada armada lleva. Impresa en Sevilla por Francisco de Lyra, año 1617; folio.

Relacion del svcesso que tvvo nvestra Santa fé en los regnos del Iapon, desde el año de 612 hasta el de 615, imperando Cubo Sama. Dirigida a la Magestad Católica del rey Filippo Tercero, nuestro Señor. Compuesta por el P. Lvys Piñeyro, de la Compañía de Jesus.—Año 1617. En Madrid, por la V. de Alonso Martin de Balboa.

1618.—Carta que Antonio de Ocaña, morisco de los desterrados de España, envió desde Argel á un amigo, dándole cuenta del estado de sus cosas..... y del batallon que el Gran Turco ha hecho de todos los moriscos de España para qué corran todo el año las costas de ella y anden en corso.—Impresa, con licencia, en Sevilla, año 1618.

Relacion de lo que sucedió á los galeones del Excmo. Duque de Osuna con toda la armada de venecianos en el mar Adriático á 21 de Noviembre del año pasado de 1617, habiendo peleado un dia, y cómo se retiró la



armada veneciana con grande afrenta y cobardia, etc.—Impresa, con licencia en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra, año de 1618; folio.

Relacion verdadera de diversas victorias que el señor Duque de Osuna ha tenido en el mar de Levante, dende Octubre pasado de 617 hasta agora. Dase cuenta por extenso de las salidas que D. Octavio de Aragon hizo con el armada de S. M., y de las presas que tomó.—Impreso en Sevilla, por Juan Francisco de Lyra, año 1618.

Relacion de avisos de todo lo que ha sucedido en Roma, Nápoles, Venecia, Génova, Sicilia, etc., desde 6 de Enero dese año 1618. En la cual, entre otras cosas dignas de que curiosos las lean, se avisa..... que el Duque de Osuna hace gruesa armada para la primavera.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año 1618; folio.

Victoria felicísima de España contra 40 navios de enemigos que andaban en la playa y costa de la ciudad de Valencia, á 4 de Abril. Dase cuenta como cuatro galeras de Nápoles, que habian venido por la infanteria á Valencia, á vista de la ciudad pelearon con siete navios, y mataron y cautivaron más de 4.000 personas, y dieron libertad á un obispo y tres clérigos, y á unos frailes franciscanos que cautivaron, viniendo de Roma á Salamanca. Y asimismo de las alegres fiestas y procesion solemne que la ciudad de Valencia hizo por la feliz victoria y fiestas que D. Otavio de Aragon hizo á la Limpia Concepcion en hacimiento de gracias, cuyo devoto es. Y del castigo que los muchachos de Valencia dieron á 130 moriscos andaluces que venian entre los turcos, entre los cuales murió castigado con rigor, Gabriel de los Santos, morisco panadero que vivia en la Cava Vieja de Triana. Compuesto por Francisco Lopez, natural de Sevilla, alferez de una compañía de las galeras de Nápoles.—Impresa en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año 1618; folio.

Jornada que las galeras de España, Nápoles y Florencia han hecho á Barcelona y Berberia en servicio de Su Magestad. Dase cuenta en esta relacion de avisos de las famosas presas que las galeras de España hicieron yendo del Puerto de Santa Maria á Barcelona. Y de la que hicieron los capitanes Francisco de Correa y Gregorio de Sosa con la nueva galera *San Jorge* y la *Toledana*. Y famoso hecho del alferez Juan de Correa con un moro gigante. Hácese relacion de como ocho galeras de Florencia y cuatro de Nápoles, de que fué por general D. Mucio Espineli, y por cabo don Juan de Cañas, fueron al puerto de Viserta, y por industria de un renegado francés hicieron rica presa y quemaron algunos bajeles y saquearon la Mahometa. Y como D. Juan de Oquendo pasó á cuchillo mucho número de moriscos que andaban robando por la mar en dos navios. Sacado todo de una carta que envió D. Cristobal Olivares, gentil hombre del



D. Pedro de Valdés.





Duque de César, Virey del reino de Cataluña, á D. Fernando de Zayas, camarero del Excmo. Conde de Lemos. Y de otra que el capitán Pedro Bermudez envió desde Nápoles al capitán Francisco de Aguirre, entrenido de Su Magestad.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año de 1618.

Relacion de las famosas presas que por orden del Excmo. Duque de Osuna, Virey de Nápoles, tuvo D. Otavio de Aragón en fin del mes de Abril y principios de Mayo de este presente año en el canal de Constantinopla, Levante, costas de Berberia y de Valencia, en las cuales dichas partes tuvo reñidas batallas y tomó 20 vasos, galeras, galeotas, fragatas, saetas, barcos y navios, con gran número de turcos y moriscos valencianos. Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año 1618; en folio.

Fuego que á la ciudad de Constantinopla y armada del Gran Turco echó el alferez Garcia del Castillo Bustamente, natural de esta ciudad de Sevilla.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año de 1618; en folio.

La república de Venecia llega al Parnaso y refiere á Apolo el estado en que se halla, y él la manda llevar al hospital de los príncipes y repúblicas que se dan por fálicas. Síguese en este discurso la metáfora de los avisos del Parnaso que escribió Trajano Bocalini.—Impreso en folio, s. a. n. l.

Victoria que Miguel de Vidazabal, almirante de la escuadra de Cantabria, tuvo contra cinco navios de corsarios turcos, y de cómo los rindió quitándoles la presa que llevaban y los trujo á la ciudad de Málaga.....—Impresa en Sevilla, por Francisco de Lyra, año 1618; folio.

Quattro presas y victorias por los nuestros en el Estrecho y costa. Dase cuenta en esta relacion de cómo Julian Perez, morisco natural de la villa de Moron, armó en Argel dos navios, con los cuales, andando en corso, tomó un bergantín catalán y martirizó á dos frailes agustinos. Y como se juntó con ocho navios de turcos, y todos juntos pelearon con la escuadra de Cantabria, la cual echó tres navios á fondo y quemó dos y tomó los demás. Y como de noche se escapó en su navio el dicho Julian Perez y dió en las manos de Juan Lezcano, cabo de dos galeones de Nápoles, el cual supo de los cautivos las crueidades que aquel perro había hecho con los religiosos, y lo entregó al señor Virey de Barcelona, que le mandó atenecer y quemar vivo..... Dase asimismo cuenta de las presas que el capitán Francisco de Correa escribe que ha hecho en la Carbonera, junto á Sanlúcar, la galera *Negróna*, en que tomó una galeota y otros bajeles con turcos y moros.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Bargas, año de 1618.



Suceso verdadero de la grandiosa y reñida batalla que Miguel Vidazabal, almirante de la escuadra de Cantabria, tuvo el dia de San Juan Bautista en el estrecho de Gibraltar con diez naos olandesas que iban de socorro á Venecia.....—Con licencia, en Sevilla, por Francisco de Lyra, año 1618; folio.

Relacion de la grandiosa y reñida batalla que Miguel de Vidazabal tuvo el dia de San Juan Bautista en el Estrecho. Hácese relacion á la letra de todas las presas y sucesos que ha tenido desde que tomó la posesion de la escuadra de Cantabria hasta la famosa batalla que el dia de San Juan tuvo en el Estrecho, que duró cuatro horas. Y asimismo se pone un traslado á la letra y título de Almirante que S. M. le dió.....—En Sevilla, por Juan Serrano de Bargas, año de 1618.

Relacion verdadera de lo sucedido á la escuadra que para guarda del Estrecho de Gibraltar envió S. M. á cargo de Miguel de Vidazabal, del Consejo de S. M. en los estados de Flandes y Almirante de la escuadra de Cantabria. Fecha por Nicolás de Avila Quiñones, clérigo presbítero.—Impresa en Cádiz, por Juan de Borja, año de 1618.

Relacion verdadera de la gran victoria que el armada española de la China tuvo contra los holandeses piratas que andaban en aquellos mares, y de cómo les tomaron y echaron á fondo 12 galeones gruesos y mataron gran número de gente.—Impresa en Sevilla, por Francisco de Lyra, año 1618.

Relacion de la armada que llevó á Malaca D. Juan de Silva, Gobernador de Filipinas, y del intento inútil de los holandeses contra Manila, escrita por el P. Valerio de Ledesma, de la Compañía de Jesús.—Impresa en Madrid, año 1618.

1619.—Relacion de las presas que las dos escuadras de Cantabria tuvieron contra la armada de los turcos corsarios que habian saqueado la isla de Lanzarote, y los tomaron 28 navios y cautivaron algunos turcos.—Impresa, s. a. n. l.; folio.

La mayor empresa y feliz suceso que hasta hoy ha tenido el Sr. Duque de Osuna, virey de Nápoles. Dáse cuenta de como el capitán Simón Costa, con solas tres galeras, salió de Nápoles con orden del dicho Sr. Virey, y en las costas de Turquía cogió muy gran número de vasos turcos y el gran galeón del Cairo que llevaba la garrama ó chapin de la Sultana á Constantinopla, en todos los cuales halló muchas riquezas. Y cómo llegó al canal de Constantinopla, donde le sucedieron admirables cosas, en particular con la capitana del Gran Turco y cinco galeras turcas. Sacado puntualmente de un traslado que el dicho Simón Costa envió al mismo señor Duque desde Ríjoles, el cual envió con su gentilhombre desde Nápoles a



Madrid, etc. Impresa en Sevilla por Juan Serrano de Vargas.—Año de 1619; folio.

Relacion de servicios de D. Juan Ronquillo. Impreso s. a. n. l.—En folio.

1620.—Tres famosas y ricas presas que en este presente año ha tenido en Oran el Excmo. Sr. D. Jorge de Cárdenas, duque de Maqueda y Capitan general de las plazas, por cuya orden cogieron las galeras de Denia á la capitana de Argel con mucho dinero y esclavos, dando libertad á muchos cristianos. Con licencia, impreso en Sevilla por Juan Serrano de Baregas. Año 1620.

Relacion de novelas curiosas y verdaderas de victorias y casos sucedidos en mar y tierra. Dase cuenta de la famosa presa que hicieron en Levante seis galeones por orden del Duque de Osuna, etc.—Impreso en Sevilla por Juan Serrano de Vargas. Año 1620; folio.

1621.—Famosa presa que cuatro galeras de Nápoles hicieron junto al Canal de Constantinopla en el mes de Junio deste presente año de 621, tomando dos galeras, un navio y cinco caramuzales de turcos con mucha hacienda. Refiérese la reñida batalla y heroicos hechos de D. Pedro de Cisneros, cabo de las dichas galeras, y del capitán D. Fernando de Barriónuevo y otros valerosos soldados. Recopilado de diversas cartas.—Impreso en Sevilla por la viuda de Clemente Hidalgo. Año 1621; folio.

Relacion certísima de la gran batalla y feliz victoria que al presente han tenido trece galeras cristianas, dos del Duque de Tursis, dos de Sicilia, seis toscanas y tres de Malta y el gran bajel de aquella religion y otro flamenco, contra veinticinco vasos diferentes de corsarios turcos y moros y del inglés Sanson. Refiérense hechos notables de los nuestros y grandiosa resistencia de los enemigos, la cantidad de la presa, muertos, heridos y cautivos, y el número de cristianos que hubieron libertad. Dáse cuenta asimismo de la famosa y rica presa que siete galeras de Francia hicieron á vista de Argel en aquel puerto. Carta original á la letra que de Malta enviaron á D. Francisco Zapata, Caballero del orden de San Juan y general de las galeras de Cataluña.—Impreso con licencia en Sevilla en casa de la viuda de Clemente Hidalgo. Año 1621.

Relacion de avisos de Roma, Flandes, Sicilia, Alemania..... Famosa presa que D. Pedro Pimentel, general de las galeras de Sicilia, hizo, etc.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas. Año 1621; folio.

Relacion de los muchos y particulares seruicios que por espacio de treinta y seis años, el Doctor Christoual Perez de Herrera, Medico del Rey N. S. y del Reyno, ha hecho a la Magestad del Rey don Felipe III, nuestro Señor, que Dios nos guarde muchos años.—Impreso en 14 hojas folio; s. a. n. l.



RELACIONES EN VERSO.

1602.—Verídica relacion que manifiesta el memorable naval triunfo de los curtidores contra argelinos piratas, cuando sacrilegos estos, robaron en Torreblanca la rica joya de un viril, y en él la infinita de nuestro Dios sacramentado, y fue el año 1397, y en el de 1602 se renuevan sus glorias en honor de las Catolicas Magestades y Reales príncipes, que se dignaron honrar con su Real presencia á su leal pueblo valenciano, el que correspondió a tanto honor y gracia con fiestas y regocijos heroicos, como acostumbra. Románcce en 4.<sup>o</sup> acompañado de una lámina que representa dos embarcaciones, española y argelina.

1603.—La vida de la galera, muy graciosa y por galan estilo sacada y compuesta agora nuevamente, a pedimento de Iñigo de Meneses, lusitano. Do cuenta en ella los trabajos grandes que allí se padecen. Es obra de ejercicio y no menor ejemplo. Por Mateo de Brizuela.—Con licencia, en Barcelona, por Sebastian de Cormellas. Año 1603; quintillas en 4 hojas, 4.<sup>o</sup>

1608.—Relacion de como el pece Nicolao se ha aparecido de nuevo en el mar y habló con muchos marineros en diferentes partes, y de las grandes maravillas que les contó de secretos importantes a la navegacion. Este pece Nicolao es medio hombre y medio pescado, cuya figura es esta que va aquí retratada.—En Barcelona, por Sebastian Cormellas. Año 1608; romance en 4 hojas, 4.<sup>o</sup>

1611.—Relacion de la sangrienta y naval batalla que á vista de la ciudad de Málaga tuvieron once galeras de España con dos galeones de turcos, ingleses y moriscos. Trata como duró la batalla desde las dos del dia hasta las siete de la tarde, y como el un galeon se pegó fuego y se quemaron todos los que venian dentro, y el otro se rindió con 166 turcos, moriscos y ingleses, sin los muertos que no se pudieron contar..... Dirigido a don Pedro de Toledo, príncipe de la mar y general de las dichas galeras. Compuesto por Ortega.—Impresa con licencia, en Málaga, por Juan René. Año 1611; romance en 3 fojas, 4.<sup>o</sup>

1613.—Relacion de la entrada y recibimiento que la noble ciudad de Barcelona ha hecho al Serenísimo Príncipe de Savoya, General de la mar por su Magestad del Rey nuestro Señor, y Comendador mayor de Castilla, el cual entró en dicha ciudad a cinco de Julio de 1513. Compuesto por Bartolomé Oliveras. Barcelona, en casa de Lorenzo Deu. 1613; romance en 2 hojas, 4.<sup>o</sup>

1614.—Relacion de la fuerza de la Mamora y el estado en que oy están las cosas della. Tres romances escritos por Manuel Estevan, natural de Se-



villa.—Impresos en Barcelona por Gabriel Graells y Esteban Liberós. Año 1614.

Relacion del lastimoso suceso que nuestro Señor fué servido sucediese en la isla de la Tercera, cabeza de las siete islas de las Acores, de la corona del reino de Portugal, en 24 de mayo, sábado, dia de Santa Juliana deste año 1614, a las tres horas de la tarde, con tres temblores que duraron por espacio de dos credos. Compuesto por el Alferez Francisco de Segura, criado del Rey nuestro Señor. Dirigido al Señor Balthasar de Montreal, del habito de Montesa.—Impreso en Barcelona. Son tres romances escritos con gran soltura.

1618.—Verdadera relacion en la cual se da cuenta como cinco galeras de España y dos del Excmo. Sr. Cardenal duque de Lerma han cautivado dos naves y una galeota de moros, los cuales habian salido de Argel con intencion de cautivar la nave de la Redencion, en la cual vinieron los cautivos que sacaron en procesion en la villa de Madrid.—Impresa, con licencia, en Valencia en casa de Vicente Garriz. Año de 1618; romance en 4 hojas, 4.<sup>o</sup>

Relacion compendiosa de la famosa presa que han hecho siete galeras de Nápoles que salieron muy reforzadas en busca de las siete de Biserta; por tener nuevas dellas, y de cómo las hallaron, que estaban combatiendo una nave, y llegando las nuestras dieron sobre ellas, las cuales no eran sino seis, y despues de haber peleado bravamente, tomaron y rindieron las nuestras la capitana y la patrona, con otra galera de las seis, como largamente se contiene en dicha relacion. Fueron muchos los cautivos que tuvieron libertad, y la riqueza que hallaron en ellas infinita, por ser estos cossarios los que mas inquietaban al mar de Levante, donde se echan de ver cada dia señales de que el imperio otomano se ha de acabar presto por las victorias que Dios concede al invicto rey de España, ansí en el mar de Poniente como de Levante. Compuesta por Miguel Gil, natural de Perpiñan. (Al fin.)—Con licencia del Ordinario, en Barcelona, en la Emprenta de Esteuan Liberós. Año de MDCXVIII; romance en 2 hojas, en 4.<sup>o</sup>—Empieza:

«Dichosa España, y dichosa  
cien mil veces te diré,  
pues que Dios quiso elegirte  
por escudo de la Fé.»

1619.—Triumpho del Monarca Philippo tercero en la felicissima entrada de Lisboa. Dirigido al Presidente Ivan Furtado de Mendoza y Senado de la Cámara. Author Vasco Mausino de Quevedo; año 1619.—Impreso en Lisboa por Jorge Rodriguez; seis cantos en octavas.



1620.—Relacion verdadera de la presa que han hecho las galeras del Gran duque de Toscana y Florencia en la galera capitana de Viserta, y asimismo de la que han hecho las galeras de Sicilia de las otras tres que iban con ella, este mes de Julio pasado deste presente año de 1620. Compuesto por el Licenciado Francisco Perez.—Barcelona, Emprenta de Esteuan Liberós. Año MDCXX; romance en 2 hojas, 4.<sup>o</sup>

1621.—Relacion verdadera en la cual se da cuenta como las galeras de Malta, junto a Mesina, pelearon con dos navios de turcos y los rindieron.....—Romance impreso en Barcelona por Esteban Liberos; MDCXXI.

1623.—La iornada que la Magestad Catholica del rey D. Phelippe III. de las Hespañas hizo a su reyno de Portugal el año 1619, compuesta en varios romances por Francisco Rodriguez Lobo.—Lisboa, 1623, 4.<sup>o</sup>



## ÍNDICE

### DE PERSONAS CITADAS EN ESTE TOMO.

---

ABAD Y LASSIERRA, Íñigo. 169.  
ACEVEDO, Juan de. 409.  
ACUÑA, Chu. 142.  
ACUÑA, Pedro de. 68, 77, 110, 255, 284, 287, 293, 488.  
ACHINIEGA, Sancho de. 180.  
ÁGUILA, Juan del. 8, 69, 70, 71, 72, 74, 75, 77, 83, 84, 86, 87, 88, 89, 90, 162, 168, 218, 220, 221.  
AGUILAR Y CASTRO, Diego. 234, 235.  
AGUILAR Y PRADO, Jacinto. 363.  
AGUSTÍN, Jerónimo. 332.  
ALARCÓN, Martín de. 458.  
ÁLAVA, Diego de. 187.  
ÁLBA, Duque de. 8.  
ALBERTO, Archiduque. 172, 204, 206, 209, 224, 484.  
ALBERDÍN, Juan de. 397, 399.  
ALCALÁ GALTANO, Pelayo. 18.  
ALCÁZAR, Andrés. 408.  
ALCEGA, Juan de. 271, 272, 273, 289.  
ALFARO, Fr. Pedro de. 59.  
ALI JORGE. 495.  
ALLER, Diego de. 88.  
ALONSO, Juan. 193.  
ALSEDO, Dionisio de. 377.  
ALTAMIRA, El Conde de. 46.  
ALTOLAGUIRRE, Ángel de. 18.  
ALVARADO, Alonso de. 106, 211.  
ÁLVAREZ, Juan. 235, 257.  
ÁLVAREZ, Vicente. 457.  
ÁLVAREZ DE AVILÉS, Juan. 232, 234, 235.  
ÁLVAREZ DE FIGUEROA, García. 364.  
ÁLVAREZ DE HERRERA, Pedro. 234.

ÁLVAREZ DE PULGAR, Pedro. 397, 400, 401, 402.  
ÁLVAREZ DE TAVORA, Luis. 132.  
ÁLVAREZ DE TOLEDO, Alonso. 194.  
ALVIA DE CASTRO, Fernando. 444.  
AMEZOLA, Carlos de. 92, 93, 166, 207.  
AMEZQUETA, Juanes de. 231, 232.  
AMEZQUETA, Martín de. 362.  
ANACAPARÁN. 140, 141.  
ANDRADA, Gil de. 201.  
ANDRADA, El Conde de. 46.  
ANTHONY, William. 101.  
ANTONELLI, Bautista. 111, 257.  
ARAGÓN, Octavio de. 338, 339, 341, 346, 349, 492, 493, 496, 497.  
ARAMBURU, Marcos de. 79, 80, 129, 161, 166, 252.  
ARANA, Pedro de. 186.  
ARANCIVIA, Sebastián de. 122, 171.  
ARCE, Sancho de. 192.  
ARCEO, Jerónimo de. 460.  
ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de. 31, 137.  
ARGYLL, Conde de. 37, 39.  
ARIAS, Juan Luis. 318.  
ARIAS GIRON, Rodrigo. 267.  
ARIAS DE LOYOLA, Juan. 440.  
ARIAS MONTANO, Benito. 424.  
ARMENTA, Juan de. 494.  
ARMENTEROS, El licenciado. 128.  
ARÓSTEGUI, Martín de. 364, 434.  
ARQUELLADA, Juan de. 49.  
ARRIAGA, Marcial de. 74.  
ARRIOLA, Francisco. 182,



ARROYO, Andrés Martín del. 411.  
 ARTEAGA, Aparicio de. 81.  
 ASÁN, Bajá. 53.  
 ASCENSIÓN, Fr. Antonio de la. 300, 306.  
 ASCOLI, El Príncipe de. (V. LEYVA.)  
 AUSTRIA, Juan de. 178.  
 AUSTRIA, Margarita de. 204, 209.  
 ÁVALOS, Martín de. 463.  
 AVELLANEDA, Bernardino de. 114, 115, 165, 228, 423.  
 AVENDAÑO. 79.  
 AVENDAÑO, Ginés de. 493.  
 ÁVILA, Cristóbal de. 464.  
 ÁVILA QUIÑONES, Nicolás de. 498.  
 AVALA, Fernando de. 385, 411.  
 AYÁNZ, Jerónimo. 440.  
 AYROLO CALAR, Gabriel de. 333.  
 AZAMBUJA, Diego de. 63, 64.  
 AZCUETA MENCHACA, Cristóbal de. 289, 489.  
 BACON. 7.  
 BARCO CENTENERA. 52.  
 BARRANTES, Vicente. 65.  
 BARRERA, Cayetano Alberto de la. 74.  
 BARRETO, Isabel. 156, 157, 159.  
 BARRETO, Lorenzo. 156.  
 BARRIONUEVO, Fernando de. 499.  
 BARROS, Cristóbal de. 183, 186.  
 BARROS TRONCOSO, Francisco. 356.  
 BARROWS. 53.  
 BAUTISTA, Fr. Pedro. 149.  
 BAYLI, Capitán Jorge. 418.  
 BAZÁN, Alonso. 46, 47, 48, 69, 79, 80, 81, 82, 184, 227, 228, 252.  
 BAZÁN, Álvaro de, Marqués de Santa Cruz. 7, 8, 12, 14, 15, 17, 18, 30, 178, 182, 184, 222.  
 BAZÁN, Álvaro, segundo Marqués de Santa Cruz. 245, 246, 247, 326, 327, 336, 341, 347, 354, 358, 482, 483, 486, 487, 490, 491, 492.  
 BEAUMONT, Antonio de. 405.  
 BEAMONTE, Claudio de. 80.  
 BELLOSO, Diego. 138, 139, 140, 144, 146, 147.  
 BELMONTE BERMÚDEZ, Luis. 311.  
 BELTRÁN Y RÓZPIDE, Ricardo. 311.  
 BENAVIDES, Alonso de. 464.  
 BENTIVOGLIO, El cardenal. 6.  
 BERISTAIN. 61.  
 BERNARDO, Tomás. 196.  
 BERRÍO, Antonio de. 102, 103, 104.  
 BERTENDONA, Martín de. 43, 79, 80, 86, 92, 161, 323.  
 BINGHAM, Richard. 38.  
 BLUMENTRITT, Fernando. 275, 288, 389.

BOBADILLA, Francisco de. 23, 327, 464.  
 BOCOLTH, Jorge. 260.  
 BORDE, Pierre. 420.  
 BORJA, Juan de. 61.  
 BORROUGHS. 13, 14.  
 BRANCACCIO, Adrián. 85.  
 BRAVO DE ACUÑA, Sancho. 51.  
 BRAVO DE BUITRAGO, Pedro. 170.  
 BRIZUELA, Mateo de. 500.  
 BROCHERO, Diego. 68, 75, 77, 83, 92, 121, 129, 161, 167, 215, 219, 225, 226, 227, 232, 357, 360, 362, 425, 432, 440, 481.  
 BROUGH, Michael. 35, 36.  
 BRUNÓN, Jaime. 243.  
 BUACHE, M. 307.  
 BURGH, John. 82.  
 BURGUILLOS. Fr. Pedro de. 285.  
 BUSTINZA, Capitán. 396, 400.  
 BUTLER, Felipe. 45.  
 CABALLERO, Fernán. 402.  
 CABRERA, Luis Jerónimo de. 370.  
 CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. 69, 78, 81, 90, 119, 240.  
 CAMPBELL. 7.  
 CANO, Tomé. 180, 429.  
 CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio. 71, 325.  
 CÁÑAS, Juan de. 354, 496.  
 CAÑETE, Marqués de. (V. HURTADO DE MENDOZA.)  
 CAPPA, Ricardo. 183.  
 CARACENA, Conde de. 226.  
 CÁRDENAS, Jorge de, Duque de Maqueda. 359, 499.  
 CARDONA, Juan de. 29, 162, 242, 243.  
 CARDONA, Pedro. 68.  
 CARNERO, Pantaleón. 138, 139.  
 CARO DE TORRES, Francisco. 112.  
 CARRASCO, Francisco. 302.  
 CARREÑO, Juan Bernardo. 266.  
 CARRILLO, Luis. 226.  
 CARRILLO Y SOTOMAYOR, Luis. 444.  
 CARRIÓN, Juan Pablo de. 60, 64.  
 CARRO, Pedro Jerónimo. 329.  
 CARVAJAL, Vasco de. 464.  
 CASCALES, Francisco. 252.  
 CASOLA, Próspero. 106.  
 CASTILLA, Gabriel de. 262.  
 CASTILLO BUSTAMANTE, García del. 497.  
 CASTRO, Ambrosio de. 327.  
 CASTRO, Beltrán de. 97, 98, 99, 100.  
 CASTRO, Fernando de. 160, 487.  
 CATALINA II. 7.  
 CAULÍN, Fr. Antonio. 420.  
 CAVE, Jorge. 101.  
 CAVENDISH, Thomas. 51, 52, 192.



## ÍNDICE DE PERSONAS.

505

CEDILLO, Juan. 372, 375, 438.  
 CERECEDA, Juan de. 344.  
 CERRALBO, El Marqués de. 44.  
 CERVANTES, Miguel de. 127, 434.  
 CISNEROS, Pedro de. 499.  
 CLAASZ, Jacques. 263, 264.  
 CLASSEN, Reniero. 232.  
 CLIFFORD, Jorge, Conde de Cumberland. 52, 79, 82, 95, 101, 129, 169.  
 COBA, Capitán. 396.  
 COCO CALDERÓN, Pedro. 455.  
 COELLO, Andrés. 409.  
 COLÍN, Francisco. 62, 290.  
 COLLADO, Luis. 187.  
 COLOMA, Francisco. 79, 122, 169, 210, 215, 227.  
 COLOMA, Luis, Conde de Elda. 326, 332, 354.  
 COLOMA, Pedro Antonio, Conde de Elda. 245, 247.  
 COLONNA, Marco Antonio. 191.  
 COMBES, Francisco. 389.  
 CONTI, Príncipe de. 84.  
 CONTRERAS, Jerónimo de. 201.  
 CORDES, Simón de. 259, 260.  
 CÓRDOBA, Felipe de. 462.  
 CÓRDOBA, Fernando de. 262.  
 CÓRDOBA, Luis de. 38, 227, 252, 253, 488.  
 CÓRDOBA, Rodrigo de. 101.  
 CORRAL, Francisco del. 252, 488.  
 CORREA, Francisco de. 496, 497.  
 CORREA, Juan de. 496.  
 CORZO, Felipe. 156.  
 COSTA, Simón. 496.  
 COSTA QUINTELLA. 14, 101.  
 COUTIÑO, Luis. 80, 81, 82, 101.  
 CRATO, Antonio, Prior de. 41, 43, 45, 46, 48, 49, 50, 121, 468.  
 CRUZ, Gabriel de la. 290.  
 CUBO SAMA. 390, 495.  
 CUCO, El rey de. 243, 246.  
 CUÉLLAR, Francisco de. 35.  
 CUEVA, Juan de la. 489.  
 CUMBERLAND, Conde de. (V. CLIFFORD.)  
 CURTINEY, William. 35.  
 CHAVARRI, Francisco de. 74.  
 CHAVES, Alonso de. 482.  
 CHAVES, Francisco de. 458.  
 CHAVES CAÑIZARES, Diego de. 139.  
 CHAVES GALINDO, Alonso de. 252.  
 CHIDLEY, Juan. 51.  
 CHUPINANÓN, 142.  
 DAIFU SAMA. 284, 285.  
 D'AUMONT, Mariscal. 87, 88.  
 DANCER, Simón. 323, 324, 359, 499.  
 DANVILA, Manuel. 325, 327.  
 DARGAUD, 6, 118.  
 DÁVILA, Enrique Caterino. 88, 90, 170.  
 DELGADO, Capitán. 396.  
 DENIA, Marqués de. (V. SANDOVAL.)  
 DEVEREUX, Roberto, Conde de Essex. 7, 45, 118, 119, 121, 124, 126, 163, 165.  
 DHALGREN, E. W. 195.  
 DÍAZ DE ARMENDÁRIZ, José. 482.  
 DÍAZ DE ARMENDÁRIZ, Lope. 489.  
 DÍAZ DE GUZMÁN, Rui. 370.  
 DÍAZ MATAMOROS, Diego. 401.  
 DIGBI, John. 360.  
 DOCAMPO, Alonso. 219, 220.  
 DOMBES, El Príncipe de. 71, 73, 84.  
 DOMÍNGUEZ, Francisco. 194.  
 DOMS, Ramón. 326.  
 DORIA, Carlos, Duque de Tursi. 205, 242, 245, 247, 248, 249, 326, 499.  
 DORIA, Joaquin. 205.  
 DORIA, Juan Andrea. 8, 77, 118, 172, 190, 204, 205, 209, 239, 240, 241, 247.  
 DRAKE, Francis. 7, 11, 12, 13, 14, 25, 27, 42, 46, 48, 49, 50, 80, 106, 110, 111, 112, 192, 468, 472.  
 DRAKE, John. 114.  
 DRAKE, Isabel F. Elish. 467.  
 DUCIE, Lord. 35, 37.  
 DUEÑAS, Francisco. 59.  
 DUMESNIL. 29.  
 DUQUE DE ESTRADA, Diego. 444.  
 ECHARD, 48.  
 EGUILIZ, Martín de. 189.  
 ENRIQUE III de Francia. 67.  
 ENRIQUE DE BEARN. 67, 73, 87.  
 ENRÍQUEZ, Alonso. 392, 393, 409.  
 ENRÍQUEZ, Diego. 458, 462.  
 ENRÍQUEZ, Juan. 111.  
 ENRÍQUEZ, Luis. 246.  
 ENRÍQUEZ, Martín. 60.  
 ENRÍQUEZ, Pedro. 462.  
 ENRÍQUEZ, Simón. 460.  
 ENRÍQUEZ DE GUZMÁN, Juan, Conde de Olivares. 6, 10, 11, 18, 29, 68, 76.  
 ERAUSO, Catalina de. 403.  
 EROSTARBE, José de. 315.  
 ESCALANTE, Bernardino de. 60, 189.  
 ESCALANTE, Juan. 72.  
 ESCALANTE, Miguel. 74.  
 ESCALANTE DE MENDOZA, Juan. 185, 190.  
 ESCOBAR DE MELGAREJO, Pedro. 253, 487.  
 ESCOTO, Benito. 440.  
 ESPÉS, Guerau de. 7.  
 ESPINELI, Mucio. 496.  
 ESPINOSA, Andrés de. 188, 190.



ESPINOSA, José de. 311.  
 ESQUIVEL, Juan de. 293, 294, 317, 383.  
 ESSEX, Conde de. (V. DEVEREUX.)  
 ESTACIO DE AMARAL, Melchior. 279.  
 ESTEBAN, Manuel. 500.  
 EVERTSEN, Almirante. 332.  
 EZQUERRA, Cristóbal. 411.  
 FAGUNDES, Lopo Gil. 53.  
 FAJARDO, Alonso. 411, 413.  
 FAJARDO, Luis. 128, 129, 171, 215, 227, 228,  
     232, 248, 252, 257, 323, 324, 325, 332,  
     354, 491.  
 FAJARDO, Juan. 330, 333, 354, 486.  
 FALCÓN DE RESENDE, Andrés. 82.  
 FARIA Y SOUSA. 49.  
 FARNEST, Alejandro, Duque de Parma.  
     6, 9, 11, 13, 15, 16, 17, 19, 25, 28, 31, 32,  
     35, 68.  
 FAYOL, Fr. José. 491.  
 FELIPE II, de España. 5, 7, 8, 10, 17, 19,  
     29, 31, 41, 67, 75, 77, 85, 120, 170, 172,  
     178, 197.  
 FELIPE III de España. 203, 208, 246, 326,  
     361, 423, 494.  
 FENNER, Thomas. 14, 49, 50.  
 FERNÁNDEZ DE LA CÁMARA, Mayor. 44.  
 FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Antonio, Duque de Sesa. 312.  
 FERNÁNDEZ DE ECija, Francisco. 369.  
 FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Eustaquio.  
     308.  
 FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, Pedro. 152, 156,  
     158, 160, 309, 313, 320.  
 FERNÁNDEZ DE VELASCO, Juan. 225.  
 FERRANDO, Fr. Juan. 63.  
 FERRER MALDONADO, Lorenzo. 184, 307,  
     440.  
 FILIBERTO DE SABOYA, Emmanuel. 339,  
     435, 485, 486, 500.  
 FILIPÓN, Miguel. 98.  
 FITZGERALD, James. 36.  
 FITZGERALD, Maurice. 36.  
 FITZWILLIAM, William. 35.  
 FLORES, Luis Alfonso. 122, 128.  
 FLORES, Juan. 492.  
 FLORES, Martín. 400, 402.  
 FLORES VALDÉS, Diego. 461, 464.  
 FOGOZA, Antonio. 285.  
 FONSECA COUTIÑO, Luis de. 440.  
 FROBISHER, Martin. 25, 78, 82, 89, 90.  
 FROUD, James Anthony. 6, 14, 23, 24, 26,  
     36, 37.  
 FUCA, Juan de. 307.  
 FUENTES, El Conde de. 47, 49, 212.  
 FURTADO DE MENDOZA, Andrés. 279, 287.  
 GALL, Francisco. 61, 298.

GALILEI, Galileo. 440.  
 GALINDO Y DE VERA, León. 327.  
 GALLEGÓ, Hernán. 152.  
 GARCÍA DE CÉSPEDES, Andrés. 193, 309  
     372, 437, 441.  
 GARCÍA DE PALACIOS, Diego. 185.  
 GARCÍA PÉREZ, Domingo. 82.  
 GARIBAY, 79.  
 GAYANGOS, Pascual de. 45.  
 GERBRANTSEN, Juan. 212.  
 GIL, Juan. 458.  
 GIL LOPE, 464.  
 GIL, Miguel. 501.  
 GIRARDO, Rodrigo. 261.  
 GIRAVA, Jerónimo de. 193.  
 GIRÓN, Antonio. 125.  
 GODOY, Lorenzo. 463.  
 GÓMEZ, Alonso. 271.  
 GÓMEZ, Gaspar. 285.  
 GÓMEZ DE CORBÁN, Toribio. 299.  
 GÓMEZ IMAZ, Manuel. 200.  
 GÓMEZ DE MEDINA, Juan. 22.  
 GÓMEZ DE MOLINA, El Capitán. 273.  
 GÓMEZ VERDUGO, Pedro. 186.  
 GONDOMAR, Marqués de. 360.  
 GONDOMAR, Conde de. (V. SARMIENTO DE ACUÑA.)  
 GÓNGORA, Luis. 121.  
 GONZAGA, Tjburcio de. 132.  
 GONZÁLEZ, Andrés. 370.  
 GONZÁLEZ, Gregorio. 60.  
 GONZÁLVEZ DUTRA, Gaspar. 53.  
 GONZÁLEZ DE LEÓN, Sebastián. 433.  
 GONZÁLEZ DE LEZA, Gaspar. 314.  
 GONZÁLEZ DE MENDOZA, Fr. Juan. 60,  
     193.  
 GONZÁLEZ DE SAN MILLÁN, Gaspar. 188,  
     433.  
 GONZÁLEZ DE SEQUEIRA, Rui. 279, 391.  
 GONZÁLEZ DE SILVA, Garcí. 105.  
 GONOCA, Manoel. 82.  
 GOYTI, Martín de. 57.  
 GRADO, Jerónimo de. 419.  
 GRANERO, Sebastián. 333.  
 GRANILLO, El Capitán. 235.  
 GRANJA, Conde de la. (V. OVIEDO.)  
 GREENVILLE, Ricardo. 79, 80, 81, 192,  
     468.  
 GRITTI, 18.  
 GUERRA DE CERVANTES, Juan. 294.  
 GUERRERO DE LA FUENTE, Tomás. 233,  
     234.  
 GUILLISTEGUI, Rodrigo de. 388, 409.  
 GUIZA, El Duque de. 67.  
 GURDAÍN, M. 26.  
 GUTIÉRREZ, Sancho. 194.



## ÍNDICE DE PERSONAS.

507

GUTIÉRREZ FLORES, Pedro. 122.  
 GUTIÉRREZ DE GARIBAY, Juan. 114, 115, 165, 166, 488.  
 GUTIÉRREZ DE SANDOVAL, El Capitán. 235.  
 GUZMÁN, Pedro de. 464.  
 HAKLUYT. 48.  
 HAMY, Dr. E. T. 317.  
 HAUTAIN, El Almirante. 231.  
 HAWKINS, John. 7, 78, 82, 106, 108, 460.  
 HAWKINS, Ricardo. 96, 97, 98, 99, 100, 101.  
 HEBERT, A. Gribble. 38.  
 HEEMSKERK, Jaques de. 235, 236.  
 HEREDIA, Antonio de. 211.  
 HEREDIA, Lorenzo de. 98.  
 HEREDIA, Pedro de. 409, 460.  
 HERRERA, Antonio de. 86, 90, 104, 131, 457.  
 HERRERA, Juan de. 194.  
 HONEWALD, M. 402.  
 HOROZCO, Agustín de. 333.  
 HOWARD, Tomás, Conde de Suffolk. 79, 80, 81, 121, 128, 163, 168.  
 HOWARD, Carlos. 227.  
 HOWARD OF EFFINGHAM, Lord. 38, 121.  
 HUBNER, El Barón. 18, 19, 29, 176.  
 HOZ, Rodrigo de la. 103.  
 HUERTA, Juan de. 457.  
 HUIDECOOPER, Juan. 263.  
 HUME MARTÍN, A. S. 45, 50.  
 HURTADO DE MENDOZA, Antonio. 23.  
 HURTADO DE MENDOZA, García, Marqués de Cañete. 97, 110, 151, 152, 153.  
 IBARRA, Francisco de. 264.  
 IBARRA, Juan de. 457.  
 IBARRA, Pedro. de 369.  
 ICARNA, Pedro de. 456.  
 IDIÁQUEZ, Juan de. 31, 132.  
 IDIÁQUEZ, Martín de. 31.  
 IGUELDO, Pedro de. 455.  
 ÍÑIGUEZ DE MEDIANO, Juan. 463.  
 ISABA, Marcos de. 189.  
 ISABEL DE INGLATERRA, 5, 7, 12, 41, 73, 84, 224.  
 ISABEL CLARA EUGENIA, Infanta. 11, 68, 172, 204, 206, 209.  
 ISLA, Juan. 460.  
 ISLA, Juan de la. 59.  
 ISLA, Lázaro de la. 187, 188.  
 ISLA, Nicolás de. 32, 455.  
 JACOBO I DE INGLATERRA, 39, 224.  
 JAVAN ARRÁEZ. 96.  
 JEREZ, Blas. 463.  
 JIMÉNEZ, Fr. Alonso. 140, 145.  
 JIMÉNEZ, Pedro. 401.  
 JORGE, Antonio. 103.  
 JUAN, Jaime. 61.  
 JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. 99, 192, 194, 195, 198, 371, 444.  
 JUÁREZ, Gabriel. 401.  
 JUÁREZ, Pedro. 108.  
 JUÁREZ GALLINATO, Juan. 139, 141, 284, 286, 460, 488.  
 JURIÉN DE LA GRAVIERE. 77, 244.  
 KEYMIS, Lorenzo. 418, 419, 420, 422.  
 LALLMIRAILLE, M. 85.  
 LAMERO, Hernando. 262.  
 LANDECHO, Matías de. 147, 149, 150.  
 LARA, Pedro de. 330.  
 LARREY. 48.  
 LATRÁS, Lupercio. 468.  
 LATRÁS, Pedro. 468.  
 LAVAÑA, Juan Bautista. 193, 363, 438.  
 LAVAZARES, Guido de. 55, 56, 57, 58, 59.  
 LECHUGA, Cristóbal. 333.  
 LE CLERC, M. 132, 167, 175, 213, 276.  
 LEDESMA, Alonso Andrea de. 105.  
 LEDESMA, Antonio de. 195.  
 LEDESMA, Valerio de. 498.  
 LEDESMA. (V. RODRÍGUEZ DE LEDESMA.)  
 LEDIARD, Thomas. 45.  
 LE MORE, Justo. 223.  
 LEMOS, Conde de. 247.  
 LEÓN, Andrés de. 129.  
 LEONARDO DE ARGENSOLA. 255, 288.  
 LEÓN PINEL. 166.  
 LERMA, Duque de. (V. SANDOVAL.)  
 LETI, Gregorio. 10, 24.  
 LEWSON, Richard. 215, 219, 225.  
 LEVOT, M. 90, 167.  
 LEYVA, Alonso de. 22, 36, 156, 456, 464.  
 LEYVA, Antonio Luis de, Príncipe de Ascoli. 22.  
 LEYVA, Francisco de. 193.  
 LEYVA, Pedro de. 204, 326, 348, 495.  
 LEZCANO, Juan. 497.  
 LIERMO AGÜERO, Hernando de. 111.  
 LIMA, Francisco. 404.  
 LIMA, Juan de. 46.  
 LI-MA-HON. 56, 57, 58.  
 LINT, Pedro de. 263.  
 LOAISA, Domingo de. 400.  
 LOARZA, Miguel de. 59.  
 LODRÓN, El Conde. 68.  
 LOK, Miguel. 307.  
 LÓPEZ DE ARMENDÁRIZ. 423.  
 LÓPEZ COGOLLUDO, Fr. Diego. 170, 254.  
 LÓPEZ DE HONTIVEROS, Martín. 195.  
 LÓPEZ DE IBAR, Martín. 246.  
 LÓPEZ MADERA, Gregorio. 186.  
 LÓPEZ DE SOTO, Pedro. 162, 218.



LÓPEZ DE VELÁSCO, Juan. 195.  
 LORENA, Felipe Manuel de, Duque de Mercoeur. 68, 70, 72, 75, 83, 87, 92, 162, 170.  
 LOSA DE LA ROCHA. 223.  
 LOYOLA, Martín Ignacio de. 60.  
 LUIS XIII DE FRANCIA. 361.  
 LUSSANT, M. de. 85, 86.  
 LUZÓN, Alonso de. 34.  
 MAC GLANAHIE. 35.  
 MACHADO, Antonio. 138.  
 MACIÁN, Luis. 460.  
 MADERO, Eduardo. 260.  
 MADRID, Sebastián de. 409.  
 MAHAN, M. 182.  
 MAHU, Jacques. 258.  
 MALDONADO, Diego. 70, 71.  
 MALDONADO, Fr. Juan. 146, 281.  
 MALOPE, Cacique. 155.  
 MANFRONI, Camilo. 182.  
 MANRIQUE, Antonio. 80, 81.  
 MANRIQUE, Diego. 36.  
 MANRIQUE, Jorge. 26, 460.  
 MANRIQUE DE VARGAS, Antonio. 86.  
 MANSO DE CONTRERAS, Francisco. 110.  
 MAQUEDA, Duque de. (V. CÁRDENAS.)  
 MARÍA DE LUXEMBURGO. 68.  
 MARÍA DE MÉDICIS, Reina de Francia. 14.  
 MARIATEGUI, Eduardo de. 129, 359.  
 MÁRQUEZ, Francisco. 463.  
 MARTÍN, Diego. 420.  
 MARTÍNEZ, Enrico. 302.  
 MARTÍNEZ, Juan. 194.  
 MARTÍNEZ, Miguel. 360.  
 MARTÍNEZ DE CHAVE, Juan. 282.  
 MARTÍNEZ DE GÉNDOLA, Juan. 223.  
 MARTÍNEZ DE GUILLISTEGUI, Andrés. 485.  
 MARTÍNEZ DE GUILLISTECUÍ, Juan. 282, 487.  
 MARTÍNEZ DE ISASTI, Lope. 86, 360.  
 MARTÍNEZ DE LEYVA, Juan. 97, 487.  
 MARTÍNEZ DE LA PLAZA, Luis. 152.  
 MARTÍNEZ DE RECALDE, Juan. 22, 455, 464.  
 MASONIO, Lorenzo. 290.  
 MATIGNÁN, M. de. 85.  
 MAYENNE, El Duque de. 68.  
 MAYRE, Jacobo de. 371.  
 MATÍAS, Fr. Pedro. 411.  
 MAUSINO DE QUEVEDO, Vasco. 501.  
 MAYLLARD, Juan. 440.  
 MEDINA, José Toribio. 100.  
 MEDINA, Pedro de. 196.  
 MEDINA-SIDONIA, Duque de. (V. PÉREZ DE GUZMÁN.)

MEDRANO, Diego. 23.  
 MELÉNDEZ, El capitán. 255.  
 MELIS, Piloto. 263.  
 MELO, Francisco de. 101.  
 MEMBAROTTE, M. de. 89.  
 MENDAÑA, Alvaro de. 151, 152, 154.  
 MÉNDEZ NIETO, Juan. 192.  
 MENDOZA, Bernardino de. 6, 11, 13, 15, 23, 25, 26, 28, 31, 33, 49, 68, 189.  
 MENDOZA, Diego de. 488.  
 MENDOZA, Fernando de. 82.  
 MENDOZA, Francisco de. 273.  
 MENDOZA, Juan de. 59, 196, 281.  
 MENDOZA, Juan de, Marqués de San Germán. 328, 484.  
 MENDOZA, Pedro. 38, 462.  
 MENDOZA, Rodrigo de. 397, 399, 401, 404.  
 MENDOZA GAMBOA, Juan de. 146.  
 MENÉNDEZ DE AVILÉS, Pedro. 182, 184, 194.  
 MENESSES, Fulgencio de. 253, 488.  
 MENESSES, Juan de. 222.  
 MERCADO, Diego. 370.  
 MERCADO, Fr. Tomás de. 198.  
 MERCOEUR, Duque de. (V. LORENA.)  
 MERCURIO, Duque de. (V. LORENA.)  
 MÉRIDA, Juan de. 74.  
 MERIK, Andrés. 51.  
 MERINO MANRIQUE, Pedro. 152, 156.  
 MERLO, Fr. Juan de. 316.  
 MESÍA, Luis. 360.  
 MIRANDA, Toribio de. 388.  
 MOLAC, Barón de. 88.  
 MONCADA, Hugo de. 22, 26, 460.  
 MONDIARAS, José de. 294.  
 MONGUÍA, Cristóbal de. 223.  
 MONSALVE, Juan de. 34.  
 MONSON, William. 48, 101, 165, 215, 222, 225.  
 MONTERREY, Conde de. (V. ZÚÑIGA.)  
 MONTESCLAROS, Marqués de. 253, 315, 396, 482.  
 MONTPENSIER, M. de. 32.  
 MORAGE, Fr. Hernando. 241.  
 MORÁN, Perucho. 70, 75.  
 MOREAU, Mr. 75.  
 MOREL, Juan. 378.  
 MORENO, Antonio. 372.  
 MORGÀ, Antonio de. 147, 152, 263, 269, 270, 275, 288, 380, 405.  
 MORONES, Juan de. 64.  
 MOSQUERA, Juan de. 172.  
 MOSQUERA DE FIGUEROA, Cristóbal. 189.  
 MOUNTJOY, Lcrd. 219, 220.  
 MULATARRÁEZ. 238, 240, 241 494.



ÍNDICE DE PERSONAS.

509

MULEY ABU FER. 244.  
 MULEY AHMED. 244.  
 MULEY CIDÁN. 244, 327, 328, 329, 330, 353.  
 MULEY FAXAD. 79.  
 MULEY XEQUE. 244, 327, 328, 353.  
 MUÑOZ, Fr. Alonso. 380.  
 MUÑOZ, Juan. 400.  
 MUÑOZ DE ARAMBURU, Fernando. 391.  
 MURCIA DE LA LLANA. 436.  
 MURILLO VELARDE, El P. 410.  
 NÁJERA, Juan de. 396.  
 NASSAU, Mauricio de. 221.  
 NAVARRO, Antonio. 81.  
 NECK, Jacobo Cornelio. 278.  
 NETSCHÉR, P. M. 401.  
 NICOLAO, El hombre pez. 500.  
 NIEBLA, Conde de. (V. PÉREZ DE GUZMÁN.)  
 NODAL, Bartolomé García de. 333, 372, 378.  
 NODAL, Gonzalo. 372.  
 NORRIS, Eduardo. 46.  
 NORRIS, John. 42, 45, 46, 47, 49, 50, 73, 84, 88.  
 NOTTINGHAM, Conde de. 39.  
 NOVO Y COLSON, Pedro de. 308.  
 NOVOA, Juan de. 34.  
 NOVOA, Matías de. 217, 236, 249, 288, 291.  
 NÚÑEZ DE AVILA, Pedro. 463.  
 OLISTE. 161.  
 OLIVARES, Conde de. (V. ENRÍQUEZ DE GUZMÁN.)  
 O'CAHAN. 35.  
 OCHOA, Domingo de. 459.  
 OCUÑA LACASAMANA. 281, 282.  
 O'DONELL, Conde de. 219.  
 O'HUIGIN, Milero. 51.  
 OLEAGA, Martín de. 74, 93.  
 OLIVA, Bartolomé. 194.  
 OLIVA, Francisco. 194.  
 OLIVERAS, Bartolomé. 500.  
 OLIVIERI. 224.  
 ONDÉRIZ, Pedro Ambrosio. 194.  
 O'NEIL. 35.  
 OÑA, Pedro de. 100.  
 OQUENDO, Antonio de. 323, 354, 484, 489.  
 OQUENDO, Juan de. 496.  
 OQUENDO, Miguel de. 31, 456, 464.  
 ORDÓÑEZ, Alonso de. 354.  
 ORDÓÑEZ, Pedro. 223.  
 ORDÓÑEZ DE ZEBALLOS, Pedro. 444.  
 O'ROURKE, Bryan. 35.  
 ORTIZ, Luis. 146.  
 ORTIZ DOGALEÑO, Pedro. 88.  
 OSUNA, Duque de. (V. TÉLLEZ GIRÓN.)  
 OVANDO, Juan de. 195.  
 OVIEDO Y HERRERA, Conde de la Granja. 96, 99, 112, 402.  
 PACHECO, Juan. 226.  
 PACHECO OZORES, Lorenzo. 485.  
 PADILLA, Martín de, Adelantado de Castilla. 47, 48, 50, 51, 78, 122, 129, 161, 166, 171, 204, 212, 218, 238, 241, 481.  
 PADILLA MANRIQUE, Juan de, Conde de Santa Gadea, Adelantado de Castilla. 244, 245, 482.  
 PALACIOS, Jerónimo Martín. 300.  
 PALOMEQUE DE ACUÑA, Diego. 418, 419.  
 PANTOJA, El capitán. 43.  
 PARDO OSORIO, Sancho. 69, 79, 80, 107, 109, 122, 253.  
 PAREDES, Tomé. 88, 89.  
 PARKER, William. 170, 254.  
 PARMA, Duque de. (V. FARNESIO.)  
 PÁRRAGA, Gaspar de. 196.  
 PAYNE, John. 167.  
 PEDRO DE PORTUGAL, Infante. 198.  
 PENNINGTON, Capitán. 421.  
 PEÑALOSA, Diego de. 484, 485.  
 PERAZA, Luis de. 200.  
 PERAZA DE POLANCO, Juan. 266.  
 PEDRAZA, Maestre de campo. 397.  
 PEDROSO, Bernabé de. 460.  
 PEREIRA, Andrés. 285.  
 PÉREZ, Antonio. 7, 8, 117, 118.  
 PÉREZ, Francisco. 502.  
 PÉREZ, Hernán. 371.  
 PÉREZ, Julián. 497.  
 PÉREZ BUENO, Alonso. 97.  
 PÉREZ DE GUZMÁN, Alonso, Duque de Medina-Sidonia. 18, 19, 20, 22, 24, 25, 28, 31, 33, 120, 125, 127, 129, 178, 207, 227, 228, 235, 236, 248, 339, 483.  
 PÉREZ DE GUZMÁN, Manuel Alonso, Conde de Niebla. 208, 244, 246, 247, 455, 481, 482, 483.  
 PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal. 186, 499.  
 PÉREZ DE LOAISA, Juan. 460.  
 PÉREZ DAS MARIÑAS, Gómez. 65, 136, 137, 142.  
 PÉREZ DAS MARIÑAS, Luis. 137, 139, 145, 147, 289.  
 PÉREZ DE MUCIO, Juan. 455.  
 PÉREZ PASTOR, Cristóbal. 18.  
 PÉREZ DE PORTU, Juan. 482.  
 PÉREZ DE VARGAS, Bernardo. 194.  
 PERSIA, Juan de. 241.  
 PIGAFETTA, Filippo. 21, 23.  
 PIMENTEL, Antonio. 337.  
 PIMENTEL, Diego. 28, 340, 461



PIMENTEL, Pedro. 349, 499.  
PINE, Juan. 39.  
PIÑERO, Luis. 390, 495.  
PLIEGO, Pedro de. 457.  
PORTOCARRERO, Alonso, Marqués de Villanueva del Fresno. 354, 362.  
PORTOCARRERO, Juan. 122, 128.  
PORTU, San Juan de. 232.  
PORTUGAL, Jerónimo de. 252, 489.  
POSSA, Juan. 463.  
PRADO, Diego de. 316, 317.  
PRAUNCAR, Hijo. 142, 143, 145, 147.  
PRAUNCAR LANGARA. 138, 139, 142.  
PRESTÓN, Annas. 105.  
PRUNES, Mateo. 194.  
QUEVEDO, Francisco. 224.  
QUIÑONES, Diego de. 409.  
RADA, Fr. Martín de. 59, 62.  
RALEIGH, Walter. 7, 81, 82, 102, 103, 104, 105, 121, 123, 164, 415, 417, 420, 423.  
RAMÍREZ, Diego. 432.  
RAMÍREZ DE ARELLANO. 364, 373, 375, 376.  
REBOUZA, Diego de. 180.  
REINHOLD BAUMSTARK, Doctor. 17, 176.  
REQUESÉNS, Luis de. 8.  
RIEUX, René de. 88.  
RÍOS, Gaspar de los. 273.  
RÍOS CORONEL, Fernando de los. 147, 193, 306, 380.  
RIPOLL, Bartolomé. 123.  
RIVADENEYRA, Marcelo de. 284.  
RIVERA, Diego de la. 81.  
RIVERA, Francisco. 342, 344, 346, 348, 349, 494.  
RIVERA, Juan de. 61.  
RIVERA MALDONADO, Antonio. 487.  
ROCAMORA, Ginés de. 68.  
RODRÍGUEZ, Francisco. 273.  
RODRÍGUEZ CERMEÑO, Sebastián. 196.  
RODRÍGUEZ DE FIGUEROA, Esteban. 65.  
RODRÍGUEZ DE LEDESMA, Mendo. 72, 75, 87, 168, 171.  
RODRÍGUEZ LOBO, Francisco. 502.  
RODRÍGUEZ MALDONADO, Miguel. 491.  
RODRÍGUEZ SANTISTEBAN, Pedro. 329.  
RODRÍGUEZ DE VALDÉS, Diego. 259.  
RODRÍGUEZ VILLA, Antonio. 221, 224.  
ROJAS, Cristóbal de. 84, 87, 129, 359.  
ROJAS, Juan Luis de. 329, 447.  
ROJAS VILLANDRANDO, Agustín de. 74.  
ROLÓN, El capitán. 255.  
ROMÁNICO, Agustín. 333.  
ROMEGÓN, M. de. 90.  
RONQUILLO, Gonzalo. 62, 64.  
RONQUILLO, Juan. 63, 409, 499.  
RUIZ, Diego. 194.  
RUIZ DE CONTRERAS, Juan. 364.  
RUIZ DE HERNÁN GONZÁLEZ, Blas. 137, 138, 139, 140, 143, 146, 147, 281.  
RUIZ DE LEDESMA, Diego. 181.  
RUIZ DE RECONDO, Diego. 488.  
RUPPERT, Enrique. 275.  
RUSO, Jacobo. 194.  
SAAVEDRA, Baltasar. 401.  
SAAVEDRA, Eduardo. 325.  
SAAVEDRA, Juan de. 33.  
SAGREGO, Francisco de. 139.  
SALAS, Francisco Javier de. 311.  
SALAS VALDÉS, Juan de. 489.  
SALAZAR, Diego de. 189.  
SALCEDO, Juan de. 56, 57, 58, 59.  
SAN AGUSTÍN, Fr. Gaspar de. 59, 137, 389.  
SANAVAL, Juan de. 264.  
SÁNCHEZ, Alonso. 60.  
SÁNCHEZ, El P. Alonso. 60, 63.  
SÁNCHEZ, Pedro. 340.  
SANDE, Francisco de. 61, 62.  
SANDOVAL, Francisco de, Marqués de Denia, Duque de Lerma. 203, 205, 206, 210, 218, 244, 355.  
SAN ESTEBAN, Gómez de. 198.  
SAN GERMÁN, Marqués de. (V. MENDOZA.)  
SAN PABLO, Fr. Angelo de. 34.  
SAN PEDRO, Fr. Sebastián de. 284.  
SANTA ANA, Fr. Belchor de. 34.  
SANTA CRUZ, Alonso de. 193, 194.  
SANTA CRUZ, Marqués de. (V. BAZÁN.)  
SANTA GADEA, Conde de. (V. PADILLA.)  
SANTIAGO, Diego de. 302.  
SANTIAGO, Fr. Diego de. 273.  
SANTIAGO Y GÓMEZ, José de. 50.  
SANTURCE, Almirante. 333.  
SANZ DE UGARTE, Pedro. 463.  
SARAVIA, Diego de. 397.  
SARAVIA, Pedro. 86.  
SARIS, Wil'iam. 380.  
SARMIENTO, Luis. 49.  
SARMIENTO, Pedro. 64.  
SARMIENTO DE ACUÑA, Diego, Conde de Gondomar. 416, 417, 421.  
SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro. 151, 182, 196.  
SABOYA, El Duque de. 68, 78.  
SCHOUTEN, Guillermo. 371.  
SEGURA, Francisco de. 501.  
SEMPLE, El coronel William. 8.  
SHIRLY, Anthony. 106.  
SIGÜENZA, El P. Fr. José de. 30.  
SILVA, Francisco. 387.  
SILVA, García de. 241, 307.



## ÍNDICE DE PERSONAS.

511

SILVA, Jerónimo de. 390, 408, 413.  
 SILVA, Juan de. 378, 384, 385, 389, 392, 407, 498.  
 SILVA, Vasco de. 457.  
 SILVA Y MENDOZA, Rodrigo. 330.  
 SICO, El Capitán. 56, 57.  
 SIXTO V, Papa. 10, 11, 15, 18, 30, 67, 69.  
 SOLIMÁN ARRÁEZ. 366.  
 SOLÓRZANO, Juan de. 405.  
 SOREL DE ULLOA, Pedro. 262.  
 SORIA, Fr. Diego de. 146.  
 SOSA, Gaspar de. 22.  
 SOSA, Gregorio de. 496.  
 SOTOMAYOR, Alonso de. 110, 112.  
 SOTOMAYOR, Diego de. 128.  
 SPIELBERGEN, Joris van. 398, 400, 402, 408.  
 SPIERNIG, Francisco. 39.  
 SPÍNOLA, Ambrosio. 222, 224.  
 SPÍNOLA, Aurelio. 223.  
 SPÍNOLA, Federico. 206, 207, 214, 221, 223, 224, 482, 488.  
 STIRLING MAXWELL, William. 178.  
 STUART, María. 178.  
 STUCKLE. 7.  
 SUÁREZ DE AMAYA, Diego. 257.  
 SUÁREZ CORONEL, Pedro. 257.  
 SUÁREZ DE FIGUEROA, El Dr. Cristóbal. 96, 99, 119, 152.  
 TAICO SAMA, 135, 149, 150, 281.  
 TALBOT, Lord. 50.  
 TAMAYO DE SALAZAR, Juan. 424.  
 TASSIS, Juan Bautista. 68.  
 TAYZUFU. 63.  
 TEINCIRA, Pedro. 375.  
 TEJEDA, Juan de. 196.  
 TÉLLEZ, Diego Enrique. 462.  
 TÉLLEZ GIRÓN, Pedro, Duque de Osuna. 335, 341, 347, 350, 487, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 498.  
 TELLO, Francisco. 269, 279, 284.  
 TELLO, Pedro. 271.  
 TELLO Y AGUIRRE, Juan. 271, 388.  
 TELLO DE GUZMÁN, Pedro. 107, 108.  
 TELLO DE GUZMÁN, Rodrigo. 460.  
 TENNYSON. 81.  
 TERRERO, El Capitán. 235.  
 THOU, Mr. de. 24, 25.  
 TOLEDO, Fadrique de. 354, 363.  
 TOLEDO, Francisco de. 28, 47, 150, 461, 462.  
 TOLEDO, García de. 8, 30, 120, 172, 190, 191.  
 TOLEDO, García de. 68.  
 TOLEDO, Pedro, Marqués de Villafranca. 171, 204, 205, 239, 248, 249, 326, 328, 329, 330, 332, 339, 354, 356, 484, 491.  
 TORDESILLAS, Fr. Agustín de. 59.  
 TORRE, Vicente de la. 232.  
 TORRILLA, El Marqués de. 68, 78, 205.  
 TORRUBIA, Fr. José. 95, 104, 420.  
 TRIGUEROS, Juan. 14.  
 TURRIANO, Juanelo. 197.  
 TURSI, Duque de. (V. DORIA.)  
 TYRONE, Conde de. 129, 219, 220.  
 ULLOA, Lope de. 285.  
 ULUCH ALI. 75.  
 UNAMUNU, Pedro de. 196.  
 URDAIRE, Juan de. 253.  
 URDIALES, Agustín de. 270.  
 URQUIOLA, Antonio de. 79, 161.  
 URQUIZA, Íñigo de. 344.  
 VÁEZ DE TORRES, Luis. 316, 317.  
 VALDERRAMA, Jerónimo de. 458.  
 VALDÉS, Francisco de. 189.  
 VALDÉS, Pedro de. 23, 25, 39, 457, 467.  
 VALENCIA, Leandro de. 485.  
 VALENZUELA, Cristóbal de. 223.  
 VALLECILLA, Martín de. 489.  
 VÁNDER DOUS, Pedro. 210, 212.  
 VÁNDER HAGEN, 291.  
 VÁNDER HOEF, Pedro. 235, 236, 249.  
 VAN LOON, 224.  
 VAN NOORT, Oliverio. 263, 264, 266, 272, 274.  
 VARGAS, Gregorio de. 273.  
 VARGAS, Hernando de. 223.  
 VARGAS MACHUCA, Bernardo de. 189.  
 VARGAS MACHUCA, Gregorio de. 139.  
 VARGAS PONCE, José de. 52, 263.  
 VAZ COUTIÑO, Gonzalo. 164, 165.  
 VÁZQUEZ, Alonso. 27.  
 VÁZQUEZ, Lorenzo. 380.  
 VÁZQUEZ DE MONTIEL, Martín. 424.  
 VEAS, Juan de la. 389, 409, 410.  
 VEGA, Lope de. 152.  
 VEGA CABEZA DE VACA, Manuel. 239.  
 VEGA CARPIO, Lope de. 96, 236.  
 VEGA GARROCHO, Andrés. 355.  
 VEGA GARROCHO, Juan. 355.  
 VEGA PORTOCARRERO, Lope de. 96.  
 VELASCO, Luis de. 262, 289, 299, 378.  
 VELASCO, Juan de. 262, 266, 487.  
 VELASCO DE BERRIO, Juan. 192.  
 VELASCO Y VIVERO, Rodrigo. 379.  
 VÉLEZ DE GUEVARA, Luis. 346.  
 VENEGAS, Francisco. 370.  
 VERA, Domingo de. 105.  
 VERA, Jerónimo de. 388.  
 VERE, Francis. 121.  
 VERGARA, Juan de. 258.  
 VERHOEVEN, Almirante. 384.



VICTORIA, Fr. Juan de. 49.  
VIDAZÁBAL, Miguel de. 330, 332, 357, 358,  
489, 497, 498.  
VIESMANN, Lambert. 269, 273.  
VILLAFAÑE, Luis de. 146, 281.  
VILLAGRÁ, Cristóbal de. 294.  
VILLALPANDO. 104, 105.  
VILLAMANRIQUE, El Marqués de. 61.  
VILLANUEVA DEL FRESNO, Marqués de.  
(V. PORTOCARRERO.)  
VILLARROEL, Domingo de. 194.  
VILLAVICENCIO, Bartolomé de. 79, 128.  
VILLAVICIOSA, Joanes de. 74, 85, 86, 92,  
114, 161; 171, 458.  
VIVANCO, Bernabé de. 217.  
VIZCAÍNO, Sebastián. 299, 306, 378, 379,  
381.  
VROOM, Enrique Corcelio. 39.  
WATSON, Robert. 6, 220.  
WHIDDON, Jacob. 102.  
WHITNEY, Capitán. 421.

WILLIAMS, Roger. 45.  
WINGFIELD, Eduardo. 45.  
WINTER, William. 11.  
WITTERT, Francisco. 384, 386.  
WOOLASTON, Capitán. 421.  
WRIGHT, Edward. 81.  
ZABAleta, Miguel de. 362, 494.  
ZAIRE, Rey de Tidore. 294.  
ZAMORANO, Rodrigo. 193.  
ZAMUDIO, Juan. 150.  
ZAPATA, Francisco. 499.  
ZARAGOZA, Justo. 153, 195, 311.  
ZAYAS, Alonso de. 457.  
ZUAZOLA, Lorenzo de. 363, 489.  
ZUBIAUR, Pedro de. 74, 79, 82, 84, 85, 86,  
87, 92, 127, 167, 170, 171, 210, 219, 225,  
230, 252.  
ZÚÑIGA, Gaspar de. Conde de Mont-  
trey, 284, 299, 301, 304, 310.  
ZÚÑIGA, Juan de. 178, 195.



## ÍNDICE GENERAL.

### I.

#### RECAPITULACIÓN DE CARGOS CONTRA INGLATERRA.

1569-1588.

Páginas.

Correspondencia de los Embajadores.—Aconsejan al Rey la declaración de guerra.—Lo resiste.—Alianza con el papa Sixto V.—Preparativos.—Drake entra en Cádiz.—Destruye el convoy.—Apresa la carraca de la India.—Corre la costa.—El Marqués de Santa Cruz encargado de ir á su encuentro.—Regresa con la escuadra malparada de los temporales.—La rehace en Lisboa.—Reconviénele injustamente el Rey.—Ocurre su fallecimiento.—Es nombrado sucesor el Duque de Medina-Sidonia.—Presentimientos y avisos de Alejandro Farnesio.....	5
--	---

### II.

#### LA GRANDE ARMADA.

1588-1589.

Apellidala el vulgo La Invencible.—Sale de la Coruña.—Orden de marcha.—Encuentro con la escuadra inglesa.—Desacuerdo.—Desorden.—Abandono de naves.—Llegada á Calés.—Naves incendiarias.—Combate en los bancos de Flandes.—Navega por el Norte de Escocia.—Naufragios en la costa de Irlanda.—Conformidad del Rey.—Ineptitud del Duque de Medina-Sidonia.—Efectos del desastre.—Episodios.....	21
---	----

### III.

#### ATAQUES Á LA CORUÑA Y Á LISBOA.

1589.

Dispersa la grande Armada, toman los ingleses la ofensiva.—Preparan expedición con auxilio de holandeses.—Intentan restaurar á D. Antonio de
--



Crato en Portugal mediante tratado oneroso.—Atacan á la Coruña.—Son rechazados.—Acometen á Lisboa.—Reciben segunda derrota.—Vuelven á Inglaterra con enorme pérdida.—Hacénles cargos.—Peste y descontento.—Tres expediciones al Magallanes fracasan.—Muere Cavendish.—Crucero de Cumberland en las Azores.—Ensaya comercial en el Mediterráneo.—Turcos y argelinos.—Presa hecha á éstos en los Alfaques.....	41
--	----

## IV.

### ISLAS FILIPINAS.

1573-1589.

Invasión de chinos en Manila.—Son rechazados.—Se fortifican en Pangasianón.—Sitanlos los españoles.—Escapan.—Establecense relaciones comerciales con China.—Progresos de la navegación.—Exploraciones.—Jornada á Borneo, Mindanao y Molucas.—Otra invasión de japoneses.—Abandonan su intento castigados.—Nueva expedición á las Molucas.—Fracaso.....	55
--	----

## V.

### EN BRETAÑA.

1589-1592.

Convenio con el Duque de Mercœur.—Auxilio á los católicos.—Expedición organizada en la Coruña.—Viaje y desembarco.—Miserable estado de la tropa.—D. Juan del Águila, su jefe.—Lucha contra la penuria.—Gallardía.—Levanta el fuerte de Blavet.—Cruceros.—Presas.—Llega D. Diego Brochero con galeras.—Combate con un convoy de Holanda.—Captura capitana y almirante.—Cruceros.—Presas.—Combate de la isla de Flores.	67
---	----

## VI.

### CONTINÚA LA GUERRA EN BRETAÑA.

1592-1595.

Cruceros y presas.—Batalla de Craon.—Socorro á Blaye.—Combate en el Gironda.—Gallardía de Zubiaur y Villaviciosa.—Salvan á la plaza sitiada.—Llegada de D. Juan del Águila á Brest.—Construye el fuerte del León.—Lo sitian los calvinistas.—Defensa heroica.—Sucumbe.—Elogio de los enemigos.—Carlos de Amezola en Cornuailles.—Incendio de pueblos ingleses.....	83
--	----



VII.

EXPEDICIONES Á ULTRAMAR.

1593-1596.

Páginas.

Cruceros ingleses en las Azores.—Argelinos en Fuerteventura.—Entra en el mar del Sur Ricardo Hawkins.—Le combate y rinde D. Beltrán de Castro.—Incidentes de su prisión.—Más rebusca en las Terceras.—Encuentros.—La ilusión del Dorado.—Persigue Walter Raleigh.—Incendio á Santiago de Caracas.—Escribe un libro fantástico.—Consecuencias.—Expedición de Drake.—Es derrotado en Canarias, en Puerto Rico y en el istmo de Panamá.—Muere de pesadumbre después de su compañero Juan Hawkins.—Desastre de su armada.—Persigue D. Berrardino de Avellaneda.....	95
---	----

VIII.

TOMA Y SAQUEO DE CÁDIZ.

1596.

Incita á la comisión el despecho de Antonio Pérez.—La acelera la conquista de Cádiz.—Armada anglo-holandesa.—Sus jefes.—Manifiesto publicado.—Reconocen la boca del Tajo.—Siguen á la bahía de Cádiz.—Disposiciones defensivas.—Ausencia de los generales de Marina.—Indecisión.—Ataque.—Incendian á la armada y á la flota.—Pánico y abandono en la ciudad.—Entran los ingleses sin resistencia.—Horrores del saco.—Márganse dejando reducida á cenizas la población.—El Duque de Medina-Sidonia.—Desembarcan en Faro.—Episodio curioso.—Se presentan ante la Coruña.—Alarma.—Proceso y sentencia de los encargados de la defensa de Cádiz.—Llegada de las flotas.—Armada contra Inglaterra.—Gobiérnala Don Martín de Padilla.—Terrible temporal la destruye.—Holandeses.—Su rápido crecimiento naval.—Petición de las Cortes en apoyo del corso.	117
--	-----

IX.

CAMBOJA, SIAM, JAPÓN.

1593-1598.

Arrogancia de los japoneses.—Embajada de éstos y del Rey de Camboja.—Preparativos contra el Maluco.—Asesinato de Das Mariñas.—Proezas en los reinos de Siam.—Taico-Sama.—Despojo del galeón <i>San Felipe</i> y crucifixión de misioneros.—Reconocimiento de la isla Formosa .....	135
--	-----



X.

ISLAS MARQUESAS Y DE SANTA CRUZ.

1595-1598.

Páginas.

Segunda expedición de Álvaro de Mendaña.—Composición de la Armada.—Salida de Paita.—Islas encontradas.—Ceremonias de posesión.—Vista de un volcán.—Zozobra la almiranta.—La bahía *Graciosa*.—Deciden los expedicionarios formar pueblo.—Trabajos, motines, enfermedades.—Muere el Adelantado.—Gobierna la escuadra su viuda.—Condiciones poco comunes en su sexo.—Abandonan la colonia navegando hacia Filipinas.—Viaje penosísimo.—Llegan por maravilla á Manila los menos.—La nao *San Jerónimo* vuelve á Acapulco.—Información de ocurrencias.....

151

XI.

ÚLTIMOS SUCESOS DEL REINADO.

1597-1598.

Gran armamento en Ferrol.—Escuadras y jefes.—Se adelantan las de Inglaterra.—Atacan á las islas Terceras.—Las burlan las flotas de Indias.—Nueva jornada contra las islas Británicas.—Fracasa como las anteriores. Causas.—Motín en Bretaña.—Entran los ingleses en Lanzarote y en Puerto Rico.—Rechazanlos en Campeche.—Paz de Vervins.—Evacuación de Blavet por consecuencia.—Saqueo de Patrás.—Muerte del rey Felipe II.....

161

XII.

CONSIDERACIONES GENERALES.

1556-1598.

Despegó del Rey á la marina.—Consecuencias que tuvo.—Lentitud de los armamentos.—Mala administración.—Decadencia del comercio y de la pesca.—Juicio conforme de los historiadores.—Reclamaciones y lamentos.—Construcción naval.—Naves y galeras.—Artillería.—Equipaje.—Navegación.—Hidrografía.—Escritores de marina.—Sus obras.....

173

XIII.

PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE III.—OFENSIVA DE LOS HOLANDESES.

1598-1601.

Viaje de la Corte al litoral mediterráneo.—Llegan á Valencia, desde Génova, Doña Margarita de Austria y el archiduque Alberto.—Casamientos y fiestas reales.—Recompensas.—El Duque de Lerma dispensador —Vuel-



ÍNDICE GENERAL.

517

Páginas.

ve el Archiduque á Flandes.—Cortes de Barcelona.—Prestigio del Duque de Medina-Sidonia en asuntos de marina.—Escuadra holandesa en Canarias é Indias.—Sigue la el Adelantado de Castilla.—Su mala estrella.—Federico Spinola lleva galeras á los Paises Bajos.—Causa daño considerable al enemigo.—Salva á las flotas de Indias D. Diego Brochero.—Acción de D. Luis Fajardo contra ingleses y holandeses juntos.....	203
---	-----

XIV.

EN INGLATERRA Y EN FLANDES.

1601-1607.

Jornada de Irlanda.—Desembarco, batalla y capitulación.—Nuevo asiento para la invasión de Inglaterra.—Travesías de Spinola.—Combates.—Muerte heroica.—Paz con Inglaterra.—Pérdida de las galeras de Flandes.—Proyectos reformistas.—Generales con mando.—Fuerzas de los holandeses.—Creación del Almirantazgo de Flandes.—Combate en el Canal.—Muerte de Zubiaur.—Bloqueo de la costa de España.—Fajardo derrota al enemigo sobre el cabo de San Vicente.—Escuadra del estrecho de Gibraltar.—Presas que hace.—Combátenla los holandeses en el puerto y la destruyen.—Crueldad con los prisioneros.—Quedan dueños del mar—Gestión del Duque de Medina-Sidonia .....	217
---	-----

XV.

EN EL MEDITERRÁNEO.

1601-1607.

Continuación del corso de turcos y argelinos.—Las Cortes de Cataluña y de Valencia piden autorización para armar escuadras regionales en defensa propia.—Bate el Adelantado de Castilla á nueve navíos enemigos.—Hostilidades en Grecia.—Jornada contra Argel.—Proceder censurable del capitán general Doria.—Renuncia el cargo.—Liga con Persia y con el rey de Cuco.—Segundo fracaso en Berberia.—Nombramiento de generales mozos.—Tercer intento estéril en África.—El rey D. Felipe en Valencia.—Se divierte.—Correrías en Levante.—Sorpresa de la ciudad de Durazo.—Muere el príncipe Juan Andrea Doria.—Junta de generales.—Situación grave en que se encuentran.—Carencia de recursos.—La suspensión de hostilidades con las Provincias Unidas les saca de apuros.	237
---	-----

XVI.

EN LAS INDIAS.

1600-1607.

Las flotas.—Habilidad de sus generales.—Naufragio en la Guadalupe.—Desórdenes.—Comercio de los ingleses.—Saco de Portobelo.—La salina
---



de Araya.—Manejos de los holandeses.—Sorpréndelos Fajardo y los deshace.—Combate en que perece el Almirante Juan Álvarez.—Otro en el puerto de Santo Tomás.—Desastrosa expedición de la escuadra holandesa de Mahú al mar del Sur.—Jactancia retribuida.—Viaje de Van Noort.—Le ahuyenta de Manila un oidor.—Vuelve á su país con ocho hombres.—Escríbe relación fabulosa de proezas..... 251

## XVII.

## EN FILIPINAS.

1600-1607.

Pasan las naves holandesas á la India por el cabo de Buena Esperanza.—Atacan á las posesiones portuguesas.—Se apoderan de las Molucas.—Una escuadra de portugueses y castellanos intenta desalojarlas.—Esteriliza la discordia el propósito.—Situación de las Filipinas.—Relaciones con Japón, China, Camboja, Borneo.—Ordenanzas de contratación con Nueva España.—Expedición desgraciada á Joló.—Comparación de los procedimientos de los castellanos y de los holandeses.—Se prepara nueva expedición á las Molucas.—Vence en Terrenate.—Somete las otras islas.—Vuelve á Manila con triunfo..... 277

## XVIII.

## EN CALIFORNIA.

1600-1606.

Expedición exploradora.—Preparativos.—Elección de personal idóneo.—Sebastián Vizcaíno.—Instrucciones notables.—Salida.—Actos religiosos.—Grandes penalidades.—Puerto de Monterrey.—Regresa la Almienta con los enfermos.—Suben otros hasta el cabo de San Sebastián.—El frío y el trabajo los acaba.—Vuelven á Nueva España.—Maravilloso efecto de una fruta en la curación de los pacientes.—Relaciones, derroteros y planos.—El estrecho de Anián.—Viajes apócrifos de Lorenzo Ferrer Maldonado y Juan de Fuca..... 297

## XIX.

## LAS REGIONES AUSTRIALES.

1601-1609.

Pedro Fernández de Quirós.—Sus gestiones insistentes para continuar los descubrimientos de Mendaña.—Resultado.—Sale del Callao con tres naves.—No encuentra las islas Marquesas.—Ve otras desconocidas.—Se detiene en la del Espíritu Santo.—Vuelve á Nueva España.—Particularidades notables del viaje.—Luis Váez de Torres prosigue la exploración



## ÍNDICE GENERAL.

519

Páginas.

por la costa de Nueva Guinea y Australia.—Importancia de esta jornada.— Planos levantados por Diego de Prado.—Relaciones y comentarios.— Vuelve Quirós á la corte.—Pretende dirigir otra expedición á las regiones austriales.—Repetición y publicidad de sus memoriales.—Concepto desfavorable que merecían en el Consejo de Indias.—Consulta de éste...	309
---	-----

## XX.

## BERBERÍA.

1607-1614.

Tratado de tregua con Holanda.—Se reconoce su independencia.—Reorganización de la armada.—Escuadra de Cantabria.—Naufragio.—Persecución de la piratería.—Destrucción de una armada turca en la Goleta.—Se verifica la expulsión de los moriscos de España.—Parte que toca á las naves.—Ocupación de Larache tras varios intentos.—Memorias.—Conquista de la Mámora.—Castigo á los corsarios.—La librería de Muley-Cidán .....	321
---	-----

## XXI.

## LA MARINA DEL DUQUE DE OSUNA.

1611-1620.

Don Pedro Téllez Girón.—Su concepto de la marina.—Es nombrado Virrey de Sicilia.—Arma naves y galeras suyas.—Sirven de modelos.—Cruceros atrevidos hasta el fondo del Mediterráneo.—Hacen estragos en Túnez y en Turquía.—Vencen en todos los encuentros.—Paralelo con las jornadas del príncipe Filiberto de Saboya.—Coarta el Gobierno las operaciones.—Condena el corso y se sirve de él.—Batalla memorable en cabo Celidonia.—Seis naves contra 55 galeras turcas.—Entran los galeones del Duque en el Adriático.—Castigan la soberbia de Venecia.—Conjuración.—Liga de los príncipes cristianos.—Expedición estéril del príncipe Filiberto.—Acaba la marina de Osuna.....	335
--	-----

## XXII.

## PIRATERÍA EN EL MEDITERRÁNEO.

1614-1621.

Argelinos, ingleses y holandeses.—Adoptan bajeles de vela.—Guardia del Estrecho—Combates frecuentes.—El Duque de Lerma se hace armador.—Presas.—Ataques de los piratas á Adra, Bayona é islas Canarias.—Victorias de Vidazábal.—Construyense torres de atalaya.—Se reforman las escuadras.—Acción común de Inglaterra, Francia, Holanda, Italia, contra los piratas.—Viaje de la Corte á Guipúzcoa.—Casamientos reales.—Otro viaje á Portugal.—Naufragio en Conil.—Nota de servicios de la Armada.	353
--	-----



XXIII.

DESCUBRIMIENTOS.

1604-1620.

	<u>Páginas.</u>
Exploración de la costa de la Florida.—Del Darién.—Del Río de la Plata.—Estrecho de Mayre y cabo de Hornos.—Los hermanos Nodal.—Diego Ramírez de Arellano.—Reconocimiento de la costa oriental del Japón.—Demanda de las islas Ricas.—Relaciones y derroteros.....	369

XXIV.

O C E A N Í A .

1609-1616.

Don Juan de Silva, gobernador de Filipinas.—Bloquean los holandeses á Manila.—Se improvisa escuadra contra ellos.—Batalla de Playa-Honda.—Maravillosa victoria de los españoles.—Resentimiento de los vencidos.—Sus intrigas en Japón.—Promueven la persecución del cristianismo.—Guerra en las Molucas.—Declaran la inobservación de la tregua convenida en El Haya.—Actividad de Silva.—Organiza gran armada.—Muere en Malaca.—Conducta de los portugueses.....	383
---	-----

XXV.

FUNCTION DE CAÑETE.

1615.

Entrada de los holandeses en el mar del Sur.—Se alista apresuradamente armada en el Callao.—Encuéntranse en Cañete.—Arrojo temerario de don Rodrigo de Mendoza.—Combate nocturno.—Escena horrorosa.—Continúa la acción el dia siguiente.—Queda sola la almirante española.—Se hunde con sus defensores.—Elogio de D. Pedro de Pulgar.—Sálvase la Monja Alférez.—Ocurrencias notables.—Marchan los enemigos.....	395
---	-----

XXVI.

DE NUEVO EN FILIPINAS.

1615-1621.

Aparición de los enemigos en Manila.—Angustias de los vecinos.—Guerra en las Molucas.—Ataque á Ilo-Ilo.—Son derrotados los holandeses y los mindanaos.—Otra batalla naval en Playa-Honda.—Victoria de los españoles.—Tremendo naufragio en Mindoro.—Los gatos de la plata en el
---



## ÍNDICE GENERAL.

521

## Páginas.

estrecho de San Bernardino.—Tiempo perdido.—Competencia entre ingleses y holandeses.—Se entienden para medrar juntos á expensas de los españoles.—Éstos resultan beneficiados . . . . .	407
---	-----

## XXVII.

## GUA YAN A.

1617-1621.

Walter Raleigh.—Sus manejos.—Prepara expedición pirática.—Inteligencia con Francia.—Escuadra.—Hácese á la vela.—Excesos en las islas Canarias.—Se estaciona en la isla Trinidad.—Envia las embarcaciones por el Orinoco.—Atacan y toman la ciudad de Santo Tomé aliados con los caribes.—Son hostigados sin embargo.—Se retiran.—Insubordinación en las navés.—Se dispersan.—Llega Raleigh á Inglaterra.—Acusación del Embajador de España.—Juicio y sentencia.—Trata de eludirla.—Ejecución.—Cómo andaba la piratería en las Antillas. . . . .	415
---	-----

## XXVIII.

## REFORMAS.

1598-1621.

Don Diego Brochero.—Su iniciativa.—Honras á los marineros.—Matrícula de mar.—Pilotos, capitanes, artilleros.—Industrias.—Pesca.—Fábrica de naos.—Ordenanzas.—Maestros.—Obras de construcción.—Línea máxima de carga.—Artillería de hierro y de bronce.—Economía.—Policía.—Descrédito de las galeras.—Sus Ordenanzas.—Orden de precedencia de las escuadras.—Saludos y etiquetas.—Precedencias en las escuadras de naves.—Las bateleras de Pasajes . . . . .	424
---	-----

## XXIX.

## CIENCIA Y LITERATURA.

1598-1621.

Astronomía náutica.—El problema de la longitud.—Premios ofrecidos á la resolución.—Concurso de árbitristas.—Museo de instrumentos.—Escrítores.—Medida de la ilustración general.—Cartografía.—Obras de recreo.—Cancionero y romancero.—Descripción del Peñón de la Gomera por un soldado. . . . .	437
---	-----

## APÉNDICES.

## NÚM. I.

Relacion de lo sucedido á la real armada del Rey nuestro Señor, de ques capitán general el Duque de Medina Sidonia, desde que salió de la Co-



	Páginas.
ruña, adonde se recojío despues que salió de Lisboa con el temporal que le dió, escrita por el contador Pedro Coco de Calderón.....	455
NÚM. 2.	
El retrato de Don Pedro de Valdés.....	467
NÚM. 3.	
Carta de Lupercio Latrás, escrita á su hermano Pedro, en la que refiere su viaje á Inglaterra. Año 1589.....	468
NÚM. 4.	
Adición á la noticia de obras que tratan de la jornada de Inglaterra, publi- cada en «La Armada invencible», T. II.....	474
NÚM. 5.	
Algunas obras de consulta, relativamente á la expedición de Bretaña en 1590.	480
NÚM. 6.	
Extracto de documentos relativos al reinado de Felipe III. ....	481
NÚM. 7.	
Relación extractada de naufragios notables.....	487
NÚM. 8.	
Relaciones impresas....	490
Relaciones en verso.....	500
Índice de personas citadas en este tomo.....	503
Índice general.....	513